REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

7489

TOMO VIII

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A
—
1886

"Imprenta Cervantes" Bandera 73, Santiago

ESPERANZAS FRUSTRADAS

(Á J. Pastor y José María Correa y Correa)

I

En el colegio donde estudié las humanidades, había una academia literaria. Á esta corporación no entraba el que lo quería, sino que era menester cumplir ciertos requisitos, captar la voluntad de los individuos y pasar por trámites y solemnidades como en las grandes academias. Ahí se leían composiciones, se discutían puntos literarios y se destinaba parte de la sesión para tratar sobre la inacabable reforma de un complicado reglamento que no preveía caso alguno.

Cuando pude optar á individuo de este honorable cuerpo, hallábanse los académicos envueltos en la discusión más acalorada de que hasta entonces conservaban memoria los anales. Habíase puesto en tabla la utilidad de la novela, y los campeones designados para defender la tesis, lo mismo que los nombrados para impugnarla,

tomaron tan á pechos el cometido, que llegaron hasta alborotar la opinión pública en el colegio. Verdad es que la cuestión era popular. Todos leían novelas, ya con ostentación si la novela era sencilla é inocente, ya con infinitas precauciones si la maleaba algún amor criminal ó, por lo menos, vicioso. Discutíase la novela en los patios y en las salas de estudio. El resultado de las sesiones era esperado con ansias vivísimas.

Acercábase el día de la votación (este era el modo de cerrar y terminar los debates), y ninguno de los dos bandos tenía seguro el triunfo. Discurrieron entonces nombrar nuevos académicos para desequilibrar los partidos. Uno de los defensores de la utilidad de la novela me ofreció el anhelado puesto, con la condición de que le diese el voto. Acepté muy contento. Debo advertir—y lo hago en descargo de la pequeña venalidad de que entonces me hice reo, y como explicación de lo que luego referiré,—debo advertir, digo, que estaba recién entrado á la clase de literatura, y no tenía ideas de ninguna especie sobre la utilidad de la novela. No era cosa que hubiese meditado medio minuto, ni nunca había buscado utilidad en las novelas, sino pura entretención. Exactamente lo mismo busco en ellas ahora, con la añadidura de ciertos goces estéticos,—y pásenme el empleo de esta palabrota en narración tan sencilla.

Como lo ordenaba el reglamento, hube de presentar previamente una composición, que versó sobre la muerte de César,—un extracto largo de un párrafo corto, según la expresión de Fígaro. Fué aceptada. En la próxima reunión pública, juré solemnemente y algo conmovido, obedecer y cumplir los estatutos. El presidente me declaró incorporado y con derecho á las prerrogati-

vas anejas al puesto, una de las cuales, y la más codiciada, era tener asueto el día de San Agustín, patrono de la Academia.

Á las dos ó tres sesiones se procedió á votar.

Tan bien se habían manejado por una y otra parte, que resultó empate de votos.

Para casos tales disponía el reglamento que se repitiese inmediatamente la votación. Cuando el director anunció que así se haría, creí de buena fe que el objeto de esa disposición no era otro que autorizar á los que votaban para que cambiasen el voto, y, sin pensar más y creyendo que otros obrarían como yo, hice una niñería y voté la segunda vez por la inutilidad de la novela.

El resultado fué que por un solo voto se perdió la causa: el director declaró que la novela era inútil, en medio de general asombro.

Mientras los que sostenían la inutilidad se entregaban á ruidosas manifestaciones de júbilo y lanzaban mil pullas á los vencidos, éstos se miraban furiosos unos á otros sospechándose mutuamente traidores.

Yo á nadie miraba, y mi confusión me vendió.

—¡Tú fuiste!—exclamó de improviso el que me abrió las puertas de la Academia.

Bajé la cabeza abrumado, sin fuerzas para replicar.

Comprendí entonces la inmensidad de mi falta. ¡Por mí, por una deslealtad mía se había perdido tanto trabajo, tanto estudio, tantas discusiones!... ¡Si la votación pudiera repetirse por tercera vez!... Pregunté tímidamente si el reglamento preveía el caso de que alguno se equivocase al votar y quisiera cambiar el voto. Ni caso hicieron de mi pregunta. Sin duda nadie la oyó, porque mi voz era apenas perceptible y la bulla bien grande.

No tardaron en herirme alusiones á mi nariz, á mi ropa, á mis zapatos.

—Esto es lo que resulta de admitir chiquillos—dijo uno.

—Y el que con niños se acuesta...—añadió otro.

—En cuanto se acabe la sesión, lo convenceremos con argumentos *ad hominem*,—salió un tercero muy ufano con su latín.

Me asaltó mortal desmayo. Era para visto que, fuera de la sala, caería sobre mí una borrasca en la cual los académicos harían de nubes y yo de mortal que aguantase el nublado.

En trance tan angustioso, una voz del cielo llegó á mis oídos. Pancho, aquel á quien más temía, me llamaba con suavidad. Lo miré, y él con gestos me manifestó que no abrigase cuidado y que sabría defenderme si alguien se atrevía conmigo á más que á palabras.

Era Pancho un muchacho grueso y cuadrado como centurión romano, de cara estúpida como la de un buey harto de comer, perezoso, pendenciero, irritable, cruel, injusto—un tirano, en una palabra. Sólo á su fuerza física debía la entrada á la Academia. Un primo suyo que también estaba en el colegio, nos contaba que Pancho era lo mismo en su casa, de tal modo que sus padres abrigaban serios temores por él. Lo llamábamos el Bruto, por antonomasia. Ninguno de sus condiscípulos dudaba que más tarde había de parar en la cárcel de por vida—si no lo fusilaban en el camino,—como bandido, revolucionario ú homicida en riñas y pendencias.

Con la protección de Pancho, nada tenía que temer. Me sosegué, cobré animo y aun me encogía de hombros con desprecio cuando oía alguna injuria.

Iba ya á levantarse la sesión cuando Pancho me llamó con un tosido muy quedo. Me volví á él con cara risueña, y entonces aquel Calígula me mostró con gran cuidado su fornido puño y, acariciándolo, lo movía de una manera inequívoca.

Me di por muerto, y salí... salí, como quien va al suplicio, resuelto á envolverme en mi capote como César después del *Tu quoque*, y entregarme á merced de mis adversarios.

No me engañaba. Me estrecharon. Voces terribles me pedían cuenta de mi deslealtad. Los primeros golpes no tardarían en caer.

En esto alzó uno la voz.

—¿Qué sacamos con pegarle?—dijo.—Que cumpla más bien su castigo con copiarnos á cada uno cinco páginas de nuestros cuadernos de apuntes.

El que así hablaba era Federico, el más traficante y cambalachero de todo el colegio. Siempre llegaba de su casa con multitud de chucherías inservibles, pedazos de cadenillas, ruedecitas de alguna maquinaria, esferas de reloj, y las cambiaba por papel, tinta ó plumas. Tenía tal labia y persuasiva para estos negocillos que, junto con salir ganancioso, dejaba obligado al otro, porque le ponderaba con mucho arte la utilidad y carestía de esos embelecos, y le hacía creer que consentía en el cambio no más que por pura amistad. Á estas inclinaciones mercantiles, unía un precoz ingenio para la mecánica. Con astillas, hilos y alambres, fabricaba mecanismos en extremo complicados, que eran el asombro y diversión de sus vecinos. Con la misma seguridad con que pronosticábamos que el Bruto había de acabar mal, creíamos que Federico sería un empresario audaz y afortunado, capaz

de ganar millones en un par de años. Y recuerdo á un condiscípulo demasido previsor, que cultivaba la amistad de Federico con la esperanza de participar más tarde de su fabuloso caudal.

Todos aceptaron la propuesta de Federico, y yo también la acepté.

Cuando ya me creía libre de golpes, se me acerca el Bruto y me dice:

—Chicuelo, mi puño pesa tres veces más que cualquiera de los otros. Me copiarás quince páginas.

—¡Oh! ¡Es demasiado!—exclamé protestando.

—¿Demasiado? ¡*Væ victis*, chicuelo!—era la expresión favorita del Bruto.—Me las copiarás, y, si replicas, serán treinta páginas.

No repliqué, por cierto, y copié las quince páginas.

II

Hará un año, cierto negocio me obligó á ir á Molina, pueblo que nunca antes había visitado. Llegué en la tarde. Al día siguiente por la mañana salí á recorrer las calles, haciendo hora mientras llegaba la de despachar mi asunto. Iba pensando en que maldito lo que había que ver, cuando pasé al lado de un individuo cuya fisonomía recordaba haber visto en alguna parte. Caminábamos en dirección opuesta y, no bien me alejé un poco, volví la cabeza con curiosidad. El otro, obedeciendo tal vez al mismo impulso, hizo lo propio. Nos miramos y, al punto, cada uno siguió su camino. Pero ahora tenía la seguridad de conocer á ese individuo, y volví resueltamente atrás para alcanzarlo; pensaba preguntarle en qué parte estaría la oficina del juzgado, entrar por ahí á con-

versar, y salir de dudas. Poco había andado cuando mi hombre se paró disimuladamente á mirar el escaparate de una tienda. Seguí adelante, llegué donde él estaba y le pregunté con mucha cortesía:

—Caballero, tenga la bondad de decirme en qué parte...

—¡Elías!

—¡Federico!

Nos abrazamos, nos mirábamos y hubo un ir y venir de preguntas repentinas, incoherentes, que no esperaban respuesta.

Hacía más de veinte años que no nos habíamos visto, desde que nos separamos en el colegio. No nos había unido particular amistad; pero á los condiscípulos que se separaron niños y vuelven á encontrarse hombres maduros ya, acontece lo que á los compatriotas que por casualidad se juntan en tierra extranjera, los cuales, aunque apenas se hayan conocido de vista, se saludan con el contento y alborozo de dos amigos íntimos separados largo tiempo. El compatriota representa la patria lejana, la familia, el hogar doméstico; y el condiscípulo es reflejo vivo de la infancia con sus penas lagrimosas y bulliciosas alegrías; de esa edad que, como quiera que haya sido, siempre parece, á la distancia del tiempo, la más risueña, feliz é inocente de la vida.

—Pero ¡cómo has cambiado!—me decía Federico.

—¡Y tú!—exclamaba yo.

El Federico de ahora tenía, mirado á bulto, un señalado parecido de familia con el antiguo Federico; sin embargo, conservaba idéntico su modo activo y oficioso, y cierta zalamería muy peculiar suya, como si fuese á proponer algún cambalache. Su mirada, que antes era

en extremo vivaracha, me pareció un tanto vaga. Poco á poco fuí reconociendo las facciones de mi condiscípulo; pero como yo tenía grabado su aspecto de niño y todavía pensaba en él, lo miraba con extrañeza. Se me figuraba que se había disfrazado, que se había abultado de alguna manera las facciones, que esos bigotes y barbas eran postizos, que tenía relleno el traje para parecer más corpulento. No sé por qué no podía mirarlo bien de frente. Iguales pensamientos debían de ocupar á Federico, porque manifestaba no menos sorpresa que yo. Mientras tanto, sentía que me iba volviendo niño, con deseos de hacer travesuras, de entretenerme en cualquier cosa, de reírme por todo. Algunos dichos extravagantes y disparateros, de aquellos que corrían en el colegio, se nos salían sin pensar, ni más ni menos que si estuviésemos en el patio de recreo. Era una sensación bien rara.

—¡Con barbas!—decía yo, mirando al soslayo á Federico, y soltando la risa.

—¿Y tú? ¡Eres muy lampiño!

—¿Soltero ó casado?—pregunté.

—Casado... y con hijos. ¡Percances del oficio! ¿Y tú?

—¡Lo mismo!... ¡Lo mismo!

Y nos reíamos como dos diablillos.

—¿Estás establecido aquí?

—Aquí,—contestó Federico con un gesto de desagrado.

—¿Y tus negocios?

—Ya hablaremos...—me dijo con seriedad y ademán indolente.—Tengo un negocito, una tienda... mientras me levanto de nuevo... No he andado con buena suerte.

Y agregó de improviso:

—Almorzaremos juntos ¿no es así? Después de al-

muerzo te acompañaré á la diligencia que aquí te ha traído. ¿Te vas en el tren de la tarde?

—Sí.

—Pues entonces, nos queda tiempo para hacer una visita al Bruto. ¿Te acuerdas de él? Tendrá mucho gusto de verte.

—¡El Bruto! ¡Pues no me había de acordar! ¿También está aquí?

—Y es uno de los grandes hombres del pueblo,—dijo Federico con ademán majestuoso.

—¡Lo veremos!—exclamé con alegría.—¿Y cómo está? ¿Es siempre aquel temible Bruto?...

—¡Aquel temible Bruto!... —interrumpió Federico riéndose.—Vamos á casa.

Y tomados del brazo nos dirigimos allá.

De modesta apariencia era la casa de Federico; pero no desdecía de las otras del vecindario. La tienda de que me había hablado ocupaba dos piezas del frente. Me entró á una sala espaciosa y pobremente amueblada. Todo estaba limpio y sacudido; la dueña de casa debía de ser persona diligente.

Federico me dijo que lo esperase ahí un momento, mientras iba á dar aviso á su esposa.

Fuí á registrar algunos objetos que divisaba en dos consolas ordinarias, y me encontré con curiosidades de aquellas que fabricaba Federico en el colegio; pero muchísimo más perfeccionadas y acabadas en todas sus partes, y con pretensiones de importación europea. Cerca de una ventana había una mesita llena de alambres, láminas de metal, sierras muy finas y otros adminículos. No pude menos de sonreírme. ¡Todavía Federico, á los treinta y cinco años, tenía precoz ingenio para la mecánica!

Después de examinar la sala, me senté á esperar. Indudablemente se hacían preparativos para festejarme. Sentía trajines en las piezas interiores. Dos ó tres veces salió apresuradamente una criada, y otras tantas volvió con paquetes ó canastos llenos. Una puerta de comunicación de la pieza en que yo estaba, se entreabrió con disimulo. Miré de reojo y ví dos niñitos que me miraban y se decían:

—El caballero... ahí está el caballero...

Me levanté para invitarlos á entrar; pero, al mover me, huyeron despavoridos.

Después de un buen rato, llegó Federico con Josefina, su esposa. Me la presentó y, pidiéndome permiso, salió á dar una vuelta por la tienda.

Josefina era joven, de buen cuerpo y de fisonomía no hermosa, pero sí muy suave. Manifestó mucho juicio en la conversación. Le hice algunas preguntas respecto á los azares de la vida de su esposo,—preguntas indiscretas tal vez; pero disculpadas por mi título de condiscípulo y la sinceridad con que las hacía. Josefina se franqueó conmigo más de lo que esperaba. Creía yo que Federico no me contaría nada de sus tiempos pasados, y así fué; pero por lo que me refirió Josefina y lo que después averigüé á otras personas, pude saber, más ó menos, lo que había acontecido á Federico.

Su padre, caballero de regular fortuna, advirtió desde temprano las dotes de Federico para el comercio. Como cualquier padre de familia, creyó á su hijo un portento. Esperó que concluyese las humanidades y lo colocó en una casa de comercio. Los superiores de Federico alabaron mucho su diligencia y buen desempeño en las comisiones que le encargaron. Luego que su padre lo

consideró suficientemente experimentado, no temió confiarle un capital para que especulase por cuenta propia. Federico, animado y lisonjeado por todos y confiado en sí mismo, acometió una especulación de granos. Por ese tiempo murió su padre, y Federico aventuró su herencia en el negocio. Mientras se trató solamente de comprar, todo anduvo á las mil maravillas. Federico nadaba en la abundancia, luego cogería millones; las madres lo codiciaban para sus hijas. La madre de Josefina lo atrapó.

Llegó el tiempo de vender los frutos, y Federico, tan bueno como era para cumplir órdenes comerciales y ajustar pequeñas ventas, no tuvo olfato para prever las alzas y bajas, perdió el tino y quedó medio arruinado. Con los restos de su caudal puso tienda en un pueblecito de provincia y luego comenzó á prosperar Pero así que se vió boyante, dejó la tienda, comercio que despreciaba, y volvió á especular en grande. Cayó como la otra vez; y, cuando lo encontré, estaba reponiéndose en Molina para arriesgar de nuevo sus ganancias. Y era claro que cada vez le había de ir peor, porque ya nadie tenía confianza en él, y no osaban acompañarlo en sus empresas; pero se le había metido en la cabeza que su vocación era ser especulador de vuelo, y llevaba trazas de morir en la miseria. Daba compasión pensar en este hombre que tenía en la mano el medio de enriquecerse, y se empeñaba en no usarlo. Tal vez no habría sucedido esto si su padre hubiese observado más bien el género de sus inclinaciones, y no lo hubiese aconsejado y animado á emprender negocios que no era capaz de llevar á buen término.

Vino la hora del almuerzo. No fué tan alegre y ex-

pansivo como esperábamos. Los niños dieron en hacer grandes demostraciones al ver cubiertos, platos y guisos que no conocían. Josefina, un poco avergonzada, los hizo callar repetidas veces. Tal vez por esto, Federico llevó la conversación á los negocios; habló de su último fracaso culpando á mil circunstancias é individuos, y entró en largas explicaciones sobre una gran empresa que lo había de sacar para siempre de la estrechez en que ahora se encontraba. Como habíamos estado hablando de esto con Josefina, oí yo á Federico con frialdad, y ella algo confusa.

Después del almuerzo me acompañó Federico á mi diligencia. En seguida nos fuimos en coche á casa del Bruto que estaba en las afueras de Molina.

III

La casa de Pancho daba al camino público, y tenía un aspecto tal de desaseo y descuido, que ni siquiera me paré á considerarla.

Federico preguntó por Pancho. Le contestaron que estaba ahí, al lado, en el patio del matadero.

Mientras lo llamaban, me llevó Federico á una pieza de recibo. No me atrevía á entrar porque ninguna persona de la casa nos había recibido; pero Federico me dijo:

—Entra no más. Soy como de la casa. Voy á prevenir á Clorinda, la mujer de Pancho, que nos tenga buenas once.

—¡Hombre! ¡Qué dirán!—exclamé deteniéndolo.

—Deja, chico—replicó.—Aquí no entienden de cortesías y pulcritudes. Vuelvo al punto, antes que llegue Pancho.

En efecto, no se demoró dos minutos.

Luego se sintieron pasos reposados y cadenciosos.

—Ahí viene—dijo Federico.—Espéranos aquí.

Salió, y alcancé á oír lo que hablaba con Pancho.

—Pancho, aquí te busca un caballero.

—¿Á mí?... ¿Para qué?

—Algún negocio, supongo...

—De seguro vendrá á comprar mis bueyes gordos... como que no encontrará otros mejores—dijo Pancho.—¿De dónde es el caballero?

—De Santiago.

—Esos pagan bien. Le pediré caro... Pues, hombre, ¿te acuerdas de aquel buey que te mostré el otro día?

—Aquel...

—Ese mismo. Esta mañana amaneció triste. Cuando menos pensaba enfermarse y perder su gordura; pero como yo no me ando con chiquitas, lo traje y lo maté sobre la marcha. ¡Y qué barbaridad de grasa y sebo me ha dado! Bien le decía yo al vaquero, y creo que también á tí te lo dije: este buey...

—Bueno, bueno. No hagas esperar tanto á ese caballero—interrumpió Federico.

—Vamos allá.

Entraron á la pieza, y Pancho me saludó con una inclinación indiferente y fría, como dándome á entender que no pensaba rebajar un centavo al precio de los bueyes y que no le corría prisa la venta.

Miré á Federico y lo vi que reventaba de risa. Pancho nos miró á los dos, y, no pudiendo darse cuenta de lo que aquello significaba, puso una cara tan estúpida como la que le vi—y me quedó impresa—cuando, en el exa-

men de filosofía, le pidió el examinador que explicase el *yo* de Fichte.

Federico exclamó por fin:

—Pancho, ¿cómo es esto? ¿No conoces á este caballero?

—No tengo el gusto de conocerlo.

—Es Elías, Elías... ¿No te acuerdas de Elías, aquel del colegio?

—¿De veras?—exclamó Pancho abriendo tamaños ojos.—¡Pero quién lo había de conocer si está tan otro!

Nos abrazamos; pero el abrazo de Pancho fué respetuoso. Yo, á no dudarlo, parecía caballero; pero el Bruto estaba tan dejado de la mano de Dios en punto á ropa y limpieza, que hasta sus mayordomos andaban más decentes que él. No había crecido mayor cosa, sino que se había ensanchado considerablemente. Con sus piernas cortas, se asemejaba á un tonel.

—¿Y cómo ha sido este mílagro que usted ha venido por acá?—me preguntó Pancho.

—¡Elías no es *usted!*—dijo Federico.—¿De dónde saliste tan relamido?

—Yo no soy *usted*—agregué.—Soy *tú*. No me tratabas de usted cuando me dabas coscorrones en el colegio, ¿te acuerdas, Pancho?

—Sí, sí,—contestó muy confuso.—¡Pero usted era tan travieso!

—¡Dale!... También te acordarás que, á cada coscorrón, repetías: *Væ victis*.

—También me acuerdo de eso... *¡Ve vite!* Creo que era cosa de la historia romana. Y vean ustedes: me gustaba ese estudio. ¿Qué es de la historia romana? ¿Siempre está la misma?

—La misma; eso sí que un poco más crecida—contestó Federico.

—Como ahora lo andan cambiando todo...—repuso Pancho.—Y en esa clase me pusieron el sobrenombre de *Logábalo*, uno que comía mucho.

—Así es—dije.—Recuerdo ese sobrenombre.

—Y el que me lo puso—continuó Pancho—fué un jovencito Valdés, muy amigo mío... ¿Han sabido de él?

Yo lo conocía, y la conversación siguió por semejantes recuerdos. Poco á poco fuí descubriendo en Pancho un fondo tan bonachón, crédulo y sencillo que realmente me admiró. Bien pronto acompañé á Federico en las continuas bromas que hacía á Pancho, el cual tragaba sin inconveniente las patrañas más ridículas.

—Voy á traerte á mi mujer para que la conozcas—dijo Pancho levantándose.

Así como estuvimos solos, me dijo Federico.

—Y ¿qué te ha parecido el Bruto? No es más que como tú lo ves. Salió del colegio antes de concluir los estudios y se vino acá, al lado de su padre. Tomó más tarde á su cargo este fundo, y de aquí no se ha movido. Su mujer lo maneja á su antojo. Como campesino á la antigua no tiene rival; es el mejor sirviente de su hacienda, y no creas que nadie le mete el dedo en la boca; por el contrario...

—No anduvimos muy acertados en los pronósticos que de él hacíamos en el colegio—repuse.—Aquellas malas cualidades suyas debían de ser puros ímpetus animales, que se sosiegan con la edad, y que doma el trabajo físico; pero no era fácil conocer bien el rumbo que tomaría Pancho, porque no lo dejaba adivinar la escasez de su entendimiento y la falta de vida de su espíritu.

Á poco rato llegó Pancho con su mujer, personita muy locuaz y gritona, vestida con ridícula afectación; pero había en ella algo de cosquilloso, de movedizo, y cierta natural coquetería que le caía bien. Manifestaba mucho deseo de agradar; desgraciadamente, no tenía buen gusto para elegir los medios. Era pequeña, no mal proporcionada, y, ciertamente, podría pasar por una bonita muchacha, á no ser por su modo remilgado, lo extravagante del vestido, y los afeites que se le echaban de ver á la primera ojeada.

Me saludó con gran despejo, y comenzó á ensartar preguntas, admitiendo como respuestas ciertos sonidos inarticulados que á ratos dejaba yo escapar.

—¿Hace mucho tiempo que usted no venía por acá? ¿Y qué le ha parecido la ciudad? Muchas veces había oído hablar de usted á mi marido—y pronunciaba el *mi marido* con énfasis.—Me parece que fueron condiscípulos. ¿No es así? Casi siempre dura mucho la amistad de los condiscípulos. ¿No lo cree usted así? ¿Y se va usted hoy mismo? ¡Qué viaje tan ligero!

Y dirigiéndose á su marido, le dijo en tono breve y perentorio:

—Francisco, manda traer luego una malaya para las once.—Y volviéndose á mí agregó:—¿No es usted afecto á las malayas?

—¡Oh! Me gustan...

—¡Y una del buey bayo les voy á traer!—exclamó Pancho dándose una fuerte palmada en el muslo, donde quedó señalada la mano por la tierra que tenía el pantalón, y se levantó al punto.

Volvió de allí á poco, y luego fuimos al comedor.

En la mesa no se veían primores de dulcería ó de cocina; pero, en cambio, estaba cubierta de fiambres tan vistosos y olorosos, y en tal abundancia, que con sólo mirarlos se aquietaba el hambre.

Clorinda principió á exigirme que comiese de todo, y todo lo que me servía en el plato, y cada plato llevaba comida para tres personas, por lo menos. Pancho, por su parte, se ponía de ejemplo. Decía:—Mírenme y aprendan á comer,—y limpiaba el plato. Si á cada bocado no bebía yo media copa de vino, que era de la viña de Pancho, éste se daba por ofendido, y hablaba con sorna que sentía no tener los buenos vinos que yo estaba acostumbradoá tomar, y otras finezas.

Entró la malaya. Como manda la costumbre, traíala una sirviente en el asador, que con la malaya extendida parecía aspa de molino, y la enarboló en un extremo de la mesa. Clorinda, afilando un cuchillo en el revés de un plato, se levantó á cortarla en tiras.

De improviso hicieron irrupción en el comedor, con grande algazara, los tres hijos de Pancho, perseguidos por sus niñeras. Uno resbaló al entrar y quedó tendido sin moverse, lanzando penetrantes alaridos; otro se metió debajo de la mesa, precisamente donde yo tenía los pies; y el menor corrió á ocultarse entre las piernas de su padre. Á Pancho le pareció muy oportuno entretenerse un poco con este niño, y, en vez de entregarlo á la niñera, lo ocultaba y decía:—Aquí no está el niño; búscalo por aquí, búscalo por acá,—y la niñera iba de un lado á otro, y á ratos forcejeaba con Pancho, sin miramiento alguno, por quitarle el niño.

Mientras tanto, al que estaba debajo de la mesa se le

ocurrió volverse perro, y se puso á hacer cabriolas por sobre mis pies y los de Federico, y ladraba y aún mordía muy á lo vivo.

Unos descompasados chillidos de Clorinda dominaron la gritería. Suspendió por un momento su operación, ordenó sin réplica que salieran los niños, y culpó á Pancho de la mala educación de ellos y su falta de respeto.

Sosegóse el alboroto.

Clorinda, vuelta á su asiento, entró á explicar con numerosos ejemplos, y á reprobar la manera como Pancho educaba á sus hijos. Y resultaba que no era ninguna manera, porque Pancho los dejaba hacer cuanto querían.

El marido torcía el gesto, y la dejaba hablar.

Federico no hallaba mejor modo de apaciguar á Clorinda que describirle algunos géneros nuevos y elegantes que acababa de recibir; pero Clorinda no lo escuchaba.

En cuanto á mí, las repetidas libaciones me habían puesto pensativo. Tengo un vino sosegado, meditabundo y, en ocasiones, por extremo sensible. Conforme van subiéndome los vapores á la cabeza, principio á ensimismarme; me elevo, poco á poco, á consideraciones generales sobre la naturaleza humana, y de ahí paso á desenvolver mentalmente las cuestiones más abstrusas. Desde estas alturas veo al mundo tan pequeño, mezquino y miserable, que el corazón se me angustia y derramo abundantes lágrimas, sin causa aparente y sin que me sea dado explicar el verdadero origen, porque, en tales circunstancias, me hallo absolutamente falto de palabras, no ya sólo para comunicar á otros doctrinas vastas y encumbradas, sino hasta para manifestar los sentimientos más llanos y naturales, cosa harto incómoda. Pero esto es en el último grado.

Por entonces entraba simplemente al primer grado, y bien vi que ya era tiempo de ir á la estación.

Al despedirme de Clorinda, me ofreció su casa para que ahí me alojara cuando viniera otra vez á Molina, y, probablemente para desvanecer algunas dudas mías, agregó:

—No crea que aquí le faltará comida.

Pancho y Federico insistieron con mucho calor en acompañarme á la estación.

No bien sentimos los vaivenes del coche y el vientecillo que nos daba en la cara, comenzó á invadirnos gran enternecimiento. Recordamos uno por uno los accidentes de nuestra vida de colegio, y, como si estos recuerdos nos uniesen más, brotaban de nuestros labios palabras de amistad y de fraternal abnegación.

Antes de subir al tren, les dí un estrecho abrazo, no sin que me rodaran algunas lágrimas. Tuve la satisfacción de observar que ellos correspondían á mis sentimientos.

Subí al tren, y, por mucho rato, estuve en una postura melancólica, con los ojos preñados de lágrimas, absorto en recuerdos de lo pasado. Aquel verso *Eheu! fugaces, Postume, Postume...* me ocurría con fastidiosa persistencia.

Y así seguí buen trecho, hasta que un corto sueño me disipó los vapores del vino.

ELÍAS.

LA PRIMERA MARIPOSA

Cuentan que allá en el Edén
estaba durmiendo Adán,
cuando subió con afán
un gusano por su sien.

El pobre reptil quería
salvarse de un picaflor,
que, acaso por buen humor,
travieso lo perseguía.

Corrió á buscar un asilo
entre el undoso cabello
del hombre; pero con ello
turbó su sueño tranquilo.

Tocóle Adán con un dedo,
y cayó en tierra el gusano,
buscando refugio en vano,
y tiritando de miedo.

Eva, que había cogido
las flores más peregrinas,
de hojas más bellas y finas
y de mejor colorido,

acertó á ver por acaso
la cuita y la desventura
de la humilde criatura
que se arrastraba á su paso.

Movióle á piedad aquella
forma modesta y sufrida,
que para salvar la vida
se iba arrastrando hacia ella.

Y le dijo: —"No será
que tú perezcas así.
Quiero hablar á Dios por tí,
que Él ha de oírme quizá.

"¡Señor! dijo Eva, á tus pies
pongo este sér infeliz!
Quisiera darle el matiz
de cuanto hermoso aquí ves,

"y agilidad y soltura,
y alegría y libertad...
Tú sabes cuánta piedad
me inspira esta criatura!"

Entonces le dijo Dios:
—"Echa tus flores sobre ella."

Y echó sus flores la bella
del pobre gusano en pos.

Al cabo de un breve instante,
con raudo y alegre vuelo,
subió hacia el azul del cielo
la mariposa brillante.

Tornáronse alas las hojas
de rosas y de azucenas,
y, de polvo de oro llenas,
brillaron albas y rojas

en tan hermosa manera,
que Eva, contenta y ufana,
bendijo aquella mañana
la mariposa primera.

J. Arnaldo Márquez.

París, 1886.

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS

DE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

(Un pequeño volumen impreso en Madrid en la imprenta de A. Pérez Dubrull)

Leyendo estos días los versos de don Marcelino Menéndez Pelayo, no pudo menos de sorprenderme el entusiasmo casi religioso que su autor tributa á la belleza de las obras que nos legó la antigüedad griega y romana.

El señor Menéndez Pelayo, católico de fe acendrada, en una época en que las creencias de nuestros padres van extinguiéndose tristemente en muchas almas, aparece a veces en su libro (1) como un adorador de las deidades del Olimpo pagano. El amor ciego á la belleza de la forma lo arrastra á emular en nuestros días los cantos de los sacerdotes de Venus, derramando tesoros de ingenio en imitaciones ó reminiscencias de una poesía ya muerta.

Entre los críticos españoles hay muchos que niegan

(1) ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS.—*Oda á Cabanyes; Á la muerte de un amigo, elegía.*

rotundamente al distinguido escritor el título de poeta. —Menéndez Pelayo será todo—dicen éstos—menos un cantor inspirado. Como poeta, carece de espontaneidad. Sus versos son un hermoso vaso etrusco, del cual no se exhala el fresco perfume de las flores, sino el olor de un bálsamo que ha perdido casi toda su fuerza. Sacerdote de un culto que no tiene altares ni adoradores, intenta en vano restaurar un simulacro que se rompió en pedazos al caer de su pedestal. El que hoy quiera llamarse poeta, tiene forzosamente que seguir otro camino que el adoptado por él en su desmedido amor por todo lo antiguo.—Por lo demás, se reconocen al joven y esclarecido ingenio títulos envidiables á la gloria póstuma, ya como crítico de elevadas miras, ya como apologista cristiano, ya, en fin, como historiador y erudito notable; títulos adquiridos en una edad en que la mayor parte de los hombres tienen necesidad de estudiar mucho para producir algo digno de llamar la atención.

Tal juicio, sobrado duro acaso, entraña, sin embargo, su fondo de justicia.

Menéndez Pelayo, dotado como pocos de un entusiasmo ardiente por la belleza de la forma, la busca con demasiado afán, lo que es causa de que en muchas ocasiones le falte la espontaneidad y el libre vuelo de la inspiración.

Y aunque á veces, sin embargo, se remonta muy alto, alcanzando una expresión sencilla, al mismo tiempo que culta y delicada, por desgracia, sucede con frecuencia que el preceptista se sobrepone al poeta, y, lo que es aún más sensible, esto acaece no sólo en la forma de la expresión, sino en el fondo mismo de las ideas. Deseoso de restablecer las eternas leyes del buen gusto, se tras-

lada, como por encanto, á tiempos muy distintos del nuestro, cantando en pleno siglo XIX como cantaría un poeta de la antigua Atenas.

De aquí resulta un verdadero anacronismo. Van ya corridos muchos siglos, desde que enmudecieron los oráculos, y los sacerdotes de la diosa de los deleites no celebran sus misterios en los encantados y risueños bosques del Ática. La naturaleza, que el error había divinizado, no es ya el teatro de las luchas y de los amores de los dioses; las fuentes arrastran sus aguas cristalinas por entre las solitarias llanuras, huérfanas de las ninfas que poblaban sus riberas; Neptuno, desterrado del mar, no provoca ni sosiega las tempestades, y nadie irá á buscar en el cráter del Etna las fraguas donde los cíclopes forjaban sus armas. Las ficciones mitológicas, por graciosas y delicadas que sean, sólo agradan en las obras de los poetas helénicos; deleitan en Horacio y, si se quiere llevar más allá la indulgencia, no sientan mal en las pastorales del sensible y enamorado Garcilaso. Pero hoy, que se mira la creación de otro modo, apenas si se encuentra un deleite artificial en los esfuerzos del ingenio que pretende poblarla con seres fantásticos, nacidos al calor de otras ideas y otras civilizaciones.

El que esto escribe recuerda una anécdota que, en pocas palabras, resume todo lo dicho.

En los momentos en que se preparaba á hacerse á la vela la expedición libertadora del Perú, un estimable literato consultó con el ilustre don Andrés Bello si publicaría ó no una marcha guerrera que había compuesto con el objeto de animar al combate á nuestros valientes. Después de leerla con detención, el insigne crítico, fastidiado con las alusiones mitológicas con que estaban em-

pedrados aquellos versos, se los devolvió á su autor diciéndole: «No los publique, amigo mío, los dioses se han ido, y ya no quedan sino San Pedro y San Pablo.»

Y en efecto ¿qué significan hoy el *Himno á Drinysios* ó las bellas estrofas sáficas tituladas *Una fiesta en Chipre*, en las que Menéndez Pelayo trata de imitar la poesía griega? ¿Qué fibra del alma pueden conmover á pesar de sus innegables primores? Lástima causa que hombre de tanto ingenio haya gastado su tiempo en escribir poemas de esa especie, inteligibles sólo para los humanistas y los adoradores ciegos de lo antiguo.

Píndaro fué un gran poeta, y no pudo menos de serlo, desde que conmovió al pueblo más amante de lo bello con sus himnos á los vencedores del estadio; y, sin embargo, léanse la traducción de una de sus odas hecha por Menéndez Pelayo, ó las que en bellísima prosa francesa ha publicado Mr. Villemain, y búsquese la impresión que han dejado en el alma; apenas la admiración que producen los primores de un magnífico plan. Horacio mismo, mucho más moderno y más á nuestro alcance que el lírico griego, Horacio, con quien estamos más familiarizados, merced al sin número de imitaciones suyas que hallamos en nuestros clásicos, y, sobre todo, por las lecciones del aula, no tiene para la generalidad de los lectores gran encanto y atractivo...

Ni por un instante abrigamos la idea de condenar una literatura grandiosa y magnífica, porque haya pasado su época. Esos autores deben estudiarse siempre; son, sin duda, el mejor guía para la juventud; su forma es acabada y abundante en primores que sería injusto desdeñar; pero en cuanto á su espíritu, ha muerto, como murió la

mitología antigua, como murieron el imperio romano y las repúblicas helénicas.

¿No es, por ventura, un delirio el que un autor cristiano, llorando la muerte de un poeta perdido para su patria en la flor de la inteligencia, se exprese de esta manera?

Joven moriste... apenas á la vida
se abrieron ¡ay! tus penetrantes ojos;
joven sucumbe el que los Dioses aman.
¡Triste ley de los hados!...

¿Y no es lastimoso que esta extraña forma de expresar una idea se repita más tarde delante del cadáver de un amigo, y para consolar á una madre cristiana?

Bien sienta á Menandro el expresarse así, pero un poeta católico como Menéndez Pelayo debió, sin duda, nombrar de otro modo á la Providencia.

Respecto á las formas antiguas, á que el joven poeta español profesa tan ardiente culto, creemos conveniente su estudio é imitación concienzuda. Mucho ganaría con él la poesía castellana, por lo general, demasiado exuberante y falta, las más veces, de la parca sobriedad que aconseja el buen gusto.

Nuestro idioma, tan sonoro y grandilocuente como el latino, y menos conciso en su frase, es causa de extravío para los poetas, que, descuidando el fondo del pensamiento, se dejan seducir por la armonía de los períodos y el encanto innegable de la rima.

Hace bien Menéndez Pelayo en recomendar con el precepto y acertados ejemplos el uso del verso libre, tan descuidado por nuestros poetas, y cultivado con tanta perfección por los italianos.

Los sáficos, las estrofas horacianas introducidas en nuestro parnaso por Francisco de la Torre y, sobre todo,

el endecasílabo suelto en que escribieron Figueroa y Jovellanos y las combinaciones de este metro con el heptásilabo, tienen tanta belleza y majestad como los más rotundos períodos poéticos de Herrera ó de Quintana, en sus estrofas regulares ó sus silvas aconsonantadas. Los que conocen los recursos del idioma no podrán menos de convenir en que los versos desprovistos de rima son los más nobles y los más favorables al desarrollo del pensamiento y de la inspiración verdadera.

El libro del poeta que nos ocupa suministra preciosos ejemplos de esta verdad.

Y si no ¿podría traducirse con más fijeza, concisión y majestad la estrofa más bella que brotó de la pluma de Horacio, que de la manera como lo hace Menéndez Pelayo en los siguientes versos de su acabada y, por muchos títulos, admirable versión del *Carmen sæculare?*

¡Sol, que conduces en fulgente carro,
vario y el mismo, sin cesar el día;
nada mayor que la romana gloria
miran tus ojos!...

Burgos, á quien no puede negarse su mérito de traductor, á pesar del juicio pronunciado contra él por don Andrés Bello, vierte al español este pasaje de una manera tan nebulosa y oscura, que destruye su grandeza, aminorando al mismo tiempo el efecto que produce en el alma el patriótico orgullo del cantor romano.

El poeta oriental don Francisco Acuña y Figueroa lo interpreta con alguna más felicidad de esta manera:

¡Sol, que desde tu carro luminoso,
fecundas la natura,
ya ostentes ó ya ocultes tu luz pura;

objeto más grandioso
que el pueblo de Quirino,
jamás alumbre tu esplendor divino!

El poeta americano ha traducido, sin duda, con acierto la idea de Horacio, pero quedando muy distante del español en gravedad, concisión y aun en pompa de lenguaje. Basta comparar las dos estrofas citadas.

Esta traducción del *Canto Secular* es una de las piezas más notables de la literatura española. Es superior á las más afamadas versiones que Burgos escribió en el mismo metro, y que son, por lo general, de mérito sobresaliente.

Pero en el mismo libro se encuentra otra pieza traducida de un célebre poeta cristiano del siglo IV, y que sólo conocíamos por un fragmento publicado por el mismo traductor en sus *Heterodojos españoles*. Tal es el himno que escribió Prudencio *En loor de los mártires de Zaragoza*.

Esta inspiración del Horacio cristiano es tan grandiosa, y difiere tanto de cuantas poesías religiosas habíamos leído, que sentimos no poder trasladarla íntegra en este artículo, sobre todo cuando es imposible dar una idea de ella citando estrofas aisladas. Tiene mucho de dantesco, y el cuadro pintado en ella es digno del terrible pincel con que Miguel Ángel dibujó su célebre cuadro del Juicio.

Prudencio, que había cantado ya el martirio de San Lorenzo, el de Hipólito despedazado por potros indómitos, y el de la tierna y dulce virgen Eulalia, inmortalizó también en peregrinas estrofas el heroísmo de los que murieron por Cristo en su ciudad natal. En el último día de los tiempos, cuando el Juez Supremo venga á juzgar al

mundo, y acudan á su llamado las ciudades todas de la tierra, los pueblos, confusos y consternados, le presentarán, para aplacarlo, los huesos de sus mártires. Cada ciudad llevará su ofrenda y, sobre todas ellas, Zaragoza, más fecunda que ninguna otra en confesores de Cristo, que sellaran con su sangre la verdad de su fe.

La idea de Prudencio ha encontrado en Menéndez Pelayo un acertado intérprete. Las estrofas escritas en bronce del antiguo poeta no han perdido nada de su majestad y enérgica rudeza al pasar del latín al romance.

Las composiciones citadas, la traducción del *Himno á Grecia*, las versiones de Hugo Foscolo, de Chénier, y aun las un tanto débiles de las dos tragedias de Esquilo, que enriquecen el volumen de poesías que nos ocupa, colocan á Menéndez Pelayo en un puesto distinguido entre Ventura de la Vega, Jáuregui y Arjona, traductores de Virgilio, del Tasso y de Estacio.

Menéndez Pelayo está llamado á traducir á los poetas clásicos.

Las poesías originales que contiene el volumen que nos ocupa son, en cambio, pocas, y de ellas convendría, acaso, haber suprimido alguna, sobre todo de las amorosas, que son frías, filosóficas y disertadoras por demás.

La *Epístola* á Horacio contiene la profesión de fe literaria del autor, y está valientemente escrita. Igual impresión produce la oda á la memoria del poeta Manuel Cabanyes, de la cual copiaremos un delicado fragmento, en que el autor recuerda á los poetas que murieron jóvenes, víctimas de la desgracia, ó consumidos por la llama del genio:

De Catón y Pompeyo las cenizas
en sus urnas de horror se estremecieron,
y un *¡ay!* lanzaron sus inultos manes
al expirar Lucano.

Rota cayó en el Sorga aquella lira,
que moduló en el Tajo los amores,
y llevó á extrañas jentes el sonoro
nombre de Garcilaso.

Rindió su cuello á la segur impía
el que al enfermo celebró y al ciego;
el numen de la gloria remontóle
sobre el cadalso impuro.

Horrible mal devora á Leopardi,
titán vencido pero no domado;
á Byron ve caer heróicamente
Missolonghi en su arena.

Jóvenes todos... como tú, Cabanyes,
vieron pasar en desplacer sus días,
con el estigma del dolor impreso
en sus alzadas frentes.
.....

Dignos son estos versos del inspirado bardo á quien celebran. El autor de *La Misa nueva* los habría equivocado con los suyos.

Todavía vamos á dar otra muestra que revela el acierto con que Menéndez Pelayo maneja el verso suelto ó libre. Es tomada de la elegía *En la muerte de un amigo:*

Intacto lleva á Dios su pensamiento;
no deja tras de sí recuerdo impuro,
y ni la envidia misma
puede clavar en él la torpe lengua.
Blanco de ciega saña
nunca se vió, ni de traición aleve;
ni, rota el ara del amor primero,
halló trivial lo que juzgó divino.

Acá le llorarán; allá en el cielo
árbol será firmísimo y lozano
lo que era germen en la ingrata tierra.
Yo le envidio más bien ¡qué hermosa muerte!
¡qué serena agonía,
cual sintiendo posarse
los labios de un arcángel en sus labios!
¡Morir, no en celda estrecha aprisionado,
sino á la luz del sol del mediodía,
y sobre el mar, que ronco festejaba
el vuelo triunfador del alma regia,
subiendo libre al inmortal seguro!
¡Morir entre los besos de su madre,
en paz con Dios y en paz con sus hermanos,
mientras tronaba desde rota nube
la bendición de Dios sobre los mares!

Toda la composición está escrita en el mismo tono. Ella sola bastaría para probar que Menéndez Pelayo es poeta cuando deja hablar al alma.

De esta elegía dice, con razón, el eminente crítico don Juan Valera: «Analizarla sería una profanación. Léala quien tenga alma, y su voz se pondrá trémula y las lágrimas se agolparán á sus ojos... Así Virgilio, si hubiera recibido en la pila bautismal la fe de Cristo, hubiera cantado á Marcelo.»

Verdaderamente, estos versos son admirables. Hay en ellos un soplo de lo eterno, que eleva y dignifica el alma. Los hemos leído muchas veces, causándonos siempre una impresión profunda de consuelo y de esperanza en los bienes que no mueren.

Terminamos estas líneas, escritas al correr de la pluma, resumiendo en dos palabras nuestro juicio sobre Menéndez Pelayo como poeta. Lo pierde el deseo de llegar á la perfección; pero en las pocas ocasiones en que es espontáneo, y se olvida de sus modelos, muestra de

sobra que es capaz de remontarse muy alto. Menéndez Pelayo no será, con todo, un poeta original fecundo, en lo que tal vez ganarán las letras, pues, como traductor casi no tiene rival en el día.

ENRIQUE DEL SOLAR.

POESÍAS

Á UN CLAVEL (1)

Tu fragancia llega al alma
como bálsamo divino.
ECHEVERRÍA.

Hermoso clavel rosado,
dulce emblema del amor;
tú naciste destinado
para endulzar el dolor
de un amante infortunado.

Yo, que idolatro las flores,
con todo orgullo te llevo;
me enajenan tus primores,
y en tu dulce aroma bebo
consuelos embriagadores.

Los que libres de hondos males
nunca padecen ni lloran,
no saben los celestiales

(1) Estas dos hermosas composiciones han sido rehechas por su autor para insertarlas en un tomo de poesías, que dará á luz próximamente.—*Los E. E.*

consuelos que en sí atesoran
nuestras flores terrenales;

y mirando la hermosura
que presenta su exterior,
sólo admiran su frescura,
y la esencia dulce y pura
que al aire esparce su olor.

Pero ignoran que se aman
y que entre sí se respetan,
que se atraen, que se llaman,
y que lágrimas derraman
si hondos celos las inquietan.

Y sólo aquellos que viven
de amor y de sentimiento,
en sus delirios conciben
que las flores, pensamiento
y amor del cielo reciben.

Yo, que amo tanto, al mirarte,
bello clavel, me imagino
que acaso el cielo, al formarte,
te dijo que iba á crearte
para endulzar mi destino.

Y que un ángel seductor
bien pronto te elegiría
para darte á su cantor,
en prenda de simpatía
y en testimonio de amor.

Y por eso eres ahora
la inestimable riqueza
de ese amante, que si llora,
sólo es porque el modo ignora
de pagar tanta fineza...

Bien pronto la suerte esquiva
lo separará del lado
del ángel que lo cautiva,
pero él, siempre enamorado,
lo adorará mientras viva.

Sin ver sus ojos de cielo
ni escuchar su dulce voz,
será horrible su desvelo;
y en vano pedirá á Dios
para sus males consuelo.

Mas tú, precioso clavel,
le devolverás la calma;
por doquiera irás con él,
y lo verás siempre fiel
á los amores del alma.

Y al sufrir de la distancia
las penas, tú le dirás
que ellas prueban su constancia,
y que el amor de la instancia
no puede morir jamás.

1864.

LA MUJER DEL PESCADOR

(De un cuento alemán.)

I

En una pequeña choza
de paja y tablas construída,
vive Aldén el pescador,
con su esposa muy querida.

Allí, á la orilla del mar,
amándose con pureza,
los dos esposos vivían
felices en su pobreza.

Sus hijos, aunque desnudos,
son su gloria y su consuelo;
sus pies no tienen zapatos,
pero su alma tiene el cielo.

Un día, muy de mañana,
se marcha á la pesca Aldén;
estaba la mar azul
y azul el cielo también.

Echa la red en el agua,
deja un poco que el tiempo ande,
y al retirarla ve en ella
un pez muy grande, muy grande.

El pescador al mirarlo
siente gozo y siente miedo;

y, un si es no es vacilante,
al pez saca de su enredo.

Pero el pez, que no era pez
sino un príncipe encantado,
le habla, y dice de este modo
á Aldén, que le oye espantado:

—«No me lleves á morir,
y si me dejas la vida,
yo te daré, pescador,
cuanto el deseo te pida.»

Aldén se queda un instante
sin saber lo que le pasa;
al pez suelta, y sin más pesca
vuelve tranquilo á su casa.

Entre admirado y risueño
el lance cuenta á su esposa;
ésta le escucha en silencio
y luego dice ambiciosa:

—«Verdad que somos felices
viviendo aquí con amor;
pero lo fuéramos más
en una choza mejor.

«Anda, esposo, y pide al pez,
si eso del pez es verdad,
que nos dé una casa grande
con toda comodidad.»

Aldén, sumiso y amante,
toma otra vez el camino...
El mar está siempre en calma,
pero no tan cristalino.

Al pez llama, y el pez sale;
Aldén lo ve con placer,
y le dice humildemente
lo que pide su mujer.

—«Pescador, vuelve á tu casa,
que ya mi poder la eleva.»
Vuelve el pescador al punto
y encuentra una casa nueva.

Tiene más habitaciones,
cocina, leña encendida,
buena mesa, buena cama,
y despensa bien surtida.

Su mujer con buena ropa,
sus hijos muy abrigados,
todos llenos de alegría
en el hogar agrupados.

II

Después de unos cuántos días
dice la mujer:—«Jamás
me contentaré con esto,
pudiendo ser mucho más.

«Para mi dicha completa
me falta una cosa ahora;
vé, Aldén, y pídele al pez
que me haga una gran señora.»

Aldén exhala un suspiro,
y marcha, no muy resuelto;
esta vez estaba el mar
medio verdoso y revuelto.

Al pez llama, y el pez sale,
Aldén lo ve con placer,
y le dice, algo turbado,
lo que quiere su mujer.

—«Pescador, vuelve á tu casa;
ya tienes lo que has pedido.»
Y el pescador al volver
halla un lujo desmedido.

Su mujer está vestida
con elegante insolencia,
y á las más altas señoras
humilla con su opulencia.

Tiene joyas y carruajes,
recibe nobles visitas,
y da bailes esplendentes
y comidas exquisitas.

III

Una noche al pescador
dice la esposa querida:
—«Aldén, yo quiero algo más,
porque me cansa esta vida.

«Anda, esposo, y díle al pez
que sobre un trono me siente,
con manto real en mis hombros
y una corona en mi frente.»

Aldén la mira indeciso,
la esposa insiste y reclama;
ella exige porque aspira,
él se calla porque la ama.

El pescador amoroso
camina, llorando á solas...
El mar estaba rojizo
y encrespándose las olas.

Al pez llama y el pez sale;
ya Aldén no siente placer,
y le dice muy confuso
lo que pide su mujer.

—«Pescador, ve á tu palacio,
ya reina tu esposa es.»
Y Aldén encuentra á su esposa
con una corte á sus pies.

Es la excelsa soberana,
sus miradas son favores,
todo un pueblo la saluda,
la sirven grandes señores.

La ciudad está de gala,
se oyen risas y cantares,
y hurras y vivas alegres,
y músicas militares.

Cada día nuevos goces,
más alegres invenciones,
y hasta llegan al cansancio
los juegos y diversiones.

Y entre fiestas y paseos,
lisonjas y cortesías,
con su paso inexorable
siguen andando los días.

IV

Una ocasión la mujer
dice á Aldén:—"No soy dichosa;
creí que el trono era todo,
pero el trono es poca cosa.

Me canso de tanto halago
que ya no me hace gozar;
me cansa el mando, y me canso
de dar mi mano á besar."

—«¿Qué más pedir? dice Aldén;
con nuestras almas ingratas
el pez pudiera enojarse.»
—«¡Pues si se enoja lo matas!

«Vé, Aldén, y díle á tu pez
que no encuentro saciedad;
que si su poder es tanto
me dé la felicidad.»

Aldén sale cabizbajo,
con el alma desgarrada...
Esta vez estaba el mar
en tempestad desatada.

En el mar olas enormes,
abismos de oscuros senos;
en el cielo nubarrones,
y relámpagos y truenos.

Al pez llama, y el pez sale,
y viéndole aparecer,
Aldén le dice temblando
lo que pide su mujer.

—«Pescador, vuelve á tu casa»...
Aldén vuelve con presteza
y halla... su antigua cabaña,
con su paja y su pobreza.

Sus hijos medio desnudos,
su mujer con el refajo,

pero todos muy alegres
comiendo el pan del trabajo.

Toma su red, y contento
se vuelve á la pesca Aldén;
ya la mar estaba azul,
y azul el cielo también.

Luis Rodríguez Velasco.

. . .

SARAH BERNHARDT

(ENSAYO DE UN JUICIO)

Aunque hace ya más de un mes que fué escrito este ensayo, habíamos retardado algo su publicación hasta que, calmada un tanto la inmediata impresión de entusiasmo producida en nuestro público por la aparición de Sarah Bernhardt, hubiese llegado el momento para una apreciación tranquila de tan celebrada artista.

Demorada después esta publicación, hasta haber casi pasado su oportunidad, por la circunstancia de ser quincenal el único periódico de Artes y Letras que existe en Santiago, y de haber estado ya completo el material para su último número; damos, sin embargo, á luz estos apuntes, á pesar de lo mucho de incompleto y acaso de erróneo que contienen, en la esperanza de que pudiesen contribuir á dar á conocer mejor la notable figura escénica, cuyas representaciones despertaron en nuestro país tan vivo, y ojalá duradero, interés por el arte.

I

Después de haber visto por primera vez en la escena á esta célebre artista, el espectador, admirado ante una representación que se impone por su belleza general; al ver á la actriz en su casi siempre perfecta posesión de sí misma y de la escena, en su elegante naturalidad realzada por la gracia y armonía de sus movimientos y de sus actitudes, á veces esculturales, se pregunta sorprendido ¿por qué, á pesar de todas estas admirables formas escénicas, no siempre en el curso del drama sintiera conmovido el corazón?—y sale del teatro sin estar dominado por la significación del carácter y del acontecimiento que ha visto en escena.

En nuestro afán para explicarnos estos aspectos generales de la artista en cuestión, hemos redactado estos apuntes, lanzados al papel á medida de las impresiones recibidas, y á medida que las ideas y las apreciaciones que aquéllas despertaban en nosotros se iban aclarando. Más que un juicio perseguido en sus detalles, forman estas páginas una tentativa para bosquejar el cuadro en que pudiera caber un estudio crítico. Atendido su objeto primitivo, en este ensayo no hemos podido sino indicar los puntos psicológicos y estéticos que se relacionan con el asunto, y cuya actual dilucidación nos haría entrar en desarrollos teóricos que nos llevarían demasiado lejos.

Hemos procurado ilustrar, con ejemplos tomados de su propia representación, más en especial los puntos en que nuestra artista es sobresaliente, que sus aspectos menos satisfactorios, indicando éstos de un modo más general; lo que creemos bastará á los que la hayan vis-

to: y esperamos que de la lectura de estas líneas resulte una idea siquiera aproximada de la fisonomía artística que en sus rasgos más prominentes nos hemos esforzado en delinear.

II

1.—Hemos indicado ya la impresión general que en el espectador produce el desempeño de la artista que nos ocupa.

Puede aquélla atribuirse en gran parte á esos modernos dramas de que la artista, por desgracia para el arte escénico y para su propio genio, ha formado la mayor parte de su repertorio; dramas que ni se levantan á la concepción de una totalidad estética, ni se desarrollan en motivos de una alta significación humana.

Pero esos dramas, ó más bien, el medio social en que tuvieron su origen, han determinado la escuela de la artista. Y, aunque su genio la levanta con frecuencia por encima de la escuela, conmoviendo entonces profundamente, como sucede casi siempre en la súplica, como en toda escena de abatimiento y desolación; sin embargo, en su representación total y en gran parte de los detalles domina cierto realismo restringido, que busca en el hecho más lo particular é inmediato que el fondo más general humano.

2.—La diferencia entre el fondo más general de los sucesos y sus aspectos puramente reales resalta en todas partes, tanto en la vida como en el arte; y más en éste, que, en cierto modo, es la imagen condensada de los sucesos de la vida.

La fotografía, que reproduce de la manera más exacta-

mente realista á una persona, no nos causa el efecto vivo de la pintura ó dibujo: exhibe, á aquélla tan sólo en un momento y con la tiesura de su expresión del instante, mientras que la pintura bien concebida nos da en ese mismo momento algo como una síntesis de la fisonomía en cuestión, ó, mejor dicho, la representa en su verdadero carácter fisionómico. Del mismo modo, la exclusión de este elemento ideal, que vemos destacarse con tanta fuerza en la pintura en frente de la fotografía, conduce en la representación escénica á un resultado muy semejante. Solamente que aquí el efecto causado en el espectador es contrario á los fines mismos del teatro, que son hacer resaltar del conflicto entre diversas pasiones una idea general humana, que reside ya en el fondo del acontecimiento en escena. Pero la caracterización de ese elemento es en el teatro algo más complicada, por representarse aquí la vida en toda su movilidad, y bajo muy varios aspectos.

3.—Por lo demás, ese realismo es contradictorio de la idea del arte.

Á este respecto conviene indicar que, si el arte se aprovecha de los aspectos inmediatamente reales de la naturaleza, que son en sí fragmentarios y transitorios, no es en su crudeza y en la rigidez de su aislamiento; los considera como elementos de una totalidad, elevándolos así á una concepción en que lo transitorio es sólo un momento de un proceso, y lo fragmentario un punto en coherencia con la totalidad del mismo proceso. La idea general que el arte á la naturaleza así concebida le supone, es lo Bello.

Pero esto *aún* no es arte; le falta lo que pudiera llamarse la fecundación humana, lo que la mitología griega

expresara en el hermosísimo símbolo de Pigmalión que con sus abrazos á la estatua le infunde su propia vida.

Si se dice que la puesta del sol es su descenso bajo el horizonte, no habrá arte ninguno en esta exacta percepción. Pero descríbase la puesta de ese astro en relación con el movimiento sideral, con los cambios aparentes del firmamento y de nuestro globo; todo esto entretegido con las emociones que se despiertan en el espectador, y acaso resultará entonces una descripción del arte más elevado á la par que verdadero, como se ve en muchas páginas de Humboldt, Flammarion, etc.

4.—El arte *no imita* propiamente á la naturaleza; la representa idealizándola, ó en otros términos, se sirve de esa imitación, como un medio ó signo, para manifestar una idea estética.

Lo expuesto define y limita el derecho efectivo del realismo en el arte á la *forma de expresión*. Aquel bosque, por ejemplo, en las ilustraciones de la Divina Comedia por Doré, cuyos árboles son figuras humanas, es artísticamente verdadero, y el dibujo pudiera decirse realista en el indicado sentido. Pues, á pesar de su grande atrevimiento, la idea está de tal modo inmergida en la concepción artística de los árboles y con las formas de éstos de tal modo entretegida, que dicho bosque tiene la apariencia exterior de lo real.

5.—El otro elemento necesario del arte, tan admirablemente caracterizado por el genio helénico en el símbolo de Pigmalión, puede, en verdad, llamarse una fecundación. El traspaso de la propia alma del artista, como sentimiento y como idea, á su obra, hace á ésta fecunda en resultados y apta para llenar los fines del arte. Y esta impregnación puede ir tan lejos, hasta representar, por

medio de la naturaleza mineral ó vegetal, ideas y afectos específicamente humanos. Así, algunos bosques de Doré son asombrosos por la expresión de pasiones humanas: unos parecen levantar, en su sombría desesperación, sus ramas hacia lo alto, como pidiendo misericordia; otros parecen retorcerse con el más violento dolor, etc.

6.—Los fines del arte, como los de toda labor alta y sana de la mente del hombre, son elevar el espíritu de éste. Si la filosofía y las ciencias se dirigen principalmente á la razón, por considerar lo verdadero tan sólo como tal, el arte se empeña más bien en conmover el sentimiento y la imaginación para que de ello resulte un sentimiento ennoblecedor ó una idea grande.

Siendo el objetivo de todo producto mental el hombre mismo, esos fines no pueden alcanzarse sino haciendo surgir la obra artística del fondo general y permanentemente humano que hay en el mismo artista. Lo general y permanente en el hombre es la naturaleza humana, ó sea la idea de lo *humano*, que el arte considera en su significación estética, en su unidad de verdad y de belleza. Sujeto y objeto á la par, el hombre que siente en sí la transparencia mental de lo humano estético, y que sabe manifestarla, es artista.

7.—Ahora bien, la vida, en la incesante movilidad de su curso y en sus cambiantes motivos y acontecimientos, es, del modo más lato, el objeto del arte dramático. Busca este representar la vida bajo los aspectos de lo humano. Si en fuerza de ser realista olvida estos puntos de mira; si reproduce hechos y pasiones particularísimas, puramente individuales, sin idealizarlas en una concepción estética y moral, sin elevarlas á ideas y sentimientos profundamente arraigados en la naturaleza esencialmente

humana común á todos los hombres; además de no ser esto arte, en el noble sentido de la palabra, todos los altos fines del teatro se derrumban. De este realismo particularista en la concepción dramática, que psicológicamente se caracteriza por la falta de profundidad é insuficiencia del contenido, ha dado el «hábil de los hábiles» Mr. V. Sardou, en *Fedora*, una muestra notabilísima. Inútil es decirlo, semejante teatro no excitará en el público otro interés más alto que el que promovería uno de los hechos terribles de policía de la crónica de un diario. Es cierto que así nuestra artista consigue su objeto: ser élla tan sólo, Sarah Bernhardt, y su gran talento lo que atraiga las gentes al teatro.

Ese realismo de lo particular é inmediato suele encontrarse también en la representación escénica. Es en el teatro lo que la fotografía en el retrato.

Estas consideraciones relativas al arte, pudieran tal vez contribuir en algo á aclarar la tan debatida cuestión de si, para conmover al público, debe el actor escénico empeñarse en sentir él mismo, identificándosela, la pasión que en las tablas trata de manifestar.—La explicación es la misma en todo arte, música, poesía, etc. Mientras más profundamente artística sea su concepción y desde más hondas raíces brotare de lo escencialmente humano, en mayor grado reproducirá de una manera, por decirlo así, reflexiva, el sentimiento que como artista representa, y, por consiguiente, más verdadera será su expresión. Si, por el contrario, esa concepción no surgiese de lo altamente estético y general humano, por muy emocionado que el artista estuviere, no conmoverá de un modo correspondiente al objeto. Esto sucede, por ejemplo, con la Bernhardt en las escenas de violencias,

que parecen, sin embargo, tan sentidas por ella, cual si le fueran personales.

Esta explicación, si es verdadera en el arte, debe serlo igualmente en la vida real y cuotidiana. Así, cuántas veces nos conmovieron sentimientos que más tarde reconocimos habían sido fingidos; tan artística fué su manifestación. Y, en cambio, sufrimientos en sí muy efectivos en algunas personas, nos conmueven ó poco ó nada. Tomemos un ejemplo muy resaltante. La pérdida de un padre puede sentirse de muchas maneras. Nos conmoverá apenas, y en muy raros casos, si el doliente siente tan sólo la pérdida del apoyo y protección paternales. Pero si su dolor proviene no sólo de ese sentimiento egoísta y del más general de la división de la familia, sino también del amor filial en algunos de sus diversos matices, de agradecimiento, respeto, cariño, etc., todos y cada uno de estos elementos imprimirán á cuanto piensa y hace el doliente cierto carácter, que el espectador siente, aunque sin explicárselo. Mientras más ó menos hondo, y más ó menos alto y humanamente completo sea el sentimiento, más ó menos puntos de contacto con las fibras más desarrolladas del propio corazón encontrarán en aquél todos y cada uno de los espectadores, resultando de ello la mayor ó menor simpatía, la mayor ó menor emoción.

III

Lo que desde luego salta á la vista al considerar á nuestra artista en sus diversas representaciones, es el aire tan marcado de familia que tienen todos los caractéres por ella representados. Su poderosa personalidad les impone de tal modo su sello, que parece que, más que de concebir

aquéllos objetivamente, por decirlo así, tratara de pensarse élla, Sarah Bernhardt misma, en la situación dramática en juego.

Así, al llorar en *Fedra* su fatal amor rechazado, en una escena de incomparable belleza: sentada en las gradas del escaño-trono de Teseo, después de retorcerse los brazos con desesperación, sumida en tan profunda desolación, más parecía la hija de uno de aquellos patriarcas hebreos cautivos llorando al pie del sauce babilónico la pérdida de la patria y el olvido de su Dios, que la reina griega de raza olímpica, devorada por el remordimiento, destrozado el pecho por la más tremenda injuria que una mujer puede sufrir, el rechazo de su amor, y más, de su amor culpable. Es cierto que Racine tampoco la concibe del todo griega, con ese orgullo majestuoso de la individualidad que, al caer, considera su vencimiento como una venganza de los dioses, y cae sintiéndose digna de la divina venganza.

Este *su personalismo* que, en los modernos dramas franceses de su repertorio, no tiene, diremos por ahora y bajo el actual punto de vista, gran inconveniente por la falta de intensificación psicológica de los caracteres—¿acaso ella misma no dice que Sardou le escribe *papeles*, es decir, situaciones teatrales para ella?—es la probable explicación de su alejamiento del drama verdaderamente histórico y de las tragedias del gran creador, como lo llamaba Heine, de Shakespeare.

1.—Hemos dicho que su genio la levanta por encima la escuela, y esto en las escenas de súplica, de invocacion, de abatimiento y desolación, ó, en una palabra, en situaciones que pudieran llamarse de *pasividad*, estado en que el YO individual se siente casi desaparecer ante

un poder exterior que lo domina, lo que, en ciertos casos y en el sentido noble de la palabra, es la humildad.

Demasiado sabido es que la escuela, cuando no está en perfecta armonía con la índole de un artista superior, no llega sino hasta donde comienzan las tendencias verdaderamente intensas y decididas de dicho artista.

2.—Pero ¿cuáles son sus tendencias, o en otros términos, cuál es la complexión de su genio? Salida de la raza en cuya sombría y grandiosa intuición todo gime, sumido en pasiva desolación, doblegado bajo el poder abrumador de Jehováh, el inflexible; tiene de ella sus grandes cualidades, aunque, en parte, templadas por el elemento francés. En Francia, además, nació nuestra artista y se desarrolló su genio.

Conserva de su sangre hebrea cierta inflexibilidad y cierto encerramiento en sí que entrañan *la falta de verdadera alegría y de efusión*, la misma *intensa pasividad*, la gran *vehemencia en los arranques;* disposiciones eminentemente trágicas. Del francés tiene la escuela y cierta movilidad de ideas é impresiones que, en contradicción á lo que de más intenso hay en su genio, no alcanza hasta la gracia juguetona y la chispeante espiritualidad francesa.

3.—Es lo que hemos llamado *pasividad* lo que tan grande la hace en las escenas de desolación, súplica, etc.

En sus invocaciones á Venus, en *Fedra*, sumida en dulce languidez, empapada en soñadora voluptuosidad, parecía emanar de sí una atmósfera embriagadora. Se nos imaginaba la personificación de Psiqués al ser arrebatada por los Céfiros, hijos de Eros, á la mansión del deleite.

Con esas dotes, que en otro orden de afectos son dul-

zura y suavidad—¡qué Ofelia, qué Julieta, podría ella hacer! pero, sobre todo ¡qué Ofelia!

4.—Convendría insistir sobre el ejemplo que acabamos de exponer, pues tan sólo en análogas situaciones de amor despliega nuestra artista verdadera *efusión.*

La expresión efusiva del cariño, la ternura, tiene en élla algo de mimoso con cierto parecido al modo de un de un niño que se empeña en prevenir una negativa.

5.—Su *falta de verdadera alegría* la hace que, al representar la juguetona frivolidad y el coquetismo juvenil de Frou-Frou, el coquetismo del buen tono francés de la Esfinge, llevada por sus tendencias trágicas, aguce esos sentimientos casi hasta la desenvoltura y la provocación.

Y parece como si élla misma se sintiese tan fuera de papel en semejantes escenas, que, sobreponiéndose sus disposiciones trágicas á la situación, cae, al querer acentuar la expresión de una frase, en el tono, en ese caso desentono ó sonsonete, trágico; el cual, como que está fuera de lugar, se exagera entonces hasta el silabeo. Esto también sucede, y muy particularmente, cuando quiere manifestar ternura.

6.—Su *intensidad vehementísima* se exhibe por doquier.

La Esfinge, en esa escena final, en su inquebrantable resolución, revelando en la actitud, en cada movimiento, en cada línea del rostro, con rápidos destellos de acerada vehemencia, la terrible tempestad reprimida en su interior, mantuvo suspenso al teatro entero, en la temerosa espera del momento en que se cortara el hilo que sujetaba las furias.

7.—Á causa de la *vehemencia de sus arranques é impresiones,* pasa casi sin transición de un afecto á otro, lo

que da origen tal vez al único defecto notable de su expresión mímica.

Pero, debido á esta genialidad es, en cambio, eminentemente verdadera en escenas bruscas é impetuosas: así en la sorpresa en el bosque, vemos á la Esfinge arrancarse con una repentinidad extrema de los brazos de su amante, para caer, luego en la turbación, luego en la duda, juguete de afectos repentinos.

8.—Pero esta misma vehemencia de arranques é impresiones, tan *contraria á la profundidad*, le impide alcanzar la majestad en la calma y en el dominio de sí misma. Y sus pasiones llegadas al punto de vuelta, al hacerse activas, carecen comunmente de ese magnetismo poderoso que brota de la profundidad del corazón. Así, en *Fedra* no es reina; y apenas si se la vislumbra como tal cuando arroja á Oenone de su presencia. Y cuando, también en *Fedra*, vienen los furibundos estallidos, y cuando pide á Hipólito que la mate, y cuando le arrebata la espada para matarse ella misma: en sus violentos arranques falta, en los unos la ternura femenina, en los otros la profundidad de la desesperación.

9.—En cambio, mientras dura la *pasividad*, alcanza, á veces, *verdadera profundidad y verdadera elevación ideal*, como lo prueban algunas de sus muertes en el teatro.

Frou-Frou, en aquella escena, indudablemente la más conmovedora en que hemos visto á la Bernhardt, cuando, casi moribunda ya, viene á caer arrodillada en el dintel de la puerta, no pronuncia más que una palabra *¡Perdón!* Pero, por su actitud, por su fisonomía, por el tono de su voz, parece encerrar en esa palabra todo el destrozamiento interior de su vida; su culpa, sus padeceres, su remordimiento.

10.—Pero cierta movilidad de ideas y de impresiones, que debe nuestra artista al elemento francés, se cierne sobre toda su mente, y le impide á veces sostenerse en su concepción afectiva de algunas situaciones.

V

Con los datos suministrados por el análisis de sus facultades artísticas, podemos ya entrar al estudio de sus concepciones escénicas.

1.—Hasta donde podemos juzgar, pues no ha dado entre nosotros ningún drama de carácteres profundos en su individualización, el rasgo capital que todo lo domina es el personalismo. Siempre, aun en *Fedra*, la heroína aparece bajo la figura de nuestra artista, que, aunque tan rica en colores y tan bella en formas escénicas, es siempre la misma, Sarah Bernhardt; la cual, por efecto de cierta inflexibilidad de su genio, se repite en sus diversas representaciones, hasta con movimientos y actitudes y entonaciones muy semejantes.

2.—Por una parte, su modo personalista de considerar las situaciones dramáticas, modo en el cual la artista se deja llevar de sus propios impulsos, en cuanto caben en el acontecimiento en escena; y por otra parte, su escuela, que tiende á lo inmediatamente real, son la causa de la, en general, insuficiente profundización de sus concepciones. De esto, que pudiera citarse varios ejemplos, tomaremos tan sólo el nudo dramático de *Frou-Frou*.

La tremenda determinación de abandonar por celos con su hermana su hogar y su honor, su marido y su hijo, y de huir en brazos de un hombre que la amaba, es cierto, y al cual, según vemos por todo el desarrollo

del drama, amaba Frou-Frou, aunque casi inconscientemente; puede concebirse, ó cargando el acento en esos celos con tintes de horror, ó en el motivo, á la par más moral y más humano, del amor que por ella misma, medio ignorado, guarda Frou-Frou en el fondo de su corazón, y que estalla en frente de la celosa sospecha. En este caso, la escena de celos con la hermana de que resultó esa determinación, no habría podido efectuarse con tan extremada violencia como la representó la Bernhardt. Su amor despertado le habría dado á Frou-Frou más grandeza, y empalidecido la violencia de unos celos que desde ese instante dejaban de ser celos de amor.

3.—Por muy multiforme que se supusiere su genio, lo que no es, al colocarse la personalidad de la artista misma, y aun sin esfuerzo, en las diversas situaciones dramáticas, como tiene que ceñirse al drama cuyo desarrollo es el resultado fatal del carácter del héroe en colisión con las circunstancias, la correspondencia de la propia índole de la artista con todo ese desarrollo no puede ser muy exacta. Esto, ayudado un tanto por su escuela, la induce á tratar más bien de concebir las situaciones parciales, sin ligarlas con la totalidad ni del carácter ni del drama que desempeña.

Por eso, tan sólo en la pieza más en armonía con su genio artístico y su más bella y completa representación, sólo en *Fedra*, de la serie de escenas admirables con que casi nos deslumbra la artista, resulta una impresión estéticamente unificada.

De los otros dramas en que hemos visto á nuestra artista, conservamos el recuerdo de muchos puntos brillantes, pero aislados, sin divisar el hilo luminoso que debiera llevarlos á confluir en una imagen general de la

representación. Y, sobre todo, la idea humana más ó menos alta que existe en el fondo de todo drama no se imponía á nuestro espíritu.

4.—Estudiándola en las diversas situaciones parciales del mismo drama, resalta la discrepancia entre su genio y su escuela; mientras en unos casos se levanta hasta la más alta poesía del afecto, en los otros su representación, aunque bella por la forma, es algo de frío y de circunscrito en sí mismo, sin destello ninguno hacia el espectador.

Así, en las situaciones que no están en perfecta armonía con lo que de grande é intenso hay en su genio artístico, cae, ó en la exageración, arrastrada por sus tendencias trágicas, como vimos que sucedía en las escenas de alegre frivolidad; ó, dominada por la escuela, en la imitación de lo externamente real de ciertos afectos; así, en su representación aparece el coquetismo bajo su forma externa, la coquetería no enaltecida por la gracia del amor todavía en su indecisión, y que busca dónde fijarse.

En cambio, da en *La Esfinge*, de sus tendencias trágicas, en armonía con la vehemencia de sus arranques, una notable muestra, pero también muy significativa, de su manera. Desvanecido el motivo que la indujo á preparar el veneno, al ver la congoja que se apodera de su rival, siente el impulso de hacerlo tomar á aquélla. Y, en una sorprendente escena muda en que la actitud, el gesto, todo en ella, expresó la tentación primero, luego la vuelta en sí, luego el arrepentimiento, y luego—un impulso repentino la lleva á apurar el veneno. Todo esto con tal sobriedad, con tal corrección, con tal verdad, que no hacían falta las palabras; llegando así, en fuerza de su impetuosa genialidad, á dar á ese desenlace un motiva-

miento psicológico *casi* aceptable. Es cierto que ese motivamiento raya en la impulsividad mórbida. Pues si el motivo era el arrepentimiento; nunca llega éste por un impetuoso arranque y de un salto hasta la última desesperación; es una cadena cuyos eslabones se van desarrollando por la reflexión, por el sumergimiento afectivo del alma en sí misma. Como, por lo demás, el suicidio es un último refugio, obligado por la falta de todo otro camino para salir de una situación, si aquel motivo fué el despecho, habría sido igualmente impulsivo y por tanto inconducente para un desenlace dramático lógico.

5.—La escuela, constriñendo á la imitación de lo puramente real, hace perder á la artista la espontaneidad y la fuerza para empapar su obra en su propio sentimiento. Y entonces, la representación muy realista que resulta, deja al espectador admirando la forma, pero con el corazón frío.

Y algo muy notable y que pone de relieve cierta ruptura interior en su complexión artística, es cierta movilidad de ideas que á veces le impide sostenerse en su concepción afectiva y genial, y caer en la escuela. Por lo demás, cuando nuestra artista conmueve de veras, cuando le da á su obra escénica su abrazo de Pigmalión, será todo lo que se quiera, menos crudamente realista.

6.—Algunas de sus muertes en la escena muestran, mejor que cuanto pudiera decirse, hasta dónde llega su alejamiento del exacto realismo, cuando la artista se deja llevar por lo que de más noblemente grande hay en su genio; lo que hemos denominado pasividad. Esas muertes son admirables por su belleza y verdad ideal. Fedra, quebrantada por su fatal amor, agobiada por sus remordimientos, roto en ella todo sostén moral, y agotado

el resto de sus fuerzas por el veneno, se sume, al morir, en un abatimiento lleno de tan pálida belleza, que, avivados en nosotros por la poesía del cuadro los recuerdos mitológicos despertados por las alusiones del drama, nos parecía divisar allá en lontananza las tenebrosas aguas, y... los aplausos medio sofocados por los mil ruidos de las gentes que apresuradas se marchaban, nos salvaron de llegar hasta oír el golpe de remo del silencioso barquero.

Frou-Frou, desfallecida por la inimitable escena del perdón, se dispone á morir con una resignación tan llena de amarga dulzura, que... ¡ah maldito desentono! Pero ahora no es el telón que cae, ni el público que se atropella al salir... es el dramatista mismo que pone en los labios de su heroína la expresión de la vanidosa frivolidad del principio, haciéndola pedir que, apenas haya muerto, le vistan su traje de seda para seguir siendo Frou-Frou.—¡Tan profundo desconocimiento del corazón humano en autores que se pretenden realistas!—Ese desentono de la pieza produce en nuestra artista el efecto de la mirada de Medusa que, arrebatándole toda la poesía de su concepción genial, la convierte en la helada piedra que corresponde á su escuela. Tiene élla, sin embargo, demasiado sentido estético para no llegar á lo craso y repelentemente realista de la agonía. No conmueve, es cierto, pero su figura escénica conserva cierta belleza de forma.

VI

Ahora podemos caracterizar la representación general de nuestra artista.

1.—Parece como si ella, al estudiar *sus papeles,* se pre-

guntara: ¿Qué haría Sarah Bernhardt, en tal situación del drama? Y la contestación inmediata, forma el fondo de su interpretación. Este modo de concebir, en el que la han mantenido los aplausos que su talento le conquistara, forma su *manera* particularísima.

Estudiémosla en *La Esfinge*, en su más bella, verdadera y completa escena, que hemos tratado de describrir al hablar de su intensísima vehemencia y de sus tendencias trágicas. El espectador, al verla, comprendía las violencias de que la vida de nuestra artista está sembrada, pero no divisaba la idea estética y moral del drama. ¿No pudo esa escena concebirse de un modo mas *humano*, y no como un caso de violencia inmediata sino en motivos más hondos y generales: ya en el despecho resultante de la vergüenza de su culpa, del remordimiento aguzado por la superioridad moral de su rival y de la desesperación del renunciamiento á su amante; ó, lo que hubiera sido aún más profundamente humano, ahondándose esos mismos afectos hasta producir la vuelta en sí de la heroína, que llega á ser consciente de su interno vacío, de la nulidad moral de su vida? Toda la representación habría tomado, entonces, otro rumbo, sobre todo en el último caso. Pues correspondiendo esa concepción á lo que de más alta y estéticamente humano hay en su genio artístico, su pasividad, nuestra artista habría conmovido profundamente; con su talento habría llenado los verdaderos fines del teatro, y dádole al drama una significación moral y humana de que tal vez, en su enigmática vaguedad, carece *La Esfinge* de Feuillet.

Su manera, que bajo sus otras faces se caracteriza comunmente por la falta de profundidad, como lo expusimos en el nudo dramático de *Frou-Frou*, etc., nos

aclara algunos aspectos de la impresión general que causa el desempeño de la artista en cuestión, y que hemos estudiado desde varios puntos de vista. Á lo ya dicho pudiéramos añadir, generalizándolas y aplicándolas á la representación de nuestra artista, las palabras sobre *Fedora* del antiguo maestro de la literatura chilena, don Victorino Lastarria, en su artículo «Hernani». ¿Qué significaría en el teatro un hecho privado que no envuelva en sí una idea moral ni una solución social?

2.—Como hay, sin embargo, en su genio mucho de hermoso y de profundamente artístico, su pasividad, á pesar, ó, si se quiere, á fondo de su manera, es decir, representándose Sarah Bernhardt á sí misma, suele elevarse á verdadera grandeza en el arte.

Y esto sería mucho más frecuente si no fuera por cierta movilidad de ideas que de vez en cuando parece apoderarse de ella, impidiéndole sostenerse en su concepción afectiva, de lo que se origina otro efecto característico de algunas partes de su representación; la emoción embrionaria, por decirlo así, que de vez en cuando se inicia pero que no crece ni se desarrolla. Cuando Frou-Frou, por ejemplo, se esfuerza en obtener de su marido que no se bata con su amante, en esa situación tan llena de interés; pasado el primer impulso, naturalmente agresivo, que nuestra artista expresó con tanta verdad al exclamar: «¡Vais á batiros!»; en la insistente súplica que sigue, apunta á veces cierta emoción, pero no son más que asomos que desaparecen tan pronto como se produjeran. Frou-Frou, también, ya próxima á su muerte, pide ver á su hijo de una manera tan anhelante, que todo el teatro esperaba ansioso; pero en los pocos segundos que demoró el niño en acercarse, ya había cambiado el ánimo de

nuestra artista, y los abrazos con que lo recibió y se despidiera de él para siempre nada tuvieron de la ternura maternal. No multiplicaremos las citas acerca de un efecto que todo el que asistiera á una sola de sus representaciones ha experimentado. Por otra parte, suele, alguna vez, vérsela buscar actitudes en circunstancias en que la concentración mental se imponía por la situación misma que representaba. Por lo demás, en el comienzo de sus modernos dramas franceses, es la movilidad lo resaltante de su desempeño. Pero, por fortuna, cuando el desarrollo toma un carácter decididamente trágico, esa movilidad es mucho menos frecuente.

3.—Siendo su pasividad la fuente de que emana lo más hermoso y artístico de su representación; el efecto más noblemente emocionador y, por tanto, más duradero de ésta, es, en general, de un carácter de suave y dulce insinuación, más bien que dominador; aunque alguna vez, sumamente rara, como en el "¡Perdón!" de *Frou-Frou*, se apodera desde luego y de un golpe del corazón del público.

VII

Del presente estudio resulta, á nuestro juicio, que Sarah Bernhardt es una artista superior que llegaría á ser eminentemente grande si, alejándose un tanto de su personalista manera, tratase de profundizar más objetivamente los caracteres y dramas que desempeña; si se esforzara en conciliar la escuela con sus grandes dotes. La escuela le ha dado todo lo que esa escuela tiene de efectivo: la sobriedad, la corrección, la verdad de expresión, es decir, ha formado a la *actriz*, que es tal vez, incomparable. Pero la escuela no debiera llegar hasta com-

primir las concepciones geniales de la *artista* que, en las veces en que se deja llevar por la inspiración de lo más noble y hermoso de su genio, su pasividad, es grande y conmovedora, como en ciertas situaciones en que se levanta hasta la más alta verdad del sentimiento en su significación estéticamente humana, hasta la poesía del sentimiento.

Condensando en dos palabras nuestras apreciaciones diremos que Sarah Bernhardt, artista á veces grande y siempre gran actriz, es, en general, *más actriz que artista.*

Este estudio ha avivado en nosotros el sentimiento que ya la primera representación en que vimos á la Bernhardt nos produjera. No podríamos lamentar bastante el que esta notable artista haya dedicado su talento tan sobresaliente á dramas, que más deprimen que elevan el espíritu, y que no le ofrecen á la *artista* misma, ni digno campo en que desarrollar las dotes verdaderamente grandes que posee, ni motivos altamente humanos en que manifestarse.

Dr. J. Ernesto Bruner.

Santiago, 8 de noviembre de 1886.

Á LA SEÑORITA MARÍA LUISA DÍAZ

POR EL BONDADOSO INTERMEDIO DE LA SEÑORA
CARMEN ALVEAR DE BENÍTEZ

En este hermoso valle, que, escondido
por densos bosques y encumbradas sierras,
hunde su luenga y florecida planta
del claro Rhin en la corriente fresca,

surgía alado de la mente mía,
que bañara la luz de tu belleza,
el sentimiento celestial que infundes
á los ojos del alma del poeta.

Las doradas imágenes del estro
temblaban ante tí, que en tu presencia,
como á los rayos de brillante aurora,
palidece la lumbre de la tierra;

mas hoy, envueltas en su blanco velo,
hasta el olimpo de tu hogar las lleva

una musa, dechado de hermosura,
de gracia, y de bondad y gentileza;

en el cesto de flores de su mano,
llegarán con olor de primavera
los pobres versos que la lira mía
en homenaje á tu beldad ofrenda.

SONETO

Como botón de rosa que su esencia,
saturando el ambiente, da á la aurora,
que con las ondas de su luz colora
su cáliz, y fecunda su existencia;

tal surges á la vida, y tu inocencia,
espejada en tu frente soñadora,
al santo beso maternal se dora,
que fulgura virtud en tu conciencia.

Tu gracia contemplando y tu ventura,
mi mente de poeta se extasía,
bañada por la luz de tu hermosura;

y al brindarte mi pobre poesía,
levantando los ojos á la altura,
¡ora más bien que canta el alma mía!

AMBROSIO MONTT Y MONTT.

Schlangenbad, julio de 1886.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Artículo 2,506.

"La prescripción *adquisitiva* es ordinaria ó extraordinaria."

Bello emplea igualmente en el CÓDIGO CIVIL, la expresión *título adquisitivo de dominio*, como puede verse en el artículo 2,510, regla 2.ª

El DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA no ha dado cabida á *adquisitivo;* pero es un vocablo cuya formación se ajusta perfectamente á los procedimientos del idioma español, y que haría falta.

Los abogados de Chile, por una ley de analogía muy natural, contraponen á menudo en sus escritos y discursos á la *prescripción adquisitiva*, la *prescripción extintiva.*

Pero ni Bello ha empleado la palabra *extintivo, extintiva;* ni el DICCIONARIO la autoriza.

Sin embargo, parece que debiera emplearse, puesto que está bien formada, y que es necesaria.

Por no usarla, Bello tuvo que recurrir á un circunloquio en el artículo 2,514 del CÓDIGO CIVIL, que dice así:

Artículo 2,514.

"*La prescripción que extingue las acciones y derechos,* exige solamente cierto lapso de tiempo."

ADULTO

Don Andrés Bello, el año de 1826, decía en la silva Á LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA, tratando del banano ó plátano:

> Crece veloz;
> y cuando exhausto acaba,
> *adulta* prole en torno le sucede.

Años más tarde, Bello no tuvo inconveniente para emplear esta misma palabra *adulto* en varios artículos del CÓDIGO CIVIL CHILENO, tales como el 342, el 437 y otros.

Sin embargo, el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA ha autorizado esta palabra por la primera vez en la duodécima edición de 1884.

AFIANZAR SU BANDERA

Don Andrés Bello, en los PRINCIPIOS DE DERECHO INTERNACIONAL, edición de 1864, parte 2, capítulo 5, párrafo 2, se expresa como va á leerse:

«Los juzgados americanos han declarado que, para eximir de perjuicios y costas al captor, en caso de un apresamiento originado del error mutuo de cada uno de los contendientes sobre la nacionalidad del otro, no era necesario que hubiese *afianzado su bandera* con un cañonazo, pues, aunque esta era la costumbre de Francia, España y Portugal, no lo era de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos.»

El DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA no menciona esta acepción entre las varias del verbo *afianzar*.

AFLORAMIENTO

«Se llama *afloramiento* ó *corrida*, dice don José Bernardo Lira en la obra titulada EXPOSICIÓN DE LAS LEYES DE MINERÍA DE CHILE, la parte de la veta que se encuentra sobre la superficie del cerro, y corre en él de manifiesto.»

El DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA no trae la palabra *afloramiento*, y no comprende entre las acepciones de *corrida* la que se da á esta palabra en el pasaje precedente.

Sin embargo, el artículo 80 de nuestro CÓDIGO DE MINERÍA se expresa como sigue:

«La longitud se medirá siguiendo el rumbo de la veta, y partienbo del punto de *afloramiento* que el minero designe, con tal que deje dentro de la pertenencia la labor de que trata el artículo 31.»

AGRAVIANTE

Es frecuente ver escritos de apelación redactados en esta forma:

"N. N. por don N. N. en autos con don N. N., sobre reivindicación de unos terrenos, digo que se me ha notificado la sentencia definitiva que US. se ha servido pronunciar en esta causa; y encontrándola *agraviante* al derecho de mi parte (hablo con el debido respeto), vengo en apelar de ella ante la ilustrísima corte de apelaciones."

Los modelos de escritos de esta clase dados por don Eugenio de Tapia en el FEBRERO NOVÍSIMO, y por otros tratadistas españoles, en vez de *agraviante*, emplean *gravosa* ó *perjudicial*.

Don José Bernardo Lira hace otro tanto en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS.

Efectivamente, el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, aunque aprueba el verbo activo *agraviar* en la acepción de hacer *agravio*, esto es, en la de hacer "ofensa ó perjuicio á uno en sus derechos ó intereses", no da cabida en sus columnas al adjetivo *agraviante*.

Á pesar de todo, creo que no hay razón para censurar el mencionado uso de un vocablo como *agraviante*, que ha sido formado con la más estricta sujeción á los procedimientos de nuestro idioma.

Es muy común en el estilo forense el uso del sustantivo *agravio*, y del verbo *agraviar*.

Para probarlo, basta traer á la memoria las locuciones *expresión de agravios*, y *contestación á la expresión de agravios*, que se usan, no sólo en Chile, sino también en España, y las frases *sentirse agraviado* ó *estar agraviado por una sentencia*, que se leen ó se oyen tan á menudo.

Siendo esto así, como lo es, resulta justificado el uso de *agraviante*, que se deriva lógica y naturalmente de *agraviar*.

AGUADA

Algunos de los abogados más distinguidos de Chile emplean en sus escritos la palabra *aguada* para designar el sitio adonde el ganado de una hacienda acude á beber.

No hacen en esto más que conformarse con el uso general del país.

Mientras tanto, ninguno de los diccionarios castellanos que conozco, y mucho menos el de la Real Academia Española, dan á este vocablo semejante significado.

Hé aquí los únicos que le reconoce el docto cuerpo que tiene á su especial cuidado el cultivo de nuestro idioma.

"Provisión de agua dulce que lleva un buque para su consumo.

"Sitio en tierra aderezado para tomar agua potable, y conducirla á bordo.

"Color disuelto en agua sola, ó en agua con ciertos ingredientes, como goma, miel, hiel de vaca clarificada, etc.

"Diseño ó pintura que se ejecuta con colores preparados de esta manera."

Lo que en Chile se denomina malamente *aguada* debe denominarse propiamente *abrevadero*, "paraje donde se da de beber al ganado".

En vez de *abrevadero*, puede decirse *aguadero*.

Sin embargo, esta segunda palabra significa más bien "el sitio adonde acostumbran, ó prefieren ir á beber los animales salvajes de algunas especies. *Aguadero de palomas, de venados*".

Bebedero es "el paraje donde acuden á beber las aves".

Bañadero, "el charco ó paraje donde suelen bañarse y revolcarse los animales monteses".

ALBINAGIO

Don Andrés Bello dió á la estampa el año de 1832 una obra titulada PRINCIPIOS DE DERECHO DE GENTES.

En la parte 1.ª, capítulo 5, párrafo 8, expone lo que va á leerse:

"Una nación, consultando su propia utilidad, se abstendrá de arrogarse sobre los extranjeros aquel derecho odioso de extranjería, peregrinidad ó *albinagio (droit d'aubaine)*, por el cual se les menoscababa el derecho de sucesión, ya fuese en los bienes de un ciudadano, ya en los de un extranjero; y en algunas partes no podían ser instituídos herederos por testamento, ni recibir legado alguno; y llegando á morir en el territorio del estado, se apoderaba el fisco de todos los bienes que poseían en él, y despojaba á sus herederos legítimos de una gran parte de la sucesión, y á veces de toda ella."

Bello, en una nota puesta al pie de la página, declara que es el inventor ó introductor del vocablo *albinagio*.

"No conociendo ninguna palabra castellana que corresponda á la francesa *aubaine* en el sentido particular de que aquí se trata, dice, me he atrevido á traducirla por la voz *albinagio*, derivada de *albanagium* ó *albinagium*, que, en la baja latinidad, significaba lo mismo que *aubaine*. Algunos autores distinguen el derecho de peregrinidad ó extranjería, y el de *albinagio;* el primero, según ellos, se refiere á la facultad de suceder; y el segundo, á la de disponer de los bienes por causa de muerte.

Llamábase también derecho de extranjería el de *detracción.*»

Á falta de la palabra inventada por Bello, ó de otra análoga, Salvá, en el NUEVO DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL, 1876, se ha visto forzado á traducir *aubaine* por esta perífrasis: «Derecho que tenía el fisco á heredar los bienes de cualquier extranjero no naturalizado».

Don Ramón Joaquín Domínguez, en el DICCIONARIO NACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA, 1860, admite los vocablos *albinagio* y *aubana* para significar «el derecho que en algunas naciones tiene el soberano á la sucesión y herencia de un extranjero que muere en sus estados».

ALEGACIÓN, ALEGATO.

Alegación, según el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, es la acción y efecto de *alegar*, esto es, en estilo forense, el discurso ó escrito en que «el abogado trae leyes, autoridades y razones en defensa del derecho de su causa».

Tal es también literalmente la definición que don Eugenio de Tapia dió el año de 1837 en el *Diccionario Judicial* anexo á la edición del FEBRERO NOVÍSIMO publicada entonces.

Tanto Tapia, como el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, agregan que este nombre de *alegación* se aplica igualmente «al mismo escrito ó *alegato* en que el abogado expone lo que conduce al derecho de la parte ó causa que defiende».

Don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, se manifiesta comple-

tamente acorde con las dos precedentes definiciones, las cuales, en rigor, no forman más que una sola.

Alegación, dice Escriche, es «la acción de alegar verbalmente ó por escrito; y el mismo escrito ó *alegato* en que el abogado expone lo que conduce al derecho de la causa ó parte que defiende».

Alegato, según el DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, es «el escrito en que el abogado expone lo que conduce al derecho de la causa ó parte que defiende».

Según Tapia, es «alegación por escrito»; y según Escriche, es «el escrito que forma el abogado después de las pruebas hechas en el pleito ó causa que defiende, manifestando que su cliente, por lo que resulta de los autos, ha justificado completamente su intención y derecho, al paso que el contrario no ha justificado la suya, é insistiendo, por consiguiente, en que el juez determine el asunto á favor de su parte como antes tiene pedido».

No se necesitan grandes esfuerzos para comprender que estas tres definiciones son, en lo sustancial, una misma.

Así, *alegación* y *alegato* se diferencian en que la *alegación* puede ser verbal ó escrita, y el *alegato* únicamente escrito.

Los abogados españoles don José María Manresa y Navarro, don Ignacio Miquel y don José Reus, en la obra titulada LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL COMENTADA Y EXPLICADA, se ajustan á esta misma distinción.

Y no podía ser de otro modo, puesto que la moderna ley de enjuiciamiento civil de España ha adoptado esta tecnología, que era ya anterior á ella.

«*Alegato* (dice don José Bernardo Lira en el PRON-

TUARIO DE LOS JUICIOS, parte teórica, libro 2, título 2, capítulo 13, número 419, nota a.) es propiamente la exposición *por escrito* que el abogado hace de las razones en que funda el derecho de su cliente, combatiendo al mismo tiempo las aducidas por el contrario. Se dice especialmente del *alegato de bien probado* y del de *agravios*, llamado entre nosotros *expresión de agravios*. Á la defensa oral hecha por un abogado, dan varios nombres los escritores peninsulares, pero no el de *alegato* que lleva en Chile.»

Las defensas orales que los abogados pronuncian ante los tribunales, conocidas en Chile con el nombre de *alegatos*, deben denominarse, según el DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA *informes*.

Esta palabra es usada entre nosotros solo en el sentido de «noticia ó instrucción que se da de un negocio ó suceso, ó acerca de una persona».

Pero *informe* tiene un significado forense que el DICCIONARIO define así: «Exposición que hace el letrado ó el fiscal ante el tribunal que ha de fallar el proceso».

Si se consulta el artículo que el DICCIONARIO dedica al verbo *informar*, se verá más claramente que *informe* es lo que en Chile se denomina *alegato*.

Informar, dice el DICCIONARIO, explicando la significación forense de este verbo, es «hablar en estrados los fiscales y los abogados en cumplimiento de su empleo».

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará.)

Á LIMA

(Durante la ocupación de las islas de Chincha por la escuadra española al mando de Pinzón, y en el gobierno del general Pezet.)

Hija del sol, morada voluptuosa
de misterios, de encantos y de amores,
tranquila duermes, sibarita hermosa,
sobre tu lecho de verdura y flores.

Hermosa eres con tu sol ardiente,
con el tibio perfume de tus brisas,
y con ese aire suave y transparente,
lleno siempre del eco de tus risas.

Hermosa con tus cerros que se enhiestan
brindándote las flores de su falda,
y esos fértiles valles que te prestan
espléndida cintura de esmeralda.

Aquí, en tus horas cálidas y amenas,
todo al misterio y al placer convida,
y se siente en los nervios y en las venas
templarse los resortes de la vida.

Aquí la sangre con ardor se agita,
la mente sueña por gozar inquieta,
y en presurosa vibración palpita
el corazón ardiente del poeta.

Y es verdad que seduces y fascinas,
y atraes hechicera las miradas
con tus alegres danzas peregrinas
y la gracia gentil de tus tapadas.

Rico es tu sol de fuego poderoso,
y son ricos y ardientes tus placeres;
pero hay algo más grande y más hermoso,
y es la rica beldad de tus mujeres.

Dulce como las flores es su boca,
el amor tiembla en sus dormidos ojos;
y con su gracia, que al placer provoca,
se siente lleno el corazón de antojos.

Debe ser, en verdad, mucha ventura,
cuando la mente delirante sueña,
apurar la expansión de la ternura
en el ardiente amor de una limeña...

Por eso siento, voluptuosa Lima,
arder y dilatarse mis sentidos;

en mis venas la sangre se reanima
y el corazón duplica sus latidos.

Ciudad hermosa, alegre te diviertes,
y en la locura del placer te lanzas,
y el vaso lleno del deleite viertes
para animar tus cantos y tus danzas.

Mas ¡ay! ¿de qué te sirve esa riqueza
que te ha cegado con orgullo vano,
si no sabes guardar tanta belleza
con el brillo de un pueblo soberano?

¿De qué te sirve, oh Lima, ese murmullo
de alegría y placer que al aire elevas,
si bajo el manto de tu injusto orgullo
la marca horrible de la afrenta llevas?

¡Afrenta, sí! que España sus pendones
paseó en tus mares, franca y altanera;
y pisaron bandidos tus blasones,
y escupieron traidores tu bandera.

Nuevos Judas la frente te besaron,
te robaron tu honor y lo vendieron;
verdugos sin piedad te maniataron,
y en picota de oprobio te exhibieron.

Cual débiles mujeres, tus soldados
y tus hombres callaban y sufrían
bajo el poder cobarde avergonzados
de los hombres sin fe que te vendían.

¿Acaso ya tu corazón no late
con la sangre del inca generoso?
¿Por qué humillar cobarde, sin combate,
el estandarte de Junín glorioso?

Cuando América entera, palpitante,
con la audacia de España se indignaba;
cuando su libre voz amenazante
que lavaras tu honor te demandaba;

cuando el mundo sus ojos te volvía,
el grito de tus pueblos esperando
¿por qué falló medrosa tu energía
y seguiste la afrenta devorando?

¿Nada veías en tu cielo escrito?
¿Ni que ese sol, testigo de tu historia,
había de alumbrar un sambenito
si no alumbraba un pabellón de gloria?

¡No, nada viste, pueblo degradado!
Y si acentos alzaste vengadores,
bastó tan sólo un bofetón de Estado
para acallar tus débiles clamores.

¡Tierra infeliz, devora tu vergüenza,
mientras tus hijos como esclavos gimen!
El plan de iniquidad sólo comienza;
vendrá más tarde á completarse el crimen.

Y quédate en buenhora haciendo alarde
de la marca que llevas en la frente...
Que no merece la nación cobarde
ni el nombre de nación independiente.

Luis Rodríguez Velasco.

Lima, mayo de 1865.

NUEVA INDUSTRIA

Con razón han adquirido los yankees la fama de ser el pueblo más industrial de la tierra, porque la mayor parte de los descubrimientos de nuestro siglo se deben á su fecunda iniciativa, ó mediante sus hábitos mercantiles han adquirido rápido y asombroso desarrollo. Apartemos cuidadosamente á un lado las grandes invenciones que, en fuerza de repercutir día á día en nuestros oídos, han llegado á sernos familiares, puesto que no sepamos ni la jota de su teoría, tales como la luz eléctrica, el teléfono y tantas otras. Siempre habrá que que admirar el esfuerzo que hacen nuestros hermanos de Norte América para que cada objeto ó cada industria centuplique ó multiplique su valor, y siempre en la de ellos descubrirá nuevos horizontes nuestra naciente industria.

Pero hay un campo inculto todavía entre nosotros y que sólo espera que el ingenio—ó la pobreza, que es su madre—llegue á buscar en él tesoros, para abrirle su seno y derramarlos á dos manos:—el campo social, aquél

en que se agitan las más encumbradas capas, de cuyas costumbres se ha sacado muchas veces tema para un romance, pero que nunca han sido consideradas como base para un buen negocio, que es mucho más real que una novela realista.

Las más atrevidas exploraciones en este terreno no han pasado más allá de establecer agencias para sirvientes, y de formar sociedades para descubrir secretos deshonrosos, que se hacen pagar á precio de oro, so pena de darles amplia y cínica publicidad.—¡Y quiera Dios que si este último camino hubiera de seguirse, sea la tierra completamente estéril é imposible de labrar!

Existe, pues, en ese vasto arsenal materia suficiente á que aplicar el trabajo en busca de pingües beneficios, como existe en las minas vírgenes é ignoradas, metal sobrado en que mellar la barreta del pirquenero, ó en cuyo laboreo emplear las máquinas de las grandes compañías.

Ya, aprovechándose de las costumbres de nuestra aristocracia (tentaciones nos dan de borrar esta palabra, porque en más de una ocasión hemos oído decir que estamos en república democrática), aprovechándose, decíamos, de las costumbres de nuestra aristocracia, hay quien se dedica á repartir las esquelas de invitación á los grandes bailes, y para esto tiene el conocimiento necesario de las familias de Santiago y de los jóvenes que *salen*, con la particularidad—que tal y muy grande es—que da noticias más modernas que un guía ó un rol de familias sobre las niñas y los jóvenes que comienzan á conocer el mundo, y sobre la calle y el número de la casa en que vive cualquiera persona por que se le interrogue.

Hubo también en un tiempo profesores de baile, y

los anuncios publicados de vez en cuando en algún diario indican que sobreviven restos de esa especie. Justo es decirlo: las cien trompetas de la fama no pregonan los nombres de esos restos con la misma intensidad con que antes pregonaban los de eximios maestros en el arte de Terpsícore.

¿Para qué mayor abundamiento de prolegómenos? Si los ejemplos citados demuestran un comienzo de nueva especie de industria, no es menos cierto que esa industria no ha atravesado aún la corteza de la tierra que hemos considerado inculta.

¡Queda todavía, según la feliz expresión de nuestros compatriotas, tanto paño que cortar!

En este sentido, no deja de ser curiosa la sociedad en vía de formarse—y que, al estilo de cronistas, está llamada á un gran porvenir entre nosotros.

Tuvo su origen, no ya en oscuro rincón de una pieza mal alumbrada por melancólica luz (porque todo esto está pasado de moda), sino en un bufete, en que el recordado quinqué de Espronceda había sido reemplazado ventajosamente por una lámpara de gas de hermosos globos en que los rayos del sol iban á quebrarse en haces de múltiples colores durante el día.

Nuestro abogado—el señor del bufete, de tres años de título, mas no de profesión—cansado de mirar el papel sellado en blanco sin beneficio alguno—como el Ernesto del *Gran Galeoto*, sin poder dar forma tangible á la idea que como lava bullidora llevaba en el cerebro—resolvió imprimir nuevo giro á su *negocio;* y en éstas y otras cavilaciones pasó los días y las noches sin decidirse por la empresa que debiera acometer—¡y sin que tampoco viniera, por una de aquellas desgraciadas casualidades que

proporcionan lo que ya no se desea, á molestarle ni un solo cliente!

Tantas contrariedades hubieron de influir en su ánimo de tal suerte, que le tenían á maltraer, sin que se apartasen un instante de su imaginación ni le permitiesen un rato de verdadero solaz.—Así, no es de extrañar que después de haber estado en un gran baile conversando con dos niñas, por cumplir con ciertos deberes sociales únicamente, se arrellanase amurrado en un sillón, y mientras los demás invitados pasaban las ligeras horas entre las deliciosas ondulaciones de la música y de las luces, las gasas y las miradas, comenzase á filosofar sobre su mala estrella.

Un corto diálogo vino á distraerle de su mudo abatimiento; uno de los amigos más íntimos de la casa pedía á varios jóvenes que fueran á *sacar* á tres señoritas que en ese instante no tenían compañero,—y el baile apuntado en la tarjeta había comenzado ya.

El abogado dirigió una mirada traidoramente siniestra—como presumiendo, con el instinto cruel del despecho, que iba á encontrar otras personas más desgraciadas que él en quienes saciar, con el pensamiento, la sed de venganza que se apodera de los que no pueden satisfacer sus más legítimas y apremiantes aspiraciones—hacia el sitio en que se encontraban las tres aludidas.

Toda la insaciable hiel de su corazón se evaporó á la vista de ese cuadro invisiblemente desgarrador: las señoritas tenían el rostro lacre, por más esfuerzos que hacían para ocultarlo, y sus ojos no estaban quietos un instante —se movían con la ansiedad del que en pleno naufragio busca una tabla salvadora de que asirse.

Debe de ser un sufrimiento terrible el que experimen-

tan esas pobres niñas que en un baile se quedan sentadas sin que un hombre se acerque á galantearlas—aunque más de uno se compadezca de ellas. Deben de sentirse muy profundamente heridas en su legítimo amor propio y, sobre todo, muy contrariadas en su natural condición.

Para ellas, que en tales casos no tienen generalmente más libertad que la de aceptar á todo joven que les pide un momento de conversación, momentos que varían con rapidez, pero que se suceden sin intermitencia, pasarse siquiera un instante solas, se nos ocurre que ha de ser como ocupar una posición parecida á la que tienen los niños chicos que mueren sin bautismo.

Su temperamento, más bien débil que arrogante, más flexible que decidor, más delicado y poético que dispuesto á las contrariedades y á lo que la existencia tiene de rudo y de prosaico; y el papel que por su naturaleza desempeñan en la lucha de la vida, de sentimiento más que de idea, no se avienen con ese cruel aislamiento, con esa falta de atención, que implica desprecio del fuerte por el débil y desesperante indiferencia por todo lo que es ideal.

Y, sobre todo, el amor propio ¡cuánto sufre! Una niña debe de creer que la hermosura, la simpatía, el talento, atraen irresistiblemente á los jóvenes. Quedarse sola un momento durante el baile implica, según esa medida, que la niña que lo lleva en paciencia, ó en impaciencia, se halla desprovista de tales cualidades. ¿Y habrá alguna que en un torneo en que muchas son las que lidian por alcanzar la palma del talento, de la simpatía y la hermosura, acepte tranquilamente ese reconocimiento tácito, frío, de su completo desarme para tomar parte en él?

¡Ah! esto ha de ser mucho más terrible que sentir «el

frío de una barra de acero en las entrañas», como dijo el poeta; más irónicamente doloroso que llevar una espina clavada en el corazón!

Pero si tal pueden, las directamente interesadas, pensar del hecho, la verdad es que sus causas no son todavía conocidas con fijeza, y, por consiguiente, no siempre se ha encontrado su profilaxis.

¿Qué hacer? ¿Á qué arbitrios recurrir para extirpar esta dolencia social?

El abogado que, sacando misericordia de sus propias tristezas, tan amargas reflexiones hacía sobre las tristezas ajenas, imaginó, en uno de esos momentos lúcidos que suelen tener los desesperados, que el mal era curable por un remedio artificial, que á la sociedad paciente le hará el efecto de un cáustico, pues el remedio es... mercantil. Y puesto que, según se ha visto, el papel sellado no le había producido lo necesario para acometer solo la empresa, resolvió establecer una sociedad—que es la que está por formarse—para llevarla á cabo.

Según los estatutos que el abogado imaginó al momento, y que después, con algunas modificaciones, presentó á algunos amigos, que serán probablemente los futuros accionistas, la sociedad es anónima—no sólo mercantil sino socialmente—y se titula: *Sociedad de seguros sobre los bailes.*

De los estatutos, con que su autor tuvo á bien obsequiarnos para que, según nuestros alcances, diéramos popularidad impresa á la idea, vamos al decir, que le tocásemos el bombo y sirviéramos de *claque*, extractamos las partes más interesantes para las lectoras, lo que puede llamarse la máquina de esta negociación, á cuya suerte se halla vinculada la de tantas personas.

Uno de los artículos dice que la *Sociedad de seguros sobre los bailes* tiene por objeto, á más del que entraña toda sociedad comercial, asegurar á las señoritas que lo deseen, que no se quedarán "sentadas y solas" en los bailes, tertulias y demás reuniones de esta naturaleza á que asistan. No se ha encontrado aún una expresión más propia que la que hemos puesto entre comillas para manifestar que á las señoritas se les asegura que no se quedarán *planchando.*

Esta es la idea principal, y, como se ve, va á producir, á no dudarlo, una verdadera revolución; habrá muchas personas que querrán hacerse socios protectores, lo que los estatutos no autorizan—pero habrá muchas más que querrán participar de sus beneficios. Para conseguir esto último, las señoritas deberán inscribirse en los libros de asegurados de la sociedad, y pagar anualmente la prima correspondiente á la suma por que se aseguren. Excusado es advertir que como la sociedad es anónima, nadie sabrá quiénes son las aseguradas ni quiénes los encargados de librarlas del peligro de que se queden "sentadas y solas".

El seguro ofrecerá toda clase de comodidades; según uno de los artículos "se hará sobre un número determinado de bailes para las reuniones en que esto sea posible, y por un tiempo astronómico cuando aquel sistema no sea aplicable; pudiendo tomarse estos seguros separadamente"; de suerte que una niña, según lo crea conveniente á sus intereses, puede asegurar dos, tres, cuatro, seis ó doce bailes en cada baile ó tertulia, ó bien una, dos ó tres horas, etc., de compañía—aunque sea sentada —en las reuniones en que no se baile; bien entendido que la sociedad cumple con el seguro aunque nada tenga

que poner de su parte para que una señorita no se quede "sentada y sola" el número de bailes que ha asegurado; las funciones de la sociedad comienzan cuando acaban los compromisos propios y personales de la asegurada, pero cuenta con estos compromisos para el efecto de llenar el suyo.

El seguro se renueva anualmente, y será escrupulosamente pagado á la asegurada la primera vez que se quede "sentada y sola" debiendo tener la atención de la sociedad; ésta, en cambio, no percibe más que la prima, que será satisfecha en el acto de convenir en el seguro.

Un detalle importante, que no está bien redactado, pero que existe en idea como base de la sociedad, es que se procurará, por cuantos medios sea posible, que los jóvenes encargados de que una niña no se quede "sentada y sola" sean los mismos que dicha niña desearía que la acompañasen voluntariamente. De este modo la sociedad tendrá el doble atractivo de proporcionar agrado en la compañía, y el de ocultar discretamente cuándo y en qué niñas ejerce sus funciones.

Por lo demás, la sociedad no puede mezclarse, según el proyecto de estatutos, en nada que sea ajeno á su institución; de consiguiente, no tomará en política más parte que la necesaria para remediar la falta de ella en los jóvenes que, pudiéndolo, no evitan que las señoritas estén desatendidas.

Como se ve por el ligero extracto de los estatutos, que acabamos de hacer, esta sociedad, bien administrada, dará pingües resultados á los que tomen parte en ella; cuanto á las niñas, las coloca en la hermosa alternativa de no planchar, ó de formarse una fortuna—poderoso

imán de toda clase de felicidades—á costa solo de algunas planchaduras.

¿Es concebible una idea más lucrativa, y más generosa y humanitaria? Sin embargo, la *Sociedad de seguros sobre los bailes* ha recibido ya fuertes ataques... de opinión.

Una niña—bien convencida de que no necesita del seguro, porque de no ser así se habría abstenido cuidadosamente de darse por entendida del asunto, como de tomar brasas en las manos—sabedora del objeto de la sociedad y sabedora también de que conocíamos los estatutos, nos hizo la siguiente formidable objeción.

—¿Cree usted que habrá alguna niña que quisiera estar atendida por la paga? Estoy segura de que todas preferirían planchar.

Comprendimos al instante la fuerza de la objeción: en almas como la de esa niña no tiene puerta franca el materialismo, muchas veces grosero, de los negocios; no comprenden que los goces más puros del corazón se sacrifiquen á la vanidosa ostentación, y que pueda haber quienes, antes que aparecer desatendidas, acepten la atención pagada. ¡Benditas sean esas almas!

No pudimos ocultarlo, porque la pureza había vencido al cálculo; la objeción nos pareció mucho más convincente que cuantas razones pudiera allegarse en favor de la sociedad, siquiera sean tan valederas como la que ya hemos dicho, á saber, que nadie sabrá qué niña está asegurada, ni nadie—incluso la misma niña—quiénes son los encargados de prestar el servicio materia del seguro; pero como todo esto es externo únicamente, y la objeción quedaba siempre en pie, por cuanto las niñas no ahogan con cálculos egoístas y de aparatoso efecto sus más tiernos y delicados sentimientos, hubimos de contestar me-

dio desesperados, después de tartamudear unas cuantas excusas:

—Al fin... es una nueva industria, un negocio como cualquier otro.

LUIS COVARRUBIAS.

Santiago, á 26 de noviembre de 1886.

¡NO ME PIDAS VERSOS!

(Á E. R.)

¿Versos me pides, Edulia,
cuando los hago tan malos
que ni yo mismo los sufro,
yo, que á mil necios aguanto?

¿Versos quieres, cuando en uno
tan buenas horas malgasto
y embadurno tantos pliegos,
y lo pienso un siglo largo,

y lo borro y lo corrijo,
y otra vez vuelvo á tocarlo
y, á pesar de paso y vista,
rara vez salgo del paso?

¡Ay! Edulia, que no sabes
qué potaje tan amargo
son los versos para quien
no acierta cómo endulzarlo!

¡Ay! que ignoras cuántas penas
los que he escrito me han costado,
cuando, por versos, renglones
me salen, cortos ó largos!

Mas te estoy hablando en griego,
y así hablar á tus veinte años
es pecar, Edulia mía,
contra el Espíritu Santo.

¡Qué te va en que nueve musas
me azoten con nueve látigos!
ni qué entenderás de cruces,
ni qué sabrás de calvarios!

Tú, que en la prosaica vida
gozas clásico descanso,
viendo tan lejos las penas
que asedian á los románticos;

tú, que no oyes del torrente
sordo el murmullo lejano;
tú, cuya barca de flores
se mece sobre azul lago;

tú, cuya frente serena
nunca el cierzo ha desolado

¿qué entendieras si te hablara
de penas, suspiro y llanto?

¿Qué, si en fúnebres endechas
ó en lacrimoso trisagio
te espetara veinte quejas,
cien martirios, mil quebrantos?

(patrimonio del poeta,
según más de diez fulanos,
á quienes lego los míos
á testamento cerrado.)

Porque sabrás, bella Edulia,
que eso es lo que en nuestros pagos
se da en llamar poesía,
que llamo yo de espantajos.

Mucho fantasmón brillante
que hiciera reír á Horacio;
mucho ruido, mucha caña,
mas por dentro todo vano.

Y si me has pedido versos
como se estilan ogaño,
habré de escribir en tonto
so pena de ser un clásico;

y derramar lagrimones
que puedan llenar diez cántaros,
y quejarme de la suerte,
y llamar al mundo bárbaro,

y en fementidos esdrújulos
cantar las penas del Tártaro,
y decir que ya estoy tísico,
que voy perdiendo los ánimos,

porque á la tirana Flérida
le importa mi pena un rábano;
ser, en fin, todo un ridículo,
es decir, todo un romántico.

¿Éso me pides, Edulia?
Pues, por Dios, que la has errado.
Ni puedo, ni sé, ni quiero
ser reo de tal escándalo.

No, señor; que eso sería
perder tiempo y perder canto,
y yo ni el canto prodigo,
ni el tiempo prodigo en vano.

Además que á decir eso
¡hay tantos, Edulia! hay tantos!
de esos que en necias quimeras
pierden sus mejores años,

llorando fingidas penas,
vertiendo fingido llanto
y engañándose entusiastas
para encontrar desengaños;

de esos mocitos imberbes
que ayer no más eran párvulos,

y hoy quieren echarla de hombres
torciendo un ideal mostacho;

que se creen hombres de mundo
porque tal vez lo atisbaron
por el ojo de la llave,
cuando no en inmundos antros;

que á la mujer aporrean
como si fueran padrastros,
y hablan siempre de conquistas
como Pirros ó Alejandros.

Á esos pedirásles versos
y los harán á destajo,
con tal que llames poetas
á los que son poetastros;

con tal que alces á los cielos
lo que se enloda en el fango,
y llames versos á aquello
que Apolo llamara escarnio;

mas no á mí que, pobre mozo
de cerebro tan cerrado,
soy tan blando de promesas
como duro de los cascos;

y que, á fuer de hombre á la antigua,
gusto de hablar castellano,

y no he comprendido el mérito
del moderno ditirambo.

¿Dejarás que de tus ojos
cante el purísimo rayo,
sobre el cual danzan y giran
de amor los genios alados?

¿Suspenderé de tus hombros
de hada aérea el manto cándido,
y estrofas de fresco ensueño
recogeré de tus labios?

Y al decir que eres la síntesis
de celestiales encantos
¿usaré para mis trovas
castizo y puro vocablo?

No, Edulia, me tacharían
de rastrero y de prosaico;
y, francamente, no puedo
contra tantísimo vándalo.

Y, pues ni mollera tengo,
ni una lira ase mi mano
de tanto mérito digna,
para alzarte digno canto;

¿cómo mi pálida ofrenda
llevar podré á tu santuario?

¿cómo escribiré una página
de tu existencia en el álbum?

No, Edulia, á tan altas prendas
un digno elogio no hallando,
las cuerdas corto á mi lira
y *adiós* diciendo... me callo.

KEFAS.

1886.

SOBRE LA HISTORIA

> . . . no conocemos un solo libro de historia que se acerque, siquiera en cierto modo á la historia tal y como entendemos que debe ser.
>
> MACAULAY.

De verdadero y justo timbre de honor para la humanidad, servirá el actual adelantamiento de las ciencias y de las artes, sobre todo ponderable en los últimos tiempos.

Hoy tenemos reglas para regir nuestras facultades, para ordenar nuestros pensamientos, para descubrir la verdad, para pronunciar nuestros juicios, para estudiar la moral; tenemos lo que se llama Filosofía. Sabemos cómo se mueve la tierra y cómo el sol, predecimos los eclipses y anunciamos con miles de años de anticipación la nueva visibilidad de algún cometa, nos explicamos por qué el mar invade la tierra á ciertas horas, y hemos medido las distancias que nos separan del sol, de la luna, de los planetas; tenemos la ciencia llamada Cosmografía. Conocemos la composición de las sustancias orgánicas ó inorgánicas, sabemos cómo cristalizan los cuerpos, cómo

se solidifican los gases; tenemos la Química. Se han descubierto y formulado las leyes de la gravedad, de la óptica y de la acústica, del magnetismo y de la electricidad, cuyas prodigiosas aplicaciones contemplamos abismados; tenemos la Física. Se ha estudiado al hombre en su estructura, á los animales y á las plantas, los clasificamos y tenemos reglas para ordenar los animales ó vegetales desconocidos que después se nos presenten; tenemos la Historia Natural. Sabemos las causas de los vientos, el sentido y la situación de las corrientes marinas, conocemos los hielos, los volcanes, los temblores y las lluvias; tenemos la Geografía Física. Pero si así siguiéramos, habría de ser muy larga nuestra enumeración y seguramente incompleta.

Todas estas ciencias han alcanzado un desarrollo y un adelanto, que en muchas de ellas no corresponden á su antigüedad. Pero hay también otro ramo del saber humana que es ciencia y arte á la vez, y aunque más antiguo que aquellos, no se encuentra, ni con mucho, en el grado de adelantamiento en que debiera hallarse, por sus largos años de existencia, por su importancia y por los bienes que está llamado á prestar á la humanidad cuando se le encamine al fin á que debe estar destinado; nos referimos á la Historia.

*
* *

Tal vez sobre ninguna materia científica se ha escrito más y, sin embargo, es una de las que se encuentran más atrasadas. Pero no debemos creer que esto obedezca á una ciega fatalidad. Los adelantos de estos tiempos nos hacen ver que todo lo que sucede obedece á reglas fijas

y determinadas, y el atraso de la ciencia histórica tiene sus causas que trataremos de exponer.

No vacilamos en apuntar como una de las más importantes lo complejo del asunto; porque al escribir la historia de los pueblos y al querer entregarla á los que vienen después para que éstos conozcan á aquéllos, es muy difícil decir de qué conviene tomar nota y qué dejar de mano; por manera que, suponiendo al historiador lleno de todos los elementos necesarios, aún queda la difícil cuestión de la elección de ellos. Más adelante nos extenderemos algo más sobre este punto, tan delicado como importante.

Otra causa que influye en el atraso que analizamos, es la manera cómo se ha estudiado la historia. En las otras ciencias se han observado hechos aislados y su repetición, y se ha tomado nota de las analogías que existen entre ciertos órdenes, para pasar de ahí á generalizar y á reglamentar, por decirlo así, lo que antes, en fuerza de nuestra ignorancia, considerábamos obra del acaso.

En la ciencia histórica, al contrario, no se ha comprendido su verdadero fin, y más bien se miraba como objeto de placer, en razón del interés que despertaba su estudio, que como una ciencia de tanta utilidad teórica y práctica, que puede llegar á darnos la clave para gobernar á los pueblos, para prever los acontecimientos y para conjurarlos antes que estallen, cuando ellos hubieran de ser perjudiciales al interés bien entendido de la humanidad.

Buckle en su famosa *Historia de la Civilización en Inglaterra* nos dice que, si los que se ocupan de las ciencias tienen esperanzas de alcanzar el conocimiento de la verdad y no así los que se ocupan de la ciencia histórí-

ca, ello es debido á dos causas que él considera decisivas. Es la primera que los hombres que se dedicaron al cultivo de la historia son inferiores en talento á los investigadores de la naturaleza; y la segunda que los fenómenos sociales, de que se debe ocupar el que escribe historia, son más complejos en su forma y en su esencia que los fenómenos naturales.

Y si se atiende al fondo del pensamiento que hemos tomado y que acabamos de copiar, encontramos que es análogo á los motivos que un erudito y contemporáneo escritor español apunta en su discurso al ingresar á la Real Academia de la Historia cuando cree "que á la carencia de leyes generales y de una concepción primera y alta del destino del linaje humano, objeto de la historia", era debido el atraso en que ésta se encuentra, con respecto á las demás ciencias.

*
* *

Sin querer contar entre los historiadores á los *logógrafos*, que siendo puramente copistas ó analistas, estaban muy lejos de llenar la misión del historiador, diremos que la ignorancia de los tiempos antiguos impidió que la historia tomase el lugar que debiera. La historia de esos tiempos se cantaba en Grecia en las grandes fiestas y se retenía de memoria. Así se explicará lo inverosímil de ella, porque mientras más maravillosas é increíbles fueran las hazañas relatadas, más agradaba al pueblo; por consiguiente, más fácil era que este la retuviese. De manera que halagando la imaginación en obsequio de la memoria, se perjudicaba la verdad, siendo aquí digno de observar que aún no existían libros en los tiempos de

Heródoto. Además, la credulidad, hija de la ignorancia, hacía que todo se aceptase como verdadero, se conservase y transmitiese como tal, siendo fuente y origen de muchas de las fábulas que, bajo el manto de la historia, han llegado hasta nuestros días.

Pero, aún en su época embrionaria, la ciencia histórica no permaneció estacionaria, y se nota su progreso lento comparando sus diversos escritores: sírvannos de ejemplo Heródoto y Tucídides; el primero narrando lo fabuloso, el segundo lo verdadero. Hablando de esta época Macaulay juzga que «en efecto, la historia se tornó menos expansiva y pintoresca, ganando en exactitud extraordinariamente y algo en ciencia».

La escritura que, por una parte, favoreció el desarrollo de la historia destruyendo las tradiciones y quitando así lo fabuloso, lo perjudicó por otra, cuando empezó á difundirse, porque pudiendo muchos escribir y no teniendo entonces, como era natural, instrucción de ninguna clase, estaban todos en aptitud de escribir como quisieran y sobre lo que quisieran; quedando de esta suerte en manos incompetentes materia tan delicada con su ejecución, como por las consecuencias que puede tener en los pueblos ó en los hombres.

Vino después la Edad Media, época en que la instrucción de entonces, cuando había reyes que no sabían firmar, sólo residía en los claustros de los conventos; de manera que lo que de ella tenemos, nos viene de las manos de los frailes.

Esta sola consideración indicará á las claras en qué grado se resentiría la historia de esos tiempos, cuando la escribían hombres que, estando al servicio de la religión, miraban este mundo como un trance, y en los que

el ardimiento de su fe, unido á la fácil credulidad de la ignorancia del tiempo, hacían cubrir todos los sucesos con la superstición, que tanto perjudica á la verdad y especialmente á aquello que es materia de esta misma superstición.

Cuando se ha leído la historia de esos tiempos con algún ligero espíritu de investigación y no por curiosidad ó mero entretenimiento, uno no puede encontrar exageradas las palabras de Buckle, que vamos á citar, porque para expresar una opinión tan categórica en materia tan grave, queremos dar á nuestro aserto toda la autoridad que da la palabra del insigne historiador de Inglaterra. Dice: "Hablando propiamente, en la Edad Media no había historia, y este no sería el menor inconveniente; pero, por desgracia, no contentos con la ausencia de la verdad, los hombres la reemplazaron inventando la mentira."

Cuando uno lee estas palabras, involuntariamente vienen á nuestro recuerdo *La Crónica de Turpín*, sobre Carlomagno, atribuída al arzobispo de Reims ó la *Historia* de Arturo de Inglaterra.

Entonces los que escribían sobre historia lo hacían sin profundidades de filósofos, ni de repúblicos, siendo toda su narración exterior y objetiva, sin ir tras de otra cosa que tras el hilo de la misma narración, la que hacían sin agrado y sin verdad.

Un crítico entusiasta pero serio y prudente de la literatura de la Edad Media, refiriéndose á la historia escrita entonces dice que "apenas conoció más formas de narración que el seco epítome de los escritos monacales, ó, al contrario, la pintoresca crónica", demostrando así que las crónicas de aquella época podrían tener cierto

encanto, cuando eran verdaderamente ingenuas, ó cierta elevación y unidad épicas, cuando relataban grandes hazañas; pero que estaban muy lejos de acercarse á la verdadera historia y á llenar la misión de esta.

La historia de la Edad Antigua principalmente y aun la de la Edad Media, tenían por principal objeto divertir á los hombres en los pocos días de paz de que disfrutaban y alentarlos ó animarlos con gloriosas y fabulosas tradiciones para que entrasen con valor y con bríos á la guerra.

Así nos explicamos el espíritu que animaba á estos historiadores, porque ordinariamente se han escrito las historias tomando más en cuenta la condición del pueblo que va á recibirlas que la del pueblo sobre el cual se escriben.

*
* *

En el siglo XIV y en el siglo XV empiezan ya á notarse esos síntomas que, ligeros é imperceptibles en sus principios, se hacen después más marcados, y que son siempre los precursores de todo cambio ó de toda revolución, síntomas que hacían presumir una enmienda en el rumbo que seguían los historiadores, pero que se hicieron más claros y manifiestos en el curso y especialmente á fines del siglo XVI.

En este cambio tienen parte principal tres acontecimientos que, aunque de distintos órdenes, han contribuído de consuno á empezar á dar nuevo giro á la historia y sobre los cuales nos detendremos un instante.

La difusión del cristianismo y especialmente su triunfo sobre el paganismo, tuvo, entre otras muchas consecuencias, la de echar por tierra el antiguo sistema de

moral, y de esta manera gran parte del antiguo sistema de metafísica, abriendo, sobre la base del sistema moral cristiano, ancho campo al estudio y á la dilucidación de los oradores y de los lógicos y, para citar otra vez al ilustre Macaulay, "puso en actividad un nuevo principio cuya influencia se hizo sentir en todas las capas sociales".

Vino después la invación de los pueblos del norte, que produjo la segunda civilización de la humanidad, que obligando á los individuos á unirse en sociedades ó á someterse á una autoridad, formó los distintos países que habían de constituir la federalización de la Europa moderna; que, unidos por lazos como los del derecho internacional, cesarían de mirarse como enemigos eternos y jurados y dejarían de creer que la felicidad de ellos venía de la desgracia del vecino; que con comunidad de ideas religiosas pero con idiomas, costumbres é instrucciones diferentes, quedarían en inmediato contacto, sin que llegasen á borrarse los distintivos de unos con otros y sin que ninguno de ellos perdiese su personalidad propia y su autonomía.

El remedio aplicado para obtener resultados tan trascendentales es cierto que fué "el mayor y más terrible de los castigos que haya impuesto Dios á sus criaturas... porque tanto mal había menester tanto remedio" (1).

Y, por último, la invención de la imprenta en la mitad del siglo XV comenzaba á dar sus resultados imponderables á mediados del XVI.

Sin pretender hacer la apología de la invención que diera tan inmensos beneficios á la humanidad, diremos

(1) Macaulay, *On history.*

tan sólo, por hacer al asunto que nos ocupa, que habiendo difundido los conocimientos, llevó al razonamiento una exactitud de que carecían y que desconocían las antiguas sociedades, en las cuales la enseñanza se hacía casi siempre en forma oral, perjudicando de esta suerte la condición del instructor y del instruído.

Estos adelantos de la instrucción, especialmente en lo tocante al razonamiento del hombre, hicieron nacer en él la noción de lo que debía ser la historia é hizo que ésta pasase de ser una crónica.

«No solamente ninguna historia había sido escrita, dice Buckle, antes del fin del siglo XVI, sino que el estado social hacía completamente imposible esta tarea.»

En verdad, á juzgar por las noticias que de aquella época tenemos, no estaba el adelantamiento intelectual de la Europa en condiciones de poder discernir en claridad y elevación cómo debiera hacerse y con qué objeto debiera hacerse el estudio de la historia. De suerte que mientras este estado de la sociedad no variara, mientras no fuera distinta la condición intelectual de los hombres, se hacía difícil, por no decir imposible, la existencia de la verdadera historia; porque no se habría encontrado un hombre que hubiera podido decir al historiador qué debia relatar, qué debia rechazar y qué debia creer.

Y esto no es porque la inteligencia en los hombres fuese inferior entonces á la de nuestros contemporáneos ó á la de nuestros próximos antepasados, sino porque entonces no existía la presión que ahora ejerce la sociedad sobre sus individuos, porque entonces se respiraba en otra admósfera que en la que ahora respiramos.

No era, pues, diferencia en el valor de las inteligencias lo que desfavorecía la condición de ellos respecto de no-

sotros, era diferencia del medio en que vivían con aquel en que vivimos nosotros.

La falta de discernimiento perjudicó á los historiadores antiguos de tal suerte que, copiando ciegamente á sus predecesores, confundían á veces fechas de sucesos diferentes, ó, en su exceso de credulidad, tomaban todo lo que encontraban corriente como cierto, dándole una evidencia imperfecta á aquello que no tenía la menor evidencia.

La duda no era factor que figurase en los trabajos del historiador antiguo, quien admitía todo sin precaución, y los más escrupulosos empleaban sus escrúpulos en la minuciosidad de sus investigaciones, pero jamás en la verdad de que pudiera carecer lo investigado.

*
* *

Pero á fines del siglo XVI este adelantamiento de la historia se hace tangible porque ya vemos que entran en su estructura nuevos elementos componentes, con la introducción de ideas y de asuntos nuevos, que, dándole más comprensión, la hacían más variada y más útil.

Con esta introducción de nuevos asuntos se nota, sin duda, desorden é incoherencia; pero ello es fácil de explicarse cuando se toma en cuenta que aún no se establecían, ni podían establecerse, ni se estudiaban las leyes á que debiera ajustarse el historiador.

Empezaba la reacción dando entrada á lo que antes no se miraba, para pasar de ahí, generalizando y ordenando los nuevos elementos, á dar las reglas á que más adelante debiera sujetarse.

En esta tarea aún no se ha concluído el trabajo; por-

que para pasar del aislamiento de los casos dados á la generalización de las reglas, debe emplearse tanto estudio como cautela si no se quiere que aquellas salgan incompletas, falsas y que perjudiquen notablemente el asunto que es su materia.

*
* *

Ya en los tres últimos siglos se ha notado una marcada tendencia á ocuparse de lo que se refiera á la condición del pueblo, á la difusión de las luces y á rechazar ó á olvidar aquellas cosas que antes eran reputadas como de una importancia soberana.

Observando los pensadores del siglo XVIII que la historia no adelantaba sino muy lentamente y que no existía tal como ellos entendían que debía ser, se preocuparon de sacarla del estado en que se encontraba y de hacerla adecuada á su objeto.

Lo primero que, al juzgar á los historiadores de los siglos anteriores, parecía inconveniente y absurdo al nuevo espíritu que se desarrollaba y que animaba á los modernos, era el inmenso detalle y la importancia capital que se daba á las batallas ó sitios de ciudades, haciendo sobre esto minuciosas y extensísimas descripciones; viniendo en seguida las largas biografías que penetraban hasta los palacios de los reyes, para hablarnos, hasta el hastío, de las queridas de aquéllos ó de las intrigas y amoríos de éstas ó de las rencillas y rivalidades de los cortesanos.

Todos los que de la historia de entonces han querido sacar consecuencias para el presente, ó los que han querido conocer la historia verdadera de esos tiempos, no

encuentran en ella, como lo hubieran deseado, "cuáles son las fuerzas del país, cómo se alimentan sus habitantes, cómo se introdujeron las artes á través del tiempo, cuáles eran sus leyes principales, sus riquezas más bien que sus pobrezas" mientras tanto ella nos dice "en qué año un príncipe, indigno de ser conocido, sucedió á un príncipe bárbaro en una nación grosera" (1).

Uno de los primeros que separó la biografía de la historia, quitando así, en parte, ese supersticioso respeto por la reyecía, fué Montesquieu. Y lo hizo en buena hora, porque eligió el momento en que los pueblos, adquiriendo la conciencia de sus derechos, se encaraban á los monarcas absolutos que los oprimían, dándose las familias, coronadas por acaso ó por fortuna de armas, como instituídas por derecho divino, confundiendo orgullosamente que es el principio de autoridad el que está basado en tal derecho y no así el privilegio de tal ó cual extirpe.

Montesquieu separó, pues, la historia de la biografía, haciendo á aquélla vasta, generalizadora, investigadora, estudiosa siempre de los resultados de los gobiernos y del porvenir de los pueblos; en una palabra, trató de echar las bases para que, en vez de ser la historia de los gobiernos, fuese la historia de las naciones; y dejando á la biografía lo personal, los detalles íntimos y hasta el afecto que se tenga por aquel á quien se trata de dar á conocer.

Naturalmente, se echa de ver que la historia de una nación supone estudios mucho más vastos y más generales que la historia de un gobierno, porque es mucho más caprichosa la conducta de cierto número de hom

(1) Voltaire, *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations.*

bres, como los reyes y sus ministros, que la de las agrupaciones de individuos que forman las naciones y cuyos actos son regidos por leyes más conocidas que las de aquéllos.

Por otra parte, cuando se hace la historia personal, llega uno á pensar que los que así la escriben creyesen que la condición de los pueblos, su adelantamiento industrial ó sus riquezas, están pendientes de la firma de un rey ó del decreto de un ministro, cuando todos sabemos que los acontecimientos se preparan y así como tienen sus consecuencias tienen también antecedentes que los han producido y que no por pasar desapercibidos para el común de las gentes, dejan por eso de existir aun á despecho de los mandatarios.

Como ejemplo del efecto que las historias antiguas producían en los filósofos y escritores del siglo XVIII, citaremos las palabras que Malet escribía en su *Historia de Dinamarca*, en 1755: "¿Por qué, decía, la historia no había de ser sino una exposición de batallas, de sitios, de intrigas y de negociaciones? ¿Por qué habría de contener una aglomeración de hechos y fechas insignificantes, en vez de las ideas, de las costumbres y aún de los gustos de un pueblo?"

Pero en honor de Mézéray sea dicho que fué él el primero que en Francia, escribiendo historia en 1643, dejase de pagar el tributo de adulación que todos se consideraban obligados á prestar á la reyecía, para dar noticia preferente de las costumbres, de la posición de las ciudades, de los impuestos y, en fin, de lo que más interesaba al pueblo ó á la monarquía de Francia.

Voltaire, que fué uno de los que impulsó á la historia en este nuevo rumbo y que en unión con Montesquieu,

fueron los que principalmente contribuyeron á apartarla del camino antiguo, Voltaire, decimos, en sus mismas obras da á conocer esta transformación. Así, por ejemplo, la *Historia de Carlos XII de Suecia* tiene mucho del sistema antiguo, en lo personal, y no así su *Siglo de Luis XIV*, donde, en vez de contarnos con detalles las batallas, nos ofrece interesantísimos capítulos sobre finanzas y sobre comercio, sobre ciencias y sobre bellas artes, asuntos estos que antes no habrían tenido importancia ni cabida en ningún libro de historia.

Fué ya en esta época cuando, en posesión de minuciosos y numerosos datos, de distintas fechas, en vez de trasladarlos al papel, se agrupaban y se comparaban, estudiando así causas y efectos de hechos verificados muchos años atrás.

Ahora, con este solo antecedente, no se extrañará que se diga que últimamente se han hecho historias mejores y más verdaderas de tiempos remotos que las contemporáneas de los países y de los tiempos narrados. Voltaire, por ejemplo, nos da una idea mucho más clara del feudalismo, que los cronistas de la época.

***

La civilización y el adelantamiento intelectual de nuestros días ha contribuído vigorosamente á purgar á la historia de sus vicios antiguos de dos maneras; bien sea porque con esta civilización se ha producido un cambio radical en la vida y en las costumbres de los pueblos, ó bien sea porque este adelantamiento ha desarrollado la inteligencia é ilustrado el criterio de los hombres.

Hoy día no se encuentran los pueblos en el aislamien-

to en que antes se hallaban unos de otros y cada día tienden á borrarse más sus fronteras, convencidos, como están, de que el interés de ellos es análogo y no antagónico. El moderno movimiento intelectual que ha fijado las relaciones de los países, ha tendido, pues, directamente á evitar las guerras y á estimar á estas en lo que son; ha probado que la intervención violenta en negocios ajenos es contraria á la justicia, á la conveniencia y al interés de la humanidad; ha tendido, por consiguiente, á extirpar los sentimientos de odio y á apagar los celos nacionales, cegando así los más frecuentes orígenes de las guerras.

Esta tendencia, ó mejor, esta resolución de evitar las guerras quitó este elemento á la historia, dejando los espaciosos lugares que ellas antes ocupaban para asuntos de utilidad y actualidad, que podían procurar el bienestar universal.

Desapareciendo esta rivalidad y esta constante pugna de intereses en el mundo, la historia hubo también de resentirse de este cambio, tendiendo á ser, más que la historia de países dados, la historia de la sociedad general, con intereses comunes, aunque viviendo en tierras y agrupados sus habitantes bajo banderas desemejantes.

Coadyuvan á esta marcada tendencia de cambiar la materia de las historias antiguas los descubrimientos de la edad moderna, que afianzando las relaciones de los diversos estados, han buscado la estabilidad y la garantía de dichas relaciones en los pactos internacionales, debiendo éstos tener un lugar muy preferente en la historia, por ser ellos muchas veces la fe de bautismo de los países nuevos.

Debía contribuir también á esta obra de reconstruc-

ción de la historia un nuevo factor que sólo figura en la sociedad en los últimos dos siglos; una entidad, que, aunque anónima, hace comparecer á su barra y codearse en ella al mendigo de la calle pública con el monarca más absoluto: la opinión pública.

La opinión pública no está sometida á las eventualidades de la vida, ni á las leyes que se dicten, y si bien apenas es palpable en cortos períodos, por razón del inmenso campo que comprende, cuando se la considera á través de largos lapsos de tiempo, se encuentra que ella es regida por grandes causas generales que «arrastran sobre todas las otras consideraciones y reducen á la nada las viles estratajemas por medio de las cuales príncipes y hombres de Estado pretenden desordenar el estado de las cosas y arreglar á su voluntad los destinos de un gran pueblo civilizado» (Buckle, *Historia de la Civilización en Inglaterra).*

El desarrollo del comercio que tomó gran vuelo y al cual favorecían los nuevos descubrimientos, hizo figurar una nueva é importante materia en el mundo y, de consiguiente, un nuevo asunto al cual debiera dar cabida en la historia todo aquel que quiera darnos á conocer una época ó algún pueblo.

En una palabra, había llegado el tiempo en que los historiadores debían conocer lo que los filósofos conocían de tanto tiempo atrás; había llegado el tiempo de despojar á la historia del inmenso detalle sobre hechos sin importancia y que tanto chocaban al espíritu científico de la época, para reemplazar aquello por lo que nos diera á conocer al pueblo, al gobierno, á las instituciones, á las ciencias, al comercio, á los negocios.

*
* *

Por esto dice Voltaire que "querría escribir la historia no de las guerras, sino de la sociedad, y descubrir cómo se vivía en el interior de las familias y qué artes eran cultivadas, en vez de repetir tantas desgracias y tantos combates, objetos funestos de la historia y lugares comunes de la maldad humana". En otros términos, se introdujo lo que se llama la Filosofía de la Historia, es decir, hacer que la historia piense como pensamos los hombres; que adquiera experiencia y utilice esta experiencia, como nosotros nos aprovechamos de la experiencia que nos presentan nuestros semejantes; y que al narrar los tiempos acuse á los hombres que hicieren mal á sus pueblos y ensalce á los que los sirvieran, como nosotros censuramos á los malos mandatarios que abusando del poder, hacen la desgracia de aquellos á quienes estaban obligados á procurarles felicidad, y como nosotros aplaudimos y honramos á los que emplean su poder en bien de la patria y de sus hijos; que en vez de ser la historia una máquina que auxilie la fragilidad de la memoria, sea una entidad inteligente que podamos utilizar tomando consejos de ella y que sea temor de los malvados y premio de los justos. Queremos hoy la historia filosófica y especulativa y no la crónica que apura gratuitamente la memoria.

Contra la introducción de la Filosofía en la Historia se ha hablado y se ha escrito mucho, diciendo que esta reforma ha ido encaminada y "ha sido inventada para combatir, destruir y reemplazar al catolicismo". Así lo dice Luis Veuillot en el prólogo de una obra intitulada

De la Philosophie de l'Histoire escrita por M. Roux-Lavergne.

En nuestra opinión, tal concepto es equivocado. El que las primeras historias filosóficas escritas tuvieran doctrinas contrarias ó que no fuesen respetuosas del catolicismo, no debe atribuirse á la manera cómo ellas fueron hechas, sino más bien á las ideas de que estaban poseídos sus autores. Así, si en vez de Voltaire hubiera escrito Bossuet una historia filosófica, habrían sido, sin duda, distintas las teorías ó las opiniones en la historia escrita por este último á las sustentadas en el *Ensayo sobre las costumbres* y *El espíritu de las naciones*, por ejemplo.

Además, el empleo de la filosofía en la historia no puede ser arma contra nadie, porque si con el empleo de ella se nos puede atacar, queda en nuestras manos la misma filosofía para la defensa, y de esta lucha saldrá triunfante la verdad, objetivo principal del historiador honrado.

*
* *

Para hacer la historia filosófica debemos estudiar desde los fenómenos exteriores hasta las costumbres domésticas, estudios que hoy se han hecho más practicables con los adelantos de algunas ciencias ó con la creación de otras que antes no eran conocidas.

Al hacer la historia de un país, por ejemplo, debemos tomar en cuenta su clima y dar noticias de él, dar á conocer los alimentos de que viven sus habitantes y decir qué clase de suelo tiene el país.

Esto que no habría contado un historiador antiguo, tiene grande importancia.

En lo que respecta al clima, él puede servirnos para calcular las condiciones de trabajo y el empuje de los habitantes del país, porque el clima ardiente no dispone á trabajar y el excesivamente frío impide hacerlo, resultando de aquí que este elemento contribuye en parte á formar el carácter y los hábitos de los pueblos; de suerte que este dato no debe apuntarse por pura curiosidad sino en atención á las consecuencias que de él podemos sacar.

Combinado con el clima, ejerce influencia en los pueblos la calidad de su suelo; porque según sea mayor ó menor la fertilidad de sus terrenos, será más ó menos fácil el desarrollo de la riqueza pública.

Queda un tercer factor que, unido á los dos anteriores, denota la importancia de considerar á la naturaleza, al tratar de la historia, cuando quedamos convencidos de la influencia que ejerce en el desarrollo de los pueblos, favoreciéndolos el ofrecerse en condiciones favorables y dificultando su engrandecimiento y prosperidad, cuando en vez de fértiles tierras con tupidos bosques y con ríos adaptables á la industria, se nos presenta en forma de áridos cerros, de océanos de arena ó cubierta perpetuamente de hielos.

Este tercer factor son los alimentos que influyen en los individuos, manteniéndolos y reparándolos.

Un país endonde los alimentos que están al alcance del pueblo son nutritivos y favorables para el sustento y el robustecimiento del individuo, es indudable que tendrá habitantes más aptos para el trabajo, más esforzados y más resistentes que los de otro endonde los artículos de alimentación sean pobres en aquellas sustancias que son indispensables para mantener y vigorizar el organismo humano.

Es una cosa probada por la estadística europea y afirmada por escritores de diversos países de Europa que los alimentos influyen, según sean sus condiciones más ó menos favorables, en aumentar ó restringir los matrimonios; y vamos á explicar cómo sucede esto y qué ventajas sacamos de aquí.

Porter, en su *Progress of the nation*, dice: "La relación que existe entre el precio de los alimentos y el número de los matrimonios, no está restringida solamente á nuestro país; y veríamos, sin duda, el mismo resultado en cada familia civilizada, si tuviéramos los medios de verificar los hechos. Tenemos muchas estadísticas de Francia y ellas confirman nuestro modo de ver"; y Buckle, en su obra ya citada, completa esta teoría estableciendo que "en Inglaterra la experiencia de un siglo ha probado que los matrimonios, en lugar de tener relación con los sentimientos personales, están *simplemente* regulados por los medios de vida de la masa del pueblo; de manera que esta inmensa institución social y religiosa no solamente es influenciada, sino completamente comprobada por el precio de los alimentos y el precio de los salarios".

Pero esta opinión no puede aceptarse sino explicándola y teniendo presente que favorece los matrimonios únicamente porque facilita los medios de satisfacer las necesidades y las obligaciones que el matrimonio impone.

Hemos visto que las condiciones favorables de la naturaleza facilitan la realización de los matrimonios y fomentan el aumento de la población, aumentando también el número de concurrentes, lo que disminuirá el precio de los salarios. Éstos, á su vez, hacen bajar los costos de producción, todo lo cual contribuye poderosamente

al desarrollo de la riqueza y al adelantamiento intelectual de los pueblos.

El clima, el suelo y los alimentos, cuando se presentan en condiciones favorables, propenden y fomentan el desarrollo de la riqueza, que es desarrollo de poder.

El individuo que, por un trabajo recompensado por la naturaleza, adquiere cierto bienestar y que no se encuentra obligado á recurrir al trabajo diario para vivir, puede dedicarse al estudio, que desarrollará su inteligencia y lo pondrá en condiciones de obtener riquezas de un orden más elevado.

Si esto sucede en todos los individuos, resulta que, mientras las condiciones de un país hagan más fructífero el trabajo de sus habitantes, más pronto este país se hará rico, y más pronto vendrá en él el adelantamiento intelectual, generador del bienestar social y del desenvolvimiento de todos aquellos elementos que componen la sociedad y obran sobre ella.

El estado de la riqueza debe considerarse en la historia, porque la riqueza es una fuente de poder, y si suponemos todas las cosas en igual condición, es indudable que estudiando la distribución de las riquezas, habremos hecho un estudio sobre la distribución del poder, lo cual nos dará claras noticias sobre las desigualdades políticas y sociales, que forman parte tan considerable de la historia de todo país civilizado.

Enumeradas, aunque á la ligera, las influencias que el clima, el suelo y los alimentos ejercen en la vida de los países, no se extrañará que juzguemos que, para hacer la historia filosófica, debe tratarse de esos tres factores que, sencillos al enunciarse, obran tan hondamente en la existencia de los pueblos.

*
* *

La enunciación de este nuevo campo de la historia nos trae á indicar los medios de que podemos valernos para hacer practicables los estudios generalizadores á que ellos dan lugar. Para alcanzar el fin de descubrir las causas y las consecuencias de la situación en que se encuentran algunos estados, no nos basta observar los hechos aislados; necesitamos estudiarlos y, compararlos para llegar, por medio del análisis de ellos, á la generalización.

Para no caer en el error de tomar la excepción como regla, ó de dar un juicio sin conocer más que un corto período de tiempo, tenemos hoy en las sociedades adelantadas un servicio, la estadística, que es el adecuado para el objeto. Por ejemplo, cuando se observa que los crímenes aumentan notablemente en una sociedad y se ve que esta criminalidad se reproduce con regularidad en muchos individuos, se supone fundadamente que tal estado proviene de la clase de sociedad en que ellos viven; mientras que si esos crímenes ó vicios son sólo casos aislados, se supone que ellos no tengan otro origen que las pasiones mismas del criminal.

La estadística, que nos da datos sobre tantas materias diversas y las clasifica á todas con tal orden, nos proporciona un medio de estudio que es cien veces preferible á la experiencia recogida de muchos años atrás, por razón de la mayor fe que inspira, de su impersonalidad, por decirlo así, y por la fácil comprobación á que sus datos se prestan.

De aquí la importancia de la estadística que tanto nos ayuda á conocer á las sociedades en la historia de ellas.

*
* *

Ha entrado también, entre los adelantos modernos, una ciencia nueva, que sólo data de los dos últimos siglos y cuyos beneficios alcanzan á todas las distintas manifestaciones de la actividad humana, estando sometido á las leyes todo aquello que concurre á formar la sociedad.

La Economía Política nos da reglas para formar ó aumentar nuestro capital; para hacer fácil y barata la producción de los artículos de que las sociedades han menester; nos habla sobre la repartición de las riquezas; nos da á conocer las crisis comerciales que tan profundamente afectan á los países; nos señala sus causas para que las preveamos antes que se realicen y las evitemos; nos enseña la manera de atenuarlas una vez sobrevenidas; nos habla del crédito y de las instituciones basadas en él, que han sido motores tan poderosos del progreso moderno; en una palabra, es la ciencia que nos enseña á procurar y á favorecer el adelantamiento, bienestar y civilización de la humanidad; todo lo cual contribuye á hacer indispensable que se hable de ella en sus distintas aplicaciones, cuando se escriba algo con intención de retratar una época dada y de aprovechar este estudio en bien de nuestros semejantes.

Esta ciencia, desvaneciendo errores antiguos, ha removido muchos de los motivos que eran antes, y frecuentemente, origen de las guerras. Antiguamente se creía que el oro y los metales eran la única riqueza y la única fortuna, y de aquí el móvil de muchas guerras que no tenían otro fin que el de procurarse el oro ó los metales que el vencido se obligaba á pagar al vencedor.

Hoy, con la ciencia económica, sabemos que no sólo el oro constituye la riqueza y no sólo el oro es el que tiene valor, sino que todo vale, tanto lo material, v. gr., los trigos, como lo inmaterial, v. gr., los descubrimientos científicos, y sabemos también que los metales amonedados los hacemos valer, pero sólo como medios para el cambio de los distintos valores y sólo en razón de ser los metales algo escasos y adecuados para facilitar su entrega y para llevarlos con nosotros mismos.

Otro efecto de los errores económicos antiguos sobre las naciones, era la formación de las tarifas ó de los tratados comerciales, llenos de prohibiciones perjudiciales á todos los pueblos en general.

Estas tarifas y estos tratados fueron á veces origen ó causa de muchas guerras, las que hoy no tendrán lugar en razón de los adelantos de la ciencia económica que ha hecho ver que el progreso lo obtenemos tanto más fácilmente mientras más francos abrimos nuestros puertos y más generosas son nuestras leyes con los productos ó con los hombres de otros pueblos.

¡Hermosa y benéfica ciencia la que alejando males terribles, procura tantos bienes y aúna y estrecha al hombre con sus semejantes!

*
* *

Para que nos podamos formar una idea cabal del pueblo que el historiador nos da á conocer, debe éste hacer entrar en su historia la política, que traduce lo que pasa en el interior de los pueblos; prepara los acontecimien- futuros y es consecuencia de estados sociales, militares ó políticos anteriores; porque á veces nos enseña más la

historia interna de un pueblo que su historia externa. Y cuando al tratar de la política se hable de las instituciones, no debe el historiador contentarse con enunciarlas sino que debe juzgarlas, decirnos cómo fueron dictadas y qué vacíos llenaban, cómo fueron ejercidas y qué resultados dieron después de puestas en práctica.

Es un efecto de miopismo digno de observar el que hace juzgar de los pueblos sin más datos que un motín militar ó civil, ó que una batalla perdida ó ganada, sin fijarse en que «antes que en el campo de batalla se ha decidido ya la suerte de un pueblo en las virtudes ó vicios, en la previsión ó torpeza, valor ó amilanamiento, sabiduría ó necedad de sus prohombres, magistrados, repúblicos y magnates» (1).

La política influye de tal manera en los pueblos, que si un gobierno está en manos prudentes y sanas, hará respetables y felices á sus gobernados, y si la política está puesta al servicio de las pasiones de los hombres, procurará el descrédito, despertará la desconfianza y acabará por perjudicarlos más ó menos gravemente.

La política, según sea buena ó mala, protege ó embaraza la riqueza, favorece ó entorpece el adelantamiento intelectual, evita ó acarrea acontecimientos desgraciados y nos da á conocer á los hombres y á los pueblos, distinguiendo á los buenos de los malos.

Ahora, una materia tan vasta que lleva sus ramificaciones á todas las distintas capas sociales ¿deberá ó no ser materia de la historia?

*
* *

(1) Aureliano Fernández Guerra, *Discurso* en la Real Academia de la Historia.

Debe tomar en cuenta el historiador la religión de los lugares de que trate, porque contribuye con eficacia á la moralización de las masas populares, adonde es difícil que llegue la instrucción tan fácilmente como la moral de la religión que sirven y siguen desde que cada hombre aprende á balbucear las primeras oraciones que le enseña la madre. Además, en las masas ignorantes puede mucho la idea del más allá de esta vida, el temor del castigo futuro de Dios, y á ellas es más fácil civilizarlas y atraerlas por la fe de que están animadas casi siempre, que por el convencimiento filosófico que supone ya inteligencias claras y desarrolladas, ya vastos conocimientos que jamás podrán obtener por razón de su precaria condición. Y si, por otra parte, vemos que no hay un pueblo que no tenga su religión, es indudable que será favorable á la condición de este pueblo el que en religión tenga una base moral perfecta.

La religión, que toma al hombre al nacer, influye poderosamente en su condición y modifica sus tendencias en favor ó en contra, según sea buena ó mala.

No debemos considerar á la religión como perniciosa al desarrollo de los pueblos por temor á la superstición, porque en esta vida todo está expuesto á las exageraciones de los hombres.

El que haya habido hombres que hayan abusado de la autoridad para oprimir y flagelar un pueblo, no es razón para que consideremos contraria al bienestar de él la existencia de una autoridad; el que haya hombres que lleven la postración moral hasta convertirse en viles aduladores, no será motivo para que dejemos de considerar indispensable para el buen gobierno, el sometimiento de los ciudadanos á las autoridades legalmente

constituídas; el que en nombre de la libertad se hayan cometido atentados vergonzosos, no será causa para desterrarla de entre nosotros como peligrosa y contraria á nuestra seguridad; el que una cosa esté expuesta al abuso, no es suficiente motivo para condenarla.

*
* *

Comercio, negocios, manufacturas, diplomacia, leyes, ciencias, literatura, filosofía, al organizarse han formado, cada una de estas materias, clases distintas, y han hecho valer, unas enfrente de otras, la importancia de su objeto.

El comercio, los negocios y las manufacturas, que constituyen los mercados ó surtidores de los países, para formarnos idea de la situación enonómica de éstos; la diplomacia y las leyes, es decir, las leyes internacionales y las leyes civiles, que son la base y la garantía que un estado puede dar á la sociedad; las ciencias, que con sus diversas aplicaciones reportan adelantamientos que salvan los obstáculos y las distancias, como la aplicación del vapor á los ferrocarriles ó á la navegación, ó los telégrafos; y que engrandecen á los países; la literatura y la filosofía que nos dicen cómo piensan y cómo escriben, qué saben y qué ignoran los habitantes que damos á conocer; y, para decirlo todo, el progreso intelectual que es el indicador de todos los progresos en sus distintas manifestaciones, todo esto, juzgamos que debe ser materia indispensable y sin la cual no puede existir la historia que apetecen y que tienen derecho á pedir los días de progreso en que vivimos.

Es verdad que para hacer el cuadro completo de la historia tendríamos necesidad de narrar todo cuanto pa-

sa, apuntar los antecedentes é indicar las apreciaciones que de todo se haga, y que, para pintar unos cuantos meses solamente, habría que escribir bibliotecas. Sin embargo, es aquí donde la historia deja de ser ciencia para constituirse en arte y donde el historiador debe elegir, entre los detalles que deba tomar, aquellos pormenores característicos que produzcan el efecto de darnos la idea cabal del conjunto; es aquí endonde el historiador debe estudiar el arte en que fué eximio Tucídides: el arte de la elección. Por esto dijimos al empezar que era la historia ciencia y arte á la vez.

No se nos oculta que al hacer la historia filosófica y al hacer entrar en ella tantas materias diversas y al encaminarla al altísimo fin de reglar los destinos de los pueblos y de los hombres, encargamos al historiador una misión ardua, compleja y en extremo dificultosa y que el historiador que llegara á hacer una historia perfecta sería, como dice Macaulay, un «prodigio intelectual»; sin embargo «la contemplación de ciertos modelos imaginarios deleita y enseña juntamente, y si bien no es bastante para elevar á la perfección, determina cierto progreso y adelanto, y fomenta en nosotros las nobles y generosas aspiraciones del gusto difícil de satisfacer, que no son incompatibles, por cierto, con la equidad y el entusiasmo al fallar en orden al merecimiento, pues que al poner en más alto asiento nuestro ideal del arte, no hace que seamos por eso injustos con el artista».

*
* *

Observando el fenómeno de que hoy se hagan historias mejores de tiempos pasados que las contemporáneas

de esos tiempos, y al ver que las historias modernas parecen tratados científicos cuando se las compara con las historias de Heródoto, Tucídides, Polibio etc. ó con las crónicas de la Edad Media, se nos ocurre pensar en qué consiste y qué causas producen este cambio incesante en el estado de la historia.

Este fenómeno tiene, sin embargo, clara explicación.

La historia pretende ser el espejo en que podamos mirar á un pueblo durante cierto tiempo, haciéndonos cargo de su condición, conociendo su pasado y su presente y previendo su porvenir.

Con el progreso incesante de la humanidad que cada día da un paso más adelante explicando lo que antes eran arcanos, descubriendo agentes nuevos y utilizándolos, y desterrando la ignorancia del pueblo, entran en la sociedad nuevos intereses, nuevos agentes que hacen cambiar los medios de vida, las costumbres, la condición y hasta el carácter de los individuos.

Este cambio constante de las sociedades es tan sensible, que el corto espacio de la vida de un hombre, basta para que podamos cerciorarnos de él personalmente.

Hace pocos años se consideraba hombre instruído al que sabía gramática y aritmética y tenía nociones de historia i de literatura. Hoy sabe eso el común de las gentes y para pretender de medianamente instruído se necesita conocer la química, la física, la historia natural, la cosmografía, hablar distintas lenguas, y todo esto con cierta profundidad de estudios que exceda en mucho á lo que exigen los establecimientos de educación para expedir títulos profesionales.

Cambiando de esta suerte el estado de la humanidad, objeto de la narración histórica, forzosamente tendrá ésta

que cambiar. Si el mundo progresa, su historia progresará también.

En los tiempos en que la vida del hombre se reducía á buscar los medios de mantenerse y á salir á la guerra, era natural que la historia fuese distinta á la de los tiempos en que los hombres, conociendo la importancia de su origen, la superioridad de su inteligencia y el poder de ésta en el mundo, tengan la noble aspiración del saber, buscando la luz para salir del caos en que los mantenía la ignorancia, y quieran servir á la sociedad en que viven, poniendo á este objeto sus talentos, sus riquezas y sus fuerzas.

Casi todos los componentes, las exigencias y los servicios de las sociedades modernas eran desconocidos en la antigüedad y por esto la historia de nuestros días ha experimentado un cambio tan notable en sus materias.

Aquellas mismas cosas á que antes no se daba ninguna importancia y aun las que efectivamente carecían de ella, la han recobrado ó adquirido ahora con los nuevos descubrimientos de los últimos siglos y con las nuevas ciencias que ha formado el espíritu del hombre, depurado en el crisol del tiempo y al calor del trabajo.

Si hoy mismo tratamos de hacer la historia de tiempos lejanos, podríamos, tal vez, hacer una historia mejor que las que se han escrito antes de ahora; porque trataríamos de estudiar el estado en que entonces se hallaban las distintas materias que hoy tienen verdadera importancia para el nuevo espíritu que anima á la humanidad; porque el adelanto de la ciencia histórica nos pone en aptitud de poder distinguir con más ó menos certidumbre, lo que es verdadero y lo que es falso, y nuestro adelantamiento intelectual discernirá prudentemente entre lo

que deba aceptar de lo que se le presente y lo que deba rechazar por improbable ó por inútil; y porque ya tenemos métodos que nos puedan guiar y que nos llevan á facilitar el descubrimiento de la verdad, métodos que auxiliados por los conocimientos generales que difunde la instrucción, nos ponen en condición de emprender este trabajo sin llevar vendada la vista.

Los descubrimientos que se hicieren con posterioridad á la historia escrita sobre el pueblo en que ellos tuvieron lugar, deberán insertarse y relatarse en dicha historia, la cual tendrá que dar cuenta de ellos y corregir lo que hubiese escrito antes, en todo lo que fuese contrario ó incompatible con las nuevas teorías que transmita. En casos como éste, tendría la historia que ser reformada forzosamente.

El estudio de la arqueología y sus adelantos, las nuevas excavaciones que han solido descubrir monumentos é inscripciones de tiempos muy remotos, todo esto, combinado, puede llegar á desvanecer hechos que, tenidos hoy por evidentes, habrían de ser reemplazados por aquello que el estudio detenido y serio nos presente como verdadero.

Hay, también, otra razón que puede influir en la reforma de la historia existente, y obligarnos á rehacerla en parte.

Sucede que en toda obra humana, por más cuidado y prudencia que haya puesto su autor en su ejecución, cuando éste la vuelve á examinar siempre encuentra algo que añadir, algo que quitar ó algo que enmendar.

En la historia puede suceder esto más probablemente, porque como sus materias no están sólo en la inteligencia de su autor ni aún están siempre á su alcance, re-

sulta que, bien sea porque este autor, dedicándose más al estudio, aumente en ciencia ó en competencia, ó bien sea porque después de hecha su obra adquiera nuevos datos, resulta, decimos, que al cabo de cierto tiempo puede encontrar defectos que antes no había visto porque no eran tales cuando escribiera su obra.

Avanzando la humanidad y volviendo ésta sobre muchos errores antiguos, tendrá también que avanzar y rehacerse su historia.

CARLOS CONCHA SUBERCASEAUX.

JUANITA

(CUASI-IDILIO)

En ese monte y plácida laguna,
para decir verdad como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.

LOPE DE VEGA

I

Es Juanita la niña más hermosa
y cuanto bella, angelical y pura;
modesta, casta, humilde y virtüosa,
tipo es de la bondad y la hermosura.
Es esta criatura tan dichosa,
al mandato de Dios siendo sumisa,
que por ir á la misa
dejara de la mano cualquier cosa.
Cuando sale á la calle
envuelve entre los pliegues de su manto
su albo rostro y su flexible talle

lleno de gracia, agilidad y encanto;
creyendo así evitar las tentaciones
de amarla con locura
que dan á multitud de corazones
el garbo de su pecho y su cintura.
Al amor no conoce ni de vistas,
aunque esto á mil galanes cause enojos,
y á pesar de tener ella unos ojos
que han hecho, sin fijarse, mil conquistas.
Son azules, cual ojos de querubes,
cúbrenlos de pestañas denso velo;
por eso es que se ven como entre nubes
se ve un retazo del cristal del cielo.
Y tienen de mirar tan lindo modo
y tan grande expresión en la mirada,
que á quien mira Juanita dice todo,
no pensando Juanita decir nada.
Y es tan blanca su frente y despejada,
que nos parece, al verla
por los rizos tan negros coronada,
alabastrina perla
en azabache límpido engastada.
De su boca que envidia da á la grana,
son las risas tan puras y sonoras,
que semejan los trinos de canoras
avecillas que anuncian la mañana.
Tanta, en fin, de su cara es la belleza,
(del arte el fallo sin temor arrostro),
que digo que es perfecta la pureza
de la línea ovalada de su rostro.
Es su cuerpo pequeño de estatura,
mas de formas que son esculturales,

si es dado á la escultura
modelar idëales.
Y más bella que el físico, Juanita
sin duda tiene el alma;
y ¡qué alma tan bonita
es aquella en que llévanse la palma,
la esperanza, la fe, casta inocencia,
la humildad, el deber y el sentimiento
realzados por clara inteligencia!
¡Juanita en cuerpo y alma es un portento!

II

Este ángel del celeste paraíso
me inspiró una pasión ciega y ardiente.
Lo confieso, oh lector, honradamente:
por más que yo la amé, nunca me quiso.
Hizo perfectamente en lo que hizo
¡hizo perfectamente!

José Gregorio Ossa.

LIMA Y SUS TOROS

Vemos alejarse ya las horas de entusiasmo en las cuales nuestro ejército hacía sus guardias y tenía sus pasatiempos en la vetusta é histórica Lima. Y no serán quienes fueron de ese ejército los que olviden aquel clima suave igualmente á todas las estaciones, los muchos encantos y los característicos usos y divertimientos de la hada halagadora que se recuesta en las orillas del Rimac.

¡Los toros! ¡Ah! estos *bichos* amables; con sus travesuras ocasionales de desgracias y víctimas infelices siempre, atraen locamente á su pueblo perezoso y gustador. Parecería que con las emociones durísimas de este espectáculo quisieran los limeños reemplazar las imponentes manifestaciones de que carecen por la zona del país en el cual nacieron.

Y á tal adelantamiento ha llegado entre ellos la ciencia tauromáquica, que la enseñaron á los mismísimos españoles en lo que toca á *los capeadores de á caballo;* la cual suerte de lances se ensayó por primeras—según lo

apuntan papeles de hace dos centurias—en las corridas que se sucedieron en el tiempo de la colonia, ora fuese por motivo de el exaltamiento al trono de un nuevo monarca, ó ya porque adviniese al mundo el hijo de la corona, y si no, al menos, por la entrada de un virrey ó arzobispo, y también indispensablemente en todos los triunfos de las reales armas.

***

Si nos transportamos á la fecha de 1538, en los días que siguieron al fracaso de los almagristas, ó sea de «los de Chile», en sus riñas con los Pizarros, presenciaríamos la primera lidia de toros que, al decir de cronistas, se diera en la naciente fundación de los Reyes. Así, de ese modo, por una especie de vértigo, se distraía la sangre con más sangre, y encontraban su solaz los guerreros de aquellos crudísimos tiempos.

En efecto, quizás fueron unos los momentos en los cuales en el Cuzco era estrangulado el bueno de don Diego de Almagro, y los del festejo que, por su desaparecimiento, tenía en Lima su innoble enemigo el adelantado Pizarro, virrey del país, que las alevosías habían puesto en sus manos. Y fué en aquella oportunidad y manera que al marqués de Atavilos tocase presidir el estreno de *los espadas*, *picadores* y *banderilleros* que de España llegado habían al Perú para implantar en él las costumbres de la madre patria y ligar la colonia á tal punto con la Península, que sería necesario que todo América independiente fuese á cercar con sus bayonetas fogueadas á los sostenedores de la monarquía española.

*
* *

No sabemos precisar si sería algún reducto de los que sirvieron—en los días aquellos justamente—para dar el último escarmiento á la soldadesca del Inca, ó acaso fuera la Plaza Mayor—sitio que se hizo campo, durante el coloniaje, de las batidas de hombres á fieras y de fieras á hombres—el local elegido para lo que debió ser sonada y plausible fiesta á los ojos del virrey, que, ya sin rival en la comarca entera, se consideraría más propiamente *bi-rey* ó dos veces rey.

Pero queramos imaginarnos que sucediese en este paraje, y con las galas y aparatos que gastaron los poderosos reemplazantes de Pizarro. En las gradas del atrio de la catedral y en los portales, andamios dispuestos como barreras de la arena, prestarían en su altura seguridad y vista á los espectadores del pueblo; los balcones estarían cuajados de damas y preeminencias; el virrey y su comitiva lujosísima pasearían el ámbito de la plaza, cabalgando andaluces extremadamente enjaezados y en medio de los vítores del pueblo y de las zalamerías y saludos mujeriles, hasta llegarse á establecer bajo el pórtico del palacio, tapizado su recinto de apuestos guardias y caballeros.

Desde allí el representante del rey, y á nombre de este, debería lanzar la llave de oro con la cual un caballero principalísimo que la cogía del suelo, presuroso se allegaba á un ángulo de la plaza haciendo ademán con el rico cerrador de franquear la puerta del toril, y con ésto dado señal de que había de iniciarse la de *lances* y *lanzadas*, constitutivo de las tales fiestas.

*
* *

Vendría después el desfile de las pandillas de á pie y de á caballo, que, para solicitar la venia y presentarse al público, desfilaban inmediatos al parapeto con la garbosidad y lucidos trajes y talante que les son habituales en las circunstancias.

Esta parte del ceremonial que aún ahora se practica idénticamente, demandándose el permiso de quien preside el espectáculo, se nos representaba, por su resultado final y efectivo, como el saludo que los antiguos gladiadores dirijían á su emperador en las conocidísimas palabras de «Cesar, morituri te salutant». Decimos en su resultado efectivo sólo, ya que no podría estimarse igualmente la condición y aspecto de esclavitud que éstos deberían tener con el levantado porte que á la raza de los toreadores distingue.

*
* *

Existe, además, un incidente propio y tradicional á las corridas de los tiempos de Pizarro y de Núñez de Vela, y este es la gracia del *rompe-cañas*—que ya no eran lanzas por estar castigado el honor propio por lo mayormente práctico de los días, ó quizás por los desmanes de que eran sindicados los caballeros—quienes, puestos en bandos opuestos, hacían méritos, antes de la *justa* de toros, de sus destrezas y anuncios guerreros asestándose golpes suaves que no harían temblar á los *tormentos* de sus corazones; bastante menos intensos, sin duda, cuando se sometían sus amores á yunques de cañas y no de hierro, cual los primitivos adalides de la Edad Media.

*
* *

Pero tardamos demasiado en llegar á decir lo que es una fiesta de *bichos* allá en Lima y en los años de ventura que pasamos. Dijimos que el coloniaje dió maestros á España mismo; diremos también que en las luchas de aquella época figuraron amazonas animosas, al igual de la mulata Juana Breñas, que trastornó el sentido de sus contemporáneos por la intrepidez y esfuerzo con que sabía postrar á la más embravecida de las fieras.

Y ya para dejar lo de antaño y venirnos á lo de hoy, apuntaremos algunos de los barbarismos y prácticas, suprimidos actualmente, de los divertimientos tauromáquicos, haciendo todavía, de paso, reminiscencias y reflexiones que nos conducirán el origen y nacimiento de los lances con toros.

Entre otras de aquellas usanzas, ya no estila, seguramente por lo bestial que era, la aventura de la *lanzada*, consistente en nada más que en matar á plaza plena al toro escapado ciegamente del toril, y aguardado *lanza en ristre* por un peón de á caballo quien lo volteaba sin gracia alguna y sin exponerse absolutamente, salvo cuando el *bicho*, uraño lo bastante, no arremetía sino transversalmente al jinete hazañoso, y le hacía rodar en atufo y desconcierto por la no prevista maniobra.

*
* *

En dado caso, ya que ignoramos en qué se invertiría de ordinario el producido de las fiestas de toros, destinábanlo los limeños á obras piadosas; tal vez por la pro-

pensión que existe en el hombre á atenuar sus faltas y sancionar de alguna manera sus relajados usos. Así, con la suma que se obtuvo de uno de estos regocijos se alzaron las torres de la capital peruana; y con los alcances de un otro espectáculo, se quiso beneficiar á las ánimas del purgatorio; á las que era dedicada la función del 22 de abril de 1792; el cual día hubo bullada catástrofe por la muerte del banderillero español José Álvarez. De quien, relatando la mala ventura, un picaresco escritor peruano, dice que el tal Álvarez «habíase ido á hacer compañía á las beneficiadas.»

Y ¡cosa singular! esta costumbre de que las corridas de toros y los ya muertos anden juntos se remonta al paganismo, en el período de los emperadores de Roma. Después que Constantino prohibió el combate de los gladiadores, que eran comprados para que se sacrificasen en honra de los nobles fallecidos, se recurrió al combate de fieras con hombres, y entonces por primeras veces los toros pusieron en competencia su ferocidad con la destreza del gladiador.

*
* *

Desde entonces también España, que tan íntimamente unida estuvo al imperio de los Césares, escogió esta fiesta como la de su predilección, sin que hayan bastado bulas pontificias y cien obras de autores humanitarios para menguar su preferencia por semejantes pasatiempos; por razón tal vez, según dice uno de sus historiadores, «de ser España muy aficionada á este espectáculo, siendo sus toros más bravos que en otras partes á causa de la sequedad de la tierra y de los pastos, por donde lo que

más había de apartar destos juegos, que es no ver despedazar á los hombres, eso los enciende más á apetecellos, por ser, como son, aficionados á las armas y á derramar sangre, de genio inquieto, tanto, que cuanto más bravos son los toros y más hombres matan, tanto el juego da más contento; y si ninguno hieren, el deleite y placer es más liviano ó ninguno».

*
* *

Lima es España también por el aspecto de sus edificios, por sus tradiciones, por el salero de sus mujeres, y por algunas particularidades del carácter de sus moradores, y no sé si por la «sequedad de sus tierras y de sus pastos» también lo sea. Que por algunas de estas especies no pueda el limeño desentenderse de su natural y de los juegos taurinos, es evidente; no siendo menos lógico todavía lo que dice el estilo de las viviendas con relación á los hábitos que copian esos estilos, y la sal y gracia de las mujeres con la ocasión de vaciarla que da un gran circo con sus incitantes emociones. Todas aquellas y estas cualidades hacen, pues, que en Lima el día de una corrida sea el de un júbilo loco y desatinado.

*
* *

El Acho, como con aspiraciones á sustantivo y para significar grandiosidad, se llama al sitio en el cual se debelan los toros, ó donde (si se me permite la expresión) son debelados los toreadores, echa sus cimientos en la ribera norte del Rimac y á la izquierda de la vía que conduce á los baños de la Piedra Lisa, y, camino seguido,

á los bellos ingenios del este-norte de la ciudad. Fué fundado por un rico ciudadano de la colonia que, después de algunos años de granjerías, le dejó su nombre cediéndolo á los gananciales de la Beneficencia pública. ¡Siempre la caridad usufructuando de las desgracias que los hábitos de un pueblo no dejan ahorrar ni economizar!

***

Esta clase de fiestas, aun en el tiempo de duelo nacional, en que nos tocó verlas repetidas veces, es de las que más desvanecen la flojedad del limeño, por otra parte siempre dispuesto á los devaneos y jolgorios de la vida casera.

Las calles del Colegio Real, de San Ildefonso, el puente de Balta, que entonces tiene gratuito su tránsito, y Los Descalzos, y todas las avenidas que abocan á la plazoleta del gran circo reviven y se ven oprimidas por la multitud; es la pasión, y una especie de hambre, lo que mueve todos los pasos, es una nube que se descarga, es un pueblo llevado por su alma, son los toros.

Las mujeres se muestran más gracejas y vivaces por saber que se está de regocijo, y los hombres más listos y truhanes, porque el juego de los toros ha de proporcionarles libertades que los vigilantes ojos no alcanzan.

***

No hay que decir que los soldados chilenos, ya en curiosidad por las ponderaciones de sus comadres respecto á la gran festividad, y con sus vívidos trajes domingueros, participaban también de la función. La oportunidad,

aunque nunca para ellos fué calva en lance alguno, en esa coyuntura ofrecía un pelo muy gordo, que no serían reacios á cogerlo. Daban rienda á sus críticas y dichos picantes, burlándose de antemano de la muy ensalzada valentía de los héroes que habían de competir con los toros, así como si ya los hubieran *calzado* otras veces. Después reían de los que flaqueaban, puestos ya á vista de los *bichos;* bromeando, en general, de los entusiasmos del populacho, y dejando, no obstante, la parte principal de sus chanzas para las muchachas, á quienes hacían festejar por los vendedores de frutas y refrescos; los cuales eran encaminados hacia ellas á fin de que los pusieran al habla con las traviesas chicas.

*
* *

La extensa arena, que mide en diámetro el espacio de dos compañías de infantes en batalla, según ejercicios que allí practicamos, se encierra en un octógono perfecto. Una gradería, que nace desde un metro arriba de la barra, y destinada á los espectadores, asciende hasta el nivel de los palcos situados en altura, circuyendo palcos y gradería todo el escenario. Únicamente las dos puertas que dan entrada al recinto de la acción interrumpen este orden, y á mas los palcos de los presidentes y del municipio que, frente á frente, se avanzan hasta la línea elevada de la barrera.

Existen otros alojamientos, debajo de las lunetas ó gradería y entre las gruesas murallas que la sostienen, que son verdaderos sótanos, por donde asoman su cabeza los que furtivamente, ó de balde, han logrado asistir al grandioso espectáculo.

*
* *

La *barra* es un parapeto de madera, adelante un poco del local que contiene á los espectadores, interrumpida por aberturas, que son disimuladas ó cubiertas por otra enmaderación en ángulo, y que sirven para que por ahí se cuelen los afligidos toreadores. Tienen éstos otra obra de defensa en medio de la plaza, formada por palos puestos de pie y trabados entre sí, para protegerse cuando hacia allá los lleven acosados los toros. Queda el *toril* donde se guardan los *bichos* que han de lidiarse, al cual subdividen compartimentos oscuros y de techos bajísimos (á modo de pesebrera sin pesebres), con puertas corredizas que comunican el uno al otro hasta dar acceso á la plaza; estando todos dominados desde el techo por pasillos y balcones que permiten á los pinchadores preparar las fieras aguijoneándolas é hincándoles hierros que las embravezcan lo más posible antes de largarlas á la arena.

*
* *

Observado el recinto que mantiene á los espectadores, se ve un círculo movible como una colmena hambrienta, que parece girar enrededor de una gran presa, el campo de combate, y donde el bullicio no queda en zaga á la movilidad; los unos buscan sus localidades, departen entre sí los ya estacionados, leen los programas ó listines los otros, discutiendo y valorando las preseas de los combatientes los que se dan de entendidos; y haciendo los mozos chispear sus palabras enderezadas á otros hirientes labios vecinos ó distantes.

*
* *

Ya el jefe del ejército de Chile, rodeado de sus ayudantes y de algunos de distinción, ocupa el palco principal. Al de la prefectura asisten otras autoridades chilenas, directores que serían del torneo. Allí se destacaban también los arreos de un corneta, portavoz para denotar las varias escenas que debían sucederse.

Un piquete de tropa, apostado cerca del primero de los palcos, descansaba en sus armas, después de haber distribuído los vigilantes y centinelas que cuidarían del orden. Además, algunas bandas de música militares, tropa *franca* en mucho número, casi todos los oficiales y jefes llenando los palcos; y el pueblo invadiendo todos los huecos, hombres y mujeres alternados. Éstas con sus caras pizpiretas y prometedoras, encubiertas por la graciosa envoltura de sus mantos ó con sus sombrillas y sombreros multicolores; y los hombres recelosos, si no ridículos y aturdidos, por las preferencias que daban en los deslices de sus ojos á los lisos chilenos las dulces hijas de sus costilllas.

*
* *

De improviso todos callan, y á *sotto voce* dirigen la mirada á la puerta que del exterior da al circo. Son los *capeadores de á caballo*, *toreros*, *banderilleros* y *espadas*, seguidos del *carro de los despojos* que, para ofrecerse al público y saludar á las categorías, desfilaban pausadamente por el campo, iluminado de un sol bello.

La música y los aplausos habían roto su armonía y es-

truendos, semejados al bullicio del cielo cuando lo quiebra la tormenta. Aquello era una ovación triunfal en medio de las esperanzas formuladas á la vista de los campeones de la fiesta y de las inquietudes de los que por primeras asistían á los toros. Luego se acalla la algazara, reinando un sordo silencio; se ha cumplido lo reglamentario, y, retirados á inmediaciones de la barra los hombres *de á pie*, algunos *de á caballo*, se plantan como á la sombra de la palizada central.

En la soledad de la arena, que presto había de ser desoladora, la imaginación de unos y las reminiscencias de los demás rastreaba ya la sangre, obrando en los semblantes de todos, ya desenvuelta en ira y sus penetrantes ojos, ó en temor y su palidez; en delicadeza y sus dulces contracciones, ó si no en curiosidad y su abstracción. Todo junto dormía y revivía en los momentos de pesado letargo que precedieron al toque de *atención*, señal del comienzo de la *justa*.

*
* *

Al tiempo del agudo sonido, los jinetes evolucionaron agilísimos, pero no sin que se notara el recelo de sus bestias; bajáronles las anteojeras, y ellos descolgaron sus capas que pendían hacia las ancas. Ya uno de los capeadores daba frente soslayado á la puerta del toril; ésta se abrió instantáneamente, i mostrando triste oscuridad, dejó percibir dos relámpagos, luego polvareda, cuernos y... una mole exhalada del antro, en volandas, cruzó el espacio... y jinete, caballo y toro en giro presuroso se confundieron.

El hombre parece acortado y titubeante, y la bestia

que le sostiene medrosa también, y acosada con violencia, tiembla, renquea, y, deprimidas sus ancas, echa atrás la cabeza tomando la posición con que se figura á los Grifos fabulosos; la embestida sigue, y cae de costillas estropeada por el toro que se atufa y bufa más mientras más astea el vientre ya vaciado de la infeliz cabalgadura. Todo es obra de un minuto: los chulos han corrido en auxilio del caído, guareciéndose sí tras la empalizada del medio cuando los embiste la fiera; los espectadores, suspensos al principio, vivan luego al toro y comentan el caso diciendo que éste en sus ataques se había salido de las reglas (?)

En tanto continúa la batida, otro jinete, con destreza suma haciendo girar el caballo en las manos y asentada la roja capa que le distingue al costado de las ancas, cansa y burla al toro que astea y se enfurece más y más hiriendo al aire y al trapo. Los hurras y aplausos colman el mérito del hábil jinete, que lujoso, experto y tieso en su montura, vencía el ciego encono del bruto.

*
* *

Otro toque de corneta, y pueblan la arena hasta diez toreadores, vistosos, elegantes y al parecer impasibles. Hacia ellos se lanza el *bicho*, pero con tal presteza, que ninguno tuvo tiempo de desafiarlo, sino que ligerísimos se acogieron á la barra. El *héroe* del campo, pudiendo más en él la furia que su ufanía de vencedor, en alto el plumón de la cola, encrestado el lomo y blandiendo sus astas, husmea el espacio arremetiendo desatinado al parapeto.

Detenido al fin en su vértigo, alza la frente para res-

ponder á los aplausos y rechiflas de los espectadores, y corneando y mugiendo despechado, báñase los lomos con el polvo que barre su pezuña.

Tres capeadores de á pie asoman del baluarte, y contra el primero se avalanza la furia... Uno, dos... cuatro... seis... y ocho lances limpísimos desazonan al bruto, lo entorpecen y, escatimados sus furores, permite que el atrevido toreador reciba los saludos de la multitud.

Mas éstos despiertan al gladiador de cuernos, que con nuevos bríos endilga hacia otra vistosa capa, cuyo hombre, distraído por el bullicio, no puede más que guarecerse en la *defensa*.

***

Queda un campeón que busca la sombra para mejor ver lucir los ojos del animal, y hacia allá vuela éste. Está en desplayado, la capa bajo el brazo y éstos cruzados, y haciendo ademán con su semblante sereno, así como un general que esperase el momento de hacer entrar la reserva en el ya empeñado combate.

Dada la exhalación de la carrera y el furor ya notado, aquel pensador (que no parecía otra cosa) sería víctima de su desplante y locura; aún no desenrolla la tela engañadora, y ya el *bicho* brinca á cuatro varas de sus pies. Se contienen los alientos todos... y el torero aguarda todavía en ajena actitud; es una estatua... Se perciben murmullos, llantos... El toro ha enderezado ya sus astas... la estatua se cimbra, salta, luce al sol su pecho y cae ágil y firme en el sitio que ocupara su adversario. Vuélvese éste, corrido al sentir hollada su cerviz, carga diez y veinte veces, y corvetea, y se desconcierta hasta huir

ante el trapo mágico que le estorba saciar su venganza. Vuela entonces el *bicho* y, aturdido, recorre los confines de la arena, arremetiendo á veces, y queriendo saltar la barrera después, como si estuviera cargado con tanta burla tenida en aquel circo bullicioso y detestable. Así, con fácil y riesgosa maña, vencía el arte á la naturaleza y á su fuerza.

La explosión de hurras sucedida á los últimos lances fué como el estallido de un volcán sin respiración, porque no la había tenido tampoco el anhelo pesadísimo de los diez mil espectadores que asistían á los accidentes admirables de aquel lance.

*
* *

Después de algunos momentos, tocábase *á muerte*, con un sonido triste que tenía resonancia con la tensión y sobresalto á que habían llegado los ánimos. Un mozo delgado y nervioso, con vestimenta negra y medias lacres, tachonado el peto, bocamangas y vivos del pantalón con plata y oro, salió á escape de la barrera y se detuvo al linde dedonde se proyectaba la sombra del edificio. Era *el espada*, que hacia allí citaba á duelo á su contendor, aprestando el acero bajo la capa extendida entre las manos. Y ya era tiempo, pues le había descubierto la fiera, que se allegaba cabeceando por los silbos de los espectadores, y atento también á su adversario; un momento más, y emprende carrera el animal, columpea sus astas y arremete... y una, dos, tres veces el hombre retrocede inseguro y... pierde en seguida la hoja hasta el puño, sacándola limpia y brillante... pero, nada; se ha errado el golpe y escapádose el bruto, bramando y furioso, como alejándose de la traición que lo victima.

*
* *

La plaza se conmueve y bulle por la silvatina de abominación que ha exigido la torpeza de su personero, el espada. Éste, conturbado además, se avanza á donde el animal, que volvía á su vista: están en *vis á vis*, el toro contempla con sanguinoso mirar á su victimario; vacila éste, se estrechan, se confunden, ocultándolos el polvo de su pugilado bailoteo, luce y se apaga la espada... encabrítase la fiera, bronquea, y boqueando sangre huye... asentada al dorso una cruz: es la empuñadura que asoma, sin haberse obtenido el efecto de muerte instantánea que reclaman la ciencia y lo humanitario.

Una de gritos y denuestos propios del demonio acompaña á aquella escena; se está en pleno barbarismo, todas las pasiones se han desencadenado; las almas están empapadas en sangre, y no más que sangre alientan los respiros de esos instantes y de esa atmósfera. «¡Á él, *bicho*, á él! al cobarde! que la pague! que muera!» gritan todos como para incitar al animal.

*
* *

El pobre *espada*, en medio de sonrojos y llevado de la exasperación que le habrá aminorado su miedo y su torpeza, corre al encuentro de su competidor, acompasado de aquella grita, y para impedir que salga su reemplazante, que reclamaba el pueblo á las voces de «¡Que salga Soria! que Soria lo mate!» (1).

Avístanse luego los enemigos que la vergüenza y la irascibilidad respectivamente, había vuelto poderosísi-

(1) *Espada* famoso y popular por ser de raza *chola* y *negra*.

mos; y ¡qué sobrecogedor aquello! Á la primera embestida del animal recobra el *espada* su acero, y burla y juega desdeñoso con la exacerbación que en sus ataques domina al bruto.

Después lo trae aquí, allá, con acertados pasos y lances, lo hace recrudecer su furia, lo detiene á la sombra; deja pasar sus astas por derecha é izquierda de los brazos, como para darle tiempo de que tome venganza; percibe los primeros rumores de aquiescencia en el público, acelera la defensa y el ataque del cegado animal; toma en una mano la muletilla y en otra la espada, lo provoca seguidamente, se retira, lo llama con el trapo, abre los brazos, empina y desvía el cuerpo y pierde el estoque en la paleta arriba hasta romper el vientre... Á esto, plántase el *bicho*, oscurécese su cerebro, remécese, y se desploma... Un chulo, de un golpe en la nuca, apaga con un recio estilete la vida del vencido.

***

Déjase en seguida lugar á los aplausos que fueron prolongadísimos; las bandas de música ejecutan sus armonías, y dase puerta al carro que llamaríamos *de los despojos*, consistentes en dos parejas de caballos *cuarteados* unidos por los arneses y jineteados cada cual de las parejas de un peón que los dirige; el chulo enlaza, con el cable en el cual terminan los tiros, las astas del gladiador difunto, y se emprende carrera hacia el exterior del circo en medio de chasquidos y aparatosos ademanes.

José C. Larraín.

(Concluirá.)

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Informe, enseña Escriche, "es la exposición que, al tiempo de la vista de una causa civil ó criminal, hace verbalmente en estrados el abogado de cuanto conduce á la defensa de su cliente; como asimismo la que hace en igual acto y en su caso el ministerio fiscal de las razones que le asisten en defensa de los intereses del estado ó de la vindicta pública".

Sin embargo, el DICCIONARIO NACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA por don Ramón Joaquín Domínguez, y el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA por una sociedad literaria, dicen que, por extensión, *alegato* significa también "cualquier alegación verbal, oral ó de palabra".

Esto prueba que el uso de *alegato* en la acepción mencionada no es un chilenismo.

Efectivamente, el jurisconsulto colombiano don Florentino González, en el PROYECTO DE CÓDIGO DE ENJUICIAMIENTO CIVIL PARA LA REPÚBLICA DE CHILE, artículos 147, 546, 547 y 557, admite que puede haber *alegatos*, no sólo escritos, sino también *verbales*.

ALEGAR

Este verbo es comunmente activo ó transitivo.

Por esto, se dice: «alegó muy buenas razones; alegó la opinión de autores muy respetables».

Sin embargo, no faltan ocasiones en que se usa como neutro ó intransitivo.

En estos casos, puede regir las preposiciones *de* ó *en*.

«Alegó *de* su derecho, ó *en* su derecho.»

Pero hay algunos en que sólo admite la preposición *de* como en «alegar *de* bien probado».

ALIMENTANTE

El DICCIONARIO de la Real Academia Española trae dos palabras para denotar la persona que goza alimentos señalados, á saber: *Alimentista* y *alimentario*.

La primera de estas palabras es, según el DICCIONARIO, la que se usa en el lenguaje común; y la segunda, la que se usa en el lenguaje forense.

Nunca he oído emplear la palabra *alimentista*.

La única que se usa en este país es *alimentario*.

Mientras tanto, el DICCIONARIO no indica ninguna palabra para significar el que suministra á alguien lo necesario para su manutención y subsistencia.

Don Andrés Bello, en el artículo 333 del CÓDIGO

Civil Chileno, ha empleado para esto el adjetivo *alimentante*, que no puede ni debe rechazarse desde que satisface una verdadera necesidad, y desde que ha sido formado como los centenares de igual clase que se encuentran anotados en el Diccionario.

ALMONEDA Y SUS SINÓNIMOS

La ley 32, título 26, partida 2.ª, define lo que antiguamente se entendía por *almoneda*.

"*Almoneda* es dicha el mercado de las cosas que son ganadas en guerra, e apreciadas por dineros, cada una cuanto vale."

Los militares llevaban á estos mercados el botín, ó sean los despojos quitados al enemigo, para que fuesen vendidos públicamente al mejor postor.

El precio había de ser pagado al contado; y si era afianzado, en un plazo de nueve días, á lo más tarde.

La ley citada permitía á los militares tomar las medidas más rigorosas para hacer efectivo este pago.

"E si por aventura los fiadores non pagasen a este plazo, o ante, puédenlos prendar los cuadrilleros, sin caloña, e sin juicio ninguno. E non lo deben ellos dejar de facer, ni los otros defenderles los peños, por honrados, ni por poderosos que sean; ante gelo deben dar luego, e sin vergüenza ninguna. E esta prenda pueden facer en sus casas, e en lo suyo, do quier que lo fallen. E si non les fallaren al, débenles tomar las bestias en que cabalgaren, e aun los paños que vestieren, asi como mantos e garnachas, e capas, e otros paños que desta guisa sean. Pero esto se debe facer de manera que non finquen desnudos del todo, si homes honrados fueren. E si otros

omes, débenlos desnudar, e tomar cuanto les fallaren. E si otra cosa non les fallasen, débenles prender los cuerpos, e meter en cárcel, o en mano de los fiadores que los fiaron. E éstos hánlos de tener bien guardados, fasta que paguen lo que deben doblado por los plazos que pasaron, e que se tuvieron en caro, de non querer pagar.»

Esta constitución primitiva de la *almoneda* ha ido transformándose poco á poco hasta quedar reducida á una venta pública, no ya de despojos bélicos, sino de muebles, ropas, etc., que se hace con intervención de la justicia, ó por voluntad del vendedor sin intervención judicial.

Como se ve, *almoneda* es más ó menos lo que ahora denominamos *martillo.*

Esta última palabra, según el DICCIONARIO de la Real Academia Española, designa «un establecimiento autorizado, donde se venden efectos á pública subasta; y dícese así, porque, dando un martillazo, se fija que queda hecha ó firme la venta».

Para que se note bien la semejanza, ha de saberse que *almoneda* en árabe, de donde proviene, significa, no precisamente una venta, sino «el lugar de las subastas».

La *almoneda* y el *martillo* se refieren únicamente á los bienes muebles.

Hay en castellano una palabra de sentido más lato que se aplica á la venta, no sólo de los bienes muebles, sino, además, de los inmuebles.

Esa palabra es *subasta*, la cual, según el DICCIONARIO de la Real Academia Española, vale tanto como «venta *pública* de bienes ó alhajas que se hace al mejor postor,

y regularmente por mandato y con intervención de un juez ú otra autoridad».

Hablando rigorosamente, las *alhajas*, que se hallan comprendidas en la voz genérica *muebles*, no habrían debido ser mencionadas en la precedente definición.

La *licitación* y el *remate* son, según el DICCIONARIO, partes de la *almoneda* y de la *subasta*.

Licitación es la acción y el efecto de «poner en precio una cosa que se vende en almoneda ó *pública* subasta, ó pujar la cantidad ofrecida por otro».

Remate, es la «adjudicación de los bienes que se venden en *almoneda* al comprador de mejor puja y condición».

Estas dos definiciones explican perfectamente la acepción propia de una y otra palabra.

Sin embargo, voy á permitirme hacer unas ligeras observaciones de detalle acerca de estas definiciones.

Es muy común decir *pública subasta*, como el DICCIONARIO lo hace al definir el sustantivo *licitación* y el verbo *subastar;* pero como la *subasta* ha de ser siempre *pública*, según el mismo DICCIONARIO lo enseña en la definición de esta palabra, ese calificativo es redundante.

Si se reconoce que puede haber *subasta privada*, no puede decirse entonces, como lo hace el DICCIONARIO, que *subasta* es una *venta pública*.

Se ve en la definición de *remate* que la adjudicación de los objetos se hace en la *almoneda* al mejor postor.

Esta es una circunstancia que falta en la definición de *almoneda*, y que convendría expresar.

El *remate* tiene lugar, no sólo, como lo dice la definición del DICCIONARIO antes copiada, en la *almoneda*, que es la venta pública de bienes *muebles*, sino además en la

subasta, que es la venta pública de bienes *muebles* é *inmuebles.*

El Diccionario de la Academia da á *subasta*, por segunda acepción, la de «contrato que se celebra con el mejor postor y regularmente por mandato y con intervención de un juez ú otra autoridal para la construcción de una obra pública, provisiones, etc.»

En Chile, no se usa la palabra *subasta* en esta acepción.

Nunca he oído decir ó leído: «sacar á subasta la construcción de un ferrocarril, ó la provisión de la armada, ó la impresión de una obra».

La fórmula que se acostumbra emplear en estos casos es la de «pedir propuestas para la construcción de un ferrocarril, ó para la provisión de la armada, ó para la impresión de una obra».

ALUVIAL

Don Andrés Bello, en los Principios de derecho internacional, parte 1.ª, capítulo 3, párrafo 2.º, se expresa así:

«Es propio de los territorios arcifinios limitados por ríos ó lagos la accesión *aluvial.* En virtud de este derecho, les acrecen las tierras que, con el transcurso del tiempo, deja á veces descubiertas el lento retiro de las aguas.»

El Diccionario de la Real Academia Española no autoriza el uso de este adjetivo.

Miguel Luis Amunátegui.

(Continuará.)

EL CAPITÁN DEL BUQUE-FANTASMA

NOVELA DE PASCUA

Las revistas y los periódicos ilustrados ingleses publican anualmente en el día de Pascua un número extraordinario, con grabados especiales de varias tintas, y que contienen cuentos ó novelas escritas expresamamente para ese día por algunos de los escritores más en boga.

Hemos revisado diversos ejemplares de esos *Christmas Numbers* de años anteriores, y entre las muchas novelas que en ellos hemos encontrado, nos ha parecido que la mejor ó, por lo menos, la más original y extraña es la que va á leerse, y cuya traducción hemos solicitado de uno de nuestros colaboradores habituales.

En general, los escritores ingleses adolecen de falta de concisión en el estilo y de excesiva lentitud en el largo desarrollo de la exposición. Hemos suprimido, pues, de esta relación las numerosas repeticiones que la entrababan, y que, sin añadir nada al drama, perjudicaban su interés y su animación.

EL SEÑOR LAMBE

—¡Duerme! dijo Marta Parr inclinándose dulcemente sobre el sillón en que descansaba su padre. Creí que la inquietud en que lo mantiene ese buque que nunca llega,

le impediría dormir. Por fortuna el viento ha calmado, y es posible, después de todo, que el capitán Seth encuentre manera de entrar al puerto.

El anciano dormía profundamente. La causa de ese sueño era fácil de descubrir: sobre la mesa de madera blanca, y entre los restos de una cena frugal, se veía una garrafa de vino casi vacía. Las mejillas rubicundas del anciano y su nariz encendida, que tenía cierto aire rabelesiano, se avenían mal con su cuerpo frágil y sus piernas delgadas.

De pronto llamaron á la puerta, y una sirviente, con el cabello desgreñado, hizo irrupción en la pieza.

—¡Señorita Marta!

—¿Qué hay? replicó Marta señalando á su padre que seguía durmiendo.

—El señor Lambe está aquí.

—¡Extraña cosa! gruñó el señor Lambe entrando y golpeando la mesa con su latiguillo. Esta muchacha, con sus trenzas flamígeras, se ha escapado á mi vista como si hubiera divisado al diablo, y me ha hecho buscar á tientas el camino.

—Más bajo, si gustáis, señor, dijo Marta, mi padre duerme.

—Voy á despertarlo, agregó el señor Lambe, golpeando con su latiguillo en un barril. ¡Eh! Amos Parr!

El anciano se extremeció, estiró los brazos y se frotó los ojos.

—¡Llévete el diablo! exclamó despertando al fin; ¿quién es?

—Soy yo, dijo el señor Lambe, plantándose delante del anciano y mirándolo con gesto feroz. Acabáis de comer, según veo, y de beber también, añadió, señalando

la botella de vino. ¡Es singular que á los viejos os guste tanto ese veneno!

—Entonces, no hay que ofreceros un vaso

—No; supongo que adiviná is á lo que vengo.

—Lo adivino, señor, dijo Amos. Es por el dinero.

—Precisamente. ¿Está listo?

—No.

—¡Oh! intervino Marta con emoción; mi padre os pagará.

—¿Cuándo? preguntó Lambe, sin mirar á la joven y sin separar de Amos la vista. Sí, cuando llegue el *María Juana.*

Y Lambe soltó una risa salvaje. En seguida agregó:

—El *María Juana* no llegará; no volverá nunca. Ha servido ya de pasto á los peces, y por mi parte no esperaré más tiempo. Os haré vender, Amos Parr.

El anciano saltó sobre su silla.

—¡No haréis eso!

—¡Oh! no, no! gimió Marta.

—Bien sabéis que no tengo más que una palabra y que la cumplo. Cuando os señalé un mes de plazo para pagar, era un mes lo que os daba, ni un día más. ¿Me entendéis?

—¡Sí! respondió Amos temblando.

Se produjo un silencio. El reloj de colgar,—un cucú, —hizo un violento esfuerzo para dar las seis, y el resultado fué un desapacible chirrido. Estaba descompuesto.

—Por lo demás, os he dado á elegir entre dos maneras de pagarme.

Amos miró á Marta sin proferir una palabra.

—¿Qué hay, padre? preguntó ella.

—¡Nada, nada! replicó el anciano, titubeando á cada

sílaba. Déjanos, hija mía. Quisiera hablar á solas con el señor.

Las miradas de Amos se encontraron con las de la joven. Marta, acostumbrada á obedecer los menores deseos de su padre, se retiró.

—¡Y bien! dijo Lambe después de un corto silencio.

—No, señor, respondió Amos con una energía que no le era habitual; eso no es posible.

Los labios vulgares de Lambe se contrajeron, y frunció más aún sus espesas cejas.

—Y ¿por qué no?

—No insistáis más, señor ¡es imposible!

—¿Es decir que cuando yo, Lambe, os digo á vos, Amos Parr, un mendigo á quien tengo en mi poder: ¡dadme la mano de vuestra hija! os atrevéis á rehusar?

—Rehuso, insistió Amos mirando fijamente al otro.

—¡Imbécil! exclamó Lambe, lívido de cólera, colocando su latiguillo bajo el rostro del anciano.

—Sed razonable, señor, dijo Amos en voz baja, Mabelle no es hija mía, aunque la amo como si lo fuese, desde el día en que Antonio Reilly la puso en mis brazos. No puedo imponerle su conducta ni sus sentimientos.

—¿La habéis interrogado sobre este asunto? preguntó brutalmente Lambe.

—No, señor, pero sé lo que piensa.

—¿Lo sabéis? replicó Lambe con sonrisa sarcástica. ¡Dejadme hablarla yo mismo!

Y sin esperar respuesta, llamó, golpeando con el mango de su látigo sobre la mesa:—¡Aquí! venid!

En ese mismo instante, aquella á quien deseaba ver bajaba la escalera que conducía al primer piso. El rostro, de una palidez extrema, estaba encuadrado por cabellos

de oro; grandes ojos lánguidos de un gris de acero, con pestañas negras, frente despejada, boquita pequeña, barba redonda y graciosa, pero que indicaba vigor y resolución.

El talle era esbelto, casi frágil, los pies y las manos perfectas, el busto elegante.

Sorprendido ante esta adorable aparición, Lambe tomó aires de hombre de mundo, y se inclinó. Amos tembló cuando Mabelle se acercó á Lambe y éste le tomó la mano como á un niño.

—Temo haberos interrumpido, dijo Lambe sonriendo.

—En efecto, me habéis interrumpido, respondió fríamente Mabelle. Estaba leyendo.

—¡Algún buen libro, supongo! hizo Lambe, con una mirada oblicua. ¿Puedo verlo?

Estiró negligentemente la mano, tomó el libro y lo hojeó con desdén.

—¡Hum! versos! ¿os gusta la poesía? Sois como casi todas las jóvenes. Leéis demasiado. Mejor os harían el aire libre y el sol. Probad á montar un día á caballo y dar un galope de ensayo hasta mi propiedad. Es un bonito paseo.

—Mabelle no ha tocado nunca un caballo, respondió Amos irritado.

—Si fuese mi mujer, exclamó Lambe con violencia, yo la enseñaría á seguir la caza con perros.

Amos se extremeció y tomó entre las suyas la pequeñita mano de Mabelle. La joven hizo un movimiento, y volviendo hacia Lambe sus grandes ojos tranquilos:

—¿Vuestra mujer?

Lambe se inclinó y bosquejó su más graciosa sonrisa.

—Y ¿por qué no, mi pequeña hada? ¿Acaso no os gusto?

—Padre mío ¿habla sériamente este señor?

—Es broma, pura broma, replicó Amos, estrechando más tiernamente la manito que tenía cogida.

—Amos Parr, yo no embromo nunca, exclamó Lambe. Vamos ¿es cosa convenida?

—¡No, señor, nunca!

Lambe se volvió á Mabelle.

—Y vos, señorita ¿cuál es vuestra opinión?

—La de mi padre: ¡nunca!

Por algunos momentos, Lambe la miró con una sorpresa y una admiración á través de las cuales se divisaba la insolencia. No se sentía ofendido sino más bien encantado de aquella franqueza.

—Está bien, dijo al fin con pérfida sonrisa. Quizá cambiaréis después de parecer; en todo caso, ninguna mujer me robará nunca el corazón.

En seguida, dirigiéndose á Amos:

—Amos Parr, os concedo todavía tres días. Hoy es lunes, el jueves es la víspera de Pascua.

—Sí, señor.

—Si no me pagáis completamente antes de las doce de la noche de Pascua, os haré vender. Tengo los documentos en forma; creedme y procurad encontrar el dinero.

—¡Es imposible! Señor, concededme un plazo más largo.

—Ni una hora más. ¡Buenas noches!

LA NIÑA MABELLE

Dieziocho años antes de la época en que comienza nuestra narración, en una horrible noche de tempestad,

un gran barco se había estrellado, haciéndose pedazos, contra los escollos situados á cinco millas al norte del puerto de Bartlepool.

En la madrugada, las olas arrojaron á la playa gran número de cadáveres. Los *naufragueros* los rodearon y los despojaron.

De pronto oyóse un grito, y todas las miradas se volvieron hacia el mar. Desde un promontorio arenoso se lanzaba un pequeño bote, provisto de un jirón de vela, y ganaba alta mar. Un hombre iba sentado á popa, guiando la embarcación con un remo. Á cada instante las olas irritadas amenazaban tragarse al hombre y al esquife.

—Es el irlandés, ese loco de irlandés, decían todos.

Y ebrios como estaban, los ladrones de cadáveres olvidaron á sus víctimas para mirar al hombre á quien esperaban ver sumergirse de un momento á otro. Cada vez que las olas cubrían el bote, lanzaban un aullido, que se cambiaba en un grito de sorpresa al verlo reaparecer.

Repentinamente se vió al irlandés en el puente del buque, para desaparecer de nuevo. Hubo un largo intervalo. Por último, se divisó al hombre alejarse del barco, llevando un bulto en los brazos.

Llegado cerca de la playa, varó su bote en la arena, y saltó al agua. Era un hombre robusto, con la cabeza descubierta, y que tenía por todo vestido una casaca corta, un pantalón y las grandes botas de los pescadores Tan luego como el bote encalló en la arena, el individuo se inclinó sobre él, y sacó algo que no se veía bien. Corrió en seguida hacia el promontorio donde lo esperaban algunos aduaneros y varios habitantes de la ciudad.

—¿Estáis ahí, señor Parr? gritó el hombre, dirigiéndose á uno de estos últimos. Mirad, pues, lo que traigo aquí, y decidme si está vivo ó muerto.

Levantó el chal que ocultaba su botín, y descubrió el cuerpo medio desnudo de un niño, como de un año de edad, con ojos azules y cabellos rubios.

—¡Pero si es un chiquitín, y vivo todavía, á fe mía! ¿Dónde pensáis llevarlo? preguntó el señor Parr volviendo á colocar el niño en los brazos del irlandés.

—¡Á vuestra casa, canarios!

Algunas horas después un pequeño grupo estaba reunido en la pieza que hemos visto al comenzar esta historia. Delante de un abundante fuego estaba la mujer de Amos Parr, y en sus rodillas la criatura que acababa de ser salvada.

—Ahora que tenemos al niño ¿qué haremos con él? preguntó Amos.

—¿Lo que haremos? repitió el irlandés; guardarlo, naturalmente. Yo soy uno de sus padres, vos seréis el otro, y la señora Parr será la madre.

Dicho y hecho.

Se la bautizó con el nombre de Mabelle Parr.

ANTONIO REILLY

Antonio Reilly era uno de esos irlandeses aventureros que se encuentran diseminados por toda la tierra, y que jamás, en ninguna circunstancia, pierden el sello de su nacionalidad.

Antes de mucho tiempo de estar en Bartlepool había hecho relaciones con Amos Parr, hombre estimable bajo todos conceptos, y cuya honradez y condición respetaba

profundamente. Las malas lenguas decían que el señor Parr no era extraño al contrabando que se hacía en la costa y que el irlandés le servía de intermediario. Pero eso no era verdad, porque en tal caso Amos, que no cesaba de reprochar á Antonio su vida errante y sus salidas sospechosas, no habría sido consecuente consigo mismo.

Á medida que la señorita crecía, se expandía en iguales proporciones el humor alegre del irlandés.—"Era maravillosamente bonita, y tenía, decía Antonio, todo el aire de una hija de casa ilustre."—No contento con proveer pródigamente á su subsistencia, se empeñó en que la niña había de recibir una instrucción y una educación completas. El padre Amos lo secundó ampliamente.

Mabelle, en cambio, amaba tiernamente á sus dos padres, papá Amos y papá Antonio, como decía en su cháchara de niño, y llegó á ser así, á fuerza de cuidados, una joven cumplida.

Sin embargo, Amos Parr, en una fiebre de especulación, había comprometido todas sus economías sobre el cargamento de una goleta que hacía la travesía entre Bartlepool y Francia, y que era gravemente sospechada de entregarse á veces al contrabando. Contra el deseo formal de Antonio, había metido también en el negocio las trescientas libras esterlinas que formaban la dote de Mabelle. Esta empresa y las consecuencias que podía tener inquietaron luego á Parr y lo indujeron á pedir consuelo, más á menudo de lo natural, á la diva botella.

Al llegar la Pascua estaba más alarmado que de ordinario por la suerte de la *María Juana*, de la cual no se tenían noticias desde su salida á Francia, verificada muchos meses antes.

Para colmo de inquietudes, había pedido prestada cierta suma á alguien que no prestaba jamás sin segunda intención—á su primo Lambe. Si la goleta se había perdido, se encontraba completamente arruinado, porque Antonio Reilly, cuyos haberes estaban comprometidos en una negociación análoga, no se hallaba en situación de poder auxiliarlo.

LA PRIMERA NOCHE DE PASCUA—LOS AGUINALDOS DE ANTONIO

Un viento de tempestad soplaba esa noche. De pronto, Mabelle se levantó lanzando un grito de alegría.

—¿Qué ocurre? preguntó Marta.

—¿No oís?

Oyóse distintamente, en efecto, un canto al lado de afuera.

—Es la voz de Antonio, exclamó el capitán Seth, poniéndose en seguida las manos en forma de bocina, y llamando a la manera de los marinos:—¡Antonio Reilly! Hola!

Marta corrió á la puerta, y procuró penetrar la tinieblas; pero no vió nada. Sin embargo, junto al cercado que cerraba por detrás el pequeño patio, la voz conocida cantaba este estribillo:

En la Connemary nací yo
un día que mi madre salió.

—Abrid la ventana, dijo en seguida la misma voz.

Mabelle se precipitó con un grito de gozo hacia la ventana, que abrió, para dar paso á la nieve primero, y

en seguida á un personaje envuelto en una hopalanda acolchada, con una gorra que le cubría las orejas, y calzado con botas de pescador. No llevaba nada en las manos, pero ocultaba bajo el brazo un barrilito.

—¡Papá Antonio! exclamó Mabelle palmoteando las manos.

Antonió saludó, irradiando satisfacción al ver la alegría de sus amigos. Luego, con la ayuda de Mabelle, se quitó su sobretodo, lo colgó en una percha, y sacándose la gorra, descubrió su rostro tostado por el mar y el sol, una barba recién afeitada, cabellos blancos como la nieve, y ojos que reflejaban la salud y el buen humor.

—Pero ¿por qué se os ha ocurrido entrar por la ventana? preguntó Mabelle.

—¿Se vió alguna vez á Antonio Reilly entrar por la puerta como cualquier vecino? Prefiero la ventana á la puerta, y la chimenea á la ventana. Soy una persona que obra siempre á su modo, y esta manía de independencia es lo que me ha valido hacer la única acción buena de mi vida.

—¿Cuándo fué? preguntó Mabelle.

—Cuando te salvé del mar enfurecido.

Á estas palabras, la rubia niña se acercó á él, deslizó su mano entre las del viejo irlandés y lo miró con ojos en que brillaba una sonrisa inefable.

—Vamos, querida niña, dijo él, vuestras palabras me conmueven, pero no penséis, por eso, que he venido con las manos vacías.

Y registrando los bolsillos de su hopalanda, sacó cintas y retales de seda que traía para Marta, cigarros habanos para el capitán Seth, y un paquete, que ofreció á Mabelle.

Era un libro antiguo, impreso en caracteres góticos, y con todos los signos de una gran vetustez. Mabelle lo tomó con vivo placer, y leyó este título bizarro:

LA VERDADERA Y CURIOSA HISTORIA
DE MEINHERR VAN DER DECKEN
LLAMADO EL "HOLANDÉS ERRANTE"
Y DE SU NAVÍO MALDITO LLAMADO
EL "BUQUE-FANTASMA"
LICHFIELD, 1615

Traducido del holandés al inglés, é impreso por Roger Harcke, en la imprenta del Gallo Negro.

El simple título de este libro puso pensativos á Amos Parr y al capitán Seth, mientras que ese mismo extraño título cautivó á tal punto la imaginación de Mabelle, muy dada á lo maravilloso, que dejó inmediatamente la mesa y corrió á encerrarse en su cuarto.

LA LEYENDA

Se trataba en ese libro de cierto capitán holandés, cuyos descendientes vivían aún en Amsterdam, y que se llamaba Felipe Van der Decken. Este pirata había ofendido á Dios y á los hombres con su vida llena de delitos. Una noche de invierno, procurando doblar el Cabo de Hornos, había jurado entre espantosos reniegos que conseguiría su objeto, y que, en caso contrario, consentiría en vagar por los mares hasta el día del juicio final. Dios le cogió la palabra, y lo condenó á navegar eternamente. En efecto, en vez de morir como todos los hombres, el capitán seguía viviendo siempre, llevando doquiera que pasaba la tempestad y la devastación.

Esa era la primera parte de la vieja crónica; pero había una segunda más desgarradora aún, como lo atestiguaban las lágrimas de Mabelle.

Después de largos años, el Padre Eterno decidió que la muerte libertase, por fin, á esa alma en pena, si encontraba una mujer bastante abnegada para compartir su suerte. Á este efecto fuéle permitido al capitán del *Buque-Fantasma* abordar á tierra una vez cada siete años. Había recorrido así todos los países de la tierra sin encontrar ese amor ideal.

Mabelle leía, y dejaba correr sus lágrimas. Un sentimiento de infinita piedad apoderóse de su alma. Cuando concluyó el libro, volvió á leerlo de nuevo. Aquello parecía tan real, que no podía tomarlo como una fábula ó un sueño. Creía ver con sus propios ojos al sér abandonado y errante, tal como aparecía en la leyenda.

Aquella noche oró por el capitán del *Buque-Fantasma*.

¡Pobre niña! Esa era la primera manifestación del amor en su alma casta y pura.

AL REDEDOR DEL FUEGO DE PASCUA

La víspera de Pascua, Amos Parr tuvo una sorpresa desagradable. El señor Lambe se presentó en la casa, con aire de fanfarrón; tomó á Mabelle del talle, é iba á darle un beso, cuando ésta se desprendió vivamente, lanzando un grito de cólera.

—¡Salid de aquí! os lo ruego, dijo Amos; esta casa no os pertenece, y no permitiré que insultéis á mi hija!

—Está bien, replicó Lambe con un tono lleno de amenazas. Me rehusáis su mano; no olvidéis que es la segunda vez que os la pido.

—¡Sí, rehuso! dijo el anciano, cogiendo á Mabelle de la mano y tomando un aspecto digno.

El señor Lambe se puso el sombrero y tomó la puerta. Salió de la casa, lanzando una mirada feroz á Amos, y enviando un beso á Mabelle.

El sol se hundía en el mar, y sus resplandores rojizos atravesaban los pequeños vidrios romboides de las ventanas. Mabelle, arrodillándose junto á su padre adoptivo, lo miró tiernamente.

Aquella misma tarde Amos Parr, sus hijos Marta, Jack y Mabelle, y Antonio Reilly se reunieron en la sala grande para esperar la Pascua.

Cenaron alegremente.

Todos estaban contentos, cuando Mabelle, mirando el reloj, dijo:

—Papá Amos, dentro de media hora nacerá el Cristo.

Y añadió á media voz, hablando consigo misma:

—Cada siete años, á esta misma hora, baja él á tierra.

—*¿ÉL?* ¿de quién habláis? preguntó Amos saboreando su grog.

—De él, papá Amos, del capitán del *Buque-Fantasma.*

—¡Chit! no hay que nombrarlo! Sólo el pronunciar ese nombre acarrea desgracia.

—Yo lo he visto, dijo Antonio.

—¿Lo habéis visto? ¡Oh! contadnos cómo fué, dijo Mabelle.

—Hace mucho tiempo. Pasábamos el Cabo de Hornos: á través de la bruma, vimos un barco que se nos venía encima á velas desplegadas; era demasiado tarde para virar de bordo. Nuestro buque iba á ser partido en dos por la afilada proa del extraño; nos creímos perdidos pero el buque pasó por sobre nosotros sin hacernos el

menor daño ni producir ruido alguno. No olvidaré jamás la mirada que me dirigió el capitán maldito al desaparecer en la oscuridad.

—Llenemos los vasos y saludemos la Pascua, dijo Amos levantándose.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, oyóse un violento golpe en la puerta de calle.

—¡Mil rayos! ¿quién es? preguntó el irlandés.

—Alguno de nuestros vecinos, probablemente, dijo Amos.

Marta fué á abrir, reapareciendo en seguida precedida de un hombre cuyo rostro ocultaba un ancho sombrero suelto, echado abajo, y que venía envuelto en un pesado capote de viaje cubierto de nieve.

Al entrar, el desconocido se dirigió á Amos Parr:

—Perdonadme que penetre así en vuestra casa, y no os molestéis por mí.

Al decir esto se desembarazó de su abrigo y se quitó el sombrero. El fulgor de la chimenea iluminó sus facciones. Los cabellos eran negros, un poco largos, el rostro bastante hermoso, pero sombrío, y los ojos tenían una expresión casi feroz. Usaba barba corta, á la moda de los marinos, sin bigote; dos pequeños aros de oro pendían de las orejas.

Todos miraron con asombro á este personaje. Mabelle experimentó una sensación vaga, creyendo reconocer en el extranjero al hombre de la vieja leyenda.

Jack rompió primero el silencio.

—¿Quién sois y qué queréis?

El recién llegado lo miró sin responder, y dirigiéndose de nuevo al dueño de casa:

—Soy un viajero que llega de Holanda y que se ha

extraviado en la nieve. Buscaba una posada, y cuando vi vuestras ventanas alumbradas me decidí á pediros hospitalidad.

—Quienquiera que seáis, sois bienvenido, respondió Amos.

El viajero perdido agradeció con un movimiento de cabeza.

—Permitidme que me allegue al fuego, dijo.

Y sin esperar respuesta, se acercó y tomó un asiento. El pequeño grupo que se había reunido en torno á la chimenea reculó, mirándolo con sorpresa, y aun con cierto espanto. Jack y Antonio acercaron mutuamente sus sillas, y Mabelle se puso á la derecha de la chimenea para mirar al extranjero.

—¿Os molesto? preguntó él.

—De ninguna manera, respondió el señor Parr; pero os vais á reír de nosotros cuando os refiera la causa de nuestra sorpresa al veros llegar. Decís que llegáis de Holanda, y ¡cosa curiosa! en el momento en que llamabais á la puerta, discutíamos una leyenda de vuestro país.

—Y que versa sobre el *Buque-Fantasma* y su capitán ¿no es eso? exclamó el extranjero. Conozco la historia, y confieso que mi llegada en los momentos de esa discusión es curiosa. Me atrevo á esperar, sin embargo, que no me rehusaréis la hospitalidad, porque uno de mis compatriotas tenga inscrito su nombre en el calendario negro de vuestras supersticiones.

Amos iba á responder, cuando Mabelle, con los ojos siempre fijos en el visitante, exclamó:

—¡No, no! os quedaréis aquí con nosotros.

El holandés miró fríamente á Mabelle, y en seguida volviéndose á Amos, le dijo:

—¿La señorita es hija vuestra, sin duda?

—Sí, es mi hija adoptiva. Y ¿cómo os llamáis vos?

El interpelado titubeó al principio, pero luego replicó:

—Felipe Van der Decken.

—¡El nombre del famoso capitán!

Y todos se miraron con horror.

—Soy uno de sus descendientes, prosiguió él, y bebo á la memoria del pobre diablo. ¡Ojalá sea feliz en sus peregrinaciones!

Felipe alzó su vaso y bebió.

Lambe había entrado tras de Van der Decken, sin ser notado.

—¡Os conozco, canallas, exclamó dirigiéndose á Antonio; y en seguida, volviéndose á Amos, continuó: encontráis muy natural comer y beber copiosamente, y negaros á pagar vuestras deudas!

Á esta brutal salida de Lambe, levantóse bruscamente Van der Decken.

—¿De cuánto es esa deuda? preguntó imperiosamente.

—De cien libras esterlinas.

—Ahí tenéis oro, agregó el marino, arrojando una bolsa sobre la mesa. Pagaos, y salid de esta casa.

LUZ Y SOMBRA

Había transcurrido una semana desde la llegada del extranjero á Bartlepool. El *María Juana*, había vuelto. Amos, salvado de la ruina con esa vuelta, no sabía cómo demostrar su alegría. Poco tiempo después de estos sucesos, el capitán Seth, paseando por las dunas, divisó en un montículo á Van der Decken y á Mabelle sentados uno junto al otro. Un brazo del capitán enlazaba el

talle de su compañera, cuya cabeza reposaba en el hombro de aquél.

—Y ¿me amáis? preguntó el capitán.

—¡Sí!

Y después de un corto silencio, agregó ella:

—Partamos, ya es tarde.

—Todavía no; prometedme dejar á Bartlepool; yo soy rico, iremos á un país más dichoso.

—No, he sido feliz aquí. ¿No podríais estableceros vos entre nosotros?

—Imposible, Mabelle. Dentro de poco me será forzoso partir, y vos no habéis de querer que parta solo.

—Se lo pediré á mi padre, dijo ella. Le diré que me amáis y que solicitáis mi mano.

—¿Para qué confiarle nuestro secreto? ¿Acaso vos no sois libre? Después de todo, él no es vuestro padre.

Mabelle lo miró estupefacta, y respondió con viveza:

—Es más que mi padre, y yo sería desvergonzadamente ingrata si lo olvidase, aun por vos.

Él la tomó en sus brazos.

—Quisiera veros olvidarlo todo en el mundo. Nuestro amor no necesita ni permiso ni bendición. Somos uno del otro.

Ella se levantó, muy pálida, y se desprendió de su abrazo. Había en las palabras de ese hombre algo que la espantaba.

—Dejadme volver á casa; tengo miedo.

LA FUGA

Van der Decken se encerró en el más absoluto silencio con respecto á su posición, á sus proyectos, y á los asuntos que lo retenían en Bartlepool.

Una noche, durante una de las frecuentes ausencias del capitán, los aduaneros, con un oficial á la cabeza, habían operado una pesquisa en su cuarto, registrando los papeles del misterioso extranjero. Interrogados por Amos, los aduaneros se negaron á contestar.

Cuando Van der Decken supo la visita domiciliaria de que había sido objeto, pareció agitado.

Para desgracia suya, se había hecho de un enemigo poderoso en la persona del señor Lambe, que no encontraba nada mejor que avivar las sospechas de la policía, ya despiertas. Á pesar de todo, continuaba siempre sus excursiones nocturnas. Una vez, muy de madrugada, al volver de una de esas salidas, encontró á Mabelle levantada ya, y sola en la cocina. Se detuvo en el umbral, mirando á todos lados por ver si no era seguido, luego entró, y, cerrando la puerta tras él, se acercó á Mabelle.

—Es preciso que os vea una última vez esta noche. Cuando salga la luna, os espero en las dunas.

Ella vaciló un momento, pero viendo la muda súplica de su mirada, y segura de la pureza de su casto amor, respondió:

—Iré allá.

Llegó la noche, y Van der Decken, envolviéndose en su gran capote, salió de la casa, cambiando una expresiva mirada con Mabelle. Atravesó la ciudad con paso rápido y tomó el sendero que conducía á las dunas. Cuando se alzó la luna, llenando la oscuridad silenciosa con sus pálidos rayos, se oyó luego un paso ligero, y un instante después Mabelle estaba en sus brazos.

—He venido, querido Felipe, pero no puedo quedarme largo rato, dijo con tono nervioso.

—Sabed, Mabelle, dijo él con profunda tristeza, que

esta es la última noche que pasamos juntos. Debo partir mañana.

—¡Oh Felipe, no os vayáis!

Él se inclinó sobre ella, envolviéndola en un solo y largo beso.

De repente oyóse un ruido de pasos, y casi al mismo instante una partida de aduaneros se echó sobre ellos, obedeciendo á alguien que gritaba:

—¡Cogedlo muerto ó vivo!

Van der Decken sacó su espada.

Un hombre se había quedado atrás. Mabelle reconoció la cara sombría y amenazadora de Lambe.

—¡Valor! gritó éste, dirigiéndose á Mabelle con irónica cortesía; valor, señorita, que no se escapará el bribón!

—¿De quién habláis, señor?

Lambe se encogió de hombros, sonriendo sarcásticamente.

—Su cabeza está puesta á precio, añadió, y todos tienen la obligación de entregarlo. Abandonadlo, pues, á su suerte. ¿Queréis aceptar mi brazo para volver?

Ella retrocedió de horror.

Á la mañana siguiente, se supo que el gobierno de su país había entablado una demanda de extradición contra Van der Decken por muertes y piratería. Una nueva pesquisa verificóse en casa de Amos Parr.

Durante el día siguiente al del arresto de Van der Decken Mabelle estuvo como loca. Por la noche oyó un ligero ruido en los postigos de su ventana; apresuróse á abrirla: era su fiel irlandés.

—No os aflijáis, le dijo; vuestro capitán está sano y salvo.

Mabelle lanzó un grito de alegría.

—Dadme que beber, primero, y después os contaré lo que ha pasado.

Después de haber vaciado un vaso de coñac añejo, que seguramente no había pagado derechos de aduana, el viejo Reilly contó minuciosamente cómo había podido despistar á los aduaneros y hacer embarcar al capitán Van der Decken.

—Á estas horas, dijo, mirándola tiernamente, Felipe navega en alta mar. Al separarse de mí me estrechó la mano y me rogó que lo despidiese de una criaturita que debía estar inquieta por su suerte.

Mabelle lloró de gozo y de pesar.

EN EL OCÉANO

Después de la desaparición de Van der Decken, la pobre Mabelle no era más que la sombra de sí misma. Erraba por la casa como un alma en pena. Sus miradas parecían perderse en el vacío. Tenía frecuentes alucinaciones. Al fin, todo se condensó en una sola visión, en un solo pensamiento, el de la leyenda.

Una fragata va dejando la estela en el lejano mar. Mabelle está á bordo con los suyos. Seth Stapleton, su cuñado, es el capitán.

—Mabelle ¿os sentís mejor? preguntó Marta.

—Perfectamente bien. ¿Qué día es hoy, papá Antonio?

—Es la mañana de Pascua, hija mía.

—¿Y estamos en el mar hace ya muchos meses sin descubrir nada?

—Sí, peces voladores.

—Pero ningún buque. ¿Por qué no tenemos tempestad?

—Tal vez vais á ser luego servida: el viento se levanta.

—Creo oírlo á la distancia, gritándome: «Venid, salvadme».—¡Sí, Felipe, voy allá, voy!

—¿Á quién habláis? No hay nadie que pueda oíros.

—¡Oh! sí. Él me oye bien.

—Estáis soñando con el capitán del *Buque-Fantasma*. ¡Dios os proteja! Me parte el corazón veros atormentada por un sueño irrealizable, gimió Antonio.

—¡Mirad! exclamó ella de repente.

—¿Dónde?

—Allí, cerca de nosotros.

—Un barco, en efecto, dijo el capitán Seth, y no dista más de un cable. ¡Dios nos libre! ¿Divisáis los fuegos azules de su aparejo?—Es el *Buque-Fantasma*.

Todos los marineros cayeron de rodillas.

—¡Felipe! gritó Mabelle, tratando de saltar por la borda.

Y en seguida, dirigiéndose á los marineros que querían sujetarla:

—¡No me toquéis! Papá Antonio, socorro, ó voy á morir!

—¿Lo quieres absolutamente? preguntó el fiel irlandés.

—Sí, sí.

—Entonces, ven, hija mía, iremos juntos.

—Pero es preciso que vaya yo sola.

—Déjame conducirte al buque.

Bajaron á un bote y dejaron el costado del barco.

—¡Más rápido, más rápido! gritaba ella.

De pronto, oyóse llamar por su nombre:

—¡Mabelle! ¡Mabelle!

Los mástiles y el aparejo del buque se mostraban ya distintamente. Apoyado en el palo mayor se veía á un

hombre de rostro de mármol bronceado, con una profunda cicatriz.

—¡Felipe! exclamó ella arrojándose en sus brazos; Felipe, hoy es día de Pascua!

LA SEGUNDA NOCHE DE PASCUA—FELIPE Y MABELLE

Triste era la reunión que había la víspera de Pascua en la gran sala de la casa de Amos. Antonio escuchaba el menor ruido que llegaba del cuarto de encima, donde Marta velaba á la cabecera de Mabelle. Amos estaba en su sillón.

—¿Cómo sigue Mabelle? preguntó el capitán Seth entrando.

—Un poco mejor; el doctor Colley cree que ha desaparecido ya todo peligro.

Á media noche, el capitán miró el reloj.

—Hace un año, día por día, que el capitán vino á Bartlepool.

—Habría sido mejor que nunca pusiese los pies en esta casa, dijo Antonio; Mabelle no se hallaría en el estado en que hoy se encuentra.

—No es culpa suya, observó Amos; no olvidemos que nos ha prestado un gran servicio.

—Tenéis razón, Amos; vaciemos nuestro vaso á su salud.—¡Líbrenos Dios! exclamó en seguida Antonio.

Los demás siguieron la mirada de Antonio, y se les heló la sangre en las venas. En el umbral apareció el capitán del *Buque-Fantasma.*

—Salud á todos, dijo quitándose el sombrero y sentándose cerca del fuego.

—Más bajo, dijo Antonio, que era el único que con-

servaba su presencia de ánimo. Más bajo, repitió acercándose al recién llegado. ¿Sois vos mismo ó vuestra sombra?

—Yo mismo en carne y huesos. Pero ¿qué hay? ¿Por qué este aire de tristeza? ¿Nadie está enfermo, lo espero?

—Sí, Mabelle, respondió Amos. Hemos estado más de una vez á punto de perderla. Está enferma desde el día de vuestra partida.

Van der Decken cayó sobre una silla, con la cabeza entre las manos; alzóla en seguida bruscamente, y dirigiéndose á Amos Parr:

—Señor Parr, os pido la mano de vuestra hija, aunque esté en artículo de muerte.

Á la mañana siguiente, Mabelle era presa de una grande agitación. Se encomendó á Antonio la delicada misión de anunciar á la enferma la llegada de Van der Decken.

—Ya lo sabía, dijo ella á su buen papá irlandés, sonriendo á través de sus lágrimas. ¿Dónde está?

Felipe, que se había mantenido oculto hasta ese momento, se echó en sus brazos.

—¿Entonces no sois vos el capitán del *Buque-Fantasma?* ¿Todo no era más que un sueño?

—Todo, excepto mi amor.

Traducido de Buchanam por

JACOBO EDÉN

POESÍAS [1]

EN UN ÁLBUM

FRAGMENTO

.....
.....
.....

No soy, Mercedes, poeta,
pero me encanta lo bello;
mi admiración es... secreta,
casi siempre el labio sello
temiendo sea indiscreta.

No me falta corazón
para cantar tu hermosura;
fáltame la inspiración,
el estro y la galanura
del insigne Calderón.

(1) Don Alejandro Álava Amoros, secretario de la Legación Española, nos ha favorecido con estas dos composiciones y nos ha prometido su importantísima colaboración desde la madre patria, adonde parte en breve. Agradecemos muy de veras el obsequio del señor Álava.

Que á tener su fantasía
y su mágico pincel
el retrato que yo haría
de tu beldad, causaría
admiración hasta en él.

¿Qué es el mar? La plenitud.
¿Y las rosas? Ambrosía.
¿Qué es el cielo? Excelsitud.
¿El no me olvides? Virtud.
¿Y el blanco cisne? Armonía.

¡Mercedes, eso eres tú!
¡Inmensidad, ambrosía,
excelsitud, armonía
y, sobre todo, virtud!

*
* *

Al mirarte pensé en Dios,
y en mi madre, y en amar,
y unir en una alma dos.
Y nunca podré olvidar
esto que mi alma pensó.

Grande fué Dios al hacer
de nada este mundo hermoso.
Pero, á mi modo de ver,
cuando hizo Dios la mujer
lo fué más, siendo piadoso.

Con ella nos dió el amor,
bálsamo de nuestras penas,

antídoto del dolor,
fuente de dicha serena,
redención del pecador.

Tirano del pensamiento,
amor es felicidad,
paz, alegría, contento,
virtud, placer, sentimiento,
luz, aroma, eternidad...

.....
.....

¡Esto es amor! Mas sentir
no es lo mismo que expresar;
te conviene distinguir
la falsía en el amar,
y un consejo vas á oír.

No ames al hombre que diga,
al contemplarte ¡qué hermosa!
idolatra, dulce amiga,
al que con voz temblorosa
exclame ¡Dios te bendiga!

UN RETO

Cual galán y caballero,
manteniendo tu belleza,
voy á esgrimir el acero.
El cartel es lo primero,
según la costumbre reza.

Por mi Dios y por Lucrecia,
en campo abierto ó cerrado,
en Santiago ó en Venecia,
con espada, daga ó recia
lanza, un hidalgo esforzado

de los reinos de Aragón,
cuya divisa es «Constancia»,
escrita en rojo blasón,
afirma y reta al felón
y al malsín sin arrogancia

que dude que eres hermosa,
cual azucena galana;
que son tus labios de rosa;
que el talle tienes de diosa
y eres de la aurora hermana;

que no hay flor en la pradera
de más aroma y colores;
ni en el África palmera
más esbelta; ni hechicera
estrella de más fulgores.

.....
.....

Nadie ha recogido el guante,
y no es cosa de admirar,
porque ¿quién ha de dudar
que eres cual bella, arrogante?

Mantendrá el mantenedor
su cartel y liza abierta
hasta que llegue á tu puerta
más felice Trovador.

Entonces, rota la espada,
roto su laúd también,
marchará á buscar el bien
junto á la cruz adorada

de pacífica mansión;
los ojos vertiendo llanto,
el alma toda quebranto
y luto en el corazón.

Así presenta la historia
al mísero trovador
de aquella edad tan notoria.
¡Lidiando con fe y con gloria
por su Dios y por su amor!

A. Álava A.

UN PAR DE PICHONES

No te figures, Lila, que voy á llevarte á cazar palomas. Se trata lisa y llanamente de entrar en una cocina de Santafé, en 1808.

Era un cuarto grande de ennegrecidas paredes: pabellón coronado por una chimenea de ladrillo; ancha hornilla en que hervía un puchero á fuego lento; sumidero que caía al corral vecino; piedras para moler maíz y cacao asentadas en sus respectivos poyos; horno como para un amasadero de pan; mesa negra y reluciente de puro limpia; tablas que, formando ángulos rectos con las paredes, servían de aparadores para la vajilla, y finalmente, escaparatón cerrado para guardar las provisiones.

Junto á la ancha ventana estaba una silleta sobre una estera muy limpia; y sentada en la silleta una señora como de cincuenta años, fresca aún, dando órdenes á un chico galopín de cocina, que aún no habría cumplido diez.

Daban las doce en las torres de las iglesias de la capital del Nuevo Reino de Granada. Doña Catarina se arrodilló devotamente sobre la estera que cubría al pie

de su asiento los ladrillos de la cocina; rezó el *angelus*, contestándole el rapazuelo, y después de concluída la salutación angélica, púsose de pie, se acercó á la hornilla, levantó un tiesto que servía, con una hoja de repollo interpuesta, de tapadera á la olla que hervía en el fuego; examinó el contenido de ella, volvióla á tapar cuidadosamente, y mandó al rapaz que avivase la lumbre, mientras ella colocaba sobre una hoja de lata algunas brasas, que puso encima de una cazuela que humeaba al lado del puchero.

—Anda á ver si ya Joaquinita puso la mesa, que ya le siento las pisadas á tu amo, dijo al muchacho.

—Sí, mi señora, contestó éste, y salió á desempeñar su encargo.

Entretanto doña Catarina iba y venía con la rapidez de una ardilla, se acercaba á la mesa, limpiaba cuidadosamente los platos y volvía á la hornilla á inspeccionar olla y cazuela.

Tras breve espacio volvió el muchacho con la noticia de que la mesa estaba lista, pero como doña Catarina no podía ver á nadie, salvo á su marido, mano sobre mano, dijo al chico:

—Vuelve á soplar.

Cogió éste el fuelle, se encaramó en un banquito para alcanzar á la hornilla, y se puso á soplar con el brío de los muchachos.

—No tan recio, no tan recio, dijo doña Catarina. ¿No ves, muchachito, que estás levantando un cenicero infernal y me vas á dañar el arroz á la valenciana? Pasito, pasito.

—Sí, mi señora, contestó el chico, y amainó en su furia de soplar.

—Doña Catana, doña Catana, gritó á la sazón una alegre voz de hombre. ¿Ya está ese puchero?

—Ya está ahí el viejo, murmuró doña Catarina, y la comida en veremos... Mientras él reza las letanías se acabará de cocer esto; y alzando la voz agregó: ten paciencia, Pedro; con la paciencia todo se alcanza...

—Menos á misa, contestó don Pedro.—Se me figura, cuando recetas paciencia, que eres el diablo predicador.

—Como tú eres Pedro pachorra...

—No me quiero volver viejo antes de tiempo.

—¡Volverte viejo! ¡Malhaya el niño chiquito!—No te cuecen ya ni en tres aguas; antes se cocería el gallo de la pasión...

—Acuérdate, Catarina, de que me llamo Pedro; y eso del gallo de la pasión puedo tomarlo como indirecta.

—Tómalo como quieras, y déjame en paz. Apura, Miguelito.

Miguelito volvió á soplar con furia, la nube de ceniza volvió á levantarse; y doña Catarina, que no era muy sufrida, dió un pellizco al chico.

—¡Ay! ay! gritó el muchacho.

—Doña Catana—dijo don Pedro—que no sean parte á hacer la comida los pellizcos al rapaz.

—Ya está el viejo con sus consejos; pues ven tú á soplar.

—Eso sí no, mujer; primero está rezar las letanías.

—Y después comerte el puchero.

—Cuenta cabal.

Mientras doña Catarina, afanada por la comida, acababa de aderezarla, don Pedro entonó las letanías mayores. Largo espacio le queda para rezarlas cantando y sin perdonar á ningún santo, el *ora pro nobis*, ni á nin-

gún grupo el *orate;* y éste lo aprovecharemos en dar al lector noticia de nuestro par de pichones.

Era don Pedro un andaluz chiquitín y vivaracho en los movimientos; pero de tan buena pasta, que nunca se afanaba aunque le pasaran por encima carros y carretas, al decir de doña Catarina, su mujer, dejando á ésta que se afanara por él y por ella. Llevaba de vivir en Santafé treinta años; y de éstos, veintiocho de casado; así, no es extraño que ya tuviese un hijo clérigo, cura de un pueblecillo de indios, y tres hijas casadas, la mayor con un rico agricultor, la segunda con un abogado de poca clientela, y la tercera con un arbitrista, que es lo mismo que decir que este último no tenía oficio ni beneficio. Completaban la familia tres hijas solteras bastante bien parecidas, entre las que había dos casaderas y una volantona. Habitaban un caserón bastante bueno, dote de doña Catarina, y tan grande, que puede decirse que las tres cuartas partes de la casa estaban vacías, aunque en la planta baja habitasen en sendos cuartos cuatro viejas pobrísimas: beata de Santo Domingo la una, que vivía rodeada de gatos; alfeñiquera la otra, que se la pasaba fabricando rosas y pájaros, corderillos y muñecas de azúcar, que eran las delicias de los niños de Santafé; tejedora de encajes de bolillo la tercera; y la cuarta, vendedora de ropas usadas de señoras y mandadera de monjas; industrias que apenas les producían escasamente con qué agonizar de hambre, siendo la peor engastada de todas la beata de Santo Domingo, quien solía ponerse en cuatro reales á cada parto de la gata, vendiendo la cría; y si no hubiera contado con un plato de pitanza que le daban los padres dominicanos, ella y sus gatos

hubieran perecido de hambre, porque doña Catarina no podía extender su caridad hasta más allá de darles la vivienda de balde. En la planta alta tenía departamento espacioso un clérigo viejísimo, y tan pobre, que vivía de dos ó tres misas que le pagaban en cada mes, y de una escasa ración que con la vendedora de ropas le enviaban diariamente la monjas del Carmen. El resto de la parte ocupada de la casa lo habitaban don Pedro, doña Catarina y las tres hijas solteras. No tenía para vivir aquel matrimonio sino cuarenta duros que ganaba de sueldo don Pedro en un destinillo en la Casa de Moneda, y seis pesos en que arrendaban seis tiendas que tenía la casa.

Bien se comprenderá que con tan escasa renta no habría en aquella familia para dibujos, y mucho menos teniendo que auxiliar constantemente á la hija casada con el arbitrista, quien, por más que se devanaba los sesos, no hallaba modo de arbitrar recursos para vivir; pero doña Catarina tenía en su casa tal orden y economía, que, si no le sobraba nada, tampoco le faltaba. Ella con sus hijas solteras atendía á todos los oficios domésticos, y únicamente se permitía para su servicio un rapazuelo de pocos años que hacía de mandadero y de galopín de cocina, á quien ella llevaba al reventón con los quehaceres de la casa; y tenía por costumbre cambiar frecuentemente de ministerio. Como no deja de ser curiosa la manera de hacer el cambio, no la pasaremos en silencio; pero antes diremos que doña Catarina tenía asentados sus reales en la cocina, y cuando no estaba apedazando medias, atendía á hacer la comida; y gritando sin cesar, daba órdenes para que nadie estuviese sin oficio. El galopín la acompañaba siempre, y era éste su

ayudante de campo, dispuesto á volar, según los mandatos de su señora.

Hé aquí el procedimiento para el cambio ministerial:

—Miguelito, alcánzame una pastilla de chocolate, decía infaliblemente doña Catarina el día primero de cada mes, como cosa de revista de comisario.

Miguelito se acercaba al escaparate, pugnaba por alcanzar á la tercera tabla de él, endonde estaba siempre el talego, y como no lo lograra, sonreía doña Catarina con satisfacción, se levantaba de su asiento y desempeñaba ella misma el encargo que había dado al rapazuelo.

Por fin, llegaba día en que Miguelito ó el que lo reemplazase, alcanzaba á la tercera tabla del armario, en virtud de que el chico iba creciendo.—Venía éste triunfante á presentar como un trofeo la pastilla á su señora, sin sospechar que el apogeo de su triunfo sería el momento de la crisis ministerial, porque el chico se veía despedido sin misericordia, pues ya había llegado á la medida, sin que valiesen empeños ni lágrimas para ablandar á la inflexible matrona. La madre del muchacho, que había sido llamada para entregárselo, salía mohina y él lloroso, pero no había remedio: doña Catarina se mantenía en sus trece.

El mismo día se encargaba del ministerio otro galopín que no pudiese llegar á la tercera tabla del escaparate.

Si hicieran lo mismo los gobiernos, de cambiar de ministros cuando ya éstos logran meter la mano en el talego, otro gallo nos cantara.

Supóngase el lector si habría paz en aquella casa colonial sin criados, sin chismes, sin raterías, sin quien aplicara el oído á las puertas ni el ojo á las cerraduras; pues

ha de saberse que, aunque vivían en la casa las cuatro viejas semi-indigentes de que hemos hablado, ni éstas subían las escaleras, salvo la mandadera de monjas á llevar al clérigo su ración, ni las pobres viejas de antaño eran de la estofa de las viejas pobres de ogaño; y el espíritu de orden de doña Catarina era tal, que no hubiera permitido la menor infracción á sus mandatos.

La matrona iba todos los días á misa de cinco á Santo Domingo; y entretanto quedaba don Pedro montando guardia en la casa; á las cinco y media lo relevaba ella; y después de desayunarlo con una jícara de chocolate, si no era día de comunión, lo mandaba á que oyese misa, y de la iglesia venía el andaluz á las siete á almorzar para concurrir á la oficina desde las ocho. Trabajaba allí hasta la primera campanada de las doce; y tras el *angelus*, que rezaba poniéndose ya la capa color de pulga y el sombrero cubano de paja de copa alta y ala estrecha, se dirigía á su casa á pasitrote en busca de la comida. Al llegar á ella doblaba cuidadosamente la capa; reemplazaba el sombrero con un gorro de dormir de tejido de media, y frotándose las manos de contento, por la vuelta al hogar, ocupaba su sillón en el corredor de la cocina; decía tres ó cuatro piropos cariñosos á su mujer y cantaba las letanías de todos los santos, teniendo cuidado de decir todos los días tras el primer *ora pro nobis* la advertencia siguiente:

«En el *nobis*, entiéndase que pido por Catarina y por mí, por mi hijo clérigo, por mis hijas casadas y por sus maridos, por los hijos que tienen y vayan teniendo, por mis hijas solteras, por mis cinco huéspedes, por Miguelito y por nuestro católico monarca. Amén».

Y como lo hemos dejado en el momento de empezar las letanías, veamos en qué paran éstas.

—*Santa Agnes—Ora pro nobis—Santa Cecilia—Ora pro nobis*, cantó don Pedro.

—Eso es, ya llega, murmuró doña Catarina—Apura, Miguelito.

Don Pedro siguió cantando,

—*Santa Catharina—Ora pro nobis—Santa Catharina—Ora pro nobis—Santa Catharina—Ora pro nobis.*

—Ya te entiendo—dijo doña Catarina—Miguelito, alcánzame la bandeja grande, pero cuidado con romperla.

El chico obedeció. Ya doña Catarina había bajado de la hornilla la olla del puchero, la colocó sobre la mesa en una *chipa* ó rueda para que no se volcase; y se puso á arreglarlo artísticamente, en lo que era muy hábil, pues sabía que la comida entra antes por los ojos que por la boca. Seducen tanto las formas, que, debido á ellas, comemos sin inconveniente los platos de la cocina moderna, á pesar de que los hay que saben á aguarrás, á jabon de alicante, á ungüento amarillo, y aun á asafétida, sin que falte alguno que apeste á amoniaco.

Por la misma razón de las formas nos enamoramos los hombres de mujeres insípidas; y las mujeres se encaprichan por hombres más burdos que una almohaza.

Arreglada convenientemente la comida, emprendió viaje doña Catarina para el comedor, echando por delante á Miguelito y á Joaquinita, la hija menor. Cuando pasó el convoy culinario por delante de don Pedro, decía éste:

—*Christe audi nos.*

—Ya te oyó Dios, ya te oyó Dios. Ahora te estarás ahí repantigado. Muévete Pedro.

—No padezcas afán, doña Catana, que en castigo de ello y de con ello atormentar al prójimo, mi *tocayo*, el portero del cielo, te ha de tener de plantón en la portería por años y navidades.

—Á tí será, Pedro, al que dejan en la puerta como á las vírgenes necias. Como yo madrugo y hago las cosas con tiempo, y tengo aceite en mi lámpara, estoy segura, con la misericordia de Dios Nuestro Señor, de conseguir un puestecito más adentro; pero déjame pasar, Pedro.

Don Pedro, por vía de broma, había apoyado los pies en el barandal del corredor, formando así una barrera infranqueable para doña Catarina que iba á la retaguardia del convoy como esperimentado maestre de campo.

—Quiere decir que buscarás dos puestos, uno para ti y otro para mí, porque tú sin tu Pedro no puedes vivir, díjola cariñosamente, y recogió las piernas para que ella pasase por el angosto corredor; pero cuando ya hubo pasado, casi crucificada porque llevaba la ancha fuente, levantóse de su sillón, acercósele por detrás y le tapó los ojos con las manos.

—Sosiégate, Pedro, que me haces romper la bandeja y regar el puchero.

—Y ¡qué bien que huele! Como hecho por tí, dijo don Pedro, al destaparle los ojos.

—Hambre atrasada que tendrás, replicó ella.

—Suponte si no... con el sueldazo que me paga el rey.

—No te quejes, Pedro; peor fuera nada.

—No me quejo, mujer; pero sí quisiera que los cuarenta patacones se convirtieran en ochenta.

—Pues ponlos delante del espejo.

—¡Convenido! y yo te doy para el mercado los cuarenta del espejo.

—Y tú te contentarás con ensalada de cruces.

—Y pondremos en la puerta un cartel que diga que vendemos saliva en ayunas.

—¡No seas sucio, Pedro! ¡hablar de saliva á la hora de comer!

—¡Vaya un remilgo! ¿Y sin saliva en la boca podrías comer?

Doña Catarina no le contestó y dijo á Miguelito:

—Vé á cerrar la puerta de la calle; pero échale bien el palo al portón, no vaya á quedarse abierto; llama á las niñas á comer; no se te olvide la comida para el gato, ni la sopa para la lora; repara si el mico está menos triste; échales el *aunche* á las gallinas; pero pronto, ya estás aquí.

—¿Qué hago primero, mi señora? preguntó el galopín.

—¡Ah, tunante! cerrar el portón.

El chico salió corriendo.

—Razón tiene el rapaz, dijo don Pedro; le mandas tantas cosas á un tiempo, que lo aturdirías si no fuera tan despierto.

—Eso es; por eso alzan el gallo estos muchachos... Tú para dañar criados te pintas.

—Dices estos muchachos, como si fueran muchos... Muy poco hay que dañar aquí, observó don Pedro al empezar á comer; y después de haberse metido á la boca el primer bocado, agregó:—¡Y qué bueno está tu tocino...!

Doña Catarina, ocupada ya en servir los platos para los demás de la familia, que aún no habían llegado, siguió

en la laboriosa operación de partir los bocados para todos, porque en aquellos tiempos no se ponía en la mesa sino el cuchillo de repartir. Mas como tenía el genio vivo y era afanosísima, después de haber pasado un plato á Joaquinita, quien lo recibió y fué á comérselo en una mesa separada, por no haber llegado aún á la edad de sentarse con los mayores, salió á la puerta del comedor y empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Chepita! ¡Chepita! ¡Concha! ¡Concha! ¡se enfría la comida!

—Pero, mujer, no metas tanta algarabía; ya sabes que humo, gotera y mujer vocinglera echan al hombre de la casa afuera.

—Por eso será que apenas te sueltan el tramojo en la oficina, te vienes á oír la vocinglería de tu mujer.

Por fin llegaron las dos muchachas, envuelta la una en una mantilla de bayeta, y la otra con los rollizos brazos descubiertos y tan colorados, que parecía que iban á brotar sangre.

—¡Pero niñas, por la Virgen! esperan ustedes á que la comida se enfríe y no vienen á tiempo.

—Madre, contestó Concha, que era la que venía envuelta en la mantilla, yo estaba muy afanada, porque se me estaban pasando las planchas; y tomó asiento después de haber saludado respetuosamente á su padre.

—¿Y tú? preguntó doña Catarina á Chepita.

—No pude venir, madre, porque se zafó el tapón de la alberca, empezó á escaparse el agua y con ella algunos pares de medias que se fueron por la cañería.

—¿Y se perdieron?

—No, madre; logré cogerlos.

—Más cuidado en otra ocasión.

—Sí, señora; y Chepita fué á alabar á Dios de pie junto al sillón de su padre, quien la dijo:

—Ven á comer, muchacha, que estarás muerta de frío.

Chepita ocupó su puesto.

Acabada la comida, púsose de pie don Pedro; su mujer y sus hijas hicieron otro tanto; rezó él un *Pater noster* por los muertos de la familia, y recitó una corta oración en acción de gracias por el beneficio que Dios acababa de conceder á aquella familia cristiana.

—Ahora sí, cada uno á su oficio, dijo doña Catarina, —y tú, Joaquineja, ven á ayudarme á lavar los platos.

—Y yo ¿qué oficio cojo? preguntó don Pedro.

—Tú, vete á dormir la siesta.

Don Pedro tomaba un polvo de su caja de rapé y se dirigía á su alcoba, endonde permanecía hasta las dos de la tarde, hora de volver á la oficina.

Á las cinco estaba de regreso en su casa, tomaba chocolate, se arrellanaba en la sala en su sillón, y la menor de sus hijas se sentaba á sus pies en un tapete para darle calor.

Á las seis y media ó siete de la noche llegaban las hijas casadas, con sus maridos y dos ó tres amigos de la casa. Entre ellos era muy asiduo en sus visitas un joven colegial de San Bartolomé de los que llamaban *capistas*, que es como si dijéramos externo, quien, prendado de Chepita, la de los brazos rollizos, rara vez faltaba á la tertulia de don Pedro, aunque no pudiese, por la vigilancia de doña Catarina, decir al oído de la garrida muchacha la menor palabra confidencial. Era el estudiante gallardo, galante y decidor, y su continente tenía atractivo á pesar de que el pobrísimo vestido que gastaba no era parte á realizar su gallardía. Componíase éste de una

esclavina ó capa corta de color de panza de burro, pantalones de marsella tan amarilla como la yema de un huevo, y tan cortos, que dejaban ver los tobillos cubiertos con calcetines de hilo de Ramiriquí, que, como saben los que alcanzaron á conocerlos, tenían la propiedad de no permanecer sujetos á la pierna, sino descender en forma de rosca sobre el zapato, dándole al pie la apariencia de la pata de las palomas, que los niños llaman calcetas, por tenerlas cubiertas de plumas. Finalmente, calzaba zapatos de cordobán, con orejillas sujetas con una estropeada cinta negra, y gastaba, en vez de sombrero, cachucha de paño azul. Dábale este vestido la apariencia de una sota de baraja española; pero así y todo era gallardo; y como tenía muy buenos modales y conversación fácil y agradable, hacía olvidar lo pobre, extravagante y raído de su vestimenta. Llamábanlo en casa de don Pedro, el cucuteño, por ser oriundo de Cúcuta.

Tratábanlo con tal intimidad, que lo convidaban á rezar el rosario las noches que iba de visita; y después se completaba la velada con juegos de prendas que ponía el cucuteño, ó con la charla de don Pedro que acostumbraba á decir cuanto le saltaba en la mollera con toda la gracia y desenfado de los andaluces.

El cucuteño sabía rasguear la guitarra y cantar, y aunque pocas veces se prestaba á este ejercicio musical, porque tenía bastante talento para no volverse vulgar, cuando lo hacía era á maravilla.

Á las ocho y media de la noche se despedían los tertulios de don Pedro; y éste y su familia cenaban y se acostaban.

Una noche cantó el cucuteño una cancioncilla muy en

boga en aquella época, llamada «La Cholita», que fué el encanto de las dos hijas del andaluz, y que empezaba así:

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! mi cholita,
¡ay! ¡ay! que me muero de amor.
De esta suerte en contrarios afectos
nos pasamos la vida los dos.

Al día siguiente, al entrar de misa, se topó don Pedro en la escalera con el clérigo que bajaba, y después de saludarlo y de preguntarle cómo había sido la noche anterior, le dijo:

—Anoche oiría usted cantar al cucuteño, que nos cantó una linda canción; es un buen muchacho.

—Sí, lo oí, y no me pareció maleja la voz; pero desconfíe usted de él.

—¿Qué me quiere decir usted? preguntó don Pedro alarmado.

—Nada, señor don Pedro, sino que ese mocosuelo será la muerte de usted; témale usted á él y al número cuarenta.

Rióse don Pedro y siguió su camino, diciendo para su capote: de los cuarenta ya pasé hace más de veinte, con que... chocheras del doctor Matute; está ya tan viejecito que raya en loco.

No poco rieron doña Catarina y sus hijas de la advertencia del doctor Matute; mas pronto la olvidaron.

Tiempo es ya de que digamos que el cucuteño se llamaba Francisco de Paula Santander.

Tal como lo hemos pintado, era el cuadro de la pacífica vida de aquella casa colonial.

Dos años después acontecieron los alborotos de Julio,

y la prisión del virrey Amar y de la virreina, que no dejaron de llevar angustias á la casa de don Pedro; mas éstas pasaron pronto, porque los patriotas de la *Patria boba* fueron mansos corderos, y no sólo no persiguieron á los españoles, sino que algunos de ellos siguieron desempeñando sus destinos sin que les dijesen esta boca es mía. De este número fué don Pedro, quien seguía en su destinillo; y como en 1808, cantando las letanías mayores antes de comer, sin más variación en su casa que la muerte del doctor Matute de puro viejo; y el nacimiento de algunos nietezuelos que hacían el encanto del anciano andaluz, cuando rodeaban su silla importunándolo para que les mostrase la caja de rapé, hecha de plata, en cuya tapa tenía grabada una cara que, vista por un lado, reía, y vista por el otro, lloraba

El anciano había explicado á sus nietos que la cara que lloraba era la de Heráclito y la que reía la de Demócrito.

No queremos privar al lector de una de esas encantadoras escenas de familia en que el abuelo y los nietos jugaban como si la aurora y el ocaso de la vida se confundieran.

—Abuelito, quiero ver á *Heraco*, dijo una niña de cuatro años.

—Y yo á *Democo*, añadió un chiquillo de tres; y pugnaban entrambos por treparse á la silla del abuelo, mientras éste sacaba la caja del bolsillo y, teniéndola levantada en alto, provocaba á los chicos, que armaban terrible algarabía en torno de él

La chiquilla trataba de subirse á la silla y pescar la caja de rapé; el chiquillo se prendía de la chaqueta azul del abuelito y le desgarraba los bolsillos; y cuando ya

estuvieron bien á caballo sobre las rodillas del anciano, el triunfo fué completo: se apoderaron de la caja, la abrieron, se la disputaron, derramaron el rapé, y rieron á carcajadas, en un concierto lleno de encanto, la niñez y la ancianidad.

Don Pedro pedía á Dios que aquella vida no se acabase nunca ni que los nietos crecieran jamás, sino que, chiquitos y juguetones, fueran á alegrar su vejez, aunque lo fatigasen con sus juegos.

Había llegado el año de 1816.

El ejército pacificador ocupó casi sin resistencia el interior del nuevo reino de Granada; las reliquias del ejército patriota se replegaron hacia el sur y hacia el oriente; y la venganza feroz sentó sus reales en la antes pacífica colonia. El corazón de don Pedro se contristaba con la persecución á los patriotas; las detonaciones de los fusiles que los sacrificaban en las plazas le llegaban al alma; y temía el día de las represalias, en que los españoles pacíficos serían víctimas de las venganzas. Siguió en su destino de la Casa de Moneda, y aunque los temores por lo porvenir le asaltaban, olvidaba éstos al entrar en su hogar, endonde le esperaban su mujer, sus hijos y sus nietos para rodearlo de cariño y de respeto.

Llegó el año de 1819. Contaba don Pedro á la sazón setenta y cuatro años, y el triunfo de los patriotas en Boyacá cayó como una bomba en aquel nido de palomas. Pensar en que emigrara don Pedro era pensar en lo excusado. Á su edad, y con hábitos sedentarios, aún suponiendo que tuviera á la mano todos los recursos imaginables, que no los tenía, hubiera podido, cuando mucho, andar la primera jornada y caer desfallecido de cansancio, expuesto á la saña de la soldadesca que, como

lebreles hambrientos de sangre y venganza, se desparramaría por todas partes en busca de caza. Todo fué angustias en aquella familia: uno aconsejaba una cosa desalumbrada; á otro le ocurría otra no más atinada; y yernos é hijos, todos hablaban y daban su opinión. La única persona que no habló fué doña Catarina; pero ésta obraba con serenidad; y sin hacer caso de las opiniones y proyectos de los demás, disfrazó una noche á don Pedro y lo sacó para llevarlo á casa de un patriota amigo de ella que durante la persecución había hallado asilo seguro en casa de don Pedro, y allí lo tuvo secuestrado de los suyos hasta el mes de Octubre de aquel año. Nadie se acordó del español, ni nadie lo buscó en su casa ni en la de sus allegados; y así doña Catarina, tras una ausencia de dos meses, en que no fué á visitarlo para que sus visitas no lo denunciaran, lo trajo de noche y disfrazado á su hogar, endonde los recursos se habían reducido á su menor expresión, pues no pasaban de cinco pesos semanales que el yerno rico les daba como auxilio, y de diez pesos mensuales, en que arrendaba doña Catarina las seis tiendas que tenía la casa; pero el orden y la economía suplían lo que pudiese faltar, en términos que don Pedro no llegó á sospechar jamás las angustias de doña Catarina para subvenir á los gastos de la casa. Por demás está decir que el galopín fué suprimido. Una vieja tan modesta, económica y ordenada así, se quisieran para gobernante algunas repúblicas; pero como no todo lo que se quiere se puede, vamos andando el camino como Dios lo permite.

Don Pedro, sin oficio ni beneficio, gastaba el día rezando y jugando con los nietecitos que le llevaban para su solaz; y aunque no del todo tranquila, confiando en Dios,

aquella familia iba pasando los días, cuidando siempre de que el anciano español no se dejase ver en la calle, no fuera á acontecerle lo que al infeliz Malpica, quien, por haber dicho «atrás viene quien los endereza» el día en que fusilaban á los treinta y ocho prisioneros de Boyacá, completó el número treinta y nueve. Y aquí cabe decir que la predicción del clérigo Matute, de que tanto se habían reído unos años atrás, andaba en todas las bocas de los allegados de don Pedro; y Santander, jefe del gobierno, y el número cuarenta, fueron la constante pesadilla de aquella atribulada casa. Por muchos días tuvieron colocada en la pared de la huerta una escalera de albañil, por la que doña Catarina, sin contar con las setenta y cuatro navidades de su marido, se proponía hacerlo saltar á la huerta del vecino, al menor motivo de alarma que ocurriera; pero al fin y al cabo retiraron la escalera y la devolvieron á su dueño, esperando que el tiempo siguiera su curso, y, calmados los ánimos, tuviera don Pedro libertad de salir á oír misa al Carmen, como había acostumbrado toda su vida. Mas no las tenían todas consigo, y mantenían la puerta de la casa cerrada, y una de las muchachas de portera para abrir y cerrar á las viejas que seguían albergadas en la parte baja.

Mediaba el mes de Diciembre de 1819; y hallábase Concha en el corredor bajo recibiendo de una infeliz leñadora laurel, musgo y flores campesinas para adornar el Nacimiento aquel año, cuando se presentó un personaje, á quien la sorprendida muchacha no conoció por el momento. Era un hombre gallardo, como de 30 años, con un vestido entre civil y militar, pues gastaba sobre el uniforme capa de paisano y sombrero de felpa á la Bolívar. Con gran desembarazo penetró en la galería

baja, sin esperar invitación para entrar, y tendió la mano á Concha, quien, confusa, dejó caer un ramillete de *pega-pega* y varitas de San José que estaba formando; púsose de pie, miró al personaje, le dió la mano con timidez y lo miraba como si tratase de recordar aquella fisonomía que no le era del todo desconocida.

—Conchita, como que usted no conoce ya al cucuteño.

—¡El general Santander! ¡el excelentísimo señor Vicepresidente!

—Dejémonos de excelencias; el que tiene el honor de saludar á usted es lisa y llanamente el cucuteño de marras.

Habíanse acercado al pie de la ancha escalera de piedra de la casa. El general ofreció galantemente la mano á Concha para ayudarla á subir, y la pobre muchacha no sabía si estaba despierta ó dormida.

Al llegar á la sala, abrió Concha la mampara, invitó al general á sentarse; y le pidió permiso para ir á avisar á doña Catarina.

—Tenga usted la bondad de avisar también al señor don Pedro.

Dejó caer la mampara la afligida muchacha, y con una mano puesta sobre el corazón, trémula y turbada, se dirigió al interior, en donde se encontraban don Pedro rezando las letanías, y doña Catarina preparando la comida.

Concha llegó casi desfallecida junto al sillón de su padre y apenas pudo decirle:

—¡Padre! y rompió á llorar.

—¿Qué tienes muchacha, estás con mal de corazón? le preguntó don Pedro, y se puso de pie para auxiliarla, porque amagaba caer sin sentido.

—¡Padre, escóndase su merced!

—¿Que me esconda? ¿Y dónde quieres que me esconda? ¡Catarina! ¡Catarina!

—¿Qué te ocurre? preguntó doña Catarina, y asomó la cabeza á la puerta.

—¿En dónde me escondo?

—¿Qué hay, pues? qué hay? preguntó la matrona á Concha; y como ésta no le contestase la sacudió fuertemente de un brazo.

—¡Habla, muchacha, habla por Dios!

—Madre... el cucuteño... en la sala.

—¡El cucuteño y el número cuarenta! Ven conmigo, por aquí, dijo doña Catarina, y cogió á don Pedro de una mano y lo arrastró en pos de sí.

Don Pedro aterrado se dejó conducir por las habitaciones. Doña Catarina en un abrir y cerrar de ojos desocupó un arcón lleno de ropas, metió en él á don Pedro y torció la llave.

El pobre andaluz, con la sorpresa y el miedo había obedecido maquinalmente, pero cuando doña Catarina dió vuelta á la llave, comprendió que iba á morir asfixiado entre el arcón; y empezó á dar terribles puntapiés y á meter un ruido infernal.

—¡Cállate, Pedro, por Dios! dijo doña Catarina acercando la boca lo más que pudo al baúl.

Don Pedro siguió pataleando con mayor furia, porque ya le faltaba el aire para respirar; y tanto hizo, que á la postre tuvo doña Catarina que abrir el arcón; y el angustiado anciano sacó la cabeza, respiró con avidez el aire libre, se puso de pie y exclamó:

—Pero, mujer ¡esto es un asesinato! ¿No ves que me estaba ahogando? Es mejor morir fusilado una y mil veces; sí, sí, que vengan los insurgentes, me despe-

dacen y se ceben en la sangre de este pobre viejo; que venga Santander á llevarme al patíbulo como al infeliz Malpica, sí, que venga Santander...

—Señor don Pedro, estoy á su mandar, dijo á la sazón el general Santander al entrar en la habitación, adonde se había dirigido, llamado por el ruido y por las voces de don Pedro.

Doña Catarina dió un salto y se interpuso entre el general y su marido, poseída de terror inexplicable. Con una mano procuraba detener al primero y le dijo;

—Mi Pedro no va al patíbulo...

—Pero señora...

Doña Catarina se volvió con rapidez y cerró la tapa del arcón sobre el infeliz español, que, desfallecido, se había dejado caer en él; dióle vuelta á la llave, se sentó en el arcón y exclamó:

—¡De aquí no me moverá sino Dios con su poder!

—Pero ¿qué está haciendo usted doña Catarina? preguntó Santander impaciente. Va usted á ahogar á ese pobre anciano.

—Vale más que muera ahogado, y no fusilado en la plaza como los malhechores.

—¿Y quién va á fusilarlo? No se trata de eso, señora; he venido á ofrecer á ustedes mi protección y mis servicios...; pero ¡abra usted, que se ahoga ese pobre caballero!

—¿Habla usted de veras? ¿No me engaña usted?

—Señora, le juro á usted, por Dios, que no vengo á hacerla mal; pero ¡abra usted! ¡abra usted!

Doña Catarina, por toda respuesta, abrió el arcón; pero no bien lo hubo abierto cuando extendió los brazos, se llevó las manos á la cabeza y exclamó:

—¡Muerto! ¡Está muerto!

Y cayó sin sentido á los pies del Vicepresidente.

La predicción del clérigo Matute estaba cumplida: don Pedro había completado el número cuarenta de los españoles á quienes había hecho morir el general Santander, bien que á este último sin más intención que el de hacerle favor y buena obra.

En vano procuró el general hacer volver á la vida al anciano: abrió los balcones, lo puso al aire y le echó agua en el rostro; el infeliz estaba ya en el otro mundo.

La confusión en aquella casa fué espantosa: las hijas del español dieron gritos, pidieron socorro; el general salió conmovido; la casa se llenó de gentes que, estupefactas, contemplaban á don Pedro tendido en el suelo al lado de su esposa, sin que ninguno de los dos diese señales de vida.

Al cabo de una hora doña Catarina volvió en su acuerdo, abrió los ojos y dijo:

—Yo maté á Pedro...

En seguida se incorporó; y sin que nadie intentara detenerla, se abrió paso por entre sus allegados; se dirigió á la sala endonde estaba el cadáver de don Pedro amortajado con hábito franciscano; postróse de hinojos á su lado, con la cabeza baja, los labios apretados y los ojos fijos, sin que de ellos brotara ni una lágrima; y parecía resignada á doblar la cerviz ante aquella terrible prueba que Dios le enviaba para coronar con el martirio una vida que se había deslizado apacible y feliz.

Ruegos, súplicas y amenazas, todo se estrelló en aquella voluntad inquebrantable; y fué preciso sacar el cadáver en su presencia. Cuando llegó ese momento doloroso, en que las hijas dieron rienda suelta á los lamentos y á

las lágrimas, doña Catarina, serena, bajó la escalera detrás del féretro, sin dejar de mirar la plácida fisonomía del anciano. En llegando á la puerta exterior de la casa, hizo que los capuces descargaran el féretro, se inclinó sobre el cadáver, dióle un beso en la frente, y dijo:

—Hasta luego, Pedro...

En seguida subió la escalera y fué á sentarse abismada en su dolor en el arcón, sin atravesar palabra.

Así transcurrieron ocho horas; y aunque el Padre Camero, de San Diego, su confesor, la exhortaba á la resignación, permaneció muda, sin que fuesen parte á llamarle la atención los nietezuelos más queridos que le traían las hijas y se los recostaban en las rodillas; mirábalos impasible y no hacía caso de ellos. Al fin lograron, á poder de ruegos, que reclinase la cabeza en una almohada, en la cual se quedó dormida; y tras un sueño de una hora, abrió los ojos, se incorporó, tendió los brazos y dijo:

—¡Ahí va Pedro...! ¡mi Pedro...! ¡el mío...! ¡y se hace sordo...! ¡no me oye...! pero tiene razón... yo le maté... ¡ya vuelve...! ¡vuelve...! ¡me llama... !¡ya voy...! ¡ya voy...! Y reclinó la cabeza sobre el pecho de una de sus hijas, para no volverla á levantar jamás.

Es fama qne al siguiente día, cuando colocaron en la iglesia de la Candelaria su ataúd junto al de don Pedro, la anciana sonrió de felicidad.

Luis S. de Silvestre

HEREDEROS

Allá en mi pueblo natal,
un honrado labrador
llegó, á fuerza de labor,
á tener un capital
y á ser alcalde mayor.

Muerta su esposa querida,
quedábale un heredero
para consolar la vida;
y á ese hijo amó sin medida,
con el corazón entero.

Con solícita constancia
le educó desde su infancia
con la voz, con el ejemplo,
y á su hogar dió una fragancia
de virtud, como en un templo.

—"¡Ah! (decía para sí),
nada quiero para mí;

sólo pido á Dios un bien:
Que mi hijo sea también
el más honrado de aquí,

"y que en pago del desvelo,
del cuidado y los enojos
con que por su dicha velo,
sea él quien cierre mis ojos
y ruegue por mi alma al cielo."

Al fin, cuando apuntó el bozo
sobre los labios del hijo,
llegó á enamorarse el mozo,
y sin rodeo ni embozo
llegóse al padre y le dijo:
—"Me caso.
—Haces bien, si acaso
lo merece la doncella
y habéis meditado el paso...
—Pues está dicho: me caso.
—¿Puedo saber quién es ella?"

No sin cierto sobresalto
díjole entonces el nombre;
y el anciano, dando un salto,
clamó en voz ahogada: "¡Alto!
¿No ves que te pierdes, hombre?..."

La entrevista acabó en riña;
se fué el hijo de la casa
á la casa de la niña,

y el viejo volvió á su viña
diciendo:—*Nube que pasa.*

Una noche en un lindero
alcanzó á oír que decía
la muchacha al heredero:
—"Me quieres mucho?
—Te quiero
más que con idolatría.

—"Pues vé y exige tu herencia.
Si el viejo tiene conciencia,
no te ha de querer mendigo.
—¡Pero es tal su resistencia
á que me case contigo!

—"Si eres firme, él será blando.
—Cuando le dije tu nombre,
saltó del sillón temblando...
—¡Válgame Dios! ¿Hasta cuándo
no se ha de morir este hombre?..."

Al resplandor de la luna
cayó desplomado al suelo
el padre, sin vida alguna.
Voló su espíritu al cielo,
y halló el hijo su fortuna.

Aún no terminado el luto,
se celebraron las bodas
con regocijo absoluto,

pagándose amplio tributo
al deleite, como en todas.

Al cabo de tiempo escaso,
sucedió que por acaso
hablaba á solas la bella,
sin saber que estaba á un paso
su marido detrás de ella.

Y en voz clara, aunque no fuerte,
la oyó exclamar de esta suerte:
—"¡Ya aborrezco hasta su nombre!
Debo heredarlo á su muerte...
¡Señor! ¡que no muere este hombre!"

J. Arnaldo Márquez

1886

LIMA Y SUS TOROS

(Conclusión)

Á la muerte del toro continúa un cuarto de hora de alborozo y de agitados comentarios; algunos no excusan aún la primera y torpe conducta del espada, le tachan de atolondrado y de dejarse llevar de nerviosidades; los demás enzalzan como suma la impasibilidad y destreza que empleó en los últimos momentos, señalando el severo desdén con que, hasta ultimar á la fiera, jugara la riesgosa partida.

Entretanto, el que era objeto de estas apreciaciones, recorría la plaza recogiendo los saludos y felicitaciones de los concurrentes y las dádivas sonantes que de todas partes le prodigaban, y, aunque se mostraba placentero por estas manifestaciones, nunca separó de su semblante el ceño tieso y de fastidio que se le había impreso á causa del desgraciado principio de la suerte. Cuando arreciaban los aplausos y el delirio, contraía sus facciones un algo de esa altanería que suele transparentarse en el rostro cuando nos vengamos—sólo con habernos sobre-

puesto á las miserias de nuestros semejantes y las desvanecemos únicamente con nuestro desdeño—complaciéndonos después en que ellos mismos se den la vindicta y nos concedan satisfacción cumplida por los inmerecidos ultrajes.

*
* *

En esto, ya hácese de nuevo el silencio y apáganse los ecos todos. Íbase á largar el *bicho*, é instalados cercanos á las tablas ó barra los chulos y toreadores, apercíbense las parejas de á caballo para su maniobra. (1)

Llegaba ese momento de suprema ansiedad en que los oídos, la vista y el corazón esperan ser heridos del rayo de furor que se desprendería de las tinieblas del toril; otra vez se agolpaban á los espíritus las perspectivas de medrosía y de sangre y los sobresaltos que traería el desenvolvimiento de la acción; aparejándose también las almas á las emociones que ofreciera á su vista el *sui generis* y novel dramaturgo que, en su ruda experiencia é imprevistamente, hallaría modo de conmoverlas en escenas palpitantes y vivas como lo más.

Y en verdad—de no haber estado acostumbrados á más recias conmociones, y no sitiados de esas mujeres que á todo hombre nacido dejan suspenso, de esas *gracias* que no saben desposeerse ni se alteran en su belleza y arrogancia ni á la vista de la escena más espantable, para así siempre reinar con sus atractivos—nos habrían absorvido enteramente los preámbulos á tan duras alternativas y muchísimo tal vez los subsiguientes estropicios. Pero en ese acopio de odaliscas, *serrallos* y *sierras caucasianas;* en Lima, donde (más que en otra parte) la

(1) Por un olvido no hicimos saber al comienzo de esta relación que en Lima, humorísticamente hablando, se llama *bichos* á los toros.

mujer subyugará siempre al joven y al anciano y tal vez también al niño, era difícil cosa atender á los *bichos*, cuando así, justamente al lado de la muerte y por su causa, recargaban ellas sus donaires, sus expansiones, su fuego, y, si pudiera decirse, recargaban su alma que rebosaba arroyos de hechicería por los ojos,

La limeña no es hermosa, pero sí atrae decididamente por estar ataviada de la cabeza á los pies de la soñante gracia del orientalismo. ¡Cuántas veces no sucedió que, yendo apremiados por precisas obligaciones, habíamos de detenernos para contemplar á esos aparecimientos del oriente—en envoltura cristiana—que jamás dejaban de abajarse hasta nosotros para, con un mimo de unción y de reina, premiar nuestro servil arrobamiento!

Y quién sabe si esa afabilidad y llaneza, que no se goza jamás con tener á alguien de rodillas sin darle la mano para alzarle sonriendo; ó el no desdeñar el rendimiento por extraño y no correspondiente que sea; y, en una palabra, por ser la limeña injenua, y saber olvidarse de la alteza de su prendas y de su orgullo, es por lo que se hace acatar de todos, y por lo que tiene tal fama de encantadora; y lo contrario hace que otras coquetas más bellas, sin duda, sean insufribles.

*
* *

Pero hemos mudado de acampamento. Vecino al de los toros, y desde los pasillos que dominan su guarida, vimos al nuevo campeón que se adueñaría de la arena. Llamábanlo el *invencible*, y era originario del criadero ó ganadería de Lima-Tambo, susurrándose, por ende, ser de cualidades relevantes; y así era de pensarlo, mirado el

color retinto de su piel (colorido siempre estigmático de bravura en la fantasía del niño, y cuyas lesiones ó reminiscencias conserva aún el hombre); y, además, acrecía esta creencia al verlo revolverse furioso en su estrecha celda, centellándole la mirada más que á estrellas en la más oscuras de las noches.

No obstante, y á pesar de sus ojos de fuego, de su mole poderosa y de sus astas transparentes y agudas, fueron muy hábiles en sus suertes los jinetes. Atrayendo al toro hacia las ancas de las caballerías, donde asentaban las capas, embistió éste inútilmente, por la ligereza y acierto con que, haciendo de los cuartos delanteros del caballo una hoja del compás, giraba la otra formando círculos sucesivos, y cuidado y atendido tan bien el juego por las bestias, que observaban vivísamente y tranquilas todavía una á una las acometidas de la fiera. De este modo, simplísimamente, podría decirse, y por el vano empeño de sus cargas, fuese irritando grado por grado el nuevo *leader* de la arena.

***

Replegados después á sitio que no fuera de provocación para el *bicho*, huella el suelo de combate un toreador elegante, flexible y nervudo, de una cara muy pálida y ojos vivísimos, que, con un paso ligero y airoso, prontamente se avecindó al animal; éste, entretanto, se esfuerza y entretiene contra las tablas, desde donde los muchachos y chulos lo desazonaban con gritos y muecas que aumentaban su exasperación. Huye entonces de ahí, y da al paso con el hombre del ahondado semblante que, si no fuera por su mirada intensa, que,

indudablemente, se fijaba en lejanos mirajes, parecería que nada aguardase de la vida.

Quiere el toro, como de una ojeada valorando á su enemigo, desviarse en su acometida, pero la capa amarilla del torero lo llama... é inminentemente, de un solo impulso, dirige hacia allá su ciego instinto... ¡Tan sólo con su aliento le levantará... parece! No obstante, el animal, al sentir en sus cuernos el roce de la capa, vuélvese una y treinta veces... y orienta sus arremetidas y acorta carrera, y deja rodar sus pezuñas, caminando como hierro adherido al imán de aquel trapo que lo fatiga y lo exardece, y que, en su fútil furia, lo priva del tacto. Y el torero, siempre tendidas las manos sobre las astas, lo hace ir y venir, recorrer el ámbito y descorrerlo, sin jamás desconcertarse, y siempre halagüeño y riendo de su victoria. Al fin, retemblando el circo por el acorde de aplausos y vivas que sobrevienen, y mareado el animal y descompuesto, arranca de esa especie de sombra que no ha podido hacer suya.

*
* *

Cruzan al través del toro, en escape, varios toreadores, deseosos de medirse con tan señalado campeador; pero, bravo de sí como era y desasosegado como lo habían puesto, aquellas *suertes* no fueron *cogidas*, gracias sólo á que el uno se escurría en la defensa, ó largaban en jirones, si no enteras, las capas los otros, para que las despedazase el bruto con sus manos y con sus astas.

Pendían aún de los cuernos algunos trozos de estas sisas descaradas, y terminaba el *bicho* su gira de extorciones y corvetas, llegándose á donde su verdadero ad-

versario y triunfador, á quien colmaban todavía los delirios del entusiasmo popular, cuando el torero, percibiendo el conocido rumor, se apercibe á nuevos lances.

Ya el animal se estrella en la capa y la sigue, y mueve su cabeza terrible entre sus pliegues, inclina las astas, las encumbra, mira á su contendor, se abalanza... ¡lo atravesará! ¡es tan violento el asalto!... Empero, y por la inversa, rehúyese lejos y aturdido. Tras de él va el toreador... conócelo el *bicho*, recóbrase y lánzase rápido sobre él (pudiendo pensarse que va á aventarlo así como al polvo de la arena)... Mas, estúpido y tembloroso, se detiene ante el de los ojos negros... que, echada al hombro la capa, se ha plantado sereno é impávido, y también riente y compasivo delante de la fiera subyugada. Fué tan grande la furia de ésta, seguramente, y tan enajenada estaría, que no se convenció de ser tan fácil saciarla... se detuvo, pues, y huyó en seguida de su presa. El torero, sabido y experto lo bastante, debió tener intuición del estado de su enemigo, pero si esta confianza hubiera sido errada ó menor la fascinación del bruto, el desenlace se habría llenado en el aire y en la eternidad para el hombre, y en revuelcos y en amasijos de sangre para el cadáver.

***

Esta última y grandiosa suerte habíase consumado todo lo más inmediato de la barra y del palco que ocupábamos, como si un secreto empeño obligase al torero á allí puntualmente anonadar á su adversario. Y, en efecto, no otra cosa que un *mandato* fueron todas las incidencias y juegos cumplidísimos que aquél empleó en su aventura.

Allí, en las lunetas y en el intermedio de nuestra vista y la arena, había preocupado nuestra mirada, y mucho nuestro interés, una joven alta y morena, dotada de ojuelos y de facciones bellísimas, llena en formas todo lo correcto y agraciado que se aviene con un tal matiz y una esbeltez cumplida; de esos hechizos, es un decir, que aún en el más apagado de los momentos nos hacen despertar y que nuestra mente acoje en sus horas, y que locos idealizamos después, en los instantes de vida felices que nos asaltan cuando circunstancias y suaves situaciones nos rodean. Un reluciente traje negro ceñía su talle, y sombrero, no menos elegante, y negro también y coronado de plumas azules, guardaba sus trenzas oscuras, abundosas y lucidas.

* * *

En el principio la vimos alegre y decidora, empalideciendo sí á ratos á los primeros sucesos de la corrida, y procurando ahuyentar sus preocupaciones indudables. Ya cuando iba á torearse por los de á pie y quiso subir á su asiento para dominar mejor el teatro, notámosla que vacilaba, marcándosele una intensidad de vista muy constante; tiritaba entonces también y los latidos del corazón ondulaban su pecho; pareciéndonos que habríamos oído sonar sus sienes y su garganta al haber estado inmediatos, tal era el flujo aceleradísimo de su sangre.

En ese momento, una de sus manos se cerraba temblorosa, escondiendo un pañuelo finísimo, y la izquierda descansaba en la vara de una sombrilla, prestando así sostén á su cuerpo vacilante. No podía dudarse que algo y mucho de especial tenía para ella el torero de ojos re

negridos, que, por su parte—aun en medio de los azares de sus lances—podía sustraerse al peligro y fijar su mirada ansiosa en nuestra bella vecina.

*
* *

Cuando la mujer advirtió que iba á verificarse la atroz hazaña que hemos apuntado, púsose violentamente transparente, alargó más su mirar, humedeciéndosele los ojos y echándose cansada en el hombro de su hermano, que al lado tenía. ¿Estaría aterrada de su temeridad, de su supina exigencia? ¿Por qué, si no, á momentos se le aletargaba la respiración y cuando, ella suspensa, y él y el toro extáticos se detuvieron, ahogó un grito en sus labios? Y por qué tan agitada estuvo al tiempo del premio, que, así como si se descargara de una culpa, lanzó —junto con los aplausos del público—á los pies del toreador: el pañuelo de que hemos hecho mención?

Pero perdonémosla, que ya estaba absuelta por su adorador, el torero, que recogió el regalo—casi desposeído—y lo besó, y quitándose el casquete saludó á la dama, dejando ver en su rostro la conmoción y regocijo de su alma.

Subió en seguida á las graderías, discurriendo entre las miradas de todos y allegándose á la encantadora mujer, que se había desplomado en fuerza de las emociones sufridas. Junto á ella, y en su acortamiento natural, quiso hincarse, mientras, reteniendo al brazo la capa y en la mano su gorra, hacía ademán de besarla en la mano, que estrechaba conmovido. Desanudando después el pañuelo, puso al dedo del corazón un anillo, aislándose premiosamente en una conversación que de-

seaba ser viva, y que nos reveló todo el drama de que habíamos sido testigos inconsultos.

*
* *

Veo á muchos lectores y á algunas lectorcitas amables, que habrán querido correr su vista por estas líneas, indignarse interiormente y condenar como cruelísimo el capricho de la dama de los toros. Aquéllos ¿querrían guardarse para juzgar cuando, en otro rol que en el de la juventud, sean dueños de dirigir en sus cariños á algunas jóvenes que sean sus hijas? Y nuestras bellas de ojos martirizantes, que todavía no se han contagiado por el orgullo y unos consejos que contraríen sus aspiraciones ¿podrían medir los estragos que las travesuras, los desdenes fingidos y la altanería hacen en sus adoradores? Resolved vosotros mismos: el dilema es sencillo ¿cuál será mejor? morir pausadamente, de un morir sin fin y acongojado por sinsabores sin cuento, como son los que traen aparejados la vanidad y la coquetería, ó la muerte instantánea á la vista del sacrificador amable, y cuando el desenlace es pronto, además, y bueno, sea por el descanso del sepulcro ó de la felicidad sublime y á tanto precio adquirida, los brazos del ideal soñado, cual aconteció al torero?

*
* *

De entre los aplausos febriles que hazaña semejante mereció, y en cuyas digresiones hemos distraído las anteriores líneas, se oyó el toque-señal de cambiarse de escena. Viene la suerte de los banderilleros—vestidos también del traje conocidísimo de los toreadores—y

de menos las capas y armados cada cual de dos arponcillos, encubiertos de papel sus apéndices ó mangos. El desempeño de éstos se llena posando á la vez las dos banderillas en la cerviz del animal, para así más exasperarlo y presentarlo en punto á la espada del matador.

Llegado el momento, dos banderilleros se avanzan en la escena, impacientemente atisbada por los ojos desasosegados del toro. Éste corre hacia el primero que se ha destacado adelante, así como saludándole con vaivenes violentos de su cabeza, y sin pisar en tierra, y encorvado el lomo, gacha la cerviz, y á ratos alzada con tensión... y desde lejos contra él se lanza también el banderillero, rehuyéndole el cuerpo, por delante sus pequeñas armas; y, pasando por entre las astas sus brazos y arqueando el cuerpo, posa á ambos lados del dorso las banderillas, que se desenrrollan luciendo sendas estrellas de Chile, y haciendo que el toro se enardezca más, y que resuelle, y bufe y huya...

*
* *

Á otro lado de la plaza el otro banderillero se apresta á practicar lo mismo. Y ya en su rueda de cabriolas se le aproximaba el embanderillado animal. Junta el hombre las manos y los embelecos que retienen, escabúllese un tanto—porque no le toque la línea que en sus ataques trae la fiera—emprende vuelo después, suspende sus brazos y sus armas de papel, introduce aquellos al círculo que forman las astas, é hinca los espigones, inmediatos a los que flameaban ya, pero, desgraciadamente, da al suelo del roce que del animal en las corbetas le ha alcanzado.

Ladéase á esto el *bicho*, salta al que yacía en tierra, quiere clavarle sus astas, remécelo con el hocico, escarba, brama, vuelve á saltar al que parecía muerto; le hace rodar, lo remueve con las manos, olfatea, alza la cabeza, mira al frente y endilga contra los chulos y toreadores que han salido en auxilio del caído; y enrédase con esto en una de lances y arremetidas, quitando algunas capas, destrozando otras y haciendo cogidas que revuelcan y desatientan á los infelices socorredores.

*
* *

Los diferentes gritos y manifestaciones son acallados por el toque á muerte decretada contra el toro que, furioso y sin tino, corría por la arena, otra vez despoblada. Soria, el favorito del pueblo, había de ser el matador, y, al efecto, salvaba ya la barra ofreciéndose á las aclamaciones frenéticas de la multitud. Primero enderezó sus pasos al frente é inmediación del palco de los directores de la fiesta, para que, conforme á usanza, le permitieran tender con su espada y dar descanso á la *fiera*. Arroja en seguida á tierra el casquete que cubre su pelo ensortijado, para así tener más vista, y dejando ver, además, el rico y estrecho traje que le cubre, los recios muslos y curbaturas y nervios que le auguraban una fuerza no distante de competir con el animal; y si á más, le acompaña una inteligencia y un alma templada y de ejercicio, no era temible siquiera el resultado.

Con menos desconfianza, pues, veíanse, en el desierto campo, silencioso y circuído ya, también, por el silencio, á los dos campeones. Se merecían el uno al otro; y la rabia y la fuerza por un lado, y de otro la fuerza también

y el reposo, daban paridad á los contendores; el de menos tino, si no el de menor inteligencia, sería la víctima en aquel duelo en que ya se careaban los adversarios. El *espada*, andando despacio y no apartándose de la sombra, disponía la muletilla salvadora y bajo ella el acero, á ambos asiendo con su mano izquierda. Á otra parte el toro, insaciable en su furor, destrozando las tablas y queriendo colarse por todos los resquicios que formaban. Pero poco tarda en reparar en su adversario: desecha entonces su inútil afán y viénese desalado sobre Soria; espéralo éste y déjalo que en su carrera pase adelante—á pie tranquilo lo aguarda á que vuelva y que embista una, cuatro, seis y diez veces... es sólo en la muletilla donde caen las astas; quiere amainar la fiera, provócalo á ese momento el *espada*, y se suceden interminables acometidas y lances que persuaden tal vez al animal de su vanísimo empeño, y exhala en opuesta dirección.

*
* *

Correspondía aquel á las aclamaciones del gentío, cuando se le advierte la cercanía del toro; lo tiene ya á su espalda, y viene desatinado é irguiéndose y hendiendo el aire, caminando con sus astas en muestra de ataque. Vuélvese entonces el *espada* y avanza y cierra la distancia que los separa, y confunde á su cuerpo, y al trapo, y al toro en una nube, y en una masa de que á ratos se destaca limpia y ágilmente.

Échale al fin sobre las astas la capa para precisar el duelo, carga el animal con esfuerzo loco, retrocede el hombre en lances marcados y sucesivamente; inclina el cuerpo después, escurriendo el acero de debajo de la

muletilla, brilla, centellea al sol; dobla el codo derecho, echa atrás el brazo de esta mano, inclina más el cuerpo, y pone hacia abajo y á su extensión el brazo izquierdo; obedece el altanero animal á esta insinuación que lo llama á tierra, doblegando su cabeza y humillándola y, ya cuando creería que se le entregaba su competidor, recibe el golpe... flaquea en sus rodillas, las dobla, vacila un instante y se rinde pesadamente en el suelo, como si instantáneamente hubiese apreciado la superioridad del hombre, y se acostase á sus pies; pues, ni sangre ni cosa alguna acusaba la muerte que, atravesándole el corazón, le dió el *espada* y casi sin que se le viera, y en menos tiempo todavía del que se gasta en verlo, pues fué uno atronar el aire los aplausos y estar aún la espada reluciendo y en pie el animal.

Venían después los arreos de arneses y caballos que arrastraban fuera del recinto de combate al infeliz toro, inmóvil después de tantas manifestaciones de vida.

*
* *

Finalizan todas las corridas, los llamados *toros embolados*, que así se designan—no porque, como en el teatro, sea esta parte de los juegos una petipieza insulsa y deficiente—sino, al contrario, la más graciosa de los divertimientos con *bichos*. Tiene lugar cuando el ánimo de la gente, ya hastiado y harto de emociones y asperezas, respira tranquilamente y se disponen todos á abandonar el circo con la bulliciosa algarabía que el apresuramiento de salir y los comentarios de la fiesta obligan.

Á este tiempo la plaza—donde se ha vaciado la chamuchina, presenta un aspecto así como de hormiguero:

pulula en ella, despacio ó corriendo, toda esa gente menuda, y lista, y ágil lo bastante para que el toro—con astas despuntadas y no con bolos, como su nombre de *embolados* podría indicar—no los coja en las cien y mil arremetidas que, discurriendo por el campo, hace en todo sentido, como si quisiera limpiarlo de molestos huéspedes.

Desde que asoma del toril es aclamado el *bicho* y recibido con risas por las cogidas y traspieses que da y hace dar á los primeros en presentarse; después arrecian *las carreras* cuajándose la barra y la defensa central de los que á ellas se acogen en sus sustos. Salen después otros, y cien más y provocan de lejos al toro, y los barre éste, y escapa... allá repartiendo porrazos y trompadas, y siempre exhalado y aturdido, hasta que al fin se le lleva á *la querencia*, no habiendo ocasionado más destrozos por lo vaguido y estúpido que lo ponen tanta grita y tanto fantasma que lo cercan y que se desvanecen.

*
* *

Hay también una especie de fantasmas verdaderos que lidian con los toros y que, velando una arma traidora, remedan perfectamente al país que hace tales inventos. Hablamos de los *monos dinamitas* que, vestidos convenientemente y con adefesiosos trajes, son colocados en medio de la arena para que el toro que—deslumbrado y en atufo corre el campo—dé con ellos atrevidamente, desplomándose sí los tales muñecos pero cayendo también el más noble adversario herido de un golpe en la cerviz que una porción de dinamita que alojaba el cuerpo del figurón—al reventar por el encuentro—le ha ocasionado, dándole la muerte.

Y en una treta parecida dieron los españoles, pero, indudablemente, no con dinamita, que á haberla, no habrían imaginado pintar en alegoría tan cruel á San Martín y á lord Cochrane, sus enemigos, y á quienes representaron en dos fantasmones que llamaron el *Porteño* y el *Cluecón*, correspondiendo el orden apuntado arriba á uno y otro héroe, y á los cuales expusieron valientemente y en clara plaza á la saña de los toros que acorralaron los soldados del regimiento realista «La Concordia» para las muy célebres corridas de ese tiempo.

En el trasunto que de una corrida de toros hemos querido hacer, no se han mencionado las *banderillas de fuego*, á las cuales se recurre para exasperar á los *bichos* reacios y mansos en demasía; estos cáusticos, que se introducen en el lugar de la crin del animal, lo ponen naturalmente fuera de sí, y lo disponen á los demás episodios á que han de someterlo.

*
* *

Pero despidámonos del Acho, del cual tal vez por demás nos hemos ocupado, distrayendo, con sus inacabables relaciones, tiempo y páginas que debieron llenarse por otros con mejores y más ligeras líneas; de aquel sitio que ha palpitado con más dolorosos quejidos y emociones quizás que un campo de batalla, porque allí no existe la paridad ni el egoísmo justo que se posesiona de los que campean en las arenas de Marte. El anfiteatro de los toros es un campo de desgracias en que lo que mejor alienta es la ambición ó una gloria desatinada, y, si no esto, el lucro y la sed de conmociones de un pueblo naturalmente en desquicio.

La tauromaquia será un arte ó ciencia tal vez, pero que no se corona de ninguna de las ventajas de aquellos sostenes de la humanidad. Mucho enseña el teatro, algo el *circo* y casi todos los espectáculos populares; pero una corrida de toros es sencillamente una barbarie en la cual nada se aprende, si no es volver salvaje al hombre. Aquí, éste se abandona, se deja coger de las impresiones violentas que se suceden en la corrida, sin ningún modo de pertenecerse á sí mismo; casi se reduce á un bruto en sus instintos, pues su alma se está batiendo toda entera contra la ferocidad más desarrollada; participa de las peripecias, viva al toro, denuesta al toreador, y no quiere más desenlace que la sangre; y si ésta tarda en venir y es manso el toro para no hacer peligrar al torero, se exalta y se enfurece. Y en definitiva, desocúpanse las graderías y palcos sin haber adquirido algún lleno el corazón y nada el alma, que va cubierta de sangre y de horrores.

*
* *

Dejemos, pues, el Acho con su historia de toros eximios, que murieron adeudando á la humanidad hasta once existencias preciosas; dejémoslo con su serie de corridas, en las cuales, cuando los *bichos* eran más bravos que los que vimos nosotros, se las componían para hacer en cada una de ellas víctimas á su furor.

Y olvidemos también los combates de osos y toros, que los hubo en lo antiguo, y en los cuales aquéllos hicieron suyo el teatro por la fuerza de sus aspas ó brazos terribles y de sus fauces.

Pero no; queda un corolario que casi nos atrevemos

a escribir en la frente de todo un pueblo como estigma de afeminación, y que, aún hoy al recordarlo, siempre nos indigna y apena dolorosamente. Decimos de un cierto combate de perros con gatos *monteses*, al cual, por medio de un programa que eso anunciaba, se nos invitó á asistir.

*
* *

Cualquiera que tuviese noticias de la valentía y encono con que saben pelear los animales últimamente nombrados, no podía menos de imaginarse que sería cosa de ver una riña entre ellos y perros *Bull-Dog*, corpulentos y de raza.

Fuimos, pues, al Acho, para distraer las horas ardientes de un día de los trópicos, y á más, prometiéndonos la expectativa que podía darnos la dicha fiesta. La plaza estaba repleta como en la más esperada corrida, y en medio de ella aparecía la jaula de nuestros embelesos, con corridas cortinas y ¿por qué no decirlo? tras de la tela, contemplándose por todas *las cabezas* á nuestras ariscas y bravías *güinas*, astutas y disimuladas afilando sus uñas é incisivos. Y ya saliendo del toril y en sendas jaulas rodadas, se nos dejó ver á dos perrazos de pode rosas tragaderas y mandíbulas; teníamos, pues, á la vista todo el personal: «gatos *monteses* y perros».

Nadie había que no vacilase en sus avances; la contienda iba á ser larga y difícil, decían todos, pero persona alguna señalaba á los vencedores; pensando los más atinados que, introducidos los *podencos* á la vivienda de las *güinas*, quedaría todo el campo como el de Agramante y sin que nadie sobreviviera; y otros, recelosos, temíamos que si el batallar era en plena arena, más de uno de esos

brincadores gatos se vendría á los palcos á darnos que divertir con sus uñaradas y mordiscos suaves.

*
* *

Pero, ya están inmediatas la grande y pequeñas jaulas, ajúntanse sus puertas, los perros son punzados para que tengan á bien pasar á la habitación de sus amigos, resístense, naturalmente, pero la cortesía... los precisa, y penetran en són de caza y con su dorso y cola tiesos. Descórrese entónces el telón y, al tener más luz, ármanse los perros, se engrifan, gruñen, clavan su ojos abarcando todas las rejas tachonadas de gatos—sencillamente caseros y de los más infelices—y que saltan y se adhieren al techo, y se sueltan, y se arrinconan, y se acervan unos sobre otros, y se esconden medrosamente á la vista de los huéspedes importunos y dañosos que se han colado en su madriguera.

Y como todo animal es cosquilloso, y todavía, el instinto de *ganar el quién vive*, hace empezar aquello: primero como juego de saltimbanqui por parte de los pequeños animalitos; y los perros, sin moverse y en guardia, y los gatos saltándoles á la cara, y al lomo, y á la cola, y queriendo defenderse uno á otro de las tarascadas de sus congéneres de cuatro patas.

En los principios de la embestida era tal la presteza y rabia de los gatos, y el irse y triscarse y atacar todos en pandilla, que se pensó que los ojos y orejas desaparecerían á los canes. Pero recalentados éstos, empiezan la de ellos, y con una tenacidad portentosa, cada bocada era un gato tieso y en convulsiones, que, renqueando después huía para *cobrar hígados* y ayudar á sus colegas

que iban perdiendo trecho notablemente, á pesar de sus escabullidas y brincos, que en un tris les dejaban alcanzar el techo y los rincones opuestos á los de la matanza.

*
* *

Sería todo obra de tres minutos, todo el tiempo mismo que tardamos en pasarnos por los ojos la mano para ver que no estábamos soñando y que no habíamos ido allí más que para presenciar una hecatombe gatuna.

Antes que de otra parte, de los lados que coloraban los trajes de nuestra tropa fué de donde se lanzó el grito de indignación y de protesta por tan colmada crueldad; generalizándose en seguida hasta atronar y ensordecer y hasta que se ocultó á nuestra vista aquel espectáculo desaliñado y torpe, arrancándose de la jaula por los trailleros á los perros cebados yá y llenos tambien de sangre.

Y ya era tiempo, que aquello horripilaba, y los bríos de la hueste menuda iban amainando, yaciendo largos y descuartizados por el suelo siete ó diez de ellos. Semejábasenos aquel batirse floja y desesperadamente, y los últimos maullidos y uñetazos de aquellos infelices, á las detonaciones postreras y á los apagados disparos de una guerrilla bizarra (¡que bizarros se portaron también los gatos!) que abandonase su campo desastrosamente cubierto de despojos.

Así, pues, el Acho sirve á los ensayos de la tauromaquia y también á los gatomáquicos desatinos.

José C. Larraín

CHILENISMOS

(Continuación)

Arreado, da. De *arrear*, estimular á las bestias perezosas con la voz, la espuela ó el látigo para que caminen, hemos formado el adjetivo *arreado, da*, dándole el significado de *flojo, tardío, lento, cachazudo*. "El peón es algo *arreado*", quiere decir que es necesario aguijonearlo constantemente para que trabaje. Suprímase, en consecuencia, el adjetivo apuntado y reemplázasele por cualquiera de estos últimos.

No debemos olvidar, por otra parte, que no hay tales *arreas* ó *arreos* de mulas sino *recuas* de las mismas.

Arremuesco. No es así el vocablo sino *arremueco*, anticuado, por *arrumaco:* "Demostración de cariño que hacen las personas con gestos ó ademanes. U. m. en pl."—Dic. de la Acad. Atribuímosle en Chile la significación de gestos ó contorsiones ridículas.

Arrollado (DE CHANCHO). Este manjar, compuesto de carne de puerco competentemente adobada y dispuesta en forma de morcilla gruesa, no debe ser desconocido en España; pero ignoro el nombre que allí se le dé; en todo caso, no será éste que usamos aquí, según el cual sustantivamos el participio *arrollado*.

Arritrancas. El señor Rodríguez trae este chilenismo que "denota todo lo que es superfluo é inútil en materia de adornos y dijes amontonados con poco gusto"; pero olvidósele estampar los términos castellanos equivalentes, que son: si se trata de adornos mujeriles, *perifollos, perendengues;* y si de dijes ú otra especie de adornos, *baratijas, chilindrinas, chismes*.

Arruma. «El Gobierno ha mandado poner á disposición del jefe de la alcaidía de aduana la suma de $ 1,500 para que atienda al servicio de *arruma* de mercaderías de los almacenes fiscales.» Hay que advertir sobre esto que no hay en castellano tal *arruma*, sino *arrumazón*.

Aspecto. «Fulano de tal tiene mucho *aspecto*», «la Zutana tiene poco aspecto»: así dicen algunas personas no desprovistas de mediana instrucción; pero hemos de convenir en que este empleo de *aspecto* es un disparate más que regularmente gordo. Lo que con estas frases quiere significarse es (traducidas al castellano) que «Fulano tiene *aspecto de mucha edad*» ó que «Zutana *aparenta poca edad*».

Atracar, atracón. *Atracar*, según el Diccionario, no tiene más significados que estos dos: 1.º «a. *Mar.* Arrimar las embarcaciones á tierra, ó unas á otras. 2.º fig. y fam. Hacer comer y beber á una persona hasta que se harte. U. m. c. r.» Por consiguiente, son exclusivas de Chile las siguientes acepciones que aquí les damos: 1.ª *acercarse, allegarse, arrimarse* á alguna persona ó cosa; y 2.ª *adherirse, asociarse* al dictamen ó parecer de persona determinada. *Atracón* no es, por lo tanto, *presión, opresión, empellón*, sino pura y simplemente: «Acción y efecto de atracar (2.ª acepción)».

Azafate es: «Especie de canastillo tejido de mimbres, llano y con borde de poca altura. También se hacen de paja, oro, plata y otras materias». En Chile se da generalmente este nombre al «plato grande circular ú oblongo, más ó menos hondo, que se usa para servir las viandas», y esto se llama *fuente*.

Azumagarse. Este verbo parece que es privativo de Chile, en donde le damos las acepciones siguientes: 1.ª *acedarse, avinagrarse, pasarse* los dulces ó las frutas; 2.ª *tomarse* los metales: y 3.ª *podrirse* la madera.

Balbucear aparece ya en la última edición del Diccionario de la Academia.

Baldequín. No es así sino *baldaquín*. Ni estará demás advertir á los que infieren por el sonido la procedencia de las palabras que ésta no viene del francés sino «de *Baldac*, nombre dado en la Edad Media á Bagdad, de donde venía una tela así llamada».—Dic. de la Acad. Me he propasado á dar la etimología de este vocablo porque algunas personas lo pronuncian á la francesa *baldaquén*. Gente es ésta para la cual no existe más idioma que el francés y que hasta los nombres alemanes ó rusos los pronuncian como si pertenecieran á aquella lengua: no pueden hallar un diptongo en *au*, sin que lo conviertan en *o*, y á *Monlau, Dalmau*, apellidos catalanes, los nombran *Monló, Dalmó;* no

escribirán por nada *Bu-Abdil*, *Bu-Amema* sino *Bou-Abdil Bou-Amema*, como si el castellano necesitara de esa combinación *ou* para darle á la *u* su natural sonido. Por cierto que para los tales, todos son *monsieur*, aunque el individuo de que se trate sea inglés, alemán ó italiano.

Ya que hablo de este punto, y pues viene muy á cuento, voy á transcribir un párrafo del capítulo que la *Gramática de la Academia* dedica á los *vicios de dicción*. Dice que, entre otras cosas, es barbarismo: «Escribir vocablos de una lengua extraña, con letras empleadas por otra lengua para representar el sonido de los signos originarios, cuando á ellas no corresponden las de nuestro idioma. Los franceses, que en su alfabeto no tienen la *j* súplenla con la *kh;* y escriben, por ejemplo *khedive*. Siendo *jedive* la voz persa, y teniendo nosotros la letra *j*, hacemos mal en decir y escribir á la francesa este nombre, cuando podemos y debemos decir y escribir *jedive*. Entiéndase lo mismo de *coolee*, en lugar de *culi*, siervo; *Aboul-Hassán*, que ha de ser Abulhasán; Montes *Ourals*, por Montes *Urales*, etc.»

Barbaridad, bárbaro, ra. Abusamos de esta palabra y de otras semejantes, como *espantoso*, *terrible*, etc. con notable perjuicio de la riqueza y propiedad del idioma. ¿Se trata de un individuo muy rico? es un *bárbaro*, tiene una *barbaridad de plata*; ¿es, por acaso, muy hábil?—pues, si es un *bárbaro*; ¿está un mozo muy enamorado?—lo está, de seguro, *terriblemente*, y así como éstas muchas otras frases. En un diario de reciente fecha he leído: «Tiene una fama *espantosa*, lo mismo en Roma que en las provincias». Cualquiera diría que se refiere á un bandido; pues, no señor, se trata de un excelente sacamuelas, de portentosa fama.

Cuán vituperables sean tales resabios se comprende fácilmente al considerar que ellos reducen el caudal del idioma con mengua de su propiedad y elegancia.

Barbecho. ¿Qué cosa mas corriente que oír esta frase: «Fulano *firmó en barbecho*»? Sin embargo, basta fijar en ella una mediana atención para conocer cuán grande es el desatino. *Barbecho* es el campo preparado para la siembra, y claro es que á nadie se le ha de ocurrir la estrafalaria idea de firmar en él: la frase, tal cual aparece en el Diccionario, es: *firmar como en un barbecho*, que equivale á «hacerlo sin examinar lo que se firma»; comparación muy natural é ingeniosa.

Barbolla, barbollar, barbollón, na. Dígase: *barbulla*, *barbullar*, *barbullón*, *na:* vocablos que envuelven la idea de ruido, voces y gritería de los que hablan á un tiempo confusa y atropelladamente.

Barquinazo. Esta palabra, según nuestro lenguaje corriente, significa el *salto*, *vaivén* ó cualquier otro movimiento irregular y súbito de

un carruaje, carro ú otro vehículo como también las cabezadas de una embarcación.

La propia acepción de *barquinazo* es la de *baquetazo*, golpe dado con la baqueta.

Barreal es mal dicho; pero no así *barrial*, aunque la Acad. le antepone la nota de anticuado: el vocablo común es *barrizal*.

Barrenear. Sobra una *e;* dígase *barrenar*.

Barreno. Este nombre le suelen dar muchas personas á la idea que se les fija á los locos y aun, á las veces también, á los que no lo parecen. Esa tenacidad é insistencia en algún pensamiento ó propósito determinado es lo que se llama en castellano una *tema*.

Barriguera. Así llaman muchos á la *cincha*: no existe tal palabra ni hay de ella necesidad.

Barrilete, por cierta especie particular de *volantines*, de forma casi triangular, aparece en el Dic. de la Acad. con el propio significado de *cometa*. El Dic. del señor Rodríguez lo incluye como chilenismo.

Bayonesa. No de otra manera llamamos en Chile al manjar, de todos conocido y tan sabroso como indigesto, cuyo verdadero y legítimo nombre es *mayonesa*. Viene de *mayonnaise*, voz francesa derivada «de *Mahon*, ciudad de las Baleares tomada por Richelieu. De modo que debiera decirse *mahonesa*, como en Francia se ha propuesto también alguna vez. La conversión de la *h* en *y* ha debido ser efecto de la ignorancia de los cocineros que han corrompido varias otras voces». *Dic. francés-español* de Fernández Cuesta.

Bocascalles: mal formado plural, corríjase por *bocacalles*. Ejemplos citados por Cuervo: «Todas las *bocacalles* y puntos importantes fueron ocupados por los franceses.» (Toreno, *Historia*, lib. II; ítem, lib. V.)

> «Pero en rejas, balcones y terrados
> y en *bocacalles* con estruendo sordo
> se apiña y forma grupos y racimos.»
>
> (Don Ángel de Saavedra, *Moro expósito*, rom. XII
> ítem, *Una antigualla de Sevilla*, rom I.)

Boca-toma. Vocablo formado de la palabra castellana *boca* y del chilenismo *toma* por *brazal*, *caz*, *cauce*, *canal;* y significa la «abertura ó boca que se deja en la presa de un río, para que por ella salga cierta porción de agua destinada al riego ó á otro cualquier fin». (Dic. de la Academia), esto, precisamente, es lo que se llama en castellano un *bocacaz*.

Bocina por *trompetilla*, trueque muy común en Chile; hé aquí lo que sobre ello dice don Rufino J. Cuervo: «Por una curiosa trocatinta

nuestros sordos usan de *bocina* para *oír*, cuando mejor les estuviera tomar una *trompetilla*, ó dejar la bocina á los desventurados que han de lidiarlos, á fin de que puedan esforzar la voz, y satisfacer á gritos su insaciable fastidiosa, curiosidad.» *Apuntaciones críticas*, núm. 490.

Bochinche, bochinchero, ra. Estas palabras, con la propia significación que aquí les damos, aparecen en la última edición del Dic. de la Academia, aunque con la nota de americanismo.

Bofetear. No hay tal verbo sino *abofetear*.

Boleto, boletería, boletero, ra. Ninguno de estos vocablos se registran en el Diccionario, sólo se encuentran *boleta* y *boletín*, ambos con significaciones semejantes á la que damos aquí á *boleto*. *Boleta*, 1.ª acep., «Cedulilla que se da para poder entrar sin embarazo á alguna parte»; *Boletín*, 4.ª acep., «Cédula que se da para entrar en un teatro ó diversión».

Sin embargo, *billete* es el nombre propio de la «tarjeta ó cédula que da derecho á entrar en un teatro ó en otros sitios, ó á ocupar en ellos determinado asiento ó localidad».

Billetes y no *boletos* deben, por consiguiente, llamarse las tarjetas que dan derecho para viajar en los trenes.

Bolinero, ra. De *bolina*, que, entre muchas otras acepciones, tiene la de «ruido ó bulla de pendencia ó desazón», hémosle formado una significación especial á este adjetivo, cual es la de *turbulento*, *pendenciero*, *metebulla*, *etc.*

Sin embargo, es término de marina únicamente, y se dice del buque que tiene la propiedad de navegar bien de bolina.

Bolsero. Este adjetivo aparece en el Diccionario de Chilenismos; pero olvidósele al autor advertir que las voces castellanas equivalentes son *gorrista* y *gorrón*, adj. «Que tiene por hábito, comer, vivir, regalarse ó divertirse á costa ajena. U. t. c. s.» *Diccionario de la Academia*. La frase fam. *de bolsa* debe sustituirse por las castizas: *de mogollón*, *de gorra*, «m. adv. fam. A costa ajena. U. con los verbos, *andar*, *comer*, *vivir*, etc». Dic. de la Acad.

Bombástico, ca, adjetivo que, sin duda, hemos derivado de otro chilenismo *(bombo*, por *ostentación*, *bambolla)*, sirve comunmente para calificar el lenguaje ó estilo *enfático*, *ampuloso*, *hinchado*, de algunas personas, ó sus maneras ó ademanes *presuntuosos* y *entonados*. Ya se comprenderá que el vocabulillo éste es sobre inútil mal sonante.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO

(Continuará)

RESUMEN DE LAS ACTAS

DE LA ACADEMIA VENEZOLANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Puesto que en calidad de secretario perpetuo de esta Academia es deber mío leer hoy un resumen de las actas de los dos últimos años transcurridos, trabajo tan árido por su naturaleza cuanto penoso por mi insuficiencia, séame lícito esperar bondadosa tolerancia de la amabilidad de los que me oyen; quienes, una vez que termine mi desmañada tarea, hallarán indudablemente solaz y deleite en el discurso del académico á quien toca esta vez subir á la tribuna.

Poco placentera tiene que ser para mí en la presente ocasión la lectura del resumen de las actas.

¿Podría yo, señores, olvidar las penas y vicisitudes de la corporación? ¡Inescrutable misterio el del humano destino! Como flor que en un día nace y muere, así pasa entre los hombres todo lo que luce y encanta: alegría, fortuna, felicidad, gloria! Sólo el dolor es eterno en este mundo! De lo íntimo del corazón lo sabemos nosotros.

Regocijábase la Academia en octubre de 1884 con motivo de la incorporación de dos de sus individuos, los señores doctor don Eduardo Calcaño y don Marco Antonio Saluzzo, y ya en noviembre del mismo año se sentía hondamente lastimada...

La muerte, esa inexorable niveladora de la humanidad, que, como bellamente expresa el lírico cliente de Mecenas, penetra al igual en el alcázar del poderoso y en la cabaña del humilde labriego, ha visitado por vez primera á la Academia Venezolana; y sólo Dios, que desde su trono inmutable esparce al hombre en todas las regiones del universo, y le ve pasar, en el discurso de los siglos, como un torbellino de arena; sólo Dios sabe por cuál motivo, apenas al comienzo de nuestras difíciles labores, nos priva de uno de nuestros compañeros más esclarecidos por su talento, saber y experiencia. Refiérome á la muerte del señor coronel don Antonio Leocadio Guzmán, acaecida en 13 de noviembre de 1884, á las 11 y 23 m. de la noche. No pueden tener cabida en este breve relato las extensas apuntaciones biográficas de tan calificado personaje; empero sí ha de tenerlo el recuerdo fraternal de las calidades literarias y los indisputables merecimientos que en 1870 impulsaron á la Real Academia Española á nombrarle individuo correspondiente en Venezuela.

. . . . . .

Para ocupar el sillón vacante fué nombrado, con aprobación de la Real Academia Española, el señor Magistral doctor don Manuel Felipe Rodríguez, hoy obispo de Guayana, cuya recepción tendrá efecto el día 31 de octubre.

No menos infortunada que esta corporación ha sido en estos dos años anteriores la Real Academia Españo-

la. Cuatro de sus egregios individuos de número han sido también llamados por decreto de la Providencia: don Antonio Benavides, á quien ciñó laureles y levantó duradero pedestal la *Historia de las alteraciones de Aragón;* don Agustín Pascual, tan eminente botánico como docto conocedor de las lenguas del norte; don Cándido Nocedal, que había hecho de la tribuna trípode sagrada, desde la cual fulminaba, como la antigua pitonisa, la terrible elocuencia de su verbo; y por último, don Antonio García Gutiérrez, corazón caballeresco, poeta eximio, que tiene conquistada la inmortalidad con sus excelentes dramas *El Trovador* y *Venganza Catalana.*

Como duelo propio graduó también la Academia Venezolana la prematura muerte de S. M. el rey don Alfonso XII, quien, sobre regir los destinos de la madre patria, se distinguía por su espíritu liberal y su entereza de alma, por su saber y por la protección decidida que prestaba á las letras castellanas.

En este, como en los demás casos de que acabo de hacer memoria, hemos cumplido nuestros deberes fraternales para con la Real Academia Española.

Á fuerza y con placer ha continuado la corporación en el estudio de voces y de modos de hablar usados en Venezuela, ó con propiedad traídos por autores clásicos, y que no contaban en nuestro léxico; y bien que no pretenda ella hacer vanidad de su perseverante labor, en la que habrá podido ser deficiente, séale perdonado manifestar que siempre que ha sido posible ha acompañado á cada voz la autoridad de un escritor señalado por el discreto y hábil manejo de la lengua.

Casi todos los señores académicos asistentes á las

juntas en estos dos años anteriores, han cumplido con el deber de compartir tan ímprobo como laborioso trabajo; pero justo es decir que la mayor parte de las cédulas que nos han ocupado corresponden á los señores don Manuel Fombona Palacio, don Felipe Tejera y el secretario perpetuo de esta corporación. Motivos de delicadeza me obligan á silenciar las numerosas cédulas de etimologías remitidas por el mismo funcionario á la Real Academia Española. Diré sólo que oportunamente rectifiqué la etimología de las voces *alfajor* y *curiara:* del árabe *alhachou*, forma *alfaxur*, la primera; y la última del caribe *kuliala*, forma chaima y goagira *kuriara*.

La Real Academia Española, que ha tenido la fineza de recibir con benevolencia los trabajos de su hija la de Venezuela, señalará, con el acierto propio del entendido, las voces á que habrá de dar cabida en el Diccionario de la Lengua; mas paréceme indudable que no ha de negársela á las indígenas significativas de objetos ó cosas nuevas, tanto porque no tienen equivalencia en nuestro idioma, cuanto porque son uno como espejo de las conquistas y progresos de las armas castellanas; además de que, si el tener una lengua vocablos que con una misma significación apenas se diferencian en la forma, no es perfección sino defecto; el tenerlos para toda cosa, y aun el tener varios distintos para una misma, siempre que se conformen al genio y carácter propios, constituye riqueza y aun es gala inestimable.

Acerca del término *concuñado*, leyó en junta una disertación el señor doctor don Aníbal Domínici; y otra el señor don Felipe Tejera, sobre las acepciones de las voces *fruto* y *fruta*. La Academia, que en los trabajos de sus individuos deja, como es lógico, á cada uno toda la res-

ponsabilidad de sus ideas y opiniones, oyó la lectura de aquéllas, y acordó enviarlas á la real corporación española, á fin de que tan ilustre senado decidiese, en su mayor saber, respecto de las observaciones de dichos señores académicos.

Ocasión han dado, naturalmente, á prolijas discusiones, algunas veces, definiciones y modos de hablar, como que en el seno de este cuerpo, compuesto de seres humanos y, como tales, falibles, luchan y tienen que luchar distintos pareceres y opiniones diversas, si bien todos estamos de acuerdo en que nos corresponde cuidar de la propiedad del idioma y vigilar por la conservación de su pureza.

¿Cómo aceptaríamos, por ejemplo, las voces *curtiembre* y *curtimbre* en la significación de *curtiduría* ó *tenería*, vocablos castizos que sería locura posponer y relegar al olvido?

Sin duda que es más fácil tarea la de corromper y destruir un idioma, que la de estudiarlo y hablarlo con propiedad y pureza, motivo por el cual son tan pocos los maestros y tantos los corruptores. Mas para que una Academia acepte una voz que, además de no ser de uso universal entre los que hablan la lengua, tiene en ésta castiza equivalencia, preciso es que en el estudio regular se compruebe lo legítimo del abolengo y la completa conformidad con las reglas de derivación y con el genio que da forma sustancial al idioma; porque de otro modo tomaría la corrupción tal desarrollo, que en tan errada labor obtendríamos por único fruto una repugnante mezcolanza de vocablos heterogéneos, una verdadera adipocira del habla incomparable de nuestros mayores. Que el castellano tenga los términos *urdimbre* y *urdiembre*,

no sería razón y motivo para que prohijásemos los vocablos *curtimbre* y *curtiembre*. La desinencia *bre* de nuestros sustantivos, cuando no corresponde á voces que en latín terminan en *men* ó en corrupciones naturales de las desinencias *per*, *prum*, y otras semejantes, entra á formar palabras que, ó se toman en abstracto y denotan condición, causa ó circunstancia, como *podredumbre*, *herrumbre;* ó tienen una significación pasiva, como *undimbre* y *urdiembre* (de urdir), y *timbre* (de timbrar); y ni en uno ni en otro caso podría darse á *curtimbre* ó *curtiembre* el significado de un sustantivo concreto y activo como *curtiduría* ó *tenería*, que expresan propiamente el sitio ú oficina donde se curten y trabajan pieles. Por igual modo sería improcedente que recomendásemos la adopción de vulgaridades como *entrépito*, *zuzar*, *pelarse*, *pintón*, *dispendiar*, *sarpullo*, *bullaranga*, *acarreto*, *rollete*, *redondillo*, *jorungar*, *rolo*, *pueblada*, *cachetada*, *herver*, *hendir;* que son en buen castellano: *entremetido*, *azuzar*, *equivocarse* ó *errar*, *pintojo*, *despender*, *sarpullido*, *bullanga* ó *bullaje*, *acarreo*, *rodete*, *redondel*, *hurgar*, *rodillo*, *poblada*, *cachete*, ó *bofetada*, ó *bofetón*, *hervir*, *hender*.

Pues con semejante menoscabo, lejos de propender á que se sigan las huellas de los Luises de León y de Granada, de Cervantes y de Sigüenza, de Garcilaso y de Rioja, no haríamos cosa mayor, sino fomentar la incuria de los escritores, y contribuir, incurriendo en reparable nota de refractarios, á corromper el gusto y degradar el idioma castellano.

De mayor utilidad y provecho para nuestros conciudadanos sería que concurriésemos á desterrar semejantes ridículas extravagancias, que me avergüenza tener que repetir en este santuario.

Dos maneras de remedio se nos ofrecen en nuestra sabia institución, en la cual debe ver el país, por una parte, eficaz cuidado y vigilancia en el cumplimiento de nuestras obligaciones; y por la otra, ejemplo; porque, por lo uno se puede atajar el mal con obras como un buen diccionario de barbarismos, de modos vulgares y de frases incorrectas, que lleven en yuxtaposición sus equivalentes castizos; y por lo otro se despierta emulación y buen gusto con modelos perfectos del habla castellana. Obligados estamos á tan útil como penosa labor, porque así como el varonil idioma castellano, representante del carácter y de las glorias de la raza española, es acreedor á nuestra vigilancia y defensa, así le somos deudores de tales trabajos y sacrificios. Y no estamos menos obligados para con la Academia Española, porque justamente obliga quien nos protege y ensalza, y nos constituye en una como arca de su fe y de sus mandamientos. Horas menguadas pudieran sobrevenirnos, es verdad, en empresa de tamaña magnitud; pero ni hay en este mundo, frágil y perecedero, gloria sin sacrificio, ni obra alguna meritoria hace el hombre para la cual no le sea necesario grande esfuerzo; sobre que es sólo de ánimos viriles y elevados sobrellevar penalidades y remover estorbos.

Preocupado con tales ideas, y creyendo menester educar el gusto literario de la infancia, acostumbrándola desde temprano al acertado manejo de la lengua con la lectura de buenos modelos, propuse en junta de 15 de enero de 1885 la formación de un libro con trabajos de escritores clásicos españoles, desde los romancistas del siglo XIV hasta los modernos prosadores y poetas, entre los cuales se incluría á los literatos venezolanos á quienes la Academia juzgase merecedores de ser segui-

dos é imitados; empero, como quiera que las escuelas públicas tienen un texto oficial de lectura, aunque de instrucción moral únicamente, mi ilustrado compañero el señor Tejera, basándose en la indicada circunstancia y en dificultades de otro linaje con las que, á juicio suyo, hubiera de tropezar el Cuerpo, combatió la proposición; la que resultó al fin desestimada por cuatro votos contra uno.

Vese, por lo que acabo de decir, que en estos dos años anteriores no han sido á las veces muy concurridas, que digamos, las juntas de la Academia Venezolana. Á la ausencia de los señores general Guzmán Blanco, don José Antonio y don Eduardo Calcaño, don Rafael Seijas, don José María Rojas y don Eduardo Blanco, y á la del señor don Jesús María Sistiaga por sus continuados padecimientos, hase agregado, para no hacer el número reglamentario, el desapego de dos ó tres señores académicos; los cuales, electos con su aquiescencia para constituir el Cuerpo, y á pesar de que éste les ha guardado y les guarda todo género de consideraciones, nunca se han dignado asistir á las juntas.

Hube de notar tal desvío en el anterior Resumen de Actas, y tengo de notarlo en el presente, con motivo tanto mayor cuanto que no sería posible atribuirle explicación alguna razonable. Pues si tan incomprensible conducta no proviniese de la dejadez y abandono que apoca el espíritu de las razas meridionales ¿dónde y por cuál manera, hallarle razón satisfactoria que no desdijese de nuestra cultura y civilización, ó no falsease el carácter de independencia y tolerancia que entrañan los sanos principios liberales? Ni semejantes sentimientos fueran dignos de la hidalguía de la raza española, ni en ningún

país se encontraría hoy academia donde tuviesen predominio. Tan verdad es esto, que no requiere autoridad en su apoyo. Sirvan, no obstante, de testimonio y de elocuentes pregoneros los siguientes párrafos de la contestación del Excmo. señor marqués de Molíns al discurso de recepción del Excmo. señor duque de Villahermosa.

"En lo que yo sí deseo y espero que imitéis, emuléis y aún aventajéis, si es posible, á vuestro preclaro antepasado, es en la asidua asistencia, en el trabajo concienzudo y pronto, en el comercio frecuente, casi fraternal, con nosotros. Digo mal que espero; estoy de ello casi seguro, porque sé por experiencia que así como no se pregunta aquí al recién llegado si viene del taller del ebanista ó del anfiteatro anatómico, ó del palacio del magnate, así viven dentro de este recinto amigos y hermanos, los que fuera de aquí son Zegríes y Abencerrajes, Montescos y Capuletos.

"Lugar bendito es éste en donde las voluntades más discordes se adunan, y las pasiones más enfurecidas se amansan, y las distancias más grandes se acortan, y los brazos más armados se abrazan. Faro luminoso es nuestra diaria tarea, cuya luz brilla más cuanto más oscura es la noche en derredor suyo. Algún insigne escritor ha dicho que las Academias son como estufas, para que en atmósfera artificial vivan los gusanos de seda... Sea en buen hora... pero esos seres delicados que se encierran en su capullo, producen la hebra finísima del habla, que, como la seda, engalana las bellezas, adorna los altares y ondea en las banderas de la patria... Gusanillo que mora primero encerrado en su capullo, crisálida después maravillosa, que revive en alas de sus escritos para vivir en la inmortalidad."

Por causa de esta misma escasa asistencia se ha visto la Academia en la imposibilidad de nombrar las comisiones preceptuadas por Reglamento para regularizar y facilitar los trabajos; y, anhelosa de no caer en falta, ha acordado que los señores académicos presenten las cédulas acompañadas, siempre que sea posible, de autoridad y de etimología de la voz, para ser estudiadas luego por la Academia plena; trabajo éste arduo y dilatado por las investigaciones y pruebas que requiere y las dilatadas discusiones á que suele dar motivo.

Además de los trabajos colectivos de la Academia referentes al idioma, hizo individualmente uno respecto de la acentuación de los diptongos el señor doctor don Eduardo Calcaño; y el Cuerpo, oída su lectura en junta extraordinaria, acordó remitirlo á la Real Academia Española. Por modo igual se envió oportunamente á aquella insigne asamblea la *Memoria sobre el estado y trabajos de la Academia Venezolana en el primer trienio de su existencia*, leída en junta de 10 de diciembre de 1885 por el señor doctor don Aníbal Domínici, á la sazón director interino del Cuerpo, cargo que le confió la Academia á propuesta del señor Tejera y del que habla, y conforme al precepto reglamentario que dispone se elija para suplir las faltas del director al académico que, además de ser el más antiguo entre los que no desempeñen los oficios de la Academia, cuente más de doce asistencias, circunstancias todas que concurrían en aquel distinguido compañero, el cual se ha desempeñado con celo y circunspección dignos de alabanza.

.....

Entre los lingüistas extranjeros que, con motivo del

Resumen de las Actas leído en la junta del 27 de octubre de 1884, se han dignado honrarme con su importante correspondencia, dos de los más célebres, los señores Lucien Adam y Anatole Bamps, que han figurado con brillo en los Congresos Americanistas, me manifestaron el deseo de que trabajase en el propósito de contribuir á resolver los arduos problemas que se relacionan con los orígenes de los habitantes primitivos de América.

Por tan laudable propósito, y considerando que no por ensanchar sus facultades sino por desatender sus deberes, es por lo que perecen las Academias, propuse en junta de 16 de abril de 1885 la formación de un vocabulario de lo que resta de los idiomas indígenas de Venezuela, y el cual serviría al propio tiempo para fijar la etimología de ciertos vocablos de antiguo usados en el país, y que no han sido introducidos por los conquistadores.

Autorizóme el Cuerpo en aquella misma junta para dar cima á tan importante trabajo, y en tal virtud solicité la colaboración de personas ilustradas y eficaces de los diversos Estados de la República.

Incompletos y escasos son los catálogos de voces y de frases indígenas que se me han enviado, y que se hallarán en el Apéndice número 1.º, que acompaña á esta reseña; pero ni podía esperarse mayor resultado en tan corto tiempo, ni era cosa fácil la de dar cumplimiento á tan afanosa tarea, porque, aparte de obstáculos que saltan á la vista, los señores escogidos con aquel intento vieron su patriotismo y su amor á la ciencia contrariados por la suspicacia de los indígenas, los cuales ocultan en semejantes casos su idioma, y aún pretenden burlar el interés y la credulidad de los coleccionadores. Para lle-

gar al fin ambicionado, preciso sería permanecer largo tiempo entre los indios y ganarse por entero su confianza.

Indudablemente que la formación de un vocabulario completo de los dialectos indígenas de Venezuela permitiría esclarecer el origen de las diversas razas que poblaron nuestro vasto territorio, si no fuera que la mayor parte de los hombres entendidos que se aplican á tan laboriosas disquisiciones, tienen empeño en enlazar las lenguas del nuevo mundo á los grupos uralo-altaicos del antiguo; error éste que vicia por completo todo su sistema y los extravía, al fin, hasta el punto de fijar para todas las lenguas americanas el nuevo carácter llamado polisintético, que tuve ya ocasión de impugnar en la anterior reseña.

De mí digo que individuos de la raza tártara ó mongola, á la cual pertenecen los chinos, japoneses, fueguinos, polinesianos y malayos, constituyen la mayoría de los habitantes primitivos de la América meridonal en mezcla con los de otras tribus asiáticas y africanas. Predomina, de cierto, la raza amarilla; empero hay tribus en las que resaltan caracteres de la africana, como en la cocina, así llamada por su color semejante al hollín; y tribus como la de los miquiritares, en la cual se ve la mezcla de la raza blanca.

Nadie ignora, por otra parte, que Acosta en el Libro I de la *Historia de las Indias*, y Cieza en el de la *Crónica del Perú*, sientan que los indios afirmaban que los edificios antiguos de aquel reino habían sido fabricados por gente blanca y barbada que habitó el país en época anterior á la de los Incas.

Pocos años hace que los periódicos de Lima publica-

ron, y los de esta ciudad repitieron, que en una aldea de la provincia de Lambayeque, departamento de Libertad, en aquella República, existía una tribu de indios que hablaba una lengua tan diversa de las otras del país que ni aún las tribus vecinas podían comprenderla; mas que, desde la primera vez, los chinos recién llegados al Perú que penetraron en tal lugar se entendieron perfectamencon los habitantes, lo que comprueba que si tal tribu no habla la propia lengua, posee á lo menos alguna de la misma familia.

El arqueólogo señor Meyer acaba de descubrir en un antiguo cementerio de la isla centroamericana de Sapetera, y á cuarenta pies de profundidad, dos lápidas y una roca con figuras que, al parecer, representan observaciones astronómicas de los antiguos habitantes de aquel país. Afírmase que una de las lápidas mencionadas contiene la representación del mundo con el continente de la Atlántida, á que se refiere Platón, y que la otra muestra grabadas inscripciones fenicias.

Á largo tiempo de haberse negado por los antropólogos la existencia de la raza de Enoch, de la que hablan *El Génesis* (cap. IV) y *Los Números* (cap. XIII), nos anuncia la prensa del norte de América el descubrimiento de esqueletos de una raza gigantesca de seres humanos.

Y luego ¿quién no sabe que en los principios de 1884 se descubrió en un bosque de Sonora una pirámide que mide en su base 4,350 pies, y que tiene 750 de altura, casi el doble de las dimensiones de la de Cheops, la mayor de las de Egipto?

Pues todo esto y los experimentos practicados con la sonda en diversas partes del Atlántico y Pacífico bastan

para testificar, aun desestimando otras comprobaciones, que el mundo antiguo y el nuevo, si no estuvieron en un tiempo unidos, ó si no se hallaron á menor distancia, comunicarónse, á lo menos, por el norte y por el sur, puntos por donde pasaron á América los escandinavos y los mongoles, los fenicios y los cananeos, y otras razas asiáticas y africanas.

Indudablemente que la antropología, la etnografía y la arqueología, tan íntimamente relacionadas con la existencia de la humanidad, son las que, juntamente con la lingüística, pueden resolver la cuestion del origen de las razas americanas, y no una ni dos de tan importantes ciencias. Que los dialectos americanos no sean reductibles, nada significa, cuando, sobre tener aún voces y formas sintácticas correspondientes á las del antiguo mundo, las ciencias arriba mencionadas dan testimonio de un origen común. Las tradiciones genésicas, las formas de gobierno, las concepciones religiosas, el derecho civil, la filosofía, las supersticiones, las costumbres y las armas tienen tales puntos de semejanza con las primitivas del antiguo mundo, que la procedencia de las razas americanas no pudiera desconocerse, aun sin dar crédito á tradiciones incontestables, ni á las afirmaciones de la geología en lo tocante al origen de los grupos de islas que median entre el continente antiguo y el nuevo.

No ignoro que los lingüistas de la escuela de Schleicher, Kuhn y Spiegel no admiten nada que esté en desacuerdo con sus teorías antropológicas, las cuales se basan en la doctrina llamada de la evolución; mas ni tal doctrina se apoya en pruebas prácticas de ningún género, ni creo que importe á la unidad del lenguaje humano que el hombre venga ó no del mono, pues si se quiere sentar

que hubo tantos monos sabios cuantas lenguas y dialectos se hablan en el mundo, preciso es comenzar por destruir los principios generales de las lenguas y su desarrollo; presentar un testimonio de la existencia de aquellos primados del hombre; y comprobar cómo los demás monos han permanecido y permanecen aún refractarios á tan admirable progreso de la raza, sin adquirir, como sus hermanos, el desenvolvimiento del cerebro y de los órganos de la palabra.

Cuando los lingüistas de esta escuela sientan que todos los pueblos que hablan lenguas radicalmente diversas constituyen razas distintas, olvidan que la conformación necesaria para la emisión de los sonidos de la voz humana se altera por influencia de la naturaleza del terreno, de la alimentación, de las costumbres, del cruzamiento de razas, y de los diversos grados de civilización; y que, por lo tanto, no es de extrañarse que lenguas habladas por salvajes se modifiquen de tal modo en el discurso de largos siglos, que lleguen á ser completamente diversas de lo que primitivamente fueron; y ello siempre en la esfera de los limitados conocimientos de los que las poseen, y sin perder su carácter rudimentario, porque el estacionamiento de los idiomas proviene necesariamente de inmovilidad religiosa, política y social de los pueblos.

Por atrevimiento habrá de juzgarse que, disintiendo del parecer de entendidos lingüistas, insista en combatir la clasificación de lenguas polisintéticas con que ha querido singularizarse á las americanas, en el propósito de formar de ellas una nueva familia totalmente diversa de las del antiguo mundo; pero tal carácter no tiene razón de ser desde que se considere que el mayor ó me-

nor agrupamiento de raíces no indica otra cosa sino la mezcla inconsciente de idiomas monosilábicos y aglutinantes, determinada por la ignorancia propia de salvajes; así como, que la raíz simple, que es la forma rudimental de los idiomas, ni tiene otro valor que el que le presta la colocación, ni determina por sí género gramatical, ni número, ni modo, ni tiempo, ni persona; por lo cual, si por su agrupamiento constituye los idiomas aglutinantes, corrompida y aglomerada con otras voces de dialectos aglutinantes, y colocada arbitrariamente por la ignorancia del salvaje, constituye el nuevo carácter á que se ha querido dar el nombre de polisintético, y el cual es sólo una nueva forma de la aglutinación. Por otra parte, conveniente es no olvidar que, como sienta un sabio lingüista, la elipsis y la síncopa de las lenguas y dialectos americanos, son simples licencias de los idiomas aglutinantes manejados por pueblos que no alcanzan á darse cuenta de la importancia de las raíces.

Desentrañar éstas de los idiomas americanos y fijarlas, reduciéndolas á un tipo único por medio de la regla de Grim, la que, con referencia á los idiomas neolatinos, ha sido comparada por un sabio académico español con el binomio de Newton, sería empresa poco menos que aventurada, porque siendo tan vario el valor de la raíz en los idiomas monosilábicos, y descansando en la pronunciación su mayor importancia, no sería posible que tribus bárbaras, por siglos hundidas en la ignorancia, y mezcladas entre sí hasta lo infinito, alcanzasen á conservarle su valor primitivo y propia significación. Por donde se ve que sin el abandono de preocupaciones de escuela y sin ayuda de las demás ciencias relacionadas con la vida de la humanidad, difícil será que la lingüística pue-

da llegar á decir la última palabra en asunto tan importante y laborioso como el origen de las razas americanas.

Halo comprendido así, indudablemente, el señor general Guzmán Blanco, Presidente de la República, cuando, en abril último y desde Niza, donde á la sazón se hallaba, solicitó la colaboración de los señores académicos para formar un plan antropológico, etnográfico y arqueológico que le permitiese practicar las investigaciones necesarias en el propósito de contribuir á fijar el origen de las razas indígenas de Venezuela. Indicó el señor general Guzmán Blanco que debía principiarse por explorar las cavernas existentes en los territorios del Orinoco y del Amazonas; la de Atures en la embocadura de los ríos Guaviare y Atabapo; la de Atauripe, donde contó Humboldt hasta seiscientos esqueletos en canastas de forma cuadrada llamadas *mapires*, y donde existen urnas de tierra cocida que deben de encerrar restos humanos; las del lugar llamado Paloma Sousa, que contiene también urnas de curiosísimo trabajo; y las demás que se hallan en otros puntos del mismo raudal de Atures, y en otros raudales, caños y ríos tributarios del Orinoco y del Amazonas; y tomar luego copia de los jeroglíficos de San Felipe y otras partes, sin olvidar los que están en la montaña de la Encaramada, de los cuales dice el mencionado Alejandro de Humboldt que se encuentran en rocas graníticas situadas á tanta altura que sólo hubieran podido grabarse por medio de barcas y suponiendo á las aguas un nivel elevadísimo. Con estas exploraciones y trabajos, y con la recolección de ídolos, momias, joyas, armas, sílex, hachas de piedra y otras reliquias, cuenta acertadamente el Ilustre Americano con prestarle servicio

inestimable á la ciencia. Con aplauso y agradecimiento aceptaron los señores académicos las altas miras del señor general, y de colaborar en tan útil trabajo se encargaron los señores don Jerónimo E. Blanco y don Aníbal Domínici.

Tanto la Real Academia Española, la Mejicana, la Salvadoreña y la Ecuatoriana, como otras corporaciones extranjeras, entre ellas la Academia de la Crusca y el Instituto Católico de Lovaina, han continuado dando á esta corporación testimonio de benevolencia y aprecio. De la Academia Colombiana nada hemos recibido, bien que esta secretaría haya continuado remitiéndole las publicaciones del Cuerpo. Diré, nó obstante, que en el Resumen de Actas leído en 6 de agosto de 1884 por el secretario perpetuo don Rafael de Pombo, y el que fué remitido al autor de esta reseña por don Rufino Gutiérrez, se contiene el siguiente párrafo:

«Continúa también tardía, en ocasiones, é irregular la comunicación postal y telegráfica entre esta capital y la de Venezuela. No llegamos á saber si la Academia Venezolana recibió el saludo dirigido por nuestro director el día del centenario del padre de la patria, pues no vino respuesta alguna á nuestras manos; pero durante la sus pensión de nuestras juntas sí se recibió una extensa comunicación del secretario de aquella Academia, por la cual nos invita á canjear obras nacionales impresas y las manuscritas referentes á nuestras labores, que se encuentren en las bibliotecas respectivas; y á contribuir con la remesa de trabajos que en Colombia se hayan hecho á la investigación de varios graves puntos de etnología y lingüística, relacionados con los orígenes de las lenguas castellana y americanas; á lo cual se ha contes-

tado correspondiendo con deferente aceptación y fraternales expresiones de buena voluntad á las del distinguido secretario de la corporación expresada.»

El Gobierno Nacional se dignó someter dos obras al juicio de la Academia, la cual tuvo á bien pasarlas al estudio de comisiones especiales. De una informó desfavorablemente el señor Fombona Palacio en extenso juicio, digno de su talento y saber, y que, aprobado por el Cuerpo, se remitió con oficio á la Superioridad; y de la otra nada pudo decirse, porque los señores don Jerónimo E. Blanco y don Marco Antonio Saluzzo, que componían la comisión, no la encontraron digna de examen. Particularmente designó el Supremo Gobierno al señor Tejero y al que habla para el estudio de otra, que obtuvo informe favorable.

En el apéndice número 2.º que acompaña á esta Memoria se contiene lista de las obras con que distinguidos escritores y poetas extranjeros se han servido agasajar á la Academia. Á todos ellos, lo mismo que al señor don A. Díaz Guerra, quien honró al Cuerpo con la dedicatoria de un poema, y al señor don Felipe Esteves, el cual puso bajo los auspicios de la Academia la primera representación de un drama suyo, agradece sinceramente tales finezas la corporación venezolana.

De las numerosas obras compradas, así como de las adquiridas por otros respectos, se leerá también la correspondiente nómina en el mencionado catálogo que, en cumplimiento de precepto reglamentario, publica el señor Bibliotecario perpetuo.

.....

La Real Academia Española se ha dignado obsequiar á esta corporación con el fino presente de diecinueve

ejemplares de la 12.ª edición de su Diccionario vulgar, más copioso y con mayor cuidado y diligencia trabajado que todos los que le han precedido. Aventaja, además, esta edición á las formadas por aquel ilustre senado con posterioridad al de 1793, en acompañar la etimología de los vocablos, tarea ésta delicada y dificilísima, en la que, cuando se incurre en desaciertos, es cuando, por carecer de pruebas incontestables, se aplica el etimólogo á disquisiciones inductivas.

Digo esto último, porque son muchos los que aquí y fuera de aquí, guiados unos por laudable propósito, y los otros por el rencor ó la vana presunción propia de la ignorancia, han caído en el prurito de censurar esta parte del Diccionario, presentando á veces peregrinas enmiendas, y llegando hasta afirmar la inutilidad de la etimología.

Mas nada tan acertado y digno de alabanza como el sabio intento de la Real Academia Española, porque la etimología, ciencia, si alguna vez inductiva, generalmente de laboriosas investigaciones históricas, lingüísticas y filológicas, al indagar y examinar la estructura de los vocablos, su origen, su formación y transformaciones, tanto literales como de significado, determina su valor absoluto, y, por lo tanto, señala la diferencia de las voces sinónimas, enseña á formar con propiedad las derivadas y á analizar las ya formadas; descubre los neologismos, fija la ortografía, evita las corrupciones, y sirve para formar, explicar y aclarar los tropos y figuras del lenguaje; por donde se ve que quien conozca la etimología de las voces, conocerá la propia significación de cada vocablo, y no sólo escribirá su mismo idioma con pureza, elegancia y claridad, sino que comprenderá la teoría de las

lenguas y aprenderá fácilmente los idiomas y dialectos afines.

.....

Al concurso abierto en 27 de octubre de 1884, se han presentado algunas obras, casi todas de España y de las Repúblicas hermanas, sobre los dos asuntos propuestos, á saber: *Estudio acerca de la influencia del descubrimiento de América en la civilización europea* para la composición en prosa; y para la composición en verso: *La Cruz en América;* pero en esta oportunidad nada me toca decir de él por haberse prorrogado el plazo hasta igual día del año actual.

.....

En esta sazón, y como agradable remate de tan extensa y árida reseña, cúmpleme dar públicamente expresivas gracias á la Real Academia Española, en nombre de todos y de cada uno de los individuos de la Venezolana, por la sesión que, no como estímulo, que quien tanto ama y protege á las letras no lo há menester, sino como muestra de estimación y afecto, se dignó ella celebrar en obsequio de nuestro director, cuando su breve estada en Madrid.

No en balde trabajan y se esmeran los Académicos venezolanos por merecer el cariño y el aplauso de aquella docta corporación.

D. Julio Calcaño
Secretario perpetuo de la Academia.

FUERA DE SU CENTRO

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO

Á RAMÓN VALDÉS ORTÚZAR

Dedica esta comedia en testimonio de verdadero afecto su primo

EL AUTOR.

PERSONAJES

DOÑA CRÍSPULA
" MILAGRO
LUCÍA
CARMELA

La acción en Santiago, en septiembre de 1886.

ACTO ÚNICO

Una sala amueblada. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MILAGRO

(*Al levantarse el telón, se abre la puerta de la izquierda y sale doña Milagro con traje de calle y poniéndose los guantes.*)

DOÑA MIL. Debe de ser algo tarde;
(*Mira su reloj.*)
son más de las cuatro y media...
y Lucía aún no concluye
de arreglarse... ¡Qué pereza!...
(*Atraviesa lentamente el escenario y va á golpear á la puerta de la derecha.*)
¿Niña?

LUC. ¿Mamá?
(*Contesta desde adentro.*)

DOÑA MIL. ¿Estás ya lista?

LUC. Todavía no; me queda
muy poca cosa.
(*Como antes.*)

DOÑA MIL. ¡Hasta cuándo!

Mira que si no aligeras
tu tocado, quedaremos
sin salir hoy á las tiendas.

(*Va á sentarse en un sofá.*)

ESCENA II

DOÑA MILAGRO, LUCÍA

(*Sale Lucía por la derecha, envuelta en un lujoso peinador, enteramente blanca de polvos de arroz la cara, y poniéndose horquillas.*)

LUC. En cinco minutos más
estaré lista.

DOÑA MIL. ¡Paciencia!

LUC. Ya he concluído de peinarme;
y ponerme la chaqueta
será cosa...

(*Doña Milagro la interrumpe.*)

DOÑA MIL. Anda; no quiero
que hablando aquí te entretengas.

LUC. ¡Ay, qué apuro tiene usted!
si es temprano.

DOÑA MIL. No lo creas,
niña, van á ser las cinco;
ya ves tú... Vete á tu pieza.

LUC. ¿Las cinco?

DOÑA MIL. Sí... por lo menos,
son más de las cuatro y media;
hace poco vi el reloj.

LUC. Me he demorado, de veras.

(*Yéndose. Al llegar á su puerta, vuelve.*)

¿Por qué no habrá aún venido
mi prima?

DOÑA MIL. ¡Bah! la Carmela
ya no vendrá hasta la noche...
¡Vaya, pues, vete á tu pieza,
calmosa!

LUC. ¡Ja, ja!... ¡qué apuro!...
(*Yéndose*)

DOÑA MIL. Ríete no más... ¿Esperas,
para concluir de arreglarte,
que estén cerradas las tiendas?...

LUC. ¿Cerradas? Aun no, mamá.
(*Volviendo nuevamente cerca de doña Milagro.*)
Pues, si son las cinco apenas,
nos queda tiempo de sobra
para aburrirnos en ellas.

DOÑA MIL. No tanto. Y si, por desgracia,
doña Críspula regresa
á casa antes que nosotras
hayamos salido de ella...

LUC. Será un percance molesto.

DOÑA MIL. Ciertamente. Su presencia
nos obligará á quedarnos...
Á mí no me importa... Es fuerza
que le hagamos atenciones...
por pura correspondencia
de las que ella hizo á tu padre
cuando compró la dehesa
en el sur.

LUC. ¿Qué le daría
por venir en esta época
á Santiago?... Cabalmente

en Dieciocho... ¡Qué ocurrencia
tan peregrina!... ¡Dios mío,
qué importuna y torpe vieja!...

DOÑA MIL. ¡Niña, niña, reflexiona,
y tus palabras modera!

LUC. Pero si hablo la verdad...
¡Doña Críspula!... qué vieja
tan original!... ¡Ja, ja!
¡Qué tipo, mamá!... ¡De veras
que, aunque una no sea amiga
de manejar las tijeras,
cuando se encuentra con entes
tan raros y que se prestan
para un pequeño *pelambre*...
pero así... por incidencia...
imposible es contener
los ímpetus de la lengua!...

DOÑA MIL. Sacarle moldes al prójimo
(*Riéndose.*)
siempre fué humana flaqueza.

LUC. Cierto; aunque los mandamientos
del Decálogo se encierran
en dos, uno de los cuales
sabiamente nos ordena
amar al prójimo... como
á nosotros mismos...

DOÑA MIL. Piensa,
hija ¿qué sucedería
si el *pelambre* libre fuera?

LUC. ¡Ay, Jesús!

DOÑA MIL. No siendo lícito,
hasta la más santa lengua

se desliza algunas veces
á lanzar tal cual saeta...

(*Transición brusca.*)

¡Pero anda, niña, á vestirte,
si quieres ir á las tiendas,
que ya la tarde se pasa,
y á las seis todas se cierran!

LUC. Voy, voy... En cinco minutos
estaré, mamá, dispuesta...

(*Vase apresuradamente por la derecha; pero al abrir la puerta, llega Carmela por el fondo, muy elegantemente vestida. En cuanto ve á su prima, Lucía vuelve á la escena.*)

ESCENA III

DOÑA MILAGRO, LUCÍA, CARMELA

CAR. Tía Milagro...
DOÑA MIL. Carmela...

(*Se abrazan y besan.*)

LUC. ¿Cómo te va?
CAR. Bien ¿y á tí?

(*Se abrazan y besan.*)

Temía no hallarte aquí.
DOÑA MIL. ¿Cómo quedó la Manuela?
CAR. ¿Mi mamá?... sin novedad...
Tía, la veo vestida
para salir; su partida
no retarde...
DOÑA MIL. Sí... en verdad;
al centro había pensado
ir; mas ya ves á Lucía,

y cómo está todavía...
sin acabar su tocado...

CAR. ¿Al centro?... Vengo de allá;
anda muchísima gente...
después, mi hermano Vicente
me vino á dejar acá...
¡Ay, tía!... ja, ja, ja, ja!...
(*Echándose á reir á carcajadas.*)
De acordarme ya me río...
¡Ja, ja, ja!... prima!... Dios mío!...
anda á vestirte... anda ya...
para que vamos ligero,
por ver si acaso logramos
ver á una vieja que hallamos...
¡Qué tipo tan chocarrero!...
Lleva un vestido... precioso
allá... en el siglo pasado...
y un ridículo peinado...
y *un peinetón* espantoso.

DOÑA MIL. }
LUC. } ¡Doña Críspula!...

(*Al mismo tiempo, conociéndola por el retrato que de ella hace Carmela.*)

CAR. ¿Qué han dicho?
¿La conocen?...
(*Con sorpresa.*)

LUC. ¡Ja, ja!
(*Echándose á reir.*)

DOÑA MIL. Mucho.

CAR. ¿De dónde es ese avechucho?
¡Ja, ja!

DOÑA MIL. ¡Niña!...

(*Queriendo reconvenirla, pero sin conseguir ponerse seria.*)

CAR. ¡Si es un bicho!...

LUC. ¡Es un fenómeno!...

DOÑA MIL. ¡Niña!...

CAR. ¡Si ha causado admiración
en el centro!

LUC. Y con razón.

DOÑA MIL. Si no quieren que las riña,
no hablen más de ella.

CAR. ¿Quién es?

(*Procurando no reírse.*)

DOÑA MIL. Es una buena señora...

LUC. Que se aloja en casa ahora...

CAR. ¡Jesús, qué horror!...

DOÑA MIL. ¡Vaya, pues!

CAR. ¡Me callo, me callo, tía!

(*Se queda un momento haciendo gestos por contenerse, hasta que, por último, da rienda suelta á su risa, y es secundada por Lucía.*)

¡Ja, ja, ja!...

LUC. ¡Ja, ja, ja, ja!...

DOÑA MIL. ¡Voy á enojarme!...

CAR. Anda ya...
anda á vestirte, Lucía.

(*Se van ambas por la derecha, riéndose á carcajadas.*)

ESCENA IV

DOÑA MILAGRO

(*Se queda breves instantes mirando hacia la puerta por donde salieron Lucía y Carmela, y luego menea la cabeza como para rechazar pensamientos importunos.*)

DOÑA MIL. *¡Pelambre!*... nombre especial
que, por desdicha del hombre,
es realidad más que nombre
en el teatro social.
Causa eficiente y fatal
de enredos y desazones,
tú la justicia pospones
á la agudeza de un chiste,
y nada de cuanto existe
se libra de tus arpones.

Cae el pobre y cae el rico,
el soberbio y el humilde,
y aquél que no tiene tilde,
y el que tiene ciento y pico;
cae el grande, cae el chico...
¡todo cae entre tus redes!...
¡sólo á Dios, por ser Dios, puedes
respetar!... ¡Ay!... Me equivoco;
ni Dios, con ser Dios, tampoco
se libra de tus mercedes

Á tus furias entregado,
diciendo no haberlos visto,

á Dios niega y niega á Cristo
cualquier bausán desastrado;
y luego, con tono osado,
al universo le advierte
que ha de operarse en la muerte
metamorfosis extraña...
¿Por qué?... Porque esa patraña
se la contó un tonto... ¡oh suerte!

El de más buen corazón,
sin asomos de falacia,
por decir quizá una gracia,
va al *pelambre* de rondón...
Será buena la intención,
tan sencilla como buena,
de gracia fecunda vena...
mas con toda su bondad,
ya que le falta maldad
¡está de *pelambre* llena!...

¿Es aire?... soplo malsano?...
¿Qué cosa es?... ¿Quién lo ha traído?...
Para mí tengo que es fluído
latente del pecho humano.
Lo lleva cada fulano,
sin advertirlo, en lo interno,
compañero sempiterno
de lo cáustico y burlón,
y obra en toda situación
como germen del infierno.

Ejemplos á mi favor:

Cien noches pasando en vela,
da á la imprenta una novela
don N. N., escritor.
—"¿Has visto, amigo, el primor
que ha publicado N. N...?"
—"¡Sin duda!..." —"¿Qué es lo que tiene
de mejor?..." —"¿Qué?... ¡La portada!...
lo demás no vale nada!..."
—"¡Así es!... Calla, que aquí viene..."

—"¡Hola, mi querido amigo,
qué gusto tengo de hallarte
tan á tiempo, para darte
mis parabienes... ¡Qué digo!...
Si un abrazo no consigo
no he de quedar satisfecho;
me creo á él con derecho
por nuestra mutua amistad...
Es una joya, en verdad,
la novelita que has hecho!..."

Y lo abraza incontinente,
y lo aprieta, y lo sofoca...
y no lo besa en la boca
porque no ría la gente.
De tal manera le miente,
que N. N., como es justo,
se aparta lleno de gusto,
altamente complacido...
Y exclaman, cuando se ha ido:
—"¡Oh, qué pavo tan robusto!..."

Va una niña de paseo,
luciendo rico vestido...
—«Gracias á Dios que has venido;
contenta estoy, pues te veo.»
Le dice otra... Y su deseo
de verla tanto la apura
que hasta la menor costura
le examina... hasta la trama...
y con entusiasmo exclama:
—«Buen género y linda hechura;

tienes gusto delicado
para escoger figurines;
es preciso que examines
unos que á mí me han llegado...»
En esto, pasa á su lado
otra amiga; la divisa,
se va con ella de prisa,
y murmura, ya apartada,
soltando una carcajada:
—«¡Talle corto y falda lisa!»

Y, en fin, para terminar
con los ejemplos del caso,
yo misma, al presente, paso
por un caso singular:
sin poderlo remediar
tengo en mi casa metida
una vieja; con mentida
solicitud la agasajo
y entretanto, por lo bajo,
murmuro de su venida.

¡*Pelambre!*... Epigrama eterno;
origen de enemistad;
muestra de perversidad;
bocanada del infierno;
negación de lo más tierno,
que es la caridad cristiana
¡yo te odio de buena gana!

(*En este mismo momento se oye la voz de doña Críspula que dice dentro.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Qué sed traigo tan rabiosa!
DOÑA MIL. ¡Ya llegó esta vieja odiosa,
la Críspula Cantillana!

(*Llega por el foro doña Críspula, echándose aire con un abanico pequeñito; en la mano izquierda sostiene abierto un quitasol chico. Viste un antiguo vestido de seda, liso y con flores grandes; lleva crinolina. Prendida en la cabeza una peineta enorme. En cuanto divisa á doña Milagro se dirige á ella con los brazos abiertos llevando en una mano el abanico y en la otra el quitasol.*)

ESCENA V

DOÑA MILAGRO, DOÑA CRÍSPULA

DOÑA CRÍSP. ¡Milagrito!
DOÑA MIL. ¡Crispulita!...

(*Se abrazan una y otra vez.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Con qué sed tan grande vengo!
DOÑA MIL. Voy á darle un vaso de agua.

(*Va á servírselo de una botella que hay sobre una mesa hacia el fondo derecho; mientras tanto doña Críspula sigue abanicándose y con el quitasol sobre la cabeza. Antes de verter el agua en el vaso, se vuelve doña Milagro y le pregunta:*)

DOÑA MIL. ¿Le preparo algún refresco?
DOÑA CRÍSP. No, hijita, no se moleste;
con que me dé agüita tengo
suficiente...
(*Á tiempo de recibir el vaso de mano de doña Milagro, nota el quitasol.*)
¡Ay, si yo estaba
con el quitasol abierto,
(*Lo cierra.*)
aquí, en la pieza... ¡Qué rica!
(*Se bebe el agua y va á dejar el vaso.*)
Esto da salud al cuerpo...
pero la que hay en mi fundo,
en la quebrada del Peumo,
la encuentro mucho mejor...
¿Será que hace tanto tiempo
que la estoy tomando, y ya
por la costumbre me gusta
mucho más?...
DOÑA MIL. Es muy probable.
DOÑA CRÍSP. Una se hace á todo luego,
¿no es cierto, hijita?
DOÑA MIL. Sin duda...
DOÑA CRÍSP. Á mí me pasa así... Creo,
eso sí, que no podría
acostumbrarme á sombreros
como ese que tiene usted...
así... con tantos enredos...
con esas cintas tan largas,
á modo de barbiquejo...
ásperas parecen ser...
como hojas de *choclo* seco.

DOÑA MIL. (¡Jesús!... ¡qué comparación!...)

(*Aparte.*)

Son muy suaves.

(*En alta voz.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Vean eso...
déjeme que le enderece
el lazo... lo tiene *chueco*...

(*Quiere deshacerle la rosa de las cintas que sostienen el sombrero; pero doña Milagro se retira y la contiene suavemente.*)

DOÑA MIL. Muchas gracias.

DOÑA CRÍSP. ¿No le digo?...

(*Insistiendo en su propósito.*)

Si está á un lado del pescuezo...
tal vez usted, Milagrito,
no se ha mirado al espejo...

DOÑA MIL. Sí, Crispulita; sí sé
que el lazo está al lado izquierdo...

DOÑA CRÍSP. Cabalito... pues entonces,
déjeme hacérselo al medio...

(*Volviendo á insistir.*)

porque así no está bonito...

DOÑA MIL. No, Crispulita... está bueno...

DOÑA CRÍSP. ¿Que está bueno?...

(*Muy admirada.*)

DOÑA MIL. Así es la moda;
¿no se fijó, en el comercio,
que las señoras llevaban
la rosa á un lado?

DOÑA CRÍSP. ¡Vean eso!...

(*Con verdadera sorpresa.*)

¡Qué me había de fijar,
hijita de mi consuelo,
si pocos fueron mis ojos,
y se me hizo corto el tiempo,
y los pies se me gastaron,
y me entró como un mareo,
por andar en todas partes
tanta preciosura viendo!...
¡Si están en todas las tiendas
los escaparates llenos!...

(*Transición.*)

Pero ¡vaya con la sed
que no me deja un momento!
Es extremado *el calórico*
que hace en Santiago... ¡Qué infierno!

(*Va á tomar otro vaso de agua. Mientras está vuelta de espaldas á la puerta de la derecha, por ella salen Lucía y Carmela, la primera ya enteramente arreglada. Al salir no ven á doña Críspula.*)

ESCENA VI

DOÑA MILAGRO, DOÑA CRÍSPULA, LUCÍA, CARMELA

CAR. ¡Vamos!

(*Saliendo antes que Lucía.*)

Á la vieja Críspula...

DOÑA MIL. ¡Gem, gem!... ¡Guachís!...

(*Tosiendo y estornudando muy fuerte y fingidamente.*)

LUC. ¡Chit!...

(*Bajo y apresuradamente á su prima, pues ha divisado á doña Críspula.*)

DOÑA CRÍSP. ¿Qué?

(*Volviéndose con el vaso de agua cerca ya de la boca.*)

CAR. ¡Cielo!...

(*Viendo á doña Crispula. Queda por un instante suspensa, como su prima; pero de pronto, dándose cuenta de lo cómico del incidente, sueltan ambas una carcajada y escapan por donde habían salido. Doña Milagro queda como en espinas, y doña Críspula, sin saber qué pensar de aquello exactamente, queda callada un momento; pero luego dice, picada:*)

ESCENA VII

DOÑA MILAGRO, DOÑA CRÍSPULA

DOÑA CRÍSP. ¡Qué risueñas van las niñas!...

DOÑA MIL. (¿Cómo disculpo?...)

(*Procurando imaginar cualquier cosa para sosegar á doña Críspula.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Corriendo
se han marchado!... ¡Vieja Críspula!
dijo una!...

(*Sentida.*)

DOÑA MIL. Sí... en efecto...
mas... no ha sido por usted.

(*Va á la puerta de la derecha y llama:*)

¡Niñas!... niñas!...

(*Vuelve á doña Crispula.*)

¡Por supuesto!...
No... por usted no lo han dicho!...
Crispulita... nuestro aprecio...

(*Yendo de nuevo á golpear á la derecha.*)

(¡Ay, sobrinita imprudente,
que me has puesto en tal aprieto!)

(*Aparte.*)

¡Niñas!... vengan!...

(*Se vuelve á doña Críspula que está abanicándose reciamente.*)

El cariño...
la estimación... el afecto...

DOÑA CRÍSP. ¡Si á mí no se me da nada
que me digan vieja!...

(*Con gran desabrimiento y demostrando en el tono que le sucede lo contrario de lo que asegura.*)

DOÑA MIL. Entiendo...
(¡Qué apuro, Señor, qué apuro!)

(*Aparte.*)

¡Usted no es vieja!

(*Con tono muy meloso. Va otra vez á golpear á la puerta.*)

¿No me oyen?

LUC. ¡Vamos, mamá!

(*Contestando desde adentro.*)

DOÑA MIL. Vengan luego.
(La Carmela sabrá bien
disculparse, tiene ingenio.)

(*Aparte, volviendo al lado de doña Críspula. Salen Lucía y Carmela. Doña Milagro toma de la mano á Carmela y se la presenta á doña Críspula.*)

ESCENA VIII

DOÑA MILAGRO, DOÑA CRÍSPULA, LUCÍA Y CARMELA

DOÑA MIL. Le presento, Crispulita,

á este diablillo travieso,
que es mi sobrina Carmela.
(*Doña Críspula le da la mano.*)

DOÑA CRÍSP. Mucho gusto, hijita, tengo
de conocerla.

CAR. Señora,
(*Con exageración.*)
cariño entrañable siento
por usted... porque es amiga
de una tía á quien yo quiero
de corazón.

DOÑA CRÍSP. Muchas gracias.

LUC. (De risa estoy que reviento...)
(*Aparte, disimulando cuanto puede.*)

CAR. Sin embargo... há poco rato
se habrá formado... un concepto
de mí... poco favorable...
sin duda...
(*Como titubeando.*)

DOÑA MIL. (¡Aquí del enredo!)
(*Aparte, complacida.*)

DOÑA CRÍSP. ¿Un concepto?...
(*Procurando comprender lo que eso significa.*)

CAR. Sí... es decir,
una opinión...

DOÑA CRÍSP. ¡Ah, ya entiendo!

CAR. Debo darle explicaciones...
(Un embuste, más ó menos...
¡Vaya, qué le hemos de hacer!...)
(*Aparte, con resolución.*)

Doña Críspula, yo siento
con toda sinceridad
lo que venía diciendo
há poco... cuando salí
con Lucía... Me refiero
á las palabras que empleé:
"vieja Críspula"...

(*Con marcada intención irónica.*)

Deseo
decir á usted que hay en casa
una mujer, que hace tiempo
nos sirve... de ama de llaves...
á quien ya todas queremos
por su adhesión y virtudes,
como si fuera algún deudo...
Pues, esta mujer se llama...
Juana Críspula Barrientos,
y en casa todos le dicen
"vieja Críspula"...

DOÑA CRÍSP. ¡Vean eso!

DOÑA MIL. Es verdad...

LUC. Sí...

DOÑA CRÍSP. ¿Quién lo duda?

DOÑA MIL. (¡Señor, perdona este cuento!)

(*Aparte, con socarronería.*)

CAR. Pues bien... al llegar aquí,
yo le venía diciendo
á mi prima que me estaban
bordando algunos pañuelos
con un lindo monograma
dibujado con esmero

por mi hermano, para mí...
La que me los está haciendo
es cabalmente la Críspula,
pues borda que es un portento...
Lucía me preguntaba
si después tendría tiempo,
á fin de darle trabajo
por su parte... Á causa de esto,
yo la convidaba á casa,
y le venía diciendo:
«Vamos... Á la vieja Críspula...
que se apure le diremos.»
Pero no pude expresar
esta idea por completo...
porque á usted la divisamos
en ese mismo momento...
y nos dió tanta vergüenza
que usted pudiera creernos
ocupadas en hablar
mal de usted que, sin quererlo,
al comprender el equívoco,
salimos de aquí corriendo...
¡Por un *mono-grama*... ha sido

(*Con socarronería, deteniéndose en la primera parte de la palabra «monograma», como aplicándosela á doña Críspula.*)

este diabólico enredo!

(*Con toda malicia.*)

DOÑA CRÍSP. ¿Son monos grandes ó chicos
los que bordan en pañuelos?...

(*Con toda ingenuidad.*)

DOÑA MIL. (¡Qué disparate!...)
(*Aparte, disimulando la risa.*)
LUC. (¡Ya estallo!...)
(*Aparte, pudiendo á duras penas contenerse.*)
CAR. (¡Qué horror de vieja!...)
(*Aparte, también, sofocando la risa.*)
DOÑA CRÍSP. No entiendo
cómo pueden bordar...
DOÑA MIL. ¿Cómo?
Á medida del deseo...
DOÑA CRÍSP. ¡Ah!
(*Sin entender, pero haciéndose que ha entendido.*)
CAR. La explicación que acabo
de darle ¿la ha satisfecho?...
DOÑA CRÍSP. Sí... Sea todo por Dios...
y por Críspula Barrientos...
(¡Para el tonto que les crea!...
(*Pausa.*)
pues ¡á otro perro ese hueso!...)
(*Pausa.*)
¿Ustedes van á salir?...
DOÑA MIL. Ya es muy tarde; no saldremos.
LUC. Y aunque fuera más temprano,
no iríamos al comercio...
DOÑA CRÍSP. Pero... si algo necesitan...
DOÑA MIL. Ningún apuro tenemos.
LUC. (Parece que tiene ganas
(*Bajo y rápido á Carmela.*)
de que salgamos...)

CAR. (¡Es cierto!)

(*Lo mismo, á Lucía.*)

DOÑA CRÍSP. Entonces... con su permiso...
en poco rato más vuelvo...
(Á la cocinera voy

(*Aparte, marchándose por la segunda puerta de la izquierda.*)

á preguntarle si es cierto
que hay en casa de Carmela
una CríspulaBarrientos.)

(*Sale.*)

ESCENA IX

DOÑA MILAGRO, LUCÍA, CARMELA

(*Luego que ha salido doña Críspula, se miran las tres y sueltan la carcajada. Cuando ya están tranquilizándose, exclama Carmela:*)

CAR. "¿Son monos grandes ó chicos
los que bordan en pañuelos?..."

(*Con gravedad cómica, imitando el tono de doña Críspula al hacer esta pregunta en la escena anterior. Con esta broma vuelven á las carcajadas. Lucía se desploma sobre el sofá.*)

DOÑA MIL. No vaya á venir...

(*Mirando hacia la izquierda, por donde salió doña Críspula.*)

LUC. ¡Ay, cielos!

CAR. ¡Tipos así son muy ricos...

(*Mientras habla Carmela, doña Milagro va á atisbar por la segunda puerta de la izquierda.*)

¡Oh, qué figura tan bella
aquí se les ha metido!...

LUC. Ya ves...

DOÑA MIL. ¡Si hubieras oído
mi conversación con ella!...
Dijo que áspero creía,
como hojas de *choclo* seco,
esto...
(*Tocando las cintas del sombrero.*)

CAR. }
LUC. } ¡Ay Dios!
(*Riéndose.*)

DOÑA MIL. Y encontró *chueco*
el lazo... así...
(*Recalcando el término «chueco».*)

CAR. ¡Jesús, tía!...

LUC. ¡Ave María purísima!
(*Admirada.*)

CAR. ¡Qué disparates!...
(*Á Lucía.*)

LUC. ¡Y ahora
(*Con despecho.*)
se le ocurrió á esta señora
venir acá!

CAR. Es urgentísima
la necesidad de hallar
una manera discreta
de hacer que en el tren se meta
y se vuelva á su lugar.

DOÑA MIL. No hay que pensar en tal cosa;
el mal no tiene remedio.

LUC. Pero, mamá ¿no habrá un medio
para que esta vieja odiosa

se vaya de aquí, y nos deje
este Dieciocho pasear?
¿La tendremos que sacar?

DOÑA MIL. Si quieres que te aconseje,
te diré que es menester
resignarse á no salir;
pues tendríamos que ir
siempre con esta mujer
al teatro, á las carreras,
¡á todas partes, en fin!...

LUC. ¡Si le diera un colerín!...

(*Muy enojada con doña Críspula.*)

DOÑA MIL. Y supongo que no quieras
ir en esa compañía
á todas partes.

LUC. No, no.

CAR. Ni yo tampoco.

DOÑA MIL. Ni yo...
Muy ridículo sería...
Conque, resígnate, pues,

(*Comienza á quitarse el sombrero.*)

y en pasear no pienses más;
luego te consolarás...

(*Vase por la primera puerta de la izquierda.*)

¡Qué hacerle!...

LUC. ¡Prima!... ¿Lo ves?...

(*Con desconsuelo é incomodidad.*)

ESCENA X

LUCÍA, CARMELA

CAR. No te acongojes, Lucía,
que, aunque asegure mi tía
que esto no tiene remedio,
hemos de quitar de en medio
á doña Críspula... ¡Harpía!...
Pero, dime tú ¿por qué
se ha metido en esta casa?
Tanta confianza no sé
explicarme.

LUC. Te diré
brevemente lo que pasa.
Mientras papá edificaba
casa al fundo que compró,
doña Críspula, que estaba
colindante, le ofreció
la suya, y él se hospedaba
en ella. Con todo esmero
y cariño fué tratado;
esto obligó al caballero,
y con gusto verdadero,
en pago á tanto cuidado,
á la viuda convidó
á Santiago...

CAR. ¿Es viuda?...

LUC. Sí.
Luego, mamá reiteró
el convite.

CAR. Y lo aceptó...
LUC. No... pero ahora ¡ay de mí!
después de haber rehusado
convites unos tras otros...
porque en el campo ha pasado
largos años... se ha acordado
de repente de nosotros,
y hétela, pues, instalada
en casa. Llegó ayer tarde,
á pasar la temporada
de Dieciocho.
CAR. ¡Dios la guarde
por su importuna llegada!
LUC. ¡Mira tú si es picardía
venir á la capital
con tal facha!
CAR. ¡Es grosería!
LUC. Salir con un ente tal...
CAR. Muy ridículo sería.
LUC. De ahí que no hay más partido,
como decía mamá,
que no pasear...
CAR. Nunca ha sido
de mi gusto.
LUC. ¿Y qué se hará?
CAR. Un plan tengo concebido.
¡Con un vestidito viejo,
y un manto raído un tanto
y para ponerme el manto,
el auxilio de un espejo,
á la vieja de aquí espanto!
LUC. ¿Llamo á mamá?

CAR. ¡No!... Lo peor
eso fuera... Hazme el favor
de decir cómo se llama
el hombre... administrador
de la vieja.

LUC. Juan Cutama.

CAR. Bueno. ¿Y su mujer?

LUC. María.

CAR. Y podrías indicarme,
prima, la topografía...
(*Reticencia.*)
Pero, en fin, ven ayudarme
que allí hablaremos, Lucía.

(*Vanse por la derecha en primer término. Apenas han desaparecido, llega doña Críspula por la segunda puerta de la izquierda, avanza á la escena y mira por todas partes. Después de un momento de silencio dice:*)

ESCENA XI

DOÑA CRÍSPULA

DOÑA CRÍSP. No hay ninguna... ¡Con qué alientos
mienten!... Me dijo la Blasa
que no vive en la otra casa
la tal Críspula Barrientos...
Y la Blasa no ha mentido,
porque á más que le he pagado
las noticias que me ha dado,
por *chiripa* ha sucedido
que, antes de ahora, la Blasa
á mí me estuvo sirviendo...

¡Cómo han estado mintiendo
las mujeres de esta casa!...
¡Y éstas se llaman señoras!...
¡Yo misma la culpa tengo!...
¡Para qué a Santiago vengo,
cuando son tan *peladoras!*...
Estoy fuera de mi centro,
aquí yo no sé vivir...
¡Críspula, aprende á mentir!...
Pero ¡qué hermoso lo encuentro!...
¡Tánta y tan lujosa dama;
tánto palacio bonito!...

(Pausa. Transición.)

¿Y mi pobre rinconcito?...

(Nueva pausa.)

¿Qué será de Juan Cutama?...

(Sale doña Milagro por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

DOÑA CRÍSPULA, DOÑA MILAGRO

DOÑA MIL. ¿Aquí estaba, Crispulita?
DOÑA CRÍSP. Si, hijita; ya lo ve usted.
DOÑA MIL. Será usted tan bondadosa
que me disculpe?...
DOÑA CRÍSP. ¿De qué?
DOÑA MIL. De no haberla aquí esperado.
DOÑA CRÍSP. ¡Vean eso!
DOÑA MIL. Vaya, pues,

siéntese aquí; conversemos.

(Se sientan en el sofá.)

No sabe usted qué placer
me ha dado con su venida,
Crispulita.

DOÑA CRÍSP. Yo no sé
cómo pagar el cariño
y los cuidados de usted.

DOÑA MIL. ¡Oh! no tienen otro mérito
más que el de corresponder
á los suyos.

DOÑA CRÍSP. Muchas gracias.

DOÑA MIL. Una cosa siento.

DOÑA CRÍSP. ¿Qué es?

DOÑA MIL. Que soy poco paseadora.

DOÑA CRÍSP. Y eso ¿qué tiene que ver?...

DOÑA MIL. Que, como no voy al teatro,
no podré llevarla á él.

DOÑA CRÍSP. ¿Usted no va nunca al teatro?

DOÑA MIL. Sólo rarísima vez.

DOÑA CRÍSP. ¡Ay, qué hombre tan embustero!

DOÑA MIL. ¿Por qué tal dice?

DOÑA CRÍSP. ¿Por qué?
La razón es muy sencilla.

DOÑA MIL. (¡Sobre ascuas estoy!)

(Aparte.)

DOÑA CRÍSP. Pues bien,
hace poco estaba hablando
en la cocina, José,
su cochero, y le decía
á la cocinera...

DOÑA MIL. ¿Á ver?...
(Interrumpiéndole con ansiedad.)
DOÑA CRÍSP. «Hace ya más de seis años
que al patrón le sirvo...»
DOÑA MIL. Así es...
(Interrumpiéndole.
Como empleado es excelente,
como cochero tan bién
tira el coche, que es modelo
de los del gremio... Una vez
no ha chocado... ¡ni una sola!...
Muy buen muchacho es José.
DOÑA CRÍSP. Pues, como iba diciendo,
el hombre dijo: «Hace seis
años que al patrón le sirvo,
y ni tan sólo una vez
ha faltado la señora
al teatro...»
DOÑA MIL. (¡Jesús!)
DOÑA CRÍSP. ¿Ve usted?
DOÑA MIL. (¡Me atortilló!... ¡Sangre fría!...)
Crispulita ¿oyó usted bien?
DOÑA CRÍSP. Cuando yo se lo repito
será porque lo escuché.
DOÑA MIL. Pues... si... no sería raro...
no sería raro... pues,
es el defecto que tiene
este malvado José...
muy amigo de inventar...
He de enojarme con él
para que no ande contando
tanta mentira...

DOÑA CRÍSP. Hace bien.
DOÑA MIL. ¡Vaya! no faltaba más
sino quedar á merced
de gente de mala lengua,
que refiere *be* por *ce*
cualquier embuste, jurando
que es la narración más fiel
que le ha hecho del suceso
Rufo, Simón, Gil ó Andrés...
DOÑA CRÍSP. (¡Quién creerá que es pura farsa
lo que dice esta mujer!)
DOÑA MIL. Sin duda, José vería
que andaba por allí usted,
y dijo: «Aquí que no peco»...
y compuso el entremés
que usted escuchó... Y, por fin,
entre Milagro y José
presumo que la elección
no es dudosa...
DOÑA CRÍSP. ¡Oh!... no!... (¡Pues él!)
(Aparte.)
DOÑA MIL. (¡He salido del pantano
mejor de lo que pensé!)
(Aparte, con alegría.)
DOÑA CRÍSP. (¡Yo te he de echar otra pulla
para que finjas más bien!)
DOÑA MIL. ¡Ay! si esta gente ordinaria
lo ha de hacer todo al revés,
y, sólo por no llevarles
á los ricos el amén,
son capaces, sin escrúpulos,
de inventar quién sabe qué,

y dejar por embustero
al más formal...

DOÑA CRÍSP. Así es...
Habla como la doctrina,
Milagrito... Y digamé,
á propósito...

DOÑA MIL. ¿Qué cosa?
Cuanto usted quiera saber
otro tanto tendré el gusto
de decirle, si lo sé...

DOÑA CRÍSP. Dios se lo pague.

DOÑA MIL. Pregunte,
proporcióneme el placer...

DOÑA CRÍSP. ¡Oh, no es cosa de importancia!

DOÑA MIL. Aunque no sea.

DOÑA CRÍSP. Pues bien,
es pura curiosidad...
No he podido retener
el nombre de aquella Críspula,
de que me hablaron...

DOÑA MIL. Ya sé,
Juana Críspula Barrientos.

DOÑA CRÍSP. Juana.... Barrientos... ¡Eso es!...
Es la que borda los monos
grandes...

DOÑA MIL. (¡Monos otra vez!)

DOÑA CRÍSP. ¿Hace tiempo está en la casa
de su hermana?

DOÑA MIL. Veintitrés
años (sigan los embustes.)

DOÑA CRÍSP. ¡Ay, ay, ay! ¿Será mujer
muy honrada?

DOÑA MIL. Como pocas.
DOÑA CRÍSP. ¿Y borda bien?
DOÑA MIL. ¡Oh, muy bien!
y tiene que usar anteojos.
DOÑA CRÍSP. ¿Qué?... ¿*Divisas* dice usted?
DOÑA MIL. *Divisas*... lo mismo da...
(¿Qué causa tanto interés?...
(*Aparte, sospechando.*)
aquí hay gato...)
DOÑA CRÍSP. Milagrito,
¿ella tiene que correr
con la casa?...
DOÑA MIL. Es la llavera.
DOÑA CRÍSP. Pues quiero decirle á usted.
que la Blasa...
DOÑA MIL. ¿Quién?
DOÑA CRÍSP. La Blasa.
DOÑA MIL. ¿Mi cocinera?
DOÑA CRÍSP. Sí.
DOÑA MIL. ¿Qué?...
DOÑA CRÍSP. Me ha asegurado hace poco...
DOÑA MIL. (¡Dios mío!... ¡Desfachatez!...)
(*Aparte, alentándose.*)
DOÑA CRÍSP. Que no existe la Barrientos...
DOÑA MIL. ¡Oh, qué graciosa es usted!...
¿Conque en casa de mi hermana
la Barrientos no está?... Y bien,
¿qué les ha dado... al cochero
y á la cocinera?... ¿Qué?...
(¡Qué disimulo tan grande!...
(*Aparte, satisfecha.*)
y qué mentira también!...)

DOÑA CRÍSP. (¡Yo creo que en todo el mundo
(*Aparte, asombrada.*)
no hay, como ésta, otra mujer!...)
(*Llega Lucía por el foro.*)

ESCENA XIII

DOÑA CRÍSPULA, DOÑA MILAGRO, LUCÍA

LUC. ¿Mamá?
DOÑA MIL. ¿Qué quieres, Lucía?
LUC. Venía á decir á usted
que en el patio hay una vieja
que desea mucho ver
á doña Críspula...
DOÑA CRÍSP. ¿Á mí?...
(*Sorprendida.*)
Pues si ayer no más llegué
y aquí no conozco á nadie
¿cómo puede suceder
que á mí me busque?
LUC. Es lo cierto
que pregunta por usted...
Parece muy afligida
la vieja...
DOÑA CRÍSP. La voy á ver...
DOÑA MIL. Díle, Lucía, que venga.
(*Deteniendo á doña Críspula.*)
Crispulita, quedesé...
(*Lucía, que iba á salir, se vuelve y dice desde la puerta del foro:*)

LUC. ¡Ah, mamá... se me olvidaba...
Tengo que decir á usted
que el cochero...
(*Doña Milagro la interrumpe, procurando que calle.*)

DOÑA MIL. Bueno... bueno...

LUC. Avisa que hay un arnés
muy malo, y siendo mañana
día de teatro...

DOÑA MIL. Está bien...
(*Interrumpiéndola con viveza.*)

DOÑA CRÍSP. Si su mamá no va nunca
al teatro.
(*Con socarronería.*)

DOÑA MIL. Así es.
(*Haciendo señas á Lucía.*)

LUC. ¡Ay! Así es.
(*Con todo desplante. Vase por el foro, y doña Milagro por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIV

DOÑA CRÍSPULA

DOÑA CRÍSP. De veras que no me cabe...
que á mí me vengan á ver...
¿No será alguna entruchada?...
¡Ojo al *charqui!*... mucha miel
tienen en los labios... pero
mentiras gordas también!...
(*Llega por el foro Carmela, disfrazada con una polichera lisa, de color café, y un manto negro, que le cubre casi por completo la cara. Se detiene como avergonzada al entrar, hasta que doña Críspula le habla.*)

ESCENA XV

DOÑA CRÍSPULA, CARMELA

CAR. (Si de ésta salgo lucida
digo que me sobra ingenio.)
(*Aparte.*)

DOÑA CRÍSP. ¿Qué se le ofrece?
(*Observándola atentamente.*)

CAR. ¡Ay, señora!...
(*Mudando el tono de voz y con acento de aflicción.*)
malas noticias le treigo!...
(*Imita el modo de decir de los campesinos, durante toda esta escena.*)

DOÑA CRÍSP. ¿Malas noticias?...
(*Con sorpresa.*)

CAR. ¡Malazas!...

DOÑA CRÍSP. Dígame quién es, primero,
porque yo no la conozco,
y después que este deseo
me cumpla, dirá el motivo
que la trae á verme.

CAR. Güeno.
Pus, yo hey venío en el tren
que llegó agorita... Y vengo
desde la mesma estación
en derechura...

DOÑA CRÍSP. ¿El objeto?
(*Interrumpiéndola.*)

CAR. Lueguito voy á dicir

á su mercé... ¡Si no hay mieo
más grande que el que hey pasao!
¡Ay!... Yo no sé cómo vengo!...
¡Güena cosa!... Á mi compaire
lo han dejado medio muerto,
tamién á la Margarita
unos guantones le dieron
porque se puso á gritar...

DOÑA CRÍSP. ¡Señora, yo no la entiendo!...
ni sé lo que está contando...
ni si á mí me importa!

CAR. Cierto,
ciertito que no le hey dicho
quién soy... Pus, agora mesmo
se lo voy á dicir... Peta
me llamo... Peta Corneja,
pa servir á su mercé
muchos años...

DOÑA CRÍSP. Bueno, bueno.

CAR. Su mercé no me conoce,
no me ha visto ni por pienso;
comaire de Juan Cutama
soy, porque al niñito Cleto
yo se lo tuve en la pila...

DOÑA CRÍSP. ¿Á cual?

CAR. Á Cleto.

DOÑA CRÍSP. ¿El primero?

CAR. El mesmito.

DOÑA CRÍSP. Y ¿á qué viene?

CAR. ¡Ay, señora, sólo vengo
por mi compaire Juan! ¡Güena
la que le ha pasao!...

DOÑA CRÍSP. Espero
(*Comenzando á inquietarse.*)
que no será nada malo...
ni siquiera ha habido tiempo...
CAR. ¡Ay, señorita de mi alma,
(*Interrumpiéndola.*)
si le hicieron un salteo
al compaire Juan anoche.
DOÑA CRÍSP. ¡Lo saltearon!...
(*Estupefacta*)
CAR. Siete jueron
los facinerosos, pícaros...
DOÑA CRÍSP. ¡Siete!...
CAR. Ya estaba durmiendo
mi compaire Juan Cutama,
la Mariquita lo mesmo...
Sería la media noche
cuando unos golpes sintieron;
mi compaire puso el oido,
y dice que estaba en eso,
cuando siente que le dan
un rempujón lo más fiero
á la puerta; la voltiaron,
y á la carga se le jueron
al pobre compaire Juan...
Como no le dieron tiempo
no se púo defender...
La Mariquita que vió esto
salió gritando pa ajuera,
pero cuatro la siguieron,
la alcanzaron ligerito,

la pelotiaron del pelo
y le pegaron guantones
hasta dejarla en el suelo
sin sentío...

DOÑA CRÍSP. ¡Ay Dios de mi alma!...

(*Con gran congoja.*)

CAR. Los saltiadores, que vieron
á los chiquillos llorando,
les mandaron que en silencio
todititos se estuviesen,
porque, en lo de no, el pellejo
les sacarían á azotes.
Los chiquillos, con el mieo,
se quedaron tamañitos,
más callaos que unos muertos...
Por todas partes buscaron
los saltiadores perversos
hasta que hallaron la plata.

DOÑA CRÍSP. ¡Ay, ay!... los dieciocho pesos
que yo le había dejado
á Juan!...

(*Cae medio sofocada en el sofá.*)

CAR. ¡Meh!... ya se perdieron...

DOÑA CRÍSP. ¡Ay, ay!... que me quiere dar
un gran ataque de nervios!...

(*Revolviéndose en el sofá.*)

CAR. (¡Bueno va!... ¡La estratagema

(*Aparte, complacida.*)

parece que surte efecto!...

(*Se queda un momento contemplando á doña Críspula, que sigue muy desasosegada.*)

¡Me voy! Adiós, señorita;
(*Alto y fingiendo la voz como antes.*)
ya tiene conocimiento
de lo que anoche ha pasao
en su fundo... Yo me güelvo...

DOÑA CRÍSP. Mañana en el primer tren
me voy... ¡Mis dieciocho pesos!
(*Se va Carmela.*)

ESCENA XVI

DOÑA CRÍSPULA

DOÑA CRÍSP. ¡Voy á arreglar mi maleta;
un día más no me quedo!...
¡Ay, señor!... no me conformo
con perder dieciocho pesos!...
(*Va á golpear á la primera puerta de la izquierda.*)
¿Milagrito?
(*Clamando. Pausa. Luego sale doña Milagro.*)

ESCENA XVII

DOÑA CRÍSPULA, DOÑA MILAGRO

DOÑA MIL. ¿Crispulita?
DOÑA CRÍSP. ¿No sabe en la que me encuentro?
(*Sumamente agitada todavía.*)
DOÑA MIL. ¿Qué es lo que le ha sucedido

que está tan falta de aliento?...

(*Algo intranquila.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Han salteado á Juan Cutama!...
¡Me voy de aquí, sin remedio,
mañana en el primer tren!...

DOÑA MIL. ¡Oh, Dios!... (¡Bendito salteo!...)

(*Aparte, con satisfacción.*)

¿Ha sido grave la cosa?...
¿le ha sucedido algo serio?...

DOÑA CRÍSP. ¡Ay, hijita de mi vida,
me roban dieciocho pesos
esos infames ladrones!...
¡Mire si es grave el suceso!
Ni en la hora de la muerte

(*Muy enojada.*)

perdono á ninguno de ellos!
tienen que ir al purgatorio
si es que escapan del infierno!

DOÑA MIL. ¡Ay, qué poca caridad!...

(*Como burlándose.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Ay, si son dieciocho pesos!
¡Voy á arreglar mis maletas;
no he de perder un momento!

DOÑA MIL. ¡Cuánto siento que se vaya!...

(*Fingiendo.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Qué hacer!

(*Se va por la segunda puerta de la izquierda.*)

DOÑA MIL. ¡Bendito salteo!

(*Con gran satisfacción, luego que se ha ido doña Críspula.*)

ESCENA XVIII

DOÑA MILAGRO, LUCÍA

(Doña Milagro va á la derecha y llama en el cuarto de su hija, entreabriendo la puerta.)

DOÑA MIL. ¡Lucía! ¡Carmela!

(Sale Lucía.)

LUC. ¿Qué hay,
mamá, qué hay?

DOÑA MIL. ¡Una estupenda
noticia!

LUC. ¿Sí?

DOÑA MIL. ¡Ya verás!
Vas á bailar zamacueca
una vez que te la cuente.
¿En dónde está la Carmela?

LUC. Va á venir luego.

DOÑA MIL. También
la noticia le interesa...

LUC. Pero cuéntemela á mí;

(Con insistencia.)

curiosa estoy...

DOÑA MIL Lo que venga
mi sobrina.

LUC. ¿Qué será?

(Corre á la puerta derecha, la entreabre y dice, simulando hablar con su prima:)

¿Acabaste?

(Pausa de un momento, luego dice:)

Ven, Carmela.

(Momento de espera. Sale después Carmela, ya sin difraz.)

ESCENA XIX

DOÑA MILAGRO, LUCÍA, CARMELA

DOÑA MIL. Una noticia estupenda...

(Carmela la interrumpe.)

CAR. Mañana á primera hora
se irá la vieja señora
doña Críspula á su hacienda.

(*Lucía se ríe á carcajadas.*)

DOÑA MIL. ¿Cómo?... ¿Tú?...

(*Muy asombrada.*)

CAR. Ya lo sabía...

(*Interrumpiéndola.*)

LUC. ¿Saltearon á Juan Cutama?

(*Doña Milagro se asombra.*)

DOÑA MIL. ¡También tú!...

CAR. Si es una trama...

(*Riéndose*)

Vaya, cuéntale Lucía.

(*En este instante sale doña Críspula abanicándose rápidamente; llega como sofocada. Tiene en el brazo un pañuelo de ternó, y en la mano izquierda sujeta el quitasol y además una maleta de viaje. Doña Críspula sale por la segunda puerta izquierda, se detiene y deja caer con ímpetu la maleta.*)

ESCENA XX

DOÑA MILAGRO, LUCÍA, CARMELA, DOÑA CRÍSPULA

DOÑA MIL. Crispulita...
(*Sorprendida de verla como viene.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Yo no soy
Crispulita!
(*Con enojo.*)

DOÑA MIL. ¿Cómo es eso?
(*Alarmada con el tono de doña Críspula.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Á otro perro con el hueso
de su cariño!...
(*Cada vez más agresiva.*)
¡Me voy!...

DOÑA MIL. ¡Señora!...
(*Con dignidad y gravemente.*)

DOÑA CRÍSP. ¡La cocinera
(*Á Carmela.*)
le ha prestado su vestido!...
¡Usted es la que ha fingido
el salteo!...
(*Con cólera.*)
¡So embustera!...

DOÑA MIL. ¡Ah!
(*Comprendiéndolo todo.*)

DOÑA CRÍSP. ¡Me voy, pues sólo encuentro
aquí engaños y falsía!

DOÑA MIL. ¿Cómo?...
(*Alterándose.*)

CAR. Que se vaya tía;
¡está fuera de su centro!

(*Con sorna.*)

DOÑA CRISP. ¡Pues, hasta el día del juicio...
mujeres sin corazón!...

(*Coge la maleta y se va por el foro. Carmela la sigue hasta la puerta diciéndole:*)

CAR. ¡Que el aire de su rincón
le sea á usted muy propicio!...

(Las tres sueltan la carcajada.)

ANTONIO ESPIÑEIRA

CAE EL TELÓN

INDEPENDENCIA

DEL PODER JUDICIAL

El estado actual de la administración de justicia en Chile, lejos de llenar las aspiraciones del país, de cumplir su objeto, cual es, el administrarla cumplidamente, es pernicioso, exige un remedio pronto y eficaz.

Aplicar el remedio necesario al Poder Judicial, investigando las causas de la enfermedad que lo aqueja, es el objeto de las presentes líneas.

La enfermedad, á nuestro humilde juicio, desaparecería en gran parte mediante una reforma radical aplicada á la base de la organización y atribuciones de nuestros tribunales. Constituídos como están, semejan los árboles que, arraigados en mala tierra, por fuerza han de dar malos frutos. El mal no está en la constitución de los árboles, que es excelente; está en la tierra. De igual manera, la causa productora de tan dañosos efectos no reside en la organización de los tribunales, sino en la base en que esta organización descansa. Base falsa porque se apoya en la intervención del Poder Ejecutivo. Este error, vicio de que adolecen gran número de nuestras

instituciones, á ninguna perjudica tanto como á la recta administración de justicia. La incompetencia que en la generalidad de los casos se nota en los jueces nombrados; sus nombramientos que, salvas muy raras excepciones, son debidos á los empeños é influencias políticas del interesado ó de sus parientes; la fragilidad, la negligencia y la incapacidad de muchos de ellos para aplicar las leyes tratándose de delitos políticos, y, sobre todos estos y otros numerosos defectos más, la falta de independencia de los jueces nacida de que su nombramiento, remoción y ascensos, dependen exclusivamente del Poder Ejecutivo, son males gravísimos que vienen en apoyo de nuestro aserto. Añádase á ello el desbarajuste que introducen en los tribunales las influencias, las intrigas y las pasiones políticas; su desorganización moral, causando la desesperación de los verdaderos ciudadanos, el abatimiento del país...

§ I

Pero estas últimas consideraciones no son nuestro argumento principal; no son más que sus consecuencias. Vamos más allá. Creemos que la subordinación del Poder Judicial al Ejecutivo es contraria á los principios de derecho público que ha adoptado nuestra Constitución. De ellos, el fundamental, aquel al cual obedece en la totalidad de sus disposiciones, es la libertad. Esta idea es palpable; se ha hecho concreta en el principio siguiente: «La soberanía reside en la nación». Esta soberanía no es simple; es compuesta. Comprende la de legislar, que es la primera de todas; la de ejecutar y la de juzgar. No pudiendo ejercerla por sí misma, la ha delegado. No en un solo poder, porque con tan amplias facultades no

tardaría en absorberse las atribuciones mismas del pueblo, luego desconocería sus derechos, viniendo á ser absoluto, y el país no tardaría en caer en el despotismo. En el hecho, la soberanía no residiría ya en la nación sino en la autoridad misma. Con semejante delegación la libertad desaparecería por completo.

Huyendo de este peligro, ha transmitido su ejercicio á tres poderes, que, si bien armonizados entre sí por un fin común, son necesariamente diversos, independientes unos de otros. Luego, tan independiente ha de ser el Poder Judicial como el Legislativo, como el Ejecutivo; porque, exigiéndolo así la división establecida, la misma razón de libertad hay respecto de la independencia de aquél como de la de cada uno de éstos.

En conformidad á esta base, nuestra Constitución Política ha establecido el Poder Legislativo, independientemente del Ejecutivo; mas no podemos decir otro tanto del Poder Judicial. Pues esto importa el artículo 82 del Código fundamental chileno, que, al tratar de las atribuciones especiales del Presidente de la República, dice en su núm. 7.º: "Nombrar los magistrados de los Tribunales Superiores de Justicia, y los Jueces Letrados de primera instancia á propuesta del Consejo de Estado, conforme á la parte 2.ª del artículo 104". Hé aquí establecida de un modo expreso la dependencia del Poder Judicial, la negación de la entidad política que este poder debe constituir. Sin duda alguna que Lastarria al escribir en sus *Lecciones de Política Positiva* las siguientes líneas: "Lo que importa no olvidar en la organización de las funciones del poder, es que su división tiene por objeto evitar la concentración, causa de despotismo;... de manera que debe evitarse todo motivo

de absorción ó de dominación... Peca sobre todo contra esta regla el uso común de atribuir al Ejecutivo el nombramiento de los funcionarios del judicial...» Sin duda alguna, repetimos, que se refería á esta disposición constitucional. En virtud de ella, según Carrasco Albano, en su obra *Comentarios á la Constitución Política del 33*, «el Poder Judicial dejó de ser un poder independiente para convertirse en un ramo de la administración de que estaba encargado el Ejecutivo. Cada uno de los diversos magistrados llamados á ejercer la administración de justicia quedó sujeto á la vigilancia del Ejecutivo ó de sus agentes. El Poder Ejecutivo fué constituído en un tutor ó en un ayo de aquella sombra del Poder Judicial». No menos explícito que Carrasco Albano es Santa María, quien, en su artículo *Idea del Poder Político en Chile*, pregunta: «Este Poder Judicial, que se desprende de la Constitución, que tiene un carácter inmutable, cuyas atribuciones no pueden alterarse sino por una ley ¿nace en tales fuentes que pueda decirse que la independencia es su primer bautismo, y que vive y se mantiene en iguales condiciones? Como todo poder público, la Constitución ha querido que en último término quede en manos del Presidente de la República». Más adelante agrega: «El Poder Judicial, en resumen, está organizado por nuestra Constitución para vivir como los otros poderes, raquítico y enfermizo... La mano del Presidente de la República debe ser impotente para crearlo; más impotente aún para seducirlo ó dañarlo». Y después de algunos párrafos, se vuelve á preguntar: «¿Qué vida democrática es posible bajo la influencia de un poder absorbente y tirante que arrebata á la justicia la independencia de sus servidores?»

Mas saliendo del terreno de las citas para pasar al de los razonamientos, entraremos en ellos. Hemos dicho que la independencia de los poderes es la consecuencia necesaria de la libertad, fundamento del derecho público; y ahora agregamos que esta independencia no puede hacerse efectiva sin la separación de esos mismos poderes. Siendo una y otra verdades inconcusas, es preciso, con arreglo á la teoría, esto es, respetando esta independencia y esta separación, establecerlas en la práctica. Este establecimiento ha de ser real y efectivo, dando á cada poder una organización propia y exclusiva, sin atribuir á cada uno ni más facultades que las necesarias para el ejercicio de sus atribuciones, impidiendo de esta manera que se invadan unos á otros, ni menos que necesite de auxilio extraño, defendiéndolo así de las invasiones. Estos son los dos extremos peligrosos que es necesario evitar en la organización de los poderes. Y ahora preguntamos ¿los evita nuestra Constitución? Por el contrario. Al conceder al Ejecutivo la atribución de nombrar á los jueces, da á éste una facultad más, una que no le corresponde y quita una al Judicial. De aquí el desequilibrio de estos dos poderes. Una facultad más, como es ésta, para el Ejecutivo y una menos para el Judicial, es dejar abierta la puerta para que éste sufra las invasiones de aquél, al mismo tiempo que arrebatarle la llave para que la cerradura no las impida; y es, además, lo que con tanto empeño tratamos de establecer, contrario á la independencia del Poder Judicial. Creemos que esto último no necesita prueba; porque si este poder ha de organizarse separadamente, esta organización ha de ser absoluta, ha de comprender, por tanto, todas sus partes, y una de ellas, y no la menos principal, es el nombra-

miento de sus funcionarios. Tan claro nos parece esto que si se pudiera sostener lo contrario, con la misma lógica podríamos afirmar, valiéndonos de una hipótesis, que la facultad concedida á los Tribunales de Justicia de nombrar al Presidente de la República, ó á los miembros de las cámaras, ó de las municipalidades, no implicaba *per se* la falta de independencia de estos poderes, ya que tan independientes son los unos como los otros.

Con estas últimas razones pondremos fin á este primer párrafo y pasaremos al segundo.

§ II

Probado ya el principio negativo: «La facultad de nombrar á los jueces no debe residir en el Poder Ejecutivo,» ó sea, en una forma más concreta, «El Presidente de la República no debe nombrar los jueces,» nos queda por probar este otro principio, que es positivo: «La facultad de nombrar á los jueces debe residir en ellos mismos». ¿Cómo se entiende y se prueba esto? Para responder á esta pregunta se nos permitirá volver otra vez más á la fuente los principios.

La soberanía reside en la nación. No pudiendo ejercerla por sí misma, delega su soberanía de legislar en las Cámaras; la de ejecutar, en el Presidente de la República, y la de juzgar en los Tribunales de Justicia. Para ello elige y nombra directamente á los miembros del primer poder; indirectamente, á los del segundo, y ni del uno ni del otro modo á los del tercero, sino que el Ejecutivo los elige y nombra por encargo del pueblo, quien viene así á desprenderse de su derecho. Mas ¿por qué es esta disposición? ¿Á qué razones obedece siendo con

traria á los principios del Derecho Público, en virtud de los cuales el Poder Judicial debe constituirse, *como uno verdadero político, por delegación nacional y con entera independencia?* Tal parece á primera vista. No así después del mas ligero análisis de la naturaleza del poder desempeñado por los jueces. Este poder no es democrático, no es popular, según el lenguaje de la Constitución. De aquí la ilegibilidad, la inamovilidad y el carácter vitalicio de los empleados judiciales.—Encargado de administrar justicia, tiene la facultad de conocer las causas civiles y criminales. La administración de justicia requiere una atmósfera pura, ajena á las influencias é intrigas, lejos de las maniobras electorales y, sobre todo, de los odios privados á que los jueces, como hombres, están tan expuestos. Para juzgar estas causas se necesita un gran caudal de conocimientos que no se adquieren sino por el transcurso de largos años de un estudio rudo y tenaz. Llamados á conocer de ellas ciudadanos cuyas capacidades no están nunca al alcance de la mayoría del país, y cuyas reputaciones raras veces se extienden fuera de reducido círculo de las personas ilustradas, no es el pueblo competente para apreciar ni con mediana exactitud, siquiera, las personas que reúnan las cualidades necesarias para desempeñar los puestos judiciales. Careciendo los ojos del pueblo de la luz de la ciencia, mal podrá distinguir á los iniciados en ella. Siendo incapaz de apreciarlas, con mayor razón será incompetente para elegirlas. Se podría objetar contra esta última afirmación diciendo que la teoría del sistema democrático, cuya base es la libertad, fallaba aquí al establecerla en la práctica.—Si este sistema es absoluto ¿cómo es que no abraza una de sus ramas más importantes?—Pero esta objeción no es

sólida; y como sin ser extraña á nuestro fin no va directamente á él, nos contentaremos con observar con Laboulaye: «No hay que confundir el poder del pueblo con la libertad. El poder del pueblo no es más que el imperio de la mayoría, no el de la libertad; el de ésta está en el reinado de la ley juiciosamente sancionada, sabiamente aplicada.»—Es claro que en estricto derecho, sería más conforme tal organización democráctica aplicada; pero á más de no ser posible—puesto que al pueblo habrá siempre que considerarlo como pueblo, esto es, tal cual es, y no como debe ser—no puede deducirse de aquí que la dificultad de la aplicación, por ser lo menos conforme, sea un absurdo.—Lo bueno no está opuesto á lo mejor.

Volviendo al punto de prueba de este capítulo, copiaremos aquí á Kent: «La justa y vigorosa investigación y castigo de toda especie de fraude y violencia, y el ejercicio de la facultad que compele á todo hombre al cumplimiento de sus contratos, son graves cargos, no del carácter más popular, aunque el fiel desempeño de ellos impondría la tranquila aprobación del observador juicioso. Los hombres más aptos tendrían probablemente demasiada reserva de modales y severidad de moral, para conseguir una elección que reposara sobre el sufragio universal. Ni puede la forma del nombramiento por una asamblea deliberante, tener títulos á una completa aprobación. Hay demasiadas ocasiones y demasiadas tentaciones á la intriga, preocupación de partido é intereses locales, para permitir que tal cuerpo de hombre obre, respecto á tales nombramientos, con una consideración suficientemente pura y juiciosa por la felicidad jeneral.» —Hasta aquí Kent. Oigamos ahora á Carrasco Albano:

«Por punto general es indudable que la nación no debería delegar el ejercicio de su soberanía judicial, como no delega su soberanía legislativa. Sin embargo, ese principio único, legítimo en teoría, debe sufrir modificaciones en la aplicación según las costumbres, las ideas y la civilización de cada pueblo. La administración de justicia toca tan de cerca á los intereses particulares, al egoísmo individual de los ciudadanos que, en lo posible, debe ser conservada independiente de las influencias locales, en la elección de los magistrados llamados á ejercerla.

«La estatua de la justicia es pintada muda, fría, impasible, como la ley de que es imagen: debe ser algo de etéreo, nada de humano; sin carne ni sangre, si así pudiera decirse. Ahora bien ¿cómo acercar á ese modelo, los funcionarios judiciales que debieran su nombramiento al triunfo de las pasiones políticas ó de los intereses particulares que nacieran, como Minerva, armados de todas piezas, frutos de los odios, de las intrigas y de los manejos de los partidos.»

Con esta última cita pondremos fin á este capítulo, abrigando la confianza de haber probado el principio positivo de que al comenzar hablamos. Pues, si el pueblo, á causa de la naturaleza del Poder Judicial, está en la imposibilidad de ejercer el derecho de elegir y nombrar por sí mismo á los funcionarios que han de desempeñar este poder, es lógico y necesario que lo cometa. Y ¿á quién debe cometerlo? Después de las premisas sentadas en el primer párrafo, la respuesta cae por su propio peso. La independencia de los tres poderes exige una organización separada. Por tanto, no pudiendo cometerlo al Poder Ejecutivo ni al Legislativo, forzosamente tiene que hacerlo al Judicial.

§ III

En esta tercera parte trataremos de la cuestión bajo un punto vista práctico, descendiendo de las regiones de la teoría.

La facultad de nombrar a los jueces debe residir en ellos mismos, hemos dicho. Si se estableciera en nuestra carta fundamental una disposición fundada en este principio, traería por consecuencia una revolución completa en las leyes y decretos que se refieren á la organización y atribuciones de los tribunales. Sabemos cómo se nombran los jueces hoy día.—Los de distrito y subdelegación, por el gobernador á propuesta en terna del juez de letras respectivo. Nosotros variaríamos: los de distrito y los de subdelegación, por el juez de letras del departamento á propuesta en terna los primeros por el de la subdelegación respectiva, y los segundos por el respectivo juez de subdelegación más antiguo del departamento. Á falta de juez de letras en el departamento, por el más cercano. Pero si en la provincia en que ocurre la falta hay otro ú otros departamentos con juzgados de letras, á éste ó al más inmediato de éstos, se hace dicha remisión.—Respecto al nombramiento de los jueces de letras, distinguiremos según sus clases, dividiéndolos en categorías, del modo siguiente: 1.ª, jueces de letras de capitales de departamentos; 2.ª, de capitales de provincia, exceptuando las de Santiago, Valparaíso, Serena, Iquique, Talca y Concepción; 3.ª, de estas capitales exceptuadas. Otras innovaciones más introduciríamos, á saber: el concurso y la antigüedad como bases de los nombramientos. Así, vacante un empleo de la 1.ª

categoría, la Corte de Apelaciones respectiva llamaría á un concurso al cual podrían concurrir sólo aquéllos que tuvieran todos los requisitos que la ley exige hoy día para poder ser jueces de letras. La Corte, examinando las aptitudes y méritos de los opositores, designaría los tres que conceptuara más dignos. Esta terna, que no podría ser rechazada, se elevaría á la Corte Suprema, la cual, por mayoría absoluta de votos, nombraría la persona que debiera ocupar el puesto, expidiendo el correspondiente título á favor del nombrado.

Como hemos visto, la innovación del concurso (1) es sólo para los jueces de la primera categoría; la de la antigüedad, para los de la segunda y tercera; y aun la extenderíamos a las Cortes de Apelaciones y á la Suprema.

Vacante una plaza de segunda ó tercera categoría, sería nombrado el juez más antiguo de capital de departamento ó de capital de provincia, según los casos. El juez más antiguo de la tercera categoría llenaría la vacante ocurrida en cualquiera de las Cortes de Apelaciones, y el más antiguo ministro de todas estas Cortes pasaría á serlo de la Suprema, siempre que en ésta ocurriere alguna vacante.

No pretendemos que esta escala sea absoluta. En ningún caso podría ser tan rigorosa como la militar; y si ésta tiene sus excepciones, no las ha de tener menos aquélla. Siempre que concurrieran en algún juez, y hasta en alguna persona privada, condiciones especiales y extraordinarias, tales como la mucha ciencia, el acierto constante en las sentencias, el ser un abogado muy no-

(1) No se nos escapan los inconvenientes y dificultades que ofrecen los concursos, aplicados al nombramiento de los jueces letrados; pero los aceptamos á causa de no conocer otros mejores.

table, el haber escrito alguna obra de jurisprudencia de algún valor, etc., podría aquél saltar dos ó más escalones por un solo nombramiento, y pasar éste, de simple particular, aun á ministro de la Corte Suprema. Para esta clase de nombramientos exigiríamos todos los votos de los ministros menos uno; y no unanimidad, porque ello sería pedir tanto que haría ilusoria esta regla, ya que es notorio que los hombres cuyos talentos salen de lo vulgar tienen generalmente muchos enemigos.

Ignoramos si los razonamientos de los párrafos primero y segundo han llevado el convencimiento al ánimo de los lectores. Por nuestra parte abrigamos convicción tan sincera y profunda, que no titubeamos en afirmar que si algún día llegase para Chile la hora—por desgracia, demasiado lejana aún—de semejante libertad, aquella hora sería también de gloria y regocijo para toda la nación, y que si merecieron bien de la patria y grandes fueron la administración de Prieto en virtud de los principios políticos establecidos en la Constitución de 1833, y la de Montt á causa de las instituciones civiles organizadas por el Código Civil, no menor bien ni honra más pequeña recaerían sobre el Gobierno que, rompiendo mezquinos lazos, pusiera su firma al pie de una nueva ley sobre organización y atribuciones de los tribunales, basada en la independencia efectiva del Poder Judicial.

El método bosquejado en el tercero tiene por objeto evitar varios de los males que hoy afectan á dicho poder. Por de pronto, los jueces serían nombrados por las autoridades más competentes para apreciarlos y juzgarlos; no deberían sus puestos á los empeños, sino á su ciencia y á su conducta; ni sus ascensos á trabajos ajenos á su

profesión; se esmerarían más en el estudio y en sus tareas judiciales, y, finalmente, tendría el país en ellos una confianza y un respeto que hoy día están muy distantes de inspirar y mucho más de merecer.

Resumiendo, para concluir, en pocas palabras todo lo anteriormente escrito, diremos que se quite al Ejecutivo una facultad que no le corresponde; que los jueces sean nombrados por los jueces; que se dividan éstos en categorías, y que estén sujetos en sus nombramientos á concurso, en unos casos, y á la antigüedad en otros.

No colocaremos el punto final sin insistir por una vez más en los dos primeros párrafos, porque creemos firmemente que la independencia del Poder Judicial nunca llegará á ser un hecho, no pasará de ser una palabra vana escrita en la Constitución, mientras carezca de la facultad absoluta de constituirse á sí mismo. Únicamente así podrá organizarse el Poder Judicial *de manera que la justicia se consagre sólo á la justicia, y que el juez sea sólo juez,* como con tanto donaire dice Huneeus en su obra *La Constitución ante el Congreso.* De lo contrario, inútiles serán todos los medios que se arbitren á fin de que la justicia inspire serias garantías, porque el mal estará siempre en la raíz—la intervención de un poder extraño. Y en vano se apartará á la justicia *del terreno ardiente de la política, vedando en absoluto á los jueces el ejercicio de funciones legislativas y administrativas;* pues, lo que es más perjudicial aún al bien público, es que si ellos no toman parte en política, la política tomará parte en ellos.

ALBERTO VALENZUELA C.

HORACIO EN ESPAÑA

POR MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO (1)

Para estudiar con detención á Horacio y á los innumerables discípulos é imitadores que ha tenido en España, es necesario emprender una larga y trabajosa excursión al través del campo de las letras durante algunos siglos. Horacio, por sus primores artísticos y de dicción, y, sobre todo, por la sobriedad de sus planes y su exquisito gusto literario, es el poeta más apropiado para servir de guía á la juventud. Sus odas, sembradas de máximas, que han pasado á ser axiomas que todo el mundo repite, las aprenden de memoria los niños del aula, al mismo tiempo que son objeto de meditación para el sabio, que encuentra en ellas una preciosa copa donde está exprimido cuanto daba de sí la filosofía pagana. Su poesía, hija de una edad corrompida, en que la libertad ha muerto y las costumbres se impregnan del más refinado epicurismo, da la medida exacta

(1) Dos volúmenes impresos en Madrid por A. Pérez Dubrull, 1885.

de lo que era Roma la víspera de aquellos días nefastos en que debían ascender al trono monstruos como Nerón y Tiberio, para ser el horror y el espanto del mundo. Horacio cantó el placer y ciñó coronas á los tiranos; su espíritu helado y sin fe en la libertad, que ha visto sucumbir, apenas si conserva una sola creencia, un solo ideal elevado que lo engrandezca. Ya que Roma no es libre, sea, al menos, grande como ningún pueblo de la tierra por la extensión de sus conquistas y sus triunfos militares; ya que se ve oprimida en su interior, haga, al menos, pesar su poderío sobre todas las naciones del globo, levántese sobre ellas como el cedro sobre las hierbas del campo, y cuente tantos siervos como hombres existen en los diversos confines del orbe. Este es el ideal, esta la sola aspiración del poeta, que desertó de las filas de los que peleaban por las antiguas libertades.

Cuentan que un famoso predicador español felicitó desde la cátedra sagrada á Felipe II por la extensión de sus dominios, sobre los cuales no se ponía jamás el sol. Igual sentimiento dominaba al protegido de Mecenas al exclamar en un sublime arrebato de orgullo:

> ¡Sol, que conduces en fulgente carro,
> vario y el mismo, sin cesar el día,
> nada mayor que la romana gloria
> miren tus ojos!

Hé aquí en lo que consistía el patriotismo de Horacio. Contento con el despotismo mientras fuera brillante, cree grande á Roma porque la ve potente y dominadora, y aunque algunas veces se presente á sus ojos la sombra ensangrentada de Catón ó la entera é indomable virtud de Régulo, estos severos fantasmas no

perturban la alegría ni la conciencia del poeta, cantor de los poderosos opresores y émulo de Anacreonte al celebrar el placer y la aturdidora algazara de los festines.

Empero, si la mente del poeta apenas se remonta sobre el fango en que estaban sumergidos sus contemporáneos, en cambio, el artista es siempre grande y sus formas son acabadas del todo. ¡Cuánta viveza en sus descripciones! ¡Cuánto rigor y concisión en sus giros! ¡Qué frase tan selecta! ¡Qué epítetos tan apropiados y característicos del objeto que quiere calificar, y cuánto, sobre todo, no resalta en cada uno de sus poemas ese *ordenado desorden* de sus planes, tan peculiar de la buena lírica y tan admirado por todos los maestros!

Gracias á estas cualidades, Horacio es todavía un modelo que no puede olvidarse impunemente, y el estudio de sus obras es la eterna valla que los preceptistas oponen en todas épocas á las invasiones del mal gusto.

Hoy que, so pretexto de acudir al fondo, se descuida miserablemente el cultivo de la forma, que es lo que da á las obras del arte su eterna belleza, el señor Menéndez Pelayo lanza á la arena literaria su *Horacio en España*, como se aplica un remedio heroico á un enfermo postrado por peligrosa dolencia.

La poesía española, estudiada bajo el punto de vista del horacianismo, ofrece un fecundo campo á las eruditas observaciones del distinguido crítico, cuyo libro abunda en útiles enseñanzas prácticas al par que en datos bibliográficos curiosísimos, que en ocasiones dadas equivalen á verdaderos descubrimientos.

Este libro, que comienza por el estudio de una imitación primitiva del *Beatus ille*, debida á la pluma del

marqués de Santillana, viene á terminar con el de los últimos trabajos horacianos publicados en el presente siglo, no sólo por los poetas castellanos sino por los portugueses y gallegos, y hasta por los muy raros autores que en Sud-América se han dedicado á esta especie de trabajos. Para dar una idea de la riqueza de datos en que abunda, bastará decir que entre las piezas de que el autor se hace cargo figura una traducción del *Otium divos* de nuestro don Salvador Sanfuentes, de la cual serán muy pocos los que se acuerden en Chile (1).

Contraponiendo las escuelas salmaticense y sevillana, Menéndez Pelayo compara las obras de los dos horacianos más famosos que ha producido España, y que son fray Luis de León y Francisco de Medrano, tan admirable este último como poco estudiado. De paso sigue á Herrera, poeta más bíblico y petrarquista que imitador del lírico latino; á Lope de Vega, que, por su inde-

(1) Hablando de la poesía en Chile, dice Menéndez Pelayo: «Esta república, cuya prosperidad y adelantamiento material y político excede al de todas las otras de origen español, ha producido hasta ahora más historiógrafos investigadores, gramáticos y economistas que verdaderos poetas. El carácter chileno es positivo, práctico, sesudo y poco inclinado á idealidades. En cambio, todos los estudios de utilidad inmediata (comprendido en ellos el de la historia), florecen más que en ninguna otra parte de la América. Recorriendo la erudita y voluminosa *Historia de la literatura colonial de Chile*, trabajo muy meritorio y concienzudo de don José Toribio Medina, no encontramos ningún nombre de poeta horaciano. En la época moderna, y entre los discípulos de Bello, el cual propagó en Chile sus teorías gramaticales más que su gusto literario, descuella Sanfuentes, poeta de verdaderas dotes en la narración jocoseria, como lo patentizan algunos trozos de *El Campanario*. Ni en las poesías de Sanfuentes, ni en las de otros posteriores, tales como Blest Gana, Matta, Lillo etc., he encontrado conatos de imitación de Horacio. Otro tanto digo de los poetas de Bolivia.» No deja de ser demasiado severo el juicio anterior, y creemos que el erudito español lo modificaría si conociese de nuestras letras algo más que la *Historia* del señor Medina. Por lo que hace á la traducción que de la oda *Otium divos* nos ha dejado don Salvador Sanfuentes, Menéndez Pelayo la califica de débil.

pendencia literaria y la exuberancia de su genio portentoso, quiso ante todo volar con sus alas y hacer el gasto de su propio caudal; á Jáuregui, que en todo imprimió el sello de la perfección; á los Arjensolas; al dulce y esmerado Francisco de la Torre; á Quevedo y á otros líricos no menos notables del siglo XVII, y continúa su excursión hasta el presente siglo, aquilatando el valor de los trabajos de Arjona, de los Moratines, padre é hijo, de Reinoso y de Lista, de Burgos y, por fin, de los traductores portugueses y de los americanos, como Pesado, Bello, el caraqueño José Luis Ramos y, sobre todo, de los de Pombo, al cual coloca en primera línea entre los traductores españoles de Horacio.

La suma de trabajo y de paciencia que representan estos estudios es imponderable, pudiéndose sólo comparar con los que lo complementan, y que ocupan el segundo tomo del *Horacio en España*, el cual está exclusivamente dedicado á los imitadores, como el primero á los traductores.

El segundo volumen ó *parte* es sobre modo ameno, y extraordinariamente interesante por desarrollarse en sus páginas las teorías literarias del autor y los móviles que lo llevaron á componer su libro.

La idea primordial del señor Menéndez Pelayo es oponer con *la imitación de la forma horaciana* un dique al mal gusto que, con apariencias seductoras y brillantes, va invadiendo el campo de la poesía lírica, restaurar con su espíritu animado, sí, por el soplo del cristianismo el modo de pensar y de sentir de la raza latina que va infiltrándose de ideas y sentimientos exóticos y convirtiéndose en siervo sumiso de la imitación germánica, que tan poco se aviene con nuestro modo de ser; destruir, en fin, esa

literatura falsa, enfermiza, artificial en todo y más perniciosa aún para los españoles que lo que fué el petrarquismo alambicado para ciertos escritores del siglo de oro. En una bella frase lo dice todo; Horacio y los poetas de nuestro siglo deben firmar «el pacto de alianza entre la forma antigua y el espíritu nuevo»; y concluye diciendo con razón:—«Para nosotros, los pueblos latinos, la vida debe estar en el espíritu cristiano y en la forma clásica depurada. Sangre romana y no bárbara es la que corre por nuestras venas.»

Si estas palabras del autor parecen duras á los germanistas de nuestros días,—los cuales abundan en Chile tanto como en España;—si este juicio equivale para ellos á un exajerado rigorismo de escuela ¿qué se podrá decir de los que, pretendiendo borrar un pasado glorioso y reducir á la nada tradiciones de historia y de sangre, tratan darnos por modelo á Heine, cuyos méritos somos los primeros en reconocer, pero cuyo espíritu y formas no podemos aceptar, ó colocar las rimas de Becquer sobre las odas de Quintana y los poemas de Núñez de Arce? ¿Y en nombre de qué se pretende esto? ¿Por qué motivo se nos arrebataría nuestro espíritu nacional ó el modo de ser de nuestra raza para sujetarnos á nosotros, hijos del Mediodía, que hemos nacido á la luz de un sol magnífico, á la nebulosa y melancólica poesía de los hijos del Norte nacida bajo la influencia de otros climas y que se alimenta de tradiciones é ideas que no son las nuestras?

Razón le sobra al autor del *Horacio en España* para reaccionar contra un sistema que no puede traernos ningún bien práctico. Sigamos á Horacio en la *forma*, animemos ese magnífico templo levantado al arte, con la

luz de las ideas cristianas. Horacio está más cerca de nosotros que los modernos líricos alemanes y sobre todo que Heine, cuyas obras se pretende presentar como la última palabra del arte moderno.

Con las literaturas latina y griega sucede lo que con la hebraica; ellas son un patrimonio de la humanidad, ninguna nación ó raza puede considerarlas como extranjeras, sus inagotables tesoros están á la disposición de todos.

¿Qué perdió, verbigracia, el maestro León por seguir las huellas de Horacio? ¿Deja por esto de ser uno de los primeros líricos del mundo? Y al contrario, Herrera, que tan superior es al Petrarca, al cantar, inspirándose en la Biblia, la batalla de Lepanto ó la caída del rey don Sebastián; ¡cuán inferior se muestra al cantor de Laura cuando lo sigue por el intrincado laberinto de su metafísico y amoroso platonismo! Y si Herrera se empequeñeció siguiendo á un poeta con quien le enlazaban analogías de ideas y de sangre ¿qué no acontecerá á los que se empeñan en traducir sus sentimientos en una jerigonza tan poco inteligible á las nacionalidades latinas?

Razón tiene el señor Menéndez Pelayo en consagrar todas sus fuerzas al estudio de un poeta modelo, llamado á ser el más eficaz correctivo para las imaginaciones delirantes, al propio tiempo que un guía seguro y experimentado ya por siglos en cuanto á las formas de la lírica.

No es esto querer amoldar en un todo la literatura actual á las formas del siglo de oro. Cada época tiene su gusto peculiar y su manera apropiada para la expresión del pensamiento; pero, sobre todas las variaciones que trae consigo el giro de los tiempos, flota algo que

no muere y que lleva el sello de la eterna belleza. Eso no se extingue nunca; es una herencia preciosa que las más apartadas generaciones literarias deben conservar y que, sobre todo, no puede perder nunca la nación que cuenta entre sus líricos á un Luis de León y tantos otros alumnos del horacianismo, que con sus obras inmortales levantaron tan alto la fama de su patria.

Si el espíritu del Horacio epicúreo y pagano no puede llenar el corazón ni la inteligencia de los españoles de este siglo, en cambio éstos tampoco pueden desdeñar su forma acabada y pulcra y sus nobles primores de lenguaje sin renunciar á su origen latino, sin borrar ú oscurecer las obras maestras de la poesía patria y renegar de sus tradiciones más gloriosas.

Los españoles tenemos en León un Horacio que supo vaciar en el molde del cantor latino los afectos del cristiano y hasta los místicos arrobamientos del monje de alma extática, que busca las huellas de su Dios en las estrellas del cielo y entrevé las delicias de la vida bienaventurada en los prados floridos que no marchita el hielo ni agostan los rayos del sol. Este ejemplo nos muestra que el que así imita al poeta de Augusto no queda estacionario, sino que al contrario sigue en todo tiempo las diversas evoluciones del sentimiento y de las ideas.

El pensamiento que ha precedido á la composición del *Horacio en España* se encuentra galanamente expresado en el prólogo en verso que, con el título de *Epístola á Horacio*, ha puesto el autor al frente de su obra, y cuya lectura recomendamos de paso á los aficionados á la poesía clásica legítima. La epístola citada es un precioso elogio poético del cantor romano y un modelo en el

género didascálico. Creemos que el lector saboreará con no poco placer un fragmento de tan esmerados versos:

> ... Torne el radiante
> sol del Renacimiento á iluminarnos,
> cual, vencedor de bárbaras tinieblas,
> otro siglo lució sobre Occidente,
> los pueblos despertando á nueva vida,
> vida de luz, de amor y de esperanza.
> Helenos y latinos agrupados,
> una sola familia, un pueblo solo,
> por los lazos del arte y de la lengua
> unidos formarán. Pero otra lumbre
> antes encienda el ánima del vate;
> él vierta añejo vino en odres nuevos,
> y esa forma purísima pagana
> labre con mano y corazón cristianos.
> ¡Esa la ley será de la armonía!
> Así León sus rasgos peregrinos
> en el molde encerraba de Venusa;
> así despojos de profanas gentes
> adornaron tal vez nuestros altares,
> y de Cristo en Basílica trocóse
> más de un templo gentil purificado.

Á este ideal de regeneración del gusto vive consagrado el señor Menéndez Pelayo; y el *Horacio*, libro escrito á la edad de veinticinco años, es una de tantas piedras colocadas en los cimientos del magnífico templo que con incansable labor levanta, en honra y prez de las letras españolas. Alguno, acaso, tildará de exageradas sus teorías, acusándolas de un exclusivismo demasiado tirante; pero, aún así, el rigor del joven crítico es más favorable al acertado cultivo de las letras, que la manía niveladora de otros, que, renegando de un pasado cien veces glorioso quisieran reducirlo á la nada, para sustituirlo con importaciones extrañas á nuestra índole, y que hasta

el día no han producido otro fruto que corromper el gusto y entronizar una estética falsa sobre los eternos principios de lo bello.

El *Horacio en España* tendrá, acaso, pocos lectores— así lo teme su autor— pero el que, venciendo necias preocupaciones, recorra sus páginas con espíritu despreocupado y deseoso de aprovechamiento, encontrará en ellas abundante doctrina y una inmensa riqueza de datos literarios. El *Horacio en España* es un libro que debe leerse con detenimiento; y, como cuanto ha brotado de la pluma de Menéndez Pelayo, lleva consigo un no sé qué que nos hace decir: esta es la obra de un verdadero crítico.

ENRIQUE DEL SOLAR

RECUERDOS DE UN BAILE

I

¿Duermes, hermosa, ó mi canto
quieres escuchar piadosa?
¿Deberá correr mi llanto,
ó celebraré el encanto
de la piedad de mi hermosa?

¿Despreciará tu hermosura
la voz que por ti suspira,
ó será tal mi ventura
que perdones la locura
de mi fatigosa lira?

Si duermes, tu blando sueño
no turben, no, mis canciones,
y antes con amante empeño
te otorgue el dulce beleño
sus más queridas visiones.

Preste á tu ilusión el cielo
sus más rosados colores,
y por premio de mi anhelo
tienda sobre ti su velo
el ángel de los amores.

Mas si acaso fatigada,
tu mente al sueño se niega;
si á tierno afán entregada,
sientes el alma abrasada
por fuego que al alma llega;

si importuno pensamiento
sientes en torno bullir,
eco de lejano aliento,
déjame contarte un cuento,
un cuento para dormir.

II

Era una noche de luna...
¡qué noche, válgame el cielo!
muchas ví, por mi fortuna,
pero, por Dios, que ninguna
me ha causado tal desvelo.

Si tu oriental fantasía
me prestara su paleta,
tan rica de poesía,
tal noche tornara en día;
mas ¡qué! yo no soy poeta.

En fin, la luna que riela
(llámala Diana ó gacela)
por el firmamento azul,
y aquel misterio que vuela
bajo el estrellado tul;

y la brisa pudorosa,
en cuyas alas se mece
el amor... ó cualquier cosa;
y una estrofa cadenciosa
que las almas estremece;

y el poético surtido
de perlas viniera aquí;
pero eso, tan conocido,
no haré llegar á tu oído,
y el cuento prosigo así:

Érase una hermosa sala
donde tal arte lucía,
que á su donairosa gala
la de alcázares no iguala
que forja la fantasía.

Mil flores la perfumaban,
y no eran en los salones
quienes más frescor mostraban
las que su aroma exhalaban
de los vasos y jarrones.

¡Lindas mujeres había!
¿Mujeres dije? no hay tal;

Pues, de alguno que las vía,
sé que ángeles las creía
de la corte celestial.

Las morenas, las rosadas,
las casadas, las doncellas,
en turbión diseminadas;
todas de dulces miradas
y ¿qué más? ¡y todas bellas!

¡Cómo recordar ahora
sin perder la dulce calma,
tanta danza seductora
que halago tanto atesora
para arrebatar el alma!

¡Llevar junto á sí, ceñido,
algún gracioso portento,
loco, embriagado el sentido
con el roce de un vestido
y el aroma de un aliento!

Participar de la gloria
de una celeste hermosura...
¡Oh! para qué es la memoria,
si no repite la historia
de esas noches de ventura!

Aún mi oído imagina,
como eco de amor lejano,
cierta frase peregrina

que alguna mano divina
arrancó al sonoro piano.

Y unido al noble instrumento
recuerdo un cantar sonoro,
como armonía que el viento
robara al grato comento
que entona el celeste coro.

Aquí me has de perdonar
que diga, mi dulce anhelo,
que yo al cielo no he de entrar
si así no saben cantar
los ángeles en el cielo.

Pero descartando á un lado
la música que embelesa,
sigo el cuento comenzado
con que, el baile promediado,
nos lanzamos á la mesa.

¡Oh! si yo te refiriera
tanto alegre retintín,
tanta risa lisonjera,
tanta mirada hechicera,
repartida en el festín,

tu sonrisa maliciosa...
Mas ¡qué! no soy para cuentos.
Quede eso para la prosa,
y baste saber, hermosa,
que estábamos muy contentos.

¡Qué algazara, qué alegría,
qué franqueza de cristianos!
Cuanto el corazón sentía
de entre los labios salía:
todos éramos hermanos.

Y tal la amistad brillaba,
que cierta razón auxilia
á alguno que los miraba
y que, al verlos, ver pensaba
sólo un cuadro de familia.

Aunque ante tal confusión,
se me ocurre que no pocos,
pues es loco el corazón,
pensarían con razón
que era familia de locos.

Yo no sé qué veneficio
se operaba, hermosa, allí;
porque entre tanto bullicio
era de perder el juicio,
y ¡vamos! yo lo perdí...

Sí, lo perdí; y en encanto
de indefinible delirio,
dolor, placer, risa y llanto,
todo lo ví tras el manto
de un delicioso martirio.

Y al mirar en tanto duelo
ciega mi razón y esclava,

pedí al amor un consuelo
y vi... que un rayo del cielo
mi corazón destrozaba.

Y no era, por Dios, el ruido
de la fiesta esplendorosa
quien del corazón herido
apresuraba el latido
con ilusión cariñosa:

era una regia hermosura,
de tan divino portento
que, al verla tan bella y pura,
la imaginé en mi locura
reflejo del pensamiento.

¿Quién eras, día del día?
¿Eras diosa? eras mujer?
¿Cuántos siglos de armonía
condensó la poesía
para dar forma á tu sér?

¡Oh! no hay mujer tan hermosa!
era sílfide, era hurí;
era tal vez una diosa
que del cielo cariñosa
descendió quizá por mí.

III

De oro es el blondo cabello,
de nácar la pura frente,

donde una estrella luciente
su luz vino á derramar;
y el blanco, suelto ropaje
que al viento flotante deja,
la leve bruma semeja
que despierta sobre el mar;

son dos estrellas sus ojos,
azules, cual los consuelos
que dibujara en los cielos
la mano del Hacedor;
y son sus labios corales
que ocultan tesoros tantos,
que allí estudia los encantos
de su sonrisa el amor.

Guirnalda de blancas flores
luce en su frente serena,
donde cándida azucena
se hermana al noble jazmín:
que es bien que, entre sus primores,
con galas de primavera
adorne su cabellera
la más bella del jardín.

Suspende á sus regios hombros
de seda azulado manto,
que es muy justo á tal encanto
ceñir color celestial;
ni más divinos tesoros
oculta el azul del cielo

que los que finge mi anhelo
tras el celeste cendal.

Como la corza ligera,
su pie en el baile desliza,
leve, airosa, cual la brisa
juega en florido verjel;
y cuando en aérea danza
cimbra su ligero talle,
la flor más gentil del valle
no iguala lo esbelto de él.

¡Oh! y su canto!... ¡qué es la brisa,
qué es la fuente que murmura!
qué, del bosque en la espesura,
de las aves la canción!
Al eco de sus cantares
los ángeles se estremecen
y los coros enmudecen
de la celeste Sïón.

Ya como el rayo vibrante,
ya lánguido, cual la brisa,
cuando al viento se desliza
de sus labios el cantar,
las suaves ondulaciones
imita agitado el seno
que en el noviembre sereno
la brisa forma en el mar.

Y al contemplar tanta gloria,
y al oír su dulce acento,

un rudo estremecimiento
todo mi sér conmovió;
yo floté fuera del mundo
sobre atmósferas de fuego;
yo fuí de ella, y á ella, ciego,
todo mi sér se lanzó.

Hermosa, cual la esperanza,
la vi, ardiente cual deseo
que en fogoso devaneo
forja loco el corazón.
¡Ay! y al mirarla tan bella,
mudo de amor repetía:
—"¿Eres diosa, vida mía,
mujer, ángel ó ilusión?

"Si ángel eres, á mi lado
verte me permita el cielo;
si ilusión, dame un consuelo;
y si eres mujer... tu amor!"
Y ella... ¡ella, en tanto, ignoraba
que entre el bullicio latía
un corazón que movía
de sus ojos el ardor!

IV

Y aquí termina mi cuento...
Yo no sé cómo te diga,
pues me falta atrevimiento,
que esa diosa, ese portento...
¡eres tú, mi dulce amiga!

Mas ¿qué amante no es osado
cuando el corazón ardiente
por delirios arrastrado,
mira un sol idolatrado
dibujarse en el oriente?

Y, si oye al fin tu hermosura
la voz que por ti suspira,
si tal fuera mi ventura,
que perdones la locura
de mi fatigosa lira;

feliz, bendita osadía
con que, en tierna adoración
puedo rendirte, alma mía,
mi culto, mi poesía,
mi vida, mi corazón.

Mas, si entre tantos azares
merezco que me condenes,
si debo yo á mis pesares
el ir sembrando cantares
para cosechar desdenes,

si desprecias el acento
de quien se siente morir,
perdona mi atrevimiento...
pensando que este es un cuento,
un cuento para dormir.

KEFAS

Valparaíso, 187....

MIRANDO UNA ROSA

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA R. S.)

Los que vamos el mundo atravesando,
sea por suave ó áspero camino,
vamos en todos rumbos encontrando
los contrastes que forman el destino.

Cortada por el monte la llanura;
entre zarzas horribles, flores bellas;
alterna con el día noche oscura,
y en medio de la noche las estrellas.

En nuestro anhelo de vivir aprisa,
nunca es igual la dicha ni el quebranto,
pues para unos suele ser la risa
lo que para otros suele ser el llanto.

Cada accidente aislado significa
lo que va en relación con el presente,

y en cada corazón se modifica
al molde de su sér cada accidente.

Alguien que sólo el mal mira en las cosas
exclama con su afán desconsolado:
—¡Qué cruel ha sido Dios que hasta en las rosas
espinas de dolor ha colocado!

Mas yo no miro por el prisma odioso,
y exclamo al ver las flores peregrinas:
—¡Cuán grande ha sido Dios, cuán bondadoso,
que ha hecho que den rosas las espinas!

Luis Rodríguez Velasco

Santiago, 24 de octubre de 1886.

FLOR DEL CAMPO

NOVELA DE COSTUMBRES

A mi querido amigo José Ramón Gutiérrez M.

Su afectísimo

P. N. Cruz

I

Facundo Illanes, sentado en el corredor de su casita de campo, estaba gozando, al parecer, del espectáculo de una noche serena. Las estrellas despedían vivos fulgores á través de la atmósfera diáfana y de un azul oscuro que emblanquecía hacia el poniente, donde la luna, en su primer cuarto, ya se trasponía. Un vientecillo cargado de fragancias primaverales doblaba apenas los tiernos retoños, y ora acercaba, ora alejaba el murmurio del Claro, que corría á poca distancia de la casita. Ningún ruido desapacible interrumpía el silencio; ninguna luz artificial hería la vista y la distraía del cielo,

cuya tenue claridad sólo dejaba ver en la tierra sombras confusas. En noches como esa, de luz misteriosa y de rumores tranquilos, se deleita el místico: su alma se desliga de la materia, olvida los cuidados mundanos y vuela al cielo á tomar parte en la eterna armonía de la creación. Era una de esas noches cuyo espectáculo enciende en el poeta la sed de lo infinito, el deseo de saber lo que hay más allá de ese cielo y las leyes ciertas que rigen el universo.

Facundo no pensaba en armonías eternas ni en leyes universales: era puramente un buen campesino y, por entonces, lo ocupaban sus bueyes gordos. Á la suave luz de las estrellas y en el silencio de esa noche apacible, calculaba si más le convendría llevar los bueyes al matadero por cuenta propia, ó bien venderlos vivos ó en pie, como dicen, luego que con algunos días de sol y primavera hubiesen recobrado la gordura perdida en el invierno.

De cuando en cuando paseaba la mirada por la bóveda celeste con tanta indiferencia como si aquello fuese la pared de un huerto. En su vida había mirado determinadamente al cielo más que para calcular la hora. Tenía, sin embargo, un reloj de oro con su cadena de lo mismo, muy gruesa y muy historiada; pero el reloj siempre estaba parado. Facundo, después de muchos preparativos, vacilaciones y consultas, había comprado casi de balde dichos objetos á un amigo suyo que se encontraba necesitado de dinero; los conservaba como prendas de que echar mano en caso de apuro, y sólo se tomaba la libertad de usarlos en ocasiones solemnes.

Pasadas las ocho de la noche, Facundo era juguete del sueño. Cogióle éste antes de acabar las cuentas, lo

cual no quiere decir que le interesaran poco. Al contrario, le interesaban de tal modo, que no menos de seis veces al día se sacaba las mismas cuentas.

Un cabeceo torcido y violento lo despertó. Miró en torno suyo y, aunque insensible á la belleza de la noche, se dejó cautivar un instante por la tranquilidad que lo rodeaba y su propio bienestar. Recordó con gran complacencia su niñez desamparada, los trabajos y penurias que había padecido cuando mozo, y vino á parar en hacer mentalmente un inventario y tasación de sus bienes. En dicho inventario hubieron de entrar los bueyes gordos, y Facundo se entregó con nuevo ardor á los cálculos de poco antes.

Dicho se está que Facundo no siempre había sido poseedor de la casita en que lo encontramos, ni tampoco de las cincuenta cuadras de buena tierra que la rodeaban, de los animales que las poblaban y de cierta suma de dinero que había en el banco de la ciudad vecina á la orden de *don* Facundo Illanes. Acerca del monto de esta suma, corrían entre los compañeros de Facundo versiones más ó menos fabulosas que no hay para qué tomar en cuenta. Baste saber que hacía más de siete años que nuestro hombre acarreaba constantemente dinero al banco, sin que nunca hubiese girado un talón. Facundo de buena gana habría guardado el dinero en casa, porque desconfiaba de todos esos establecimientos bancarios, de tal suerte que si hubiese caído en quiebra el banco, habría exclamado: «¡Ya lo decía yo!»; pero tener dinero en casa era exponerse á un robo, y Facundo veía un ladrón en cada cara desconocida de hombre del pueblo.

Facundo pasó los primeros años de su infancia al

lado de sus padres, infelices rústicos que vegetaban en la última miseria. Cansado el muchacho de que sus padres tomasen para sí lo que él ganaba, sin darle de ordinario en cambio más que palos y azotes, fugóse del rancho paterno y se fué á vagar tierras. Andando de aquí para allí, trabajando por días, durmiendo á cielo raso ó en algún pajar, como lo deparaba la suerte, Facundo llegó á ser hombre, y hombre juicioso. No bebía, ni jugaba, ni gastaba su dinero en jaranas; pero en cierta parte dió con una mujer que le sorbió los sesos, y lo que era peor y él más echaba de ver, le consumía sus ahorros, por más que procuraba ocultarlos. Facundo quiso sacudir el yugo y se apartó de aquel lugar; pero poco le duró el ánimo y volvió. Traía, empero, una resolución: como no podía pasar sin Josefa (así se llamaba la mujer), juzgó que la manera más económica de tenerla siempre á su lado era casarse con ella, y así, no bien la hubo visto, le dijo:

—Mira, Josefa. He pensado una cosa: ¿quieres casarte conmigo?

—¿De veras lo dices?—preguntó Josefa con desconfianza.

—De veras. Te lo juro por ésta—replicó Facundo besando la cruz.

—Déjame pensarlo. Mañana te contestaré—dijo Josefa tranquilamente.

Al otro día, Facundo se presentó muy temprano á saber la determinación de Josefa, y ésta le dijo:

—Ya lo he pensado. Casémonos; pero ha de ser con una condición: que Menita se quede siempre con nosotros.

—Por cierto. Se quedará con nosotros. Me gusta la chicuela—contestó Facundo.

Filomena, ó Menita como la llamaban, era hija única de Josefa y de un marido que ésta tuvo en su primera juventud y que falleció en el mismo año del matrimonio. Por lo menos, tal era la historia que refería Josefa con cierta emoción. Casi nadie se la creía; pero sin motivo, porque Josefa no había nacido en el lugar donde Facundo la conoció sino en otro distante, y desde el principio se presentó como viuda y nunca dejó de decir que lo era.

Como ambos eran mayores de edad y libres administradores de sus bienes, no hubo inconveniente en las diligencias matrimoniales. El día de las bendiciones, Facundo con camisa limpia y Josefa con vestido de percal bien almidonado, fueron á la parroquia acompañados por un numeroso cortejo. Á decir verdad, los del cortejo no iban propiamente á celebrar el casamiento de Facundo con Josefa, sino el casamiento en sí mismo, haciendo abstracción de los novios, pues poco les importaba quiénes éstos eran.

De vuelta pasaron á celebrar las bodas en una casa amiga. Hubo borrachera general con los caballazos, puñetazos y pendencias de costumbre. Uno de los del cortejo se entusiasmó más de lo debido, y se encaprichó en entrar á caballo al cuarto donde bailaban, y lo hiciera si en el dintel no da una topetada que lo derribó sin sentido. Otro, que tenía muy mala borrachera, sacó cuchillo para envainarlo donde cayese; pero fué visto á tiempo y lo desarmaron. No hubo muerto y, por consiguiente, todo pasó en orden.

Mientras corrían las amonestaciones, había conseguido Facundo que lo admitieran de inquilino en una hacienda, y ya tenía dispuesta una miserable choza para vivir con su mujer. Al día siguiente del matrimonio trasladáronse

allá. El techo era de carrizo, el suelo húmedo y desigual; varas cubiertas de barro por fuera hacían de paredes, no había ventanas y las puertas parecían agujeros. El rancho se componía de un solo cuarto. Al lado, otro techo de paja ennegrecido y lleno de aberturas, sostenido con algunos horcones, servía de cocina.

Facundo deseaba tener una habitación más decente que ofrecer á su esposa; pero el patrón se negó á ayudarlo. Le daba el carrizo y la madera ¿qué más quería? ¿Dónde había visto que un inquilino tuviese más comodidades? Si Facundo quería tener casa de teja y adobe, nadie le estorbaría edificarla; pero la obra quedaría á beneficio de la hacienda. Facundo tuvo que resignarse.

Es de notar que su patrón era hombre que se lamentaba mucho de la inmoralidad de los trabajadores; pero no por celo del bien de esas almas, sino por celo del buen servicio del fundo. Para él, moralizar al pobre consistía principalmente en inculcarle que debía contentarse con lo que le pagaran, trabajar por su patrón hasta reventar y no robarle nunca una hilacha. Al que así obraba lo tenia por excelente sugeto, aun cuando fuese por lo demás desalmado y vicioso, y con tal que sólo en los días de fiesta se entregara á sus vicios y bellaquerías.

El patrón, cada dos ó tres años, traía misioneros. Los campesinos se confesaban, oían muy contritos y realmente conmovidos las palabras del sacerdote, aun se azotaban sin compasión, y después volvían tranquilamente á sus vicios. El patrón conversaba de esto con el cura y el cura le decía:

—Mire, amigo, usted no tiene de qué asustarse. No se imagine que estos infelices cambiarán de conducta y se volverán otros con una confesión y dos sermones.

Mientras usted no les cultive algo la inteligencia, no los haga estimarse más á sí propios, y no los trate como debe, nunca serán capaces de comprender sus obligaciones. ¿Qué puede la palabra del sacerdote en almas embrutecidas, endurecidas en la ignorancia y en el olvido completo de toda ley moral; qué puede en hombres que han de olvidar mañana lo que hoy se les enseña, porque nadie ha de recordárselos, ni nadie ha de ayudarlos á mantener sus buenas resoluciones? Usted es el único que puede preparar esas almas para que fructifique en ellas la buena semilla. Usted es el padre ó la nodriza de estos hombres-niños. Y ¿qué hace por ellos? ¿Cómo los considera? ¿Cómo los trata? Lástima me da ver esos ranchos en que viven. Ahí se amontonan en un solo cuarto los padres, los hijos, los alojados y cuanta gente llega; sexos y edades revueltos. Así no hay familia, no hay hogar, los lazos de la sangre se cortan, no hay respeto mutuo. Los padres miran por sí únicamente y otro tanto hacen los hijos. Sin que se les ocurra que pueden salir alguna vez de la miseria en que se ven, trabajan para tener que comer y, en comiendo, lo demás no les importa. Haga usted, amigo, un pequeño gasto y procure entrarles la moral por la vista. Levánteles una casita decente y sana, no los estruje mucho y déjelos que ganen lo suficiente para vestirse y mudarse los domingos. Ponga una escuela donde se les enseñe, junto con las primeras letras, los fundamentos de la moral. Proporcióneles diversiones inocentes. Entonces sí que visitaría á menudo y con gusto su hacienda, porque tendría la seguridad de ser comprendido y de llevar por el buen camino esas almas que son de ordinario buenas y sencillas en el fondo. Vamos, amigo, haga esta obra de caridad. Tiene como

hacerla. Le he oído que piensa comprar un potro de valor de dos mil pesos. Compre uno de mil quinientos ó de mil y...

Aquí replicaba el patrón:

—Dispense, cura. Usted comprende que en el estado de adelanto en que nos encontramos, el primer cuidado del agricultor es mejorar las razas.

—Eso es, primero los animales, y después...

—No digo eso, cura, no digo eso. En fin, le prometo que apenas tenga desocupado algún dinerillo, lo emplearé en hacer lo que usted dice.

Pero el tal dinerillo nunca llegaba. Si había fondos sobrantes estaban en el banco ocupadísimos en ganar intereses.

Facundo no tardó en distinguirse por su aplicación al trabajo, falta de vicios y costumbres económicas. El patrón lo ascendió á mayordomo de peones, y luego lo puso de llavero.

En este puesto Facundo comenzó á prosperar. Como corrían á su cargo los graneros, los aperos é instrumentos de labranza y la mantención de los peones, se encontraba con multitud de desperdicios que él utilizaba de mil modos; pero tenía cuidado en separar lo más inútil de los desperdicios y, cada vez que se ofrecía, preguntaba á su patrón qué hacía con eso. El patrón, que era muy pródigo en dar las cosas que no servían, y contentísimo al mismo tiempo por la honradez de su sirviente, regalaba todo aquello á Facundo, y éste agradecía el regalo como si le hiciesen una gran merced.

No tardó Facundo en ganarse enteramente la confianza del patrón, fingiendo extraordinario interés por que el patrón ganase, sugiriéndole medidas para utili-

zarlo todo (excepto lo que él podía aprovechar), manifestándole con reticencias y como con repugnancia que los otros sirvientes no servían como debían, fuera de tal ó cual. El patrón, tomando en cuenta la honradez y abnegación de Facundo, no creyó necesaria una vigilancia muy severa en lo que le había encomendado. Facundo no robó; pero hizo otra cosa mejor. Sacaba secretamente trigo ó frejoles del granero, en poca cantidad de modo que no se notara, y los trasladaba á su rancho. Aseguraba que había comprado esos granos, y los prestaba á los inquilinos necesitados, al interés corriente, que allá era de una fanega por una. Facundo se mostraba inexorable en el cobro, y, si no le pagaban después de la cosecha, demandaba á los morosos ó á sus fiadores ante el juez, y allí, ó le pagaban ó pedía mandamiento de embargo. Devolvía entonces al granero lo que le había tomado, y se quedaba con otras tantas fanegas. Á veces se llevaba los aperos de que su patrón no había menester; si éste preguntaba por ellos, Facundo los presentaba inmediatamente; si no, esperaba algún tiempo y los vendía á forasteros.

Ello es, que Facundo inventaba cada día diversos modos de ganar á costa del patrón, sin que éste lo echara de ver y sin perjudicarlo en nada. Invirtió sus ganancias en animales, que fueron aumentando y multiplicándose poco á poco, y en comprar trigo en hierba y en terrón. El hacendado comenzó á notar que Facundo se enriquecía con sobrada rapidez. Observó más vigilancia y no descubrió robo alguno. Pensó, sin embargo, que un llavero tan negociante no le convenía, y manifestó á Facundo que no podía mantenerle tantos animales. Facundo, que deseaba dar más vuelo á sus negocios, apro-

vechó esta ocasión de retirarse sin reñir, y arregló cuentas con el patrón.

Vendió inmediatamente parte de su ganado, compró unas cuadras de tierra cerca del Claro, en un lugarejo llamado Mellico, y puso una tiendecita con su despacho.

En el campo no acuden compradores á parte donde no hay un tonel de chicha y enramada con un palo rollizo y largo, que llaman *vara*, en el cual los jinetes prueban su destreza y malicia, y los caballos su empuje. Los contendientes colocan los caballos de pechos contra la vara y al sesgo, de modo que se estorben el paso mutuamente, y el que aparta al otro es el vencedor.

Más adentro, en la enramada, se levantaba un tablado, cosa no menos indispensable que la chicha y la vara. De ahí, en los días de fiesta brotaban sin descanso zamacuecas y tonadas. En boca de un artista de buena voz, estas canciones parecerían insípidas y monótonas; pero cada músico compone para su instrumento.

Nada ocasiona tanto entusiasmo y franca alegría en el pueblo como una zamacueca cantada con voz gangosa y cierta expresión inconsciente por mujeres vestidas de verde y rojo y untada la cara con almidón y carmín. Acompañan á la voz el sonido chillón y metálico de una mala guitarra, y el tamboreo en la misma hecho por algún mozo guapo, suelto de lengua y de mirar atrevido. Hacia adelante, la pareja que está bailando es el objeto de todas las miradas, y ¡qué miradas!... manifiestan que á cada espectador le brinca el alma. El bailarín, unas veces con movimientos repentinos y encogimientos nerviosos, como si los ocasionara un deseo irritado, otras veces con meneo sandunguero ó ademán suplicante, procura rendir á su pareja. La moza, empero, no da mues-

tras de ablandarse. Recibe con modo aseñorado y desdeñoso los rendimientos del galán, y, puesta la una mano en la cadera, maneja en la otra un pañuelo con gracia y desenfado, como si ocultara en sus pliegues la dicha que el galán tanto ambiciona.

De pronto estalla el entusiasmo. *¡Aro!* gritó uno. *¡Aro! ¡aro!* gritan todos. Calla el canto. Un enorme vaso de chicha surge en medio de los danzantes; se les exige que beban y descansen. Chillan y palmotean muchachos y mujeres. Los jinetes se apiñan, se atropellan, y forman confusa batahola con los espolazos, sofrenadas y encontrones. Voces enronquecidas parten de distintos puntos. Aquí un jinete, cediendo á ímpetus de arrojo temerario y sin objeto, lanza su caballo á todo correr contra una pared ó cerca y, al llegar á ella, lo revuelve con rapidez y maestría, y torna ufano y provocador como si acabara de vencer á un enemigo. Allí el ebrio iracundo, desgreñado y con la camisa rota, pugna por aumentar el desorden, lanza alaridos descompasados y desafía á todos á singular pelea. Acullá el ebrio melancólico, deshecho en llanto, se considera el más vil de los hombres; mientras que el ebrio pacífico balbucea á solas reflexiones interminables, se siente poseído por un espíritu de indefinible abnegación, llama «hermanito» al mismo que le da un rudo empellón para hacerlo á un lado, invita á todos á brindar por el olvido de las injurias, por la amistad y por la patria.

Facundo aumentó considerablemente su caudal con la tienda, y este negocio lo conservó toda la vida.

Nuevas cuadras de tierra se juntaban á las que ya poseía. Facundo las compraba casi de balde. Los pobladores de Mellico eran pobres propietarios de cortos

terruños y apenas tenían cómo trabajarlos. Facundo les prestaba generosamente dinero bajo documento. Si no le pagaban al vencimiento (y eso era lo que ordinariamente acontecía), embargaba la propiedad y la sacaba en el remate á precio ínfimo. Rara vez el pobre es previsor: se imagina que el documento nunca ha de vencer, y, llegado el plazo, no tiene cómo cancelarlo. Pide nuevo plazo y no hace más que recargar la deuda con intereses usurarios.

En otras ocasiones, aprovechaba Facundo la muerte de algún propietario vecino suyo. La herencia se volvía complicadísimo embrollo. Había hijos de la primera mujer, hijos de la segunda, hijos legítimos, hijos naturales, hijos ajenos criados y considerados como propios, dote de las mujeres, aportes de los cónyuges, legados hechos por otras personas á ciertos hijos, contratos é inventarios que no se podían hallar, papeles que se hallaban en el fondo de un baúl, envueltos en un trapo sucio, ajados, grasientos, ininteligibles y que resultaban nulos por ser extendidos por personas que carecían de autoridad. El juez, sin comprobante alguno en que apoyarse, no podía entender el caso y decía á los herederos que se acomodaran como pudieran. Tal heredero comenzaba á explicar con cierta claridad el asunto, y á los dos minutos recordaba circunstancias que le hacían variar la relación y comenzaba de nuevo. No había forma de citar y reunir á todos los herederos. Facundo compraba sus derechos á los más necesitados, elegía la parte de tierra que le convenía y pagaba á los otros para que lo dejasen en tranquila posesión.

Un trabajo de ferrocarril que se estableció á no muy

larga distancia de Mellico, dió poderoso impulso al caudal de Facundo. En los días de pago, disponía una enramada en el lugar del trabajo, y ofrecía á venta licores, frituras y guisos cuyas tres cuartas partes eran de agí y cebolla. Las empanadas de Facundo adquirieron nombradía, y ninguno de los que se presentaban con el mismo negocio podía hacerle competencia. De este modo, buena parte del salario de los trabajadores venía á parar en sus manos. Una vez, empero, fué á parar en manos de unos ladrones. Desde entonces Facundo se rodeó de tales precauciones, que aquello de robarle era cosa de broma.

Junto con el dinero llegó el *don* á Facundo, y pensó en hacerse digno de él. Edificó una casita de teja y adobe y entró en negocios de mayor cuantía; pero sin alucinarse y sin precipitarse, con muchísimo tino y prudencia, desconfiando siempre de todos, asegurándose por todos lados, mirando los negocios con atención tan minuciosa, que un especulador la llamaría estupidez. Facundo apenas sabía hacer números; pero sacaba sus cuentas con los dedos, con astillas, de muchos modos ingeniosos, y no erraba jamás. Aunque se hubiese presentado el caso de extraer la raíz cúbica, á Facundo no le habrían embrollado un centavo. Ya había comenzado á llevar dinero al banco, y nunca dejaba de calcular los intereses á su manera: encontraba que en el banco amontonaban números con demasiada ligereza. Sabía firmarse con dificultad, y barruntaba lo que decían impresos y manuscritos.

El exterior de Facundo era el común de la gente de su especie. Sin ser bajo de estatura, lo parecía, porque había engordado mucho y era ancho de espaldas y corto

de cuello y piernas. Tenía las piernas arqueadas hacia afuera, sin duda por pasar á caballo lo más del tiempo. En su cara no se veía más que barba, una nariz algo chata y unos ojos que nada decían. Vestía manta ordinaria, chaqueta de brin y pantalones de paño con parches de charol en la partes más expuestas á gastarse.

El trato de Facundo con sus amigos era igual al de todos los campesinos. Siempre la conversación rodaba sobre animales, el tiempo, la siembra, sobre que Fulano compró tal caballo, y el caballo tiene este y aquel defecto, y pertenecía á Zutano, y anduvo un tiempo perdido; todo esto, alternado con rumores fabulosos de lo que acontecía en otras partes, con algún suceso misterioso y atribuído á las ánimas, con mutuas averiguaciones acerca de quién sería el que robó un animal á un vecino. Solían pedirse pareceres en los negocios que meditaban; pero ninguno confiaba en el desinterés de los consejos que oía.

Delante de algún rico hacendado de los alrededores, Facundo se hacía el humilde, el infeliz, decía: «ustedes los ricos y nosotros los pobres»; todo lo que tenía era chiquito: «mis tierrecitas, mi siembrecita, mis animalitos». Pedía un servicio insignificante y lo llamaba un favor muy grande; y, cuando solicitaba un favor realmente costoso, lo hacía como si se tratara de una bagatela ó poquedad que no se pudiera negar sin mezquindad notoria. Si compraba algo al hacendado, regateaba hasta apurar la paciencia: «al pobre todo le hace falta», decía. Si vendía algo al hacendado, ponderaba la mercancía, le inventaba méritos, hablaba de ofertas extraordinarias, y no rebajaba ni un centavo á un precio exhorbitante. Los hacendados le entendían las maulas y le decían claridades: «Don Facundo, usted es muy diablo.»

—«Ojalá lo fuera, señor, contestaba humildemente. Tal vez tendría á estas horas mis mediecitos, y no necesitaría trabajar como lo hago; pero el pobre ha de trabajar, no tiene remedio; ha de trabajar, esa es la ley.»

En punto á ideas religiosas, Facundo era católico; pero no sabía por qué, ni cómo, ni cuándo. De sus prácticas religiosas sí que sabía dar la razón: así, oía misa los días de precepto porque, de las dos veces que no había oído, en la una se le murió un buey y en la otra se cayó del caballo. Se confesaba porque podía morirse de repente y se lo llevaría el diablo. Rezaba antes de acostarse y tenía su patrona celestial, para ahuyentar las ánimas, las almas en pena y los espíritus malignos. Daba exiguas limosnas, por temor de que Dios lo castigase como al rico avariento.

Facundo tenía ideas muy confusas acerca de la política. Conocía á bulto la división de los partidos; pero se le podía hacer tomar uno por otro sin inconveniente. Lo que él acataba en extremo era «la autoridad» denominación en que reunía confusamente el poder administrativo, el legislativo y el judicial, y tanto consideraba y temía al receptor de su distrito como al Presidente de la República. «No hay que jugarse con la autoridad» decía Facundo y, en conformidad con esta máxima, era de opinión que siempre debía apoyarse al Gobierno; pero, si en época de elecciones, solicitaba Facundo algún servicio de un hacendado y éste le decía que era preciso trabajar en contra de las candidaturas oficiales, Facundo, sin más averiguación, quedaba convencido en el acto.

Con su familia Facundo no era nada extremoso. Trataba á Josefa como á compañera de trabajo simplemente; pero como á compañera que estaba bajo sus órdenes.

Josefa, por su parte, miraba á su marido con respeto casi de sirviente á señor. Ella lo dominaba al principio, sobre todo antes de casarse; pero poco después del matrimonio, su marido le hizo sentir varias veces la superioridad del hombre, y Josefa abdicó todo mando. Es verdad que, como esposa, Josefa era incapaz de mando alguno. No tuvo más mérito en su vida que ser guapa, tentadora y un tanto desvergonzada cuando moza.

Tenían seis hijos; el mayor había cumplido diez años. Cada uno había sido el predilecto cuando estaba de uno á tres años. Entonces su padre lo tomaba á menudo en brazos y se entretenía en infundirle pavor poniéndole cara fiera, y apenas lo veía hacer pucheros lo hacía llorar más, y esta vez sin quererlo, con sus rudas caricias. Así que crecían y podían manejarse por sí solos, Facundo los descuidaba.

Lo cierto es que nuestro hombre no miraba otro objeto que el aumento de su hacienda, y parecía haber nacido sólo para eso. Facundo era siempre interiormente el peón Facundo, el llavero Facundo. No consideraba sus bienes de fortuna como cosa propia de la cual podía disponer libremente, sino como cosa ajena cuya administración le hubiesen confiado. No era avaro, y de buena gana, cuando iba á la ciudad, traía regalos á su familia, y deseaba sinceramente que fuesen mejores; pero los compraba casi con escrúpulo y economizaba por otro lado lo que en eso gastaba. Al trabajar, no pensaba en la suerte de sus hijos ni en una vejez tranquila, sino en aumentar lo que poseía. Vivía pobremente; para sí y su familia no deseaba más que tener casa, alimento y vestido; para su hacienda deseaba que creciera, que creciera siempre.

II

Existía, empero, una persona que ejercía una influencia casi mágica, que podía despertar sentimientos humanos y aun tiernos en Facundo. Era Menita que, á la sazón, tenía diecisiete años.

Si Facundo la hubiese tratado mal, como á sirviente, nadie lo habría extrañado, y es corriente en el campo que las hijastras de procedencia dudosa han desempeñar el oficio de criadas. Pero esta niña lo cautivó primero con sus gracias infantiles, y después con la habilidad y presteza en aprender cuanto le enseñaban y la buena voluntad en servirlo. Llamábalo padre y lo trataba con las exigencias, mimos y monerías de hija predilecta. Era muy ingeniosa en esos pequeños cuidados caseros que tan agradables son al campesino. Cuando Facundo llegaba acalorado, Menita le servía al punto un buen vaso de refresco; si salía á quehaceres que le ocuparían todo el día, hallaba bien provistas las alforjas; cuando iba á la era, en la cosecha, Menita le llenaba los bolsillos de manzanas, naranjas ó ciruelas. Si estaba enfermo, nadie lo cuidaba como ella. Menita lo obligaba á mudarse los domingos, lo acicalaba en las visitas solemnes, arreglaba la ropa, zurcía las medias, escribía las cartas, le leía el periódico extraviado ó prestado que llegaba á la casa, y todo lo hacía de un modo sencillo, espontáneo y ágil, como si fuera lo más natural obrar de esa manera. Tocante á la lectura y escritura, es de advertir que Facundo tuvo á Menita dos años en una escuela gratis: ahí aprendió á leer y escribir tan bien como las maestras, y las aventajó en la costura, el tejido y el bordado. El último, sobre

todo, requiere buen gusto, y el gusto de Menita era por extremo fino y delicado.

¿Cómo podía Facundo dejar de quererla? Y la quería ni más ni menos que si él fuese padre cariñoso y ella hija única. Facundo, por una nada, pegaba un grito á su mujer ó daba azotes á los chicuelos; pero jamás levantó voz ni mano contra Menita. Procuraba agradarla; pero con reserva, y cuando alguna atención ó fineza de Menita lo enternecía, se manifestaba indiferente, como si eso nada le importase. Temía el pobre descubrir su debilidad, temía que Menita imaginara algún capricho costoso, y lo pusiera en el caso de disgustarla ó de malbaratar dinero. Nunca, sin embargo, se vió en tal conflicto, porque Menita era no menos perspicaz que discreta y, aun cuando en broma solía decirle "padre mezquino", nunca le pidió vestidos, ni cintas ni sombreros, sino que aceptaba gozosa lo que él buenamente le daba.

Si bien Facundo tenía mucha confianza en la bondad de Menita, la cuidaba muy de cerca: no consentía que los mozos del lugar la requebrasen, y nunca la llevaba á fiestas ni bailes, sino á visitas muy sosegadas en el vecindario. En las vacaciones, Facundo pasaba algunos sobresaltos á este respecto. En tal época las familias de los hacendados venían á veranear al campo con sus respectivas parvadas de estudiantes ganosos de desquitarse de diez meses de estudio. También se les juntaban jóvenes que pasaban el verano de hacienda en hacienda y que no venían á desquitarse de estudios sino á variar diversión. Unos y otros se desparramaban por los alrededores en busca de buenos lances, y solían parar en la tienda de Facundo á comprar fósforos, un pañuelo de narices ú otros objetos no menos importantes. Se de-

moraban en las compras, querían ver géneros, entablaban conversación y se asomaban con mucha desvergüenza á las piezas interiores. Pero Menita fué siempre para ellos princesa encantada. Embromaban á Facundo, procuraban insinuársele, lo invitaban con su familia á fiestecillas donde se divertiría en extremo. Todo era en balde. Facundo seguía humildemente las bromas de poco peso, aguantaba las pesadas, y se hacía el que no entendía lo demás. Aburridos los mancebos, se retiraban refunfuñando entre dientes: «viejo bruto», ú otra expresión por el estilo.

Entre los mozos de Mellico, todos los que tenían esperanzas de que Menita les correspondiese ó se consideraban en el mismo rango que ella, habían pretendido su mano; pero inútilmente. Lo menos que tenía Menita era ser orgullosa y casquivana, sino que los tales mozos eran un tropel de botarates, hijos de pequeños propietarios que habían ascendido más ó menos como Facundo. Mientras sus padres economizaban el centavo, ellos no trabajaban ni les ayudaban, contraían deudas y en jaranas se comían de antemano la herencia. Pasaban fugados de la casa paterna la mayor parte del año, volvían cuando no tenían qué comer, se hacían los arrepentidos, conseguían sacar algo al viejo ó un crédito de algún usurero, y salían de nuevo. Los hijos de Facundo, aunque éste no les escaseaba castigos brutales, daban indicios manifiestos de que á su tiempo seguirían el mismo camino.

Había, sin embargo, un tal Antonio que era admitido en casa de Facundo. Menita no le daba esperanzas: pero no le quitaba las que tenía porque era imposible quitárselas. Era joven excesivamente bonachón y un tanto

simple, sin que le faltara esa malicia especial y propia del simple, que á menudo no se encuentra en el avisado.

Antonio dijo clara y redondamente á Menita que deseaba casarse con ella. Menita con la misma claridad le contestó que no pensaba en tal cosa.

—Bien está—le dijo Antonio sin inmutarse.—Ya sé que ahora no me quieres, pero puede ser que después me quieras.

Y seguía visitando la casa, y esperaba con paciencia el cariño de Menita.

Ésta tuvo caritativos escrúpulos al ver á Antonio firme en sus esperanzas, y preguntó á Facundo si no sería bueno hacerle entender que era punto menos que imposible el soñado casamiento; pero Facundo le dijo:

—Déjalo que venga. No le digamos nada. Me sirve mucho.

Facundo, en efecto, á título de futuro suegro, empleaba al buen Antonio en todo lo que podía servir, y éste se consideraba bien pagado con que Menita le hiciera alguna broma ó se ocupase un momento en él. Como visitante era de lo más cómodo: á la hora conveniente lo despedían sin ceremonia, y cuando había quehaceres, le decían que volviese otro día ó lo hacían tomar parte en ellos.

Aquella noche que Facundo estaba sentado en el corredor de su casa pensando en la suerte de sus bueyes gordos, la voz de Antonio lo distrajo.

—Para servirlo, don Facundo.

Facundo lo miró, barbotó un «cómo te vá», y sin cuidarse más de Antonio ni invitarlo á sentarse, siguió el hilo de sus pensamientos.

De pronto se volvió á él y le preguntó:

—¿Has sabido algo del caballero que compró á «Renaico»?

«Renaico» era una gran hacienda que deslindaba con las tierras de Facundo y las de casi todos los pobladores de Mellico.

—Esa noticia traía—dijo Antonio.—Mi padre me mandó á cobrar diez pesos á un inquilino de «Renaico», y ahí supe que había llegado el nuevo patrón. Me entró curiosidad de conocerlo y, por si lo topaba en el camino, anduve hasta cerca de la casa del fundo. Cuando menos me lo imaginaba, el caballero desembocó al camino con el administrador. Me habían dicho que andaba con el administrador. Híceme a un lado y disimulamente los seguí buen trecho.

En ese momento salió Menita al corredor.

—¿Cómo estás, Antonio?—le dijo sonriéndose y con un gracioso meneo de cabeza.

—Ahí vamos pasando—contestó Antonio con reposo.

—Padre—dijo Menita á Facundo—¿le traigo mate ó agua caliente? ¿Qué quiere tomar?

—Tomaré agua caliente; pero más tardecito.

—¿Estabas contando algo, Antonio?—preguntó Menita.

—Estaba contando á don Facundo que conocí al caballero que compró a Renaico.

—¿Ya llegó? Y ¿cómo es?

—Llegó—dijo Antonio—y, como iba diciendo, me fuí tras él sin quitarle la vista. Harto me habían ponderado sus caballos; pero animal más bonito que ese en que iba no había visto nunca. Era mulato; pero mulato retinto y sin una manchita. ¡Qué hechura! ¡Qué pechos, don Facundo! Me parece que en la vara barrería un

regimiento. Daba gusto verle los nudillos... Marchador como él sólo: el administrador iba al trote... ¡Y tan arriscado! El anca redonda y llena... Era algo corto de lomo, como mandado hacer para la silla.

—Muy bonita sería la silla—interrumpió Facundo. Desde seis meses atrás acariciaba el ensueño de comprar una buena silla.

—La silla corría parejas con el caballo—prosiguió Antonio.—Era como las otras; pero no era como las otras.

—Sería de esas que llaman mejicanas—dijo Facundo, que tenía vista en la talabartería una de esta clase.

—Tampoco era de las mejicanas. No la pude entender bien, porque la manta... una manta como usted no se imagina... la cubría en parte; pero relumbraban las argollas y chapas de plata. De las espuelas no digo nada. Llevaba un lazo tan fino y bien trenzado que daban ganas de robárselo. ¡Y tan bien sentado que iba aquel caballero! No cabía comparación con el patrón viejo don José María.

—¿Es joven?—preguntó Menita.

—Joven, jovencito y harto buen mozo.

—Me alegro de que sea joven—dijo Facundo.—Los jovenes son menos cicateros que los viejos. Tengo que ir a verlo uno de estos días. Puede ser que consiga de él lo que nunca pude conseguir de don José María: que me permita sacar agua del canal de «Renaico» para regar mi lomita del «Manzano»...

Facundo dió un bostezo descomunal.

—Entremos—dijo.—La obscuridad me da ganas de dormir.

Á la hora en que alba trae en los pliegues de su man-

to blanquecino esos sueños ligeros y deliciosos que con tanto pesar vemos desvanecerse, soñó Menita que pasaba frente á su casa un mancebo gallardo y bizarro, montado en un caballo soberbio, cuyos jaeces de plata bruñida lanzaban vivísimos destellos al ser heridos por el sol. En pos, casi perdido en el polvo que el caballo levantaba, iba Antonio. No parecía el mismo: su rostro estaba demacrado y manifestaba honda tristeza. Extraña angustia oprimía el corazón de Menita. De improviso el brillante jinete se volvió á ella y la miró con ojos ardientes y suavísimos. Menita se extremeció de gozo... y despertó.

III

En la mejor fonda de Santiago, unos veinte amigos daban un banquete de despedida á Manuel Pasta.

El joven que solicitó y obtuvo de la comisión organizadora del banquete el honroso encargo de dedicarlo, si bien era de muy poca inteligencia, presumía de chistoso y humorístico, y determinó componer un discursito bien alegre y salado, tal que á todos haría reír á carcajadas y desde el principio los dejaría holgados, como en familia. Era de opinión que, entre amigos, todo debía de ser á la llana, sin etiqueta ni declamaciones de labios afuera. Compuso, pues, el discurso: comenzaba sencillamente con el vocativo Manuel, hablaba en broma de la despedida, y seguía con retruécanos, alusiones y disparates propios para hacer reír á jóvenes desocupados.

Á fin de que el brindis surtiese efecto, el orador se puso de acuerdo con la comisión organizadora, y arreglaron las cosas de modo que, en vez de esperar, como

de ordinario, la primera botella de champaña, se pronunciara el discurso apenas entrase Manuel al comedor, donde lo estarían esperando en pie todos sus amigos.

Pero fué el caso que, cuando el orador se vió á sí propio y á todos los concurrentes graves y tiesos en su frac y camisa planchada *à neuf*, esperando la entrada de Manuel acompañado por la comisión organizadora; cuando vió la hermosa disposición de la mesa, los adornos de la sala, el resplandor de las luces, la rigidez de los criados con la servilleta al brazo, su discurso se le presentó de improviso como nota discordante y chillona en tan grave armonía, como conjunto de bufonadas impropias de las circunstancias, y hasta llegó á temer que Manuel se ofendiese y que los concurrentes protestasen.

—¡Qué diablos! Esto es serio—dijo con mortal desaliento á su vecino.

—Es como debe ser—respondió el vecino tranquilamente.—Al fin y al cabo, despedirse de un amigo es cosa seria.

Un desmayo interior se apoderó de nuestro joven; frías gotas de sudor aparecieron en su frente. Maldijo la hora en que solicitó y obtuvo la honrosa comisión de dedicar el banquete. ¿Qué hacer? No era capaz de improvisar; en su vida había improvisado. Pensó rápidamente en escapatorias impracticables... No había remedio; era preciso improvisar. Pero tropezó con una gran dificultad. ¿Trataría á Manuel de tú, de usted ó de vos? Le repugnaba la familiaridad del *tú* en esta circunstancia, que miraba ahora en extremo solemne y patética. El *usted*... ¿por qué decir *usted* á Manuel, si lo trataba de tú? El *vos* era ridículo. Por desgracia, no alcanzó á dilucidar este punto. Una triple salva de aplausos salu-

daba á Manuel, que acababa de entrar al comedor con los miembros de la comisión organizadora.

Colocáronse todos en sus respectivos asientos, y dirigieron las miradas al orador. Éste, gracias á dos copas sucesivas de *cognac* bebidas á hurtadillas, había logrado vencer un tanto la palidez del rostro; pero el licor no alcanzó á darle atrevimiento. La barba le temblaba. Con lengua tarda y voz apagada dijo:

"Querido amigo:

"Ya que me ha cabido el honor de dedicaros este banquete, yo, en representación de todos los presentes, os digo que te dedicamos este... esta comida, porque te vas á las verdes campiñas de "Renaico". Me cabe... tengo el honor... lo repito, de manifestar que esta... este banquete lo dedicamos al amigo noble, leal y generoso, al amigo que permanecerá lejos de aquí, hasta que vuelva de nuevo á los brazos de sus... compañeros. He dicho."

Los estrepitosos aplausos que hubo después del discurso, ahogaron las risas del auditorio; pero aumentaron la confusión del orador. Manuel, por no acabar de correrlo, dió simplemente las gracias con un gesto expresivo, y cada uno se dedicó al plato que tenía delante.

El pobre orador quedó tristísimo y mohino. Fueron inútiles los esfuerzos de sus vecinos para hacerle entender que eso era nada: turbarse al tiempo de pronunciar un discurso y olvidarlo, era chasco muy común entre personas no acostumbradas á hablar en público, por más ingeniosas que fuesen, y le citaron casos numerosos. El orador, por ver si cobraba ánimos y volvía por su crédito de hombre chistoso, vació copa tras copa, las cuales no le dieron pizca de ingenio; al contrario, no acertó más que á decir sandeces. Cuando terminó el banquete,

fué menester llevarlo á su casa é introducirlo secretamente en su pieza, en estado lamentable.

Los amigos de Manuel sentían separarse de tan buen compañero, y no comprendían por qué quería irse al campo, lejos de la sociedad, siendo, como era, rico y agasajado como el que más. En el banquete le instaron nuevamente para que desistiese de su idea; pero Manuel se mantuvo firme, y dió la razón que les había dado infinitas veces: la vida de la ciudad le aburría á más no poder, y quería trabajar en el campo por variar de hábitos, por antojo, por distraerse. Como esta explicación era muy poco satisfactoria, nadie la creía; pero lo que Manuel decía era la verdad.

Manuel era hijo único. Su madre, viuda hacía algunos años, le tenía ciego cariño y lo había criado con tanto lujo y regalo, con tal condescendencia que, á no haber sido por el gran fondo de bondad natural que Manuel poseía, irremediablente habría llegado á los veintiocho años con el cuerpo gastado y el corazón corrompido. Felizmente no fué así. Manuel no era ciertamente modelo de virtud; pero tampoco piedra de escándalo. Podía pagar tributo á la flaqueza humana; pero no paliaba á sus propios ojos la falta, y la maldad fría y calculadora jamás halló cabida en su corazón.

Otro resultado tuvieron en Manuel los exagerados mimos de la señora. Acostumbrado desde niño á ser obedecido en el acto, á ver satisfechos todos sus caprichos, su voluntad no tuvo ocasión de fortificarse y robustecerse combatiendo las dificultades, reparando los tropiezos y separando los estorbos de que está sembrado el camino de la vida. Manuel carecía de energía moral. Esta debilidad de carácter, esta cualidad negativa, des-

preciable en el hombre pobre, al cual nadie le ofrece un lugar en el banquete de la vida y tiene que conquistárselo á codazos y empellones, es simpática, aplaudida y fomentada en el joven rico y generoso. Todos ganan con ella: los amigos, la esposa, los suegros. El único que pierde es el que la posee, y si es hombre inteligente, capaz de meditar sobre sí mismo y ver lo que pasa en su alma, mira esa debilidad de carácter como verdadero gusano que lo corroe interiormente y que le torna la vida en un largo fastidio. Aun cuando nada necesita, se ve condenado á servir de instrumento á voluntades ajenas y á conocer que los movimientos de su propia voluntad son simples estallidos, esfuerzos sobrehumanos capaces de violento empuje, pero impotentes para sostenerlo.

Manuel, que no sólo era naturalmente bueno, sino también de inteligencia despejada y penetradora, conocía ese su defecto, que para los demás era amable condescendencia, y hacía honrosas tentativas para corregirlo. Pero todo quedaba en propósitos. Para salir vencedor en tales combates, como en todos los combates, hay que elegir primero que nada un terreno ventajoso, y es por extremo desventajoso vivir en medio de la sociedad en lugar expectable, acosado por las importunidades de los amigos, por las obligaciones de la etiqueta, por el atractivo de los bailes, y por las mil tentaciones que en la ciudad cercan á un joven rico y desocupado.

Por lo que más sentía entónces Manuel la debilidad de su carácter, era porque lo obligaba a permanecer en una oscuridad relativa. Tenía inclinaciones artísticas, la gloria lo fascinaba, se encontraba capaz de concebir y llevar á cabo obras que dieran lustre á su nombre, que-

ría brillar en el mundo por sus propios méritos. Pero esto no es asunto de llegar y triunfar, á menos que se trate de un prodigio de ingenio. Es preciso estudio, constancia en el trabajo, confianza, sin vanidad, en sí propio para no desmayar en las terribles horas de desaliento. Manuel comenzaba con ardor; las primeras dificultades lo entibiaban, y pronto abandonaba la labor escogida para dedicarse á otra con la cual le acontecía lo propio. Á los veintitrés años esto no le mortificaba mucho; pero á los veintiocho le comenzó el tedio y el disgusto de sí mismo. Ya era tiempo de hacer algo ó de resignarse á no hacer nunca nada.

Su madre comenzó á notarlo quejumbroso y de mal humor. Parecióle conveniente persuadirlo á que se casase, y le habló acerca de ello dos ó tres veces; pero como Manuel le manifestase que aún no pensaba en tal cosa y que tiempo había para hacerlo, desistió de su intento. Por otra parte, no tenía mucha voluntad la señora en apresurar que la esposa viniese á quitarle parte del cariño de su hijo.

Manuel había tenido sus amoríos; pero el hogar doméstico no era todavía el objeto de sus aspiraciones. Los jóvenes ricos pocas veces están de prisa en este punto. Dicen que es conveniente correr y ver mundos antes de casarse, ó, empleando los términos del Apóstol, que es bueno quemarse primero y después casarse, sin duda para entrar á prueba de fuego al matrimonio Podrá ser; pero más fácilmente se prende el carbón que no la leña verde.

Hallándose Manuel en tal estado de ánimo, alguien le habló de que haría un excelente negocio si compraba el fundo «Renaico» que estaba á venta. Una idea asaltó al

punto á Manuel: compraría el fundo y se retiraría allá á trabajar, á estudiar, á sacudir su indolencia física y moral. Comunicó el proyecto á su madre y le habló con tal entusiasmo que la pobre señora no tuvo ánimos para disgustarlo y negar un consentimiento que harto le costaba: iba á quedar separada de su hijo. Pero Manuel la convenció de que no había motivo de aflicción: el fundo estaba inmediato á la estación del ferrocarril. Al menor llamado acudiría inmediatamente, fuera de que contraía el compromiso de hacer una visita á su madre, por lo menos, cada quince días.

Manuel no entendía absolutamente nada en agricultura. Nunca se había ocupado en tales trabajos; pero un tío suyo, agricultor desde niño, se encargó de instruirlo, de recibir el fundo, y buscó un buen administrador para Manuel.

Al día siguiente del banquete, nuestro joven partió á «Renaico» contentísimo y lleno de entusiasmo, revolviendo planes de distribución del tiempo, en los cuales se compartían los estudios con la asistencia á las faenas agrícolas.

En las visitas preliminares que Manuel había hecho á «Renaico», la casa del fundo le había disgustado en extremo. Era un caserón inmenso, vetusto, destartalado, en partes reparado y en partes caído, sucio, bajo, levantado al nivel del suelo en una hondonada, para abrigarlo del viento norte. Álamos altísimos alineados al frente lo envolvían en movibles y tristes sombras al caer de la tarde. Por ahí mismo pasaba el camino vecinal, que se convertía en invierno en barrizal pegajoso, y del cual se levantaban constantemente en el verano nubes de polvo que cubrían la casa y deslustraban y marchitaban las

hojas de los arboles. El interior de la parte del edificio destinada para habitaciones se reducía á un gran patio asombrado por naranjos corpulentos, enmalezado, húmedo, con un jardincillo descuidado y raquítico. En los interminables corredores estorbaban el paso tinajas quebradas, barriles y cajones vacíos, y en las vigas veíanse confusamente amontonados engranajes inservibles, piezas gastadas, instrumentos inútiles. Por todas partes polvo, telarañas, maderos carcomidos, paredes agujereadas. Los cuartos que mejor vista tenían daban á corrales ó á cercas de álamos.

Don José María, el anterior propietario de «Renaico», era digno habitador de tal casa. Para él, las comodidades y el aseo eran gastos inútiles de tiempo y de dinero. En teniendo techo la casa, lo demás no importaba. En estando gordos y lucios los animales, era lo de menos que él estuviese mal alojado. Pasaba el día entero vigilando los trabajos, con gran descanso de los mayordomos, ó en los cercados dando vueltas en torno de cada animal, como si no poseyera dos mil, sino dos ó tres cabezas de ganado, y los miraba, no con los ojos del que tiene cariño á un objeto, sino con los ojos del que ve en un objeto lo que éste equivale en dinero. En las tardes reunía á los mayordomos y vaqueros, y entraba á hablar con ellos y repetir diez veces lo mismo que había hablado el día anterior, y que hablaría al siguiente. En la noche daba una ojeada al diario, leía el sumario ó una página del Boletín de Agricultura, y se quedaba dormido. Á toda hora meditaba sobre la manera de hacer algún trabajo por la mitad de lo que debía costar, y después discurría cómo componérselas para que otros le ayudaran á pagarlo ó lo hiciera por cuenta de ellos. De

aquí nacían continuas pendencias entre él y los inquilinos, que protestaban de las nuevas cargas que les imponía, ó entre él y los vecinos, que preguntaban:—«Pero, señor, si esta cerca es divisoria y común ¿por qué quiere usted que yo solo la repare». En tales mezquindades se gozaba y ejercitaba su habilidad don José María, y se había acostumbrado en tal manera á sacar ventaja que, cuando sacaba lo justo, de buena fe, se creía perjudicado, y ponía el grito en el cielo y exclamaba que lo habían estafado. En la ciudad, sin embargo, parecía el hombre más bonanchón y sencillo y, cuando le tocaban asuntos de campo, se quejaba como si tuviese muy fundados motivos para hacerlo.—«Son muy diablos los campesinos—decía—y como soy tan crédulo y tan de buen alma, hacen de mí lo que quieren, me explotan sin temor de Dios, y yo no tengo ánimos para decir á nadie: *Hasta aquí no más, amigo.* Como los oyentes no conocían qué tal pieza era en su elemento, le creían y aún le aconsejaban caritativamente que buscase otro negocio, porque con semejante mansedumbre debía de ser difícil ganar dinero en el campo.

Un mal negocio, un contratiempo en sus trabajos, le hacían honda impresión, perdía el apetito, dormía intranquilo, su rostro se demacraba.

Cuando recibía algún perjuicio, por insignificante que fuese, lo llamaba indefectiblemente «grave pérdida», ó «perjuicio considerable que podrá tener muy malos resultados», y se alarmaba, hablaba de derechos atropellados, consultaba códigos. Cuando hacía á otros algún perjuicio (y don José María lo hacía de buena gana, si con ello sacaba provecho), y venían los reclamos, exclamaba indefectiblemente:—«Pues, hombre ¿y por esta ba-

gatela se incomoda usted y me viene á incomodar á mí? Eso no puede ser. Que se tase el perjuicio, y lo abonaré. ¡No es posible pelear por una poquedad como esa!» El otro se iba muy contento. Tasaban el perjuicio; pero nunca se conseguía de don José María que lo pagase.

En la entrega de «Reinaco», don José María embrolló seis mil pesos al tío de Manuel, en animales, instrumentos y edificios inservibles; pero arreglados y presentados de tal modo que era preciso ser tan ducho como don José María para conocer la trampa. Descubrióse ella después; pero el hombre se hizo el sordo y no le destaparon los oídos los reclamos, las disputas ni los insultos.

Esto no quita que don José María se jactase de hombre honrado, después de este embrollo como antes de él y después de los otros que había hecho. Él era el hombre honrado por excelencia. ¿Quién se atrevería á decir lo contrario? Y sostenía sin rodeos que todos los que comerciaban en papeles, bonos ó acciones eran más ó menos ladrones, y que el único trabajo en que se ganaba honradamente el dinero era el trabajo del campo.

Manuel, que no había ido al campo á vivir entre animales ni á meditar perpetuamente en la manera de venderlos con más ganancia, aunque fuese con engaño del comprador, sino que había ido á trabajar sin codicia y á vivir como sér inteligente; que tenía una alma que cultivar, determinó desde luego no vivir en aquel casón cuya sola vista lo abrumaba, más que lo preciso mientras edificaba una casa á su gusto.

Eligió un sitio algo elevado de modo que dominara los contornos, y ahí determinó levantar una casita de arquitectura graciosa y pintoresca. La rodearían praderas de

césped cortadas caprichosamente por senderos arenosos y limpios de maleza, y sembradas de árboles escogidos, de grupos de flores, de variados rosales que en la primavera embalsamasen el ambiente y tapizaran el suelo con pétalos fragantes. Cubrirían las paredes plantas trepadoras y enredaderas en que el verde apagado y sombrío de la hiedra alternara con el verde dorado de la madreselva. Aquí y allí, boscajes deliciosos, cenadores, pequeñas cascadas. Era la casita clásica, el rústico y risueño albergue, el nido de amores que todo hombre levanta en la adolescencia, y que el amante y el artista contempla siempre en su imaginación. Manuel gozaba ya con los espléndidos celajes de otoño, con el encanto voluptuoso, vago y apacible del paisaje iluminado por la luna en el estío, espectáculos que contemplaría desde su balcón por entre cortinas de verdura. Después de deleitarse en tan agradables proyectos, la imaginación de Manuel acababa por ir á posarse en una mujer ideal, en una compañera casta y virtuosa, cuya fantasía tuviese alas tan poderosas como las suyas, y cuyo corazón latiese á la par del de su amado: regular y sosegadamente unas veces, y sacudido en otras por apasionada violencia.

Manuel pensaba dejar el caserón para el administrador de «Renaico.» Don Fernando, el tío de Manuel, se escandalizaba al oír los planes de su sobrino.

Era don Fernando un campesino bueno, honrado y liberal con los inquilinos. Quería con desinterés su terruño y sus animales; gustaba del trabajo del campo porque no conocía otra especie de trabajo, porque en el campo había crecido y en el campo había adquirido sus bienes de fortuna. Tenía profundo respeto por la ciencia

de la agricultura: la miraba como una de las más importantes y complicadas, y á los que la poseían, como los individuos más útiles á la humanidad. Su ignorancia era soberbia: no la confundían ni amilanaban los mejores argumentos. Los artistas y literatos eran, para él, ociosos más ó menos ridículos, charlatanes los oradores, los escritores gente incapaz de trabajar. Á todos ellos abarcaba don Fernando en una mirada de desprecio; pero de desprecio jovial, bondadoso é indulgente. Ningún poeta lee con más entusiasmo á Shakespeare que el que manifestaba don Fernando cada vez que abría cierto *Tratado sobre los abonos*, cuyos consejos había seguido con muy buen resultado. Lo llamaba «el gran libro»; ese era el que debía tener todos en la mano.

—¿Qué estás pensando? decía á Manuel.—¿Crees que el campo es broma?¿ Crees que es diversión, como escribir libros, pintar arbolitos y tocar el piano? Si vienes á eso á «Renaico» más valía que te quedaras en Santiago. ¡Edificar casitas bonitas cuando tienes una tan buena, desde donde puedes verlo todo, sin que nadie pase sino por delante de ti, con los corrales á la mano!... Recuerda el más sabio refrán que se ha escrito: «Hacienda, tu dueño te vea.»

—La veré, tío, la veré; pero me parece que no hay necesidad de estar sobre ella día y noche. Hay otras cosas que ver y otras en qué pensar, so pena de embrutecerse... Verdad es que así quedaría uno más apto para el campo...—agregaba Manuel, dando palmaditas cariñosas á su tío.

—¡Que estás hablando! ¡Embrutecerse! Sabe, Manuel, que el trabajo del campo es el verdadero trabajo. Mírame las manos, mírame el color de la cara... ¿nada te

dice esto? ¡Que le quieran hacer creer á uno que trabajan esos que se llevan sentados en sillones muy cómodos, fumando, mirando el techo, conversando con el que entra, y enderezándose de cuando en cuando para dar alguna plumada!... Dios dijo: «Comerás tu pan con el sudor de tu frente.» En el campo, Manuel, es donde suda la frente y todo el cuerpo.

PEDRO N. CRUZ

(Continuará.)

POLOS OPUESTOS

ÉL Á ELLA

Te quiero, vida mía. Sí, te quiero
con toda la ternura de mi alma;
por ti de amor apasionado muero,
por ti mi corazón perdió la calma.

Ya no creía amar: los sinsabores
de mi alma el manantial habían cegado,
la esperanza y la fe, marchitas flores,
yacían, cual recuerdos del pasado.

Te vi, y al fuego de tus bellos ojos,
de tu palabra al mágico concierto,
y á la sonrisa de tus labios rojos
latió mi corazón, que estaba yerto.

Y eres tú mi esperanza y mi ventura;
mi ilusión y mi fe; mi ideal, mi gloria;

la luz que alumbra mi existencia oscura,
la página más bella de mi historia.

Ignoro si me amas, ni lo espero;
que si algo de tu amar, niña, esperara,
con el inmenso amor que ahora te quiero
entonces, vida mía, no te amara.

ELLA Á ÉL

Tu carta recibí con placentero
ánimo, y con pena la he leído.
Me quieres porque sí, según infiero;
pues no aspiras á ser correspondido.

Amar sin ser amado es un martirio,
he leído en muchísimos autores.
Yo por mí nada sé, cándido lirio,
que el soplo aún no agostó de los amores.

No comprendo tu amor si á ser el dueño
no aspiras de mi vida y mi hermosura;
paréceme tu amor mentido sueño
que engendra en el cerebro la locura.

¿Es eso platonismo?... No sé nada;
el amor lo comprendo de otro modo:
si amo á alguno es que quiero ser amada...
sí, quiero ser amada antes que todo.

Tu amor, que el amor mío así desprecia,
merece sólo sempiterno olvido.
Si alguna vez te quise fuí muy necia,
mas nunca te querré. Ya estás servido.

José Gregorio Ossa

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Salvá, Domínguez, la sociedad literaria que dió á luz un diccionario el año de 1864 y don Roque Barcia han reconocido en sus respectivas obras que *aluvial* es un vocablo completamente castizo.

AMONEDACIÓN

La ley de 24 de octubre de 1834, y el decreto expedido con fuerza de ley en 19 de marzo de 1851, que son las primeras disposiciones nacionales relativas á monedas que me vienen á las manos, emplean la palabra *amonedación*.

Me sería fácil mencionar muchos otros documentos oficiales de Chile en que se usa esta palabra.

Sin embargo, el DICCIONARIO de la Real Academia

no contiene la palabra *amonedación*, la cual, según lo que enseña, ha de ser reemplazada por la de *acuñación*.

El DICCIONARIO aprueba el uso de los verbos *amonedar* y *monedar* en el sentido de «reducir á moneda algún metal».

Es preciso reconocer entonces que *amonedación* ha sido bien formado.

En seguida, si se fija la atención en ello, se advertirá que *acuñación* tiene un significado más lato aplicable á objetos que no son monedas.

De aquí resulta que *amonedación* es una palabra sin la cual no podrá denotarse determinadamente la operación especial de fabricar monedas, y no medallas ú otras cosas.

Esta palabra es empleada, no sólo en Chile, sino también en otras naciones españolas.

Tengo á la vista EL REPERTORIO COLOMBIANO, tomo IV número 24, correspondiente al mes de junio de 1880, donde se inserta un artículo titulado «Historia de nuestra *amonedación*» por don Ramón Guerra Azuola.

ANIEGO

La ordenanza que reglamenta la policía de aseo y comodidad de Santiago, aprobada por decreto de 19 de diciembre de 1856, dice, en el artículo 28, lo que va á leerse.

«Los que, para evitar *aniegos* á consecuencia de *atolladeros* en las acequias de las calles, levanten las losas que las cubren, darán parte inmediatamente al vigilante del punto, tanto para que haga extraer las basuras, como para que reponga las losas en su lugar.»

La palabra *aniego* no se encuentra en el DICCIONARIO de la Academia.

Conviene recordar aquí lo que don Andrés Bello enseña en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA acerca del verbo *anegar*.

"*Negar* (dice) cambia la *e* en *ie* en la primera, segunda y tercera persona del singular de los presentes de indicativo y de subjuntivo, y en el singular del imperativo.

"Le siguen sus compuestos, pero no *anegar*, que sólo aparentemente lo es.

"Los americanos solemos hacer á *anegar* irregular de esta especie: *yo aniego, tú aniegas*; y aun hemos formado el sustantivo *aniego* (inundación); pero en los escritores peninsulares, no hemos visto otras formas que las regulares: *anego, anegas*."

Bello, como acaba de verse, tiene á *inundación* por equivalente de nuestro *aniego*.

El DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, en el artículo dedicado á *anegar*, declara que este verbo significa lo mismo que *inundar*.

Sin embargo (¡sea dicho con perdón de dos autoridades tan acreedoras al mayor respeto!) me parece que eso es inexacto.

Inundar es, como el DICCIONARIO lo dice al definir este verbo, "cubrir el agua los terrenos, y á veces las poblaciones".

Anegar es, hablando con propiedad, cubrir el agua una extensión mucho menor.

Por esto, si se condena nuestro sustantivo *aniego*, ha de reemplazarse, no por *inundación*, sino por *anegación* ó *anegamiento*.

Y ya que se ha determinado cuál es el vocablo propio

para designar esta molestia de las ciudades que, como Santiago de Chile, poseen la inapreciable ventaja de que las casas sean atravesadas por acequias de agua corriente, creo que no se considerá inoportuno el fijar el vocablo con que habrá de nombrarse la causa ordinaria de las *anegaciones.*

El artículo 28 de la ordenanza de 19 de diciembre de 1856 llama *atolladeros* las acumulaciones de basuras y de otros objetos que suelen impedir al agua el seguir su curso natural por los cauces.

Creo que esta denominación, original del autor de esa ordenanza, si no estoy equivocado, es en extremo inadecuada.

Atolladero ó *atascadero*, según el DICCIONARIO de la Academia, es «lodazal ó sitio donde se atascan los carruajes, las caballerías y las personas»; y en sentido figurado, «estorbo ó embarazo, que impide la continuación de un proyecto, empresa, pretensión, etc.»

En Chile se llama *taco* lo que el redactor de la ordenanza quiso ennoblecer llamándolo *atolladero;* mas la denominación vulgar es tan viciosa como esa oficial.

Taco no cuenta, entre sus varias acepciones autorizadas, la provincial á que hago referencia.

He oído proponer el que se aplique á este caso la palabra *presa*, la cual puede significar «fábrica, á modo de pared ó muralla de piedra, con que se ataja ó detiene el río para encaminar y llevar el agua al molino, ó para sacarla fuera de la madre del río».

Creo que no he menester esforzarme mucho para manifestar que esto es inadmisible.

Como se sabe demasiado, lo que, en ocasiones, estorba al agua el seguir su curso por los cauces interiores está

muy lejos de ser una construcción intencional, sólida y permanente, como aquella que podría llamarse *una presa.*

Por esto, si se quiere evitar el chilenismo *taco*, no se me ocurre otro medio que el de apelar á alguna palabra de significación general: *obstrucción, impedimento, obstáculo, atestamiento*, etc., etc.

ANOTADURÍA

Un decreto expedido por el presidente de la República el 12 de julio de 1839, empieza de este modo:

«Á fin de evitar los perjuicios y contiendas que resultan de las ventas que se hacen de bienes cuya enajenación se ha prohibido ó suspendido por los tribunales,

«He acordado y decreto:

«1.º En todas las anotadurías de hipotecas, se abrirá un registro separado en el cual se tome razón por el mismo escribano ó anotador de todas las providencias que, por cualquier tribunal ó juzgado, se libraren prohibiendo ó suspendiendo la enajenación de algunos bienes.»

Anotaduría se halla tomado en el significado de oficina de anotación.

Esta palabra no viene en el DICCIONARIO de la Real Academia Española.

ANTICONSTITUCIONAL

En Chile, tanto de palabra, como por escrito, suele usarse este adjetivo en el significado de contrario á la constitución.

El DICCIONARIO de la Real Academia no trae este vocablo.

Algunos explican esta omisión, porque, desde que existe *inconstitucional*, la nueva palabra sobre que voy tratando es superflua.

Pero, si bien se considera, *anticonstitucional* é *inconstitucional* no expresan enteramente una misma idea.

El venezolano don B. Rivodó lo ha hecho notar con mucho acierto en su obra sobre los compuestos castellanos.

Creo oportuno el que se tengan á la vista las propias palabras de este prolijo y erudito hablista.

Helas aquí:

«*Anti* indica la idea de contrariedad, tanto como la partícula *contra;* cualquiera otra que implique la misma idea, tales como *des*, *in*, *sin*, etc., lo hacen con menor fuerza; *impolítico*, por ejemplo, niega simplemente la cualidad de *político;* mas *antipolítico* afirma que es además todo lo contrario á *político; ilógico* indica simplemente que no es *lógico;* pero *antilógico* significa, no solamente que no lo es, sino que es lo contrario. Lo mismo observaremos en *insocial* y *antisocial*, y cualquiera otro ejemplo análogo.»

El Diccionario acepta la distinción de Rivodó por lo que toca á *insocial* y *antisocial.*

Insocial, según el Diccionario, significa «huraño ó intratable, é incómodo en la sociedad».

Antisocial, «contrario, opuesto á la sociedad, al orden social».

Pero, en otros casos, el Diccionario da á los compuestos en que entra la partícula *in*, ya íntegra, ó ya alterada, un significado, no sólo simplemente negativo, sino contrario.

Así, para el Diccionario, *ilógico* significa, no sólo «que

carece de lógica», sino también «que va contra las reglas y la doctrina de la lógica»; *impolítico*, no sólo «falto de política ó cortesía», sino también «contrario á ella»; *irregular*, no sólo «que va fuera de regla», sino también «contrario á ella»; *irreligioso*, no sólo «falto de religión», sino también «que se opone al espíritu de la religión».

Por esto se comprende que no admita los vocablos *antilógico*, *antipolítico*, *antirreligioso*, que algunos usan ya, y mucho menos el vocablo *antirregular*, que nadie, según entiendo, ha empleado hasta ahora.

Inconstitucional significa para el DICCIONARIO solamente «no conforme con la constitución del estado.».

Hay, pues, fundamento para no ser muy severo con *anticonstitucional*, que significa «contrario á la constitución del estado».

No puede desconocerse la tendencia manifiesta á formar palabras nuevas anteponiendo á las simples las partículas *ante*, *anti*, *co* y otras análogas, como desde muy antiguo, verbigracia, se han formado adverbios posponiendo *mente* á los adjetivos.

Acabo de leer unos interesantes artículos referentes á composiciones dramáticas, publicados por el eminente crítico é individuo de la Real Academia, don Manuel Cañete, en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, en el de año 1885, donde aparecen los adjetivos *antiartístico*, *antiliterario*, *antinacional*, que no se encuentra en el DICCIONARIO.

Don Andrés Bello, en un editorial de EL ARAUCANO, número 491, fecha 24 de enero de 1840, escribía lo que sigue:

«Si por el hecho de atribuir á un escritor ideas falsas, argumentos débiles, principios absurdos ó peligrosos,

hubiese de inferirse que se le atribuyen también sentimientos perversos, ó *antipatrióticos;* ¡adiós discusiones políticas!»

El Diccionario de la Academia ha autorizado el vocablo *antipatriótico.*

Son muchos los que, en América, á pesar de haber el adjetivo *contranatural,* emplean también *antinatural.*

Y ya que hablo de estos compuestos de la partícula *anti* y de sustantivos ó adjetivos, que (lo repito), en el día, están á la moda, especialmente en el lenguaje científico, aun cuando muchos no hayan encontrado hasta ahora cabida en el Diccionario, quiero hacer notar una deplorable equivocación en que suele incurrirse.

Ante y *anti* son dos partículas compositivas de significados muy diversos.

Ante es un apócope del adverbio *antes,* y significa *prioridad de lugar* ó de *tiempo.*

Anti, como el Diccionario lo enseña, significa *oposición* ó *contrariedad.*

Así, no puede decirse, como no faltan quienes lo hagan, *antidiluviano,* que significaría «contrario al diluvio», sino *antediluviano,* «anterior al diluvio».

Tampoco debería poder decirse *Antecristo,* en vez de *Anticristo.*

Sin embargo, el imperio del uso en materia de lenguaje es tanto, que el Diccionario mismo ha autorizado esta corruptela.

ANTICRESIS

El título 39 del Código Civil Chileno, publicado en 31 de mayo de 1856, lleva por epígrafe: *De la anticresis.*

"La *anticresis*—dice el artículo 2,435, que es el primero de dicho título—es un contrato por el que se entrega al acreedor una cosa raíz para que se pague con sus frutos."

En el artículo 2,438, se encuentra el adjetivo *anticrético*.

La undécima edición del DICCIONARIO de la Real Academia, que apareció en 1869, no admitía ni la una ni la otra de estas palabras; pero la duodécima, que acaba de salir en 1884, admite, no sólo esas dos, sino también la de *anticresista*, que significa "acreedor en el contrato de *anticresis*".

APELADO, APELADA

Según el DICCIONARIO de la Academia, este es un adjetivo que sirve para designar dos ó más caballerías del mismo pelo ó color.

Pero en Chile y en otras naciones españolas se emplea á menudo como participio pasivo ó adjetivo del verbo *apelar* en el significado de "recurrir al juez ó tribunal superior para que revoque, enmiende ó anule la sentencia que se supone injustamente dada por el inferior."

Así, se dice frecuentemente "el defensor del *apelado*": "la sentencia *apelada*".

Don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, aprueba este uso.

Hé aquí sus palabras: "*Apelado*, dícese del litigante vencedor contra quien se apela; y del auto, fallo ó sentencia de que se apela."

Es cierto que el verbo *apelar* es neutro ó intransiti-

vo; pero, como Bello lo enseña en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, «hay verbos que, no construyéndose regularmente con acusativo, se prestan, sin embargo, á la inversión pasiva por medio de un participio adjetivo: así, aunque no puede decirse que—el reo *apeló la sentencia*—sino *de la sentencia*, se llama *sentencia apelada* aquella contra la cual se interpuso la apelación».

La necesidad justifica la admisión de *apelado* para designar la persona contra quien se apela.

El DICCIONARIO reconoce que el que apela se llama *apelante*.

Es indispensable que haya un vocablo para denominar á aquel contra quien se apela.

El uso, atestiguado por Escriche, ha querido que ése se denomine *apelado*.

Un hablista tan justamente reputado como don Eugenio de Tapia no tuvo inconveniente para emplear en el FEBRERO NOVÍSIMO las expresiones *causa apelada* y *sentencia apelada*, como puede verse en el sumario ó índice del capítulo 17, título 2, libro 3, en el número 29 de este mismo capítulo, en el sumario ó índice del capítulo 5, título 4, *Tratado del juicio criminal*, y en el número 8 de este mismo capítulo.

Tapia emplea además la expresión *sentencia inapelada*, como puede verse en el segundo de los sumarios ó índices citados, y en el número 11, capítulo 5, título 4, *Tratado del juicio criminal*.

El DICCIONARIO, que no ha dado cabida á *apelado, apelada*, ha admitido mucho menos á *inapelado, inapelada*.

Los abogados del colegio de Madrid don José María Manresa y Navarro y don José Reus y García, en la

obra titulada LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL COMENTADA Y EXPLICADA, parte 1.ª, título 17, han aplicado el adjetivo *apelado, apelada*, no sólo á la sentencia ó fallo de que se apela, á ejemplo de Tapia, sino también al individuo ó parte contra quien se apela, á ejemplo de Escriche.

Y esto, lejos de ser reparable, es muy natural y lógico, puesto que la moderna ley de enjuiciamiento civil de España hace otro tanto.

El artículo 840 dice á la letra como sigue:

"Formado que sea el apuntamiento, se entregará con los autos por su orden á las partes para que se instruyan sus letrados, si la providencia *apelada* fuere interlocutoria, aun cuando sea de las que causan estado."

El artículo 849 empieza así:

"Si la providencia *apelada* fuere definitiva, etc."

El tenor del artículo 838 es el que va á leerse:

"Si el apelante no hubiera comparecido dentro del término del emplazamiento, á la primera rebeldía que acuse el *apelado*, se declarará desierto el recurso.

"Si el *apelado* no compareciere, seguirán los autos su curso, notificándose en los estrados del tribunal las providencias que se dictaren."

Apelado se emplea igualmente en los artículos 839, 843, 844, 845, 846, 852, 854, 855, 856, 857 y 864 en la misma acepción que en el artículo 838, que acabo de reproducir textualmente.

Don Roque Barcia, en el DICCIONARIO GENERAL ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, da cabida á *apelado, apelada*, participio pasivo del verbo *apelar* en el sentido de "recurrir al juez ó tribunal superior para que revoque, enmiende ó anule la sentencia que se supone injustamente dada por el inferior".

APERCIBIR

Este verbo tiene un significado forense consignado en todos los diccionarios: «requerir el juez á alguno, conminándole para que proceda según le está ordenado».

Tiene otras dos acepciones autorizadas:

1.ª «Prevenir, disponer, preparar lo necesario para alguna cosa.»

En esta acepción, se usa también como recíproco.

2.ª «Amonestar, advertir.»

Apercibir y *apercibirse* se emplean, además, frecuentemente, tanto en España, como en América, significando *observar*, *notar*, *advertir*, *reparar*, *divisar*, *descubrir*.

Hablistas justamente reputados han usado estos verbos en las acepciones á que me refiero.

Puedo citar, entre otros, á uno tan eximio como don Antonio de Campmany.

Leo en el prólogo de la FILOSOFÍA DE LA ELOCUENCIA, edición de 1826, lo que sigue:

«Las personas que llamamos legas podrán cometer figuras sin saberlo ellos mismos; podrán decir una frase sublime sin *apercibirlo*, cuando la iban á decir, ni cuando la decían, ni después de haberla dicho; y acaso no dirán otra en un año.»

Leo igualmente en la parte 1.ª, artículo 3.º de la misma obra, lo que sigue:

«Tampoco entre *austeridad*, *rigor* y *severidad*, se *apercibe* á primera vista la diferencia.»

Don B. Rivodó, distinguido gramático venezolano, ha observado con mucho acierto en su TRATADO DE LOS COMPUESTOS CASTELLANOS, que es frecuente agregar una

a á las palabras, por solo motivo de eufonía, sin que esto introduzca la menor diferencia entre los significados del simple y del compuesto.

Para probarlo, llama la atención sobre estos ejemplos: *a-cañonear*, *a-cepillar*, *a-cequia*, *a-chaflanar*, *a-doctrinar*, *a-forrar*, *a-martillar*, *a-nublar*, *a-planchar*, *a-semejar*, *a-sentar*, *a-serrar*, *a-trancar*, *a-temperar*, *a-tildar*, *a-valuar*.

El mismo autor hace notar á este propósito que los antiguos agregaban la partícula *a* á muchas voces en que al presente se omite, como en *a-bajar*, *a-baldonar*, *a-calumniar*, *a-carear*, *a-catadura*, *a-codiciar*, *a-cristianar*, *a-fijación*, *a-juntar*, *a-levantar*, *a-taladrar*, *a-ventear*, *a-yunque*, y que, por el contrario, la suprimían en algunos en que ahora es indispensable, puesto que decían *bastecer*, *centrado*, *contecer*, *delgazar*, *divinar*, *pastar*, *rebañar*, *rebatar*, *zuzar*.

La circunstancia de que la agregación ó la supresión de una *a* no altere en numerosos casos el significado de las palabras, ha de haber influído para que muchos, y entre ellos, personas doctas y conocedoras de la lengua, hayan empleado en acepciones iguales, los verbos *percibir* y *apercibir*, que las tienen tan diferentes.

La equivocación de *apercibir* y de *percibir* es análoga á la de *aprobar* y *probar* que la gente intonsa de Chile suele cometer.

Conviene que, en cuanto sea posible, cada idea pueda ser expresada por una palabra propia.

De aquí resulta que, aun cuando la práctica de emplear el verbo *apercibir* por *percibir* sea frecuente entre los españoles de ambos mundos, es preciso apartarse de ella y combatirla.

APERSONARSE, PERSONARSE

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 1.º, título 17, trae la siguiente frase:

«La no comparecencia del emplazado queda demostrada con el solo hecho de no haberse *personado* al juicio en el término de la ley.»

Don Eugenio de Tapia, en el FEBRERO NOVÍSIMO, y don Joaquín Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, emplean sólo *apersonarse* en el sentido forense de presentarse como parte en un negocio el que, por sí ó por otro, tiene interés en él.

La ley española moderna de enjuiciamiento civil, mandada observar por real decreto de 5 de octubre de 1855, usa *personarse*.

Los comentadores de esa ley don José María Manresa y Navarro, don Ignacio Miquel y don José Reus hacen otro tanto.

Sin embargo, el DICCIONARIO de la Real Academia enseña que puede decirse indiferentemente *apersonarse* ó *personarse*.

Sucede á este respecto con *apersonarse* y *personarse* exactamente lo mismo que con *acumular* y *cumular*, *acumulación* y *cumulación*, *acumulativamente* y *cumulativamente*.

Las dos formas correspondientes tienen el mismo significado.

APORTE

Don Andrés Bello ha empleado esta palabra varias veces en el CÓDIGO CIVIL CHILENO en el sentido de lo

que cada cual lleva á la sociedad de que es miembro, y de lo que el marido ó la mujer lleva á la sociedad conyugal.

En vez de esta palabra, el DICCIONARIO de la Real Academia Española trae *aportación.*

Sin embargo, la Real Academia reconoce que el verbo *transportar* tiene por sustantivos afines á *transportación, transporte* y *transportamiento,* que sirven para expresar una misma idea.

Igual cosa sucede con *apuntar,* á que corresponden *apuntación, apunte, apuntamiento.*

APOSICIÓN

El artículo 1,222 del CÓDIGO CIVIL CHILENO, redactado por don Andrés Bello, dice así:

"Desde el momento de abrirse una sucesión, todo el que tiene interés en ella, ó se presume que pueda tenerlo, podrá pedir que los muebles y papeles de la sucesión se guarden bajo llave y sello, hasta que se proceda al inventario solemne de los bienes y efectos hereditarios

"No se guardarán bajo llave y sello los muebles domésticos de uso cotidiano, pero se formará lista de ellos.

"La guarda y *aposición de sellos* deberá hacerse por el ministerio del juez con las formalidade legales."

En los artículos 1,223 y 1,224, se encuentra también esta misma expresión de *aposición de sellos.*

Otro tanto sucede en los artículos 1,396 y 1,397 del CÓDIGO DE COMERCIO CHILENO.

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 6, título 1.º, capítulo 4, usa en el comen-

tario de los mencionados artículos del Código de Comercio esta misma expresión.

Mientras tanto, el Diccionario de la Real Academia Española sólo da á *aposición* los dos significados gramaticales que van á leerse:

1.º «Acción y efecto de poner afijos», esto es, pronombres, partículas ó palabras que se posponen á otras para formar compuestos, verbigracia: *díjo-me.*»

2.º «Efecto de poner dos ó más sustantivos consecutivamente sin conjunción, verbigracia: *Madrid, corte del rey de España.*»

Ninguno de estos dos significados cuadra ni aproximativamente á aquel en que *aposición* ha sido empleado en el Código Civil, en el Código de Comercio y en el Prontuario de los juicios.

Lo cierto es que *aposición*, en el último sentido, es una palabra innecesaria desde que existe *posición* la cual significa exactamente lo mismo.

En vez de *aposición de sellos*, puede decirse *posición de sellos.*

Sin embargo, no son escasos los vocablos castellanos que tienen estas mismas dos formas, sin ninguna variación en el significado, como he podido hacerlo notar respecto de algunos en estas apuntaciones.

Ésta es la figura llamada por los retóricos *prótesis* ó *próstesis*, la cual consiste en añadir una ó más letras al principio de un vocablo sólo para procurar la eufonía.

ARNESES

El Diccionario de la Real Academia Española da á *arnés* las siguientes acepciones:

1.ª «Conjunto de armas de acero defensivas, que se vestían y acomodaban al cuerpo, asegurándolas con correas y hebillas».

2.ª (En plural): «Cosas necesarias para algún fin. *Fulano llevaba todos los arneses para cazar*».

3.ª «*Blasonar del arnés:* echar fanfarronadas, contar valentías que no se han hecho».

«Si se lega un carruaje de cualquiera clase (dispone el artículo 1122 del Código Civil Chileno), se entenderán legados los *arneses* y las bestias de que el testador solía servirse para usarlo, y que, al tiempo de su muerte existan con él».

En Chile, es muy frecuente este uso de *arneses* en el sentido de guarniciones de las caballerías de montar ó de tiro.

El artículo 30, número 3 del tratado de amistad, comercio y navegación entre Chile y el Perú, sancionado por nuestro gobierno el 25 de julio de 1835, enumera, entre los artículos de contrabando de guerra, «las bandoleras, los caballos y los *arneses*».

El Diccionario, como ha podido observarse, no enumera esta acepción entre las otras de *arnés*; pero, al definir el sustantivo anticuado *cabalgar*, dice: «conjunto de los arreos y *arneses* para andar á caballo».

Don Zorobabel Rodríguez, en el Diccionario de Chilenismos, invoca las autoridades de don José Joaquín de Mora, y de don Vicente Salvá para tener por legítimo el uso de *arneses* en la acepción de que se trata.

Jaez ó *jaeces* significa cualquier adorno que se pone á las caballerías, y no como *arneses*, y *arreos*, los utensilios necesarios para servirse de ellas.

ARTICULACIÓN

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 2, título 2, capítulo 3, se expresa como sigue:

"Para el examen de los testigos en los juicios de más de mil pesos, presentan las partes escritos comprensivos de las preguntas que hayan de hacérseles, los cuales se llaman interrogatorios.

"Estas preguntas ó *articulaciones* (como se denominan comunmente), son de dos clases".

En efecto, es frecuente ver escritos cuya conclusión aparece redactada en estos términos:

"Suplico á US. se sirva ordenar se despache carta rogatoria al señor juez de letras de tal lugar con inserción de tales *articulaciones* de tal interrogatorio, á fin de que á su tenor sean allí examinados los testigos que presente".

El DICCIONARIO de la Real Academia Española asigna al vocablo *articulación* seis significados diversos; pero ninguno de ellos puede adaptarse ni remotamente al que se le da en el lenguaje forense de Chile, y á que acabo de aludir.

Las preguntas de que se compone un interrogatorio son denominadas por el DICCIONARIO *artículos*.

Sin embargo, me parece que no es censurable el modo como la palabra *articulación* se usa en nuestro país.

Por lo general, á todo verbo en *ar*, corresponde un sustantivo en *ción* que expresa la acción y el efecto de ese verbo.

Así, á *orar* corresponde *oración;* á *apelar apelación.*

Articular tiene, entre sus acepciones, la forense de "poner preguntas en el término de prueba, á cuyo tenor se examinen los testigos".

El DICCIONARIO de la Real Academia Española lo reconoce terminantemente.

No veo entonces por qué habría de reprobarse el que á *articulación* se le dé el significado que corresponde á la acción y efecto de poner á los testigos preguntas en juicio.

El DICCIONARIO NACIONAL de don Ramón Joaquín Domínguez, y el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA por una sociedad literaria, á diferencia de lo que hacen el de don Vicente Salvá, el de don Roque Barcia y el de la Real Academia, reconocen que *articulación* expresa la acción y efecto de *articular* en todas sus acepciones, y, por lo tanto, en la de "poner preguntas en el término de prueba, á cuyo tenor se examinen los testigos".

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

FLOR DEL CAMPO

(Continuación)

IV

Manuel pasó los primeros días de su llegada á «Renaico» muy atareado en recorrer el fundo y hacerse cargo de los trabajos. Se levantaba temprano, se acostaba temprano, y no le quedaba tiempo para poner en práctica su plan de distribución de las horas.

Terminaba entonces el invierno, era la época de los barbechos, y Manuel se veía bastante confuso para organizar los trabajos. Su administrador, aunque hombre muy competente, era un tanto falto de iniciativa, como suelen serlo los que han servido á patrones escrupulosos, y para todo pedía órdenes. Manuel adoptó el partido de preguntar á su administrador lo que convenía hacer, y ordenarle en seguida lo mismo que acababa de decir.

Poco á poco, esta vida ocupada y nueva para él comenzó á gustarle. Pasó una semana y otra. Ya podía

sin dificultad someterse á su plan; pero lo dejaba para más tarde. Andaba lo más del día á caballo, de trabajo en trabajo. Principió á aficionarse á los animales. No hallaba tan triste el viejo caserón. En cierta venta que hizo regateó como un honrado campesino, y llegó á preguntarse si no acabaría por convertirse en un don Fernando. Desde su llegada, Manuel no había abierto un libro ni bosquejado un paisaje. Su tío lo felicitó en una de las visitas á «Renaico»; le dijo que ya se estaba haciendo hombre, y añadió:—«Ya verás si hay tiempo para pensar en otra cosa cuando veas grande ya el trigo que has sembrado y crecidos los animales que has visto nacer.»

Doña Luisa, la madre de Manuel, estaba contentísima con el cambio favorable de su hijo. Éste, cuando iba á visitarla, llegaba cada vez más sano, más robusto; su conversación era más campechana. Visitaba también á algunos amigos, pasaba á las tiendas de ferretería, y después de tres ó cuatro días volvía presuroso á sus trabajos.

Con todo, en una ocasión en que sus amigos lo detuvieron una semana en Santiago y lo obligaron á asistir á un baile y dos tertulias, de vuelta halló el caserón más triste que de costumbre; pero luego que montó á caballo y vió sus trabajos y sus animales, olvidó las brillantes fiestas cuyo recuerdo lo había acompañado.

La primavera entró muy lluviosa y, tanto por este motivo como por ciertas reparaciones al canal de «Renaico», que no terminaron oportunamente, no se pudo comenzar el riego sino á mediados de octubre.

No bien pasó el agua de «Renaico» por la loma del «Manzano», parte de la propiedad de Facundo, como

queda dicho, fué éste á visitar á Manuel. Tocó que Manuel andaba en Santiago; pero Facundo, temeroso de que sus plantaciones en la loma se atrasasen por falta de riego, sacó agua ocultamente. Cuando supo que Manuel estaba de vuelta, Facundo tapó bien la boca de la acequia, esperó tres ó cuatro días hasta que el suelo se secó por encima y las plantas se pusieron marchitas, y volvió á visitar á Manuel.

Esta vez lo encontró.

—Buenos días, amigo—le dijo Manuel, saludándolo al uso campestre y preguntándose quién sería ese individuo.

—Facundo Illanes, servidor de usted—contestó Facundo, llevándose una mano al sombrero.

—Si no me equivoco, tengo un vecino de ese nombre por el lado de Mellico. ¿Será tal vez usted?

—Soy yo, señor. Tengo unas tierrecitas...

—Me alegro de conocerlo. Siéntese, don Facundo. ¿Cómo están sus trabajos?

—Así, así. Los pobres no tenemos cómo pagar bien á los peones, la gente escasea y siempre andamos atrasados.

—¿Y su familia?

—Sin novedad.

La materia de conversación se iba agotando con rapidez.

—Espero que seremos buenos vecinos—dijo Manuel.

—Así no más ha de ser—respondió Facundo.

Manuel no hallaba qué preguntar y el otro no daba señales de buscar puntos sobre qué conversar.

—Y ¿qué tal vecino era don José María?—preguntó Manuel.

—Don José María era muy buen vecino. Nosotros le servíamos con gusto porque nos hacía muchos favores. Nunca tuvimos pleito con él.

—Ni tampoco tendrán conmigo, les aseguro. No me gustan los pleitos, y menos con los vecinos. Los vecinos deben de estar siempre bien y ayudarse en lo que puedan.

—Es lo que digo yo. Don José María era del mismo parecer, y por eso nos aveníamos tan bien. Cuando quería ocuparnos, nos ocupaba; cuando necesitábamos leña, nos daba leña; y cuando nos atrasábamos en la cosecha, nos sacaba de apuros.

—Lo mismo seré yo—dijo Manuel.

—Era muy bueno don José María. Vea usted, señor. Un día me dijo:—«Mira, Facundo ¿por qué no riegas esa lomita del «Manzano»? Es, señor, una lomita mía, como de dos cuadras. Por ahí pasa el canal de «Renaico». —«Si usted me da agua, le respondí, ahora mismo la riego».—«Si te lo digo es porque pienso dártela, continuó él; pero ten mucho cuidado en no desperdiciarla, porque el mismo día que vea que la estás perdiendo, te la quito». —«Demás está que me haga estas recomendaciones, repuse yo. Bien sabe usted que nunca me tomo lo que no me dan, y que agradezco como se debe lo que me dan.» Desde entonces comencé á regar mi lomita. Cuando había escasez de agua, don José María me la cortaba; pero eso nunca sucedió. Ahora no he sacado ni pienso sacar una gota, hasta saber si usted quiere hacerme esta merced.

Desde el principio barruntó Manuel que Facundo no iba á visitarlo por pura cortesía, y mientras lo escuchaba pensaba en la manera de eludir el pedido.

—Con el mayor gusto—dijo Manuel—le permitiría sacar el agua... ¿De qué extensión es la loma?

—Es un pedacito, señor... ni alcanza á ser una cuadra.

—Es poca cosa...

—Es casi nada... Más es el trabajo de regarla; pero tengo ahí una plantacioncita... y al canal de «Renaico» le sobra el agua...

—Es poca cosa—repitió Manuel—pero como yo estoy recién llegado, necesito ver eso antes de dar las órdenes convenientes.

—Tiene usted razón—dijo Facundo, y luego agregó con modo tímido y servil:—¿Y no me podrá permitir que saque hoy el agua, mientras usted tiene tiempo de ir á señalarme la cantidad de que puedo disponer? En nada se perjudicará usted, y las tierrecitas están muy secas. Como son lomas, no guardan humedad...

—Sea así, ya que usted lo quiere—dijo Manuel con cierto mal humor, que Facundo tuvo buen cuidado en no advertir.

—Iré luego á echar el agua—dijo Facundo y, sin más, se despidió y se alejó á galope.

Manuel llamó á un antiguo sirviente de «Renaico».

—¿Quién es este don Facundo?—le preguntó.—Me ha venido á pedir agua... dice que don José María se la daba...

—Esa agua debe de ser para regar la loma del «Manzano»—contestó el sirviente.—Don Facundo importunó mucho á don José María para que se la diese; pero don José María no consintió. Don Facundo, ya que no podía obtener agua por bien, la robaba. Hubo demandas y pleitos, pero, con todo eso, don Facundo robaba. Lo peor es que no saca agua solamente para regar esa loma,

que tendrá tres cuadras, sino que saca mucho más, la echa á la quebrada y riega con ella un bajo de cinco cuadras.

Manuel se acaloró.

—Alcanza á don Facundo y dile que venga... Pero no. Más bien me acompañarás tú mañana por la mañana para ver por mis propios ojos lo que riega, y después me llevarás á su casa. Lo traeré á la loma y ahí mismo le echaré en cara su mentira y su abuso. No se ha de reír de mí, aun cuando tenga yo que poner cuidador de día y de noche al canal.

Manuel estuvo ese día de mal humor. Comenzaba á dudar de la proverbial honradez campesina: uno de la clase alta le había robado astutamente seis mil pesos, y ahora uno de la clase media lo engañaba con inaudito descaro.

Al día siguiente pudo convencerse Manuel por sus propios ojos de que Facundo estaba haciendo ahora lo mismo que antes hacía, según lo que el sirviente dijo. Incomodado y dispuesto á tratar á Facundo sin consideración alguna, dirigióse Manuel á Mellico.

Facundo, que se hallaba por ahí por el corredor de su casa en conversación con el capataz, apenas vió á Manuel se adelantó á recibirlo con humildades y agasajos de hombre á quien se le ha prometido un gran favor que aún no se ha realizado. Manuel no anduvo muy cortés, contestó con medias palabras, dejó que Facundo lo sirviera y, sin esperar invitación, se sentó en el escaño del corredor.

—Pase usted á la pieza, don Manuel—dijo rendidamente Facundo.—Aquí hay mucho polvo; parece que viene algún tropel de animales.

—Entremos—dijo Manuel secamente.

La pieza de recibo tenía, por todo ajuar, una docena de sillas de paja y, en el centro, una mesa de buena madera y de forma antigua: la adquirió Facundo en un remate. Adornaban las blanqueadas paredes algunas fotografías malísimas y descoloridas en marquitos de paja. El pavimento era de ladrillo cubierto con un petate de los ordinarios. En un rincón había un brasero de hierro lleno de ceniza, y en el brasero una tetera de lata y varias colillas de cigarro cuidadosamente puestas en los bordes. En otro rincón veíase un arpa envuelta con prolijidad. El techo era de tela basta clavada en las vigas.

Llamó la atención de Manuel que todo estuviese limpio y sacudido; pero lo que realmente le asombró fué un gran ramo que había en la mesa y que por sí solo daba un aspecto risueño al pobre aposento. No era uno de esos ramos de forma mezquina y de colores chillones, obra de manos rústicas; ni tampoco de esos ramos sabiamente combinados, apretados de flores raras y finas, de forma circular y algo convexa, que sólo sirven para ser obsequiados y lucen mientras pasan de una mano á otra. Era un ramo suelto, descuidado, elegantísimo. En el medio surgían ramillas de maitén y, esparcidas en torno, como saliendo de entre el follaje, flores de suave color se destacaban vigorosamente en el fondo de verdura, y en él apagaban otras flores su color encendido. Erguíanse lozanas, como si las acabaran de coger: aún brillaban gotas de rocío en las rosas abiertas y á medio abrir, en las pelargonias y petunias. Manuel no veía ramos en su triste caserón, y aquel que tenía delante le pareció un puñado de flores caído á alguna de las ninfas que forman el cortejo de la Primavera.

—¡Qué hermoso ramo!—exclamó Manuel.

—Lo hizo Menita—dijo Facundo con cierto orgullo, y sin darse cuenta cabal de la admiración del joven.

—¿Alguna hija suya?

—Sí—respondió Facundo con ligera vacilación.

Aquel ramo calmó como por encanto la irritación de Manuel. Venía determinado á tratar con rudeza á Facundo, como lo merecía; pero temió pasar por descortés y mal criado á los ojos de aquella Menita que, á juzgar por el ramo, debía de poseer exquisito gusto y natural inclinación artística.

—Se me ocurrió esta mañana venir á Mellico—dijo Manuel—para conocer estos lugares é invitarlo á ver el terrenito que usted quiere regar y fijar la cantidad de agua. Así, hoy podemos dejar esto arreglado.

—Muchísimo le agradezco la molestia que se toma... ¡Con qué gusto lo acompañaría! Pero estoy con un dolor en esta pierna, que no me deja montar á caballo. Esta mañana, un animal me dió un empellón que por nada me quebró la pierna. El dolor me toma todo esto, desde la rodilla...

Manuel se irritó de nuevo. Esa cara impasible, ese mentir descarado disiparon la benéfica influencia del ramo.

—Mire usted, don Facundo—le dijo con vehemencia —no soy ningún tonto. He pasado á ver el agua que usted saca, he visto que saca agua para diez ó doce cuadras y no para una, como me dijo, y me he convencido de que usted no trata más que de engañarme, de robarme el agua, como se la robaba á don José María. Pero téngalo por sabido que yo no soy hombre de dejarme atropellar, y si usted vuelve...

—No me diga más, don Manuel, no me diga más— exclamó Facundo tomándose á dos manos la cabeza.— ¡Lo que es ser pobre! Á uno lo desacreditan sin miramiento. ¡Me quieren tan mal los sirvientes de «Renaico»! Ya sospechaba yo que luego le llevarían cuentos para ponerme mal con usted. ¡Y yo que nunca les he hecho nada sino servicios!... ¡Jesús con la gente poco cristiana!

—No me venga con esas lástimas, don Facundo. Le digo que he pasado á ver el agua; que yo mismo he pasado y la he visto con estos ojos.

—Pero, don Manuel ¿cómo puede usted imaginarse que faltara á mi palabra con tan poca vergüenza? ¿Cómo puede imaginarse que buscara sin necesidad pleitos á un rico, sabiendo, como sé, que en los pleitos del pobre con el rico, el pobre sale siempre mal? Lo que usted me dice del agua debe de ser la pura verdad. Casualmente, cuando usted llegó, estaba preguntando al capataz si había visto al regador, porque es regador nuevo el que ahí puse. Por lo visto, este bellaco ha sacado más agua para concluir el riego más pronto. ¡Y tanto que le recomendé que no me fuera á tocar la aberturita que yo mismo hice! ¡Pero son tan porfiados! Con su permiso, don Manuel, voy á mandar al capataz que vaya á escape á disminuir el agua, y quitar el regador y poner otro. Ese badulaque perderá su trabajo... ¡Sea por amor de Dios! ¡En los apuros que lo ponen á uno!

Y Facundo se levantó apresurado.

—No hay necesidad de dar orden alguna—dijo Manuel.—Podrá ser verdad lo que usted dice; pero son abusos que se repetirán y estoy resuelto...

—No, don Manuel. Por nada en este mundo quiero

quedar mal con usted. Voy á mandar disminuir el agua. Vuelvo al momento.

Y sin esperar lo que Manuel dijera, salió cojeando.

Apenas afuera gritó:

—¡Menita! ¡Menita!

—¡Padre!—contestó de adentro una voz fresca y argentina.

—Ven pronto á acompañar á este caballero, mientras salgo á una diligencia.

Manuel se había levantado, y aún alcanzó á dar algunos pasos hacia la puerta, resuelto á decir una vez más su resolución á Facundo é irse; pero, cuando oyó que llamaba á Menita, volvió á su asiento. Al enojo sucedió una viva curiosidad. Una sonrisa vagó por sus labios al pensar que tal vez Menita sería alguna campesina forzuda, gruesa y colorada, sin más gracia que la de hacer bonitos ramos. Luego sintió un andar breve y rápido, que iba retardándose á medida que se acercaba.

Entró Menita, tímida y ruborosa. Bien sabía ella qué caballero estaba en la pieza.

Manuel la miró de reojo, levantóse al punto y le dió los buenos días de la manera más afable é insinuante. Menita procuró dominar su turbación, y correspondió el saludo con cierto despejo, animada por la benévola acogida.

—Admirando estaba su precioso ramo, señorita—dijo Manuel. Y es de advertir que la palabra "señorita" se le cayó de los labios, ni más ni menos que si estuviese hablando con la hija de un banquero.

—No encuentro que este ramo merezca sus alabanzas—dijo Menita, confusa.

—¿Y por qué?

—¡Cuántos más bonitos no habrá visto en otras partes!

—Créame—dijo Manuel con entusiasmo—créame que difícilmente se verán en otras partes ramos más bonitos que éste ni manos más hermosas que las que lo han hecho.

Menita ocultó al punto las manos en su blanco delantal con tan encantadora sencillez, que Manuel habría borrado el «difícilmente» que acababa de decir, y puesto en su lugar un «no» redondo, si aquello no hubiese parecido cosa impropia y excesiva.

Menita, á los atractivos de la edad, unía los de una simpatía nada común. Era de estatura regular y muy bien proporcionada, derecha de espaldas, cogida de cintura. Andaba y se movía con mucho donaire. Tenía la boca pequeña y muy graciosa. El óvalo de la cara terminaba en una barbilla fina, delicada, que daba un aspecto infantil é inocente á la fisonomía, y este aspecto formaba provocativo contraste con la expresión de la mirada, penetradora, llena de viveza y de indefinible malicia. Como las flores exhalan aromas, así Menita parecía exhalar contento, frescura, lozanía, juventud—aromas de la primavera de la vida, que embriagan á las almas jóvenes, y que el alma más seca y gastada aspira con delicia porque parecen rejuvenecerla.

Manuel, que había comenzado á hablar con cierto atrevimiento y desplante, se sintió poco á poco invadido por extraña timidez. Casi no osaba mirar de frente á Menita; dos ó tres veces se ruborizó sin motivo, y llevó la conversación á cosas vulgares é indeferentes, en vez de llevarla á puntos escabrosos, como es de uso entre un joven rico y una muchacha del pueblo. Menita, por el contrario, estaba gozosa, desplegaba ingenuamente to-

das sus gracias, como la avecilla que se baña en la tibia luz del sol naciente.

En esto se sintió á lo lejos la voz de Facundo.

—Antes de irme—dijo Manuel con mal disimulada seriedad—quiero pedirle un favor.

—¿Cuál?—preguntó Menita, poniéndose también seria.

Manuel no pensó pedir el favor de esa manera, anunciándolo previamente, lo cual era darle importancia; pero no estaba muy dueño de sí mismo.

—El favor de darme un ramillete—dijo Manuel en tono breve.—En «Renaico» no se ven flores, y soy apasionado por ellas.

—Eso no es favor—dijo Menita.—Es una atención de dueña de casa que no pensaba olvidar.

En ese momento Facundo entró cojeando y Menita salió.

—Señor don Manuel—dijo Facundo—ya está todo arreglado, y espero que no volverá á tener motivo para quejarse de mí.

—Así podremos ser buenos vecinos—dijo Manuel con mucha suavidad y levantándose para retirarse.—Es preciso que en todo haya orden.

—¡Sabe Dios si no volverá algún indigno á ponerme mal con usted! Pero ya sabe, don Manuel, que yo no tengo culpa y que no soy capaz de faltar á mi palabra. Pregunte usted á cualquiera de los que me conocen aquí en Mellico, y verá si hay alguno que no diga que soy el hombre más honrado en mis tratos.

—Lo creo, don Facundo; pero usted comprenderá que, como vi el asunto, era para acalorar á un santo.

Habían salido al patio. El caballo de Manuel estaba pronto.

Menita llegó presurosa con un ramilletito de pensamientos, nomeolvides y hojas de malva.

—Como usted no tiene flores en «Renaico», le agradará llevar este ramilletito—dijo Menita ofreciéndolo á Manuel.

—Debías haber hecho otro más grande—observó Facundo.

Manuel dió las gracias, saludó cortesmente y montó á caballo.

Facundo y Menita lo miraban alejarse.

—Padre ¡qué lindo caballo!—exclamó Menita.—¡Cómo relumbran las chapas de plata de la silla!

Facundo no contestó.

—Dios quiera que el agua no me cueste muy caro—pensaba tristemente.

V

Manuel partió á galope. Poco más allá, sujetó el caballo y siguió al tranco.

Se puso á reflexionar. Manuel era de muy buen juicio todo lo pesaba y consideraba atentamente; su razón le hablaba con la cordura de un experto consejero y le señalaba con claridad el camino que debía seguir. Hasta ahí no más llegaba Manuel. Sin fuerzas para poner por obra sus buenas resoluciones, transigía consigo mismo y obraba según los dictados de la pasión.

Menita le había dado flechazo, y lo que Manuel sentía en su interior no era simple capricho, sino una inclinación amorosa, casta y limpia de todo mal deseo. Menita no podía despertar otra especie de sentimientos en corazones nobles.

—¡Sería curioso que me enamorase de esta muchacha! —pensó Manuel.

Sentía ya vehemente deseo de contemplarla de nuevo, de oir su voz. Varias veces volvió la cabeza y miró con ojos lánguidos el techo rojo de la casita, que aparecía entre los árboles.

—Y si vuelvo y me enamoro de veras ¿qué sucederá? —se preguntó.

La respuesta que se dió era la natural. Como aquí no cabía casamiento, aquello vendría á parar en la seducción de Menita. Facundo no era obstáculo serio, y la niña no podría resistir á tan bizarro amante. Pero esta seducción prevista, premeditada, sublevada la conciencia de Manuel, repugnaba á su fondo naturalmente bueno, y á la naturaleza misma del cariño que sentía hacia Menita. Manuel no era hombre que volviese las espaldas á un buen lance; pero para él no era buen lance aquel en que se engañaba á una mujer. La pureza y la inocencia le inspiraban respeto y sincera simpatía; y nada tenía de qué acusarse en este punto.

Después de reflexionar, determinó Manuel no ver más á Menita, con lo cual esperaba que pronto la olvidaría. Volvió por última vez los ojos en dirección á la casita, dió un espolazo al caballo y no paró de galopar hasta que llegó á «Renaico».

Más tarde, salió á recorrer sus trabajos, que le interesaron bien poco. Comió sin apetito y después se paseó largo rato en los interminables corredores del caserón. La gentileza de Menita lo asediaba y la soledad del campo, propicia á los vuelos de la imaginación, hacía germinar con gran rapidez el grano de amor que había caído en el corazón de Manuel.

Pensó en un viaje á Santiago; pero halló razones para diferirlo: el caso no era tan grave; desatendería sus negocios; el recuerdo de Menita lo seguiría á todas partes, y otras disculpas. Prefirió entrar en acomodamiento consigo mismo. Luego se le ocurrió uno pueril, es verdad, pero que halló fácilmente cabida en un alma sensible, que estaba bajo la influencia de un afecto suave, tierno, idílico, y, más que todo, en una alma prevenida y dispuesta á convenir en dicho acomodamiento. Manuel resolvió convertir el cariño de amante en cariño paternal, y mirar á Menita como hija adoptiva ó huérfana confiada á su custodia. De este modo podría verla y quererla sin peligro. Velaría por ella, sería fiel guardián de su honra, le buscaría un marido que la mereciese, y cuidaría de la tranquilidad de ese hogar.

La ocurrencia no podía ser más romántica y tentadora. Manuel se deleitó en ella: se vió desempeñando tan bonito papel; se miró á sí propio como mártir de su deber, como personaje interesantísimo.

Para llevar á cabo su resolución, Manuel consideró de absoluta necesidad ver de nuevo á Menita. Se daba una razón bastante sutil, pero muy clara.

—Cuando vi á Menita—pensaba—la miré con ojos amorosos, y el recuerdo que tengo de ella es el de una persona amada. Menita se me representa como contemplada desde un punto de vista que podría llamarse amatorio. Lo que primero veo en ella son las gracias y encantos que despiertan el amor. Ahora bien, para quererla paternalmente, necesito contemplarla desde un punto de vista paternal, de modo que descubra yo en Menita aquellas virtudes que hacen de una mujer la dicha y alegría del hogar. Y esto he de ponerlo en práctica lue-

go, muy luego, antes que aquella otra imagen adquiera domicilio.

Manuel suspendió en este punto su meditación. Estaba contento; no del todo, porque bien conocía que en el fondo quedaba algo por aclarar, pero satisfecho, como el hombre que halla una disculpa para dejarse arrastrar por su deseo.

Agregó también Manuel una cláusula que no creyó necesario discutir. Como en el día siguiente, á más tardar, vería á Menita, y como irrevocablemente la miraría desde entonces como padre á hija, se permitiría mientras tanto, á título de inocente distracción, recordarla y pensar en ella como se piensa en la mujer amada.

Con la autorización de esta cláusula, Manuel se embriagó en dulces contemplaciones, que el sueño no interrumpió.

Al día siguiente confirmó el convenio, y se dispuso á ir á Mellico inmediatamente; pero temió que dos visitas tan seguidas diesen qué hablar. Esperó dos días más, y siguió usando ampliamente de la autorización susodicha. Discurrió también una estratajema para no despertar sospechas en Facundo.

Dió orden á su administrador de que sin tardanza mandara un peón á tapar bien la toma de Facundo en el canal de «Renaico». Manuel pensó que Facundo, apenas supiese que le habían cortado el agua, vendría á «Renaico» á reclamar. Mientras tanto, él se dirigiría á Mellico, tomando por atajos para no encontrarse con Facundo, y, para mayor precaución, se ocultaría en alguna parte hasta que lo viera pasar á «Renaico». En Mellico, Manuel disimularía la visita con el pretexto de que iba

á dar satisfacciones á Facundo por el asunto del agua, obra del administrador, que ignoraba el permiso dado por el patrón. Para que no se hicieran deducciones maliciosas de este exceso de cortesía, Manuel agregaría algo sobre su rectitud, sobre que jamás había faltado á su palabra, y que no quería que se interpretara como muestra de poca seriedad una disposición en que no tenía parte alguna.

Salió como él lo pensaba. Oculto entre unos árboles, divisó á Facundo que iba á galope por el camino de «Renaico», y al punto galopó Manuel en dirección á la casa de Facundo.

Quiso su estrella que encontrase á Menita en el corredor. Manuel la miró de soslayo y le pareció hermosísima. Procuró fortificar sus resoluciones, pero con desaliento. La miró otra vez, y el rubor de Menita y una graciosa sonrisa que entreabrió sus labios, disiparon de un soplo las ideas de paternidad de Manuel.

—¿Está don Facundo?—preguntó después del saludo, con el modo de una persona que pregunta algo sin que le interese la respuesta.

—Salió no hace mucho rato—contestó Menita.

—Lo siento. Necesitaba hablar con él.

—Puede ser que llegue pronto—dijo Menita.—Si usted quiere esperarlo, tenga la bondad de pasar á la pieza. No sé á dónde haya ido mi padre, por eso no lo mando llamar.. Iré, sin embargo, á ver...

—No se incomode... de ninguna manera... No tengo prisa. Descansaré un rato...

Entraron á la pieza.

Con gran disgusto vió Manuel á una mujer que estaba tomando mate al lado del brasero. Era Josefa.

—Mi madre—dijo Menita, presentándola tímidamente á Manuel.

—Señora...

Josefa inclinó un poco la cabeza y siguió ocupada en su mate.

El aspecto de Josefa era de lo más desagradable. Había engordado extremadamente y andaba siempre muy desaliñada. Cuando Manuel la vió, estaba envuelta en un pañuelo, á pesar de que hacía calor. Viejo y sucio era el vestido. Bien se echaba de ver que no se había peinado ese día. En las sienes tenía pegadas colillas de cigarro, remedio para el dolor de cabeza. Josefa, cuando pobre, fué agil y trabajadora; pero la prosperidad, en vez de despertar en ella ambiciones, la convirtió en sér vegetal. Poco á poco se tornó en la criatura más apática del mundo: nada le interesaba, nada la conmovía. Desde que no necesitó trabajar personalmente, se entregó á la ociosidad más completa. No se movía más que para obedecer á Facundo. Vivía al lado del brasero, ó sentada en la tienda mirando á los que entraban y salían, ó comentando con alguna vecina los chismes que corrían. Menita era la que hacía todo en la casa.

—Siento no haber encontrado á don Facundo—dijo Manuel, algo fastidiado por la indiferencia estúpida de la dueña de casa.

—Salió... no sé...—murmuró Josefa entre dientes, escarbando el fuego para dar mejor colocación á la tetera de agua caliente.

—¿No tiene calor á la orilla del fuego? Hace bastante calor.

—No. Pocas veces siento calor.

—Ya se ve... Esto es muy fresco... ¿Y su salud?

—Me duele la cabeza.

Manuel comenzó á desazonarse. Se volvió á Menita para conversar con ella y la vió como avergonzada. Notó entonces que no había ramo en la mesa.

—¿Y el ramo?—preguntó.

—El último que hice se lo llevó el sacristán de la parroquia—contestó Menita.—Pasó por aquí y me lo pidió para llevarlo á la iglesia. Cuando hay alguna fiesta, nunca el señor cura deja de mandar pedir flores.

—Tendrá usted un bonito jardín—dijo Manuel.

—Es jardincito muy pobre. Si no es incomodidad para usted, podríamos ir á verlo, y usted elegiría las flores que le gustasen. Está aquí en el patio.

—Si la señora nos da permiso...

—Vayan no más—dijo Josefa sirviéndose un nuevo mate.

Salieron al patio. En el fondo lo cerraba una pared con un portón que daba al huerto.

Menita había dicho la verdad acerca de su jardín: era pobre, no tanto por la escasez de flores, como por la poca variedad de ellas.

—Está muy arregladito, muy limpio y cuidado—dijo Manuel.

—¡Las flores que hay son tan comunes y están tan repetidas!...

—Será por ahora. En pocos días más recibiré un paquete de innumerables semillas que encargué para el jardín de «Renaico», si lo que hay allá puede llamarse jardín. Le mandaré una buena parte.

—¡Cuánto se lo agradeceré!—exclamó Menita con gozo infantil y ruborizándose ligeramente.—¡Qué bonito estará entonces mi jardín! Le devolveré sus semillas con

los más lindos ramos que pueda hacer. Mientras tanto, le haré un ramillete como el que le di el otro día.

—¿Y sabe usted dónde lo tengo?

—¿Cómo lo he de saber?—dijo Menita inclinándose á coger flores.

—Lo tengo en la mesa de mi cuarto, de modo que lo miro á cada momento.

—¿De veras?—exclamó Menita, buscando con muchísima atención alguna flor que no encontraba.

—De veras, y antes que el ramillete se marchite lo pienso secar.

—¿Para qué, si va á llevar uno fresco?

—¡Oh! No es por eso...

Menita no preguntó más. Sin levantar la cabeza cortaba flores, las acercaba y las desechaba. Gran trabajo le costó el ramillete.

Manuel la contemplaba conmovido. Menita, rodeada de flores y fragancias, parecía en su propio lugar. Su vestido de percal blanco con menudos dibujos de color rosado bajo, adornado lo preciso, de corte sencillo, se ajustaba primorosamente al cuerpo y manifestaba contornos suaves, delicados y graciosos con la gracia virginal y la morbidez tentadora de la adolescencia. Un cinturón de un rosado más vivo le ceñía el talle. Una cinta del mismo color llevaba en la cabeza, y después de dos vueltas se anudaba al lado izquierdo. Otra cinta unía las trenzas, que se deshacían esponjadas en la espalda.

Manuel comenzó á sentir los desvanecimientos de la embriaguez amorosa.

Concluyó Menita el ramillete, pero no se atrevía á darlo.

Manuel, como si no reparara en eso ni esperara el

ramillete, se adelantó hacia el portón, seguido por Menita, y entró al huerto.

—¡Qué espacioso huerto!—exclamó.—¡Y qué agradable aquella sombra!—agregó dirigiéndose á un grupo de castaños que había á poca distancia del portón.

Menita lo seguía silenciosa. Un vago temor se había apoderado de ella; notaba que la voz de Manuel era temblorosa y que en sus ojos brillaba un fulgor extraño.

Bruscamente Manuel dió una rápida ojeada á su alrededor y se volvió á Menita.

—¿Y el ramillete?

—Aquí lo tiene—respondió ella bajando los ojos.

Manuel, en vez del ramillete, cogió las manos de Menita y las besó con efusión.

Menita, sorprendida, asustada, hacía débiles esfuerzos por desasirse.

—¡Déjeme, déjeme!...—decía con voz entrecortada.—¡Si nos vieran!...

Manuel levantó la cabeza y soltó las manos de Menita. Estaba confundido, avergonzado de su arrebato.

—Menita... no he podido... —balbuceó. —¿Estás enojada?

—Volvamos, volvamos pronto—dijo ella toda trémula.—Tal vez habrá llegado mi padre.

—Menita—repuso Manuel con vehemencia—necesito verte, necesito hablar contigo. No pienso más que en ti, no sueño más que contigo... Vendré de noche cuando nadie me vea; te esperaré aquí mismo bajo estos castaños, y tú... ¿vendrás?

—Es imposible—dijo Menita.

—¡Imposible!

—Nunca. Es imposible, imposible—repitió Menita, y se dirigió al portón con paso vacilante.

—Aunque tú no vengas, vendré yo—le dijo Manuel en voz baja y siguiéndola.—En señal de que he cumplido mi palabra, cada noche dejaré una rama en aquella piedra.

Atravesaron el patio sin hablarse.

Manuel no entró á la pieza de recibo. Desde la puerta preguntó á Josefa:

—¿Ha llegado don Facundo?

—No.

—Adiós, señora.

—Adiós.

Manuel se despidió de Menita con sequedad. Apenas se alejó Manuel, Menita corrió á su cuarto á desahogar en llanto su corazón oprimido.

No había andado mucho Manuel cuando se encontró con Facundo que venía de vuelta.

—De su casa vengo—le dijo Manuel.

—Y yo de la suya. ¡Qué casualidad!

—Esta mañana anduve recorriendo el canal y vi que habían tapado la boca de su acequia. Por un olvido no comuniqué á mi administrador el permiso que usted tiene. Pero no tenga cuidado que esto vuelva á suceder en adelante. Como andaba tan cerca de su casa pasé á advertírselo.

—Dios se lo pague—dijo Facundo humildemente.

Y se separaron.

VI

Por el mismo camino en que, cuatro días antes, iba

Manuel embebido en los recuerdos de Menita y sosteniendo nobles luchas consigo mismo, iba ahora lleno de despecho y pensando en vengarse de la pobre niña.

Ni por un momento se le había ocurrido que, apenas declarara su pasión á Menita, dejase ella de corresponderle y rendirse. Y no porque creyese á Menita muchacha fácil y coqueta, sino porque le parecía cosa nunca vista que una campesina resistiese al amor de un joven rico, de familia distinguida, de buena presencia, de modales finos y seductores. Pero aquel «imposible» que acababa de oír lo había exaltado, le había lastimado el amor propio. ¿Acaso Menita hacía gala de virtud para excitarlo más? ¿Se imaginaba que alguna vez podría casarse con él? Bien podía ser. Ella era muchacha aguda, perspicaz y más educada de lo que suelen ser las de su clase. Nada de raro tendría que aspirara á subir. Pero él no era tonto y no se dejaría prender en esos lazos. No, por cierto. Iría esa noche al huerto, y las siguientes, hasta quebrantar á Menita, y entonces, sin engaño ni promesa alguna, se vengaría de esos desdenes de gran señora.

Dos horas después, Manuel había cambiado. Cuando llegó á su casa, á ese caserón triste y desmantelado, cuando vió en la mesa el ramillete marchito, la imagen de Menita se levantó de nuevo á sus ojos, radiante de pureza angelical y de inocentes hechizos. Manuel se sintió abatido. La manera casi descortés como se había despedido de Menita lo atormentaba. ¿Qué culpa tenía ella? ¿De qué podía acusarla? ¿Por qué suponer en ella intenciones y manejos claramente incompatibles con la sencillez, modestia y sinceridad que manifestaba en todas sus acciones? Y discurriendo de este modo llegó Manuel á

mirar á Menita como á la criatura más adorable, y á la negativa en acudir á la cita como prueba patente de inocencia y verdadera virtud. Aquello que poco antes lo exaltaba, habíase trocado á sus ojos en la más amable de las prendas que adornaban á Menita.

Al despecho se siguió en Manuel un amor humilde y contemplativo. Decidió ir desde esa noche misma al huerto, como había pensado. No creía encontrar ahí á Menita; pero no dudaba de que fuese todos los días á ver si estaba la rama en la piedra. La constancia de su amante la ablandaría al fin, é iría al huerto. Entonces Manuel, en vez de dejarse llevar de un amoroso arrebato como en la otra ocasión, se mostraría tan respetuoso que Menita no podría dejar de creer en la sinceridad y rectitud de su amante, y le correspondería, y cada cita sería la más dulce de las églogas.

Luego que comenzó á oscurecer, Manuel montó á caballo y salió en dirección opuesta á Mellico. Cuando se alejó lo suficiente, dió un rodeo atravesando cercados y llegó á los pies de la casa de Facundo. Ocultó su caballo entre unos árboles, escaló la pared sirviéndose de unos maderos que halló por ahí cerca, y se descolgó en el huerto por las ramas de una higuera, que caían afuera. Una vez abajo, guiándose por la pared, caminó hasta dar con el portón, y de ahí se dirigió á los castaños.

Menita no vino. Manuel la esperó hasta cerca de la media noche, cortó la rama y la colocó en la piedra poniendo mucha atención en la manera cómo quedaba.

En la noche siguiente halló la rama sin que la hubiesen tocado. Menita no pareció, y Manuel, después de cortar otra rama, volvió á «Renaico» con principios de desaliento.

En la tercera noche, Manuel no sólo se volvió desalentado realmente sino más frío. Lo que en él no conseguía la voz de la razón y de la conciencia, lo conseguían las dificultades.

—Al fin y al cabo—se dijo—no es broma viajar todas las noches, pasar horas enteras al sereno, exponerse á las hablillas de los sirvientes, á ser sorprendido y dar escándalo... ¡Quién sabe si Menita habrá contado ya el caso á sus amigas y andaré como objeto de risa!...

Manuel se vió en situación ridícula. ¿Qué dirían sus amigos si supiesen que Manuel Pasta, el afortunado Manuel Pasta, sufría resignado los desdenes de una campesina?... Era menester olvidar cuanto antes este capricho, y volver tranquilamente á los trabajos agrícolas. Por otra parte, ya era tiempo de arreglar un plan de distribución de las horas y someterse á él seriamente. Y ¿por qué no haría un viajecito á Santiago? Nada más oportuno y más prudente. Se divertiría una semana, olvidaría del todo á Menita y volvería curado de su pasión. La sentía ya muy mansa.

Al día siguiente, Manuel partió á Santiago. Antes de irse, por vía de desquite, envió á Menita el paquete de las semillas, con el siguiente recado que repitió varias veces al sirviente: «El patrón le manda las semillas que le prometió, y dice que cuando vuelva de Santiago le traerá más». La segunda parte del recado no tenía más objeto que hacer saber á Menita la partida, y manifestarle que Manuel se iba frío é indiferente y no enojado, como pudiera creerse.

Menita, mientras tanto, se hallaba combatida por desconocidos sentimientos. La gallarda apostura del dueño de «Renaico» había aparecido en sus sueños, aun antes de

que lo conociese. Después de verlo encarnó en él cierto ideal de amante que, de tiempo atrás, la halagaba dulcemente. Dicho ideal se parecía, más ó menos, al príncipe de los cuentos, venido de luengas tierras y enamorado de alguna peregrina hermosura oculta en el fondo de una aldea. Menita amó á Manuel con el idealismo, la pureza y la timidez del primer amor. Sus ilusiones no llegaban hasta un casamiento, que miraba como imposible, ni siquiera á una correspondencia declarada de parte de Manuel: verlo, serle agradable, era cuanto ella aspiraba. La escena de los castaños la conturbó hondamente. No se conquista á un corazón virgen con violentos asaltos, sino atrayéndolo insensiblemente y con suavidad. La violencia lo asusta, lo atemoriza, le pone delante una realidad que parece brutal y grosera comparada con las tiernas ilusiones en que se mece y con las delicadas emociones que ellas le causan. Menita se negó á acudir á la cita obedeciendo á un impulso instintivo. Después que Manuel se alejó, quedó entregada á indecible turbación. Cuando comenzó á cerrar la noche, hubo de fingirse enferma para disimular su angustia y zozobra. Al día siguiente, lo que primero hizo fué ir á ver si estaba la rama en la piedra, y ahí estuvo buen rato viendo imaginariamente á Manuel que la estaba esperando, como el amante más humilde. No tocó, sin embargo, la rama, temerosa de que Manuel lo notase y cobrara esperanzas. Luego la compasión comenzó á ablandar á Menita, conforme se iba borrando y suavizando la impresión que le dejó el arrebato de Manuel. Tuvo, empero, fuerzas para no ir al huerto ni en la noche de aquel día ni la siguiente. Ya la vencía la constancia de Manuel. Á Menita se le ocurrían razones muy aceptables para ir á la

cita. Era preciso desengañar formalmente al joven y manifestarle que nada conseguiría con sus venidas nocturnas. Por otra parte, la exponía á perder su buen nombre, porque si Manuel era descubierto, en Menita se ensañarían las malas lenguas. Pensó, pues, ir al huerto, decir rápidamente á Manuel estas razones y retirarse al punto, sin detenerse á escuchar súplicas de ningún género.

Revolviendo estaba tales proyectos cuando recibió el recado de Manuel. Menita lloró amargamente su desdicha. Era claro: Manuel desistía de amarla. Y, acaso ¿no tenía razón? Menita se reconocía culpable, se acusó de crueldad, de ceder á temores imaginarios. Él no la exigía más que verla, hablar con ella, pasar deliciosos ratos á su lado. ¿Qué había en esto de malo?... ¿Por qué prestó oído á escrúpulos infundados?... Pero ya no era tiempo de volverse atrás. Manuel no vendría más á esperarla bajo los castaños; no más dejaría la rama en la piedra; no más sentiría ella la angustia y el goce íntimo que la embargaban cuando sabía que su amado la estaba aguardando oculto en la misma casa, y que, si ella lo quisiera, podría estar á su lado sola, sin testigos.

Menita guardó su amor en el fondo del corazón. Cuando recobró la serenidad, vió el peligro á que había estado expuesta, y dió gracias al cielo por haberla librado de caer en él. Á la hora en que Manuel solía venir, Menita iba á sentarse bajo los castaños, entregada á sus ilusiones y recuerdos.

PEDRO N. CRUZ

(Continuará)

EL INFIEL

DE LORD BYRON

(Traducción)

Ni un suspiro del viento
viene á rizar la ola adormecida
bajo la tumba del varón de Atenas:
tumba que, en lo alto del peñón brillando,
da al bajel la primera bienvenida
cuando vuelve á la patria,
y en la tierra está erguida
que en vano él supo libertar. ¡Ah! ¿Cuándo
volverá á ver un héroe tal el mundo?

¡Hermoso clima! Á estas dichosas islas
cada estación sonríe cariñosa;
y vistas á lo lejos
desde la altura de Colona, alegran
el corazón, que esa visión aclama,
y aun á la soledad prestan encanto!

Allí en suaves reflejos,
la faz del oceano, los matices
de los picos retrata en los cristales
de las risueñas aguas que acarician
este Edén de las ondas orientales.
Si á veces una brisa pasajera
llega á agitar el azulado espejo,
ó hace caer alguna flor del árbol,
¡qué grata y lisonjera
la ráfaga que esparce los olores!
Porque la rosa allí, bella sultana
del risueñor, que desde lo alto envía
á su doncella, reina de la flores,
mil cantos de amorosa melodía,
se sonroja y se ufana
al oír esos cánticos de amores.
Ella, la reina del pensil, su rosa,
que, lejos del invierno de occidente,
ni con la nieve su corola enfría
ni al viento dobla su gallarda frente,
devuelve al cielo en su más grato aroma
cuanto dulce le dió naturaleza,
y envía, agradecida á los favores
de ese risueño firmamento, olores,
suspiros perfumados
y el más bello matiz de sus colores.

Allí también hay estivales flores
y asilos que el amor codiciaría,
y, á manera de albergues de descanso,
grutas donde el pirata se estaciona.
Desde el plácido asilo del remanso

su oculta barca espía
la pacífica proa pasajera,
cuando asoma el lucero vespertino
y al son de su guitarra
canta alegre el marino.
Entonces, deslizándose á la sombra
que extiende lejos la escarpada orilla,
con silencioso remo
se lanzan los nocturnos salteadores
sobre la presa, y tornan
en gemidos las cántigas de amores.

¡Cuán extraño que allí donde amorosa
naturaleza quiso
trazar una mansión digna de dioses,
uniendo cada gracia y cada encanto
dentro de este risueño paraíso,
el hombre, ansioso de desastres, venga
á tornarlo en desierto!
Él con planta brutal huella las flores
que ni un instante de labor le deben,
ni piden á sus manos el cultivo
para adornar esta encantada tierra:
¡brotan cual si quisieran eximirlo
de labor; sólo ruegan
dulcemente que no las despedace!

¡Extraño, sí, que donde todo es calma,
desencadene el alma
fiera pasión que, tumultuosa y ciega,
tan hermosa comarca
á la codicia y la rapiña entrega;

como si las legiones infernales
asaltando á los ángeles, triunfaran,
y, libertados hijos del infierno,
se sentaran en tronos celestiales,
dueños del firmamento soberano!
¡Tan süave la escena
y tan maldito el destructor tirano!

Sólo quien se inclinó sobre un cadáver
durante el primer día de la muerte,
primer oscuro día de la nada,
último de peligro y desventura,
(antes que borre en el despojo inerte
la destrucción, las líneas
en que está todavía la hermosura);
sólo quien pudo contemplar el sello
suave y angelical, la inmensa calma
del rígido despojo pero bello;
las tiernas aunque inmóviles facciones;
la languidez de la mejilla plácida;
tales que sólo por los tristes ojos
de pupilas veladas
que no brillan, ni lloran, ni seducen,
y por el frío, inalterable ceño
con que el último sueño
parece hablar al corazón doliente,
como si fuera á trasmitirle ahora
el destino que teme y mira absorto;
sí; tan sólo por esto, algún instante,
quizás una hora entera engañadora
dudara del poder de aquel tirano.
¡Tan bella, y apacible, y adormida

parece la expresión que por primera
y última vez la muerte da á la vida!

Tal aparece esta ribera: es Grecia,
mas no Grecia viviente.
Tan fríos sus encantos,
tan sellada de muerte su hermosura,
que al mirarla sentimos
con profundo estupor que allí no hay alma.
Su hermosura es aquella
plácida, inerte calma;
belleza que en el último suspiro
no se va por entero,
pero que muestra aquel siniestro tinte,
aquella pavorosa florescencia
que ha de seguirla hasta el sepulcro mismo;
de la expresión el último destello,
halo dorado que el no ser circunda,
último adiós del sentimiento ido,
chispa de aquella llama
hija quizás del cielo,
que todavía alumbra mas no inflama
su amada arcilla, ya insensible hielo.

¡Clima de los valientes no olvidados,
cuya tierra, en el valle ó la montaña,
siempre ha sido en la Historia
hogar de libertad, tumba de gloria!
¡Santuario de los grandes!
¿Y puede ser que sea esto tan sólo
cuanto de ti nos queda?...
Acércate ¡oh esclava envilecida!

¿Son estas las Termópilas?... ¡Responde!
Di, vástago servil de aquellos libres,
di el nombre de este mar, de esta ribera...
¡El golfo y el peñón de Salamina!
¡Levántate y haz tuyas nuevamente
estas nobles escenas cuya historia
vive aún en la mente!
¡Toma de las cenizas de tus padres
las chispas de su fuego primitivo!
El que en la lid sucumba
dejará un nombre altivo
que añadir á esos nombres,
y haga temblar la tiranía. En tanto
recogerán sus hijos, como herencia,
la esperanza, la fama
que no deshonrarán ni por la vida!
¡Sí; siempre la batalla de los libres
que al hijo el padre desangrado lega,
por más que suela vacilar, es triunfo!
Tu página viviente ¡oh, noble Grecia!
y épocas inmortales lo atestiguan.
Mientras ocultos en oscuro polvo
los reyes han dejado
pirámides sin nombre;
tus héroes, aunque falte de sus tumbas
la columna arrancada
en el común desastre, un monumento
poseen más grandioso todavía:
¡las sublimes montañas de su patria!
Allí muestra tu Musa al extranjero
los sepulcros de aquellos
que no pueden morir.

Largo y penoso
fuera trazar la marcha, paso á paso,
del esplendor á la deshonra. Basta.
Jamás un enemigo
doblegar pudo tu alma. Es ella sola
quien cayó por sí misma. Al yugo extraño
la propia humillación abrió camino
y á tu infamante esclavitud de ahora.

¿Qué dirá quien recorra tus orillas?
No de tu edad antigua la leyenda,
ni tema alguno en que la Musa vuele
tan alta cual la tuya en esos días
en que era digno de la patria el hombre.
Los corazones que tus valles crían,
las impetuosas almas que á tus hijos
guiar pudieran á sublimes hechos,
desde la cuna al féretro se arrastran,
esclavos... no, mas ¡siervos de un esclavo
Insensibles á todo, excepto al crimen,
y con todos los males mancillados
que envilecen al hombre
en donde más al bruto se aproxima,
sin la virtud siquiera del salvaje
y sin un sólo pecho audaz ó libre,
llevan aún á los vecinos puertos
su fraudulenta, proverbial astucia.
En esto se revela el griego astuto,
por esto, y esto sólo reputado.
La libertad en vano invocaría
el alma á destruir su servidumbre,
ó á erguirse el cuello que convida al yugo.

Ya no deploro su infortunio acerbo;
pero será esta historia una de luto,
y aquellos que la escuchen, creer pueden
que quien la oyó primero
justa razón de lamentarse tuvo.

La sombra de las rocas á lo largo
del mar azul oscura se dilata,
y parece á los ojos del marino,
del pescador, que en ella
se divisa el esquife del pirata.
Él, temeroso por su frágil barco,
se aparta del paraje más cercano
pero más inseguro;
y, aunque rendida de labor su mano
y entorpecida de la carga al peso,
mueve con fuerza el remo lentamente
hasta encontrar la hospitalaria orilla
donde Puerto-Leone lo recibe
á la luz amorosa
más propia de noches del Oriente.

¿Quién es aquel que viene como un rayo,
sobre negro corcel, suelta la brida?
Despiertan al redor en las cavernas
los ecos las sonantes herraduras,
y uno á uno repiten el chasquido
del látigo y los saltos del caballo.
La espuma que blanquea en sus hijares
parece haber salido
de las espumas mismas de los mares.
Aunque las ondas fatigadas duermen

en profundo reposo,
no le hay dentro del pecho del jinete;
y aunque estalle mañana la tormenta,
será ¡oh joven infiel! menos violenta
que tu agitado corazón. ¿Quién eres?...
¡No lo sé: sólo sé que odio tu raza!
Mas puedo descubrir en tus perfiles
algo que el tiempo acrece y nunca borra:
aunque joven y pálida, esa frente
descolorida, muestra
de indomable pasión la mano ardiente;
y aunque al suelo se inclina
tu mirada siniestra
mientras pasas veloz como un meteoro,
¡bien en ti se adivina
uno de aquellos que evitar debiera
la progenie de Otmán, ó darle muerte!

Y avanza más y más; en su carrera
yo con mirada absorta lo seguía;
y aunque pasó como si acaso fuera
demonio de la noche,
y desapareció como una sombra,
su aspecto y expresión en mí dejaron
una memoria que turbó mi pecho.
Largo tiempo en mi oído
de su negro corcel resonó el paso
raudo y despavorido.
Con la espuela le acosa: ya está cerca
del profundo barranco
que sobre el mar se avanza y le da sombra;
ya, dando vuelta, pasa

con rápida carrera,
y al fin tras de la roca desparece
libre ya de mi vista...
que siempre al fugitivo fué importuna
mirada escrutadora,
y no hay estrella alguna
sin demasiada luz para quien huye
en tan extraña hora.
Siguió el tortuoso curso, y un instante
dirigió una mirada,
cual si hubiese de ser ya la postrera;
refrenó un punto el ímpetu furioso,
la sinuosa carrera,
y un momento se irguió sobre el estribo.
¿Qué buscan sus miradas
sobre el bosque de olivo?
La luna brilla en la colina, y tiemblan
todavía las luces encumbradas
de la mesquita: á la distancia vense
brillar alegremente las descargas
del fusil, cuyos ecos no se escuchan,
pero que muestran del creyente el celo.
Ya el sol de Ramazán bajó del cielo,
y ya la fiesta de Bairam empieza
junto con esta noche. Mas ¿quién eres
tú, de extranjero traje y ceño airado?...
Ni ¿qué son para ti tales placeres,
que por ellos te pares ó te fugues?...

Irguióse; algún temor se revelaba
en su rostro; mas luego
se grabó el odio en su lugar: no el odio

de cólera violenta,
que con súbito fuego el rostro inflama;
sino el de helada palidez, cual muestra
el mármol de la tumba
cuya blancura la hace más siniestra.
Torvo el ceño, iracunda la mirada,
y alzado el brazo amenazante, agita
la diestra mano de furor crispada,
como dudando si tornar debiera,
ó seguir la carrera.
El bridón, impaciente
de no poder seguir, lanza un relincho;
y, como quien despierta de su sueño
al chillido de un buho, de repente,
volvió en sí el fugitivo,
dejó caer la mano levantada
y asió con ella el puño de la espada.
Hiere otra vez la espuela
de su corcel el flanco,
y avanza, corre, vuela
para salvar la vida. El noble bruto
veloz, cual disparada javelina,
parte al sentir el acicate agudo.
Ya traspone la roca; en la ribera
cesó ya del galope el eco rudo:
ya ganó el alto risco,
y al fin desaparecen
su cristiana cimera y faz altiva.
Fué por sólo un instante que detuvo
al fiero potro con seguro freno;
un instante en que ergido se mantuvo,
y al punto huyó, cual si, de espanto lleno,

viese á la misma muerte perseguirlo.
¡Ah! pero en ese instante
parecieron rodar sobre su mente
desolados inviernos de memorias,
y condensarse en esa sola gota
de tiempo, edades de dolor y crimen.
Porque sobre quien ama ó aborrece,
sobre aquellos que temen ó que gimen,
parecen derramarse en tal momento
años de sufrimiento.
¿Qué sentía en su pecho desolado
por cuanto más lo oprime y lo tortura?
Ese instante de pausa en su camino
que, como el fiel de la balanza oscila,
oscilaba pesando su destino
¿quién medirlo pudiera
en su terrible duración?... ¡Momentos,
casi nada del tiempo en los anales,
y para el pensamiento
toda una eternidad! Como el espacio
sin límites, al alma se aparece
el mal que ha de vivir en la conciencia:
un segundo infinito, desventura
que no tiene esperanza ni termina.

Pasó la hora y el infiel es ido:
mas ¿ha fugado ó ha caído sólo?
¡Ay de la hora en que llegó ó se aleja!
Sobre el crimen de Hassán ha descendido
la maldición siniestra
que tornará en sepulcro su palacio.
Vino y pasó, cual tromba del desierto

mensajera de muerte y exterminio,
ráfaga abrasadora del espacio
que hasta el ciprés agosta; el arbol triste,
de las tumbas sombrío centinela,
que, cuando ya ha pasado el duelo humano,
él todavía vela.

En el hogar de Hassán no queda un siervo;
ya no está su corcel en el establo,
la araña solitaria
su parda tela más y más extiende
lentamente en el muro,
el murciélago habita
en el retrete del harem; el buho
invade las almenas de la torre
de su gran fortaleza; y en la orilla
del surtidor, sediento el perro ahúlla
¡que en su lecho de mármol no hay corriente,
y está de polvo y de maleza henchida!

Grato era ver los juegos de la fuente
subir en caprichoso remolino
dando frescura al abrasado ambiente,
y caer de la altura,
cual rocío argentino
para vestir la tierra de verdura;
grato era ver en la serena noche,
cuando sin nubes las estrellas brillan,
rïelar en las aguas sus destellos,
y oír de aquel rumor la melodía.
¡Cuántas veces al pie de esa cascada
jugaba Hassán en su niñez primera!

¡Cuántas ese rumor le arrulló el sueño
entre los brazos de su madre amada!
¡Y cuántas, ay, su juventud ardiente
sobre este suelo mismo
de la beldad al canto se embebía,
y más dulce su música, mezclada
con el grato rumor, le parecía!

Mas la vejez de Hassán ya nunca, nunca
á la luz del crepúsculo expirante
hallará aquí reposo: la corriente
que llenaba la fuente
acabó de correr, y está vertida
la sangre calorosa
que al corazón de Hassán prestaba vida.
y nunca más el són de voz humana
se oirá vibrar aquí, triste ó alegre.
La última nota lúgubre que el viento
arrebató al pasar, fué el alarido
de una mujer, fué su último lamento.
Ése perdióse en el silencio; ahora
nada se mueve, excepto en la ventana
la celosía que al soplar el cierzo
golpea el alfeizar; mano ninguna
la cerrará cuando el turbión desate
las ráfagas y el agua de la lluvia.
Así como en la arena del desierto
sería gozo descubrir las rudas
huellas del paso que marcara un hombre,
también aquí cualquiera voz humana,
aunque fuese de duelo,
despertando los ecos brindaría

siquiera algún consuelo;
diría, al menos: «No han pasado todos:
hay huellas de la vida
en uno, en uno sólo.»
Todavía
se ven doradas cámaras doquiera,
que á sociedad y no á silencio invitan;
y bajo de esta cúpula la mano
del tiempo lentamente
prosigue su faena destructora.
Pero ¡cuánta tristeza
en la noble fachada!
Ya ni el Fakir ni el Dervis peregrino
se detienen aquí: no les espera
la mano hospitalaria y generosa,
ni bendice el viajero
la sal y el pan. Ahora, indiferentes,
sin dar ni recibir una mirada,
pueden pasar el rico y el mendigo;
que la fineza y la piedad murieron
cuando Hassán cayó muerto en la montaña.
Su techo, un tiempo hospitalario abrigo,
es de desolación guarida hambrienta,
y huye el pórtico el huésped
y del trabajo el servidor se ahuyenta,
desde que el sable del infiel triunfante
dividió su turbante.

Oigo pasos que vienen,
pero ninguna voz llega á mi oído.
Se acercan: ya diviso
cada erguido turbante

y el yatagán en su plateada funda.
Un emir con su verde vestidura
es el que va delante.
—"¡Hola! ¿Quién eres?
—Paz sea contigo.
Ya lo ves: un creyente de Mahoma.
Esa carga que llevas
con tan gentil cuidado,
harto valiosa debe ser. Acaso
la podría llevar mi barca.
—Sea.
Larga tu bote y que nos lleve fuera
de esta muda ribera.
No desplegues la vela. Toma un remo
de los que hay esparcidos,
y llévanos al medio de esas rocas
adonde en sus canales
duermen aguas profundas y sombrías.
Descansa. Bien has trabajado. Bueno.
Derecho y velozmente nos trajiste;
mas juro que este viaje
será el más largo para..."
De repente
cayó al agua y hundióse poco á poco
formando anillos que á la playa fueron.
Yo le seguía con la vista: un punto
creí que una corriente
lo hacía estremecer, pero sin duda
fué algún rayo de luz que estremecido
se deslizó en las aguas. Seguí viendo
hasta que se borró, cual pedrezuela
que va disminuyendo y desparece;

cada vez más y más imperceptible,
un punto blanco apenas
que burlaba los ojos,
pequeña joya de aguas ó de arenas.
Allí duermen ocultos sus secretos
de los genios del mar sólo sabidos,
que allá en sus cuevas de coral temblando
ni aun osan susurrarlos á las olas.

Cual mariposa azul de Cachemira,
reina de primavera en el Oriente,
que en la extensa llanura de esmeralda
bate el ala purpúrea, y caprichosa
á su infantil perseguidor incita
para hacerse seguir de rosa en rosa,
y al fin de aquella caza vuela en alto,
y lo deja lloroso y abatido;
tal la belleza atrae al niño adulto
con no menos brillante colorido
ni alas menos errantes y ligeras:
caza de vanos sueños y temores,
que empieza en risa y se termina en llanto.
Si triunfa, igual desventurada estrella
rige á la mariposa y á la bella:
vida de angustia, padecer sin calma,
da la mano del niño
y da del hombre caprichosa el alma.
Pierde su dulce encanto
sólo con ser habido, el adorable
frágil juguete que anhelaba tanto;
y cada vez la mano al retenerla,
con el contacto despojó sus alas

de los tintes más bellos,
¡hasta que, sin matices ni hermosura,
la deja ya que vuele ó caiga sola!
Herida el ala, destrozado el pecho
¿dónde hallará reposo
ninguna de esas víctimas? ¿Acaso
podrá volar aquélla, sin sus alas,
desde la rosa al tulipán, como antes?
¿Ó podrá, profanada la belleza,
hallar gozo en las ruinas del santuario
que guardó su pureza?
No. Los insectos que dichosos vuelan
jamás el ala inclinan ni la posan
junto á aquellos que expiran;
y más hermosos seres
que con piedad los infortunios miran
y dan su llanto á las caídas todas,
la niegan ¡ay! á la infeliz hermana,
que en su extravío apura
el cáliz de la afrenta y la amargura.

La mente que medita en las angustias
de un crimen, se parece
al escorpión á quien circunda el fuego
cuyo anillo, inflamándose, decrece.
Cautivo entre las llamas
y por dolores mil atormentado,
lo enloquece la ira
y un solo alivio á su tormento mira:
el ponzoñoso dardo que guardaba
para sus enemigos, y que nunca
dió en vano su veneno. Él da un instante

de dolor, y liberta
para siempre de todos los dolores.
Y al fin, desesperado,
lo clava en su cabeza.
Así mueren aquellos de alma oscura,
ó viven á manera de escorpiones
circundados de fuego:
tal se agita y tortura
de su remordimiento presa el alma
á quien rechaza el mundo;
y á quien del cielo aleja su destino:
¡tinieblas en la altura,
la desesperación abajo de ellas,
fuego al redor, y por adentro muerte!

De su harem huye el negro Hassán: su vista
ninguna forma femenil advierte,
y pasa hora tras hora en una caza
que más que distraerlo le contrista.
¡Ah! que no de esta suerte
tenía que ausentarse
cuando moraba Leila en su serrallo.
¿No habita ya ella allí? Sólo podría
Hassán dar la respuesta;
pero extraños rumores
cuentan en la ciudad: Que allá en la tarde
en que de Ramadán el sol postrero
se ocultó en el ocaso,
y millares de lámparas fulgentes
desde lo alto de cada minarete
vinieron á anunciar al vasto Oriente
la fiesta de Bairam, fugó la bella.

Se alejó entonces como yendo al baño,
y Hassán la buscó en vano, ciego de ira;
que ella burló su cólera, vistiendo,
como disfraz, el traje
de algún georgiano paje;
y del poder del musulmán ya lejos,
traicionó á Hassán con el infiel cristiano.
Algo aquél presumía;
mas ella parecía
siempre tan afectuosa, tan sincera,
que él confió ciegamente en el esclavo
(cuya traición la muerte merecía)
y se fué á la mezquita aquella tarde
y en seguida al banquete de su kiosco.
Esto refieren sus esclavos nubios;
mas otros dicen que en aquella noche
á la trémula luz de tibia luna,
vióse al infiel en su caballo negro,
sangriento el acicate, correr solo
sin conducir ni paje ni doncella.

Vano el decir sería
todo el encanto de sus negros ojos;
mas si queréis imaginarlo, acaso
lo podréis contemplando á la gacela:
tan grandes y tan dulcemente oscuros;
y resplandece el alma en los destellos
que salen de la sombra de sus párpados
cual del rubí imperial los resplandores.
Sí: del *alma*; y en vano me diría
nuestro Profeta que la forma es nada
sino un poco de arcilla respirando.

Yo se lo negaría
aunque me viera en el angosto puente
de Al-Sirat, que temblando
se alza sobre el océano de fuego,
y tuviera á mi vista el Paraíso
y me llamaran sus huríes todas.
¡Oh! ¿Quién podría de la joven Leila
leer en la mirada,
y no borrar la parte de su credo
que llama á la mujer polvo sin alma,
juguete para el goce de un tirano?
Puede el Mufti mirarla, y decir de ella
que se ve al Inmortal tras de sus ojos.
De sus mejillas el frescor lozano
tiene los tintes suavemente rojos
de la flor del granado,
y sin cesar renuevan sus sonrojos.
Como cascadas de jacintos, caen
en ondas sus magníficos cabellos,
cuando entre sus doncellas
álzase erguida sobre todas ellas,
hasta barrer el mármol en que lucen
sus pies, más blancos que la pura nieve
de las cimas, caída de la nube,
antes que mancha alguna la empañara
cuando tocó la tierra.
Y con la majestad del cisne nuevo
que se mueve en el agua, así en el suelo
mueve el paso la hija de Circasia,
el ave más divina de su patria.
Cuando la planta de un extraño huella
la margen que las aguas aprisiona,

yergue su cuello el cisne, y fiero hiende
la honda con sus alas encrespadas;
tal de la hermosa Leila se levanta
más ebúrnea y esbelta la garganta.
Armada así con su beldad, solía
contener las miradas indiscretas,
y hacer que hasta la audacia, enmudecida,
retrocediera ante el encanto mismo
que quería ensalzar.
Gracioso, esbelto
era su talle, y lleno de ternura
su corazón para su fiel amante.
¡Su amante! y ¿quién, altivo Hassán, quién era?
¡Ah! No fué para ti tan dulce nombre!

El fiero Hassán emprende una jornada
en que veinte vasallos son su escolta.
Cada cual lleva en varonil arreo
el arcabuz y el yatagán agudo;
y á su cabeza el jefe, en són de guerra,
lleva en el cinturón la cimitarra
teñida con la sangre de rebeldes
que en el desfiladero se apostaron.
¡Pocos volvieron á contar la historia
de lo que en Parne sucedió en el valle!
En su arzón están puestas las pistolas
que un día fueron de un bajá, y que ahora,
aunque esmaltada, de oro y pedrería,
á los bandidos mismos amedrentan.
Dicen que va á traer una doncella
más fiel que aquella que dejó su lado:

¡esa pérfida esclava,
más que pérfida aún, que el juramento
violar pudo, y violar por un cristiano!

Brilla el sol del ocaso, y la colina
y el arroyo que baja de la fuente
con sus postreros rayos ilumina:
fresca y limpia corriente
cuya presencia el montañés bendice.
Aquí bien puede el mercader de Grecia
encontrar el reposo
que buscaría en vano en las ciudades,
harto cercanas de su extraño dueño,
y nadie lo vería
si oculta aquí por miedo su tesoro.
Esclavo entre la turba
y libre en el desierto,
puede llenar de vino aquí la copa
que al musulmán la religión prohibe.

Ya del desfiladero en la salida
se encuentra el primer tártaro, conspicuo
por su amarillo gorro,
mientras los otros en sinuosa línea
desfilan á lo largo del sendero
marchando lentamente.
Arriba encumbra la montaña rocas
donde buitres sedientos
el corvo pico aguzan.—Esta noche
acaso tengan un festín que pueda
tentarlos á bajar antes del alba.
Abajo, el cauce triste y desolado

de un arroyo de invierno,
que al fuego del estío se ha secado
sin dejar nada más que unas malezas
que, nacidas apenas, se marchitan.
Á cada lado del central sendero
yacen rotos fragmentos de granito
arrancados acaso por el tiempo
ó por los rayos, á la agreste altura
envuelta por la bruma de este cielo;
porque ¿quién vió jamás sin ese velo
el pico de Liacura.

Llegan por fin al bosque de los pinos:
—"¡Loor á Dios! Ya no hay peligro alguno,
porque se ve allá abajo la llanura
é irán á toda brida los caballos."
Esto dijo el de Scío, y al instante
silvó una bala que rozó el turbante,
y el tártaro primero cayó en tierra.
Apenas pueden sujetar la brida,
y saltar de sus potros los jinetes;
mas tres ya nunca montarán. En vano
claman los moribundos por venganza
contra aquellos ocultos enemigos
que dan la herida sin mostrar la mano.
Desnudo ya el acero,
y apoyada al arzón la carabina,
parapetado atrás de la montura
uno que otro se inclina.
Otros huyen y buscan un asilo
tras la roca vecina
y esperan allá el fuego; que no quieren

quedar inermes á verter su sangre
al golpe de invisibles enemigos
que á dejar no se atreveen
el escarpado albergue en que se ocultan.
Sólo el altivo Hassán bajar desdeña
del caballo, y prosigue su camino:
hasta que el fuego que á su frente estalla,
claramente le enseña
cuán bien de los ladrones la canalla
aseguró la única salida
que á su presa infeliz salvar pudiera!
Entonces de ira se erizó su barba,
y ardió en sus ojos más terrible brillo:
—«Aunque silban las balas cerca y lejos,
de más sangrientas horas me he salvado.»

Ya ahora el enemigo
sale de su emboscada y les intima
la rendición; pero de Hassán el ceño
y su palabra airada son temidas
más que enemigo sable;
y no hay un hombre en su pequeña banda
que yatagán ni carabina entregue
ni *¡amaun!* clamando, por su vida ruegue!
Cada vez más cercanos
los enemigos, no ya ocultos, vense
salir de entre el boscaje,
y algunos, en caballos de batalla,
caracoleando avanzan.
¿Quién es aquél de enrojecida diestra
cuya extranjera espada refulgente
feroz los guía en la mortal palestra?

—"Es él! Es él! Bien lo conozco ahora
por su pálida frente,
por sus pupilas de fatal agüero,
siempre á la envidia y la traición aliadas,
y por su barba, como el cuervo oscura.
¡Aunque reviste del arnauta el traje,
el renegado de su vil creencia
no escapará por eso de la muerte!
Es él. ¡Dichoso encuentro, en cualquier hora,
el de este infiel á quien amaba Leila,
el de este infiel maldito!"

Cual corre turbio río al oceano
en caprichosa, torrencial corriente;
como impele contraria la marea
altivas moles de azulado brillo
la invasora corriente rechazando,
y aguas revuelve y encrespada espuma,
mientras al viento del invierno rugen
rápidos remolinos
y enfurecidas olas;
entre lluvias de líquidos diamantes,
con el fragor del trueno
las aguas, como rayos,
vestidas de terrífica blancura,
azotan las orillas,
que lucen y al estruendo se estremecen;
así, río y marea que se juntan
en ondas que al tocarse se enfurecen,
las bandas enemigas,
que el mutuo agravio, el odio, y el destino
ciegamente conducen, ya se encuentran.

Relampaguean al herir los sables
y de sus golpes vibran los sonidos;
y de cerca y de lejos
atruenan los oídos
los disparos de muerte que en el aire
silbando pasan; y por todo el valle,
que más al canto pastoril provoca,
repercute el rumor del choque fiero,
los gritos y clamores de la guerra.
¡Pocos son ellos; pero es lucha á muerte
en que no se habla de cuartel ni vida!
¡Ah! Con estrechos lazos
pueden los juveniles corazones
cambiar caricias uno de otro en brazos;
mas no puede el amor, ni aun por el premio
de cuanto ansía la belleza darle,
palpitar con tan íntima violencia
cual la que el odio inspira
en un postrer abrazo á los rivales,
cuando en la lid sus brazos se entrelazan
sin que puedan jamás tornar á abrirse!
Para decirse adiós, júntanse siempre
los amigos, y parten:
de la crédula fe el amor se ríe:
mas los que son rivales verdaderos,
si se hallan, se han juntado hasta la muerte.

Hasta la empuñadura
abollado el acero
del sable, que destila gota á gota
la sangre que vertiera; aún asido
por la trémula mano, que, convulsa,

sobre la inútil arma se estremece;
lejos de él el turbante,
el ancho pliegue por mitad hendido;
rasgada la flotante vestidura
al filo de la espada,
y en roja sangre oscura
por dondequier manchada,
como esas nubes que en la aurora anuncian
con sus matices rojo y ceniciento,
que ha de acabar en tempestad el día;
teñida con su sangre la maleza
donde ha caído de su chal bordado
cualquier jirón; atravesado el pecho
de innúmeras heridas,
y al cielo vuelto el rostro,
yace el vencido Hassán; pero sus ojos
no cerrados aún, al enemigo
amenazar parecen todavía
cual si la hora que selló su suerte
dejar quisiera su odio inextinguible
sobrevivir hasta á la misma muerte!
Sobre él se inclina el vencedor, con ceño
tan siniestro y terrible
como el de aquél que yace en sangre y polvo.

—"Leila duerme debajo de las olas,
sí; pero él tiene más sangrienta tumba.
Bien supo el alma de ella
dirigir el acero
que abriese el corazón de este malvado.
El invocó al Profeta,
mas su poder fué inútil contra el golpe

del vengador cristiano: á Alá imploraba,
mas pasó su plegaria
sin ser tomada en cuenta, ni aun oída.
¿Pensaste ¡imbécil! que podría acaso
ser perdida la súplica de Leila
allá en el cielo, y prosperar la tuya?
Vigilé la ocasión, me alié con estos
para caer sobre el traidor; y ahora
que ya está satisfecha mi venganza
y está la acción cumplida,
ahora parto... pero parto solo.»

Suenan las campanillas
de los camellos rumiadores—Ella,
la madre, desde la alta celosía
vió brillar el rocío de la tarde
como regado sobre el verde pasto.
—«Es tarde ya; su tren debe estar cerca.»
No encontraba reposo
en la glorieta del jardín, y sube
por ver desde su torre más erguida.
—«¿Por qué, por qué no viene?
Raudos son sus corceles, y resisten
al calor del estío.
¿Por qué no envía el novio
la ofrenda prometida?
¿Acaso está su corazón más frío;
ó es lento ya su berberisco potro?
¡Oh, injusta queja! Un tártaro allá veo
que ha ganado la próxima montaña
y baja fatigado la pendiente.
Ya llega al valle. En el arzón colgada

trae la esperada ofrenda. ¿Y pensar pude
que no era asaz ligero su caballo?
Con larga mano premiaré al jinete
su rapidez y su penosa marcha.»
Bajó en la puerta el tártaro, y apenas
pudo erguir su exterior desfalleciente;
se ve en su faz morena el desconsuelo,
pero acaso es la huella del cansancio,
y las manchas de sangre de su traje
son quizá de los flancos de su potro.
Saca la ofrenda que en su pecho guarda...
¡Oh, ángel de la muerte!
de Hassán es la cimera destrozada,
y es el turbante hendido,
y es el caftán con sangre enrojecido!
—«Señora, tu hijo en pavorosa nupcia
queda allá desposado.
No me dejaron por piedad la vida,
sino para traer esta reliquia
desgarrada y sangrienta.
¡Paz al valiente que perdió su sangre!
¡y ay del cristiano! Es suyo sólo el crimen.»

Un turbante tallado en tosca piedra,
y una pilastra oculta en las malezas,
en la cual puede apenas descifrarse
el verso del Korán que llora al muerto,
marcan el punto donde Hassán cayera
víctima en ese valle solitario.
Jamás dobló en la Meca la rodilla
mejor hijo de Omar que el que allí yace,
por más que desdeñara

el prohibido vino, ó que rezara
sus preces vuelto el rostro hacia el santuario;
preces que nuevamente se recitan
al solemne sonido en que convoca
el muezlín desde el alto minarete.
Y, sin embargo, sucumbió al empuje
de una mano extranjera,
y como extraño á su nativo suelo.
Sucumbió combatiendo, y hasta ahora
no se vengó su sangre todavía.

Allá en el paraíso
las vírgenes lo invitan impacientes;
y las huríes con sus negros ojos,
cielos de amor, con afectuoso brillo
por siempre lo verán. Ya se aproximan,
y, sus verdes pañuelos agitando,
le dan la bienvenida
con el beso que premia á los valientes;
¡que quien sucumbe en lid contra el cristiano,
de inmortal galardón es el más digno!

Mas tú, traidor infiel, en la tortura
sentirás la guadaña vengadora
de Moukir; ni hallarás á tu tormento
otra salida que vagar en torno
del trono de Eblis, rey de las tinieblas.
¡Sólo fuego voraz, inextinguible,
al rededor y adentro
abrazará tu corazón maldito!
¡Y no hay oído que oiga, ó voz que alcance
á decir las torturas de ese infierno!

Arrancado tu cuerpo del sepulcro,
primero te enviarán como Vampiro
para rondar en torno á tus hogares
cual fantasma crüel, y de tu raza
chupar toda la sangre.
Á media noche secarás la fuente
vital de tu hija, tu mujer, tu hermana,
aunque abomines el fatal banquete
en que por fuerza buscará sustento
tu lívido cadáver animado.
Tus víctimas sabrán, antes que expiren,
que este demonio fué su mismo padre,
y te maldecirán como tú á ellas
¡flores muertas de un tallo maldecido!
Uno tan sólo de esos que tu crimen
hará morir, tu hijo más pequeño,
como por bendición te dirá: *Padre*,
y esta palabra inundará de fuego
todo tu corazón. Mas, no hay remedio,
tienes que ir hasta el fin de tu faena;
ver el color postrero en su mejilla,
el último destello de sus ojos,
y espiar en la pupila moribunda
la mirada sin brillo,
que en el lívido tinte se congela.
Y arrancar luego con impía mano
de sus blondos cabellos las guedejas,
cuyos rizos en vida se atesoran,
prenda de la más íntima ternura;
pero que ahora llevarás contigo,
memoria de tormenta y agonía.
De tu diente voraz y feroz labio

destilará tu más preciada sangre;
y al descender de nuevo á tu sepulcro
maldito, los espectros más horribles
tendrán horror de ti, y huirán de verte
á ti, que aún eres más maldito que ellos!

J. Arnaldo Márquez

(Concluirá)

LA ORTOGRAFÍA Y LA PROPIEDAD INTELECTUAL [1]

Carta á don José A. Soffia por Bernardo J. de Cólogan

Bogotá 1.º de diciembre de 1884.

Excmo. Señor don José A. Soffia.

Estimado amigo y colega:

Con el mayor gusto he leído el interesante contenido de los tres primeros números de La Revista de Artes y Letras de Santiago, que usted se sirvió remitirme.

Entre otras cosas que tuvo usted á bien subrayar, para llamar mi atención, veo un *¡ojo!* en la advertencia que trae el número 3.º, á propósito de la libertad en que deja la Revista á cada escritor en materia de ortografía, por ser tanta la discordancia que existe hasta en los textos de enseñanza, y hallarse, por lo mismo, establecida la costumbre de que cada cual, al tomar la pluma, proceda *ad*

(1) De El Repertorio Colombiano de Noviembre de 1886.

libitum y según la cartilla que á sí propio se haya impuesto. Con ello quiso usted recordarme, á no dudarlo, la sesión de la Academia Colombiana del 6 de agosto último, y en la cual hizo usted tan atinadas observaciones sobre este punto. Á juzgar por los escritos chilenos que tengo á la vista, el terreno no parece haya de estar mal preparado, para hacer fructífera la iniciativa á que usted aludió, y sobre la cual consta á usted el informe que oportunamente dí. En la próspera y reposada Chile, no creo que se consideren ya ciertos caprichos ortográficos como una de las manifestaciones del americanismo, término que, por otra parte, juzgo de circunstancias, algo como banderín de guerra cada día menos necesario; ni me persuado tampoco de que hayan de estar allí tan enconados los ánimos, que la *y* conservadora y la *i* liberal se hallen en pugna hasta tal punto tenaz y obcecada, que no sea posible un avenimiento ó mutuo propósito de enmienda y nueva vida.

Es de esperar, pues, que no tardaremos mucho en recibir la grata noticia de haberse constituído la Academia Chilena, correspondiente de la Española, á fin de que llegue á realizarse el bello y noble ideal de que todos concurramos mancomunadamente á conservar y consolidar nuestra hermosa lengua, ductilizándola sí y adoptándola sucesivamente á las exigencias de nuevos matices y formas del pensamiento, engalanándola además con el rico y variado colorido que tan diversos elementos regionales deben prestarle; pero todo esto logrado por un procedimiento de evolución dentro de sí misma y con sus propios recursos, y sometido á la sanción de un buen uso y de un buen gusto común.

Nada ganaría, bien se entiende, el idioma en abstrac-

to con que esa anarquía ortográfica fuere, cada vez más, trascendiendo á todos sus demás aspectos; pero ¿qué provecho sacaría de esa anarquía, ó qué fin práctico y útil lograría cada una de estas comarcas, dejando correr su medio de expresión á la ventura, aislándose de sus afines, localizando día por día mayor número de barbarismos, no sólo en palabras, sino, lo que creo peor, en giros, y llegando de corruptela en corruptela al último extremo de la confusión? No se trata ni debe tratarse, vuelvo á repetirlo, de rechazar nuevas dicciones y neologismos necesarios, pero dentro del genio de la lengua, por apropiación y no por irreflexiva violencia. De lo uno á lo otro media la distancia de una asimilación lenta y pacífica, de una transformación progresiva é ilustrada que respeta los derechos preexistentes, á la conquista devastadora y ciega.

Pero dejando este asunto y callándome prudentemente acerca del estudio del señor Vicuña Mackenna sobre el candidato presidencial, Mr. Blaine, paréceme notar, por lo acentuado del lápiz, que ha subrayado usted con más intención que ningún otro el epígrafe *La propiedad intelectual*, no, sin duda, porque en este tema tenga yo menos escasa competencia que en otro alguno, sino porque sabe usted que, por razón de oficio y por el convencimiento que tengo de su justicia intrínseca así como de la recíproca conveniencia de que lleguemos *todos nosotros* á una inteligencia ó acuerdo internacional, á una amplia unión hispana, he tenido que mangonearlo un tanto. Nada digo, y poco vale en todo caso, con declarar que el escrito del señor Zorobabel Rodríguez me ha parecido tan brillante como razonado.

Materia es ésta que en el terreno jurídico va haciendo

su camino, y tiempo es ya, como observa el señor Rodríguez, de prestarle seria atención. Sin embargo, por lo que hace á la legislación española, y consiguientemente á estos países hispano-americanos que, al constituírse independientes, se apartaron de ella, tomando otros modelos, es un retroceso lo que se verificó en este asunto. Reconocido el derecho de los autores desde los tiempos de Isabel la Católica, en el reinado de Carlos III quedó fijamente establecido aquél, en el concepto de una propiedad tan legítima como cualquiera otra, sin más cortapisa que la tasa y previa censura, frutos de la época, que de ningún modo invalidaban el principio. Hubimos nosotros los españoles también de copiar posteriormente; y, por igualarnos con los demás, nos quedamos rezagados ante nuestra propia tradición, hasta que, después de varias alternativas y vacilaciones, hemos venido, con la ley de enero de 1879, á dar el paso actualmente más adelantado, como precepto legal, y colocarnos al frente de las justas tendencias modernas.

Al fijar esta ley española, como duración del derecho del autor, su vida y ochenta años más, no se ha hecho sino realizar una transacción entre la tendencia doctrinal, reformista, y la influencia contraria y ponderadora que una innovación radical produce, pero con ventaja positiva para la primera. ¿Cuántas son las obras, por muy estimables, que puedan aspirar á vivir hoy en la circulación más de un siglo, cuando tan incansable se muestra la investigación en todos los ramos del saber, tan activo el desenvolvimiento intelectual, tan movedizo el terreno, que hasta las obras de imaginación se contraen más y más á reflejar por un procedimiento subjetivo, las pasiones, las creencias, las dudas, las agitaciones

de la época? Apenas quedará espacio para los monumentos literarios ó artísticos, y éstos, bien sabido es, no se construyen todos los días y á medida del querer. Mas no basta conquistar ó haber conquistado el hecho, ó casi el hecho, es preciso asegurar el principio.

El artículo de la REVISTA se dedica casi exclusivamente á analizar este punto elevado y primordial del asunto, y su demostración es concluyente. No basta, en efecto, el hecho necesario del acto legislativo como manifestación ó fórmula suprema de la organización social, para atribuir á la ley, como creación suya, lo que no constituye sino una sanción ó reglamentación adjetiva por parte de ella. Semejante teoría destruiría por completo, por más que en un tiempo fuese acogida por eminentes pensadores y legistas, la incontrovertible esencia del derecho natural; la familia, por ejemplo, es una condición tan natural al hombre como la vida en sociedad, es, como elemento jurídico, coexistente con ella, y aún, en el sentido histórico, podría afirmarse que es anterior al organismo del poder legislador. Y si la familia no existe sustancialmente, porque la ley la haya querido crear, la misma es, exactamente, la naturaleza de la propiedad; aun en abstracto y prescindiendo de la existencia del poder público, se concibe que, por lo general, todo individuo viviría estrechamente unido con los suyos, y que cada cual había de procurar defender con todas sus fuerzas lo que era suyo por creación de forma ó por apropiación. No es, pues, extraño que hayan prevalecido y quedado dueños del campo los principios de la escuela economista, según los cuales, el verdadero fundamento inicial de la propiedad es el trabajo productivo.

Y si esto es así, dice persuasivamente el señor Rodríguez "¿por qué causa cuando, al tratarse de las demás propiedades la ley se limita á reconocerlas y protegerlas, tratándose de la propiedad literaria la ley la concede, y no como quiera, sino como un favor y un privilegio? En vano sería buscar razones que justificasen una diferencia tan chocante, pero si no puede justificarse, puede explicarse, porque en su marcha ascendente las sociedades han tenido que ir de lo más grosero, material y visible, á lo más difícil de observarse y de comprenderse."

Refuta luego el autor el argumento magno contra la propiedad intelectual: que los autores sacan y obtienen elementos del acervo común de conocimientos ya logrados, de ideas ya adquiridas. ¡Como si toda producción no se hallase en el mismo caso! ¿Qué son el aire, las lluvias, el mar, los agentes químicos, los elementos reproductivos de la tierra, y aún, por ejemplo, los lugares que resultan saneados, mejorados, habitables, por los esfuerzos humanos empleados en los inmediatos? ¿Se quiere que los escritores inventen hasta la herramienta: el lenguaje? ¿Se pretende que el esfuerzo muscular haya de ser tenido jurídica y aun económicamente en más que el reflexivo? ¿Por qué ha de ejercer el poder público, la ley, sobre los autores una gravosa tuición y discriminación, función que no se le concede, y con razón, respecto de los demás productores y fabricantes? No pierda sus vigilias el legislador inquiriendo afanoso si las obras literarias y artísticas tendrán más ó menos mérito; limítese á reconocer en el esfuerzo intelectual un motivo legítimo de propiedad, y deje á la libre sanción social declarar y demostrar, por medio del consumo, si tal obra es un plagio, una copia vulgar destituída de

todo valor, ó si le encuentra utilidad, novedad, interés, deleite.

Al llegar, sin embargo, á la práctica, surge un problema y á la vez un paso peligroso para la propiedad intelectual, por cuanto exige una reglamentación especial, en cuyos detalles se han querido hallar nuevos motivos de oposición, pero sin que acierte á explicarme por qué asusta esta especialización, cuando lo que quiere llamarse el régimen común de la propiedad no es sino el conjunto de disposiciones especiales, y muy especiales, cuya larga lista puede hacer en un momento cualquier estudiante de derecho. Precisa, por lo mismo, establecer sólidamente, ante todo, el concepto fundamental, para que no se insista en prodigarle favores, cuando lo que ella ha menester y merece es vivir de su propio derecho.

Hale perjudicado mucho también el hecho de haber sido amalgamada y confundida, en la mayor ó gran parte de las legislaciones, con los privilegios ó patentes de invención; confusión, al parecer, en que incurre también el señor Rodríguez, aunque tan á la ligera y levemente, que no hace sino tomar pie de ciertos esfuerzos y aspiraciones de la Sociedad de Fomento Fabril de su país, en pro de los inventores industriales, para desarrollar su tesis, salvo no volver á nombrarlos, ni, presumo, acordarse más de ellos.

El invento industrial y el producto literario, ambos en su más lato sentido, parten de un factor original común: el esfuerzo intelectual. Convenido, pero en adelante cesa toda semejanza, y probarlo no me parece sea asunto de sutilezas. ¿Qué hace el primero? Idear, combinar una máquina, un aparato, un utensilio, que presenta comodidades y economía sobre los sistemas de

construcción, de elaboración ó de empleo particular conocidos. Pero una vez realizado, fabricado y entregado al comercio, ese aparato ú objeto no representa ya aquel esfuerzo, ni como tal tiene valor ó es por el mismo solicitado. Una máquina de coser no es ni pretende ser una lección objetiva de mecánica; vale mercantilmente, es vendible, porque cualquiera mujer evita con ella las pesadas puntadas á mano. Y si un fundidor, un fabricante de metales, se encuentra con ese utensilio en la libre circulación ¿por qué no ha de poder imitarlo tan rutinariamente, como rutinariamente lo emplean las costureras? Ni ¿cómo prohibírselo, si la prohibición sería tanto como negarle la facultad de hacer piezas de hierro ó de acero de tal ó cual tamaño?

Hay un momento en que el invento industrial tiene ó puede tener valor legítimo y efectivo, en su calidad de producto intelectual, y es cuando el inventor, reservando todavía su secreto, lo enajena á uno ú otro, quien puede guardar para sí sólo su aprovechamiento. Pero después de dado á luz, de entregado al libre consumo, no ya en representación del esfuerzo intelectual, sino para fines prácticos y rutinarios muy diversos ¿qué motivo ó fundamento de dominio, de propiedad, conserva aquel esfuerzo? ¿Es virtualmente el dicho esfuerzo lo que se compra, se vende, se adquiere ó se fabrica?

Ni la teoría ó el razonamiento autorizan, pues, que se atribuya el concepto de propiedad al invento industrial, después de entregado al comercio, ni en la práctica se obtendría otro resultado que una confusión imposible y absurda de una inextricable é inconvenientísima serie de monopolios, no ya en cuanto á los grandes aparatos ó máquinas, sino aún respecto á los objetos más ínfimos

y triviales. Todos convienen en que la patente de invención es un privilegio, un monopolio que otorga el Estado, por interés social antes que todo, como medio eficaz de favorecer esos estudios y empeños de tanta utilidad y trascendencia, si bien se concilie esto con una equitativa recompensa. Así sucede que en España los privilegios de invención no alcanzan á más de cinco, diez ó quince años, y en ella, como en Francia y otros países, esta materia se rige por una legislación completamente separada de la propiedad intelectual.

Después de lo expuesto ¿será necesario extenderme para probar que en las obras ú objetos que entran en el radio de esta última, es precisamente el procedimiento intelectual, mental, lo que entra en el comercio, lo que se compra y se vende, lo que se consume? Allí no hay materia, ni más valor que lo que los tipos de imprenta, los rasgos del pincel, las líneas esculturales, dicen á la mente, á la imaginación. Nadie, seguramente, compra un libro para hacer de sus hojas cucuruchos de garbanzos, ó ambiciona para un delantal la tela de un cuadro. Por eso he manifestado que allí no hay materia, sino el producto íntegro del esfuerzo intelectual, puesto al alcance de los sentidos, como, al dirigirse á un auditorio, el autor no necesitaría emplear sino el elemento impalpable de la voz. Y por lo mismo, el pensamiento allí envuelto, que es lo que se ha entregado á la circulación, entra libremente en el comercio, para hacer de él el uso que se quiera, pero asimismo nadie tiene derecho á pretender lucrarse, ganar dinero, pues conviene hablar muy claro, gratuita é injustamente, en perjuicio ajeno, con la reproducción ó copia servil de la exposición, demostración ó relato razonado de un procedimiento y esfuerzo

intelectual que no es suyo; á tanto equivaldría querer ejercer una industria con capital sustraído fraudalentamente á su dueño.

He dicho antes que el invento industrial, una vez dado al consumo, puede ser imitado por no ser susceptible de propiedad la forma de un objeto que tenemos ante la vista; si el autor del invento, en lugar de realizarlo prácticamente, se redujera en cambio, á escribir un libro ó folleto enseñando en qué consiste, é indicando la manera de aplicar esa útil novedad, el resultado sería el mismo. La única diferencia estribaría en que, en lugar de imitar empíricamente, habría que penetrarse de sus consejos é irlos sucesivamente realizando. Pero si hasta aquí el resultado ha sido el mismo, no cabe duda de que en el susodicho libro hay un factor más, y en él precisamente se basa la naturaleza y la realidad de la propiedad intelectual. El inventor ha desdeñado ante el público su esfuerzo reflexivo; ha habido indudablemente, por parte de él, producción intelectual, pero él mismo la ha consumido, por decirlo así, no la ha ofrecido. Al decidirse á escribir, por el contrario, ofrece gratuitamente su pensamiento á todos, hasta tal punto que bastaría un solo ejemplar, pasando de mano en mano, y prestándoselo unos á otros, para que en todo el ámbito del mundo fuese conocido y aprovechado libremente, sin cortapisa; mas no por eso dejaría de pertenecerle, de ser tan suyo como su fisonomía, el trabajo propio, íntimo y su consecuencia, el producto intelectual, convertido por la imprenta en artículo de comercio, que entrega al consumo, sin que nadie pueda apropiarse á sí mismo ese trabajo.

De aquí se deduce fácilmente que sólo el expresado autor tiene derecho para traspasar y enajenar las utili-

dades de ese trabajo, de esa serie que empieza en la observación y meditación, en la combinación de conocimientos adquiridos y preexistentes, pero dándoles nueva ó peculiar aplicación, realizando como finalidad ó término el producto que para un consumo también intelectual se da á la circulación, y en que todo, la argumentación, la asociación de ideas, el método expositivo, la forma, el estilo, todo es propio, personal. Así se explica también que las obras científicas, por mucho que subsista el recuerdo de los grandes genios y pensadores, estén expuestas á una vida más efímera, en el consumo y en su calidad de objetos comerciales, que las artísticas ó de imaginación; en aquéllas el fondo de doctrina prevalece sobre la forma; en éstas, la personalidad, la observación propia, el juicio individual se imponen. De todos modos, lo repetiré, porque se hace en esto mucho hincapié; el mérito respectivo, ya sea éste intrínseco ó sólo relativo y de circunstancias, toca apreciarlo á la libre sanción pública y no á la autoridad. El público compra ó deja de comprar el libro, y ahí está la mejor demostración, á pesar de todas las elucubraciones y discriminaciones posibles, de si hay ó no hay utilidad para el consumidor en el nuevo producto.

Pero aún admitiendo el concepto de la propiedad, así definido, en las obras intelectuales ¿no presentaría un gravísimo inconveniente ó tropiezo su legítima consecuencia, la perpetuidad? En la propiedad común, territorial ó mueble, se trata de cosas materiales, que necesariamente han de estar siempre, cualquiera que sea el modo de adquisición, en poder de alguien que las utilice; mas en la primera, si bien se traduce en un artículo vendible, el libro, dibujo, etc., no es asunto ya de definir el *víncu-*

lo de derecho, como dicen nuestras *Partidas*, de una persona con un objeto, ó con otra persona, por razón de él ó de su valor; sino de perpetuar indefinitivamente una acción jurídica, relacionada con el agotamiento sucesivo de las ediciones, la cual acaba por convertirse así en un monopolio ó privilegio personal. Fácilmente se justifica que se mantenga esa acción respecto á la personalidad del productor y de sus hijos ó familia dentro de cierto plazo de proximidad; pero extenderlo más, equivaldría á un mayorazgo, á una vinculación, y, aparte de la conveniencia social, que ganaría con el libre uso y sufriría con el capricho ó la apatía de proporcionar ejemplares al público, choca á la razón que pudiese existir hoy, por ejemplo, un propietario de las obras de Virgilio ú Homero; y aun suponiendo la existencia de un verdadero heredero consanguíneo de Cervantes ó Calderón, repugnaría á las instituciones é ideas modernas el privilegio, desligado de todo mérito ó esfuerzo personal; esfuerzo ó merecimiento propio que, realizado en el cultivo, en la administración, en el buen manejo, es condición precisa agregar para su conservación á la propiedad común, onerosamente adquirida, ó por donación ó herencia. No incluyo las mejoras, porque la mejora en el campo intelectual supone una obra nueva, un nuevo autor, nuevo producto.

Méjico se ha señalado, sin embargo, por este reconocimiento de la perpetuidad, ó sea, de la no limitación, pero paréceme que ella envuelve más bien un interés teórico que un problema verdaderamente práctico. Desde el momento en que se ha llegado, por el deseo de recompensar al autor y á su familia ó allegados inmediatos, al término de su vida y 80 años más en España,

y 50 en Francia, y 30 en Alemania, queda vencida de hecho la dificultad, puesto que bien puede afirmarse como postulado que, de la casi universalidad de las obras intelectuales, ninguna podrá aspirar á vivir en el comercio tan largo tiempo. Sólo las de los grandes genios, que, desde luego, apenas aparecen tras largas épocas, se salvarán como excepción, y de ellas podemos aún descartar por completo las científicas, hemos dicho. En éstas quedan adquiridas las ideas madres fundamentales, pero ¿no estamos diariamente palpando, aun prescindiendo de las especulativas ó filosóficas, la necesidad, la demanda continua de novedad, de adaptación á las transformaciones ó evoluciones del espíritu y de la ciencia misma?

No hay, pues, que pensar, aparte de ciertos escritos como algunos textos religiosos, sino en los grandes monumentos literarios, *rarissima avis*, pues los artísticos de otro linaje quedan grabados en el bronce, el mármol ó el lienzo, y la exigencia de su reproducción mercantil es efímera; y aun aquéllos perduran más bien como modelos y pasto de los eruditos, que satisfacen por lo general las bibliotecas, y decrecen en el comercio, pero la condición de la novedad persigue igualmente á la literatura. No obstante el parentesco que necesariamente puede existir en los destellos de la imaginación, que al fin la humanidad es una ¿quién, hablando del público en general, se emociona ya por la intervención constante de los dioses y de la fábula mitológica, en el desarrollo de la acción y de la poética inspiración en la Iliada? ¿Quién no siente más con la audición de un buen drama social, en que se nos retrate á nosotros mismos y palpiten las pasiones, vicios ó virtudes de la sociedad viviente contemporánea que con un auto de fe, aunque sea Calderón

el autor, cuando ya nadie tiene por qué sobresaltarse de estos ajusticiamientos? Pues todo eso, bajando á la realidad, determina el valor comercial, la posibilidad de obtener utilidades. ¡Cuanta cosa se oye, se lee, se estudia y se adquiere, sólo por ser nueva!

El reconocimiento, pues, del carácter perpetuo, ó mejor dicho, de la no limitación de la propiedad intelectual, no parece deber originar en la práctica ningún género de dificultades, ni alterar los hechos existentes ya en muchos países con universal asentimiento cada vez más asegurado; porque, reducido el problema á muy contadas y muy casuales excepciones, no dejaría para esos aislados casos, de poderse llegar, sobre la base de la propiedad íntegramente reconocida, á señalar un término ó condiciones para la forzosa expropiación, ó aún más, para la prescripción y caducidad de la citada acción legal. No de otro modo, por ejemplo, se ha fijado, para las enajenaciones por actos *inter vivos*, un límite de tiempo, después de muerto el autor, en el caso de dejar herederos forzosos.

Al llegar aquí pongo punto final á esta larga carta, cuyo móvil ha sido el deseo de dar á usted una prueba del aprecio que he hecho de los números de la REVISTA DE ARTES Y LETRAS, con que tuvo á bien obsequiarme.

De usted afectísimo colega,

Q. B. S. M.

BERNARDO J. DE CÓLOGAN

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

ARRAIGO

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 2, título 1.º, capítulo 1.º, expone lo que sigue:

"*Decreto de arraigo.*

"La voz *arraigo*, que tiene en el derecho varios significados, expresa aquí la obligación que se impone á un litigante de radicar en el lugar donde se sigue el juicio; y así se dice que uno está *arraigado* cuando se le ha prohibido salir del lugar donde sigue un juicio sin dejar apoderado instruído y expensado que le represente.

"Aunque una ley impone al litigante la prohibición de espararse del lugar del juicio sin permiso del juez, y manda seguir el juicio adelante en su rebeldía, la prác-

tica, de acuerdo con otra, exige para el señalamiento de estrados, que tiene lugar en los juicios de más de mil pesos, el que previamente se haya *arraigado*, por decreto judicial, al que se ha ausentado. Por eso, este decreto se pide también *bajo apercibimiento de estrados.*

"Es conveniente, pués, hacer esta petición, siempre que haya motivo para temer que un litigante se ausente del lugar del juicio; porque, no habiéndola hecho, es preciso ir á notificarle en el lugar donde se encuentre, si se sabe su paradero, ó nombrarle curador especial, si se reúnen las otras condiciones requeridas por la ley para considerarle ausente".

El DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA no da á la palabra *arraigo* este significado de decreto judicial por el que se prohibe á un litigante salir de un lugar sin que deje apoderado instruído y expensado.

"*Arraigo*, dice el DICCIONARIO, es un sustantivo que significa bienes raíces, el cual se usa mucho en expresiones como estas: *hombre ó persona de arraigo, tener arraigo, fianza de arraigo*".

La *fianza de arraigo*, según el DICCIONARIO, puede ser: "la que se da hipotecando ú obligando bienes raíces"; ó "la que se exige de algunos litigantes de que permanezcan en el juicio y respondan á sus resultas".

Esta segunda "se exige más comunmente del litigante extranjero que demanda á un español, y se presta en los casos y en la forma que en la nación á que pertenezca se exigiere á los españoles".

Es fácil comprender que estas diversas definiciones del DICCIONARIO no son precisamente aplicables al significado que la palabra *arraigo* tiene en el trozo antes citado del señor Lira; pero, apesar de ello, debe, en mi

concepto, seguir empleándose, porque es necesaria, se conforma perfectamente con la índole de nuestro idioma, y se usa en una acepción bastante análoga á la segunda de la locución *fianza de arraigo.*

ARRENDAR, ARRENDADOR, ALQUILAR

Este es un vocablo sumamente defectuoso, por ser uno de aquellos que pueden emplearse en acepciones no sólo diferentes, sino opuestas.

Arrendar, según el DICCIONARIO de la Real Academia Española, duodécima edición de 1884, puede significar:

1.º "Dar á uno alguna cosa para que la beneficie, ó use de ella, por el tiempo que se determine, y mediante el pago de la renta convenida."

2.º "Tomar de uno alguna cosa para este fin, y con tal condición."

En otros términos, arrendar significa juntamente *dar en arriendo*, y *tomar en arriendo.*

Así, cuando se dice, sin más explicaciones: "Pedro ha arrendado una casa á Juan", no se sabe si Pedro ha dado en arriendo una casa á Juan, ó si Pedro ha tomado en arriendo una casa de Juan.

El defecto mencionado es común á otras palabras castellanas, que se encuentran en igual condición.

Alquilar, verbigracia, es un sinónimo de *arrendar*, que adolece de un inconveniente análogo al que he señalado en las dos acepciones del segundo de estos verbos.

La diferencia entre *alquilar* y *arrendar* consiste sólo en que, según el DICCIONARIO, *alquilar* se emplea más generalmente tratándose de fincas urbanas, ó de anima-

les, ó muebles; y *arrendar*, tratándose de fincas rústicas y de edificios ó establecimientos de que se puede sacar alguna utilidad.

Don Andrés Bello, en el libro 4, título 26, del CÓDIGO CIVIL DE CHILE, prescinde de esta distinción, á que el DICCIONARIO no atribuye tampoco una importancia ineludible, desde que cuida de advertir que ella es atendida, no siempre, sino comunmente.

Lo que por ahora conviene á mi propósito es hacer notar que *alquilar* tiene, como su sinónimo *arrendar*, dos acepciones opuestas.

Alquilar significa:

1.º «Dar á otro alguna cosa para que use de ella por el tiempo que se determine, y mediante el pago de la cantidad convenida.»

2.º «Tomar de otro alguna cosa para este fin, y con tal condición.»

En otros términos, *alquilar* significa juntamente *dar en alquiler* y *tomar en alquiler*.

Así, cuando se dice, sin más explicaciones: «Pedro *ha alquilado* un caballo á Juan», no se sabe si Pedro ha dado en alquiler un caballo á Juan, ó si Pedro ha tomado en alquiler un caballo de Juan.

La misma observación es aplicable al compuesto *subarrendar*, el cual significa *dar* o *tomar en arriendo* una cosa, no del dueño de ella, ni de su administrador, sino de otro arrendatario de la misma.

Este doble y opuesto significado de los verbos *alquilar* y *arrendar* sube, por lo menos, hasta el siglo XIII, pués el código de las PARTIDAS suministra ejemplos del uno y del otro.

La ley 73, título 18, partida 3, tiene por epígrafe:

«Como debe ser fecha la carta, cuando alguno sus casas *alquila* a otro»; y empieza así: «*Alquilan* los omes sus casas a otros; e la carta del alquiler debe ser fecha en esta guisa:—Sepan cuantos esta carta vieren como Gonzalo *arrendo* e otorgo en nome de alquiler a Pedro unas casas que son en tal lugar, de manera que *pueda* morar en ellas, e tenerlas desde el dia de Sant Miguel fasta un año».

Manifiestamente, *alquilar* y *arrendar* están usados en el ejemplo citado como equivalentes de *dar en alquiler* ó *en arriendo.*

La ley 5, título 8, partida 5, principia así: «*Alquilada*, teniendo algún ome de otro alguna casa, si non le pagare el loguero (alquiler) a los plazos que pusieren con él, e a lo mas tardar a la fin del año, segúnd el dijimos en la ley ante desta, dende adelante el señor de la casa puede echar della al que la tiene *alquilada*, sin caloña e sin pena. E demás decimos que todas las cosas que fallaren en la casa de aquel que la tenia *alquilada* fincan obligadas al señor de la casa por el loguero, e por los menoscabos que ovisse fecho en ella».

Es fácil reconocer que, en el ejemplo precedente, *alquilar* se encuentra usado en la acepción de *recibir en alquiler.*

La ley 3, título 8, partida 5, dice entre otras cosas: «El usufructo de heredad, o de viña, o de otra cosa semejante, puede ome arrendar, prometiendo de dar cada año cierto precio por ella».

Sin duda alguna, en el ejemplo que acaba de leerse, *arrendar* está empleado en el sentido de *recibir en arriendo.*

Los nombres *alquilador* y *arrendador* aparecen en las

Partidas usados en la acepción de el que *toma* ó *recibe en arriendo.*

La ley 6, título 8, partida 5, contiene esta frase: «En estos dos casos sobredichos, tenudo es el señor de la casa, de dar al *alquilador* otra en que more».

La ley 4 del mismo título y partida tiene este epígrafe: «Cuándo deben pagar los *arrendadores* e los alogadores el precio de las cosas que arrendaren o alogaren»; y empieza así: «Pagar deben los *arrendadores* e los alogadores el precio de las cosas que arrendaren o alogaren, segúnd la costumbre que fuere usada en cada un logar».

Pero, como los verbos *alquilar* y *arrendar* se empleaban arbitrariamente en el doble y opuesto significado de *dar* ó de *tomar* en *alquiler* ó en *arriendo*, los sustantivos *alquilador* y *arrendador* fueron usados de igual modo en el mismo doble y opuesto significado, y pasaron á denotar, no ya solo el que *toma* en *alquiler*, ó en *arriendo*, sino también el que *da* en *alquiler* ó en *arriendo.*

Trascurriendo los años, ó, mejor dicho, los siglos, *alquilador* ha pasado á emplearse únicamente en la segunda de estas acepciones, pues, conforme al Diccionario de la Academia, en el día, no significa sino la persona que da en alquiler alguna cosa, y especialmente la que tiene por oficio alquilar coches ó caballerías.

No ha sucedido otro tanto con *arrendador*, el cual, según el Diccionario, ha conservado hasta ahora las dos acepciones opuestas.

Miguel Luis Amunátegui

(Continuará)

FLOR DEL CAMPO

(Continuación)

VII

En Santiago, Manuel no faltaba á tertulias, bailes ni fiestas. Su madre y amigos extrañaron, como era natural, tan repentinos deseos de aturdirse en el bullicio del mundo; pero él confesó francamente que era muy triste vivir en el campo sin compañera, y que tenía deseos de casarse. El deseo era en extremo loable, y doña Luisa fué la más presurosa en alentarlo. Su marido no había trabajado en el campo, y por eso no tenía la señora experiencia alguna acerca de ciertos peligros que cercan en el campo á un joven soltero. Una su amiga que bien los conocía, por haber residido algunos años en una hacienda, dió sanos consejos á este respecto á doña Luisa, cuando ésta le participó la partida de Manuel á «Renaico» y los corroboró con ejemplos tan palpables, numerosos y auténticos, que doña Luisa se alarmó. Aquellos repen-

tinos deseos de casarse que Manuel manifestaba, confirmaron á sus ojos la existencia de tales peligros, y al mismo tiempo le infundieron alta idea de la bondad de Manuel, que buscaba modo de no caer en ellos.

Lo cierto era que Manuel más procuraba olvidar á Menita que poner en su lugar otra con quien pudiera casarse, y, poco á poco, lo iba consiguiendo. Pasaba horas enteras sin pensar en ella, luego fueron días; de tal modo que la imagen de Menita no lo achispaba más que un vino desvanecido.

Una de esas noches, oyó en el teatro *La Sonámbula*. Muchísimas veces la había oído en ocasiones anteriores; pero sólo entonces le pareció comprenderla. Desde que se presentó Amina, Manuel creyó ver á Menita: imaginó que era él mismo el conde Rodolfo y, como un relámpago, le vino al pensamiento que Menita amaba tal vez á otro. Y ¿cómo sabía si no estaba de novia? Y, á estarlo ¿no era seguro que el novio habría entrado en sospechas, y que Menita se vería en grande aflicción, buscando cómo probar su inocencia?

Mientras escuchaba la música, Manuel se propuso averiguar, tan luego como llegase á «Renaico», si Menita tenía novio y en qué estado se encontraban las relaciones. En caso de que el otro Elvino estuviese agraviado y celoso, lo mandaría llamar, lo tranquilizaría y haría cuanto estuviera de su parte para que se casasen pronto y fuesen felices. Y Manuel sintió un gran contento interior, al pensar que esas dos criaturas le deberían la felicidad y lo llamarían bienhechor.

Pero donde su emoción subió de punto fué en el coro de la introducción del segundo acto. Aquellos sencillos aldeanos, que buscan lo más espeso y sombrío del bos-

que para conversar sobre la desgracia de Amina y buscar consuelo por la pérdida de esa honra, que era la honra de la aldea, le parecieron á Manuel los pobladores de Mellico. Y no sólo miraba en ellos á los pobladores de Mellico sino á toda la gente honrada del mundo, y su aflicción era la aflicción de toda conciencia justa delante de un crimen. En esos coros se ve al verdadero pueblo, al pueblo que es la voz de Dios, como el que representaban los coros de las tragedias clásicas.

La emoción habría sido tal vez menor si en aquella condenación del crimen hubiese habido cólera ú osadía; pero nada de eso. Son los aldeanos tradicionales: buenos, humildes, sensibles. Para tomar una resolución y dirigirse á un noble, que consideran como sér superior, necesitan alentarse mutuamente:

Eccellenza... direm con coraggio!

Las palabras significaban el pensamiento de aquella pobre gente; la música manifestaba el sentimiento que dominaba sus almas. Manuel no pudo contener las lágrimas en aquella frase de melodía tan triste, tan sencilla:

Signor Conte, la povera Amina
Era dianzi l'onnor del villaggio.

¿No podrían decirle eso mismo á él? ¡Ah! No. Ahora, como antes, Menita era inocente y pura; como antes lo era, Menita podía ser ahora el orgullo de su aldea, y nadie cuidaría más que Manuel de conservar intacta la honra de la bella campesina. ¡Cómo celebraba interiormente que Menita no hubiese ido al huerto cuando ahí la

esperaba! ¡Cuáles no serían ahora sus remordimientos, si en un rapto de amor hubiese abusado de la debilidad de la pobre niña! Manuel estaba gozoso y enternecido á un tiempo, como el que acaba de librarse de un riesgo inminente. ¡Oh! No volvería más á ponerse en él. Sentía que la pasión había desaparecido, y resolvió no soplar esas cenizas donde aún podía quedar fuego.

Pocos días después, volvió Manuel á «Renaico», tan tranquilo de corazón, tan ganoso de trabajar, tan dispuesto á seguir su plan de distribución de las horas, como antes de haber conocido á Menita.

Manuel llegó á «Renaico» á mediodía. Almorzó, habló largamente con su administrador y, al declinar la tarde, salió al campo. Con singular satisfacción vió el estado de sus trabajos, los barbechos por terminarse, el regadío bien atendido. No pudo menos de felicitar al administrador, á pesar de que don Fernando le había dado como regla de campo que nunca se manifestase satisfecho de sus empleados y sirvientes delante de ellos mismos, sino que se limitase á aprobar con algunas reservas lo bien hecho, para que pusiesen más empeño y lo hiciesen mejor.

No menor satisfacción tuvo al ver sus ganados. Los animales en engorde estaban rozagantes, juguetones, con el pelo lustroso. Manuel se entretuvo en verlos perseguir á sus perros con fuertes resoplidos. En la crianza, los terneros dejaban sus juegos para mirar á Manuel con curiosidad y viveza, enderezando las orejas, y luego corrían triscando á encontrar á sus madres que ya venían á protegerlos. En el potrero, vió á sus caballos lucios y gallardos, entregándose á desenfrenadas carreras por el prado.

La primavera se hallaba en todo su esplendor.

El caballo de Manuel hollaba flores silvestres á cada paso. Los árboles ostentaban al sol hojas tiernas, brillantes, húmedas de savia. En las vegas, los canelos y arrayanes erguían sus ramas floridas, como si en ellas hubiesen caído ampos de nieve. Las exhalaciones de la tierra húmeda, el olor de los retoños, del pasto nuevo y florido y de la hierbabuena impregnaban el ambiente, le daban cierta fragancia penetrante, fresca y vivificadora.

La belleza del espectáculo cautivó á Manuel. Dejó de mirar los animales y subió á un alto para contemplar un paisaje más extenso.

Los valles, las colinas, los cerros se hallaban cubiertos de variada verdura que el sol de la tarde bañaba con su lluvia de oro. Los caminos y senderos semejaban cintas anaranjadas extendidas caprichosamente en una alfombra teñida de cien verdes distintos. Las cercas de álamos se divisaban como rayas oscuras que dividieran el campo en diversas direcciones. Por el lado del oriente se alzaban montañas enormes, erizadas de robledales; en pos sobresalían otras de cimas desnudas y escarpadas; en último término asomaban, á trechos, picos nevados, cuyos nítidos contornos se destacaban con maravillosa limpieza en un cielo terso y diáfano como lámina de cristal. Hacia la costa se levantaban montes más humildes. Ambas cadenas de montañas dejaban en descubierto, al norte y al sur, un dilatado horizonte con cerros azules y más allá otros cerros más vaporosos, y más allá otros que parecían tenues brumas.

Manuel aspiraba á dos pulmones el aire purísimo, como si quisiera absorber el exceso de vida de la naturaleza. Se sentía ágil, sano, vigoroso, de empuje irresis-

tible, capaz de cualquiera empresa. Su inteligencia estaba despejada, su voluntad firme y resuelta: ¡podría cuanto quisiera! Su pecho rebosaba de entusiasmo; cantos ya grandiosos, ya apasionados afluían á sus labios. Le asaltaban ímpetus de correr, correr como los potros por la viciosa pradera.

Cuando llegó á la casa, era ya tarde. Comió, y salió á pasearse por el corredor.

Era noche de luna. Manuel, después de pasearse un rato, se sentó á contemplar la luna, dejando vagar su imaginación en proyectos de futuras obras artísticas. De ahí pasó insensiblemente á esas regiones ideales que los deseos, las ilusiones, los recuerdos de lo pasado pueblan de imágenes inciertas y vaporosas; pero tan llenas de vida y de expresión, que afectan al alma como si fuesen realidad.

El que se pone á soñar despierto no sabe á dónde irá á parar con el pensamiento. Á veces está persiguiendo algún ideal de verdadera belleza que lo levanta, purifica y ennoblece; y la más leve asociación de ideas suele ponerle delante un tipo de belleza engañosa que lo conturba, lo fascina y lo baja á la tierra.

Manuel interrumpió de pronto su contemplación. Movió la cabeza, se encogió de hombros, se hizo á sí propio manifestaciones de indiferencia. Un ligero extremecimiento le vino en seguida. Esta vez, Manuel se levantó desasosegado, y comenzó á pasearse á grandes trancos. Sentía en su interior los anuncios de una tempestad que se levantaba, que ya crecía con rapidez. Su imaginación excitada le presentaba á Menita, no candorosa é inocente como era, sino ardiente y voluptuosa. Aquella expresión singular, ingenua y maliciosa á un tiempo, de la

fisonomía de Menita, aumentaba ahora desmesuradamente á los ojos de Manuel. Ese contraste aparente lo excitaba, lo provocaba, le ofrecía goces de refinada voluptuosidad. Y todo esto no era pura fantasía. No costaría mucho probarlo. Á caballo y andando ligero, estaría en una hora en el huerto de Facundo. Bien podría suceder que Menita anduviese en el huerto, y si no ¿qué dificultad habría en sobornar á un sirviente?

Manuel, junto con escuchar la voz del deseo, procuraba apartar de sí tan tentadora imagen; pero donde ponía el pensamiento, ahí la veía. No pudiendo desecharla, la combatió de frente. Traía unas reflexiones tras otras, á cual más lógica y sensata; pero apenas tocaban á la visión, se eclipsaban, se desvanecían. Se esforzó en levantar en su pecho aquellos sentimientos que había despertado en él *La Sonámbula*, pero no lo consiguió. Al contrario, parecía que mientras más empeño ponía en combatir la tentación, más fuerzas ella tomaba.

—Bien está—se dijo Manuel.—Ande mi imaginación donde quiera; pero lo que es ir al huerto... no haré tal.

Y se esforzó en tomar á capricho aquello de no ir al huerto. ¡Cómo! ¿No tenía voluntad propia? ¿No podría resistir alguna vez á sus pasiones? ¿No era una vergüenza que en el día pensase de una manera y en la noche obrase de otra? Era preciso desplegar energía y salir triunfante.

Fué á su pieza, sacó el plano de la nueva casa para examinarlo y distraerse.

Su mente se ofuscaba. Fríos y contracciones repentinas lo sacudían de arriba abajo. Rayó el papel con mano febril y lo tiró á un cajón.

Pensó que fatigando el cuerpo tal vez amortiguaría las imaginaciones que lo excitaban. Salió, pidió una hacha, y se puso á rajar leña. Menudeó los hachazos con tal furia, que á los pocos minutos quedó rendido; pero ese ejercicio corto y violento le enardeció más la sangre. Su imaginación voltejeaba siempre en el mismo punto.

Manuel se desalentó y permaneció un rato sentado, con la cabeza en las manos.

De repente se levantó, como obedeciendo á un llamado contra el cual era impotente, salió al corredor de afuera y llamó á su sirviente.

El sirviente no vino porque estaba profundamente dormido en un extremo del corredor.

Manuel lo buscó y, casi al oído, le gritó con voz irritada:

—¡Faustino! ¡Faustino!

Faustino se movió como para espantar una mosca y siguió roncando.

Manuel nunca trataba con rudeza á los criados, pero esta vez dió un fuerte puntapié á Faustino.

—¡Ah!... ¿Quién?... Patrón... —exclamó Faustino, levantándose al punto.

—Hombre—le dijo Manuel con suavidad casi fraternal—está tan bonita la noche... tengo ganas de salir... Ensíllame el caballo.

Faustino fué tambaleándose. Manuel, en tanto, pateaba de impaciencia.

Montó á caballo y salió muy al paso, como quien va á tomar el fresco después de comer. Más allá entró á un cercado. Luego después espoleó con furia el caballo, sin detenerlo en barrizales ni espinares. Mientras corría,

deseaba interiormente que surgiera un obstáculo invencible, ó que Menita no fuese al huerto ó que él no encontrara sirviente á quien sobornar. Quería que la naturaleza reflejase ó acompañase la lucha de su alma; pero esa noche era de las más tranquilas: en el cielo no blanqueaba ni una ligera nubecilla, y la luna iluminaba los senderos con su luz sosegada.

Dejó el caballo donde solía, y se quitó las espuelas. Escaló la pared y, buscando las sombras, llegó á los castaños. Se sentó en la piedra donde dejaba las ramas y esperó.

Menita no venía.

Manuel comenzó á sentir cansancio y reacción. Sus nervios se aflojaban. Sobornar á un sirviente le pareció cosa impracticable y ridícula, y la imposibilidad de ver á Menita iba calmando su excitación. Un cuarto de hora más, y habría vuelto á su casa avergonzado de sí propio, indiferente, frío y haciendo propósitos de nunca más dejarse arrastrar á tales locuras.

Sintióse un ruido en el portón.

Manuel se levantó con un movimiento nervioso. El corazón le latía con extraordinaria violencia, las piernas le temblaban. Con las manos crispadas se sujetó á un tronco.

Menita entró al huerto, y con paso tranquilo se dirigió hacia los castaños.

Mientras la miraba con ojos fascinados, Manuel oía un grito supremo de su conciencia:—"¡Huye, huye! queda tiempo todavía!"—Pero no se movió, siempre con la vista fija en Menita, que se acercaba más y más. Al pasar por una parte la bañó la luz de la luna. El vestido de color claro que llevaba Menita resaltó suave-

mente en las sombras, dándole un aspecto vago y vaporoso.

Manuel la contemplaba con voluptuosidad infinita. La voz de la conciencia ya no lo turbaba. Tenía delante á la náyade de su fantasía, y, olvidándolo todo, corrió á encontrarla.

—¡Menita mía!...

Menita lanzó un grito sofocado: grito de sorpresa, de angustia, grito de la debilidad vencida, y cayó sin fuerzas en los brazos de Manuel.

VIII

Los sirvientes de «Renaico» no habían hecho alto en las salidas nocturnas de Manuel, antes de su viaje á Santiago; pero después de ese viaje, no pasaba noche sin que Manuel saliese, y hubieron de reparar en ello. Sospecharon qué sería; pero no era cosa que los escandalizase: estaban acostumbrados á las mocedades de los patrones. Hubo, simplemente, curiosidad de saber quién era la favorecida, curiosidad que, en las mujeres de «Renaico», iba acompañada de su poco de envidia. ¡Ahí era nada que el patrón reparase en una, y un patrón tan bueno y generoso como don Manuelito! Se le podían hacer ascos á don José María porque era viejo, cicatero y roñoso hasta la pared de enfrente; pero ¿cómo hacérselos á un caballerito tan guapo y maniaberto como el patrón nuevo? Las comadres preguntaban, indagaban, hacían pesquisas; pero quedaban en las mismas. Nadie se atrevía á seguir á Manuel.

Hubo, sin embargo, uno que lo intentó.

Pablo, el hijo del carpintero, estaba de novio con la

moza más bien parecida, más coqueta y galanteada de «Renaico». Era muchacho muy zángano, y que no valía dos cominos; pero su padre, hombre trabajador y juicioso, poseía algunas yuntas de bueyes y buenos caballos, y la expectativa de la herencia hacía aparecer á Pablo, con ser lo que era, como uno de los novios más apetecibles del lugar. Mariquita, que así se llamaba la muchacha, aceptó presurosa los obsequios de Pablo y se dieron palabra de casamiento, con gran gusto de sus respectivas familias.

Pablo, por la bonita cara de su novia y por ciertos antecedentes que de ella tenía, sospechó que debía de ser Mariquita la visitada por el patrón, y no bien dió cabida á la sospecha, se le ocurrió un proyecto que lo hizo saltar de gozo.

Una vez comprobada la infidelidad de Mariquita, pensó Pablo presentarse á ella enojado, muy enojado. Le diría desde una hasta ciento, y acabaría amenazándola con romper el casamiento. Se manifestaría insensible á las razones, halagos y súplicas de Mariquita; pero cuando fuese tiempo de que ella le dijese:—«Bueno está; cásate con otra. ¿Qué se me da á mí?», entonces se haría el ablandado y consentiría en perdonarla; pero con una condición: que le consiguiese de don Manuel un empleo desocupado y con buen sueldo.

Pablo vió la cosa hecha. Esa misma noche, después de retirarse del rancho de Mariquita á la hora de costumbre, las ocho más ó menos, se ocultó en los alrededores y rondó hasta el amanecer. Con gran desmayo no vió que Manuel se llegase por ahí, ni lo vió en dos noches más que hizo la guardia.

Cambió entonces de plan. Determinó seguir á Ma-

nuel hasta donde parase, y, luego que supiera quién era ella, buscaría modo de romper con Mariquita y deshacer el casamiento, para quedar libre, cortejar á la favorecida del patrón, darle palabra de casamiento y conseguir de ella el empleo que se dijo.

Esta vez si que pensó no errar el tiro.

Al anochecer, se escondió cerca de la casa del fundo, porque Manuel no seguía nunca el mismo camino. Así que Pablo lo vió salir, echóse á andar en pos á regular distancia y con las debidas precauciones. Manuel no era tan desprevenido que, de cuando en cuando, no volviese la cabeza á ver si alguien lo seguía, y luego notó aquel bulto que caminaba por donde él caminaba. No dudó de que fuese algún sirviente curioso, y, para cerciorarse, tomó por atajos y vericuetos, y el bulto también tomó por ahí, muy á la disimulada. Manuel volvió entonces el caballo y se fué derecho hacia Pablo. Éste no pensó en huir ni en esconderse, porque se arriesgaba á que lo tomasen por ladrón, y rápidamente inventó una mentira.

—¿En qué andas?—le preguntó Manuel con tono altanero.

—Iba... venía... á buscar una bestia, que me dijo mi compadre Angelito...

—Yo te enseñaré á buscar bestias á tales horas—dijo Manuel sacudiéndole dos buenos ramalazos, y le ordenó, de postre, que al día siguiente se mandase mudar de la hacienda.

—Rico habías de ser para ser tan bruto—murmuró Pablo volviendo el caballo.

En su rancho contó el suceso, haciendo caso omiso de los ramalazos. Todos quedaron espantados de que el patrón hubiese despedido á Pablo sin más culpa que una

simple curiosidad, y con esto mismo se aumentó la que tenían. Si antes no se atrevían á seguir á Manuel, ahora ni lo pensaban; pero las hablillas subieron de punto, y no tardaron en pasar á Mellico.

Josefa las recogió en la tienda, y luego fué á comunicar el descubrimiento á su marido. Creía distraerlo con esto. Facundo había pasado la noche muy intranquilo. Salió á deshora, volvió, salió de nuevo, y se acostó muy tarde. Ese día había amanecido con el humor terrible.

—Facundo,—le dijo Josefa—acabo de saber que el caballero de «Renaico» tiene una querida.

—Y á ti ¿qué te importa?—replicó Facundo con voz irritada.

Josefa estaba acostumbrada á esos malos modos y no se inmutó.

—¿Qué me importa? Nada. ¿Qué nos importa á nosotros? Allá se las avengan. Y ¿no has oído decir quién será?

—¡Dale! ¿No estoy diciendo que te calles?

—Y ¿qué es pecado hablar de eso? Parece que hubieras tomado pólvora.

—Josefa, no te andes con bufonadas, porque en nada está que me saque una espuela y te pasee la rodaja por la cara.

Josefa miró á Facundo, y lo vió con el semblante tan demudado que temió que la amenaza se cumpliese, si replicaba. Callóse, muy espantada de esa irritación tan sin fundamento, y que no podía atribuirse á un rato de mal humor.

En esto entró Menita á la pieza y Facundo salió.

—No sé lo que le ha entrado á Facundo—dijo Josefa á Menita.—Desde esta mañana anda como perro bravo:

por una nada muestra los dientes, y anoche anduvo hasta tarde con entradas y salidas, y no pegó los ojos. Ahora casi me come porque le dije que el caballero de "Renaico" tenía una querida.

Menita se puso pálida, y se sentó en un rincón oscuro de la pieza.

—¿No sabes tú lo que tendrá Facundo?—preguntó Josefa.—¿No has notado que parece otro?

—Quién sabe qué le habrá pasado—dijo Menita.

—Es muy raro... Esta mañana amaneció enfermo un buey: ni caso hizo; y cuando se le enferma algún animal casi despide al vaquero. Apenas se entra el sol, ya está roncando; y anoche... Y tú ¿qué tienes?—añadió Josefa, mirando á Menita.

—Nada, madre.

—¿Cómo nada? Estás pálida. Algún constipado... Harías bien en irte á acostar. El tiempo está muy fresco... Hace días que andas así... distraída... ó no sé cómo...

—No siento nada—repitió Menita con voz débil.

—Así será; pero es lo cierto que todos parecen cambiados. ¿Pues no digo que hace poco vi á Antonio carilargo y seriote como si le hubiera sucedido una desgracia? Algún enredo debe de haber; pero ya se desenredará solo. Á mí ni me va ni me viene.

Y salió para ir á la tienda.

Menita quedó en su rincón, temblando y presa de la mayor angustia.

Grandes trastornos había experimentado desde aquella noche en que cayó sin fuerzas en los brazos de Manuel.

Los primeros días anduvo inconsciente, como soñando. Luego después, su honra perdida, la aflicción de sus

padres cuando supiesen la desgracia, el descrédito, los chismes de las envidiosas; todo eso se atropellaba en su mente como un cúmulo de desgracias que nunca habían de acabar, y que amargarían hasta el último instante de su vida. Se veía despreciada por sus amigas, ridiculizada por sus antiguos pretendientes, caída en lo último de la degradación y de la infamia. Menita, entonces, se desesperaba, no hallaba á quién acudir. Á su al rededor no veía más que acusadores, é interiormente le parecía ver que su ángel bueno le volvía las espaldas. Unas veces, cuando estaba arreglando á sus hermanitos, que le hacían inocentes caricias; ó cuando al servir á Facundo, notaba en sus ojos alguna mirada cariñosa, culpaba á Manuel y lo aborrecía. Él le había robado la honra, abusando de su debilidad; por él iba á perder el aprecio de todos, el cariño de sus padres y de sus hermanitos. Otras veces, cuando volvía á su cuarto, trémula aún de las apasionadas caricias de Manuel, quería abandonarlo todo y huirse con su amado como querida, como sirviente, como quisiera llevarla.

Estas agitaciones se fueron sosegando poco á poco.

Menita prestó atento oído á ciertos cuentecillos que antes la ruborizaban sin comprenderlos, indagó con disimulo, y vino en conocimiento de que la falta en que había caído y que tan amargos ratos le hacía pasar, era en Mellico de las más excusables. Supo también que los mozos de por ahí no eran nada exigentes con sus novias en este punto. Respecto á los enojos de los padres, averiguó que más eran bulla que otra cosa. Así como cuando se les moría un animal se consolaban con esta reflexión: «Estaría de Dios que le llegase la hora», así cuando se les desgraciaba alguna hija, rabiaban hasta

una semana y acababan por consolarse con esta otra reflexión: «Sería su cometa», ó «su estrella».

No pensaba Menita que su caso fuese tan sencillo como los demás, tanto por la calidad del amante como por el cariño de Facundo, que era cien veces más hondo que el que suele tener un rústico á su hija predilecta. Confiaba, sin embargo, en que influirían en Facundo las costumbres de Mellico: se enojaría y rabiaría más que los otros; pero á fin de cuentas se resignaría como ellos.

Menita no abrigaba cuidado alguno en cuanto á su madre. Josefa la quería, y mucho más que á los hijos de Facundo; pero había cundido en ella esa especie de fatalismo ó de resignación idiota que suele engendrar el vicio de la ociosidad. Por no buscar remedio á las cosas que podían tenerlo, las calificaba al punto de irremediables; por no padecer intranquilidades y exponerse á dolores de cabeza, no admitía desgracias, sino cosas inevitables, cosas hechas, en las cuales ya no había para qué pensar.

Menita llegó á temer únicamente que le impidiesen ver á Manuel, ó que Manuel la abandonase. Lo primero no la preocupaba mucho, á decir verdad. En Mellico, los padres de familia que se hallaban en las circunstancias de Facundo, no tardaban en comprender que, con llevar adelante su enojo, no sólo no remediaban la desgracia, sino que perdían ciertas positivas ventajas que ella solía traer. Después de indignarse el tiempo preciso y de una manera pública, para que nadie dudara de su honradez, cerraban un ojo, y tan amigos como antes. Facundo muy bien podría hacer lo mismo, y casi con

más razón que los otros, porque nadie ignoraba que Menita no era hija suya.

En cualquiera otra ocasión, Menita se habría horrorizado de todas estas miserias que había conocido en tan poco tiempo; le habría repugnado la ruindad de esa gente codiciosa que cifraba el principal fin de la vida en la ganancia segura y tranquila, y que la consideraba como suprema absolución de toda culpa. Ahora, empero, esas miserias, esa codicia y estupidez eran su mayor consuelo, y cada noticia que se las manifestaba era nuevo alivio para su afligido corazón.

Si Manuel la abandonase ¿qué haría? ¿Qué sería de ella? Este pensamiento, este temor ahogaba cualquiera otro en el alma de Menita. Amaba á Manuel con locura. Entre uno y otro habían desaparecido las diferencias de rango y riquezas. Menita no tardó en conocer el fondo noble y bueno de Manuel, su carácter débil y aniñado y, con eso, por extremo simpático. Vió que no era un seductor, que no lo había guiado ningún mal deseo, sino que la pasión lo había vencido. Manuel, por su parte, admiraba la perspicacia, el entendimiento y el natural ingenio de Menita, y se sentía hondamente conmovido por el amor ingenuo y sin reserva que ella le manifestaba. A los primeros transportes habían sucedido caricias tiernas, delicadas, respetuosas. Hablaban de todo. Menita se interesaba por los trabajos agrícolas de Manuel, y acerca de ellos le daba buenos consejos; le preguntaba por su familia, lo instigaba á que fuese á ver á su madre con frecuencia. Muchas veces, cuando permanecían algún rato en silencio, tranquilos y confiados, gozando de ese bienestar dulcísimo que se halla al lado de la persona amada,

decía parasí Manuel—«¡Si fueras mi esposa!...» y Menita pensaba:—«Si fueras mi esposo!...» pero ambos se apresuraban á ocultar esos pensamientos, como si temiesen que los labios los descubrieran.

Tal era el estado de Menita, cuando Josefa le preguntó si había notado el trastorno de Facundo.

Bien había echado de ver Menita ese cambio repentino; pero no estaba segura de que ella fuese la causa. Ahora no podía dudarlo, y, á pesar de las sospechas que ya abrigaba y de lo que se había prevenido anteriormente para sufrir la borrasca que consideraba como inevitable, se sobresaltó con las palabras de Josefa, como si jamás se le hubiese ocurrido que podría ser descubierta.

Luego la alentó la esperanza de que tal vez se trataría simplemente de chismes. Si Facundo hubiese sabido de cierto que ella se veía todas las noches con Manuel ¿no habría levantado al punto un alboroto? Egoísta como era ¿no habría olvidado, sin embargo, todo respeto por conservar intacta la honra del único sér que verdaderamente amaba en el mundo? Si nada hacía, si no pasaba de hallarse desazonado é irritable, era porque el nombre de Menita andaría en boca de los maliciosos y maldicientes, y en Antonio obraría la misma causa.

Varias veces Menita había comunicado sus temores á Manuel; pero él la tranquilizaba. Nadie sabía una palabra; á nadie había encontrado en su camino, fuera de Pablo. Harían comentarios sobre sus salidas; pero ¿quién podría imaginarse que venía á Mellico? Por otra parte, en casa de Menita se acostaban todos muy temprano, y no era gente liviana de sueño.

Menita quedó largo rato sin moverse del asiento en

que la dejó Josefa. Al fin se aquietaron sus recelos, cobró ánimo y salió á regar sus flores.

IX

Menita estaba regando sus flores, cuando entró Antonio al patio, y acercándose á ella con modo receloso, le dijo sin mirarla:

—Menita, tengo que hablarte.

—Pues ¿hay más que hacerlo?—dijo Menita fingiendo indiferencia.

—Tengo que hablarte; pero á solas.

—Nadie hay aquí—dijo Menita, soltando la regadera, que mantenía asida con mano trémula.

—Pueden venir.

—Vamos á la pieza de recibo.

—Pueden venir—repitió Antonio.

—Vamos á mi cuarto. ¡Vaya con tanto misterio! ¿Qué será?

—Vamos—dijo Antonio, siguiendo á Menita con visible turbación y embarazo.

Así que entraron á la pieza, Antonio se sentó en un baúl, puso los codos en las rodillas y la cabeza en las manos y, mirando al suelo, dijo:

—Menita, tú te ves todas las noches con don Manuel.

—¿Qué? ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién lo ha dicho?—exclamó Menita atropellando las palabras, é irguiéndose pálida y temblando.

—Nadie lo ha dicho—contestó Antonio.

—¿Y cómo lo dices tú?—preguntó impetuosamente Menita.

—Lo digo porque lo he visto, y don Facundo también lo ha visto.

Menita se dejó caer en una silla y se cubrió la cara con las manos. Temblaba tanto, que Antonio, que la observaba de reojo, se levantó para socorrerla.

—No, no. Siéntate—dijo Menita.—Cuenta, cuenta luego.

—No he venido á mortificarte ni á vengarme—dijo Antonio, compadecido—sino á darte aviso para que estés prevenida.

Menita se puso á sollozar.

—«Cuando supe—comenzó Antonio después de un breve silencio—que don Manuel había venido dos veces seguidas á Mellico y que en las dos veces te había visto, me entró recelo; pero luego se fué el caballero á Santiago y no pensé más en eso. Cuando, á los pocos días después de su vuelta, comenzaron á correr noticias de que tenía una... de que veía ó visitaba á una niña, me volvieron los recelos, y, por sí ó por no, se me ocurrió mirar con despacio la pared del huerto, porque, de venir don Manuel á verte, habría de entrar por ahí.

«En la parte donde pasan por encima de la pared los ganchos de la higuera grande, noté que algunos estaban sin hojas y otros quebrados, como si alguien se hubiese agarrado á ellos. En la pared se echaban de ver rastros muy señalados, y abajo había unos maderos recién movidos.—Aquí es,—pensé yo, y en la noche me escondí por ahí cerca.

«Á la hora en que suele acostarse don Facundo, vi llegar á don Manuel: escaló la pared muy fácilmente y se descolgó por la higuera.

«En un tris estuvo que no lo hubiese seguido para

írmele encima. Hasta me encaramé un poco en la pared. Y ¿sabes qué me sujetó? El pensar que á la bulla de la pelea podría venir gente; sabrían la causa y quedarías desacreditada. Tú no me habías dado palabra de casamiento, y tuyo era tu crédito.

"Volví, pues, á mi escondrijo y ahí me quedé hasta que don Manuel salió, lo cual hizo como á la media noche.

"Por no afligirte más, si esto puede afligirte, no te cuento lo que yo padecí; pero á nadie dije una palabra, ni la he dicho hasta ahora.

"Me dió, como cosa del diablo, el ir todas las noches á ver entrar á don Manuel, y no volverme hasta después que salía. Hallaba no sé qué gozo en mi rabia misma y en imaginarme á ustedes dos juntos...

"Ello es que anoche sentí el ruido de un caballo que sacudía el freno, no lejos de donde yo estaba. Salí á ver quién fuese, y distinguí un caballo y el bulto de un hombre sentado, muy encogido, al pie de un árbol. Me acerqué más por la espalda. Él no me sentía: era don Facundo. Estaba tiritando, las espuelas le sonaban, se mordía los dedos.

—"¡Don Facundo!—le dije tocándole el hombro.

"Se levantó, y se volvió repentinamente, mirándome tan espantado, como si yo hubiese sido del otro mundo.

—"¡Antonio!—me dijo luego que me conoció.—¿Qué andas haciendo por aquí? ¿Estás acaso cuidando el caballo de ese...

—"¡Y puede imaginarse semejante cosa, don Facundo!—exclamé.

—"¿Has venido entonces á convencerte por tus propios ojos, como yo he venido?

—«Sí—respondí.

—«Hoy en la mañana—me dijo don Facundo—andando por el huerto, descubrí unos rastros que llegaban hasta los castaños. Una sospecha terrible se me clavó en la cabeza. Apenas cerró la noche, me oculté aquí y vi lo que tú también habrás visto. Inmediatamente me fuí á casa, y mira...

«Don Facundo, tiritando siempre, echó mano á la cintura y sacó un cuchillo largo y afilado.

—¡Qué atrocidad!—exclamó Menita—¡No más, Antonio, no más!

Pero Antonio se había acalorado con su propia narración y, sin hacer caso de la aflicción de Menita, prosiguió:

—«¿Quieres ayudarme?—me dijo don Facundo.

—«¿Está loco?—repliqué.

—«Si no quieres, lo dejas. Puedo hacerlo yo solo. No debo de ser malo para la cuchillada. Cuando era mozo, á uno que me asaltó con cuchillo, le paré el golpe y le di un tajo, que en la vida consiguió zurcírselo.

—«Don Facundo, vámonos á la casa—le dije tomándolo de un brazo.

«Don Facundo resistió.

—«No voy—me dijo.—Lo he jurado y aquí me quedo.

—«Pues yo también me quedo—le repliqué—no para acompañarlo sino para defender á don Manuel.

—«Pelearé con los dos—dijo don Facundo.

—«Pero piense, don Facundo; va á matar á un rico, y después ¿qué será de usted?

—«No me importa.

—«Lo tomarán preso—seguí diciéndole—y si no lo fusilan, lo dejarán pudrirse en una cárcel. Le embro-

llarán sus tierras; todo lo que tiene se volverá sal y agua; sabe Dios á dónde irán á parar sus hijos...

—«Más que así sea.

«Viéndolo tan resuelto, se me ocurrió venir á pedir auxilio.

—«Haga lo que usted quiera—le dije.—Aquí lo dejo.

«Y me separé á buscar mi caballo. Unos cuantos pasos había andado cuando me llamó don Facundo.

—«Antonio—me preguntó—¿crees que sabrán que he sido yo y que me harán eso que dijiste?

—«Pues, como estarlo viendo.

—«Y ¿es cierto que le quitan á uno sus tierras y todo? Nunca lo he oído decir.

—«Pero si usted está en la cárcel toda la vida ¿cree que no le robarán cuanto tiene.

—«Y ¿qué haré, Antonio?

—«Lo que le digo: irnos á la casa. Lo hecho ya está hecho, y ninguna cosa se compone con matar á un cristiano. Vaya mañana á pedirle consejo al señor cura.

—«Así lo haré—murmuró don Facundo.

«Lo acompañé hasta que montó á caballo, y fuí á buscar el mío.

«Cuando volví estaba ahí mismo, con la cabeza inclinada y sollozando.

«Ni yo pude dejar de llorar, Menita; y ahora mismo, mira cómo se me saltan las lágrimas.»

Menita no levantó los ojos. Estaba anonadada; los remordimientos la oprimían. Nunca se le presentó su falta más horrible y monstruosa. Le parecía que sólo ahora venía á saber lo que había hecho. Se miraba como caída en un precipicio cuyos bordes se hubiesen cerrado sobre ella. Estaba la pobre Menita, como esperando la

muerte, sin maldecir á nadie, sin compadecer á nadie.

—Nos volvimos—continuó Antonio.—Consolé y animé á don Facundo lo que pude, y lo dejé, ya más sosegado, en su casa. Hace poco vine á verlo y no me separé de él hasta que lo vi montar á caballo para ir donde el señor cura. Ya sabes, Menita, lo que hay—agregó Antonio levantándose.—Me pareció obligación comunicártelo, y advertirte, al mismo tiempo, que mandes avisar á don Manuel que no venga. Temo que don Facundo, á pesar de lo que el cura le diga y de lo que yo pueda hacer, ejecute lo que tenía pensado si ve que don Manuel viene esta noche... y no dejará de ir á verlo. Adiós, Menita.

—¿Ya te vas, Antonio?—le dijo Menita, mirándolo cariñosamente.

—Sí.

—¡Oh! No te vayas, siéntate. No te vayas todavía.

Antonio se volvió á sentar en la postura de antes.

—Y ¿á quién podré mandar, Antonio, para avisar á Man... á don Manuel que no venga.

—Tú sabrás—contestó Antonio con sequedad.

—¿Á quién podré mandar? Todos aquí están ocupados, y ya es tarde... ¡Y si él viniera!...

—Su merecido tendría—dijo Antonio.

Menita no se enojó, sino que repitió con modo suavísimo é insinuante:

—¿Á quién podré mandar?... ¿Querrías tú?...

—¿Yo? ¡Á buen árbol te arrimas! ¿Cara de qué me encuentras, Menita?—exclamó Antonio mirándola con sobreceño.

—Eres bueno, eres blando de corazón, Antonio. No te niegues á hacerme este servicio, el mayor que te he

pedido y que tal vez te pida; el que puede hacerme agradecida para siempre hácia ti. Y ¡qué servicio! Evitar una desgracia horrible... Bien conozco, Antonio, que esto debe de mortificarte; pero ¿á quién acudo? Y ya es tarde, ya se va haciendo tarde.

—¿Qué me importa lo que pueda suceder á don Manuel?

Menita se levantó y se puso de pie al lado de Antonio, que permanecía con la cabeza en las manos y los codos apoyados en las rodillas. Con modo lleno de gracia y coquetería le sacó con la una mano el sombrero y con la otra acarició los cerdosos cabellos de Antonio. Este meneaba siempre la cabeza como diciendo:—No.

—Antonio, Antonio, ten compasión de mí—decía Menita; pero Antonio no consentía.

Menita le acarició el cuello y se extendió á las mejillas, repitiendo las súplicas con modo cada vez más suave y sumiso. Antonio estaba inflexible. Menita se inclinó, casi abrazando á Antonio. Este ya no meneaba la cabeza, sino que apretaba los puños; el rostro se le encendía; respiraba con fuerza.

—Antonio, buen Antonio...— repitió Menita estrechándolo apenas.

Antonio se levantó bruscamente y abrió los brazos para abrazar á Menita; pero ya ella estaba en la puerta que daba al patio, y volviéndose al punto exclamó con ademán dominante:

—¡Antonio!

Antonio se confundió y turbó en tal manera por su atrevimiento que, sin acertar con excusas, tartamudeó:

—Á ver ese papel, Menita; á ver el recado, Menita, antes que se haga más tarde...

Menita, sin perder tiempo, cogió un pedazo de papel, escribió con lápiz algunas líneas, y lo entregó á Antonio. Éste lo tomó maquinalmente y salió.

Menita echó llave por dentro á la puerta, y no se separó del umbral hasta que se perdió el ruido de los pasos de Antonio. En seguida, se arrodilló delante de una estampa de la Virgen y oró con fervor; pero sin que su alma, conturbada y temerosa, tomase ninguna resolución.

Antonio llegó á «Renaico» y encontró á Manuel en el corredor de la casa. Se apeó y le entregó el papel, diciéndole simplemente:

—Aquí le mandan este papel—y se retiró á tomar su caballo.

—Aguarde un momento, amigo— dijo Manuel, no bien vió la firma de Menita.

Antonio se paró y se volvió á Manuel con cara de desagrado y mal humor.

—Usted, amigo, me ha hecho un servicio y debo recompensarlo junto con darle mis agradecimientos—agregó Manuel con modo cortés y afable, ofreciendo á Antonio un puñado de dinero.

Antonio se encogió de hombros.

—Usted no me debe servicio alguno—dijo.—No lo he hecho por usted.

—No por eso le quedo menos agradecido—repuso Manuel.—Admítame este obsequio.

—No, señor. No recibo nada.

—¿De manera que no me hará el favor de llevar la contestación?

—Tanto como eso no—dijo Antonio montando á caballo.

Partió á galope; pero á poco andar, volvió.

Manuel no se había movido del corredor. No hallaba cómo explicarse el papel de Menita y la extraña conducta del mensajero.

—Llevaré la contestación—dijo Antonio sin desmontarse.

Manuel entró á su pieza, y leyó de nuevo el papel de Menita, que decía así:

"MANUEL:

"Nos han descubierto. No vengas más, no vengas por nada, mira que podría suceder alguna desgracia de la cual no se consolaría nunca tu—MENITA."

Manuel contestó:

"MENITA:

"No vuelvo todavía de la sorpresa que me ha causado tu papelito. ¿Qué ha habido? Escríbeme bien largo acerca de lo ocurrido. Te mando dinero para que pagues lo que te pidan por traerme tus cartas. El que ha venido ahora parece hombre muy raro, y por temor de que se vaya sin llevar esta contestación, no te digo más.

"Queda en la mayor ansiedad tu—MANUEL."

Puso la carta en un sobre, echó dentro cuantos billetes de banco cupieron, y pegó el sobre.

—¡Qué ligero escribe su merced!—exclamó Antonio con amarga socarronería, tanteando la carta antes de echársela al bolsillo; y clavó las espuelas.

Manuel se acaloró por tal atrevimiento; pero no alcanzó á decir nada á Antonio.

Antonio no paró de galopar hasta que llegó á la casa de Facundo: tenía prisa en entregar esa carta que lo quemaba como brasa de fuego.

Entró en derechura y golpeó la puerta de Menita.

—¡Ya llegaste, Antonio!—exclamó ella.—¿En sus manos dejaste el papel?

—En sus propias manos.

—¡Cuánto te lo agradezco!

—Y más me lo agradecerás—dijo Antonio—cuando te dé la contestación que traigo.

Y sacando la carta, agregó con risita sardónica:

—Don Manuel, por lo visto, es buen pagador. Te manda arreglada la cuenta, y me parece que no te podrás quejar de la paga.

Fué tanta la indignación y la vergüenza de Menita, que dejó caer la carta y estuvo un instante sin moverse; pero luego se dominó. Recogió la carta con fingida tranquilidad, rompió el sobre, sacó los billetes y leyó lo que Manuel le escribía.

Menita dió un suspiro de desahogo, y pasando la carta á Antonio, le dijo con desprecio:

—Toma, lee y di dónde está ese arreglo de cuentas.

Probablemente la sola lectura de la carta no habría disipado la sospecha de Antonio; pero ya la había disipado el enojo de Menita.

—Creo lo que me digas, Menita—contestó Antonio con humildad y sin aceptar la carta.

—Te la leeré, entonces—replicó Menita, y leyó la carta en alta voz.

—Era broma... —dijo Antonio.

—Y si quieres—interrumpió Menita—puedes tomar todo este dinero. La mitad en pago del viaje que aca-

bas de hacer, y la mitad en pago de otro viaje para entregar otra carta que luego voy á escribir; pero ha de ser con buen modo...

—Lo dije por broma... Pero no iré. Ahora no te faltará á quien mandar...

—Está bien... Quiero estar sola.

Antonio salió triste y confundido, y Menita cerró violentamente la puerta tras él.

Púsose á escribir una larga carta á Manuel, en que le refería con minuciosidad todo lo acontecido, é intercaló aquí y allí párrafos en que desahogaba su corazón con palabras ingenuas y, por lo mismo, apasionadas. No quería Menita escribir términos pulidos; quería que Manuel se imaginase al leer esa carta, que oía hablar á su amada Menita; quería que exclamase lo que repetía mil veces allá, bajo los castaños:—"¡Menita, tu corazón es un tesoro!"

Después que escribió la carta, salió á buscar Menita quién quisiera llevarla á Manuel.

Hacía poco rato que se había puesto el sol, y cerca de la casa andaban todavía algunos peones. Menita disimuladamente llamó aparte al que le pareció más á propósito para el mandado.

—José—le dijo—¿tienes caballo?

—No tengo, señorita—contestó José rascándose la cabeza por debajo del sombrero, y con el modo de quien recela un mandado.

—¿Y ese caballo en que andabas el domingo?

—Es una potranquita mía que estoy amansando.

—¿No podrías ir en ella á "Renaico"?

—¿Á "Renaico", señorita? No aguanta ni media legua...

—Buscaré á otro. Siento, José, que no ganes la gratificación.

—¿Cuánto pensaba dar, señorita?

—Con tal que me guarden el secreto, pienso dar hasta diez pesos.

—¡Diez pesos!—exclamó José abriendo tamaños ojos. —Por risa lo dirá.

—¿Por risa? Aquí están. ¿Los ves?

—Échelos acá, señorita—dijo José estirando la mano— y que me corten la lengua si suelto media palabra, y que le corten las cuatro patas á mi potranca si no voy y vuelvo en un credo.

PEDRO N. CRUZ

(Continuará)

EL INFIEL

DE LORD BYRON

(Continuación)

¿Podéis decirme el nombre de ese monje?
Alguna vez he visto sus facciones
en mi tierra natal, há largo tiempo;
cuando al escape en la desierta playa
corría sobre un potro tan ligero
cual le tuvo jamás jinete alguno.
Sólo una vez le vi; pero su rostro
mostraba tan profundo sufrimiento,
que no pude olvidarlo. Ahora mismo
no se ha borrado esa expresión, sombría
como la muerte, que su ceño marca.

«Hace seis años que por vez primera,
en medio del estío,
vino á morar aquí entre los hermanos;
y le place albergarse en este sitio,

quizás por algún hecho misterioso
de que no habla jamás. Nunca le vemos
postrarse á la plegaria de la tarde,
ó arrodillarse á confesar sus culpas,
ni contemplar si al firmamento suben
el incienso ó el himno;
sino que dentro de su celda á solas
silencioso medita.
Nada se sabe de su fe ó su raza.
Vino desde la tierra del pagano
cruzando el mar, y aquí desde la costa;
mas no parece de otomano origen
y es cristiano tan sólo en el aspecto.
Más bien semeja un renegado errante
que estuviera del cambio arrepentido,
salvo que evita entrar en el santuario,
y no prueba el sagrado pan y vino.
Grandes larguezas á estos muros trajo,
con que ganó de nuestro abad la gracia;
pero, á ser yo el Prïor, ni por un día
sufriera de ese extraño la presencia,
ó le condenaría á que por siempre
morase en nuestra celda de castigo.

Mucho, á veces, murmura en sus visiones
de una doncella bajo el mar sepulta,
de sables que se chocan, de enemigos
que huyen, de musulmanes moribundos,
y de agravios que claman por venganza;
y aun se le ha visto en pie sobre el barranco
hablar como en delirio á alguna mano
recién cortada del armado brazo,

visible para él sólo,
que á su sepulcro á caminar lo impele
y lo excita á arrojarse entre las olas!
Sombrío y casi sobrehumano ceño
bajo el capuz oscuro se cobija;
y el fulgor de esos ojos dilatados
revela demasiado de otros tiempos.
Aunque variable, sin color distinto,
muchas veces aquel que lo contempla
siente de su mirada el peso extraño;
porque hay en ella la secreta magia
que habla, y que con palabras no se explica;
un espíritu indómito, elevado,
que aspira á subyugar y que subyuga.
Y, como el ave cuyas alas tiemblan
no puede huir del áspid que lo mira,
otros bajo el poder de su mirada,
que apenas pueden resistir, se abaten.
Temeroso quisiera huir el monje
si se encuentra con él, acaso, á solas;
como si esa mirada, esa sonrisa
tan llena de amargura, contuvieran
el contagio del miedo y del delito.
No sonríe á menudo: y al hacerlo,
¡triste cosa! parece
que escarneciera la miseria humana.
¡Cómo el pálido labio se estremece,
y se contrae, y luego queda inmóvil,
como si fuese para siempre! Acaso
su desdeñoso orgullo, ó sus pesares
le han prohibido que jamás sonría;
y así ha de ser: tan lúgubre sonrisa,

jamás pudo nacer del regocijo.
Pero es aún más triste en ese rostro
escudriñar la huella
de lo que fueron emociones antes;
que aún no ha fijado el tiempo las facciones,
sino ha mezclado el mal con rasgos puros;
y hay allí tintes que no se han borrado,
y una mente hacen ver no envilecida
por el crimen que un tiempo meditara.
La muchedumbre sólo ve las sombras
de los delitos y su justa pena;
mas el atento observador descubre
una alma noble y una extirpe excelsa.
Aunque ambas ¡ay! inútilmente dadas,
y acaso transformadas por la angustia
ó por el crimen mancilladas, siempre
sobre el vulgo se eleva el que ha podido
ser recipiente de tan altos dones;
y en él se fija sin querer la vista
con íntimo estupor, casi con miedo.
Así, rústico albergue sin techumbre,
lleno de grietas y cayendo en ruina,
no detiene los pasos del viajero;
pero la altiva torre que la guerra
ó el rayo han destrozado, mientras tiene
siquiera alguna almena levantada,
atrae y fija su mirada al punto;
cada arco festonado por la hiedra,
cada columna solitaria, evocan
altos recuerdos de pasadas glorias,
y altivamente un homenaje piden.

Plegando la flotante vestidura,
pasa entre las columnas de la nave
con lenta marcha, y tristemente mira,
él, que es mirado con temor, los ritos
que santifican el solemne templo;
pero cuando la antífona resuena
y se estremece el coro con el canto
y se postran los monjes, se retira.
Vésele allá en el solitario pórtico
á la luz indecisa de una antorcha,
y allí se tiene hasta que todo pasa.
Escucha la oración, mas él no ora.
Ved: cabe el muro iluminado á medias,
echa atrás el capuz, y caen los rizos
de su negra ondulosa cabellera
coronando en desorden esa frente;
como si la serpiente más oscura
de la terrible frente de Gorgona,
en torno de la suya se enroscara.
Él rechaza los votos del convento,
y el profano cabello crecer deja,
mas sigue en lo demás nuestras usanzas.
No su piedad sino su orgullo le hacen
enriquecer esta mansión, que nunca
le oyó ni voto, ni piadosa frase.
¿No veis? Cuando la mística armonía
con su más alta voz saluda al cielo,
notad su rostro lívido, y ese aire
de desesperación y desconfianza.
¡Apártele del templo San Francisco!
¡No sea que la cólera divina
caiga en nosotros con terrible muestra!

Si alguna vez un ángel malo pudo
vestir forma mortal, fué una como esta;
y así Dios me perdone
como es verdad que semejante aspecto
nunca del cielo ó de la tierra ha sido.»

Siempre al amor propensos
fueron los corazones más benignos,
mas él no los posee por entero:
tímidos, los arredran las desgracias;
y demasiado mansos, no se atreven
á erguir la frente y desafiar altivos
la desesperación. Tan sólo es dado
á fuertes corazones, el que sientan
heridas que jamás el tiempo cura.

El áspero metal, para que brille
su superficie, ha de sufrir el fuego
al salir de la mina;
y en el calor de la candente fragua
se dobla y funde; pero es siempre el mismo.
Templado luego á voluntad, te sirve
para que te defiendas ó que mates:
ya coraza en las horas de peligro,
ya espada con que herir al adversario.
Pero si forma de puñal reviste,
¡ay de los que en malhora le afilaren!
Así, el ardor de la pasión, y el arte
de la mujer, el corazón más fuerte
llegan á modelar: de entrambos toma
temple y forma á la vez y para siempre

queda tal como aquellos lo formaron.
No se vuelve á doblar: se rompería.

Poco alivio al pesar es que suceda
la soledad al padecer: el pecho
vacío es un desierto
que antes, al menos, el dolor llenaba,
y ahora nos abruma con un peso
que nadie viene á compartir. La dicha,
la dicha misma en maldición se torna
si no hay quien la divida; y cuando el alma
se encuentra así desconsolada y sola,
corre á buscar como solaz el odio.
Es como si el cadáver en su sueño
sentir pudiera el frígido gusano
que en torno de él se arrastra y busca hambriento
el festín que el sepulcro le dispone,
sin poderlo ahuyentar, de horror transido.
Ó como si el pelícano, que rasga
con el pico su pecho, y con su sangre
los hambientos polluelos alimenta
sin deplorar la vida que les cede
al desgarrar su corazón hallara
que está desierto de su prole el nido.
¡Los más crueles dolores que atormentan
el alma del malvado,
deleite son ante el vacío lúgubre,
el árido desierto de la mente,
y la inquietud del sentimiento ocioso!
¿Quién podría mirar un firmamento
sin sol ni nube, y aceptar la suerte

de verlo siempre así? Mejor mil veces
arrostrar el fragor de la tormenta,
que salir para siempre de sus olas
á perecer en la desierta playa
en medio del silencio y muerta calma,
fragmento que se pudre solitario,
sin que nadie lo vea.
¡Mejor hundirse en la encrespada ola
que estar muriendo á pausas en la peña!

J. Arnaldo Márquez

(Concluirá)

HACIENDA DE ESTADOS UNIDOS

INFORME DEL SECRETARIO DEL TESORO

(Traducción)

DEPARTAMENTO DEL TESORO,

Washington, 6 de diciembre de 1886.

Al Honorable Presidente de la Cámara de Representantes.

Señor: En cumplimiento de la sección 257 de los Estatutos Revisados, adjunto al Congreso (Apéndice A) «los presupuestos de las entradas y gastos públicos en el presente año fiscal», con una cuenta (Apéndice B) de las entradas y gastos en el último año fiscal; y una presentación de la deuda pública y del haber y responsabilidades del Tesoro en 1.º de noviembre de 1885, y 1.º de noviembre de 1886, y del pago y cambios de la deuda pública durante los dichos doce meses; además otros documentos, tablas y comparaciones (Apéndice D), y los

informes anuales dirigidos á mí por los jefes de oficinas y otros empleados del departamento.

En cumplimiento de la sección 248 de los Estatutos Revisados, he tratado también de "discurrir y preparar planes para el mejoramiento y manejo de la renta, y el sostenimiento del crédito público", consagrando á ello todo el tiempo que la convalescencia de una penosa enfermedad me obligaba á separarme de la rutina oficial.

LA CUESTIÓN DE LA PLATA

Desde la fecha de mi último informe anual ha cambiado la actitud del Gobierno hacia la cuestión de la plata. El asunto es importante, y necesita detalles. Se acaba de obtener el resultado de nuestra misión especial cerca de los Gobiernos de Francia, Alemania y Gran Bretaña, y es como sigue:

El Gobierno francés pensaba de igual manera que cuando se había unido al de Estados Unidos para convocar á la Conferencia Internacional Monetaria de 1881.

El Gobierno de Alemania juzgaba la cooperacion de Gran Bretaña para cualquiera cambio, condición *sine qua non*.

El Gobierno de Gran Bretaña, administrado entonces por el mismo partido y las mismas personas que ahora, no divisó razón alguna para apartarse de la posición mantenida por ese Gobierno en las Conferencias Internacionales Monetarias de 1878 y 1881. La posición que los delegados del Gobierno británico estaban encargados de tomar en cada una de esas conferencias había sido opuesta al objeto perseguido por los Estados Unidos. Ese objeto era la apertura de las casas de moneda del

Gobierno de Estados Unidos de América y de los principales Estados europeos, á la amonedación libre ilimitada del oro y de la plata en moneda tipo legal, en una relación de valores fijada por acuerdo internacional.

Así, en la Conferencia Monetaria de 1878, los delegados británicos habían inducido á Mr. León Say, primer delegado francés, y á una mayoría de delegados, á declarar que la plata, como el oro naturalmente, debería conservarse como metal monetario, pero que cada Estado ó grupo de Estados tendría derecho para obrar por sí mismo en la elección y en la amonedación.

Habiéndose puesto fuera de debate una relación internacional de valores, puesto que los Estados bimetálicos no emprendían una amonedación ilimitada de la plata, los delegados británicos declararon además su esperanza de que no todos los Estados preferirían el oro, insistiendo al mismo tiempo en que Gran Bretaña guardase sus preferencias, y en que una relación fija de valores era del todo impracticable.

Estas declaraciones, por supuesto, frustraron el objeto que los Estados Unidos tenían en mira al convocar la Conferencia Internacional Monetaria de 1878.

Durante los últimos tres años, la poderosa polémica de M. Henry Cernuschi revolucionó la opinión de los principales hombres de Europa y terminó la dependencia de Francia y de Gran Bretaña. El Gobierno de Francia se juntó al de Estados Unidos para reunir la siguiente Conferencia Internacional Monetaria, que tuvo lugar en París el año de 1881.

El propósito de los Estados Unidos, apoyado ahora por el inapreciable concurso de la «mayor entre las grandes potencias metálicas», fué otra vez el mismo; esto es,

la apertura de las casas de moneda de un grupo de tales potencias á la libre amonedación ilimitada del oro y de la plata en moneda tipo legal, dentro de la proporción de valores fijada por acuerdo internacional.

Los delegados de Gran Bretaña declararon que su sistema monetario desde 1816 había reposado sobre el oro como único padrón; que este sistema había satisfecho todas las necesidades del país sin dar origen á las dificultades nacidas en otros bajo sistemas diversos; y que por estas razones había sido aceptado por los gobiernos de todos los partidos y por la nación.

El Gobierno de Gran Bretaña no podía tomar parte, por consiguiente, en una conferencia que iba á sostener los principios propuestos, y su delegado no tenía autorización para votar.

Esta declaración frustró naturalmente el objeto de la Conferencia Monetaria Internacional de 1881, pues el Gobierno de Alemania, siguiendo las aguas del de Gran Bretaña, estaba resuelto á conservar el mismo sistema monetario del último.

El secretario de Estado me comunica que la anterior declaración de 1881, en lo que se refiere al apoyo prestado por todos los gobiernos de todos los partidos al actual sistema monetario de Gran Bretaña, fué reiterada en el verano de 1885 á nuestro comisionado especial Mr. Manton Marble, no menos claramente por los empleados superiores que por las personas más eminentes del partido opuesto, que acababan de abandonar el poder. En enero del presente año, sin embargo, antes de la vuelta de esos competidores al Gobierno, se abrió una correspondencia entre dos departamentos del Ejecutivo

británico (India Office y el Tesoro) que marcó el principio de una innovación.

NUEVA COMISIÓN DE ORO Y PLATA EN GRAN BRETAÑA

La primera carta del entonces secretario de Estado de India terminaba como sigue:

"Lord Randolph Churchill... desea al mismo tiempo inculcar en el ánimo de los lores la importancia de hacer todos los esfuerzos posibles para arribar, por acuerdo internacional, á algun arreglo á fin de hacer revivir la libre amonedación de la plata, y asegurar la estabilidad comparativa de los valores relativos del oro y de la plata, que tan esencial es para la marcha regular del comercio, y de tan vital importancia para la India."

Este apremio fué apoyado por un telegrama del Gobierno de la India, que decía:

"Creemos que los intereses de la India Británica demandan de una manera imperiosa que se arribe á un acuerdo internacional para arreglar la cuestión de la plata. Hasta que no se haga esto permaneceremos en las mayores dificultades financieras, sobre cuyas consecuencias debemos abrigar serios temores, tanto por lo que respecta á nuestra situación financiera como á las medidas taxativas en relación á nuestro dominio en la India Británica."

La réplica (mayo 31) del Tesoro, entonces bajo la dirección de Mr. Gladstone, mantuvo la posición tradicional á ambos partidos, apoyó la misma con la autoridad del asociado y predecesor de Lord Randolph Churchill, Sir Stafford Northcote, y terminaba como sigue:

«Es obvio que el Gobierno de Su Majestad no podría tomar medida alguna tendente á convocar ó á cooperar en una nueva conferencia monetaria antes de haber previamente determinado la política que deberían proponer ó en la cual les fuera dado consentir. Todo el asunto está, al parecer, sometido á la consideración de la Comisión Real de la Depresión del comercio, pero los lores no encontrarán en la correspondencia é informaciones que tienen á la vista nada que les induzca á apartarse de las instrucciones dadas al representante de este país en la conferencia de 1881.»

El tercer informe, en el verano último, de dicha Real Comisión, de la cual Lord Iddesleigh (Northcote) es presidente, después de referirse á todas las causas de cambio de valor relativo de los dos metales, menos á la primera causa, á la que yo aludiré pronto, terminó recomendando la creación de una comisión especial de oro y plata.

Con la vuelta al poder del partido tory en las elecciones de julio cayó aquella recomendación en manos de los mismos que la habían formulado. Se creó en septiembre la Real Comisión de oro y plata, y una petición firmada por doscientos cuarentitrés miembros de la Cámara de los Comunes expresó cuál era su objeto.

«Averiguar si es posible sugerir algún remedio, dentro de las atribuciones de la Legislatura ó del Gobierno, por sí ó de acuerdo con otras potencias, que sirva para remover ó atenuar los males y los inconvenientes originados ya, sin injusticia contra intereses ajenos, y sin causar otros males é inconvenientes igualmente grandes. Por último, si cree la Comisión que esto es posible, que determine la forma precisa en que tales remedios de-

berán adoptarse y la manera como serán aplicados.»

Pero la vuelta al poder del partido tory fué señalada por una distribución nueva de los empleos del Gabinete. El Primer Lord del Tesoro (Iddesleigh) y el Canciller del Exchequer (Hicks-Beach), que habían tenido sucesivamente la dirección de la Cámara de los Comunes, y cuyas opiniones habían sido citadas por el Gobierno de Mr. Gladstone para reproche á la India Office, fueron trasladados á otras funciones; al paso que el antiguo secretario de India, que en enero había hecho todo esfuerzo para llegar al acuerdo internacional con el fin de hacer revivir la libre amonedación de la plata, se hizo cargo de la Cancillería del Exchequer y de la dirección de la Cámara de los Comunes. Desde ese puesto anunció en 7 de septiembre Lord Randolph Churchill los miembros de la Comisión de oro y plata. Su presidente, vicepresidente de la Liga bimetálica; y uno de sus miembros más expertos, el secretario financiero del Gobierno de India, son conocidos de todos aquellos que tienen interés en el asunto, como partícipes de la creencia de que un acuerdo internacional para abrir las Monedas de los principales gobiernos á la libre amonedación de la plata en una relación fija de valores entre el oro y la plata, para acuñar moneda tipo legal ilimitado, bastaría para restablecer en su antigua estabilidad el valor relativo de ambos metales.

Cualesquiera que sean las conclusiones de esta comisión, cualquiera el favor que dichas conclusiones obtengan de gabinetes ó parlamentos, su nombramiento y su carácter señalan un cambio en la actitud del Gobierno británico respecto á aquella creencia, al menos, por indiferencia y falta de debida atención.

El cambio es importante. Sin embargo, las palabras del Gobierno de Mr. Gladstone, reiteradas el último mes de mayo, son de gran peso: "Debe operarse un cambio completo en la opinión pública antes de que pueda divisarse un cambio en la política monetaria de este país". Mientras hombres de luces y conocimientos se esfuerzan en formar la opinión pública en un asunto tan capital para la prosperidad común, pero tan recóndito que un inglés en cien mil no es capaz de formar juicio sobre él, y tan repelente que ni la mitad de los capaces tratarán de hacerlo; sin embargo, se necesita tiempo para llegar á un acuerdo entre los competentes, silencio entre los incompetentes, y fe entre las masas del pueblo.

Además, en Gran Bretaña, como en otras partes, ha sido costumbre desacreditar, como puras utopías de especuladores monetarios ó de teóricos ignorantes, la teoría bimetálica del dinero, que por mucho tiempo prevalecía en la práctica acertada de naciones, pero que debía tanto su desarrollo científico como su autoridad á una generación posterior á aquella que sólo pudo concebir un sistema anglo-céntrico monetario. Aparte de toda predisposición, la desidia y el hábito harán difícil, según sucedió con el cambio á la teoría moderna de los movimientos planetarios, el que una generación nacida y educada desde 1816 alcance á interpretar las funciones del dinero desde un punto de vista universal, en vez de uno exclusivamente insular.

Estoy, por lo tanto, lejos de suponer que la reciente gran baja de la plata comparada con el oro, y sus efectos sobre las finanzas indias y el comercio inglés, hayan hecho desaparecer la ilusión reinante en Gran Bretaña por setenta años, ó que la diversa actitud del actual Gobierno

se reduzca á una confesión cándida de que la ley de un Parlamento británico en 1816 ha sido la fuente y origen del gran trastorno actual en la paz monetaria del mundo, que su persistencia en el error ha empeorado y prolongado.

LA ILUSIÓN BRITÁNICA DE LA UNIDAD DE ORO

La ilusión consiste en ver la medida de los precios de artículos necesarios en toda Gran Bretaña, exclusivamente en el oro sellado en sus propias Monedas, en lugar de verlo en el oro y plata del mundo. La ilusión es extraordinaria, pues no ha sido negado por sus primeros economistas que los precios son la expresión (en términos de cualquiera padrón nacional metálico envuelto en dinero sellado) de la relación entre la cantidad de los dos metales y la cantidad de artículos de consumo. Y no se ha imaginado que los precios de Londres expresaban la relación de oro sólo y de los artículos de consumo; los precios de Calcuta, la relación entre las cantidades de plata y los artículos de consumo; los precios de París, la relación, en una tercera y diversa escala, entre las cantidades de los dos metales y de los artículos de consumo.

El hecho también es notorio, que los precios son unos, aunque expresados en muchos idiomas, el idioma del padrón monetario de cada país, el cual puede aquí encerrarse en oro sólo, allá sólo en plata, ó acullá en oro y plata á la vez, en libras esterlinas, pesos, rupees, francos, marcos. Sin embargo, es de suponer que Gran Bretaña en 1816 pudo tener elección entre los padrones, que eligió el mejor, y que, manteniendo el mismo desde entonces por su acto independiente y su autoridad en su

comercio de todo el mundo, el oro sólo ha sido la medida unitaria de los precios, «satisfaciendo todas sus necesidades, sin dar origen á dificultades manifiestas en otras partes, bajo diferentes sistemas.»

Lo que hizo Gran Bretaña por la ley de 1816 fué cerrar para entonces y después, sus Monedas para la amonedación libre de la plata en moneda legal comerciable, dejándolas abiertas sólo para la amonedación libre del oro en moneda tipo legal. En efecto, el padrón monetario de Gran Bretaña, entonces, como antes y después; que medía y disponía de todos los precios de artículos de consumo para ella y las naciones comerciales de uno y otro hemisferio, consistía en todo el oro y la plata del mundo. Su predominio fué de esta suerte: una nación o más dieron sólo á la plata libre amonedación para moneda tipo legal; otra nación ó más la dieron únicamente al oro; otra acuñaba ambos metales como moneda de tipo legal; y, fijando los pesos diferentes de los dos metales que deberían tener igual poder para comprar y pagar deudas, guardaron en uso cantidades tales de monedas acuñadas, que hicieron constante la relación de valores. El oro, por lo tanto, tenía, en proporción, igual poder de pago en donde la plata sólo era de amonedación libre, como donde ambos eran acuñados.

Los dos metales fueron unidos así prácticamente en moneda universal, y el orden general de los precios que medían era idéntico, siendo lo demás igual en Gran Bretaña como en los otros países. En otros términos, la amonedación de la plata, que Inglaterra rechazó en 1816, fué hecha en otras partes; la amonedación libre en una relación fija como moneda legal, que ella había indicado al oro y plata acuñados y fundidos en cualquiera

parte, fué mantenida activamente en otros países durante sesenta años. Ella no tenía ni unidad diferente, ni la única unidad del oro; fué solamente un factor en el equilibrio general de las amonedaciones monometálicas, que Francia, por su amonedación bimetálica, tuvo poder para mantener estable. La dependencia de Gran Bretaña fué absoluta en momentos en que más se alardeaba de su independencia.

De esta suerte la exclusión que hizo en 1816 Gran Bretaña de la plata como moneda tipo legal, no promovió de golpe el desuso de dicho metal en las transacciones internacionales, ni aún en aquellas en que sus comerciantes y banqueros estaban interesados; ni perturbó la relación de peso en la cual los dos metales se daban y recibían como de igual valor; ni afectó las tasas de precios, los resultados de las industrias y cambios del mundo compensados con la existencia agregada de los dos metales monetarios; en tanto que las grandes Monedas estaban en otras partes abiertas y prontas para acuñar ambos en moneda que era igualmente tipo legal para el desempeño de todo contrato ó pago de deuda originado en el curso diario de aquellas industrias y cambios.

CRISIS Y CURSO DEL TRASTORNO MONETARIO

La funesta consecuencia de la medida de Gran Bretaña sobre la plata en 1816, saltó á la vista cuando Alemania imitó en 1873 ese error imperial.

Una circunstancia sin influencia, meramente pasiva, en el desarrollo del comercio británico: la exclusión de la plata para amonedación de tipo de moneda legal, fué tomada por la causa. Llamado con el nombre ilusorio de

único padrón del oro, alabado por Gran Bretaña misma como «sistema monetario bajo el cual ella ha gozado de gran prosperidad», y acreditado así como el secreto parcial de la grandeza de su imperio comercial, obtuvo la admiración de un poder naciente, más ejercitado entonces en las artes militares que en las industriales, y consolidado apenas en unidad política después de gigantesca guerra. Equipado con el rescate pagado al Tesoro imperial por una nación rica pero vencida, los hombres de estado de Alemania decidieron, á cualquier precio, hacerse poseedores del dorado fetiche. Cerrando sus Monedas á la amonedación de la plata; retirando de la circulación su plata, antes exclusivamente acuñada; y tratando de sustituirla, por medio de las Monedas abiertas de Francia, por el oro francés; lanzando grandes cantidades de plata en cortos intervalos y en ventas ocultas al mercado inglés, así Alemania, con su legislación de 1871 á 1873, imitó la legislación británica de 1816 y causó inmediatamente un gran trastorno monetario. Francia, en presencia de la invasión de plata de Alemania, desconfió del poder de sus Monedas, abiertas para mantener la relación de ambos metales bajo la libre amonedación de ambos, como casi sólo lo había hecho durante la innundación, inmensamente mayor, de oro de las minas nuevas de California y Australia; y al principio, restringiendo su acuñación, lo que ni destruyó el propósito de Alemania, como una rápida suspensión lo habría ocasionado, ni le privó de su importancia, como lo habría hecho una amonedación libre continuada, cerró al fin completamente sus Monedas á la libre amonedación ilimitada de la plata en moneda tipo legal. Así fué, al fin, trastornada la paz monetaria del mundo.

Desde esa fecha, en ninguna parte se ha visto que la Moneda de un gran país, que acuñaba cualquier metal como moneda tipo legal, haya acuñado el otro metal en iguales términos y en cualquiera relación.

Así se terminó por algún tiempo esa fusión legal, por decirlo así, de los dos metales en una sola medida monetaria, que la libre amonedación de ambos y la calidad tipo legal impartida á ambos con relación fija, había producido en la práctica verdadera fusión. Así terminó el predominio de un antiguo padrón bimetálico y medida de los precios de artículos de consumo.

Así comenzó la confusión de dos medidas monometálicas desunidas en el mundo, que está todo entrelazado por la unidad comercial. Así comenzó la gran dislocación monetaria. El uso normal en el mundo de un solo padrón común de precios, desapareció por algún tiempo.

La superioridad de la plata y el oro unidos como una sola cosa en clase y cantidad, y como lo mejor para dicho padrón, aparece, según he dicho, "primero, en que es una cantidad que la sabiduría legislativa no alcanza á variar; segundo, en que es una cantidad que una sola generación de hombres no alterará mucho tampoco, puesto que el incremento anual es demasiado pequeño en relación á la masa total, ya grande, y que paulatinamente acrece de generación en generación. Esa masa total, por su cantidad, su invariabilidad, su indestructibilidad, es un prodigio entre las medidas. Comparándola con la vasta suma de artículos de consumo humano, la mayor parte perecederos, que disminuye y aumenta con el tiempo de la siembra y de la cosecha según varían las estaciones, y de la cual la parte no consumida ó más ó menos imperecedera es tan pequeña, los

metales monetarios del mundo son la medida de valores más digna de fe que pueda obtenerse.»

Y ¿cuál ha sido la consecuencia de aquel trastorno? Comenzando en 1873 y continuando con menores fluctuaciones hasta ahora, ha habido una baja comprobada en los precios de los principales artículos de consumo comerciables del hombre, que contrapesaba con exceso el alza demostrada de precios, de 1848 á 1865, que siguió al aumento de 1,900 millones en la existencia anterior de oro del mundo.

Siendo el oro mercadería en países que daban libre amonedación ilimitada para moneda tipo legal á la plata únicamente, y siendo la plata mercadería en aquellos que daban esa libre amonedación ilimitada para moneda tipo legal sólo al oro, y habiendo cesado así la fijeza del precio de uno y otro metal, que se hacía tan imposible como la fijeza en el precio del trigo ó del hierro, en cualquier país en que el otro solamente tenía amonedación libre, ha sucedido también que el precio de la plata, medida con igual medida que los precios en baja de los artículos de consumo desde 1873, ha seguido igualmente hasta ahora en fluctuaciones paralelas.

CONDICIONES DEL ORDEN MONETARIO

Las condiciones esenciales en ese antiguo orden monetario parecen ser las siguientes:

1. Monedas abiertas al público para la libre amonedación del oro.
2. Monedas abiertas al público para la libre amonedación de la plata.
3. Oro sellado como único tipo legal.

4. Plata sellada como único tipo legal.

5. Monedas abiertas al público para la libre amonedación del oro y de la plata.

6. Equivalencia proporcional de ambos metales en tal amonedación, fijada por Estados suficientemente poderosos para hacerla y mantenerla. Estas condiciones, según es obvio, operan en todas partes la inclusión de los metales no sellados como poder monetario con los metales sellados como dinero existente actual, ensanchando la gran existencia. Hacen más que trivial, anulan cualquiera variación en el insignificante incremento de la minas, ó en la más insignificante disminución por desgaste, pérdidas ó usos no monetarios. Nos permiten precisar los errores pasados, y testificar la política de las medidas tomadas por cualquier nación tendentes á una restauración del orden monetario.

Estas condiciones unidas traían la seguridad de que los cambios en los precios de cualquier artículo de consumo eran debidos á causas especiales y naturales, y no á causa monetaria, y eran debidos no á cambio en toda la medida monetaria ó unidad de medida, sino en todos los casos al costo variable de producción, según que las invenciones é industrias del hombre subyugaban más fácilmente la materia y las fuerzas de la naturaleza, ó á tal ó cual otra circunstancia secular é intrínseca de fluctuación.

Naturalmente, al adoptar la proposición de Chevalier y de Cobden se habrían violado estas condiciones. Si se hubiese quitado á los dueños de minas de oro el derecho de libre amonedación, como se ha hecho últimamente á los dueños y mineros de plata por naciones que antes concedían el derecho á unos y á otros, debe suponerse que

el poder comerciable del oro comparado al de la plata habría igualmente disminuído, y que, en vez de una cuestión de plata, sería la cuestión del oro lo que ahora estaría embarazando á las legislaturas y á los hombres de Estado. En uno y otro caso no podrá menos de tener lugar un trastorno monetario universal, que trae consigo precios siempre de baja y una larga depreciación del comercio. Estas condiciones unidas de la existencia así como de la restauración del orden monetario muestran bajo una luz conveniente los principales rasgos de nuestra propia historia monetaria, y los debates provocados por la desmonetización y las leyes de 1873 y 1878.

HISTORIA MONETARIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.— LEYES DE 1873 Y 1878

La ley de 1873, se nos dice, desmonetizó el peso de plata; la de 1878, se nos dice, volvió á monetizarlo, y eso es, al parecer, todo el asunto. En efecto, esas dos leyes son tan semejantes que podría sospecharse un origen común. ¡Extraño destino el que atrae bendiciones y maldiciones á una y á otra! La ley de 1873 ha sido combatida y alabada por desmonetizar la plata, lo que en realidad no hizo. No retiró de la circulación moneda alguna de plata. No influyó en que se vendiera ninguna moneda como metal. No hizo perder la calidad de moneda legal á ningún tipo de plata sellada.

Limitó la amonedación á las compras del Tesoro para moneda divisionaria.

La ley de 1878 ha sido alabada y combatida por volver á monetizar la plata, lo que tampoco hizo. Limitó la

amonedación á las compras del Tesoro para moneda no divisionaria. La ley de 1873 tomó un camino seguro para guardar en el país toda la moneda de plata divisionaria. La ley de 1878 tomó un camino seguro para guardar en el país toda la moneda de plata no divisionaria. Las dos leyes se asemejan también en que no solucionan la dificultad monetaria y en que no dan á conocer su verdadero carácter. La ley de 1878 es sólo extraña en cuanto equivoca el verdero objeto y en cuanto yerra lo que perseguía.

El método de ambas leyes es idéntico. La exportación sería sólo posible con pérdida sobre la plata sellada bajo una y otra. En ambas leyes se impide la monetización excepto para las compras del Tesoro. Por ambas se cierra al público las puertas de las Monedas. Ambas son inocentes de haber tenido parte en el trastorno monetario, aunque la ley de 1878 ayuda á prolongarlo. En 1873 no nos habíamos escapado de la plaga del papel moneda, y nuestra vuelta al uso de los dos metales y la redención corriente del papel no comenzaron sino cuando el trastorno monetario estaba muy avanzado. Por la ley de 1878 ese trastorno no podía ser provocado ni impedido.

La monetización, limitada desde 1878, ha absorvido más plata que la cantidad total desmonetizada por Alemania desde 1873. No se opone al trastorno monetario. La existencia monetaria de los cuatro países principales, los cuales en 1878 no tenían ni demasiado ni menos que suficiente, es ahora mayor que entonces por la ayuda de Estados Unidos, refutando así las teorías de hambre de moneda.

Sin embargo, no impide el trastorno monetario.

La acción de los Estados Unidos en 1834, al cambiar la relación de 15 á 16, había previsto la ley de 1873.

Abrir nuestras Monedas para la amonedación de la plata en la proporción de 16 á 1 de oro, mientras Francia acuñaba plata en la de 15½ á 1 de oro, era, por decirlo así, equivalente á cerrar completamente nuestras Monedas á la amonedación de la plata.

Dos proporciones no pueden vivir cara á cara, como lo explicó Sir Isaac Newton, jefe de Moneda, cerca de dos siglos há. Para el mundo monetario, los Estados Unidos se convirtieron desde entonces en potencia monometálica de oro, y tal ha quedado después, tanto cuando lo intentaban como cuando intentaban lo contrario. Albert Gallatin era entonces acaso el único hombre competente para dar consejo sobre alguna dificultad de proporción ó de amonedación, y el Congreso rechazó su consejo. Pero el error de los Estados Unidos fué producto de la ignorancia, no como el de Gran Bretaña, que fué además producto de una ilusión; y en 1834 fué la fecha, no en que comenzó la desmonetización de la plata á este lado del Atlántico, sino aquella en que se anuló su monetización por una relación equivocada.

Los argumentos de que se haya hecho algo perjudicial á la plata por la ley de 1833, son argumentos presentados únicamente por aquellos que no conocen bien el asunto.

La ley de 1878 es confesión pública de que por la clausura de la Moneda francesa á la libre amonedación de la plata, nuestra ley de 1873, que no era entonces una necesidad, llegó á serlo en ese particular, y por eso nunca fué rechazada sino meramente aumentada y confirmada. Fué aumentada por el hecho de agregar á las

compras discrecionales de plata para la amonedación de moneda divisionaria hechas por el Tesoro, las compras obligatorias de plata para la amonedación de moneda no divisionaria del mismo. Fué confirmada en lo que se refiere á impedir la libre amonedación de la plata. Toda nuestra historia monetaria, que siempre lleva el sello de la buena fe, no es menos instructiva. Puede comprenderse en cuatro capítulos:

1) 1792 á 1834, cuando teníamos suficiente plata, pero mandamos, por ley del Congreso (2 de abril de 1792), todo nuestro oro á las Monedas europeas.

2) 1834 á 1862, cuando teníamos suficiente oro, pero mandamos, por ley del Congreso (31 de julio de 1834), toda nuestra plata á las Monedas europeas.

3) 1862 á 1878, cuando, por tres leyes del Congreso (de 25 de febrero y 11 de julio de 1862, y 3 de marzo de 1863), mandamos todo el oro y plata á Europa, menos aquel que se necesitaba para los derechos de aduana.

4) 1878 hasta la fecha, cuando por ley del Congreso (28 de febrero de 1878) hemos sujetado la mayor parte de nuestra plata contra la posibilidad de exportación.

EFECTO DE ACUÑACIÓN

El aumento de valor de ambos metales, debido á su empleo general como moneda tipo legal, es grande aunque inapreciable. Ese aumento sobrevive en gran manera al trastorno monetario, que consiste en la separación de ambos metales, de los cuales uno ú otro se hace pura mercadería en todos los países del mundo. Porque mientras ninguna nación, ó grupo de naciones, que posee suficiente existencia de los dos metales, reúne

ahora las dos monedas en una sola por la amonedación libre de los dos metales con una relación fija en un poder común comerciable y un fijador de precios, como estuvieron largo tiempo reunidos, siempre tiene la plata libre amonedación en moneda tipo legal en India, y en Centro y Sud-América, y el oro libre amonedación en Europa y aquí.

El aumento de precio de uno de los metales, es denunciado á veces por aquellos que tienen participación é interés en el aumento de precio del otro. En Inglaterra se han hecho y encontrado lógicas advertencias oficiales sobre «los resultados de cualquiera tentativa artificial para aumentar el precio en oro de la plata, como si se tentase una imposibilidad, tal como el aumento del precio en oro del trigo ó de cualquiera otra mercadería.»

El Gobierno de Mr. Gladstone afirmó en 1881 que «ha sido la política de este país emancipar en lo posible las transacciones comerciales del control legal, y no imponer restricciones innecesarias para el mutuo cambio de artículos de consumo. Fijar el valor relativo del oro y de la plata por ley, sería entrar por una senda directamente opuesta á este principio, y sería considerada como intervención arbitraria en una ley natural, no justificada por ninguna urgente necesidad.»

No se puede rendir demasiado homenaje á este principio, pero aquí no está verdaderamente en cuestión. Antes de 1816, Gran Bretaña había fijado siempre por ley el precio relativo del oro y de la plata, y en 1816 entró por un camino, en el cual, uniéndosele Alemania en 1873, el resultado fué el trastorno de su valor relativo de ley, antiguo, fijo y predominante, que será tan inconveniente como fijarlo de nuevo; camino que con-

tinuó aumentando el valor de uno de los metales en relación á todos los artículos de consumo, lo que debe ser tan «arbitrario» como intervenir en el valor relativo de los dos metales entre sí. Debería nombrarse y calificarse la «ley natural» que no sufrió ninguna «intervención arbitraria» cuando Inglaterra hizo en 1816 sólo del oro moneda tipo legal, y de la plata sola en India en 1834, pero que no podría escapar de la «intervención arbitraria» si ahora, como en 1816, hubieran de ser aumentados de valor en el uso corriente el oro y la plata por leyes de Gran Bretaña que confiriesen, de acuerdo con otras naciones, á los dos metales, una vez sellados, la cualidad de ser moneda tipo legal para el pago de deudas.

UNIVERSAL DIFICULTAD SOBRE LA PLATA.—REMEDIO INTERNACIONAL

El que «las constituciones crecen y no se crean» no tiene mejor comprobante en la historia de nuestra civilización que este crecimiento inconsciente y este acuerdo impremeditado de las sociedades humanas, imperfecto pero eficaz, en fundar y guardar una moneda tipo legal general. No nació de la filantropía ni creció en tratados. Es el crecimiento de siglos provenido de esa expansión del comercio entre todas las razas de la humanidad, que lenta pero seguramente y más que todos los esfuerzos políticos, está estableciendo su unión, aumentando su libertad, y procurando su paz. Á este carácter de su origen y desarrollo recurro, porque podrá acaso justificar la opinión que sustento de que un acuerdo común sobre las Monedas abiertas vindicaría muy pronto su propia suficiencia, y probaría ser el interés de toda potencia

concurrente en cuanto á abolir bajo este capítulo todo temor ó necesidad de "alianzas embarazosas". Fué la constitución natural y no forzada del sistema monetario del mundo aquella que leyes poco cuerdas de unas pocas naciones aisladas bastaron para dislocar y perturbar, y que leyes más cuerdas promulgadas por naciones unánimes podrían ahora restablece. Una vez restauradas, las condiciones de un trastorno subsiguiente, aún tentado como arma deliberada de guerra contra un miembro del grupo de naciones, se hallarían, al reflexionar, inconcebibles y, en todo caso, de efecto suicida.

Defectuoso habría sido el cumplimiento del deber impuesto por ley al jefe de este Departamento si yo hubiera considerado este asunto tan discutido, solamente dentro de sus límites estrechos y nacionales, ó si le hubiera consagrado el tiempo y la atención que aquí se consagra al servicio público.

Es de miras más vastas. Es cuestión internacional, y no por voluntad nuestra ni por la de ningún otro. Y no podemos tampoco desentendernos en nuestra reflexión y escrutinio, además de la política é intereses de los Estados extranjeros, de las razas de hombres más numerosas y medio civilizadas, cuya continua absorción de plata por siglos, y su reciente y mayor absorción de oro, (del cual la India sola ha retenido durante los últimos siete años $ 125.000,000) son factores que deben pesarse debidamente, y que contribuyen á los efectos del cambio.

En este trastorno monetario del mundo es en el que está incluída nuestra cuestión monetaria, como parte inseparable aunque fraccionaria, y en el cual, aún el problema de nuestro sobrante *(surplus)* está profundamente confundido.

Sólo la prudencia y el cuidado más excesivos pueden salvaguardar los intereses de nuestro querido pueblo. Un estudio detenido del instructivo debate de la última sesión del Congreso me induce á anotar las cuatro diversas políticas que recibieron entonces señalada atención.

1. Libre amonedación de la plata.
2. Conferencias.
3. Compras continuas de plata.
4. Suspensión de compras de plata.

WANDERER

(Continuará)

DE ULTRA-TUMBA

Los que escriben ó son aficionados de escribir para el público, casi siempre gustan de aparecer ante él como seres superiores á lo común de los mortales; y como esto es dificilillo, vamos al decir, se contentan, en general, con darse por entes raros y singulares, ó inventarse una pasión ó cualidad de carácter dominante exageradísima, con lo cual creen tener pendiente de sí propios á todo el mundo.

No por otro motivo, al comenzar este articulejo, pensaba yo presentarme al lector como personificación de la melancolía; hombre siempre pronto para suspirar, amigo de la soledad y furioso arqueador de cejas, aunque todo esto no tenía relación alguna con lo que pensaba y pienso contar.

Estábame un día frente á mi mesita de trabajo, cavilando muy abstraído, y verdaderamente inquieto, sobre los orígenes de Roma, y particularmente sobre la autoridad histórica de Tito Livio; pero luego me llamó más la atención el firmamento nublado que veía á través de la ventana de mi cuarto, y me dí á observar la expresión triste y

melancólica de la naturaleza, falta de calor y luz... cuando sentí golpear á la puerta.

Me levanté, abríla, y recibí de manos del cartero una epístola dirigida á mí.

—Está multada, señor.

—¿Multada?

Venía, en efecto, sin estampilla de correo y con el rótulo de multada.

Pensé un momento si recibiría aquella carta, que tal vez no valía la multa, como casi todas las que van y vienen por esas oficinas de correo; pero me venció la curiosidad y pagué la multa.

Rompí el sobre, escrito con lápiz, y leí lo que sigue:

«*Cementerio de Santiago, á 1.º de noviembre de 1886.*

«Muy señor mío, por especial permisión de Dios, heme levantado de la sepultura, y, sobre mi propio ataúd, me he puesto á escribir estas líneas. No se extrañe Ud. de que haya encontrado recado de escribir en estos lugares. En la faltriquera de un sobretodo de mi abuelo que me sirve de mortaja, he hallado papel, lápiz y sobrecartas.

«Creo de interés general esta carta. Si á Ud. le parece bien, publíquela, corrigiendo sí la ortografía, que es cosa que jamás pude aprender, aunque fuí en la vida afamado cuanto fecundo periodista.

«Yo, señor, morí de un violentísimo ataque de médicos, que no me dió tiempo ni de hacer mi testamento. Verdad que esto último no fué gran desgracia, porque—declarada mi profesión, excusado es decirlo—no tenía un centavo, con qué dejar en perpetuo enredo á mis herederos.

«Después de mi entierro, y cuando iba á emprender resueltamente el camino de la otra vida, Dios, condolido de mis ardentísimos deseos, ha consentido en que por última vez, para satisfacer el vicio, escriba un artículo de periódico.

«Aquí va, compuesto como si formara parte del mundo de los vivos, con la filosofía que presumo haber adquirido después de muerto.

«Entremos, pues, en materia, como decía magistralmente en LAS NOVEDADES.

«Desde aquellos bonísimos tiempos, sin cuidados, del trompo, la rayuela, el infiernillo y el volantín, cuando era alegre estudiante de Historia Sagrada, sabía por el Génesis, que el hombre, maldecido de Dios, está condenado á la muerte... después de haberlo estado á la vida.

«Mas si éste es mal sin remedio, no comprendo por qué hemos de hacer ridículo el duro trance de pasar á la eternidad, que no es cosa para la risa.

«Muramos, pero muramos con dignidad y compostura; que no se rían de nosotros los vivos de buen humor que por ahí haya.

«Es de perecerse de la risa en muchas muertes y acompañamientos, y da calofríos el pensar que después que uno ha cuidado tanto de su gravedad en vida, cuando se va á apartar del mundo para siempre deje por último recuerdo una carcajada.

«¡Válgame Dios! ¿quién está libre de que algún amigo ó «Varios amigos» que no suelen ser sino la mismísima familia propia envíen á los periódicos alguna ó varias de esas gacetillas que con el título de «Defunción», «Necrología», ú otro semejante, son la parte más alegre y festiva de todo el diario? Yo, generalmente, salto por sobre los

editoriales y las sesiones de cámaras, aunque hayan sido mi gloria, y derechito me dirijo á las defunciones. Aquí sí que el de mal humor se alegra y ríe.

»El desenlace de la vida, trágico siempre, debe ser digno y grave; pero no lo entienden así los amigos y deudos de los muertos, que se apresuran á ponerlos en ridículo en necrologías, acompañamientos y oratoria fúnebre.

»Nadie creería sino que es de todo punto indispensable que en la muerte de cualquier hijo de vecino—sin más título que éste—salga la prensa lamentando su muerte como verdadera desgracia nacional, y haciendo tales elogios del difunto, que éste durante su vida, en los momentos de mayor presunción no se los hiciera mentalmente, á pesar que quien más nos aprecia y admira, lector humilde, somos modestamente nosotros mismos.

»Hay que convencerse (suspiro de lo más hondo del pecho) que la muerte de la generalidad no es sentida sino por los acreedores. Al público, lector discreto, no le importa un ardite que dejemos de existir. Lo único que en caso de muerte debe hacerse por la familia es publicar un simple aviso para que asistan al entierro los deudos y amigos, si por rara fortuna los tuvo.

»Pero no, señor. Se muere doña Josefa López de V., señora muy conocida de su esposo, como es regular, y se lee al día siguiente en el periódico un largo párrafo sobre las virtudes de esta señora. Era una escondida violeta, ejemplo de mujeres casadas, dechado de virtud y ángel de caridad.

»Á propósito: la virtud que más se prodiga en las necrologías, es la caridad; no hay difunto á quien no se le suponga alma por todo extremo caritativa. Si fuéramos á juzgar por las necrologías, esta bendita tierra estaría

poblada exclusivamente de San Vicentes de Paul; y, sábenlo Dios y los necesitados, que no nos distinguimos por la caridad.

—«Perdone Ud.; otro día será.

«Día que jamás llega: esto es lo que constantemente oyen los mendigos, según lo sé de boca de uno muy respetable cuanto majadero que ha concluído ya con mi paciencia, mas no por lograr de mí un solo ochavo.

«Nosotros seguimos aquel refrán sapientísimo de «La caridad bien ordenada empieza por uno mismo». Verdad que también la hacemos terminar en nosotros mismos.

«No hay manera de conseguir limosnas, sino publicando los nombres de los limosneros en el diario... claro es... para que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha. En algunas casas se hace la caridad en un día fijo de la semana, á hora precisa y minuto determinado. Fuera de él no hay sentimientos cristianos ni humanitarios. Esta manera tiene la ventaja de que con cuatro reales se atraen cincuenta menesterosos que llenan el patio, el zaguán y la acera de la calle, y los transeúntes, aun los más perspicaces, no podrán venir en conocimiento de que el dueño de aquella casa da una bendita limosna por amor de Dios.

«Y esto que digo de las caridades pequeñas, de las que no demandan sacrificio alguno, no reza con aquellas otras caridades que consisten en un servicio que pueda hacer dichosa á una familia entera; en dar la mano al que puede y merece subir. Estas caridades ¿quién las conoce? ¿Las conocen ustedes, lectores míos?

«La vez que solemos ser algo caritativos es *in articulo mortis;* en esas circunstancias los ricos nos despren-

demos generosamente, y con admiración de nosotros mismos, de un centenar de pesos para una sirviente antigua, treinta para algunas misas... y Dios nos desprende del resto, que si no...

«Después del sermón precedente, vuelvo á mi materia.

«En las mentadas necrologías es donde más ridículo queda el difunto. Cuando uno oye hablar de que un ángel ha volado al cielo, dicho de una solterona muerta de puro fea y desengañada del espejo ¿no es para ahogarse de risa?—Uno se figura á los ángeles hermosos.

«No hay Matusalén de quien no se diga: «su temprana muerte»; «inesperado fallecimiento;» «nada hacía presagiar su cercano fin». ¡Hombre de Dios! con noventa y nueve años á cuestas!

«Ahora díganme ustedes ¿se ha muerto alguien que no haya dejado un vacío muy difícil de llenar, siquiera haya sido flaco como un espárrago y tan pequeño de cerebro como un diputado de mayoría? ¿Qué muerte no es pérdida irreparable para todos, exceptuados, por supuesto, los herederos?

«En estas necrologías todos son hombres de talento, de corazón, de virtudes, y se van derechito al cielo, sin chamuscarse siquiera las alas en el purgatorio.

«En los avisos de defunción, se invita también generalmente á los amigos del difunto á acompañar el cadáver al cementerio.

«Esto de los acompañamientos es tan antiguo como el mundo, esto es, como la muerte.

«Verdadera obra de caridad es el enterrar á los muertos, y se comprende. ¡Oh! los pobres muertos no atraen á los vivos; al contrario, les son un espectáculo repugnante. Quien vence el asco de la carne, en obedeci-

miento á más altos fines, hace una hermosísima obra de caridad.

"Pues, señor, entre nosotros todo el mundo va al cementerio, sin hacer obra de caridad ninguna. Muchos hay que van por placer, á juzgar por lo que uno ve. Yo tengo tres amigos á quienes trato sólo en el cementerio; siempre que voy, allí me los encuentro. Son muy amables; los caractéres más alegres de la tierra. Eso sí, conversan y rien más bajo en la ciudad de los muertos que en la de los vivos; pero son unas mismas las conversaciones, unas mismas las carcajadas.

"Uno de estos amigos es gran retórico de cementerio, orador del borde de las tumbas y hombre que se preocupa vivamente del *más allá*, siempre que se entierra á un muerto. Asegura que, hasta el momento presente, en esas ocasiones no ha descubierto nada más allá, y se lo creo, porque no es muy largo de vista.

"¿Qué es un acompañamiento? Una reunión social, una exigencia de etiqueta, reglamentada por las costumbres sociales, como el casino, como una tertulia, en que, por toda diferencia, es menester ir de luto, en carruaje, y que tiene la ventaja de ser en la mañana, lo que obliga á madrugar y da apetito para el almuerzo.

"El acompañamiento, para la familia del difunto, con no muchas excepciones, es sólo una inquietud de que todo esté bien arreglado, y el número de los asistentes sea el mayor posible. Cuando se sabe que los coches acompañantes ocupaban varias cuadras, se da un suspiro de alivio y satisfacción.

"¿Qué más podrá desearse?

"Nuestros acompañamientos son exhibiciones de la miseria humana en las circunstancias en que la humani-

dad debiera tener más filosofía y alteza de pensamientos.

"Podrían distinguirse varias clases de entierros.

"Los acompañamientos del cariño son poquísimos; los asistentes contados; en ellos se llora, en ellos se reza.

"Hay acompañamientos políticos; son una manifestación de la ambición humana. La política—no hablo aquí de la ciencia, comprendida por unos pocos hombres de principios, de especulaciones, de libros—no es sino la ambición enmascarada en banderas de partido, en ideales políticos, económicos, en amor á la patria, en desinterés, en mentira.

"En esta clase de acompañamientos, los asistentes piensan lo que en un banquete político, una intriga de gobierno. Se sirven del nombre del muerto para sus vanas ambiciones.

"Hay acompañamientos sociales-elegantes. El entierro de una joven que brillaba en el mundo, es ocasión de verse, saludarse, mirarse los trajes y las caras, para el mundo elegante. Los jóvenes que pertenecen á él se consideran obligados á asistir al entierro de la joven, como, en vida de ella se consideraban obligados á sacarla á bailar en los saraos.

"Hay acompañamientos... Abandonemos la clasificación.

"¡Dichosos nosotros los humildes, aquellos que no somos ricos, que no somos elegantes, que no ocupamos elevados puestos; aquellos que jamás somos notados por los gacetilleros; aquellos cuyo nombre nunca se ve en el periódico á continuación de la frase: "entre los asistentes distinguimos á los señores"; dichosos mil veces, por-

que podemos contar con un entierro tranquilo, serio, digno... ¡sin discursos al borde de nuestra tumba!

"El incansable discursista de sepulcros, amigo mío, de quien antes he hablado, es hombre que vive muy pagado de sí mismo. No es rico, ni ambiciona las riquezas; sus deseos se dirigen á más altos ideales: la gloria literaria, la gloria de orador, es cuanto apetece con ansia.

"Él, seamos francos, ya se cree á lo menos en la mitad del camino de la susodicha gloria; mas suele quejarse de lo tardías que son las ocasiones de decir discursos. Fuera del tiempo de campañas políticas, en que el hombre vive satisfecho, contento, gozoso, y engorda de puro bienestar, no tiene más ocasión de pedir permiso para alzar su débil y desautorizada voz, que uno que otro entierro.

"¡Oh! si pudiera contar con discurso fúnebre semanal!

"Y nadie más activo que él para buscar las ocasiones y asegurar después que las ocasiones lo buscan á él.

"¿Se muere uno de esos que llaman hombres públicos? Mi excelente amigo habla con algunos compañeros; cree conveniente, indispensable que la juventud, que la Universidad, que los hombres de mañana del partido liberal estén representados en el entierro. Nadie le dice que no. Ocurre al punto á la comisión organizadora de las honras. Dice que ha sido nombrado por sus compañeros de Universidad para hablar en nombre de la juventud. Se le pone en la lista de los oradores.

"Muere algún amigo; mas la familia no desea que se hable en su tumba. Pero nuestro orador no obedece: él tiene necesidad de desahogar los sentimientos de su corazón; si no, es capaz de enfermar, de reventar; y corre á lloriquear al cementerio.

"Los discursos todos de mi amigo suben ya á ciento dos; pero pueden reducirse á tres ó cuatro categorías, y aun á tres ó cuatro discursos, con ligerísimas variantes.

"La oración que dice en la muerte de algún hombre que ocupaba un puesto público importante, es la que más lo enorgullece. Tiene un estilo, á su parecer, lleno y armonioso; las frases son escogidas por su sonoridad, y está rociado abundantemente con todas las figuras de retórica.

"Los pensamientos son nuevos y originales, como se verá; descubre que el muerto ha prestado servicios al país; lo compara, así como que no quiere hacer mucho alarde de erudición, con algún romano que conoce de nombre (Catón el Censor está siempre en sus labios); y concluye decretando la inmortalidad en la memoria de sus conciudadanos para el ilustre muerto, con el cual decreto supone que el difunto quedará del todo satisfecho.

"Tiene un discurso melancólico y sentimental para la muerte de jóvenes visibles y de categoría. Es sólo perfumes, flores, brisas, ayes, suspiros y querubes. De todas ellas dice en cita francesa que es para él timbre de orgullo por lo peregrina:

Et, rose, elle a vécut ce qui vivent les roses,
l'espace d'un matin.

"Tiene otra oración para las damas entradas en años. Aquí vienen robustas encinas, troncos, diosas, matronas romanas, y se cita á Cornelia.

"En todos los discursos pone como nueva á la Muerte; se indigna en contra de ella; la llama impía, cruel, sañuda, deidad infernal implacable, que escoge sus víctimas entre los mejores.

"Siempre se preocupa con grave tono, mucho escepticismo, y gesto profundamente filosófico de los destinos humanos.

. . . . . .

"¿Quién tuviera seguridad de morir sin necrologías, sin acompañamiento y sin discursos en el cementerio?"

. . . . . .

Aquí terminaba la carta.

ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE

Febrero de 1887

LA LUNA

Á MI ESPOSA

Ya del Oriente en el confín profundo
la Luna aparta el nebuloso velo,
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
su faz humilde al cielo levantada;
y el hondo azul con elocuencia muda
orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
por himno funeral silencio santo,
por solo rumbo la región vacía,
y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio
por el turquí del éter lenta subes,
con ricas tintas de ópalo y topacio
franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;
y de la noche el iris vaporoso
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre,
y en argentinas gasas se despliega
de la nevada sierra por la cumbre,
y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
á largos trechos el follaje tocas,
y tu albo resplandor sobre la altura
en mármol torna las desnudas rocas;

ó al pie del cerro do la roza humea,
con el matiz de la azucena bañas
la blanca torre de vecina aldea
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
vense, á la luz, las fuentes y los ríos,
en sus brillantes roscas envolviendo
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido ¡oh Luna!
vuelo al través de solitarias breñas
á los lejanos valles, do en su cuna
de umbrosos bosques y encumbradas peñas,

el lago del Desierto reverbera,
adormecido, nítido, sereno,

sus montañas pintando en la ribera,
y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
donde la humana voz jamás se escucha,
laberintos de selvas y peñones
en que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
hijas del caos, por el mundo errantes;
náufragos restos de la antigua Nada,
que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
luce del cerro en la áspera pendiente,
y á trechos ilumina en la espesura
el ímpetu salvaje del torrente;

en luminosas perlas se liquida
cuando en la espuma del raudal retoza,
ó con la fuente llora, que perdida
entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas,
hendiendo el bosque, á penetrar alcanza,
y alumbra al pie de despeñadas linfas
de las Ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento,
ni árbol ni flor en el Desierto agita:
no hay en los seres voz ni movimiento;
el corazón del mundo no palpita...

Se acerca el centinela de la Muerte:
¡hé aquí el Silencio! Sólo en su presencia
su propia desnudez el alma advierte,
su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito,
que del Silencio la insondable calma
de los sepulcros es tremendo grito
que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
rasgando altiva su mortal sudario
del infinito á la extensión sombría
remonta audaz el vuelo solitario.

¡Hasta el confín de los espacios hiende,
y desde allí contempla arrebatada
el piélago de mundos que se extiende
por el callado abismo de la Nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
de oscuridad las selvas seculares,
de hielo el polo, de verdor la tierra,
de blando azul los cielos y los mares,

¡echó también sobre tu faz un velo,
templando tu fulgor, para que el hombre
pueda los orbes numerar del cielo,
tiemble ante Dios, y su poder le asombre!

¡Cruzo perdido el vasto firmamento,
á sumergirme torno entre mí mismo,

y se pierde otra vez mi pensamiento
de mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran...
los Ándes, á lo lejos, enlutados,
pienso que son las tumbas do se encierran
las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante
asoma, y triste tu partida llora:
cayó de tu diadema ese diamante,
y adornará la frente de la Aurora.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera, en mi despecho,
el vil lenguaje maldecir del hombre,
que tantas emociones en su pecho
deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
sintiéndose en la carne prisionera;
recuerda, al verte, su misión sublime,
y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
esta que siento, imagen de Dios mismo,
para tender su vuelo no bastara
del firmamento el infinito abismo;

porque esos astros, cuya luz desmaya,
ante el brillo del alma, hija del cielo,
no son siquiera arenas de la playa
del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLON
(Colombiano.)

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Arrendador, enseña la Real Academia, significa: 1.º persona que *da* en arriendo alguna cosa, y 2.º *arrendatario*, ó sea persona que *toma* en arriendo alguna cosa.

Resulta entonces que las dos acepciones que se asignan al sustantivo *arrendador* producen el mismo inconveniente que el de las dos análogas asignadas á los verbos *alquilar* y *arrendar*.

Asso y Manuel, dos reputados jurisconsultos españoles que dieron á luz en la segunda mitad del siglo XVIII una obra con el título de INSTITUCIONES DE DERECHO CIVIL DE CASTILLA, fueron, según parece, los primeros que atendieron á corregir el defecto aludido, empleando á *arrendador* exclusivamente en la acepción de la persona que da en arriendo, y contraponiéndolo á *arrendatario*, persona que toma en arriendo.

Don Joaquín María Palacios, en unos comentarios á la obra de Asso y Manuel, que dió á la estampa en los primeros años del presente siglo, se expresa acerca de este punto como sigue:

"Esta voz *arrendador* que acomodan aquí los autores al que da en arrendamiento, se aplica también en las leyes, y sin salir de este título y párrafo, al que recibe ó toma la cosa; y si atendemos al uso común del día, más se acomoda á éste que no á aquél; pero hablando con propiedad, á éste se debe llamar *arrendatario*. En el FEBRERO (REFORMADO), tomo 2, capítulo 10, párrafo 1.º, número 1.º, se lee que el que da en arrendamiento se llama *arrendatario*, pero esta es una equivocación".

Algunos años más tarde, don Eugenio de Tapia, en el FEBRERO NOVÍSIMO, libro 2, título 4, capítulo 5, hizo una relación de los arbitrios que se han propuesto á fin de evitar los inconvenientes del doble y opuesto sentido de *alquilar*, *arrendar* y *arrendador*.

Hé aquí lo que dice:

"La voz *arrendar* se toma en nuestras leyes activa y pasivamente, esto es, significa á veces *dar*, y á veces *recibir* en arrendamiento. Por esto, el sustantivo *arrendador* se aplica también indistintamente á las dos personas que hacen el contrato; y aún, según el uso del día, se entiende más bien por el que *recibe* el arriendo, siendo así que éste debería llamarse *arrendatario* para distinguirle del otro, que es propiamente el *arrendador*. Don Juan Sala, en sus ILUSTRACIONES DEL DERECHO REAL DE ESPAÑA, haciéndose cargo de esta anfibología, trató de salvarla; y aunque no desaprobó las voces de *arrendador* y *arrendatario* usadas por los doctores Asso y Manuel, en sus INSTITUCIONES DEL DERECHO DE CAS-

TILLA, sin embargo, como la primera ofrece la significación de ambos contrayentes, le pareció mejor castellanizar la voz latina *locator*, llamando *locador* al que da el arriendo, y *arrendador* ó *arrendatario* al que lo recibe. Febrero usa también las voces de *locador* y *conductor;* pero no vemos que haya necesidad de ellas, pues, conviniendo en la indicada diferencia de *arrendador* y *arrendatario*, basta para evitar equivocaciones, y no se introducen voces extrañas; sin embargo, las dejaremos á veces en el texto del autor. Con respecto á la voz *arrendar*, queda la dificultad en pie, pues no hay dos verbos para distinguir los dos actos de *dar* y de *recibir en arrendamiento*, á menos de acudir á circunloquios, ó inventar una voz nueva. En algunos pueblos se llama *logar* al ajustar á un hombre ó sus obras para segar, ú otras labores; y sería de desear que esta voz se introdujese generalmente para significar el acto de *dar en arriendo*, en cuyo caso la voz *arrendar* pudiera aplicarse exclusivamente al acto de recibirle.»

Como se ve, don Eugenio de Tapia apoyó con decisión la práctica adoptada por Asso y Manuel en cuanto á los significados de *arrendador* y de *arrendatario*; y propuso por su parte, inventar ó utilizar un verbo, tal como *logar*, para denotar el acto de *dar en arrendamiento*, destinando el verbo *arrendar* para denotar el acto de recibirlo.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

FLOR DEL CAMPO

(Continuación)

X

Mientras pasaba lo que se acaba de contar, Facundo había salido á verse con el cura Romero.

Lo iglesia parroquial no estaba en Mellico, sino en Ranco, otra poblacioncita vecina, que se compone de una sola calle y de algunas casitas esparcidas cerca de ella. El curato era muy extenso y poco poblado. No sólo comprendía á Ranco y Mellico, sino á cuatro grandes haciendas colindantes, una de las cuales y la mayor era «Renaico». Interminables galopes tenía que llevarse el pobre cura, y no los esquivaba á pesar de sus cincuenta años. Era guapo y sufrido para el trabajo como él sólo. Sus feligreses lo amaban sinceramente porque no cabía ni se había visto sacerdote más abnegado, más desprendido y más empeñoso en el cumplimiento de las obligaciones de su ministerio. Cuando lo iban á llamar

para una confesión, nunca decía:—«Después iré»; no le importaba si era tarde ó temprano, si estaba ó no en ayunas, ni averiguaba si el moribundo estaba cerca ó lejos, sino que echaba algunos panes en las alforjas y, entregando al mozo la maletita con los Santos Óleos, le decía:—«Di, hombre, á dónde es; y vamos galopando, que hemos de llegar á tiempo, con el favor de Dios.»

El cura Romero, antes de venirse á Ranco, había estado algunos años en la capital, y allá alcanzó cierta nombradía como confesor. No era de los más letrados; pero sí muy sagaz y penetrador, y con gran facilidad se entraba y discurría por el laberinto de las conciencias y de los corazones. En la fecha de lo que se está contando, hacía ya quince años que se había hecho cargo del curato, y entendía á su gente al revés y al derecho, como suele decirse. Leía como nadie á través de las caras humildes, sencillas y bonanchones de los rústicos, y descubría la codicia, el egoísmo y la ruindad que ordinariamente ocultaban. Esforzábase el buen cura en arreglar el interior de los inquilinos y gañanes en conformidad con lo que manifestaban sus caras; pero no adelantaba cosa, y exclamaba:—«¡Estos patrones! Estos hacendados!... ¡Si me ayudasen, si fuesen menos egoístas y miraran las cosas desde un poco más arriba!»...

Los rústicos le tenían miedo y respeto, porque con él no valían tretas, y, cuando creía necesario hablar claro no le estorbaban pelos en la lengua. Sabía la vida y milagros de cada uno, les conocía los vicios y les aplicaba los remedios como convenía: unas veces con suavidad y otras con dureza. Este último medio era el que casi siempre usaba, porque los rústicos solían tomar las reprensiones bondadosas como palabras que nada decían,

y casi como aprobación tácita de lo que habían hecho. Bien entendían lo que se les estaba diciendo; pero ya se había arraigado en ellos el hacerse los desentendidos en tales casos. Era una costumbre como otras.

Con vida tan galopada, el cura no podía menos de ser, y era en efecto, flaco y enjuto, aunque de complexión recia, encorvado más de lo que por su edad debía de ser, de rostro tostado y surcado por arrugas profundas, lo cual hacía más salientes sus facciónes. Sin embargo, sus ojillos negros parecían los de un joven inteligente y vivaracho. No era muy limpio, y se comprende; pero, á pesar de eso, tenía aspecto simpático, y agradaba muchísimo su trato campechano y bondadoso.

Facundo encontró en un camino al cura.

—Buenos días, Facundo. ¿Para dónde bueno?—dijo el cura con semblante risueño y contento, como si viniera de alguna parte donde le hubiese ido muy bien.

—Á verlo iba, señor cura.

—Vuelvo á la parroquia. Iremos hablando por el camino. ¿Voy á que no adivinas de dónde vengo?

—No sé, señor.

—De «Renaico». ¡Y tan mal que me ha ido!...—exclamó el cura, restregándose las manos y riéndose solo. —Déjame contarte, Facundo, porque todavía no he encontrado á nadie con quién comunicar mi gusto. Escucha, hijo.

«Al alba me vinieron á llamar para auxiliar á un inquilino de «Renaico». Fuí allá, le administré los Santos Sacramentos, y lo acompañé hasta que murió en mis brazos. Me volví como á las once, y al pasar por la casa del fundo, me encontré con don Manuel, á quien aún no conocía. Apenas me vió, se adelantó hacia mí y, salu-

dándome con mucho comedimiento, me preguntó si yo era el cura, y cuando le respondí que sí era, me dió la mano y me convidó á almorzar. Acepté de bonísima gana la invitación: casi me cortaba de hambre, porque, con el apuro, no alcancé á echar nada en las alforjas, y se me hizo escrúpulo pedir algo en casa de aquel infeliz moribundo.

"Á poco hablar, nos hicimos muy amigos, y don Manuel se me manifestó tan franco y atento que le cobré verdadero cariño.

—"Y ¿cómo andan las entradas del curato?—me preguntó con ese tono y ese modo que emplean los ricos cuando tienen deseos de obligar á alguien.

—"Para qué es preguntar. Ocasiones hay en que no tengo ni para velas—le contesté exagerando un poquito, Dios me perdone.

—"¿Tan pobre es?

—"Mis feligreses—le dije—son pobres y, más que pobres, son mezquinos. Tengo, por ejemplo, á un tal Facundo Illanes que...

—Señor cura—interrumpió Facundo—si tuviese cómo darle...

—Etcétera, Facundo. Sé con lo que vas á salir, que es lo de siempre, y bien sabes que de eso no te creo palabra. Pero lo que te he dicho era broma: no te he nombrado á don Manuel.

—"Ya irá conociendo á esta gente, don Manuel—agregué.—Luego verá que para pagar lo que deben pagar, nunca tienen ni un centavo partido por la mitad. Entonces se lamentan, se enternecen, hablan de su mujer y de sus hijitos que tienen que vestir y alimentar. ¿Se trata de beber ó de jugar? Les brota el dinero.

—«Así es—me dijo don Manuel.—Ayer no más pensaba en eso, porque vino un peón á pedirme que le aviara cinco pesos para enterrar á un hijo suyo. El peón es trabajador y gana bastante: en el último pago había recibido quince pesos. Le pregunté qué había hecho con la plata. Me contestó que con ella había pagado una deuda á Fulano y otra á Zutano, porque no se encontraba por estos lugares hombre más cumplidor que él, y por eso se veía en tales apuros. Le avié con desconfianza los cinco pesos y, averiguando después, supe que el mismo día que recibió su jornal lo perdió todo jugando sobre borracho.

—«Ahí verá usted—repuse yo—si tendré que lidiar para conseguir de esta gente que pague siquiera la mitad ó la cuarta parte de los derechos parroquiales.

—«Con todo—me dijo don Manuel—les tengo lástima, y he resuelto tomar por cuenta mía los derechos que corresponda pagar á mis inquilinos. Téngalo, pues, por sabido, señor cura, y mándeme la cuenta cuando usted quiera.

—¡Figúrate, Facundo! ¿Cuándo se había oído cosa semejante? Me enternecí al ver alma tan bella y generosa en un joven tan rico, tan principal y buen mozo.

Facundo oía esta charla sin despegar los labios, con la paciencia casi animal del rústico que espera su turno.

—«Platicamos de varias cosas—prosiguió el cura—y en todas ellas manifestó la sensatez de la edad madura, el entusiasmo de la juventud y la sinceridad del hombre honrado, con lo cual se acrecentó más y más el aprecio y cariño que ya me había inspirado.

«Y aquí viene lo bueno.

«Al despedirnos, me puso en la mano unos billetes de banco, diciéndome con cierta emoción:

—«Aquí le doy, señor cura, una limosnita para la parroquia. Usted podrá ocuparla en lo que le parezca más conveniente. Esto, por cierto, no entra en la cuenta de los derechos parroquiales de que hablamos, sino que es cosa aparte y que se repetirá de cuando en cuando. En cambio, solamente le pido que haga algunos recuerdos de mí en sus oraciones, que harto las he menester.

—«Aunque nada me diera, don Manuel...—le dije conmovido.

«Guardé la limosna, sin mirar qué suma era, repetí mis agradecimientos, dí un expresivo apretón de manos á don Manuel y me vine.

«No bien me alejé un poco, saqué los billetes, porque ya no podía con la curiosidad de saber qué cantidad era. ¿Cuánto crees, Facundo, que me dió?... ¡Doscientos pesos! ¡Chica la limosnita! Ahí era nada... ¡Doscientos pesos! Estuve por volver á darle de nuevo las gracias; pero temí ofender su modestia y seguí mi camino.»

El cura sacó los billetes y se los extendía á Facundo y le decía:

—Míralos, Facundito, míralos. ¡Doscientos pesos bien cabales! ¡Qué bendición de Dios! Ya tengo distribuída la suma: cien pesos para los pobres y cien pesos para el culto. Voy á hacer una reparación en grande al altar mayor, pues da vergüenza verlo. ¡Qué magnífica fiesta tendremos el día de Navidad! Te vas á quedar con la boca abierta, Facundo. ¡Qué profusión de luces! ¡Qué de guirnaldas y coronas para festejar dignamente á Nuestro Señor! Vas á ver si tengo manos para estos arreglos, y, con tal que me ayude Menita, el templo va á vol-

verse una gloria. Y así, amigo Facundo, avísale á Menita...

Aquí Facundo no aguantó más y exclamó con extraña entonación:

—¡Ya no hay Menita! ¡Se acabó Menita!

El cura, sorprendido, miró á Facundo.

—¿Qué es eso? ¿Cómo que se acabó?

—¡Se acabó, señor cura, se acabó!

El cura detuvo al punto su caballo y dijo precipitadamente:

—¿Está enferma Menita? ¿Está de peligro? ¿Me has venido á llamar para eso? ¡Bárbaro! ¡Y me dejabas hablar! Volvamos. Clava las espuelas, Facundo, que hemos de llegar á tiempo, con el favor de Dios.

—Sosiéguese, señor cura. No es eso—dijo Facundo con una sonrisa que parecía mueca.

—Y ¿qué es? ¿Qué hay?

—Su don Manuel—dijo Facundo como gritando—su don Manuel, ese don Manuel tan bueno, el que pide oraciones, el de los doscientos pesos, el que paga...

—Y ¿qué hay con él?

—¡Vaya, señor cura!—exclamó Facundo dando furiosos golpecitos en la cabeza de la enjalma.—¿No me entiende? ¿Ó quiere que le largue la palabra?

—Calla, hombre. Como que te voy entendiendo —dijo el cura en voz baja, é inclinó la cabeza y dejó caer los brazos con desaliento.

Cuando Facundo vió la tristeza del cura, le vino un arrebato de rabia y dolor, palideció, le tembló el cuerpo, se le atravesó un nudo en la garganta y, dándose un puñetazo, prorrumpió en una blasfemia.

—¡Por qué me castigas, Señor!

El cura se encendió en celo y, volviéndose á Facundo con ceño durísimo, le dijo:

—¿Qué estás hablando ahí, deslenguado? ¿Te atreves, blasfemo, á preguntar á Nuestro Señor por qué te castiga? Yo te puedo responder. ¿Dónde están tus padres, mal hijo? Cuando llegaste á Mellico me dijiste tú mismo que te habías fugado del lado de tus padres, y que no sabías dónde paraban. Desde entonces te he repetido mil veces que era obligación tuya buscarlos y participarles los bienes que has adquirido, si ellos son pobres, como es seguro. Y ¿qué has hecho? ¿Has gastado un centavo, has escrito una carta, has hecho una pregunta para saber de los que te dieron el sér? Confiésalo, avaro: el temor de que ellos no tengan qué comer, y el verte entonces en el caso de traerlos á tu lado, es lo que te detiene. ¿Quién sabe si ellos á estas horas no tienen un techo donde guarecerse, ni un pan con qué acallar el hambre, mientras que tú estás engordando, como buey en pesebrera, y aumentando tu hacienda, como avaro, que eres? Y si tus padres han muerto, temes también que, presentándote como hijo, alguien te cobre deudas que tal vez hayan dejado. ¡Miren al santito! ¡Miren al que se atreve á preguntar á Nuestro Señor por qué lo castiga!... Y ¿quién es más duro y exigente que tú con los criados? ¿Quién les embrolla el salario con menos escrúpulos que tú?

Calló un momento y luego agregó con socarronería:

—Pero, ahora que recuerdo, no hay necesidad de ir tan lejos. ¿Conoce su merced á un tal don Facundo Illanes que, cuando estaba recién llegado á estos lugares, por una yunta de bueyes que le ofrecieron, anduvo de

tercero en los amores de un caballerito con la hija de la Marica González?

—Estaba entonces muy necesitado—barbotó Facundo.

—¿Estabas muy necesitado? Bien dicho. Ahora no lo estás; pero otros lo estarán, y aguanta y no te metas á hacer preguntas á Dios. Basta y sobra con que mires tu vida pasada y presente.

—Hice mal, señor cura, en decir lo que dije—murmuró Facundo arrepentido ya y contrito.

—Éso es hablar—dijo el cura serenándose al punto.—Así podremos entendernos. Debías haber dicho desde el principio:—«Señor y Dios mío, esto me pasa por malo y pecador. Perdóname. Hágase tu santísima voluntad.»

—Hágase tu santísima voluntad. Amén—repitió Facundo besando la cruz.

Caminaron un rato en silencio.

—Y ¿estás seguro, Facundo, de que ha sido don Manuel?

—Estos ojos lo han visto entrar de noche al huerto.

—Y ¿no hay otra muchacha en tu casa?

—Usted sabe, señor, que no hay otra.

—¡Vaya con la desgracia!... Aquella chiquilla tan buena, tan inteligente... Y ¿cómo vió don Manuel á Menita? No será mucho que se la hayas andado luciendo, ó que se la hayas echado de empeño para conseguir algo. ¡Ah, Facundo, Facundo! He visto muchos casos parecidos...

—No, señor cura. ¿Yo había de andar mostrando á Menita, cuando usted no se cansaba de recomendarme que la cuidase y la guardase, aunque fuese bajo de llave, sobre todo de las miradas de los caballeros ricos?

—Es cierto; infinidad de veces te lo he aconsejado,

porque á menudo una sola mirada hace tanto daño como un fósforo encendido tirado á una sementera seca.

—Un día fué don Manuel á casa á verme para un negocio de aguas. Menita entró casualmente á la pieza donde estábamos. Á los cuatro ó cinco días volvió: yo no estaba en la casa. Sin duda se encontró con Menita á solas y concertarían cómo verse.

—¡Sea por amor de Dios! ¡Cuánta flaqueza hay en el hombre!—exclamó el cura dando un suspiro y levantando los ojos al cielo.

—¿Flaqueza llama usted á lo que ha hecho don Manuel?—dijo Facundo con tosca ironía.

—Mira, Facundo—replicó el cura—no toquemos este punto. Estás irritado, fuera de ti y con razón. Si te dijese que siempre tengo á don Manuel, á pesar de lo que ha hecho, como hombre bueno y honrado, pero débil y pecador, no sólo no me entenderías, sino que lo atribuirías á parcialidad é indulgencia de mi parte, por la limosna que ha hecho á la parroquia. En ninguna manera disculpo su acción, y pienso ir mañana á ver á don Manuel... Dejemos esto y hablemos de Menita. ¿No hay pormenores ni nada más que contarme?

—No hay más, señor cura. ¿Qué le parece que debo de hacer?—preguntó Facundo humildemente.

El cura meditó.

—Lo que hay que hacer por de pronto—dijo—es sacar á Menita de tu casa y ponerla en lugar seguro, donde no pueda verla don Manuel. No tengo confianza en la gente de Mellico.

—Ni yo tampoco.

—¿No tienes alguna familia amiga donde poderla mandar?

—Á ninguna tengo, señor cura.

—Cerca de la iglesia vive un matrimonio sin hijos: Mateo Moya y su mujer. Tú los conocerás...

—Los conozco. Mateo es muy cumplidor.

—Y de honradez á toda prueba. No es pobre, y con poco que se le pague, recibirá de buena gana á Menita en su casa. Yo velaré por ella, y mientras ahí esté, haremos diligencias para casarla cuanto antes.

—¡Casarla!—exclamó Facundo.—¿Y con quién? No tiene dote.

—Se le prevendrá eso al novio—replicó sencillamente el cura.

—Y ¿qué novio?...

—Buscaremos uno que agrade á Menita, uno honrado y trabajador, aunque sea pobre. Hay, Facundo, un antiguo refrán que dice: «Más vale hija mal casada que bien abarraganada», ó amancebada, que es lo mismo.

—Y ¿cuándo traeré á Menita?

—Mañana. Hoy mismo hablo con Mateo, y mañana vienes á dejar á Menita con su cama y demás cosas. Vendrás á verla á menudo, y entonces trataremos de los novios que se vayan presentando.

—Así lo haré, señor cura.

Facundo detuvo el caballo y llevó la mano al sombrero.

—Adiós, Facundo—le dijo el cura con suavidad.—Ofréceselo todo á Dios, y cuidado con que se te vuelva á salir aquella barbaridad de denantes.

El cura, cabizbajo y pensativo, continuó su camino, y oró fervorosamente por esas dos almas caídas, cuya debilidad, ajena de toda malicia, según él lo comprendía, era tan digna de compasión.

XI

Josefa estaba en la pieza de recibo, tomando su inacabable mate al lado del brasero, cuando entró su marido.

—Josefa ¿no tenías tantas ganas de saber quién era la querida de don Manuel?—dijo Facundo con modo irritado, paseándose á grandes trancos.

—¿Ya supiste? Y ¿quién es?—preguntó Josefa tranquilamente.

—Es Menita.

Josefa soltó el mate, se levantó bruscamente y se dejó caer en la silla.

—¡Menita!—exclamó comenzando á llorar.

—Vengo de hablar con el cura—dijo Facundo.—Es preciso sacar á Menita de aquí. Mañana la llevaré á una casa vecina de la iglesia: donde Mateo Moya. El cura arreglará todo esto.

—¡Menita!—repitió Josefa sollozando.

Luego se echó á llorar á todo trapo, y exclamaba.

—¡Mi Menita! ¡Mi hijita! ¡Me la van á quitar!... ¡Lo que es ser pobre! Hacen lo que quieren con una... ¡Ay!... ¡Mi pobre hijita! ¡La han echado á perder! ¡Tanto que la cuidaba! Pero estos ricos... Dios los perdone... ¡Me la van á llevar!

Era aquello un desbordamiento de ternura maternal. Josefa lloraba, sollozaba, se enjugaba las lágrimas con el revés del vestido, sin dejar de hablar palabras entrecortadas.

Facundo se fastidió de ese dolor tan llorado y lamentado, tanto más cuanto que aparecía como si fuese más intenso que el suyo, y dijo con rudeza:

—¿Para qué tanto llanto y tantas lamentaciones? ¿Qué se remedia con llorar? Y ¿desde cuándo has salido tú queriendo á Menita más que yo?

Josefa miró á Facundo, lo vió incomodado y se reprimió. Tomó del borde del brasero algunas colillas de cigarro, escogió dos, y se las pegó en las sienes con saliva. Echóse atrás en la silla y dijo dando un gran suspiro:

—¿Qué más había de durar Menita? Sería su cometa.

—¿Sería su cometa?—repitió Facundo.—El tuyo sería...

Y murmurando expresiones soeces, salió del aposento.

Josefa recogió el mate, y se lo sirvió echándole algunas hojitas de toronjil. Fuése calmando poco á poco su pena y acabó por quedar como antes.

Menita, mientras tanto, esperaba en la mayor angustia que su madre y Facundo la llamasen para reprenderla y tal vez para castigarla brutalmente.

Llegó la hora de la comida. Menita miró de reojo á Facundo y lo vió con el ceño muy adusto, tan adusto que parecía que la menor cosa haría estallar á ese hombre de ordinario ensimismado é indiferente. Josefa, con ademán abatido y lastimoso, comía... de todo, como siempre. Sus ojos estaban enrojecidos, á ratos se le llenaban de lágrimas, que enjugaba con la mano, y suspiraba á menudo. No se dijo, sin embargo, en la mesa ni una sola palabra que manifestase enojo contra Menita.

Terminada la comida, Menita se retiró á su cuarto más angustiada y temerosa que antes. Aquel silencio no le pronosticaba cosa buena. Habría preferido mil veces una reprensión, por dura é irritada que fuese, á la incertidumbre en que la dejaban.

El caso era que Josefa nunca había tenido ánimos para enojarse con Menita y arrostrar jaquecas é impresiones dolorosas. Facundo tampoco se atrevía á reprender á su hija predilecta, ni se le ocurría qué decirle. Siempre la había respetado y, si bien en el primer arrebato ese respeto no habría sido bastante para contener la rabia de Facundo, una vez desahogado el pecho con el cura y Josefa, las fuerzas le faltaban, y no sólo le faltaban las fuerzas sino que ya se sentía movido á indulgencia. En poco más de dos horas, la falta de Menita había disminuído notablemente á sus ojos y también la de Manuel, y Facundo no pudo recordar sin estremecerse aquella especie de locura que se apoderó de él cuando estuvo por asesinar al propietario de «Renaico». Pensó en su propia mocedad, en la vida que llevaba Josefa antes de casarse con él, en los infinitos casos semejantes al de Menita de que había tenido noticia, y no halló el suceso tan grave. Recordó la conducta intachable de Menita, su docilidad, el cariño que ella le manifestaba, la falta que haría en la casa, y Facundo comenzó á ablandarse y llegó á arrepentirse de haber hablado con el cura. Le pareció que se había precipitado, que todo podría haberse arreglado sin necesidad de divulgar lo ocurrido.

Á la postre de estas reflexiones, le asaltó cierto temorcillo. Manuel era joven y, como joven, debía de ser de carácter violento; sus bienes de fortuna eran considerables, y tenía muchos sirvientes; no se miraba en gastar, y nada de raro sería que le vinieran deseos de tomar alguna venganza.

—Si me ando con muchas—pensó Facundo—es como verlo que don Manuel me quitará el agua, me perseguirá, volverá contra mí á toda la gente, y, si es renco-

roso, podría llegar hasta dejarme vuelto á la pared. Á don José María, que lloraba por cinco centavos, se le podían hacer diabluras: á él todo se le volvía pleitos y amenazas, y nadie lo podía ver por lo cicatero y mal pagador que era. Pero ¿qué se puede hacer contra un caballero rico que llega tirando la plata á los cuatro vientos? Y ¿si se le ocurre quitarme los peones, aunque no los necesite? Y ¿si pone una venta cerca de la mía y vende de balde la chicha y todo?... ¡Dios me ampare!...

Facundo habló de esto con Josefa después de la comida y le pidió su parecer, cosa que nunca hacía; pero, cuando un hombre está asustado, se pone muy suave y amable con todos. Josefa, como de ordinario, abundó en la opinión de su marido, y se tomó la libertad de aconsejarle que no llevase á Menita á donde el cura decía, sino que la dejase en casa, y que hiciese saber á don Manuel, por medio de un tercero, que no se apareciese por la casa, y, por lo demás, que quedaran las cosas como estaban, puesto que no tenían remedio.

—Y ¿qué diré al cura?—dijo Facundo vacilante.

—Le inventas una disculpa.

—¡Hum! ¡Disculpas al cura! Antes que acabara la disculpa, me diría:—"¡Badulaque! ¿Cuánto te ha pagado don Manuel por Menita?"

Y Facundo, levantando la voz, añadió:

—¡Y el cura tendría razón para decirlo! ¿Qué otra cosa podría pensar? Y yo estoy resuelto á quedarme sin un centavo antes que dar motivo á nadie para creer que vendo á mi hija. Sólo de imaginarlo, me entran ganas de hacer una barbaridad.

Esto último lo dijo con tono exagerado.

Después agregó más llanamente:

—Josefa, me parece que lo mejor será mandar á Menita mañana mismo, como lo prometí. La dejaremos allá unos diez días para que se contente el cura y hable de una vez la gente lo que tiene que hablar. Cuando todo se sosiegue, la traeremos y no andaremos tan descuidados como hasta ahora.

Facundo salió á sentarse al corredor.

Ya se había oscurecido y Facundo, así como se vió solo, se puso intranquilo. Le asaltó el pensamiento de que Manuel, ignorando lo acontecido, viniera esta noche como las otras. Empezó á apoderarse de él esa rabia desesperada que casi lo arrastró á un crimen. Las sombras de la noche le inspiraban horribles proyectos, y ya se resolvía á tomar su cuchillo y á ir á apostarse en el mismo lugar que la otra vez, bien resuelto á no hacer caso de los consejos de Antonio, si ahí lo encontraba, cuando Antonio llegó.

—Buenas tardes, don Facundo.

Facundo contestó con un gruñido.

—¿Cómo le fué con el cura?—preguntó Antonio.

Facundo siguió como si nada oyera.

—Mira—dijo á Antonio al cabo de un rato—¿vendrá don Manuel esta noche?

—No viene, don Facundo.

—¿No viene? ¿Cómo lo sabes? ¿Ha sabido don Manuel que lo hemos descubierto?

—Lo sabe, y no crea que se arriesgará á venir otra vez. Mientras usted andaba en busca del cura, hablé con Menita, le conté todo, y yo mismo llevé un papelito á don Manuel, en el cual Menita le decía que no volviese á venir.

—Y ¿qué hizo, qué dijo Menita cuando le contaste?—preguntó Facundo con triste curiosidad.

—Quedó como muerta, sin decir palabra.

—¡Pobre chiquilla!—exclamó Facundo con ternura—Ellas no tienen la culpa... ¿Tienes seguridad de que no vendrá don Manuel?

—Se lo acabo de decir, y me lo está preguntando.

—Bueno, hombre, bueno—dijo Facundo suspirando, como si se aliviara de un peso.—Más vale así.

Luego comenzó á disiparse su mal humor, y se puso más comunicativo.

—Y ¿qué le dijo el cura?—preguntó de nuevo Antonio.

—El cura tuvo mucha pena; pero luego se consoló él y me consoló á mí.—«Facundo, me dijo, esto es cosa que pasa á todas las muchachas del campo. Lo que te aconsejo es que la saques de tu casa y la pongas en la de unos viejos que viven cerca de la iglesia»...

—Será donde Mateo Moya—interrumpió Antonio.—Es hombre muy formal.

—Ése mismo.—«La tendrás ahí, siguió diciéndome el cura, hasta que hable la gente lo que tiene que hablar, y después la llevas á tu casa y la cuidas de don Manuel.» Y así lo voy á hacer.

—Bien me parece—dijo Antonio con cierto desgano.

En seguida Facundo llevó la conversación á asuntos de campo, y habló acerca de ellos con mucha animación, como si nada, por otra parte, lo preocupara.

Al día siguiente, Facundo recibió por la mañana recado del cura, en que le avisaba que ya estaba prevenido el alojamiento de Menita.

Después de almuerzo, Facundo dijo á Menita, sin mirarla:

—Arréglate pronto, porque vamos á salir á caballo.

Menita no respondió, sino que bajó los ojos, encendida; luego se puso pálida y fué á disponerse, encomendándose á Dios de todo corazón, porque creía que esta salida á caballo no tenía otro objeto que hacerle saber el terrible castigo que temía, sin que sospechase cuál era.

Facundo tenía ya una carreta pronta y, cuando salió Menita, le dijo que se esperase un momento en el corredor de afuera, y él entró con un peón á sacar la cama, el baúl y demás trastos de Menita.

Cuando el peón levantó el colchón, apareció debajo un envoltorito de papeles que tomó Facundo y se puso á desenvolver; pero repentinamente se detuvo en esta operación. Eran los billetes de banco que Manuel había enviado á Menita. Así que el peón salió, Facundo desdobló los billetes con manos temblorosas y se estuvo mirándolos fijamente, sin contarlos. Una llamarada de rabia encendió su rostro. Apretó los billetes en la mano, los arrugó y los tiró al suelo, prorrumpiendo en injurias y maldiciones con voz ronca y ahogada.

Dió algunos paseos por la pieza, y tomó de nuevo los billetes; pero esta vez los desarrugó y estiró con cuidado, los puso en orden y comenzó á contarlos. Alcanzaban á cerca de doscientos pesos. Sintiéronse en esto los pasos del peón, que venía á cargar otro bulto, y Facundo se echó precipitadamente el dinero al bolsillo.

Cuando terminó el acarreo, Facundo salió de la pieza, y llamó á un trabajador que se hallaba en el huerto.

—Juan de Dios—le dijo—¿cuánto te estoy debiendo?

—¡Pch!—exclamó Juan de Dios.—Ya no me acuerdo. Su merced debe de saber. Lo que su merced diga.

—Creo que son diez pesos.

—¿Diez pesos? Mucho más, señor.

—¿Cómo mucho más?

—Llevo trabajados veinte días que, á veinte centavos el día, son cuatro pesos. El sábado me fuí á medio día, porque, como su merced recordará, se fueron los peones á esa hora. Es un mediodía más, que vale diez centavos. Me debe también el trato de la acequia, que fué por siete pesos y medio. Por todo salen once pesos sesenta centavos.

—¡Tanto, hombre!

—Su merced puede verlo en las listas.

—Se me ha perdido esa lista—dijo Facundo registrando unos papeles sucios y borrados que tenía en una cartera viejísima.

—Ahí viene el mayordomo—dijo Juan de Dios.—Pregúntele y verá que es como digo.

—Inocencio, ¿cuántos días tiene trabajados Juan de Dios?—preguntó Facundo.

—Veinte días y medio—contestó Inocencio.

—Así será—repuso Facundo.—Descontemos ahora lo que te he aviado.

—Son cuatro pesos—dijo Juan de Dios.—Dos pesos que le pedí cuando comencé á abrir la acequia, y otros dos que me dió anteayer.

—Son cinco pesos—replicó Facundo.—De esto me acuerdo muy bien. Además de los cuatro pesos que has dicho, me pediste un peso hace cinco días para comprar remedios á tu mujer.

—Así es, ahora que me acuerdo.

—De manera—prosiguió Facundo—que te estoy debiendo seis pesos sesenta centavos.

—Eso será, señor.

—Toma cinco pesos, y en estos días te pagaré lo demás. La plata anda ahora muy escasa—dijo Facundo dando al trabajador uno de los billetes de Menita.

Juan de Dios guardó el billete, después de mirarlo atentamente por todos lados, y se retiró de malas ganas.

Facundo se dirigió al patio de afuera, dijo á Menita que montase á caballo, y partieron.

XII

Después de leer la carta de Menita, quedó Manuel en gran desasosiego interior. No pensaba en designios de venganza, como Facundo suponía, sino que escuchaba vacilante, ya á su conciencia despertada por los contratiempos que habían surgido, ya á la hidalguía y nobleza que constituían el buen fondo de su carácter, ya á ciertas inspiraciones de egoísmo más ó menos disfrazado.

Manuel, como se ha dicho, no había despreciado ni dejado pasar en blanco las buenas fortunas que, en más de una ocasión, salieron á su encuentro; pero siempre, en tales enredos amorosos, dejaba ver sus cartas para que la otra parte acomodase su juego según le convenía, y nunca prometió lo que no pensaba cumplir.

El caso de Menita no le parecía ni claro ni limpio. Él no se había propuesto seducir á Menita. Cuando manifestó su pasión, cuando iba al huerto, no pensaba en ésto ni en aquéllo, en bueno ni en malo, sino que obraba impulsado por un amor vehemente é irreflexivo. La seducción, empero, se había realizado ni más ni menos que si hubiese perseguido deliberadamente este propósito desde que vió á Menita. Ella ahora le pertenecía; pero había

resistido á las primeras manifestaciones amorosas de Manuel, y si cayó y se rindió fué porque Manuel la atacó de sorpresa, en verdadera emboscada, hallándose Menita en circunstancias de ánimo tales, que habrían sido menester virtud y energía no comunes para salir triunfante.

No podía, pues, Manuel hacerse la reflexión de que Menita se le había entregado á sabiendas de que acabaría por abandonarla tarde ó temprano. Lo que veía bien claro era que había deshonrado á una joven hermosa, de alma bellísima, discreta, de ingenio vivo y despejado; que habría lucido en los salones entre las primeras, si hubiese nacido de noble alcurnia. Cuando así miraba á Menita, parecíale á Manuel que abandonarla era acción cobarde y villana que le remordería eternamente; pero, por otra parte, la conciencia le decía que continuar las relaciones con Menita era acabar de perderla, era seguir por un camino en el cual le sería cada vez más difícil volver atrás, era, en fin, obrar con cobardía muchísimo peor que la otra.

El egoísmo le daba buenas razones para abandonar á Menita. Le señalaba, en caso de que tal no hiciese, un horizonte de fastidio, incomodidades y vergüenzas. Y todo ¿por qué? Por tomar á lo serio una calaverada que hacía todo el mundo, una travesura de joven que daría que reír á los amigos. Ahora era el tiempo oportuno para salir airosamente del paso. ¿Por qué no aprovechaba la ocasión, y ahí mismo daba punto á sus relaciones con Menita? Al fin de toda calaverada hay un pantano: hasta él debe llegar el calavera de buen juicio. Si pasa adelante se atascará en el fango, y si consigue salir, saldrá enlodado y hecho objeto de risa.

El amor, empero, quitaba á Manuel la fuerza de de-

tenerse al borde de ese pantano de tan agradable aspecto. Si abandonaba á Menita, perdía los goces que disfrutaba en esas citas nocturnas y misteriosas que no tenían más testigo que la naturaleza dormida; perdía esos goces que serían tanto más vivos cuanto más rodeados de peligros; perdía esos goces siempre nuevos, siempre anhelados, porque cada uno podría ser el último. Y Manuel se embelesaba en Menita: la veía tan pura, tan hechicera, tan inocentemente voluptuosa, como aquel día en que por primera vez la cogió las manos en un rapto de amor y de locura.

Manuel pensaba en todo esto, y nada resolvía.

En la tarde llegó el cura.

Apenas lo divisó Manuel, adivinó el objeto de la visita, y se previno para escuchar pacientemente un sermón.

Se adelantó á recibir al cura con afabilidad y como si no sospechase qué asunto le traía á «Renaico».

—¿Cómo está usted, señor cura? No esperaba tener tan pronto el gusto de volverlo á ver. Pase usted acá. Tome asiento.

—Mil gracias—dijo el cura con embarazo.

—Bastante calor hemos tenido hoy.

—Ya casi tenemos el verano encima. En una semana más los trigos estarán secos y comenzará la siega.

—De los trabajos del campo, ninguno me gusta más que la cosecha—dijo Manuel.—Hallo en él más poesía que en los otros.

—No sé de eso; pero sí sé que en la cosecha se obtiene el provecho de los otros—repuso el cura sonriéndose.

—Tal vez será en lo que se ven más unidas la poesía

y la utilidad—advirtió Manuel sin saber lo que estaba hablando.

Ninguna observación hizo el cura.

—¿No encuentra usted, señor cura, cierto antagonismo entre lo útil y lo bello?—preguntó Manuel manifestando mucho interés y deseo en dilucidar esta cuestión.

El cura se sonó, carraspeó un poco y dijo como violentándose:

—Ya es tarde, don Manuel, y no puedo demorarme mucho. Usted me dispensará si llevo la conversación á un punto no menos desagradable para mí que para usted.

—¿Desagradable? No adivino cuál pueda ser—dijo Manuel, aparentando sorpresa.

—No soy diplomático—continuó el cura—y el campo no es á propósito para aprender á decir las cosas con finura. En atención á esto, le pido desde luego que me disculpe si por acaso usara yo términos algo rudos...

—¡Oh, señor cura! La intención es la que vale. No necesitaba haberme hecho esa advertencia. Háble me con toda franqueza, que en ninguna manera me daré por ofendido.

—Pues bien, don Manuel, vengo á hablarle de Menita... Y no crea—añadió con viveza—que le voy á echar un sermón, sino que quiero tratar el asunto en confianza... como entre dos amigos...

El cura calló un momento.

Manuel, algo turbado, se acomodó en el asiento é inclinó un poco la cabeza hacia adelante.

—Bien sé que para un joven rico—dijo el cura—es cosa de poco más ó menos seducir á una pobre mucha-

cha campesina. Piensa él que, si no coge ese fruto, no hará sino dejarlo para que otro lo coja, y sigue adelante, y después se queda como quien no ha hecho nada. Cierto es que la conducta de la generalidad de las mujeres del campo da motivo para pensar de esa manera; cierto es que en estos lugares la moralidad anda muy por los suelos. No lo niego, y me adelanto á decirle que el hecho de la seducción de Menita, si bien cosa abominable é inspiración del enemigo malo, no es lo que más me alarma.

«La gravedad del caso presente—continuó el cura—está en ser la moza Menita y el mozo usted; está en haberse juntado dos personas que jamás deberían haberse visto. Si, en vez de Menita, hubiese sido objeto de sus deseos la Clorinda Ibarra ó la Josefina Contreras, muchachas bien parecidas de «Renaico», que usted tal vez habrá visto, no me habría alarmado, porque ellas son más ó menos como las demás: díscolas, desenvueltas y sin vergüenza desde chicas, y usted se habría cansado muy pronto de ellas. Si, en vez de haber sido usted el seductor de Menita, hubiese sido Felipe Oyarce, joven que posee unos terrenitos por aquí cerca, tampoco sería tan grave el caso, porque Felipe es un alocado que llega, coge, se va, y no se acuerda más de lo hecho. Menita luego habría vuelto en sí, se habría arrepentido, despreciaría á Felipe y volvería por su honra, cosa que aquí se devuelve con extraordinaria facilidad. Pero usted es el hombre más á propósito para perder irremediablemente á Menita, y Menita es la mujer más á propósito para perderlo irremediablemente á usted.

«Esto es lo que quiero manifestarle. Y aquí de nuevo le repito que disculpe la rudeza y el poco aliño de mis

palabras. Más le diré, don Manuel—agregó el cura con emoción—si usted pudiese leer en mi interior, vería que las criaturas que más quiero y estimo son: Menita, á quien conozco desde su infancia, y usted, á quien conozco desde ayer.

—Por mi parte está usted correspondido—dijo Manuel en voz baja.

—Lo conozco desde ayer—prosiguió el cura—pero, si no me engaño, creo conocerlo lo bastante para poderle prevenir que está al borde de un precipicio. Usted es bueno, ilustrado y juicioso; pero débil de carácter, á lo que parece. Ayer me habló como católico fervoroso y convencido, me dió una cuantiosa limosna y, mientras tanto, mantenía relaciones ilícitas con Menita. Me pidió oraciones con el modo de una persona que realmente las necesita y, sin embargo, estoy seguro que entonces no pensaba cortar esas relaciones. Claro está que usted oía á la razón y la conciencia; pero que se dejaba arrastrar por la pasión. No sé si esta debilidad será defecto crónico en usted; pero...

—Crónico, crónico, señor cura—interrumpió Manuel con un movimiento de franqueza y descontento de sí propio.—Siempre he satisfecho todos mis deseos. No he sabido lo que es resistir á una tentación, y, sin embargo, cuando ví á Menita resistí, resistí como desesperado; pero... ya ve usted.

—Así lo creía yo, amigo mío—dijo el cura con suavidad paternal.—Así lo pensé ayer cuando Facundo me dió la noticia, y, por eso, me dije: ¿con qué objeto iré á echar en cara á don Manuel su mala acción? ¿Con qué objeto iré á afeársela y á llamarlo al arrepentimiento, si es seguro que él conoce más bien que nadie que ha delin-

quido, si es seguro que su falta le hará pasar ratos amargos? Lo importante aquí es señalarle el peligro... Dígame con franqueza, don Manuel—dijo el cura volviéndose más de frente á Manuel y poniéndole familiarmente una mano en el muslo—dígame ¿ama usted á Menita de veras, ó se trata de un capricho ó amorío que ya va mermando? Usted ya puede muy bien conocerlo...

—Y tan de veras la amo—contestó Manuel—que si me fuera posible arrostrar las preocupaciones sociales, ó si estuviese en mi mano el mudarlas, ahora mismo me casaría con Menita.

—¡Aquí está el busilis, aquí está, mi señor don Manuel!—exclamó el cura dando una palmada.—Me gusta hablar con gente franca y que dice claramente y sin rodeos lo que piensa y siente. Creí que me lo iría á negar, creí que me diría que sólo se trataba de una mocedad, ó cosa por el estilo, y yo venía preparado á sonsacarle lo que ocultaba. Pues bien, don Manuel, ese amor de veras es lo peor del caso. La Josefina Contreras no le habría inspirado á usted más que un capricho; Menita no habría inspirado á Felipe Oyarce más que un capricho; pero usted y Menita, con las dotes que á uno y otro adornan, no podían inspirarse recíprocamente sino amor sincero y de largo aliento, bien que pecaminoso é ilícito por todos lados, como usted demasiado lo conoce. Ahora me voy derecho al grano, y le digo, mi señor don Manuel, que si no corta de una vez sus relaciones con Menita, se echará á cuestas una querida de la cual no podrá desprenderse por más que lo procure.

Manuel se sonrió. Lo que acababa de decirle el cura le pareció sobremanera ridículo. ¡Un joven como él dejarse prender en los lazos de una campesina!... De im-

proviso el amor de Manuel disminuyó hasta tal punto que estuvo por decir al cura que no siguiera discurriendo en ese terreno, porque realmente no se trataba sino de un capricho que casi ya había pasado; pero no se atrevió á desdecirse tan pronto.

—¿Usted se ríe?—dijo el cura con seriedad.—No se ría. La soledad y tranquilidad del campo, la falta de sociedad y de distracciones, el trabajo físico, el poco temor de dar escándalo, influyen mucho en el ánimo. Ponen tranquilo y ensimismado al hombre. Las pasiones se le insinúan sin vehemencia, se arraigan en él y toman domicilio con mucho sosiego, y ese sosiego las hace durar, porque luego forman costumbre. Es la historia de todos los días. He visto mil casos... Hace algunos años que vivo en el campo y no dude...

—Señor cura—interrumpió Manuel—le estoy oyendo con muchísimo interés. Si me sonreí, fué porque me asaltó un pensamiento extravagante y ajeno á lo que usted decía.

—Y no se fíe usted—prosiguió el cura—en la inconstancia de sus afectos, quiero decir, en el germen de inconstancia que, de ordinario, acompaña á los afectos como el que ahora siente usted. En el desarrollo de ese germen entra por mucho la mujer, y me parece que Menita ha de ser de aquellas habilísimas, que procuran no parecer las mismas dos días seguidos al amante.

Manuel hizo una señal afirmativa sonriéndose; pero esta vez el cura no tomó á mal la sonrisa, sino que exclamó con satisfacción:

—¡Ah! ¿Es así como digo? Por ahí podrá calcular si acierto ó no en lo demás que le he hablado... En fin, con un joven juicioso como usted, no es menester entrar

en más reflexiones de esta naturaleza. Una cosa, sin embargo, debo pedirle que tenga bien presente: siempre que medite sobre sí mismo y quiera adoptar buenas resoluciones, no tome en cuenta para nada el estado actual de sus sentimientos. Nada hay más mudable que el hombre de carácter débil: puede salir de su casa llorando sus pecados y volver á las dos horas con diez pecados encima. Por eso dicen que, si bien la debilidad moral no es el vicio, se opone á la virtud más que el vicio mismo.

"Volvamos á lo de ahora—continuó el cura.—Su alma está en riesgo inminente, y aún añadiré: su tranquilidad y bienestar. Ahora es el tiempo oportuno para evitar ese riesgo. La pasión no debe de estar muy arraigada en usted. Lo que le ha pasado le habrá hecho reflexionar con cierta frialdad. Cobre ánimo y sea hombre alguna vez.

"Menita se halla trastornada y llena de temores. En tal estado de ánimo, uno se imagina que no hay desgracia que no le caerá encima, y así creo que á Menita no le tomaría muy de nuevo la noticia de que usted la ha abandonado. Crecerán sus padecimientos, se abatirá; pero vendrá la reacción y el arrepentimiento, y, con el favor de Dios, se conseguirá levantarla. Si usted la vuelve á ver, Menita no tendrá fuerzas para resistirle y esto, después de lo acontecido, vendrá á ser como segunda caída, de la cual ya no se recobran las mujeres sino por especial gracia de Dios.

"Váyase mañana mismo á otra parte—agregó el cura—procure olvidar á Menita, hágase cuenta de que ella se ha vuelto humo y no piense en volverla á ver.

—¿Y la cosecha? No tardará en comenzar—dijo distraídamente Manuel.

—¡Qué cosecha ni qué niño muerto!—exclamó el cura con acaloramiento.—¡Bien pega hablar de cosecha cuando está de por medio la salvación de dos almas!... Cuánto más que los sembrados que dejó don José María son pocos y usted tiene un buen administrador. Si yo fuese su padre, ahora mismo, de una oreja lo sacaría de aquí.

"Añadiré otra cosa—dijo el cura.—Las dificultades que hay ahora para que usted vea á Menita, podrían hacérsela más codiciable, porque así es el hombre... No hay tales dificultades. Facundo es un miserable como hay pocos. No habría vendido á Menita porque la quiere en extremo; pero una vez seducida, él tratará de sacar partido. Vea usted. Cuando ayer me fué á consultar sobre lo que haría, iba aquel hombre casi fuera de sí y, al parecer, dispuesto á todo por Menita. Le aconsejé que la llevase á una casa vecina de la iglesia, para cuidarla yo mismo é impedir que usted la viese, y dije á Facundo que hiciésemos diligencias para casarla luego. Facundo en todo convino. Hoy llevó á Menita; pero noté en él mal humor. Habló de la falta que hacía Menita en la casa, y se quejó del nuevo gasto que iba á tener con el pago del alojamiento. Después comenzó á regatear el precio hasta que me incomodé, y dije al dueño de la casa que yo pagaría todo, lo cual aceptó Facundo sin que se le pusiera colorada ni la punta de las orejas. Le oí, además, lamentarse de las responsabilidades y gastos que traía el hacerse cargo de hijos ajenos...

—¡Cómo!—exclamó Manuel sorprendido.—Menita ¿no es hija de Facundo?

—No. Es hija del primer marido de Josefa, según ella cuenta.

—Lo ignoraba... Creo haber oído á Facundo que Menita era hija suya.

—Así la ha mirado siempre, y se enorgullecía de tal hija; pero ahora publica que es ajena. Y ¿sabe usted por qué? Por sacar partido. Estoy seguro que en pocos días más y con cualquier pretexto, se llevará á Menita á su casa, hará la vista gorda si usted vuelve á saltar la pared del huerto, aceptará disimuladamente lo que usted quiera darle, y le pedirá con descaro lo que él necesite. Si se habla de este comercio, bien conocido de la gente de Mellico, Facundo podrá decir:—"¿Qué tengo yo que hacer? Menita no es hija mía."

"Ya ve usted, don Manuel, que le hablo con entera franqueza. Si usted quiere perderse á toda costa, puede hacerlo como en coche y con toda comodidad. Váyase, le digo, mañana mismo, busque por allá una niña que le convenga y cásese.

—Eso no es tan fácil.

—Ni encontrar la niña, ni casarse es cosa difícil para un joven rico, buen mozo y de familia distinguida como usted.

—Créame que no es tan fácil hallar una niña...

—Las hay, señor mío, las hay. Á menos que usted se empeñe en buscarla donde no la ha de encontrar... Eso es poner objeciones por el gusto de ponerlas. Lo que hay es que á usted le gusta andar sueltecito y teme las obligaciones del matrimonio; pero andando así sueltecitos es como los hombres se pierden. ¿No es verdad?

—Hay algo de eso—contestó Manuel.

—Cásese, le repito, y permítame darle un consejo acerca de la elección de esposa. Por nada se case con una de esas niñas de quienes dicen las señoras:—«Es un ángel, es una santa, es una malva. ¡Qué alhaja!» Tal niña no le conviene. No será usted feliz con una esposa rendida y sumisa, que se goce en servirlo, que se adelante á sus deseos, que acate y cumpla cuanto usted quiera mandarle, que le obedezca ciegamente, que se convenza á la primera palabra que usted le diga que lo crea un sér superior. Tales esposas convienen á los hombres de carácter fuerte, amigos de mandar, imperiosos, bruscos en sus modales. Ellos son los que saben apreciar ese respeto y sumisión absolutos. Ellos gozan al encontrarse con una criatura que los considera como se consideran á sí propios, y la aman, y llegan á deponer ante ella su imperio, como en agradecimiento á esa obediencia sin límites.

«El hombre irresoluto y de carácter débil se cansa luego de aquella eterna sumisión, porque lo obliga á tomar el mando, lo cual es para él molestia y sacrificio. Desearía ver en su mujer más actividad intelectual, más iniciativa. Le incomodan las continuas consultas y la facilidad para convencerse sin oír razones. No tarda en encontrar á su mujer apática y monótona. Luego se quejará de que la esposa le deja todo el peso de las responsabilidades morales de la vida conyugal, siendo así que debería ella cargar con su parte, y acabar por mirar en menos á su mujer y considerarla buena tan sólo para sirvienta.

«Usted, amigo don Manuel, necesita una mujer que lo domine y avasalle, que lo meta en pretina y haga de

usted cera y pábilo, como dicen; una mujer un poco altanera y caprichosa, pero graciosa y que sepa insinuarse; una mujer bastante inteligente para hacerle abdicar el mando y dejarlo, al mismo tiempo, en la creencia de que lo conserva; y eso lo consiguen con resistir en cosas de poco momento y someterse con oportunidad. Si usted se casa con una santita y se le atraviesa por el camino alguna Menita que haya corrido mundos, no afianzaría ni en dos centavos su fidelidad conyugal. No se enoje por esta claridad.

"Y con esto me despido—dijo el cura levantándose y tendiendo la mano á Manuel.

—Adiós, señor cura. Le agradezco en el alma...

—No hay qué agradecer—interrumpió el cura.—Era obligación mía, y el cumplimiento de mis obligaciones no es molestia para mí sino en tanto cuanto puedo molestar á los demás. Adiós, y váyase á acomodar la maleta.

El cura subió á caballo y se fué á galope largo.

Manuel se sentó pensativo en el escaño del corredor.

Los álamos alineados al frente se hallaban ya cubiertos con el polvo del camino. Por entre los troncos y el tupido follaje de color terroso, se abrían paso los últimos resplandores del sol y, rayando el aire polvoriento con líneas doradas, iban á reflejarse, movibles é indecisos, en las paredes del vetusto caserón.

Todas las tardes eran tristes en el caserón de "Renaico"; pero no tenían la tristeza suave y melancólica que en ciertos paisajes descubre el alma afligida, cuando todo parece volver al descanso, menos ella; no tenían la tristeza que desahoga el alma y suaviza el dolor. Desde el corredor no se divisaba ni una pequeña parte de esa naturaleza que simpatiza con el hombre y ocupa el lugar del

buen amigo que, en la expresión silenciosa del rostro, manifiesta comprender y sentir las penas que se le confían.

Los álamos y unos ranchos que había más allá, ocultaban el horizonte, de manera que Manuel no veía más que un pedazo de cielo de tinte casi parejo, que nada decía, que ningún pensamiento despertaba. Los pilares carcomidos, las paredes descascaradas y sucias, en las cuales se borraban por momentos los reflejos del sol, hacían imaginarse á Manuel que se hallaba en un cuarto miserable alumbrado por un candil. Comenzó á invadirlo la tristeza que ocasiona el espectáculo de la miseria, tristeza que ahoga, que apoca y abate el ánimo, que irrita los deseos, y hace soñar con una vida libre y descuidada, con esplendores mundanos y goces extravagantes.

Las reflexiones del cura, el porvenir desgraciado que auguraban, los padecimientos de Menita, las dificultades morales que impedían la continuación de ese amor, la ruindad de Facundo que allanaba el camino, todo eso se barajaba en la mente de Manuel. Se sentía aburrido, fastidiado, como si estuviese lleno de compromisos de los cuales no pudiera desprenderse. Y ese caserón ruinoso con sus eternos álamos alineados al frente le amargaba más el ánimo.

No era esa la vida tranquila, feliz y laboriosa que había soñado. Y ¿quién tenía la culpa de que así no fuera? —«Tú y tú solamente», decía á Manuel una voz interior. Y Manuel se reconocía culpable, como no podía menos de reconocerse, y veía que era preciso tomar una resolución definitiva; pero en vez de tomarla, exclamaba una y otra vez:—«¡Qué me daría por enamorarme de Menita!... ¡Por qué no me sujetaría á tiempo!»...

Manuel suspiró por la vida despreocupada de Santiago. Echó de menos la charla de los amigos, el floreo de las tertulias, los espectáculos divertidos, y hasta los ratos de esplín en que nadie lo molestaba. Anheló volver á esos amores ligeros, graciosos y juguetones, como los de las mariposas que se persiguen voltejeando por entre las flores de un jardín bañado de sol. En esos amores no había temor de tropezar con Facundos villanos, con Antonios ceñudos, ni con curas que dijesen la verdad. Esos amores podían dejarse sin esfuerzo, porque eran fáciles de reemplazar y, llegado el tiempo, se desvanecían como el humo, sin dejar tras sí penas ni remordimientos.

Así pensaba el pobre Manuel, sin acordarse del profundo hastío y del tedio de la vida que cada uno de esos amores le acarreaban; sin acordarse de que entonces su alma era lanzada de rechazo á una atmósfera de celestial pureza, donde toda dicha se cifraba en obtener una esposa casta y llena de virtudes, que fuese para su esposo la paz del corazón y la tranquilidad del hogar.

En la noche, Manuel determinó irse al día siguiente, y partió en efecto. No huía de los peligros que el cura le había señalado, sino de pasar días aburridos y de tener incomodidades.

PEDRO N. CRUZ

(Continuará)

EL INFIEL

DE LORD BYRON

(Conclusión)

"¡Padre! tus días han corrido en calma
entre innúmeras preces
marcadas por las cuentas del rosario.
Desde tu juventud fué tu destino
pedir que dejen de pecar los otros,
mientras que tú, sin culpa ni cuidado,
sólo has sufrido pasajeros males
que impone á todos el común destino.
Tendrás la bendición de quedar libre
de la furia de indómitas pasiones,
como las que revelan á tu oído
aquellos penitentes
que sus ocultas penas y pecados
confían á tu pecho
lleno de compasión y de pureza.
Mis días, aunque pocos, han pasado

en intensa alegría y mayor duelo;
pero en horas de amor y de combate
me libraba del tedio de la vida.
Ya aliado á mis amigos,
ya por mis enemigos circundado,
nunca busqué el hastio del reposo.
Ahora que no tengo
nada que amar ni aborrecer; ahora
que no siento ni orgullo ni esperanza,
quisiera ser el miserable insecto
que en la pared de la prisión se arrastra,
más bien que ver pasar mis lentos días
á un meditar estéril condenado.
Pero en mi corazón hay un deseo
de reposo: reposo que yo ignore.
Pronto el destino cumplirá este anhelo,
y ya podré dormir sin que me turben
sueños de lo que fuí, y aún sería.
Por más que mis acciones aparezcan
oscuras á tus ojos, mi memoria
no es hoy más que una tumba de alegrías
há largo tiempo muertas,
y mi esperanza es que perezcan todas.
Más valdría con ellas haber muerto
que vivir arrastrando esta agonía.
Jamás el alma mía
retrocedió ante la afanosa mano
de un dolor incesante, ni he querido
buscar la tumba que á sí propios se abren
el necio antiguo y el bribón moderno;
pero jamás temí encontrar la muerte;
y si acaso en el campo los peligros

me hubiesen impulsado á recibirla,
esclavo de la gloria,
no del amor, con gusto habría muerto.
Yo la arrostré, no por un vano alarde
de honor, á cuyos lauros me sonrío;
quede para los otros buscar senda
que los conduzca allí, por sed de fama
ó mercenaria prez. Á mí, dejadme
contemplar otra vez el solo objeto
que me parece digno de mi anhelo:
la doncella á quien amo, el hombre que odio.
¡Entonces ¡oh! perseguiré al destino
para salvar, ó destrüir, no importa,
por entre el hierro matador y el fuego!
Ni dudes que lo haría
una vez más, éste que ya lo ha hecho.
La muerte es lo que el bravo desafía,
lo que el débil soporta, lo que sólo
invoca el infeliz sin esperanza.
Yo no temí el peligro
cuando fuí grande y venturoso un día.
¿Por qué, por qué lo temería *ahora?*

"¡Oh monje! Yo la amaba, la adoraba!
Mas estas frases las pronuncian todos.
Con hechos lo probé más que con voces,
y hay sangre todavía en ese sable,
mancha que siempre quedará en su acero.
¡La hice correr por ella
que por amor á mí rindió la vida;
y esa sangre animaba
el corazón del hombre detestado!

No te asustes; no dobles la rodilla,
ni lance tal entre mis culpas cuentes;
me absolverás sabiendo
que era aquel hombre de tu fe enemigo.
Sólo al oír el nombre «Nazareno»
se desataba su furor pagano.
¡Ingrato imbécil! Sólo los aceros
bien dirigidos por robustas manos,
y las heridas que cristianos dieron,
le abrieron paso al cielo de los turcos.
Sin ellas, sus huríes impacientes,
todavía á la puerta del Profeta
le aguardaran en vano.
Yo la amaba. El amor halla camino
por sendas donde no se atreverían
lobos hambrientos á buscar la presa;
y, á ser audaz una pasión, no hay duda
que fuera extraño si no hallase el premio.
No importa cómo, ni por qué, ni dónde,
yo no ofrecí ni busqué amor en vano;
mas por remordimiento algunas veces
deploré que ella, una vez más, amase.
Murió, no oso decir de qué manera.
pero ¡mira! está escrita en esta frente.
Puedes leer la maldición y el crimen
de Caín, estampada en caracteres
que el tiempo no ha borrado.
Pero aguarda un momento
antes de condenarme. No fué mía
la acción, aunque yo fuí la causa de ella.
Él no hizo más que aquello que yo mismo,
siendo ella infiel á más de un hombre, haría.

Falsa hacia él, recibió de él la muerte:
fiel hacia mí, le hice morir por ella.
Por más que mereciera su destino,
es su lealtad á mí lo que yo veo,
si bien fuese perfidia para el otro;
¡ella me dió su corazón, el todo
que no domina tiranía alguna;
y yo ¡desventurado! llegué tarde
para poder salvarla!
Pero le he dado cuanto darle pude,
y esto es ya algún consuelo,
una tumba sangrienta á su enemigo.
Poco pesa esta muerte en mi conciencia:
pero de ella la suerte
me hizo ser lo que soy; digno de tu odio.

»Para él, escrito estaba su destino;
y harto lo conoció cuando su guía
le dijo que escuchaba en lo profundo
de su oído el fragor de la descarga
que anunciaba cercano el exterminio,
cuando la tropa estaba aún marchando
al lugar donde todos sucumbieron.
Él cayó en el calor de la refriega:
momento en que ninguno
se acuerda del dolor ni la fatiga.
Un grito por Mahoma, una plegaria
á Alá fué cuanto dijo.
Me conocía y me salió al encuentro
en medio del combate.
Allí donde cayó me puse á verlo
y á observar la partida de aquella alma.

Aunque de parte á parte atravesado,
como por acerada javelina
el leopardo en la caza ¡él no ha sentido,
no, la mitad de lo que siento ahora!
Busqué, pero fué en vano, los vestigios
de una mente agitada y dolorida:
cada facción de aquel siniestro rostro
aun en la muerte revelaba su ira,
mas no remordimiento.
¡Oh! Cuanto hubiera dado la venganza
por hallar en el rostro moribundo
la desesperación, ó signo de ella;
el tardo arrepentirse de esa hora
en que la penitencia es impotente
para quitar su horror al fin temido,
y no puede salvar, y no consuela!

«Fría tienen la sangre
los que nacieron en un clima frío;
su amor apenas si merece el nombre.
El mío era el torrente que de lava
el Etna encierra en su inflamado seno.
No con lengua versátil y parlera
puedo hablar de bellezas adoradas
y amorosas cadenas;
pero si el fuego que en las venas cunde,
si el rostro que se inflama y palidece,
si los labios que tiemblan sin quejarse,
si el corazón presto á estallar, la mente
presa de hondo delirio,
y el hecho audaz y el vengador acero;
todo lo que sentía y siento ahora,

quieren decir amor, amor fué el mío:
harto lo prueban bien amargas huellas.
Yo no podía, es cierto, dar suspiros
é inútiles lamentos:
obtener ó morir supe tan sólo
Y muero, habiendo poseído el triunfo,
y que suceda ahora lo que quiera;
ya disfruté la bendición del goce.
¿Maldeciré el destino que he buscado?
¡No! Si no fuera por la triste idea
de Leila asesinada;
aunque de todo despojado quede,
dadme el placer con el dolor, y osado
me lanzaré á vivir y á amar de nuevo!
Desconsolado estoy ¡oh santo guía!
mas no por mí que muero; sino sólo
por ella que murió y ahora duerme
debajo de la ola fugitiva.
¡Ah! si estuviera en tierra su sepulcro,
mi pobre corazón y mi cabeza
con ella partirían
aquel angosto, solitario lecho.
Forma de vida y esplendor era ella
que, vista, se grababa para siempre;
fué, dondequiera que volví los ojos,
estrella matinal de mi memoria.

«Sí: luz del cielo es el amor, centella
de aquel fuego inmortal de Alá venido,
que con el ángel participa el hombre
para alzar de la tierra su deseo.
Guía la devoción la mente al cielo;

en el amor desciende el cielo mismo;
sentimiento tomado del Eterno
para alejar el sórdido egoísmo;
emanación de Aquél que formó el todo,
halo de gloria alrededor del alma.
Mi amor, no hay duda, era imperfecto, malo,
cuanto malo disfrazan los mortales
con tal nombre. Decid que era un delito,
decid cuanto queráis; pero decidme,
¡oh! decidme que no era el suyo un crimen!

"Ella fué de mi vida luz y norte:
una vez apagada ¿qué destello
romperá las tinieblas de mi noche?
¡Oh! si brillar pudiera, y conducirme
aunque sea á la muerte,
aunque sea á atentados más terribles!
¿Por qué te ha de asombrar que los que pierden,
junto con su deleite, su esperanza,
mansamente al dolor no se sometan;
que acusen delirantes el destino,
y enloquecidos cumplan esos hechos
que unir parecen al dolor el crimen?

"¡Ay! El pecho que dentro llora sangre
no tiene que temer golpes de afuera;
y á quien perdió cuanto de dicha tuvo,
en cuál abismo se hundirá, no importa.
Aparecen mis hechos á tu vista
¡Oh anciano! tan feroces
cual los del torvo buitre; y en tu frente
leo el horror. ¡También fué mi destino

tener que sufrir esto! Semejante
soy, en verdad, á esa ave de rapiña,
con destrucción marcando mi camino;
pero en cambio, aprendí de la paloma
á morir... sin tener amor segundo.
Aún tiene el hombre que aprender de aquello
que más desdeña, esta lección sublime:
el pájaro que canta en la espesura,
el cisne que en lago se desliza,
tienen por compañera una tan sólo.
Y dejemos al necio que haga alarde
entre sus juveniles compañeros
de escarnecer al que jamás varía.
No envidio sus placeres,
antes bien, me parece un sér tan débil
y tan sin corazón, que le prefiero
mil veces aquel cisne en la laguna.
¡Cuán inferior es á la frágil joven,
crédula y traicionada, á quien olvida!
¡Yo, á lo menos, no sufro esa vergüenza!

«Tuyo fué, Leila, cada pensamiento,
tuyos mi bien, mi culpa, mi ventura,
mi angustia, mi esperanza
de lo que hay en el cielo,
mi todo en este desolado mundo.
Igual á ti ninguna hay en la tierra;
ó si existiere, para mí es en vano,
y ver no osara ni por todo un mundo
la que, no siendo tú, se te asemeje.
Bien claro lo atestiguan
hasta los mismos crímenes sangrientos

que mancharon mis años juveniles,
y este lecho de muerte. ¡Siempre has sido,
siempre eres el delirio idolatrado
á que mi pobre corazón se adhiere!

«Ella despareció... y aún yo vivia,
mas no con vida humana.
Como anillo infernal, una serpiente
mi corazón ceñía, que sin tregua
impulsaba á la lucha el pensamiento.
Igual en todo tiempo, he detestado
todo lugar: ¡retrocedí convulso,
de la naturaleza ante el aspecto,
donde cada matiz, mi encanto un día,
se ennegreció en las sombras de mi alma!
Ya sabes lo demás: todas mis culpas
y la mitad de mi dolor. No me hables
todavía una vez de penitencia.

«Ya ves que pronto he de partir del mundo:
si tu santa leyenda es como dices
¿puedes tú deshacer lo que está hecho?
No me creas ingrato. Mi amargura
no es de las que consuela el sacerdocio;
imagina el estado de mi alma:
si has de apiadarte más, diserta menos.
Cuando á mi Leila vuelvas á la vida,
entonces rogaré que me perdones:
y entonces tú defenderás mi causa
en ese cielo que concede indulto
cuando se pueden pagar bien las misas.
Ve, cuando el cazador ha arrebatado

de la cueva nativa á los cachorros,
ve á calmar la leona solitaria.
No quieras consolarme, es una burla.

"En más tempranos días
y más felices horas,
cuando los corazones se deleitan
en estrecharse en mutua simpatía;
allá donde florecen los jardines
de mi valle nativo,
tuve ¡ah! ¿le tengo aún?... tuve un amigo.
Ruégote que le envíes esta prenda,
memoria de unos votos juveniles.
Quiero que de mi fin se acuerde ahora.
Aunque almas embebidas cual la mía
dan apenas un breve pensamiento
á la amistad remota,
mi mancillado nombre aún le es querido.
¡Extraña cosa! Él anunció mi suerte,
y sonreí, podía hacerlo entonces;
cuando habló por voz suya la Prudencia
aconsejando, no sé qué, á mi oído.
Pero el recuerdo se despierta ahora
de esos acentos que advertía apenas,
Dile que se han cumplido sus pronósticos,
y él oirá la verdad sobresaltado,
doliéndose de ver que fueron justos.
Dile que, aunque, al través de mil escenas
afanosas y amargas, parecía
que me olvidaba del feliz pasado
de nuestra hermosa juventud, ahora
en mi dolor, con labio balbuciente,

pronto á morir, bendigo su memoria.
Pero el cielo quizás desdeñaría
que por el justo el delincuente implore.
No pido que me ahorre la censura:
harto gentil es él para que quiera
murmurar de mi nombre;
ni ¿qué tengo que hacer yo con la fama?
Ni le ruego que evite el lamentarme;
no piense que desdeño su cariño;
ni ¿qué mejor adorno que una lágrima
de amistad varonil, para el sepulcro
donde duerme un hermano?
Dale este anillo, que fué suyo un tiempo,
y dile, dile lo que ves ahora:
¡un cuerpo exhausto, un pensamiento en ruinas,
náufragos restos de pasiones fieras,
página desgarrada, hoja perdida
que el viento del otoño,
ráfaga del dolor, ha marchitado!

"No me hables más de fantasía ¡oh padre!
por que esto, no, esto no ha sido un sueño.
¡Ay! el que sueña ha de dormir primero;
y yo estaba en vigilia, y anhelaba
poder llorar, pero no pude. Entonces,
como ahora, el latido de mi frente
sacudía implacable mi cerebro.
¡Ah! siquiera una lágrima, una sola,
fuera una bendición, nueva y querida,
y anhelaba por ella como ahora.
Pero ha podido más que mi deseo
la desesperación: ella es más fuerte

que tus piadosas preces. No prodigues
en vano tu oración: yo no querría
ser, aunque lo pudiera, bendecido.
Mas ¡ay! que sólo estrechan una sombra,
se cruzan en mi pecho solitario,
y sin embargo ella está allí. En silencio
se alza de pie, sus manos suplicantes
se extienden hacia mí, veo sus ojos
negros, brillantes, su trenzado pelo
¡ah! bien sabía yo que era mentira
que ella estuviese muerta. Era imposible.
Quien está muerto es él. En el barranco
donde cayó, lo vi enterrar yo mismo.
Él no viene: no puede levantarse
del seno de la tierra. ¿Por qué, entonces,
estás despierta tú? ¿No me dijeron
que turbulentas olas se encrespaban
sobre tu faz, sobre tu amada forma?
¡Qué abominable cuento!... Yo diría
todo esto, mas mi lengua desfallece.
Y si fuere verdad que desde el fondo
de tu gruta en el lecho de los mares,
á pedir vienes más tranquila tumba
¡oh, pon sobre mi frente,
para que no arda más, tu fría mano,
ó encima de este corazón doliente!
Mas, forma ó sombra, comoquier que seas,
¡por piedad! no te alejes; ó si partes
¡llévate para siempre el alma mía
más allá de los vientos y las olas!
yo no quiero el Edén, sino el descanso.
Fué entonces, padre, te lo afirmo, entonces

cuando la vi; y estaba otra vez viva,
y, al través de su blanca vestidura,
brillaba, como brilla en este instante
tras la pálida nube cenicienta
la estrella que allá ves: así la he visto,
pero mucho más bella todavía.
Ya apenas veo titilar sus rayos;
mañana hará una noche más oscura...
Antes que vuelva á aparecer su brillo
seré el polvo que temen los que viven.
Perdona, padre, si divago; mi alma
se acerca á largo paso á la salida.
Sí, la vi ¡oh monje! y olvidando al punto
nuestro antiguo dolor, desde mi lecho
me lancé erguido y la estreché en mis brazos
sobre mi corazón desesperado.
¿Qué es lo que abrazo? No hay latido alguno
del corazón que al corazón responde:
no es forma que respira; y entretanto
tuya es ¡oh Leila! esta adorada forma.
¡Ah! y ¿cómo puedes, alma de mi alma,
cambiar así, que, viéndote la misma,
no te pueda sentir cuando te toco?
Pero no importa si en beldad tan fría
te has transformado: entre mis brazos cierro
todo lo que ocultaba mi delirio.

"Tal es mi nombre: tal mi historia ¡oh padre!
ya he revelado á tu discreto oído
las penas que me agobian. Te agradezco
la generosa lágrima que nunca
podrían derramar mis yertos ojos.

Déjame entre los muertos más humildes,
y, fuera de una cruz, mi cabecera
ni nombre ostente ni inscripción alguna
que atraiga las miradas del extraño
ó en su paso detenga al peregrino.»

Pasó... sin dejar prenda ni vestigio
de su nombre ó su raza,
salvo lo que se guarda en el secreto
del monje que velaba su agonía;
y esta truncada narración es todo
lo que saber pudimos de su amada
y de aquél que inmoló para vengarse.

J. Arnaldo Márquez

FINANZAS DE ESTADOS UNIDOS

INFORME DEL SECRETARIO DEL TESORO

(Continuación)

¿DARÁN LOS ESTADOS UNIDOS AHORA LIBRE AMONEDACIÓN Á LA PLATA?

I. La prescripción de la libre amonedación de la plata para el trastorno monetario sólo satisfaría una de las varias condiciones indispensables de que más arriba he hablado con detenimiento. Aunque es condición indispensable para la restauración permanente del orden monetario el que la libre amonedación de la plata sea tan completa como la del oro, sin embargo, si se le diera á la plata en el momento actual de trastorno, el resultado práctico vendría á ser quitársela al oro. Ello sería un cambio sin muchas ventajas, y con desventajas bajo todos respectos. En primer lugar, nos traería á la base de plata como en Asia. Esto se ha principiado ya en algunas partes. Pero ningún deseo público lo exige. La preponderancia de la opinión pública parece enorme en

favor del uso combinado de los dos metales. Ningún partido y ninguna administración podrían sobrevivir, ni lo merecerían, al cambio imprevisto de una base de la plata. Y es sencilla la prueba de que la libre amonedación de la plata traería ahora consigo la base de la plata. Ofrecida á ambos metales las Monedas abiertas al público, la amonedación libre de la plata en pesos tipos legales para los dueños de este metal detendría el uso de las Monedas para la libre amonedación del oro de los dueños de este otro. Sujetaría la circulación simultánea de los pesos de oro y de plata. El peso de oro tendría premio y sería exportado. En todos los Estados Unidos sería exclusivo el uso de la plata para los pagos legales, fuera de los billetes, que al principio habrían de ser empleados en lo posible para vaciar de oro al Tesoro; y además dejaría de entenderse por "peso" todo menos la deuda de una moneda de plata, y no la unidad monetaria comprendida antes en monedas equivalentes de ambos metales. Así, la libre amonedación de la plata, ó, lo que es lo mismo, la base asiática de la plata, sólo serviría para hacernos cojear del otro pie. No restauraría ni tendería á restaurar el uso universal de los dos metales en equivalencia proporcional, que es el remedio para el trastorno monetario, así como el uso separado ha sido su causa. Pero el cambio sería desventajoso y asunto no indiferente.

Ahora hacemos un uso imperfecto de los dos metales, como es natural, desde que la dificultad estriba en el menos precioso de los dos, que logramos, por el poder tipo legal y el recibo de impuestos, mantener en algunos usos generales al nivel del otro. En el otro caso, sin embargo, sólo podríamos tener uno en uso, no los dos,

aún por medio de disposiciones legales y penales. De esta suerte la prescripción de la amonedación libre de la plata y la prescripción de la base de la plata son semejantes, esto es, amputación de una pierna sana para curar temporalmente la cojera en la otra. Para evitar repeticiones de lo que tuve el honor de decir el último invierno en contestación á las averiguaciones de la Cámara de Representantes, sólo agregaré una idea que será adversa al proyecto de libre amonedación de la plata. Así como nuestra limitada amonedación de plata paraliza, así también en estos momentos la libre amonedación destruiría el poder de los Estados Unidos para promover la restauración de la plata á su antiguo lugar en el orden monetario.

¿DEBERÁN LOS ESTADOS UNIDOS PROPONER MÁS CONFERENCIAS?

II. La correspondencia diplomática propone nuevas conferencias. Me atrevo á creer, con el debido respeto hacia aquellos que de tales decisiones son responsables, que no ha llegado aún el tiempo para nuevas conferencias, y que tampoco es del todo adecuado el tiempo para intervenciones diplomáticas. Nuestra información es reciente y auténtica y está contenida (Senado ex. Doc. núm. 29) en las cartas de nuestros Ministros acreditados en Gran Bretaña, Francia y Alemania, publicadas allí, y en la correspondencia y acción del Gobierno británico, que están sumariadas más arriba. Los poderes continentales esperan la acción de Gran Bretaña, cuya mala voluntad echó por tierra el objeto de ambas conferencias convocadas á instancias de Estados Unidos y

á quienes otra vez, un año há, prestó oído sordo. Si correspondía á la dignidad de Estados Unidos llamar de nuevo la atención de los estados europeos, ó aún hacer avances cuando tan recientemente habían sido rechazados, no respondería á nuestros intereses hacerlo cuando es seguro que la averiguación á la cual Gran Bretaña ha entrado de repente, á instancias y por insistencia de su gran colonia, la India, y por su propio motuo, proviene de consideración á su propio interés. Los Estados Unidos no tienen la misión de ser consejeros ó guardianes de los intereses de Gran Bretaña. Ninguna intervención puede ahora avanzar su objeto, aunque sea cierto que un cambio interno se está verificando, puesto que el cambio externo ha sido por tanto tiempo rechazado y resistido con persistencia. Una conferencia será únicamente fructífera cuando cualquiera Estado desacorde se haya puesto de acuerdo del todo con los demás Estados participantes, cuyo propósito y tendencias ha conocido bien aquél y fustrado ya dos veces.

En suma, es á Gran Bretaña á quien corresponde ahora hacer proposiciones á las demás potencias. Y así como no renuncia á su aislamiento á instancias de las potencias reunidas, menos lo hará á instancias de una sola. Sólo renunciará a él si alguna vez ella se convence que está en sus vitales intereses hacerlo. En ningún caso abrirá Gran Bretaña sola sus Monedas á la libre acuñación de la plata. Cuando, si esto alguna vez sucede, ella encuentre que está en su interés corregir el error de 1816, tiene los medios de comunicar á los otros Estados su cambio de opinión. Entonces sí que conferencias y tratados producirían resultados verdaderamente prácticos.

¿DEBERÁN LOS ESTADOS UNIDOS COMPRAR MÁS DE 250.000,000 DE PESOS EN PLATA?

III. Continuar como ahora estamos sería continuar por el peor de los caminos abiertos á nuestra elección. Nadie defiende la compra de plata para el Tesoro; nadie la aprueba; más todavía, cada voto por la amonedación libre de la plata, equivale á un voto por que termine su compra para el Tesoro; es una afirmación de que debe terminar. Ha quitado la oportunidad de que quede libre en Europa la plata que nosotros hemos guardado sellada y acopiado, y ha descartado el poder de reducir en otro tanto las existencias de oro en el extranjero, dos argumentos que habrían debido tener reconocida analogía. Es una política que, si fuera prolongada por nuestras esperanzas, podría ser más tarde tan alterada por dilaciones astutas ó procedimientos dilatorios, y por el plazo exigido para las negociaciones mismas, que llegara á forzar en América una base asiática de plata. Es, al menos, el traslado de todo control en la cuestión de la plata á intereses adversos, si no hostiles. Priva á los Estados Unidos de una perfecta igualdad de condición en sus negociaciones con los países extranjeros. Es un gasto y una carga que, según la experiencia demuestra, no produce ningún fin útil ó práctico. Inútil como gravamen, nuestra compra de plata es á la vez trastorno para el Tesoro, que amenaza el monetario sin aliviar al contribuyente. Es atesorar una pesada carga de monedas de plata, que se necesita guardar, pero que cada vez se hace más difícil guardar, en equivalencia doméstica comercial con nuestro padrón monetario. Nunca será la moneda de plata verdadera representación de ese padrón,

como lo es la moneda de oro, á no ser que se empleen los mismos medios que aquellos que dan á la moneda de oro el carácter y funciones de esa representación, esto es, Monedas abiertas para toda la plata del mundo, y poder legal absoluto para el pago de deudas conferido por ley á cualquiera producción posible de moneda de plata, de manera que asegure al metal no acuñado valor igual al que tiene el amonedado. Equivale, por lo tanto, á ahogar nuestro monetario con metal depreciado, al propio tiempo que obstruye el único camino para combatir esa depreciación y para restaurar su valor.

La compra de plata para el Tesoro ha sido tan fútil como costosa. No ha dado ni ha tenido tendencia á dar circulación internacional á la plata de estos 250.000,000 de moneda. Aumenta con una más el número de las naciones gravadas con el peso de mantener un metal depreciado al antiguo nivel en sus padrones monetarios bimetálicos. Hay una sola diferencia. Cuando comenzó el trastorno monetario otros países tenían grandes cantidades de moneda de plata sujeta á la depreciación; nosotros no teníamos absolutamente nada. Nosotros creamos esa existencia, y diariamente la estamos aumentando.

Á las debilidades de una derrota en el ejercicio de nuestra influencia en el extranjero, se agregó el perjuicio de la plétora costosa en el interior. No es meramente la abdicación de nuestro poder actual para apresurar una solución del problema internacional que devolverá á la plata su uso y su valor primitivo; es el gravamen de 24.000,000 de pesos al año en un pueblo ya demasiado gravado, que demora y destruye esa solución; fuera de que los productos de ese impuesto sirven para trastornar el monetario doméstico, para comprometer la esta-

bilidad de nuestro padrón de valor, y para acumular un sobrante que, por una parte empuja al Tesoro hacia la base de la plata, y por la otra tienta al Congreso á excederse demasiado en los desembolsos. Cierra todo camino para la reforma tanto monetaria como fiscal y aduanera.

¿DEBERÁN LOS ESTADOS UNIDOS PROMOVER REMEDIO PARA EL TRASTORNO MONETARIO?

IV. Suspender las compras de plata es la única elección que nos queda; nuestro deber y nuestro interés. Ello evitaría un gasto inútil y perjudicial y el impuesto que lo cubre. Haría comenzar reformas en la suma y en el método de los impuestos federales. Devolvería á los Estados Unidos la igualdad de posición (no-acuñamiento) con los demás países, lo que vendría á darnos la debida influencia en la negociación. Induciría á negociaciones cuyo objeto fuera alivio y no simplemente demoras. El primero y mejor paso que pueden dar los Estados Unidos con el fin de prestar su cooperación importante en la terminación del trastorno monetario del mundo, es suspender la compra y la acuñación de la plata. El origen de aquel trastorno fué extranjero; su remedio es internacional.

Está ya maduro el tiempo para que esta poderosa República éntre de una manera decidida en esa transacción internacional. Y ese momento no debe despreciarse. Después de enredarnos en la negociación, no estaríamos libres, como ahora lo estamos, para obrar, primero en ventaja propia, y después en el sentido de promover nuestra escapada y la escapada del mundo de este trastorno universal, que, al oprimir la industria y el comercio, afecta

al propio tiempo en todas partes la prosperidad privada.

Pero la influencia de este trastorno sobre las finanzas de los gobiernos es un perjuicio separado, que varía en los diversos países según los sistemas fiscal y monetario que ha venido á perturbar. En Inglaterra la perturbación es seria, pero las finanzas desordenadas de su mayor colonia, la India, son el punto crítico que toca al gobierno de Gran Bretaña. En Francia y Alemania la perturbación es general, pero el problema fiscal consiste en el mantenimiento de una existencia enorme, pero que no aumenta, de plata sellada, depreciada últimamente casi en un 30 por ciento, mientras que estaba á la par cuando ambos metales estaban en uso. En Estados Unidos es considerable la depresión del comercio causada por la comprensible resistencia, tanto de aquellos cuyos ahorros son escasos, como de aquellos cuyo capital es grande, para exponerse á su pérdida con precios en baja y con los riesgos de una base de plata; lo que hace que no sea moneda lo que se contrata, de la cual hay superabundancia, sino el empleo de los ahorros como capital, por medio de la moneda, en la organización de la industria y en el mantenimiento del trabajo. Pero entretanto, el trastorno sufrido en las finanzas del Gobierno es diferente. Aquí también, como en Francia y Alemania, hay necesidad de mantener una existencia enorme y susceptible de aumento de plata sellada (mayor ahora que la de Francia, en proporción á nuestros hábitos comerciales y bancarios); plata depreciada últimamente en un 30 por ciento, y á la par con el oro cuando se usaban ambos metales. El primero y el mejor paso para nuestro trastorno local es sujetar la compra y la acuñación de la

plata. Aumentar la existencia equivale en cambio á aumentar las dificultades del Tesoro, dificultades ilícitas y anormales, que jamás deberían ser impuestas á Tesoros de gobierno democrático alguno, y que menos deberían ser aumentadas. Su misión consiste en acuñar los dos metales en moneda para el público, en cantidad suficiente para las necesidades, y no en acuñar para sí mismo y en guardar la moneda sellada.

Su verdadero cometido, como Caja Fiscal, es recibir las rentas del pueblo por medio de impuestos, en buena moneda que él mismo ha acuñado, y gastar ese dinero según lo determine el Congreso, sin que guarde más sobrante que el que sea suficiente para asegurar los pagos puntuales. Un sobrante en el Tesoro es prueba constante de malas finanzas y de malas leyes, si son éstas las que lo hacen necesario. Si acaso producir, atesorar y distribuir moneda de un metal depreciado pusiera término á la depreciación, ó aliviara el decaimiento del comercio, ó mejorase la circulación metálica, ó atrajese para empleo de trabajo más capitales en préstamo, ó detuviera la caída de los precios, entonces sí que las dificultades del Tesoro y las cargas de impuesto tendrían alguna compensación. Pero resulta lo contrario. Inspira á los propietarios, á los prestamistas, y á los que emplean capitales con el objeto de organizar trabajo para los obreros, una desconfianza del todo incurable. Es una desconfianza razonable, que cualquiera hombre que ha ganado y economizado cinco pesos que desearía emplear ó prestar como capital, conoce tan bien como aquellos que han ahorrado miles de pesos con sus ganancias. Todo obrero con salario sabe tan bien como ellos que la plétora de plata no ha estimulado ni estimula la industria ni el co-

mercio. Jamás había estado tan baja la plata como este año (42 peniques), aunque el Tesoro ha comprado y sellado 250.000,000 de pesos en los últimos ocho años. Los precios de todos los artículos de consumo se cotizan más bajo que en cualquiera otro año del siglo XIX.

CONSECUENCIAS DE SUSPENDER LAS COMPRAS DE PLATA

Suspendiendo la compra de plata, tendrá facilidades el Tesoro, mientras vuelve el sistema monetario á sus condiciones normales, para mantener con seguridad y mayor holganza la existencia actual de plata á la par con el oro en todos nuestros usos internos y fiscales, lo que disminuirá la desconfianza de los propietarios y capitalistas, y aumentará el empleo del trabajo, que son los primeros frutos de finanzas cuerdas, y las primeras condiciones de prosperidad.

Al suspender la compra de plata se producirá, naturalmente, una nueva baja en el mercado de Londres; pero en cambio, el día de la restauración final á su lugar primitivo en la moneda del mundo, llegará más pronto y con mayor seguridad.

La gran baja reciente ha abierto ojos que estaban ciegos y oídos que estaban sordos. Pero una baja de la plata, si se detienen los gastos y atesoramiento del Tesoro, no aumentaría sus dificultades, ó aquellas del derecho que las leyes imponen para conservar la circulación de la plata á la par con el oro, dentro de nuestra propia jurisdicción.

El empleo obligatorio de moneda temporalmente inferior, en el pago de deudas consolidadas, ó en los gastos

diarios de cualquiera especie, quiere naturalmente decir aceptación obligatoria, y haría visible su inferioridad, al paso que su empleo acertado y su aceptación voluntaria, lo que las leyes del Congreso no prohiben, impedirían que apareciese esa inferioridad en el comercio interno, que nada alcanzaría á ocultar en los cambios con el extranjero.

Ninguna baja probable en el poder adquirente de un metal alcanza á ser tan perturbardora para el Tesoro como la continua acumulación de moneda hecha tipo legal por su título, pero que no vale su título, y que el Tesoro tiene que usar como oro y como si valiera tanto como su título. Suspender las compras de plata equivale, por consiguiente, á contener el desarrollo de esa mancha permanente en nuestras finanzas, el sobrante del Tesoro. Nos colocará en la situación de abolirlo completamente, no defraudando á nuestros acreedores, ni despojando á los deudores ni á los obreros asalariados, pero sí habilitando al Tesoro para mantener de firme al peso de plata en equivalencia local con el peso de oro, hasta que podamos unirnos á las principales Potencias con el objeto de restaurar y hacer permanente la misma equivalencia.

Es consecuencia directa del trastorno monetario el hecho de que el trigo de la India, que alcanzó el precio de 3 rupees por quintal hace 14 años, y que ahora tiene el mismo precio, puede venderse en Londres—haciendo á un lado el costo de trasporte—por el precio que valen en oro hoy en Londres 3 rupees de plata de la India, esto es, con una baja de 25 por ciento. Esta baja ha causado, por supuesto, otra baja correspondiente en el precio de todo el trigo producido en In-

glaterra é Irlanda, en el mercado de Londres, que, á su vez, se ha encontrado al frente del menor precio en el sobrante de trigo americano en la misma ciudad. El precio de nuestro sobrante de trigo determina el de toda la cosecha de Estados Unidos. De esta suerte, el trastorno monetario ha costado hasta ahora á nuestra población agrícola, que alcanza casi á la mitad de la población total de Estados Unidos, una suma casi incalculable, millones sobre millones de pesos cada año, y pérdida que continuarán sufriendo mientras el Congreso se resista á suspender las compras de plata, y, por ese acto, á obligar el acuerdo internacional para poner término al trastorno monetario. Un año más que pase sin suspender las compras de plata, es la pérdida de precios remunerativos para otra cosecha de trigo en Estados Unidos; es otro año que estimula la competencia de la India en nuestros productos agrícolas en los mercados extranjeros, y que reduce nuestra fuerza para mantenernos contra la competencia del mundo en el mercado.

Mientras nuestras tarifas de guerra, continuadas veinte años después de la paz, han entorpecido el que nuestras manufacturas pudieran competir ventajosamente en los mercados extranjeros con los productos de naciones que no gravaban las materias primas, hemos considerado á los mercados extranjeros tan seguros para el exceso de nuestros productos agrícolas como el tiempo de la siembra y de la cosecha. Al menos, llegamos á considerar el manejo de esos mercados, como nunca expuesto á perderse. Hoy están en peligro. Ahora bien, toca al Congreso deliberar si acaso una política que no impide la pérdida de 25 por ciento de la producción de plata á unos cuantos miles de propietarios de minas, pero que

prolonga la pérdida á muchos millones de agricultores de un 25 por ciento en el precio de su cosecha anual de trigo, deberá ó no abandonarse, y si se adoptará ó no la única política que augura restaurar la antigua prosperidad de unos y otros.

Si se derogara la ley que obliga á hacer compras de plata para el Tesoro, y si esa derogación fuese acompañada de una declaración del Congreso de que Estados Unidos estaban ya prontos para unirse á Francia, Alemania y Gran Bretaña con el fin de abrir sus Monedas á la libre amonedación de la plata y el oro en una relación de valores fijada por acuerdo internacional, el infrascrito juzga que antes de la expiración de otro año fiscal se habrá arreglado ya este trastorno, por internacional acuerdo; restaurado á ambos metales monetarios en sus funciones antiguas y universales, como única medida tipo de los precios de todos los artículos de consumo del mundo, y que á la vez se habrá aliviado la situación del comercio y de la industria, y renovado la prosperidad general. Por todo esto recomiendo respetuosamente á la sabiduría del Congreso la derogación incondicional de la ley de 28 de febrero de 1878, acompañada de tal declaración.

FINANZAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

La deuda pública se compone de cuatro ítems principales, que, en números redondos, son como sigue:

1. La deuda no-consolidada:
   Billetes, moneda legal de Estados Unidos. . . . . $ 346.000,000

2. La deuda consolidada:

Empréstito de 1882, 3%.	64.000,000
Empréstito de 1891, 4½%. . . .	250.000,000
Empréstito de 1907, 4%.	738.000,000

Durante los últimos siete años las entradas de la Tesorería Federal pasaron de 2,500.000.000 de pesos; los gastos ordinarios netos fueron un término medio de 257 millones de pesos al año; el exceso de la renta ordinaria ha sido al año de más de 100.000,000 de pesos. Incluyendo los 2.000,000 de pesos mensuales gastados en plata, el sobrante de la renta anual fué en los últimos siete años casi de 125.000,000 de pesos. Con este sobrante hemos estado pagando nuestra deuda consolidada hasta la suma anual de 100.000,000 de pesos, y empleando casi todo el resto en pesos de plata, de los cuales tendremos acuñado en enero próximo 250 millones.

Nuestro consumo interno dió durante el último año fiscal un aumento de renta sobre la del año anterior de 15.740,295 pesos; pero el primer trimestre del presente dió un aumento en la renta de 7.303,496 pesos sobre el primer trimestre del año fiscal precedente. En otros términos, nuestras contribuciones—que subieron á cerca de 310.000,000 de pesos—sobre los artículos de consumo importados del extranjero ó producidos en el país para uso de los Estados Unidos, dan un aumento, y un aumento progresivo.

El Congreso expresó en su última sesión solicitud para apresurar cuanto se pudiera en la práctica el pago de la deuda consolidada exigible. Empleando la discreción debida, tal ha sido siempre mi deber y mi propósito, y la indicación reciente del juicio del Congreso á ese

respecto, así como las leyes del Congreso que dirigen mi acción, continuarán recibiendo muy cuidadosa atención. Esa parte de la deuda consolidada ha sido reducida ahora á 64.017,800 pesos, y para septiembre se ha ofrecido públicamente pagar á cualquier tenedor de bonos, sin consideración á futuros reclamos. Según el anticipo más probable que puede hacerse en un asunto cuyo curso se debe juzgar con mayor certeza semana á semana, parece conveniente haber ofrecido el pago de lo que resta de la deuda de 3% desde el 1.º del próximo octubre. Si fuese prudente, podría tentarse aún un plazo más próximo.

WANDERER

(Continuará)

En la tumba

DE ALFREDO DE MUSSET

Triste y turbado descubrí mi frente,
doblando la rodilla silencioso,
en la tumba del genio poderoso
que con sus alas sacudió mi mente.

Al soplo columpiado del ambiente
sus ramas destrenzaba el mirto hojoso,
do caía el rocío luminoso
desde la copa del ciprés doliente.

Su cuerpo yace allí—no el pensamiento
del inmortal poeta que tañía
la lira del humano sentimiento;

que del Pindo en la cumbre todavía
sonoro de su cántico el acento
el vendabal del tiempo desafía.

AMBROSIO MONTT Y MONTT

París, mayo de 1886

MORTA! [1]

(Do poemeto inédito—LUIS DE CAMOES)

—"Näo lhe colhêr o derradeiro beijo!
Näo a velar no derradeiro instante!
Bateu azas em perenne adejo,
Voou á Eterna Regiäo distante.

"Pobre flôr! no seu pallido semblante,
Como um sonho de amôr, como um lampejo,
Um poema se lia soluçante,
Que a Morte éra o seu unico desejo.

---

(1) *20 de Janeiro*

Exmo. Senhor:

Agradeço a V. E. muito reconhecido as palavras amaveis da sua carta, e bem assim quatro fasciculos da excellente REVISTA DE ARTES Y LETRAS, a cuja direcção litteraria V. E. pertence. Muito obrigado por taö simpathico brinde. Como muito desejo colleccionar a REVISTA, rogo a altissima fineza de me enviar os numeros do tomo VII, desde paginas 1 a 328, pois os fasciculos que V. E. me enviou começam a paginas 329.

Acceito muito gostosamente o penhorante convite para collaborar na REVISTA; e adjunta encontrará V. E. uma composição, a que pode dar

"E a Morte näo tardou, lirio celeste!
Suavissima criança, que vieste
Illuminar-me um dia o pensamento..."

... E as nuvens soluçavam pelo espaço,
E aquelle peito inabalavel, de aço,
Vergava como um canavial ao vento!

Porto (Portugal)

JOAQUIM DE ARAUJO

---

publicidade. Recommendo, porém, muito que os versos sejam impressos com letras maiusculas no principio de cada verso; não tem V. E. mais que regular-se pelo original.

Rogo a V. E. a especial fineza de agradecer ao Exmo. Senhor José Gregorio Ossa as palavras com que honrou o meu livro—*Lira Intima*—e que me considére gratissimo pela attenção de S. E.

Ponho a disposição do directorio da REVISTA o meu pequeno e insignificantissimo prestimo neste paiz, e peço a V. E. que considere no numero dos seus collaboradores o

De V. E. admirador e servo

JOAQUIM DE ARAUJO

Travessa da Picaria, 7.—Porto

P. S. Envio tambem uma poesia de Mlle. Paraizo, uma illustre poetisa portugueza, que a meu pedido colaborará na REVISTA.

Peço o maior cuidado na revição das provas typographicas.—J. DE A.

PAYZAGEM RUSTICA

Batia em cheio o sol pelos trigaes
Acalentando as tremulas searas...
No ar passavam notas divinaes
De orchestras amplas, virginaes e claras.

Um grupo de formosas raparigas,
Frescas, morenas e gentis ceifeiras,
Confundiam as limpidas cantigas
No spartito das aves nas balseiras.

Pequenitos á beira dos caminhos,
Alegres e rosados como auroras,
Andavam uns a namorar os ninhos,
Outros, entaö, á busca das amoras.

E mais além, o filho do moleiro,
Ouvindo as alvas pombas arrulhar,
Jurava eterno o seu amor primeiro
Á môça mais bonita do logar...

Porto (Portugal)

ALBERTINA PARAIZO

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

La idea muy bien concebida de los doctores Asso y Manuel respecto á los significados correlativos de *arrendador* y de *arrendatario* fué perfectamente aceptada no sólo por Tapia, sino por muchos otros jurisconsultos de nota.

Don Joaquín Escriche, en su muy conocido DICCIONARIO RAZONADO DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, dice acerca de este punto lo que sigue:

"Según el DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, *arrendador* es el que *da* ó *toma* en arrendamiento alguna cosa. La doble significación de esta voz que tan pronto denota al que concede el arrendamiento como al que lo recibe, produce mucha confusión y embarazo en la explicación de las obligaciones de ambos contrayentes. Ya hay autores que se han atrevido á designar

constantemente con el nombre de *arrendador* al que concede el arriendo, y con el de *arrendatario* al que lo toma; pero otros, aunque no niegan ser más propio y expedito este modo de distinguir á cada una de las dos partes, no se resuelven á adoptarlo por observar que nuestras leyes (las antiguas españolas) dicen casi siempre *arrendador* al que recibe el arrendamiento, viéndose precisados á llamar *locador* ó *dueño* al que lo concede, ó á usar de circunloquios para evitar el embrollo y la confusión. No obstante, en beneficio de la claridad y concisión, seguiremos el ejemplo de los que por *arrendador* no entienden sino al que da una cosa en arrendamiento.»

Don Florencio García Goyena, en las CONCORDANCIAS, MOTIVOS Y COMENTARIOS DEL CÓDIGO CIVIL ESPAÑOL, obra impresa en 1852, escribe acerca de este punto lo que copio á continuación:

«*Arrendador*, según el DICCIONARIO DE LA LENGUA, significa igualmente al que *da* que al que *toma* en arriendo. Aquí, para mayor expedición y claridad, se opone constantemente á la palabra *arrendatario*, siguiendo el ejemplo dado por Asso y Manuel en sus INSTITUCIONES; tal vez llegue á prevalecer algún día esta innovación en las escuelas y en el foro.»

Lo que Goyena presentaba sólo como una cosa probable, se ha realizado ya por completo en las repúblicas hispano-americanas.

El CÓDIGO CIVIL de Bolivia promulgado el 28 de octubre de 1830, el del Perú promulgado el 29 de diciembre de 1851, el de Chile promulgado el 14 de diciembre de 1855, el del estado de Cundinamarca en Colombia promulgado el 8 de enero de 1859, el del Salvador pro-

mulgado el 23 de agosto de 1859, el del Ecuador promulgado el 4 de diciembre de 1860, el de la República Oriental del Uruguay promulgado el 23 de enero de 1868, el de la República Argentina promulgado en 1869, el de Venezuela promulgado el 20 de febrero de 1873, el de Guatemala promulgado en 1877, emplean las palabras *arrendador* y *arrendatario* en el sentido que los jurisconsultos Asso y Manuel les señalaron.

Don Andrés Bello, redactor del CÓDIGO CIVIL DE CHILE, declara en el artículo 1,919, que, en el arrendamiento de cosas, la parte que da el goce de ellas se llama *arrendador*, y la parte que da el precio *arrendatario*.

El CÓDIGO CIVIL DE CHILE no emplea más que estos nombres para designar el que da y el que recibe en arriendo.

Algunos de los que he citado, como el del Salvador, el de Cundinamarca y el del Uruguay, hacen lo mismo.

Algunos otros usan *locador*, ó *arrendador;* y *conductor*, ó *locatario* ó *arrendatario*.

Ninguna usa á *arrendador*, como á veces las antiguas leyes españolas, en la acepción del que toma en arriendo.

Don Eugenio de Tapia ha manifestado muy bien que los vocablos latinos castellanizados *locador* y *conductor* no son de ninguna manera necesarios, siempre que se fijen como corresponde los significados de *arrendador* y de *arrendatario*, según lo han practicado muchos jurisconsultos peninsulares, y los redactores de los códigos hispano-americanos.

Locador y *conductor* son voces, no populares que tengan curso entre los individuos de las distintas clases so-

ciales, como *arrendador* y *arrendatario*, sino culteranas conocidas sólo de ciertos legistas.

Locatario es usado en el idioma vulgar.

El DICCIONARIO de la Academia no ha autorizado el uso de este vocablo, y mucho menos el de *locador* y *conductor*.

Parece entonces que, como Bello y otros jurisconsultos peninsulares y americanos lo han ejecutado, ha de darse preferencia á *arrendador*, reducido á la acepción de el que da en arriendo, y á *arrendatario*.

La indicación de Tapia para emplear el verbo *logar* en el sentido de *dar en arriendo*, y de concretar el de *arrendar* al de *tomar en arriendo*, no ha sido aceptada.

Indudablemente habría ventaja en que, así como hay los dos verbos *vender* y *comprar* para denotar los dos actos correlativos de la *compra-venta*, hubiera también dos para los dos actos correlativos del contrato de *arriendo*.

Pero el uso no ha atendido hasta ahora á satisfacer esta necesidad de la lengua.

Mientras tanto el verbo *arrendar*, en vez de reducirse, como lo deseaba Tapia, a significar únicamente *tomar en arriendo*, tiende cada día más y más á emplearse únicamente en el significado de *dar en arriendo*.

Ha contribuído mucho á este resultado: 1º el haberse usado el sustantivo cognado *arrendador* casi exclusivamente en la acepción de *el que da en arriendo*, dejando de señalarle también la de *el que recibe en arriendo*; y 2.º el significar, según lo enseña el DICCIONARIO, las palabras *arrendamiento*, *arrendación* y *arriendo*, sólo la acción y efecto de dar á uno alguna cosa para que la beneficie ó use de ella por el tiempo que se determine y

mediante el pago de la renta convenida; y no la acción y efecto de tomar de uno alguna cosa para este fin y con tal condición.

Observaciones análogas pueden hacerse por lo que toca al doble y opuesto significado del verbo *alquilar*.

En vista de los hechos que quedan expuestos, parece haber llegado la ocasión de que la Real Academia Española interponga su autoridad para confirmar la buena práctica, ya bastante difundida, de que se dé á las voces *arrendar*, *arrendador* y *alquilar* única y exclusivamente el significado que don Eugenio de Tapia denomina activo.

El sustantivo *huésped*, *huéspeda* se encontraba en la misma condición que las tres dicciones antes citadas, pues, por una parte, significaba persona alojada en casa ajena, y por otra, persona que hospeda en su casa á uno.

El Diccionario consigna estas dos acepciones, como conviene que lo haga para que los lectores puedan entender los escritos del tiempo anterior; pero cuida de advertir que la segunda de ellas es ya anticuada.

Esto es suficiente para impedir que se emplee á *huésped* en la acepción de persona que hospeda en su casa á uno.

Si la docta corporación estimara que los significados pasivos de *arrendar*, *arrendador* y *alquilar* no pueden aún calificarse de anticuados, podría recurrir á otro de sus procedimientos, el cual sería igualmente eficaz.

Vencimiento, dice el Diccionario, significa «acción de vencer, ó su efecto, que es ser vencido; úsase mucho en este sentido».

Si la Real Academia tuviera á bien poner en los artículos destinados á *arrendar*, á *arrendador* y á *alquilar*,

advertencias parecidas á la que acaba de leerse, expresaría la verdad de lo que sucede, y contribuiría poderosamente á afianzar el uso conveniente de estos tres vocablos.

ASAMBLEA

Aunque esta palabra no se encuentra en la primera edición del DICCIONARIO de la Real Academia Española, en seis volúmenes, de los cuales el primero salió a luz el año de 1726, aparece ya en la segunda edición de 1780.

Pero, no obstante haber sido aceptada por el docto cuerpo, que con tanta circunspección va anotando las incuestionablemente castizas, don Antonio de Campmany, en el prólogo de la FILOSOFÍA DE LA ELOCUENCIA, edición de 1826, escribía lo que va á leerse:

"No se escandalicen los lectores, criados desde su niñez en el lenguaje franco-hispano, si en los ejemplos de españoles rancios que ofrezco á sus ojos, cebados en otro pasto, no encontraren las palabras favoritas de la moderna moda: como *Sér Supremo*, *humanidad*, *beneficencia*, *sociedad*, *seres*, *sentimientos*, *detalles*, *asambleas*, etc., porque, en aquellos tiempos, no se habían desterrado de nuestra lengua los nombres de *Criador*, de *Señor*, de *Altísimo*, de *Divino Redentor* ó *Hacedor*, de *Omnipotente*, en fin, de *Dios;* pues parece afectación olvidarse de estas palabras, que huelen demasiado á teología en el reinado de la filosofía. Los que así hablan y escriben, sin duda no han advertido que el *Sér Supremo*, sacado todo entero del *Souverain Etre* francés, nada significa en castellano, porque esta idea abstracta se explica entre nosotros por *Soberana Esencia*, ó *Divina Substancia*,

que así lo dice fray Luis de Granada, y lo dicen otros escritores nuestros que entendían bien su lengua y sabian cómo se había de nombrar á Dios. Hasta estos últimos tiempos, decíamos *pías fundaciones, casas de piedad ó de misericordia;* pero como esto olería hoy á virtudes cristianas, se ha cambiado en *establecimientos de beneficencia*, á modo de fábricas ó talleres de arte. En efecto, las palabras *piedad, caridad, misericordia*, han ido desapareciendo á la vista de la filosófica *humanidad*, que hoy suple los oficios de todas aquellas virtudes. También se conocían en otro tiempo entre nosotros la *humanidad* y la *beneficencia*, y se ejercitaban más que ahora; díganlo los hospitales, los hospicios, refugios, amparos, inclusas, colegios, etc., en casi todos los pueblos de España que cuentan algunos siglos de antigüedad; pero aquellos dos nombres más se aplicaban entonces á las virtudes privadas que á las públicas. También se usaba entonces, y se leerá en los ejemplos de nuestros autores, la voz de *sociedad*, pero acompañada siempre del adjetivo *humana* ó *civil*. Se conocían también los *seres* bajo el nombre de *entes*, y otras veces de *criaturas*. Los sentimientos eran entonces *afectos* ó *afecciones;* los *detalles* eran *pormenores;* las *asambleas*, juntas, congresos, concursos, cabildos, etc.»

La lectura de opiniones tan añejas, y en el día tan desapiadadamente contradichas por la autoridad contundente de los hechos consumados, no puede menos de provocar el asombro, y tal vez la risa.

El trozo antes citado es un espejo en que deberían mirarse aquellos que se lisonjean de lograr la inmovilidad de un idioma vivo, como el castellano, el cual es usado por numerosas naciones que, aunque pertenecien-

tes á una misma raza, se hallan colocadas en las más diferentes condiciones.

Teniendo don Antonio de Campmany sus genialidades en materias literarias, se comprende que considerara el uso de *asamblea* como una innovación contraria á las buenas prácticas de la lengua nacional; pero siendo don Vicente Salvá un gramático liberal, que había visto cumplirse muchas reformas de esta especie, causa verdadera extrañeza el que, sin respeto al DICCIONARIO de la Academia, que había dado cabida en sus columnas á *asamblea* desde 1780, tuviera sólo por posible, pero no por seguro, que este vocablo llegara á adquirir carta de naturaleza en nuestro idioma.

Don Vicente Salvá en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA SEGÚN AHORA SE HABLA, sintaxis, capítulo 9, número 3, menciona varias dicciones y frases enteramente nuevas que, en su concepto, no deben ya excluirse del tesoro de la lengua.

En seguida, se expresa así:

"No ignoro que algunos autores repugnan emplear muchas de estas voces y frases, las cuales, habiendo sido prohijadas por otros de primera nota, y por el uso general, gozan ya de una indisputable ciudadanía. Y ¿quién sabe si obtendrán algún día del mismo modo carta de naturaleza *asamblea*, *coqueta*, *detalle*, *esbelta*, *moción*, *municipalidad*, *nacionalizar* etc., palabras que andan hoy como vergonzantes al apoyo de uno que otro escritor; ó si se esparcirán por todo el suelo español *ayar*, *alfarrazar*, *cenojiles*, *curiana*, é infinitas más, que están circunscritas ahora al estrecho ámbito de una provincia? De este modo, hemos visto que *panal* (por el *esponjado* ó *azucarillo)* era cuarenta años atrás provincial de Andalu-

cía; y no sólo está al presente admitido en Madrid, sino que ha hallado ya cabida en el DICCIONARIO de la Academia.»

La lectura de los precedentes trozos de Campmany y de Salvá, y la observación de lo que ahora sucede respecto á las palabras de que tratan, deberían influir para que ciertos críticos no se manifestaran tan excesivamente rigorosos en condenar algunas otras que se encuentran en casos parecidos.

El artículo que el DICCIONARIO de la Academia, edición de 1884, destina á *asamblea*, dice así:

«*Asamblea.* (Del francés *assemblée.)* Sustantivo femenino. Junta ó reunión numerosa de personas para algún fin.—Cuerpo político y deliberante, como el Congreso ó el Senado. Tómase especialmente por el que es único, y no se haya partido en dos Cámaras.—Tribunal peculiar de la orden de San Juan, compuesto de caballeros profesos y capellanes de justicia de la misma orden.—Conjunto de los principales funcionarios de las órdenes de Carlos II y de Isabel la Católica.—(Milicia) Toque para que la tropa se una y forme en sus cuerpos respectivos y lugares determinados.»

Adviértese desde luego haberse omitido en la precedente enumeración de los significados de *asamblea* el que tiene en las ORDENANZAS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL promulgadas el año de 1768.

El artículo 1.º, título 1.º, tratado 7 de ese Código, es el que sigue:

«Cuando yo quisiere que, con determinado objeto, se forme ejército destinado á obrar defensiva ú ofensivamente, dentro ó fuera de mis dominios, contra enemigos

de mi corona, señalaré el *paraje de asamblea* en que mis tropas han de unirse.»

La palabra *asamblea* se usa con esta misma acepción en el artículo 1.º título 59 de la ORDENANZA GENERAL DEL EJÉRCITO DE CHILE, artículo que, salvo las indispensables variaciones, es un mero trasunto del antes aludido.

«Cuando el gobierno resolviere que se forme ejército destinado á obrar defensiva ú ofensivamente, dentro ó fuera del territorio de la República, contra los enemigos de ésta, declarará el *paraje de asamblea* en que que las tropas han de reunirse.»

Se ve que, en estos artículos, *asamblea* significa el acantonamiento de un ejército que va á entrar en campaña.

Cuando las tropas de un país son colocadas en esta situación, las leyes confieren al general en jefe ciertas facultades extraordinarias.

El imperio de estas disposiciones excepcionales es lo que el número 7, artículo 104 de la Constitución de Chile, denomina *estado de asamblea.*

«Artículo 104. Son atribuciones del Consejo de Estado:

.....

.....

«7. Prestar su acuerdo para declarar en *estado de asamblea* una ó más provincias invadidas ó amenazadas en caso de guerra extranjera.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

ÍNDICE DEL TOMO VIII

Amunátegui Miguel Luis.—Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense, págs. 72, 155, 382, 475, 558 y 629.
Álava y Amorós Alejandro.—En un álbum (poesía), pág. 185.—Un reto (poesía), pág. 187.
Araujo Joaquim de.—Morta! (Do poemeto inédito—Luis de Camões), poesía, pág. 626.
Bruner Ernesto.—Sarah Bernhardt, ensayo de un juicio, pág. 49.
Calcaño Julio D.—Resumen de las actas de la Academia Venezolana correspondiente de la Real Academia Española, pág. 241.
Cólogan Bernardo J. de.—La ortografía y la propiedad intelectual, página 461.
Concha Castillo Francisco.—Chilenismos, pág. 236.
Concha Subercaseaux Carlos.—Sobre la historia, pág. 103.
Covarrubias Luis.—Nueva industria, pág. 86.
Cruz Pedro N.—Flor del campo (novela de costumbres), págs. 344, 401, 481 y 561.
Edén Jacobo.—El capitán del buque fantasma (traducción), pág. 161.
Elías.—Esperanzas frustradas, pág. 5.
Espiñeira Antonio.—Fuera de su centro (comedia original en un acto y en verso), pág. 262.
Fallon Diego.—La luna (poesía), pág. 553.
Kefas.—¡No me pidas versos! (poesía), pág. 96.—Recuerdos de un baile (poesía), pág. 331.
Larraín José C.—Lima y su [illegible]ros, págs. 138 y 217.
Márquez J. Arnaldo.—La p[illegible]era mariposa (poesía), pág. 24.—He-

rederos (poesía), pág. 213.—El infiel, de Lord Byron (traducción), páginas 428, 511 y 595.

Montt y Montt Ambrosio.—Poesías, págs. 70 y 71.—En la tumba de Alfredo de Musset, pág. 625.

Ossa José Gregorio.—Juanita (poesía), pág. 135.—Polos opuestos (poesía), pág. 379.

Paraizo Albertina.—Paisagem rustica, pág. 628.

Rodríguez Velasco Luis.—Á un clavel (poesía), pág 38.—La mujer del pescador (poesía), pág. 41.—Á Lima, (poesía), pág. 81.—Mirando una rosa, (poesía), pág. 342.

Silva de la Fuente Alejandro.—De ultra-tumba, pág. 542.

Silvestre Luis S. de.—Un par de pichones, pág. 190.

Solar Enrique del.—Odas, epístolas y tragedias de don Marcelino Menéndez Pelayo, pág. 27.—Horacio en España, por Marcelino Menéndez Pelayo, pág. 321.

Valenzuela Alberto.—Independencia del poder judicial, pág. 308.

Wanderer.—Finanzas de Estados Unidos (traducción), págs. 519 y 610.